



II Premio

Memoria de la Emigración Española



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE INCLUSIÓN, SEGURIDAD SOCIAL
Y MIGRACIONES

SECRETARÍA DE ESTADO
DE MIGRACIONES

II Premio

Memoria de la Emigración Española

CRÉDITOS

Entidades convocantes y patrocinadoras: Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), Cátedra de Población, Vinculación y Desarrollo de la UNED de Zamora y Secretaría de Estado de Migraciones del Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones.

Entidades colaboradoras: Diputación Provincial de Zamora, Ayuntamiento de Zamora, Fundación Caja Rural de Zamora y Red de Archivos e Investigadores de la Escritura Popular.

Editores: Juan Andrés Blanco Rodríguez, José Julio Rodríguez Hernández, Arsenio Dacosta y José Delgado Álvarez.

Coordinación editorial: Arsenio Dacosta y José Delgado Álvarez.

Equipo de revisores: Arsenio Dacosta, José Delgado Álvarez, Narciso Carretero González y Ángela Cidón Trigo.

Jurado: José Ignacio Monteagudo Robledo, Blanca Azcárate Luxán, María del Carmen López San Segundo, Eduardo Margareto Atienza y Juan-Miguel Álvarez Domínguez.

Concepto gráfico y maquetación: Solana e hijos, A.G., S.A.U.

Depósito Legal: M-25516-2024

NIPO Papel: 121-24-040-2

NIPO PDF: 121-24-041-8

Este libro forma parte de los resultados de la Cátedra de Población, Vinculación y Desarrollo de la UNED de Zamora y del proyecto El asociacionismo de la emigración española en América a partir de la década de 1960: los casos de La Habana, Buenos Aires y Caracas. Proyecto PID2021-123160NB-I00 financiado por MCIN / AEI y por FEDER Una manera de hacer Europa.

Imágenes de la portada, de arriba hacia abajo: Paco, Carmela y Paquito a bordo del Iberia (relato de Niurka de la Fe Zamora y Fe Fernández Zamora), los Iglesias Romero y los hijos de Manino en Villalba, hacia 1965 (relato de Fadrique I. Iglesias Mendizábal) y Pasaporte de un exiliado español, año 1938 (relato de Benjamin Ruiz López).



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE INCLUSIÓN, SEGURIDAD SOCIAL
Y MIGRACIONES

SECRETARÍA DE ESTADO
DE MIGRACIONES



Índice

- 7 **Introducción**
Testimonios de la emigración española: narratividad y representatividad

RELATOS AUTOBIOGRÁFICOS

- 20 **Mielgo Martín, Alba**
Primer premio
Hacer memoria de forma colectiva
- 72 **Martín González, Rafael**
Primer accésit
Historia de un inmigrante
- 90 **Serrano Migallón, Fernando Alberto Lázaro**
Segundo accésit
El largo camino hacia la integración
- 116 **Castiglione Silva, María Celeste**
Mención honorífica
Imágenes que viajan, cartas y fotos de una familia zamorana (1890-1960)
- 144 **García Guadilla, María del Pilar**
Mención honorífica
Ritornelo migrante de tres generaciones de mujeres
- 184 **Iglesias Mendizábal, Fadrique Ignacio**
Mención honorífica
La científica, el teólogo y el atleta. Benavente, Cochabamba-Washington, D.C. La vida de los Iglesias en una maleta
- 238 **Ruiz López, Benjamín**
Mención honorífica
Cara de guerra
- 256 **Tagüeña Parga, Carmen**
Mención honorífica
La vida de los años
- 294 **Zamora Utset, Niurka de la Fe y Fernández Zamora, Fe**
Mención honorífica
Relato sobre tres emigrantes españoles en Cuba
- 312 **Alonso Rodríguez, Ercilia Isabel**
José Alonso Delgado
- 336 **Armas, María Teresa**
Santos
- 340 **Bermúdez-Arceo, Viviana**
Un migrante gallego: Genaro Arceo Román

-
- 350 De Gorostiza, Graciela María
El abuelo Santiago y nosotros
- 358 Delgado Arnedo, Josefina Rosalía
Un gigante andaluz
- 366 Díez Biart, Irasema Felipa
Historia de Evencio Díez y su familia
- 380 Elzaurdia, María del Carmen
Una familia vasca en Argentina: una historia de amor, de trabajo, de esperanza
- 386 Fernández Collazo, Isidro
Dorinda
- 396 Fernández González, Iluminada
Mi abuela Filo
- 402 Fernández, María Alejandra
El trazo de la fotografía
- 418 Fontán Dios, María del Carmen
El mar entre mi padre y yo
- 426 García Faure, Martha Albys
Más que una familia. La incidencia de la emigración asturiana en el desarrollo de la región de Guantánamo durante los primeros cuarenta años del siglo XX
- 432 García, Pablo Daniel
El misterio de nuestro apellido
- 438 Gil Gómez, Ester
Galicia, tierra de emigrantes
- 446 González Rouco, María Marta
Pedro González y González (Lugo, 1883–Buenos Aires, 1946)
- 460 Herran, Rodrigo
Esa bendita tilde
- 464 Karlen Alberro, Ana María
Ensayo, emigrantes españoles
- 472 Martínez Loredo, Ana Rosa
Conchita
- 474 Mascaró Zomosa, Ignacio
Vicenta Blanco Calzada
- 484 Miguel García, Jesús Ángel
Un misionero del español en Canadá
- 490 Navarro Pérez, Felicitas
Sin retorno
- 498 Otero Lorenzo, Manuel
Buenos Aires era una fiesta
- 508 Pereruela Bibiloni, Marta Beatriz y Mabel Alicia
Nuestra historia

- 512** **Pérez Melo, Milagros**
El fenómeno migratorio y las tradiciones canarias en Ceiba Hueca (Campechuela, Granma, Cuba)
- 518** **Pérez, Diego Leonardo**
Relato de la llegada de Julia Fernández a la Argentina
- 522** **Sánchez González, Ángeles**
Un largo viaje de ida y vuelta
- 542** **Soria Morales, Concepción**
Soria: una ciudad, un apellido, una familia
- 552** **Suárez Fernández, Viviana Mabel**
Viajeros de la esperanza
- 560** **Tojeiro Marrero, Edelmira**
Mi viaje a Galicia, un emotivo encuentro

ÁLBUMES Y COLECCIONES DE FOTOGRAFÍAS

- 614** **Castiglione Silva, María Celeste**
Primer premio
Álbum de la familia Anta
- 622** **Cordero Álvarez, Santiago**
Primer accésit
Fabri
- 632** **Ortega, Alejo**
Segundo accésit
La Tata
- 640** **D 'Amato Rodríguez, Jorge**
Motivo de agradecimiento
- 646** **González Rouco, María Inés**
María Carmen Corral Novo, mi abuela lucense
- 652** **González Rouco, María Marta**
Martín Rouco Viñas
- 658** **Palacios Martín, Magdalena**
La guerra ha terminado

MATERIALES AUDIOVISUALES

- 666** **Martínez Diente, Pablo**
Entrevista a Felipe Pérez Montero



Introducción

TESTIMONIOS DE LA EMIGRACIÓN ESPAÑOLA: NARRATIVIDAD Y REPRESENTATIVIDAD

Arsenio Dacosta¹, Juan Andrés Blanco²,
José Julio Rodríguez³ y José Delgado⁴

Con este II Premio Memoria de la Emigración Española se consolida una iniciativa conjunta entre la universidad y el Gobierno de España cuyo fin último es la recuperación de testimonios de compatriotas que, en un pasado más o menos próximo a nuestro presente, tomaron la decisión de emigrar fuera de nuestro país. A ello ha contribuido la gran participación en la primera convocatoria, pero, sobre todo, el convencimiento de que la tarea de recuperación de estos testimonios apenas ha comenzado; de hecho, en puridad, siempre será una tarea inacabada, como es de entender que siempre habrá españoles y españolas que emigren.

¹ Profesor titular de Antropología Social (Universidad de Salamanca.)

² Director de la Cátedra de Población, Vinculación y Desarrollo (UNED Zamora).

³ Subdirector General de la Ciudadanía Española en el Exterior y Políticas de Retorno (Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones).

⁴ Secretario técnico de la Cátedra de Población, Vinculación y Desarrollo (UNED Zamora).

Como se exponía en las bases del I y II Premio, con estas convocatorias se busca contribuir a incrementar la memoria y el acervo documental de la emigración como parte de un ejercicio de compromiso con la historia más reciente y con el futuro. Una tarea especialmente delicada en el caso de la emigración española, debido a un desarrollo desigual, tanto de su estudio como fenómeno histórico, como del trabajo de recuperación documental en torno al mismo. Nos referimos al relativamente satisfactorio desarrollo de los estudios sobre la emigración española en las tres últimas décadas, así como al ingente trabajo de recuperación documental. Cierto es que, desde esta última perspectiva, pero también la analítica, todo se nos puede hacer escaso, y, de hecho, en parte lo es en lo referido a la emigración genéricamente española, incluyendo fenómenos tan relevantes como el asociacionismo. En estos últimos años hemos asistido a un desarrollo significativo de estudios centrados en colectivos regionales, con especial acento en el caso gallego, el asturiano y el castellano y leonés, entre otros. Estas investigaciones, centradas en buena medida en los ámbitos formales de sociabilidad migrante, han corrido parejas a la tarea de recuperación y sistematización de documentación de archivo, fundamentalmente la producida en entornos institucionales como son las asociaciones fundadas por los emigrantes. El caso más destacado, sin duda, es el del Archivo de la Emigración Galega, proyecto vinculado al Consello da Cultura Galega y, por lo tanto, reconocido jurídicamente por el marco normativo superior de aquella región. Su tarea de recopilación de los archivos de las asociaciones gallegas, fundamentalmente en América, a pesar de lo inconmensurable de la tarea dada la significación destacada de la emigración de esa región en el conjunto de la española, es, de lejos, la más completa de nuestro país, seguida por los esfuerzos asturianos –la Fundación Archivo de Indianos, entre otras-, los castellanos y leoneses –con el Centro de Estudios de la Emigración Castellana y Leonesa principalmente-, y más recientemente, los vascos –con el Archivo de la Diáspora Vasca. Otras regiones han planteado proyectos, generalmente con el soporte de un grupo de investigación, un archivo o un museo, aunque podemos decir que todas estas iniciativas carecen de una coordinación entre sí y con las iniciativas que ha desarrollado, en paralelo, el Gobierno de España directamente o apoyado por otras instituciones. En esta escala es de destacar el compromiso por la recuperación de la memoria de la emigración española a través de proyectos archivísticos como es el *Portal de Movimientos Migratorios Iberoamericanos* de PARES, coordinado por el Ministerio de Cultura español con los archivos nacionales de Argentina, México y

Cuba⁵. También son destacables algunos proyectos divulgativos como *Migraventura*⁶ o *Memorias de la Emigración Española a América*⁷, realizados a principios del presente siglo por Fundación Directa para el Ministerio de Trabajo. Como hemos señalado en un trabajo reciente⁸, se ha puesto el foco en el exilio, fundamentalmente desde aquel Ministerio, quizá por la urgencia de preservar una memoria que, por razones obvias, corría el riesgo de perderse (como se ha hecho, entre otras iniciativas, a través del portal interactivo *Los Niños que nunca volvieron*⁹). Ciertamente, la preocupación por el exilio no ha dejado de lado otros proyectos de recuperación documental institucional, como el Archivo Gráfico de Carta de España¹⁰, o, más recientemente, co-organizando los *Premios Memoria de la Emigración Española*. Finalmente, si nos remitimos al ámbito de la museística, sigue resultando muy llamativa la ausencia de un gran museo nacional como tienen todos los países emisores y receptores de la emigración del llamado “periodo en masa”, a excepción de Cuba y de nuestro país. Aunque son conocidas algunas iniciativas públicas y privadas en Asturias, León, La Rioja, etc., -o el recientemente creado *eMigra. Centro de las Migraciones de Castilla y León*¹¹, estas no tienen ámbito nacional, reforzando la aludida idea de orfandad relativa de esto que podemos denominar, no sin muchos matices, emigración española.

No es este el lugar para entrar en ellos, pero cabe argumentar que el desarrollo significativamente mayor de los trabajos de recuperación documental y de los estudios regionales de la emigración española, puede dar una sensación equivocada acerca de la representatividad de dicho fenómeno en el contexto de una emigración con focos y dinámicas regionales -incluso locales- muy específicas, pero sujeta a procesos más amplios, de ámbito nacional y supranacional. Otro matiz puede apuntar a los procesos de identificación con lo español, eso que

⁵ <https://pares.mcu.es/MovimientosMigratorios/staticContent.form?viewName=presentacion>

⁶ <http://migraventura.org.mialias.net/es-migraventura>

⁷ Pérez-Fuentes, Pilar; coord. (2009), *Memorias de la emigración española a América*, Ministerio de Trabajo e Inmigración, Fundación Directa, Madrid.

⁸ Dacosta, Arsenio; Blanco, Juan Andrés. “Desafíos de un legado en riesgo: el caso del patrimonio de las comunidades de la emigración española en el exterior”, en José Manuel Prieto Fernández del Viso, ed. *IV Simposio sobre Emigración. Nuevas perspectivas y enfoques de los estudios migratorios*. Gijón: Trea, en prensa.

⁹ <https://losninosquenuncavolvieron.es/>

¹⁰ <http://memoriagrafica.xn--cartadeespaa-khb.es/>

¹¹ <https://centromigracionescyl.org/>

comúnmente llamados “identidades”, pero que, en realidad, remiten a complejos procesos donde la negociación identitaria con lo genéricamente español no es necesariamente conflictiva, al menos para un número significativo de emigrantes, sus estrategias y para determinados contextos de socialización¹². Sin embargo, no puede obviarse que la historia de la emigración española se ha desarrollado en contextos políticos sumamente complejos, desde las guerras coloniales a la larga posguerra.

Fijado, pues, el foco en la emigración española –sea quien sea el autor del relato, incluso cuando hablamos de descendientes, sea cual sea el sentido de identificación con nuestro país– no queremos repetir lo ya expuesto en torno a la noción de “memoria social” y al incardinamiento de esta con la Historia como materia científica de interpretación del pasado. La memoria, como señalaba el profesor Aróstegui, es “una facultad fundamentalmente activa, reorganizadora y coordinadora, estructurante, que no se limita en manera alguna al registro, aunque lo realice, de lo percibido o «experimentado»”¹³, mientras que la Historia es el ejercicio hermenéutico –y público– que triangula la diversidad del espacio, los testimonios materiales e inmateriales de nuestros antecesores y, sobre todo, la dimensión temporal de la experiencia humana. O, dicho en palabras de Pierre Nora:

“La memoria es la vida, siempre encarnada por grupos vivientes y, en ese sentido, está en evolución permanente, abierta a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia, inconsciente de sus deformaciones sucesivas, vulnerable a todas las utilizaciones y manipulaciones, capaz de largas latencias y repentinas revitalizaciones. La historia es la reconstrucción siempre problemática e incompleta de lo que ya no es”¹⁴.

En esta ocasión, conviene hacer algunas reflexiones acerca del producto literario de estos premios, fundamentalmente relatos de vida, como reflejo de una experiencia colectiva diversa. A diferencia de otros *corpus* que hemos manejado, la suma de los relatos de estas

¹² Dacosta, Arsenio y Blanco Rodríguez, Juan Andrés. “De lo difuso a lo concreto: los procesos de identificación regional en el seno del asociacionismo migrante castellano y leonés en Latinoamérica”, *Journal of Iberian and Latin American Research: JILAR*, vol. 25, nº 1, 2019, pp. 98-111.

¹³ Aróstegui, Julio. “Memoria, memoria histórica e historiografía. Precisión conceptual y uso por el historiador”, *Pasado y memoria: Revista de historia contemporánea*, nº 3, 2004, p. 20.

¹⁴ Nora, Pierre. “Entre memoria e historia. La problemática de los lugares”, en *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*. Montevideo: Trilce, 2008, pp. 20-21

dos ediciones de los Premios Memoria de la Emigración Española no pueden interpretarse en términos de producto de “comunidades de memoria”¹⁵, pero esto no significa que su creación y recepción no tengan una dimensión social. Como ocurría con los relatos de los Premios Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa¹⁶, uno de los ámbitos de mediación de los que aquí editamos es la familia, célula de sociabilidad primaria, que funciona, a veces, como repositorio de experiencias pasadas –incluso las vividas por uno mismo–, que se transmiten y recuerdan como un legado particular, aunque ensartado en una suerte de historia colectiva y compartida en tanto en cuanto uno se identifica con experiencias similares.

Acabamos de aludir a estos testimonios como “relatos de vida”. Sin ánimo de agotar el debate, a veces crudo, sobre el valor de este tipo de testimonios –en ocasiones tildados negativamente de “subjetivos”, cuando es en lo intersubjetivo donde reside su mayor activo y valor¹⁷–, sí podemos precisar su naturaleza desde un punto de vista técnico. Para empezar, cabe distinguir el “relato de vida” de otras formas de testimonio biográfico, como la “historia de vida”, el “biograma”, o la “autobiografía”. Sobre esta última, que quizá destaca por su intención y su forma literaria más elaborada, ya tendremos ocasión de profundizar en el futuro más aún de lo que lo hemos venido haciendo¹⁸. El “biograma”, de alcance más limitado, es técnica a la que puntualmente recurrimos utilizando un cuestionario de entrevista estructurada y cabe señalar, con Pujadas, su “carácter más sucinto” así como su utilidad cuando el tiempo es escaso y el volumen de informantes es

¹⁵ Dacosta, Arsenio; Blanco, Juan Andrés. “Las asociaciones castellanas y leonesas en América como ‘comunidades de memoria’: Espacios, prácticas y mediaciones”, *Americanía: Revista De Estudios Latinoamericanos*, nº 12 (2020), pp. 25–55.

¹⁶ Un análisis de este *corpus* de relatos en Dacosta, Arsenio. *Castellanos y leoneses en América: narración biográfica y prácticas de identificación*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2020, pp. 229 ss.

¹⁷ Denzin, Norman K. “Interpretive Interactionism and the Use of Life Stories”, *Revista Internacional de Sociología*, n.º 3, 1986, pp. 321-338; Ellis, Carolyn; Bochner, Arthur. “Autoethnography, Personal Narrative, Reflexivity: Researcher as Subject”, en Norman Denzin y Yvonna Lincoln, eds. *The Handbook of Qualitative Research*. Londres: Sage, 2000, pp. 733-768.

¹⁸ Sánchez Tamame, Francisco. *Memorias de mi vida*. Blanco Rodríguez et al., eds. Zamora: UNED Zamora, 2016; Dacosta, Arsenio; Blanco, Juan Andrés. “Algunas notas sobre la naturaleza de la memoria autobiográfica”. En *Un hombre corriente que vistió uniforme*. Francisco Ferrero Guerrero, Ruy Farías y Celia Otero Ledo (eds.). Castelló de la Plana: Publicacions de la Universitat Jaume I, 2024, pp. 17-26.

muy elevado¹⁹. En cuanto a las “historias de vida”, estas han tenido un particular desarrollo en nuestro país para el estudio, precisamente, para el estudio de la experiencia del exilio en el siglo XX²⁰. El carácter diferencial de la “historia de vida” frente al “relato de vida” es la intervención del investigador en la elaboración de las primeras, mediando entre el informante y el potencial lector a través de la organización del cuestionario y de la selección de los materiales pudiéndose considerarse, en puridad, un “documento científico”²¹. Frente a ello, el “relato de vida” se presenta –aparentemente– como un testimonio directo del protagonista, la narración que hace este de su propia experiencia vital²². Y decimos “aparentemente” porque esa intervención se manifiesta a través de otros mecanismos de mediación –la familia, la asociación, etc.– y, sobre todo, se condiciona por el propio dispositivo de la convocatoria del certamen. Habrá voces críticas con este tipo de materiales, por considerarlos subjetivos en exceso o por el manifiesto carácter literario del dispositivo, pero ambas críticas están hace tiempo superadas, bien porque la frontera de la “objetividad” hace tiempo que quedó teórica y metodológicamente superada, bien porque el carácter literario de la “fuente” no invalida su valor testimonial, sino que le confiere capas de significado lingüístico y simbólico de enorme valor heurístico. En resumen, asumimos con Daniel Bertaux, que el “relato de vida” no trata de reconstruir una vida completa en todos sus detalles y matices, sino recoger cómo los autores se esfuerzan por encontrar un sentido –desde su presente– a una experiencia pasada, todo ello reflejo del “universo sociosimbólico circundante”²³.

¹⁹ Pujadas, Joan Josep. *El método biográfico: el uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Madrid: C.I.S., 1992, p. 14. La autoría de esta última técnica, al menos para el ámbito español, se ha otorgado a Juan Marsal (Valles Martínez, Miguel S. *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis, 2007, p. 238). Recuérdese que Marsal es autor, entre otros, del pionero estudio titulado *Hacer la América: autobiografía de un emigrante español en la Argentina* (1969), aunque aquí, la técnica desplegada sea otra.

²⁰ Sin ánimo de ser sistemáticos, y sin olvidar los trabajos pioneros de Paul Thompson, citaremos solo dos referencias: Devillard, Marie-José; Pazos, Álvaro; Castillo, Susana; Medina, Nuria. 2001. *Los niños españoles en la URSS (1937-1997). Memoria y narración*. Barcelona: Ariel, 2001; Calvo Salgado, Luis M.; López Guil, Itziar; Ziswiler, Vera; Albizu, Cristina (eds.). *Migración y exilio españoles en el siglo XX*. Madrid: Iberoamericana, Frankfurt: Vervuert, 2009.

²¹ Pujadas, ob. cit., p. 47.

²² Criado, María Jesús. “Historias de vida: el valor del recuerdo, el poder de la palabra”. *Migraciones*, vol. 0, nº 1, 1997, p. 89.

²³ Bertaux, Daniel. “El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades”, *Proposiciones*, vol. 29, 1999, p. 12.

Es por todo ello que este galardón busca contribuir a incrementar la memoria y el acervo documental de la emigración como parte de un ejercicio de compromiso con la historia más reciente y con el futuro. En la convocatoria de este II Premio insistíamos mucho en ello, así como en lo fundamental de la participación de los emigrantes y de sus familias. También destacábamos la necesidad de que se involucren las numerosas asociaciones de emigrantes fundadas en diferentes países y regiones ya que, en buena medida, son ellas las depositarias de la memoria social de la emigración, y no solo la específicamente institucional que reúne la historia de estas sociedades voluntarias, muchas de ellas ya centenarias. El verdadero premio, sin duda, es poder recopilar y publicar testimonios tan variados que, al mismo tiempo, nos representan como país a lo largo de más de un siglo de intensa emigración, con un intangible legado de nuestros compatriotas y directos descendientes por todo el mundo.

En esta segunda edición del Premio Memoria de la Emigración Española se incluyeron cuatro categorías: relatos autobiográficos, documentación autobiográfica y epistolar, álbumes y colecciones de fotografías y, por último, materiales audiovisuales, incluyendo películas o grabaciones de época. Por supuesto, todos estos materiales debían ser originales e inéditos.

Como en la edición anterior, hemos contado con un jurado especializado al que, de nuevo, tenemos que agradecer su desinteresado desempeño. Dicho jurado ha estado compuesto, de nuevo, por Dña. Blanca Azcárate Luxán, catedrática de Geografía la U.N.E.D., Dña. M^a del Carmen López San Segundo, profesora de Comunicación Audiovisual de la Universidad de Salamanca, D. Eduardo Margareto, fotógrafo y realizador cinematográfico, y D. Juan-Miguel Álvarez Domínguez, doctor en Historia Contemporánea, que ha actuado como secretario. Ha estado presidido por D. José Ignacio Monteagudo Robledo, profesor en la Universidade Federal da Integração Latino-Americana (Brasil), cuya dilatada experiencia en este tipo de certámenes es impagable. El fallo del jurado, emitido el 22 de agosto, destaca el número y calidad de los materiales presentados, particularmente en las modalidades principales, la de relatos autobiográficos y la de álbumes y colecciones de fotografías. También se destaca la complejidad de algunos materiales presentados, incluyendo el primer premio de la modalidad de relatos, que es un compendio de historias que remiten al exilio y la emigración española en Chile, o el caso de algunos álbumes, como el de Magdalena Palacios Martín, remitido desde México, donde en una suerte de originalísimo *collage*, se entremezclan materiales fotográficos y comentarios autobiográficos. En esta ocasión no hubo trabajos presentados

en la modalidad de documentación autobiográfica y epistolar, y tan solo uno en la de materiales audiovisuales. Como en ocasiones anteriores y, de acuerdo a las bases, el jurado ha valorado la naturalidad y sinceridad de los testimonios, así como el interés y relevancia de la información histórica, social o antropológica de cada documento. Es importante recalcar este asunto ya que, como hemos señalado anteriormente, este no es un certamen literario sino testimonial, donde la importancia no radica en el estilo sino en la expresividad y significación de lo presentado.

Con estas premisas, el jurado, de forma unánime, ha considerado merecedora del primer premio a Dña. Alba Mielgo Martín, coordinadora de un trabajo de coautoría colectiva, elaborado por descendientes de españolas y españoles que tuvieron que emigrar a Chile por motivo de la Guerra Civil, considerando que dichas historias están bien contextualizadas y documentadas, ofreciendo, “una muy sugerente visión coral de las vicisitudes del exilio en un país que acogió un contingente importante de refugiados”. El jurado ha tenido a bien otorgar los dos accésits, el primero a D. Rafael Martín González por su “emocionante relato autobiográfico de un emigrante canario en Argentina, sustentado en recuerdos personales e interesantes documentos epistolares y fotográficos”. El segundo accésit ha recaído en D. Fernando Alberto Lázaro Serrano Migallón por su relato, de “estilo muy cuidado”, “que imbrica la experiencia vital del propio autor con la historia de sus padres exiliados en México”.

Dada la calidad de los materiales presentados el jurado ha considerado oportuno conceder seis menciones honoríficas a Dña. María del Pilar García Guadilla por su relato familiar narrado desde Venezuela “desde una triple perspectiva, en primera persona y como hija y madre de emigrantes”, a D. Fadrique Ignacio Iglesias Mendizábal, por su “excelente rememoración del exilio científico femenino y de la emigración religiosa” a U.S.A., a Dña. María Celeste Castiglione, por su recomposición “a partir de retazos de un archivo familiar recuperado en Argentina”, a Dña. Carmen Tagüeña Parga por su “extenso relato autobiográfico de una hija de exiliados a través de diferentes países”, a D. Benjamín Ruiz López, por otro “relato del exilio mexicano muy bien narrado y documentado” y, finalmente, a Dña. Niurka de la Fe Zamora y Dña. Fe Fernández Zamora, por su relato a dos manos de una familia cubana “con diferentes orígenes en España”.

En la modalidad de álbumes y colecciones de fotografías el primer premio ha recaído en Dña María Celeste Castiglione, ya destacada en la modalidad anterior, por su extensa recomposición de las familias de

la familia Anta, “que abarcan un período amplio (1905-1977) y reflejan tanto actividades domésticas como laborales y de vida social”. Como en el caso de los relatos, el jurado ha concedido dos accésits, el primero a D. Santiago Cordero Álvarez por presentar “una muy variada e interesante compilación de fotografías familiares, explicadas y complementadas con otros documentos” y a D. Alejo Ortega, por su trabajo “muy interesante, bien documentado y editado, con predominio de retratos personales y familiares”. Como curiosidad cabe destacar que los tres proceden de Argentina, como casi todos los presentados a esta modalidad.

Solo resta dar las gracias a todos los participantes por su esfuerzo y por compartir sus experiencias y sentimientos. Y trasladar al conjunto de la ciudadanía el compromiso institucional y científico de las universidades y demás instituciones colaboradoras, y del Gobierno de España, por dejar testimonio de la emigración española, tanto desde una perspectiva individual –en buena medida, familiar– pero que representa el que posiblemente sea el fenómeno más trascendente y de impacto más profundo en la historia contemporánea de nuestro país: la emigración.

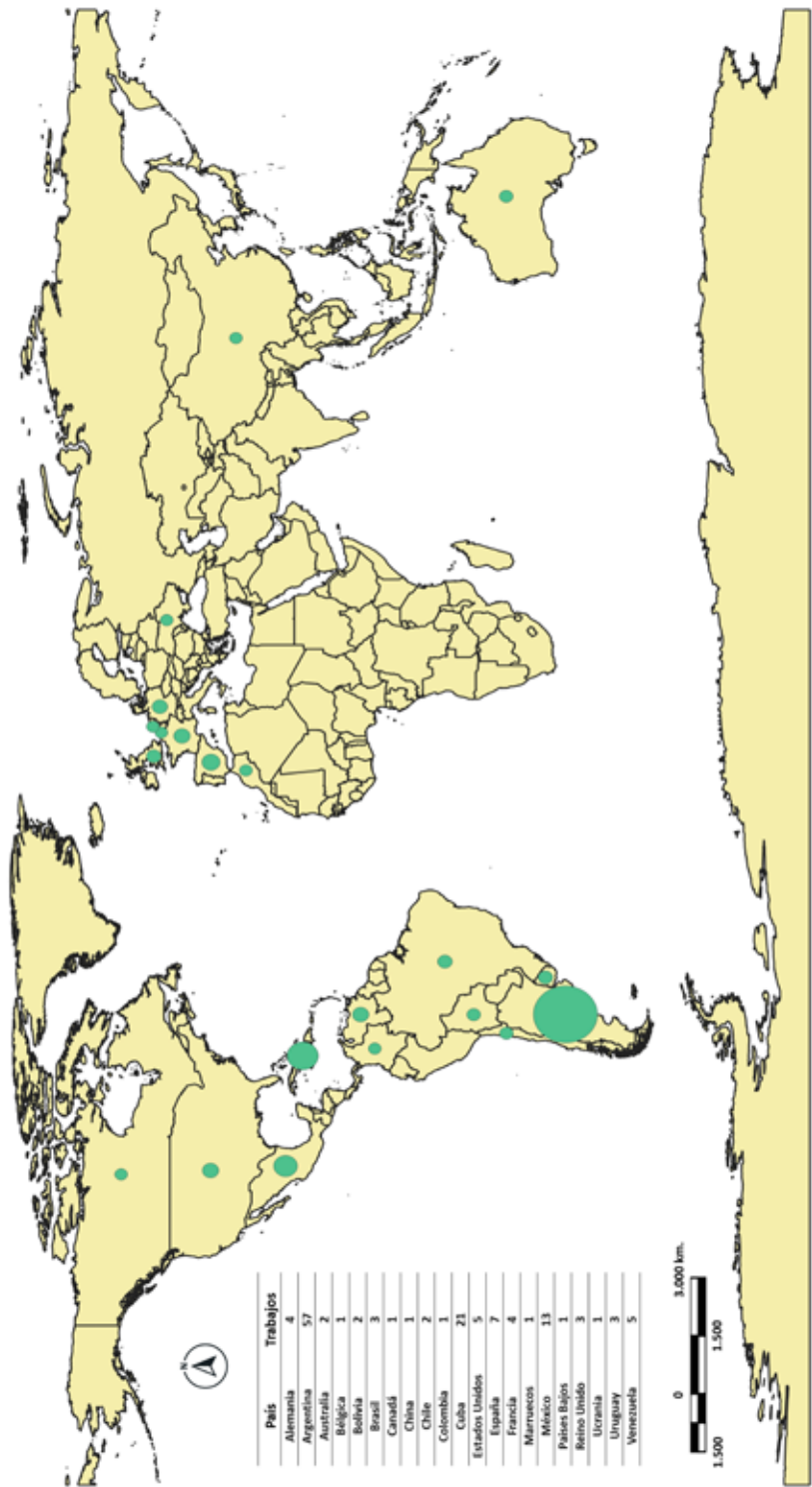


Figura 1. Mapa de la memoria de la emigración española. Relación de trabajos presentados a las convocatorias del I y II Premio Memoria de la Emigración Española. Fuente: Elaboración propia.



Figura 2. Mapa de la memoria de la emigración española. Relación de trabajos presentados a las convocatorias del I y II Premio Memoria de la Emigración Española por provincia argentina de destino. Fuente: Elaboración propia.





RELATOS AUTOBIOGRÁFICOS



Alba
Mielgo
Martín (coord.)

Primer premio

HACER MEMORIA DE FORMA COLECTIVA

(Chile)

El documento¹ que se presenta a continuación es el resultado de un ejercicio de “hacer memoria” de manera colectiva. Gracias a la involucración y compromiso de varios descendientes y una persona que vivió la emigración, se ha podido configurar el siguiente documento en el que se reúnen varias historias familiares de personas que se conocieron durante el estudio de campo de una investigación en Santiago de Chile durante el año 2023. Se trata, por tanto, de un trabajo inédito, una coautoría coordinada por Alba Mielgo Martín junto a las personas descendientes. Las vidas de los protagonistas de estos relatos se vieron atravesadas por un mismo contexto: la crueldad de la guerra civil, la miseria de la postguerra española y una migración involuntaria. A día de hoy sus testimonios se entretejen delicadamente a partir de fragmentos de recuerdos, objetos, el archivo familiar... En muchos de los casos este ejercicio de “hacer memoria” no es fácil, recordar a los que ya no están y tomar conciencia de unas vivencias tan traumáticas puede ser muy doloroso. Sin embargo, es necesario compartir estas experiencias, reconciliarnos y aprender a convivir con estos relatos familiares y con nosotros mismos. Ayudar a recuperar y completar vacíos y aceptar que hay interrogantes que nunca tendrán una respuesta, y, de ese modo, posibilitar un proceso de reparación. Esta reconstrucción histórica también contribuye a profundizar y ampliar el imaginario colectivo de lo que supuso este conflicto bélico, el exilio o la migración forzosa a la que tuvieron que enfrentarse y la capacidad de resiliencia que mostraron al comenzar una nueva vida al otro lado del mundo, en Chile.

¹ Este relato –y retrato– colectivo está coordinado por Alba Mielgo Martín a partir de los testimonios de hijos y nietos de exiliados españoles, muchos de ellos arribados a Chile en el Winnipeg. Algunas de las imágenes aportadas en este relato –y retrato– colectivo, no han podido finalmente reproducirse por su escasa calidad. (N.E.)

Nuestra memoria individual y colectiva está presente en cada historia, en cada objeto, en cada archivo..., la memoria y los recuerdos se traspasan, se heredan, y tenemos la responsabilidad de que no se pierdan. Lo que no se cuenta, no existe. Por lo que hay que incentivar acciones que promuevan la recuperación y preservación de la memoria, así como espacios de reflexión y concienciación, ya que “enseña al espectador sobre lo que debe recordar y el propósito, estimulando consideraciones morales para habilitar una memoria democrática”², y con ello, crear sociedades más resilientes, justas y colaborativas. Este cruce de relatos, de encuentros y desencuentros de unas vidas fragmentadas, es un homenaje, reconocimiento y reparación a las memorias de sus protagonistas y sus familiares.

ROMUALDA LÓPEZ Y HOMERO GARCÍA³

“Se ha escrito mucho sobre la guerra civil española, sus causas y consecuencias, desde una mirada histórica y política, pero muchas veces quedan ausentes de estos escritos las historias particulares de quienes la padecieron, como rearmaron sus vidas lejos de su tierra, legando a hijos y nietos sus trayectorias en esa guerra. Hoy nosotros, sus descendientes, aspiramos con nuestro relato a poblar ese vacío con nuestros retazos de memorias. Con ello esperamos también transmitir el valor de la paz y del entendimiento entre diversos, en tiempos que parecen haber olvidado el horror de la guerra y de la negación del prójimo.”

Carmen García López. Santiago de Chile, mayo, 2024

Homero García Ramos nace el 1 de septiembre de 1911 en Madrid, y será uno de los dos hijos que tuvieron los sevillanos Manuel García Ceballos y María del Reposo Ramos de Los Ríos (una mujer intelectual para la época y descendiente de una familia de joyeros en Andalucía). Homero, hermano menor de Giordano, será un asiduo lector desde pequeño, lo que le proporcionó una amplia cultura nacional y universal.



Con gran sentido social y ético, desde muy joven desarrolló

² Escribano González, E. (2018) “Musealizar la memoria de las víctimas. Giving the Memory of the Victims a museum-like status”. *Revista Historia Autónoma*, 12, e-ISSN: 2254-8726; p. 274. (N.A.)

³ Por Carmen y Rafael García (hijos).

Homero y Giordano durante su infancia y su juventud.

su profesión como linotipista y desde 1925 estará junto a su hermano Giordano “afilado al arte de imprimir de la UGT”⁴. Romualda López Miguel (Rumy), también nacerá en Madrid el 31 de marzo de 1911. Será una de las hijas del matrimonio conformado por la castellana Arcadia Miguel Páramo (oriunda de Magaz que se traslada a Madrid a trabajar tras unas inundaciones que azotaron el pueblo) y del madrileño Victoriano López Díaz. Fruto de este enlace nacerán Paz, Ángel y Rumy. Esta última comenzará a trabajar como sastra a una edad muy temprana, y poco a poco irá ascendiendo hasta llegar a maestra. Siendo todavía muy jóvenes, con apenas 18 años, los caminos de Homero y Rumy se cruzan en Madrid. Rápidamente surge el amor entre ambos y comienza un largo noviazgo que únicamente se verá interrumpido por el inicio de la guerra civil. Ante la incertidumbre de este nuevo contexto, deciden casarse el 23 de diciembre de 1936 en la capital, y emprenden su vida en pareja arrendando una vivienda en la Calle Treviño nº 9.

Por aquel entonces Homero pertenecía a Artes Gráficas “Encuadernadores” de Albacete⁵. Sin embargo, los proyectos de los recién casados pronto se verán truncados por la crueldad y el avance del conflicto bélico de la guerra. Homero, persiguiendo sus ideales socialistas, se convirtió en un miliciano más que ayudó a defender la República.

El 1 de enero de 1937 ingresará en el instituto de carabineros⁶, en abril de ese mismo año lo ascenderán a sargento⁷ y poco después, el 22 de septiembre de 1937, lo destinarán al Batallón número 31⁸ como tenien-

⁴ La ficha de Giordano en PARES muestra que estaba afiliado al arte de Imprimir de la UGT en 1925. Ministerio de Cultura y Deporte. (s.f.). Archivo Histórico Nacional, Ultramar, 206, N.6. Portal de Archivos Españoles (PARES). (N.A.) Evitamos reproducir el link completo de la referencia, ya que puede consultarse en línea. (N.E.)

⁵ Ministerio de Cultura y Deporte. (s.f.) Centro Documental de la Memoria Histórica, DNSD-SECRETARÍA, FICHERO, 25, G0115990. Portal de Archivos Españoles (PARES). (N.A.)

⁶ *Gaceta de la República* (1937), nº 1, p. 11. Véase también en Portal de Combatientes. (s.f.). Homero García Ramos (búsqueda disponible en <https://www.combatientes.es/>). (N.A.)

⁷ *Gaceta de la República* (1937). Orden sobre movilización. Nº 99, p. 135. Véase también Ministerio de Cultura y Deporte. Centro Documental de Memoria Histórica, DNSD-SECRETARÍA, FICHERO, 25, G0115991. Disponible en el Portal de Archivos Españoles (PARES). (N.A.)

⁸ *Boletín Oficial del Instituto de Carabineros* (1937) nº 16, p. 275. También aparece en el mismo boletín y mismo año, nº 22, p. (N.A.)



Matrimonio de Homero y Romualda a inicios de la guerra. Romualda viste de negro porque está de luto por la muerte de su padre.



Cartera militar del Ejército de la República Española.

te⁹. Estuvo en la sección de ametralladoras en Gerona¹⁰ y será propuesto para la obtención de la Medalla del Deber¹¹. El destino de su hermano mayor Giordano no correrá la misma suerte, lamentablemente será abatido durante la guerra. En este contexto de caos e inestabilidad Rumy se queda embarazada de su primogénita, y ante el temor de que algo pudiera sucederles, deciden que ella junto a su madre Arcadia se trasladasen a Valencia. Un lugar en ese momento seguro, alejado de la guerra.



Homero y Romualda embarazada en Valencia. Ambos aparecen en el lateral inferior izquierdo. Archivo Familiar.

Su ansiada y querida Ketty, Henriqueta García López, nacerá el 3 de diciembre de 1937 en Valencia. Es un rayo de luz dentro de una España cada vez más oscura que hay que proteger, por ello, junto con el avance de las tropas nacionales Homero pedirá a su mujer que huya a Francia. Y así será a principios de 1939, cuando la derrota republicana era inminente, Rumy cruza los Pirineos a pie con su hija en brazos acompañada de su madre Arcadia y su sobrina Tere. Una vez atravesada la frontera, terminarán junto a otros refugiados españoles en Le Guray, un lugar hostil donde la efímera vida de la pequeña Henriqueta llegará a su fin el 3 de marzo de

1939 debido a una neumonía. Lamentablemente no pudo resistir ni las inclemencias y el frío del trayecto, ni la precariedad de las condicio-

⁹ Centro Documental de la Memoria Histórica, Ficha de Homer García Ramos, DNSD-SECRETARIA, FICHERO,25, G0115987. (N.A.)

¹⁰ Centro Documental de la Memoria Histórica, Ficha de Homer García Ramos, DNSD-SECRETARIA, FICHERO,25, G0115992. (N.A.)

¹¹ Centro Documental de la Memoria Histórica, Ficha de Homer García Ramos, DNSD-SECRETARIA, FICHERO,25, G0115988. (N.A.)



Salvoconducto emitido para Homero García el 10 de febrero de 1939. Archivo Familiar.



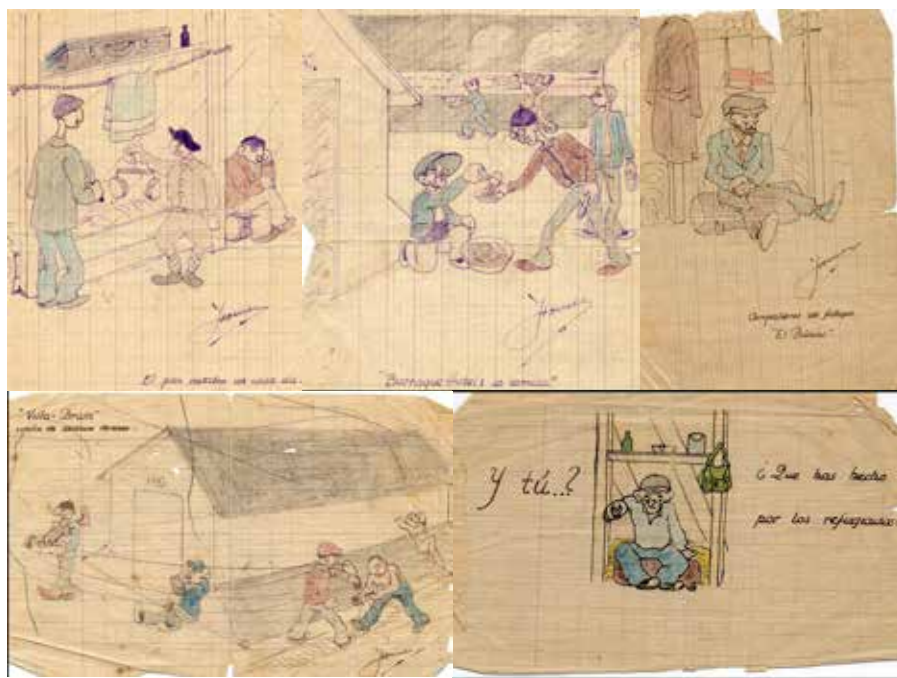
Certificado de Homero como delegado del PSOE en el campo de Bram, Marzo de 1939. Archivo Familiar.

nes del refugio en Francia¹². Sin duda, fue un periodo devastador para Rummy, no solo por la pérdida de su primogénita, sino también por el hecho de encontrarse sola en un lugar extranjero donde el trato que recibían por parte de unos soldados a los que no entendían era bastante brusco, por estar alejada de su marido y porque la incertidumbre del futuro era cada vez más angustioso y sombrío. Homero también cruzará los Pirineos, pero en este caso será llevado al campo de concentración de Bram, donde llegará a ser el delegado del PSOE.

Este campo surgió como respuesta a la masificación del resto de campos para acoger a los refugiados de la guerra civil. Con el derrote final de la República unas 400.000 personas cruzaron los Pirineos y terminaron en algunos de estos recintos situados en el sur de Francia. A Bram ingresaron los españoles vinculados al Partido Comunista de España, el Partido Socialista Unificado de Cataluña y las Juventudes Socialistas Unificadas¹³. La faceta creativa de Homero también aflorará en este campo, y gracias a los retratos que realiza de los barracones y los poemas que escribió 18, podemos imaginar ligeramente como fue estar allí. La experiencia personal que registra y representa es otra evidencia más de las terribles condiciones en las que vivieron, mismas vivencias que también capturó el fotógrafo Agustí Centelles (quien también estuvo en el campo de Bram), y que incluso llegó a denunciar el Comité Internacional de la Cruz Roja en 1940.

¹² Está enterrada en Saint Brieuc. (N.A.)

¹³ Ministerio de Cultura y Deporte. (s.f.). *Lugares-Campo de concentración de Bram*. Disponible en PARES, Portal de Archivos Españoles. (N.A.)



Dibujos que Homero realiza durante su estancia en el campo de concentración de Bram.

A pesar de la distancia y de estar separados, la joven pareja pudo estar en contacto gracias a la correspondencia que se enviaban. Es así como Rummy le comunicó el fallecimiento de su hija.

Su estancia en estos centros durará unos meses hasta que reciben una invitación, un 'Aviso de Embarque' del S.E.R.E., para viajar a Chile. Afortunadamente, Homero y Romualda fueron unas de las personas seleccionadas para embarcarse en el Winnipeg, y es así como consiguen reencontrarse en Burdeos antes de zarpar rumbo a su nuevo país de acogida. El destino vuelve a poner a prueba a Rummy, quien una vez más debe despedirse, en este caso de su sobrina Tere y su madre Arcadia. Ambas regresarán a Madrid, donde Paz y Ángel, los otros dos hijos de Arcadia, esperan a su querida madre.

Desde el muelle de Trompeloup, y gracias a las gestiones de Pablo Neruda y Delia del Carril, pusieron rumbo a Chile¹⁴ junto a otros mi-

¹⁴ En el primer listado elaborado por Jaime Ferrer solo aparece Romualda López Miguel (Ferrer Mir, J. (1989). *Los españoles del Winnipeg*. Editorial Cal Sagas, p. 130), mientras que en la publicación que el historiador Josu Chueca realiza actualizando el listado de pasajeros, aparecen ambos y se indica que los dos tienen 28 años por aquel entonces, que Homero es encuadernador, del PSOE, y que estuvo en el campo de concentración de Bram (Chueca Intxusta, J. (2021). *2.000 del "Winnipeg"*. *Diario de a bordo*. Editorial Intxorta 1937 Kultur Elkartea, p. 185). (N.A.)



Maleta original y objetos con los que viajaron en el Winnipeg en 1939. Archivo Familiar.

Tras varios días en el mar, llegan al puerto de Valparaíso la noche del 2 de septiembre de 1939. Poco después serán trasladados en tren hasta la estación Mapocho de Santiago de Chile, donde fueron recibidos con cariño. En un primer momento, fueron acogidos por un matrimonio de chilenos, la Sra. Juanita y Don Mauro, y pronto comenzaron a trabajar en sus correspondientes oficios. Homero era Corrector de Pruebas y Linotipista, por lo que trabajará en la Editorial ZIGZAG, mientras que Romualda continuará desempeñando sus labores como sastra en la tienda García. La creatividad de Homero trajo alegría al pueblo chileno al diseñar personajes como el “Pollito”, el “Pepe Pato y Varelita” de Jorge Romero, entre

otros. También será secretario del centro republicano, punto de encuentro de los refugiados españoles en Santiago.

Durante su vida en Chile, cambiaron varias veces de vivienda. En la primera casa, que arriendan en la calle Ezaguirre en marzo de 1940 nacerá su hija María Teresa. Dos años después compartirán otra vi-



Fotografía de los seis hijos de Homero y Romualda en 1953 y 2004.

vienda con otra familia de españoles donde nacerá Jorge (1942). Gracias al nuevo puesto laboral de Homero como jefe de imprenta en la imprenta Hispano Suiza pudieron asentarse en una casa cerca del trabajo y formar la familia que siempre desearon, y así llegaron dos hijos más, Carlos (1944) y Carmen (1947). Una vez más la vivienda se les queda pequeña, y finalmente se trasladan a la calle Seminario, donde nacerán sus dos últimos hijos, Pilar (1949) y Rafael (1951).

A partir de 1949 comienzan a reencontrarse con los familiares que tuvieron que abandonar en España, tanto en Argentina (donde Romy pudo reunirse con Arcadia, Paz y el esposo de esta última, Vicente), como en Chile. La madre de Homero, María, también abandonará España y viajará a Chile para vivir con ellos, sin embargo, el destino es caprichoso y se ensaña una vez más con la familia. A los pocos meses de llegar al país latinoamericano, María fallece. Los últimos en cruzar el océano y arribar en Chile serían Ángel y su familia. El hermano de

Rumy viajará gracias a la solidaridad y ayuda de Homero, quien al ver las penurias y dificultades económicas que estaban atravesando en ese momento, les envía dinero para ayudarles a pagar los pasajes y comenzar una nueva vida cerca de su familia. En un primer momento, ambos núcleos familiares convivirán en una casa de Abelardo Pizarro, y por suerte, Ángel rápidamente empezará a trabajar en una broncería, en la Fundición Las Rosas.

Con el tiempo la familia creció aún más. En un viaje que Arcadia, Paz y Vicente realizan a Chile para conocer a sus nietos y sobrinos, Paz enferma y es entonces cuando el médico le da la trágica noticia de que tiene cáncer. Lo que parecía un viaje de unos días terminó por ser una larga estadía de 15 años. Una vez más tuvieron que hacer frente y adaptarse a las circunstancias, y para poder subsistir y tener ingresos, Vicente trabajará en una tienda de “recortes de noticias”, es decir, los artistas, los políticos... le encargaban recopilar la información que se publicaba sobre ellos en los medios. Ese oficio tan poco habitual fue su fuente de ingresos.

En 1963 Arcadia fallece repentinamente a los 83 años consecuencia de un paro cardíaco. A pesar de la dura vida que vivió al haber envidado joven, al haber tenido que abandonar su España natal, haber cruzado los Pirineos, haberse exiliado en Argentina primero y luego en Chile... vivió en paz y feliz sus últimos años rodeada de su familia. Poco



Las y los descendientes del matrimonio elaboraron una "ruta patrimonial" en el 2009 para rememorar todos los lugares donde habían residido.



Llegada de Paz, Vicente y Arcadia de Argentina a Chile.



Ángel, Paz, Arcadia y Rumy en Chile. Archivo Familiar.



Carmen, Carlos, Tito, Homero, Jorge, Tere, Arcadia, Rafa, Romy y Pili, en 1962.

después, Paz y Vicente también se despedirán de Homero y Romy para regresar a España en 1965. En la década de los 60 Homero continuará trabajando a pesar de llevar casi una década disfrutando de la jubilación de la imprenta Hispano Suiza.

Se jubilaría en 1956, pero seguirá trabajando, en este caso en la Molinera de Maipú como contable, para tener diferentes ingresos y poder ahorrar hasta comprar la última

vivienda donde residirá la pareja. En 1960 se trasladan a la calle Iquique, y poco a poco, a partir de 1967, sus hijos empiezan a abandonar la vivienda familiar y a contraer matrimonio. Esta partida del hogar hace que Romy añore todavía más a su hermana y sus tierras. Homero vuelve a poner solución a la distancia que las separa comprando un billete de avión a España, y es así como Romy se reencuentra en 1969 con sus orígenes 30 años después de haberlos abandonado. Desde ese momento y hasta que fallece, viajará unas tres veces más acompañada de su hijo Jorge.



Despedida por jubilación de Homero en la Imprenta Hispano Suiza, 1956.

Durante el Golpe de Estado de 1973, los recuerdos y heridas de Homero se reavivan, y les toca vivir aquello de lo que décadas atrás huyeron, una dictadura. Las malas noticias nunca vienen solas, y es en estos años cuando la salud de Homero se resiente cada vez más. La meningitis que padeció de niño y que dañó su pulmón izquierdo, junto al desgaste físico de la guerra, los productos y procesos de trabajo de la imprenta... hacen mella en él, y finalmente fallece el 30 de julio de 1979 en



Maribel, Vicente, Pilar, Paz, Romy, Homero y Ángel, 1978.



Romy rodeada de sus hijas e hijos en el 2010.

Santiago de Chile. Cumpliendo sus últimas voluntades, sus familiares incineran su cuerpo y sus cenizas serán esparcidas en el cerro San Cristóbal, uno de los primeros lugares que visitó cuando llegó a Chile y donde tantas veces paseó con sus hijas e hijos. Tras su fallecimiento, Romy y su hija Pilar venden esa última vivienda y se trasladan a la calle La Blanca 0160. Con el tiempo la salud de Romy también comienza a decaer, en este caso es el Alzheimer la enfermedad que poco a poco la va alejando de sus recuerdos y de la realidad. Y 32 años después, casi el mismo tiempo que tardó en volver a sus tierras, se reencontrará con su querido Homero el 11 de agosto de 2011. A pesar de todas las adversidades, Homero y Romualda consiguieron reponerse de la pérdida de su primogénita, de la guerra y pudieron formar una gran familia compuesta de 6 hijos, 14 nietos, 21 bisnietos y 2 tataranietos que a día de hoy los siguen recordando con cariño y amor.



Descendientes de Romy y Homero.

HELIOS LÓPEZ FERRER (MARIANO LÓPEZ FERRER)¹⁵

“Tu presencia y convicciones dejaron huellas profundas en nuestras vidas, transmitiendo a tu descendencia el amor por tu tierra y por la libertad.”

Rosario López Zúñiga Santiago de Chile, mayo 2024

Mariano López Ferrer será el cuarto y último hijo del matrimonio conformado por Mariano López Seguí y Dominica Ferrer Ruiz. Nacerá el 23 de julio de 1914 en Valencia, y vivirá sus primeros años junto a sus hermanas mayores M^{ra} José (Pepita), Encarnación y Francisca (Paquita).

¹⁵ Por Mercedes y Rosario López (hijas) y Pablo Lara (nieto).



Certificado de Bautismo de Mariano.



Arreglo fotográfico de 1985 donde aparece toda la familia.



Mariano con 3 años.

La vida de Mariano desde un comienzo no fue nada fácil. La muerte prematura de su madre en un parto hace que la familia se separe cuando Mariano apenas tiene cuatro años. Este fallecimiento, junto a la decisión de su padre de rehacer su vida solo en Madrid¹⁶, atraviesa y condiciona la vida de toda la familia, y es así como las tres jóvenes comienzan a trabajar en el servicio de diferentes hogares y Mariano ingresa en el internado del colegio de curas de los Escolapios de Valencia¹⁷ para recibir una educación reglada.

En el momento en el que su hermana Pepita contrae matrimonio, un joven Mariano de 17 años, se traslada a vivir con ella a Godella. Sin duda, Pepita será un pilar fundamental para esta familia. No solo se ocupará de su hermano menor, sino que también se hará cargo de sus propios hijos y de los hijos de su hermana Encarnación, quien estuvo durante un largo periodo enferma y finalmente fallece. Mientras vivía con su hermana en Godella, Mariano colaboró en las labo-

¹⁶ Su padre se desvincula completamente de sus cuatro hijos valencianos y en Madrid se volverá a casar y formará otra familia, y solo volverá a reencontrarse con ellos en su vejez, cuando regresa a Godella para que su hija Pepita lo cuide, hasta que fallece de anciano. (N.A.)

¹⁷ Las Escuelas Pías de Valencia fueron las escuelas más prestigiosas creadas por los Escolapios, llegando a albergar desde 1763 hasta 1958 el Seminario Andresiano, un reconocido internado. La educación impartida en esta escuela formó a intelectuales y su objetivo como orden clerical era formar de manera gratuita e integral a niños y jóvenes. (Colegio Escuelas Pías. (s.f.). El colegio: Breve historia. Recuperado el 24 de marzo de 2024, de <https://www.colegioescuelaspiasvalencia.org/seccion/quienes-somos/>). (N.A.)

res familiares vinculadas a la ganadería. Ayudaba en trabajos como el ordeño, la venta de la leche... y en este contexto comenzó a relacionarse con otros amigos de ideología también republicana. En 1935 se desplaza a Madrid para realizar el servicio militar, pero nunca llegará a finalizarlo por el estallido de la guerra civil. Por suerte, el inicio del conflicto lo sorprende en Valencia, a donde se había desplazado poco antes para asistir a la boda de su hermana menor Francisca, y esto le permite poder escoger bando y posicionarse junto a los republicanos. Al igual que en muchas otras familias, convivían diferentes bandos dentro del mismo núcleo familiar. Su cuñado Francisco era falangista, y a pesar de las diferencias ideológicas, ambos se ayudaron y protegieron mutuamente. Mariano siempre fue como hijo para él.

Una vez finalizada la Guerra en 1939, detienen a Mariano y lo encierran bajo una condena de treinta años por el delito de “adhesión a la rebeldía”¹⁸. Permanecerá preso desde el 19 de abril de 1939 hasta el 16 de enero de 1943 en la cárcel creada por el bando franquista en el monasterio de San Miguel de los Reyes, en Valencia¹⁹. El encierro trae consigo otra mala noticia, la muerte de su querido cuñado Francisco. Por ello será su sobrina Pepa quien lo visite a la cárcel y quien a día de hoy todavía recuerde las visitas que realizaba a su tío para retirar la ropa sucia y llevarle ropa limpia, comida...



Helios con su sobrina Pepita en San Miguel de los Reyes.

Durante este periodo carcelario, también conocerá a Julia Torres, la esposa de uno de sus compañeros de celda también republicano, Francisco Palomares Talens, a quien terminan fusilando con 34 años en 1941 en el cementerio de Paterna²⁰. La relación entre Julia y Mariano comienza en ese momento, y una vez que Mariano sale de la cárcel tras cuatro años de reclutamiento y sin llegar a cumplir la condena completa, empiezan a convivir como pareja en Valencia junto con los dos hijos de esta, Vicente y Libertad. Pronto abandonan Valencia y se trasladan a Barcelona, donde nace el primer hijo de ambos, Ernesto Helios López Torres el 1 de marzo de 1945. Allí continúan trabajando de manera clandestina en la resistencia imprimiendo y repartiendo propaganda pro republicana. Y esto hará que una vez más, tomen preso a Mariano y lo trasladen a la cárcel modelo de Barcelona.

¹⁸ En este punto, los autores introducen una imagen del certificado de prisión de Mariano según el cual debe cumplir 30 años por adhesión a la rebeldía. (N.E.)

¹⁹ Esta cárcel servirá para recluir a los opositores del franquismo desde 1939 hasta 1966. (N.A.)

²⁰ En el buscador de víctimas de la represión franquista de la Diputación Valenciana se acredita su ejecución. (Diputación de Valencia. (s.f.). *Víctimas de la Represión Franquista en la Comunidad Valenciana*).



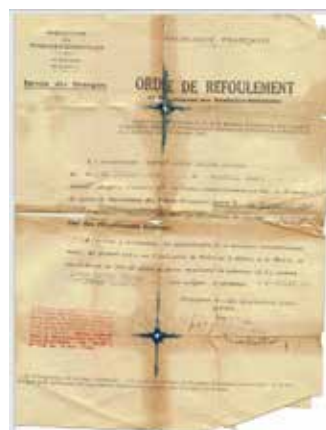
Permiso para residir en Francia con vigor desde 1948 a 1951.

La vida de Julia en ese instante se complica todavía más. El contexto de la posguerra, el tener a tres menores a su cargo, la ausencia en ese momento de Mariano... hace que tome la decisión de atravesar los Pirineos en busca de un futuro mejor. Este trayecto lo hará por Huesca en 1947 y para ello, confecciona una mochila que su hijo mayor Vicente (de unos 12 años por aquel entonces) llevaría puesta para trasladar al pequeño Helios durante la travesía. Actualmente Vicente

continúa vivo y rememora lo duro que fue el trayecto. Recuerda como avanzaban por la noche y permanecían escondidos en los refugios durante el día, y que a su vez cerraban estos espacios por el exterior para despistar a los soldados que los buscaban; se acuerda también de la complicada orografía y de cómo una mujer terminó cayendo por los barrancos y falleciendo; y qué decir de las inclemencias del tiempo... sin duda, un recorrido espantoso que duró solo 9 días, pero que sigue recordando 77 años después.

Finalmente, Julia y sus hijos consiguen llegar a Francia, y es entonces cuando Mariano huye para reencontrarse con ellos. Abandona España clandestinamente desde Port Bou hasta llegar a Marsella. Se desconoce la fecha exacta en la que viaja y cómo lo consigue, si fugándose de la cárcel, aprovechando un permiso... De cualquier modo, logra escapar en un bote de manera precaria a Marsella y si algo hay que destacar de este episodio, es el cambio de nombre de Mariano. A partir de este momento, se llamará legalmente Helios, tal y como acredita la documentación original.

Por medio de este cambio de nombre busca despistar a sus captores y lo hace escogiendo uno de los nombres más republicanos, Helios. El 20 de septiembre de 1947 se le emite un certificado en calidad de refugiado que tendrá que mostrar en su destino, documento que nos indica que por esa fecha estaría en Francia 40. Durante este periodo, Helios trabajó desde el 8 de octubre al 31 de diciembre de 1947 en las fábricas de



Orden de refugiado emitida el 30/09/1947.



Carnet y certificados para poder trabajar en Francia. 1947-1950.

Saint Chely d'apcher (Lozère) Acerías y Forjas de *Firminy* y desde el 20 de enero de 1948 hasta el 22 de septiembre de 1950 trabajará en los talleres de construcción de equipos eléctricos de la Sociedad MUY ALTA TENSION como Trabajador Especializado de 2º nivel.

Afortunadamente también consigue reunirse con su familia en París, donde vivirán en el 27, *rue Fouquet-Baoquet* en *Saint-Denis* (Sena)²¹. Su mujer Julia trabajará como modista y los niños continuarán con su educación en francés. Sin embargo, su situación continuaba siendo bastante precaria y por ello, deciden ponerse en contacto con la IRO (*International Refugee Organization*)²² para que les ayuden a organizar su viaje a Latinoamérica. Gracias a su ayuda viajarán en el vapor de línea Campana²³, zarparán desde Francia y llegarán hasta Argentina, y



Julia y Helios en el vapor Campana con Vicente, Libertad y Helios Jr.

Helios en el Castillo de If en Marsella, 1949..

²¹ Es la dirección que aparece en su segundo certificado de trabajo. (N.A.)

²² La IRO surge en 1946 para ayudar a los refugiados de la II Guerra Mundial. (N.A.)

²³ En el archivo online del Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos (CEMLA) aparece el ingreso en Argentina de Mariano en el vapor Campana el 20/10/1950. (N.A.)



Maleta Original con la que viajó Helios (1950).

después tomarán un avión hasta Santiago de Chile el 23 de octubre de 1950, vivirán en la calle Carmen y allí nacerá en 1952 la última hija que tuvieron Helios y Julia, Alegría. En este nuevo comienzo, Helios conoce a la que sería su futura esposa, Mercedes Zúñiga Montalva. Una mujer chilena, nacida el 10 de octubre de 1924 en una familia de clase media que vivía con su madre y su abuela. Mercedes siempre fue la más “protegida” de la familia, ya que nació con un solo riñón. Por ello en el momento en que comienzan su relación, la madre de esta no solo acudirá al consulado en busca de los antecedentes de Helios, sino que también le advertirá a Helios de que es una mujer con la que no podrá tener hijos.

A pesar de todas estas vicisitudes, la relación continúa, se casarán en 1952 y tendrán tres hijos: Rosario (1953), Mercedes (1955) y Mariano (1957). Una vez más, Helios supo adaptarse al contexto que le tocaba vivir y buscó nuevas maneras de obtener ingresos para mantener a su familia. Al poco de llegar trabajó durante una semana en la panadería de un español, pero sus inquietudes y habilidades para los negocios lo llevan a ser vendedor de licorerías junto a otros españoles. Es así como se reinventa e instala finalmente una Botillería propia en 1958. Se trata de un negocio en el que trabajará hasta el momento en el que fallece y que le permite independizarse y garantizar el porvenir familiar. La “Botillería Helios” se encontraba en Miguel Claro 676, en la comuna de Providencia. Hasta ese momento la familia residió en la calle el Pino de la comuna de Independencia, y una vez que Helios adquiere la botillería, se trasladan a la parte trasera de la misma. Allí adecuaron una bodega habitación como vivienda familiar para vivir, y de ese modo, solo tenían que pagar un alquiler. Esto les permitió vivir, educar a sus hijos y ahorrar para comprar una vivienda.



Helios con sus cuatro hijos menores en su residencia de la calle Independencia, 1958.



Familia López Zúñiga en 1962..



Helios en la botillería, 1975.

Esta botillería fue mucho más que un negocio con el que prosperaría la familia López Zúñiga, fue un punto de encuentro de intelectuales de la época. El ambiente cultural del momento iba a jugar al ajedrez, a conversar con él... y es que Helios era un hombre culto que se movía en estos círculos. De hecho, sus hijas recuerdan como figuras como Nicanor Parra o Ernesto Cardenal estuvieron en su casa debido a su amistad con su padre. Sus inquietudes por el negocio le llevaron también a asociar todas las botillerías de Santiago y a crear la organización DUBOSAN (Asociación de Dueños de Botillerías de Santiago) que actualmente continúa vigente. Junto con la organización, también se publicará una revista trimestral en la que en solía escribir.



Helios con Ernesto Cardenal en la boda de un amigo nicaragüense común, 1971.

Tras permanecer durante una década residiendo en la parte trasera de la botillería, finalmente compran una casa en la calle Manuel Antonio Maira donde vivirán los seis juntos desde 1967 hasta que los hijos comienzan a casarse. Rosario contrae matrimonio y adquiere una vivienda en la parcela de al lado y cuando fallece su madre Mercedes, su otra hija vivirá en esa casa hasta el día de hoy. Helios hijo, por el contrario, tras el Golpe de Estado chileno se traslada a Argentina, donde se casará y tendrá 3 hijos. Y Mariano también se casará y se irá a residir fuera de Santiago.

A pesar de la distancia, los orígenes de Helios y la cultura valenciana siempre estuvieron muy presentes en el hogar. De hecho, fundó la Casa Valencia en el año 1950 junto a otros valencianos y poco después realizaron la primera falla en Santiago de Chile en la plaza de la Constitución (cerca de la Moneda). Con motivo de estas celebraciones crea también la revista "Arte y Fuego", una publicación anual que comienza su andadura en 1955 hasta el 1962/63.



Boletín de DUBOSAN.



Helios con la colectividad valenciana e imagen de la primera falla realizada en Santiago, plaza de la Constitución, año 1955.



Con la colectividad valenciana (1955).



Revista 'Arte y Fuego', 1957.

Del mismo modo que jamás olvidó sus orígenes, tampoco dejó nunca de cartearse con su hermana Pepita. Solían escribirse dos veces al año, y al ver que la situación en España no mejoraba, en 1957 Helios financia el pasaje de la sobrina que le iba a ver a la cárcel en San Miguel de los Reyes, Pepita, para que pueda viajar a Chile y tener más posibilidades de prosperar. Allí trabajó en diferentes negocios hasta que finalmente se establece en una verdulería en Vicuña Mackenna. Lo bueno de que su sobrina estuviese junto a ellos es que la hermana de Helios, Pepita, irá unos meses a ver a su hija, y es entonces cuando los dos hermanos se reencuentran. La nostalgia por su hogar hace que la sobrina Pepita regrese a España en un barco fallero en 1964. En el origen de estos barcos falleros también estuvo Helios involucrado junto a otros cuatro hombres. Es una idea que surge en Chile y se expande por diferentes países de Latinoamérica para recoger a los valencianos que residían en Chile, Argentina y Uruguay y trasladarlos a Valencia por un coste menor que el pasaje normal.



En el Centro Republicano, 1962. Helios aparece el primero a la derecha.



Recorte de periódico donde se rememora la función y origen de los barcos. Helios fue uno de los precursores, aparece a la derecha.

Durante su vida en Chile, Helios siempre permaneció muy vinculado al círculo de republicanos migrantes españoles, es por ello que acudía con asiduidad al Centro Republicano Español ubicado en la calle Agustinas de la capital chilena, y también a las reuniones que todos los republicanos acordaban cada semana en sus casas para comer, jugar a cartas, dominó... Les unía un mismo sentimiento y una misma experiencia. Se forja así una amistad que termina quebrándose

el 11 de septiembre de 1973 con el Golpe de Estado en Chile. En ese momento se prohíben las reuniones, había toque de queda... y el temor a que te tomaran preso y te mataran conlleva a que esta agrupación se aísle y paulatinamente se desvincule.

Sus hijas recuerdan como fue ese 11 de septiembre de 1973. Helios se temía lo peor y sabía lo que era pasar hambre, por lo que las acompañó para abastecerse de provisiones. Normalmente no era él quien se encargaba de comprar los alimentos, pero esta vez hizo una excepción y fue con ellas a comprar queso, una gran caja de huevos... El núcleo familiar creció esos primeros días de encierro. Helios consiguió poner a salvo a la madre y abuela de su mujer y a la cuidadora de la abuela alejándolas del foco central del conflicto (ya que vivían cerca de la Moneda) y llevándolas a su casa. Su hijo Mariano llegó con un amigo que también permaneció esos primeros días con ellos. Y en último lugar, su hijo Helios, muy asustado por ser políticamente muy activo, convivió también con su padre y sus hermanos. En este contexto afloró nuevamente la solidaridad de Helios (padre). Probablemente sus experiencias previas vividas en España y Francia promueven que se preocupe por los demás para garantizarles seguridad.

Su sueño siempre fue regresar a España una vez Franco hubiese fallecido, algo que nunca llegó a suceder debido a la situación económica familiar y por su prematura muerte a la edad de 62 años, el 26 de agosto de 1978, como consecuencia de un cáncer de pulmón. Una vez que el fallece, su mujer y sus hijos se ocuparon durante un tiempo de la botillería, pero no era lo mismo sin él, poco a poco afloran los supermercados que hacen que este tipo de pequeños negocios quiebren... y todo ello hace que terminan vendiéndola en 1981. Actualmente es una *trattoria* (lugar donde venden pasta y comida italiana).

Para finalizar el relato, reincidentir en que Helios fue un hombre culto, con unos valores que consiguió transmitir a una gran familia que actualmente se conforma por 15 nietos. La cultura valenciana siempre estuvo muy presente en la casa, todos los domingos se reunían a comer paellas y a celebrar su cultura, participar en las fiestas y costumbres valencianas... caló de tal manera en sus descendientes que llegaban a vestirse de valencianas, pero no de huasas. Y, por último, mencionar que su vida en Chile fue fructífera y siempre tuvo muy buen vínculo y convivió con los hijos que tuvo con Julia, así como los dos con los que llegó a Chile.



Fotografía de Helios padre con Helios hijo en Argentina, 1975.

FAMILIA FONCILLAS PEIRO²⁴

“Este relato está dedicado a la memoria de mis padres, abuelos y tío, que vivieron la guerra civil durante tres años y eso desencadenó que tomaran la decisión, con mucha tristeza, de dejar su querida patria de la que nunca se olvidaron y añoraron hasta sus últimos días. Mi hermana y yo llegamos con ellos, dejando a una España devastada por la represión y también económicamente disminuida, llegando a Chile, un país desconocido para ellos, pero muy acogedor con los migrantes, donde fuimos muy bien recibidos y donde formamos familia en esta segunda patria.”

Mª del Carmen Foncillas Peiro Santiago de Chile, mayo de 2024



Fotografía de Ramón Foncillas Bul antes de iniciarse la guerra.



Casimiro Manuel Foncillas en el destacamento de Reus en 1938 (el del centro)..



Casimiro Manuel Foncillas sosteniendo una escoba (el primero comenzando por la derecha)..

Casimiro Manuel Foncillas Bul nace en Morilla (Huesca) el 4 de marzo de 1913, en el seno de una familia de siete miembros. Será hijo de Manuel y Pilar y tendrá un hermano mayor, Ramón, y tres hermanas (Pilar, Julia, María). Casimiro Manuel (a partir de ahora Manuel, como lo recuerdan sus familiares y aparece en la mayoría de los documentos) vivirá en el pueblo hasta la edad de 13 años, momento en el que se desplaza a Barcelona para trabajar en una panadería. Durante la guerra civil española sirvió en Reus en el servicio de abastecimiento de segunda línea de varios destacamentos, estos se encargaban de abastecer con comida, ropa... a todos aquellos que luchaban en primera línea. Por aquel entonces Manuel todavía era muy joven, y quizá por eso, se libró en un primer momento de ir a la batalla.

Una vez finalizada la guerra, tomarán preso a Manuel en Reus y junto a otros prisioneros lo llevarán a un campo de concentración cerca de

²⁴ Por Mª del Carmen Foncillas (hija).

Melilla, en África. A pesar de poseer una ideología republicana, no estaba asociado o inscrito en ningún partido político, y gracias a ello será liberado y enviado de vuelta a Barcelona en el momento en el que realizan la revisión. Regresará tras tres meses de cautiverio y enfermo de tuberculosis, y como en esos momentos estaba soltero y solo en la ciudad, unos primos suyos lo acogen para cuidarle y ayudarle en su recuperación. Esta vivienda estaba frente a la casa de Carmen, con quien comenzará una relación y terminará formando una familia.

Carmen Peiro Sádaba, hija de Julián y Ramona (22 de abril de 1898), nace en Barcelona el 26 de octubre de 1920. En esta ciudad también trabajará en la fábrica de alfombras de Turkestán situada en la calle Balmes y será el lugar donde permanece junto a su familia durante la guerra. Carmen no tuvo que batallar, pero si experimentó los horrores del conflicto y los bombardeos que destruyeron Barcelona en primera persona. Uno de los momentos que jamás olvidará y que contaría años después a sus hijas es como bajaban a los refugios, y como en una de estas huidas, asesinaron a una mujer, su amiga.



Certificado de matrimonio de Carmen y Manuel.

Cuando finaliza el conflicto bélico, el destino hace que Carmen y Manuel se conozcan y contraigan matrimonio cuando Manuel tenía 28 años y Carmen 20. La unión tuvo lugar el 28 de septiembre de 1941 en la iglesia de San Martín y fue oficiada por el presbítero don Luis Martí. Poco después nacerían sus dos hijas, M^a del Carmen llegaría primero el 9 de junio de 1942 y su hermana M^a Mercedes unos pocos años después, el 25 de abril de 1949. En ese momento la situación de la posguerra impidió que se independizaran, por lo que los cuatro permanecieron junto a los padres de Carmen en la calle Montaña nº 80, piso 1, de Barcelona.

Durante ese tiempo Manuel se dedicó a vender pan blanco de estraperlo, el cual estaba prohibido después de la guerra²⁵. El malestar y pobreza de la posguerra junto a su temor a ser descubierto por los nacionales, conlleva a que la familia Foncillas Peira tome la decisión de vender su apartamento de Barcelona y otros objetos y migrar a Chile, donde el hermano de Manuel, Ramón, llevaba un tiempo asentado.



Uno de los poemas sobre la guerra escritos por Manuel Foncillas.

²⁵ Aunque en su tarjeta de abastecimiento se inscribe como "peón de albañil", seguramente para no levantar sospecha, ya que tampoco tenía la patente para vender pan. (N.A.)



Casimiro Manuel Foncillas junto a su mujer, hija Ma del Carmen y unos primos hermanos que fueron a despedirle antes de tomar rumbo a Chile en 1952 en el barco Cabo Buena Esperanza.

Ramón Foncillas Bul, nace en 1910 y era el mayor de la familia. Se forma como practicante en la Universidad de Barcelona (1931)²⁶, estuvo en la batalla del Ebro y formó parte del servicio sanitario provisional del ejército de la República desde el 6 de noviembre de 1936²⁷. Dentro del núcleo familiar fue la persona más vinculada a la política, de hecho, estuvo afiliado al Partido

Socialista Obrero Español, a la U.G.T. y al S.R.I.²⁸, por lo que una vez termina la guerra y estando fichado por los nacionales²⁹, se ve obligado a huir a través de los Pirineos a Francia, donde permanecerá un tiempo en el campo de concentración de Arlès-sur-Tech antes de embarcarse en el Winnipeg³⁰. Una vez en Chile, vivirá en Valdivia, donde estuvo trabajando en un hospital, y en Corral. En estos lugares rehará su vida casándose y teniendo cuatro hijos. El mismo viaje de los Pirineos también lo realizará otra de sus hermanas, Pilar, quien por aquel entonces estaba embarazada, y que cruzará junto a su marido Joaquín a Francia para tomar otro vapor, en este caso rumbo a Venezuela.

Será Ramón quien termina convenciendo a su hermano Manuel de que Chile es el destino perfecto para comenzar una nueva vida y proporcio-

²⁶ García López, H. (2021). *Enfermería y exilio republicano durante la guerra civil española (1936-1939)*. Universidad de Alcalá. Trabajo Fin de Máster, p. 92. (N.A.)

²⁷ *Diario Oficial del Ministerio de Defensa Nacional*. Publicado en Valencia el 15 de junio de 1937, nº143, p. 633-634. También se le cita en el *Diario Oficial del Ministerio de Defensa Nacional*. (1937). Publicado el 13 de agosto de 1938 en Barcelona, nº 205, p. 563. Estas referencias se han recuperado de la Biblioteca Virtual del Ministerio de Defensa de España. Por otro lado, ambos aparecen en el Portal de Combatientes (<https://buscar.combatientes.es/>). (N.A.)

²⁸ Véase la ficha de Ramón Foncillas Bul del Centro Documental de la Memoria Histórica. Ministerio de Cultura y Deporte. (s.f.). DNSD- SECRETARIA, FICHERO,21, F0118947. Disponible en el Portal de Archivos Españoles (PARES). (N.A.)

²⁹ Como puede comprobarse en todas las citaciones archivadas en archivo digital de Aragón (DARA- Documentos y Archivos de Aragón de Aragón). Archivo Histórico Provincial de Huesca. (s.f.). Responsabilidades políticas. Nº de orden de archivo 22. Expediente número 1.642 contra Ramon Foncillas Bul. (N.A.)

³⁰ Aparece en el listado de pasajeros actualizado de Chueca Intxusta, *ob. cit.*, p. 182. (N.A.)

nar un futuro mejor a sus dos hijas. Y así será. Primero viajará Manuel en el barco de línea Cabo de Buena Esperanza, llegando el 8 de febrero de 1952 a Argentina, y poco después a Chile.

Carmen, mientras tanto, seguirá trabajando en la fábrica de alfombras hasta el 6 de agosto de 1952, momento en el que recibe su finiquito³¹, y seis meses después de que su marido hubiese emprendido rumbo a Latinoamérica, viajará con sus dos hijas (M^a Mercedes de 3 años y M^a Carmen de 10 años) y sus padres en el mismo vapor de línea. M^a Carmen a día de hoy todavía recuerda la travesía y el *container* que organizaron junto a las maletas para poder llevarse la máquina de coser *Singer*, una cocina... y otros objetos de los que no querían desprenderse. Y así los cinco emprenden un largo trayecto que finaliza en Valparaíso. Allí tomarán un tren para reencontrarse con Ramón e iniciar su nueva vida en Valdivia.

El comienzo resultó mucho más difícil de lo esperado. En un primer momento vivieron en una de las dos viviendas que Ramón tenía en su parcela, no encontraban trabajo, Valdivia por aquel entonces era muy pobre, no había nada, el clima era muy duro, llovía bastante, Manuel intentó abrir una panadería, pero nunca consiguió la patente ... pero la recién instalada familia supo enfrentarse y adaptarse a todas las adversidades que se les presentaba.

Y así, Manuel trabajará como telefonista en los altos hornos de Corral durante un año y más tarde se asoció con otro español de apellido Ramas para trabajar, ahora sí, en una panadería. El resto de la familia también se adaptará a su nueva vida. Las dos pequeñas irán al Liceo de niñas de Valdivia, donde serán las únicas extranjeras en esos años. Una de sus profesoras, Ludmira cogió tanto cariño a M^a Carmen que gracias a ella consiguieron un departamento de los que daba el gobierno por aquel entonces. Carmen, por otro lado, se asocia con la hermana de Enrique Taladriz, María Teresa Taladriz, y tras diseñar la maquinaria de las alfombras que ya conocía por su experiencia laboral en Barcelona, mandan construirla para posteriormente dedicarse a tejer y fabricar alfombras de manera manual.

La hija mayor del matrimonio, M^a del Carmen, conoció a su esposo de la misma manera que se conocieron sus padres, ambos vivían en el mismo barrio. Se casará a los 16 años con el chileno Pablo Carmona Koppa, quien trabajaba en repartición



Foto tomada en Valdivia. Ramón Foncillas al fondo junto a Carmen, quien sostiene a Andrés en brazos, M^a Carmen Foncillas, M^a Mercedes y su tía Pilar.

³¹ Gracias a ello recibirá una pensión española mientras reside en Latinoamérica. (N.A.)



Carnet de Casimiro Manuel Foncillas como miembro del Centro Republicano ubicado en Santiago de Chile.

pública, y eso hizo que le trasladasen bastantes veces a lo largo de todo el país, vivirán en Temuco, San Fernando... antes de llegar a Santiago. El joven matrimonio tendrá un hijo y una hija, y seis nietos, todos ellos a día de hoy con la nacionalidad española. Una vez casada M^a Carmen, su padre Manuel encontró un nuevo trabajo como administrador de un supermercado de unos españoles en Rancagua, y por ello se mudaron a esa localidad. En este momento Carmen deja de trabajar para ocuparse de sus padres (Julián y Ramona) mientras recibía la pensión de la fábrica de España. Lamentablemente, Julián fallecerá poco después de mudarse³², y una

vez Manuel se jubila, el resto de la familia se trasladará a Santiago.

En la capital chilena Manuel será socio del centro aragonés y del Centro Republicano, vinculaciones que hicieron que estuviese presente en la recepción del rey de España, Juan Carlos I³³. A pesar de simpatizar con los republicanos españoles la familia Foncillas-Peiro jamás se vincularon al ámbito político en Chile, y es por ello que no les sucedió nada tras el golpe de Estado de 1973. Finalmente, Manuel fallecerá el 15 de diciembre del 2000 en Santiago y Carmen el 3 de marzo del 2017 en Temuco, y hasta el momento en el que fallecen sus orígenes estuvieron muy presentes, siempre hablaron en catalán en el hogar y con sus hijas.

Desafortunadamente no corrió la misma suerte la familia de Ramón, quien se casó al llegar a Chile y tuvo 4 hijos (2 hijas y 2 hijos)³⁴. Su hijo Manuel era militante, muy activo en el ámbito político e incluso llegó a estar fichado, y es por ello que en el momento del golpe de Estado

³² Los abuelos paternos, por el contrario, fallecieron en España. El padre de Casimiro Manuel, también llamado Manuel, murió antes de que viajaran a Chile, mientras que Pilar se suicidó tras un cúmulo de tragedias de las que no consiguió levantar cabeza (Ramón huido en paradero desconocido porque lo seguían por toda Huesca; una hija embarazada cruzando los Pirineos y sin saber de ella durante meses aunque cuando llegó a Venezuela contactó con ella...y el hecho de que su otro hijo con su familia se marchase también a Chile conllevó en gran medida a ese destino, ya que al poco de llegar recibieron la noticia). (N.A.)

³³ Los autores aportan dos imágenes de la invitación a ese acto, pero sin calidad suficiente para poder ser reproducidas. (N.E.)

³⁴ Ramón nunca superó este destierro, añoraba su patria y el trauma de la guerra siempre estuvo muy presente, haciendo que fuera una persona depresiva. Su mala suerte continuó en Chile, donde quedó viudo poco después de nacer el último de sus hijos, Andrés. Este cúmulo de situaciones hace que su desenlace sea el mismo que el de su madre, termina suicidándose en su lugar de trabajo, la Biblioteca del Centro Republicano de Santiago de Chile. (N.A.)

de 1973 se exilia a la Embajada de Alemania, para migrar después a ese país. Años más tarde se trasladará a España, país en el que actualmente reside con su esposa (quien emigró a Alemania poco después que él). Pero antes de todo ello, y mientras permanecía en paradero desconocido tras el golpe, las fuerzas militares atraparon a sus dos hermanas para que confesasen el escondite de su hermano, sin ellas saber que se encontraba en la Embajada de Alemania, por lo que no solo las golpearán, sino que las terminarán encerrando en el campo de prisioneros Tres Álamos³⁵. Finalmente las soltaron, y una de ellas, M.^a Sol, junto al otro hermano menor, Andrés, se exiliarán a Venezuela, donde todas estas tragedias familiares conllevan al fatal desenlace de Andrés, quien terminará suicidándose.

JOSÉ MARÍA BALMES PARRAMÓN³⁶

“Para mi Josep María Balmes Parramón. Para mí, mi tatón. Llegué en tu segundo exilio. Los dos hijos del destierro. Nos tomamos de la mano por primera vez muy lejos de aquí. Me mostraste el hilo rojo, que representa el amor y la vida, que recorre el tiempo y los caminos.

De ti aprendí la resiliencia, pertenecer al presente conservando el pasado, honrar la historia que nos marca como seres humanos, la libertad, el amor por la gente, el respeto por los ausentes, saber hablar, adaptarse, trabajar, no tener miedo a soñar y luchar por un mundo mejor, la justicia y por, sobre todo, la memoria. Hasta siempre.”

Elisa Triviño Balmes. Santiago de Chile, mayo de 2024

José María Balmes Parramón, nace el 20 de enero de 1927 en Montesquiu, un pequeño pueblo prepirinaico de Cataluña, en el seno de una familia bastante moderna para la época. Su padre, Damián Balmes será artesano (entre sus labores pintará los dorados y las imágenes de las iglesias), actor y alcalde republicano, mientras que su madre Conchita Parramón, recibirá una educación laica progresista y se ocupará de su propio negocio, una pastelería, algo bastante inédito para el momento. Desde muy pequeño su padre le anima a vincularse a las artes, es por ello que comienzan a impartirle clases de piano y de violín,



Damián, Concepción y José María antes de la guerra..

³⁵ María Soledad Foncillas aparece en el nº 3135 de la Nómina de prisioneros Políticos y Torturados, publicado por el CEDOC. 2011. Centro de Documentación del Museo de la Memoria y Derechos Humanos de Chile (cedocmuseodelamemoria.cl). (N.A.)

³⁶ Por Elisa Triviño Balmes (nieta).



Santiago Rusiñol en Montesquiu.

pero su faceta creativa no se desarrollará a través de la música, sino de la pintura, algo que su madre ya intuía cuando le robaba los papeles dorados para envolver los pasteles para dibujar y pintar. Desde ese momento, decidieron que su hijo sería pintor e incentivan sus habilidades plásticas dotándolo de acuarelas, lápices... El interés que tenía por las artes gráficas era innato; de hecho, en muchas ocasiones prefería acudir a los

encuentros de pintura y rodearse del círculo de pintores barceloneses que iban a su pueblo, antes que ir a jugar a fútbol. Solía acudir con un pequeño caballete que se doblaba construido por su padre, para así poder pintar cartones y bocetos del natural. De todos estos artistas, el pintor que más le influyó fue sin duda Santiago Rusiñol (Barcelona, 1861-Aranjuez, 1931).

Damián formó parte de la resistencia republicana catalana al final de la guerra en los últimos combates fronterizos, y una vez cae Barcelona, la familia se separa y comienza el plan de huida que tenían ya elaborado. José y Concepción cruzan los Pirineos y viajaron a Francia junto a la familia de Roser Bru³⁷, mientras Damián continuaba en el frente. Gracias a las influencias del padre de Roser, los trasladan a comer pan blanco tras 3 años sin probarlo (acontecimiento que recuerda muy bien José), y tras este breve descanso continuarán su travesía hasta Perpignan. Al contrario que muchos otros exiliados y gracias a las organizaciones de ayuda humanitaria, no ingresaron en ningún campo de concentración ni en ningún refugio, sino que permanecerán en casas compartidas conviviendo con muchas otras personas. Tras un breve periodo de tiempo, finalmente se reencuentran con Damián en Montpellier³⁸.

En 1939, con solo 12 años, un joven Balmes debe huir con sus padres en el *Winnipeg* a Chile como refugiados españoles de la guerra civil española. Exilio posible gracias a la organización del cónsul Pablo Neruda

³⁷ Su padre era diputado de la Esquerra Republicana, por lo que ambas familias se conocían y pasaban temporadas juntos, en Montesquiu o en los Pirineos. Roser Bru viajará en el *Winnipeg* y al igual que José, será una pintora reconocida nacional e internacionalmente. (N.A.)

³⁸ Su paradero será desconocido para los nacionales españoles, quienes creerán que se encuentra expatriado en Argentina. (Ministerio de Cultura y Deporte. (s.f.). Montesquiu (Barcelona). Archivo Histórico Nacional, FC-CAUSA_GENERAL, 1600, Exp. 20. Portal de Archivos Españoles. PARES) y será acusado y perseguido junto a otros compañeros de algunos delitos (Declaraciones de testigos de la pieza principal o primera de Barcelona. Archivo Histórico Nacional, FC-CAUSA_GENERAL, 1585, Exp.2. Portal de Archivos Españoles (PARES). Ambos aparecen en la ficha de Damián Balmes Pons. (Portal de Combatientes ya citado). (N.A.)

y la artista Delia del Carril³⁹. Del trayecto José Balmes siempre recordará dos hechos: el intenso y constante olor a bacalao de la embarcación y los dibujos que continuó realizando con las acuarelas que le había comprado su madre.

Durante el mes que estuvieron en la mar fue retratando todo lo que alcanzaba a ver: personas, el propio vapor..., un sinfín de dibujos que lamentablemente no se conservan, ya que su madre Conchita los fue regalando a los tripulantes. Sus dotes artísticas le hicieron ser partícipe junto al decorador Menéndez de la creación de la bandera con el retrato de Pedro Aguirre Cerda. Una bandera con la que se homenajeaba y agradecía al presidente haber tenido una huida digna y la posibilidad de rehacer sus vidas. Esta bandera hondeaba el momento en el que el *Winnipeg* arribó la noche del 3 de septiembre al puerto de Valparaíso⁴⁰.

Poco después la familia Balmes Parramón se trasladará a Santiago en tren. A pesar de ser un breve trayecto, la experiencia fue sobrecogedora para ellos; Chile en aquel momento era un país empobrecido que acababa de pasar uno de sus peores terremotos registrado hasta la fecha⁴¹, y aun así, la gente les arrojaba flores y los recibieron con cariño en todos los pueblos. Para José Balmes, no hubo país que mejor acogiese un exilio, y así lo hizo saber siempre que pudo.

Una vez llegaron a la estación Mapocho de la capital, cada uno se dirigió al centro español correspondiente dependiendo de su origen,



Cartilla militar de Damián Balmes Pons.



Imagen de un periódico de la época en la que aparece José Balmes Parramón en su huida hacia Francia (de espaldas en el lateral izquierdo).



Salvoconducto para que Damián cruce la frontera.

³⁹ La gestión de Neruda siempre estuvo presente en la trayectoria artística de Balmes. (N.A.)

⁴⁰ Tal y como queda reflejado en el listado de pasajeros, ambos padres contaban con 39 años y el joven José tenía 12 años. Se especifica también que Damián era pintor/decorador y pertenecía a la ERC (Chueca Intxusta, *ob. cit.*, p. 169. (N.A.)

⁴¹ El terremoto de Chillán de enero de 1939 ha sido el terremoto con más víctimas registradas hasta ese momento, fallecieron un total de 24.000 personas (fuente: Memoria Chilena (s.f): <https://www.memoriachilena.gob.cl/>). (N.A.)



José Balmes en Montpellier. Aparece con un jersey blanco en la fila inferior, el tercer niño comenzando por la izquierda.



José Balmes y su retrato de Neruda.

por lo que la familia Balmes Parramón acudió al centro catalán (lugar de encuentro que frecuentarían con asiduidad en los siguientes años al igual que el centro republicano), ubicado muy cerca de la estación. Una vez finalizaron la cena, fueron al lugar de residencia que les asignaron. Y es así como comenzarán viviendo en una pensión o casa de acogida en San Isidro 120, hasta que Damián, gracias a la red de trabajadores catalanes, encuentra un trabajo como contratista en el nuevo barrio cívico que le permitió

arrendar otra vivienda en la avenida Matta. Concepción también se adaptará a la nueva situación gracias a sus habilidades en la costura, y para ello contará con la ayuda del joven Balmes.

Ambos irán juntos a los estrenos de las películas de cine a sesiones dobles. Y mientras la mujer alumbraba con una linterna la libreta que su hijo sostenía, el adolescente dibujaba los trajes de las actrices que aparecían en pantalla y que su progenitora seleccionaba. Diseños que más tarde Concepción confeccionaba y vendía a las señoras más pudientes. Sin duda fue un negocio innovador del que rápidamente se hizo eco la capital. Lamentablemente, Concepción falleció a los seis años de llegar a Chile, el 11 de enero de 1951, cuando José cumplió los 18 años, consecuencia de los vestigios de la gripe española y el deterioro



Caja de madera original donde guardaba sus pinturas y que llevó consigo durante su viaje en el Winnipeg.

El mundo de Trempealeuf en Posadas está hoy en silencio, el silencio a su alrededor es casi total. Se ven los lugares ligeros los sonidos de naves que avanzan al interior del Granero que se dirige al Puerto de Buenos y al Atlántico.

El verano del 30.

A los los años, de Mayo y sus nombres, Pato, Narda y Dalia del Corral. Era el verano del 30.

Recuerdo una mañana, de hombres, mujeres y niños que venían de diversos puntos de Trilac. Eran los refugiados de la Guerra de España. Yo y ellos estaba al Winnipeg, fuera de cargo, como un viaje objeto mismo pagado al momento, punto de encuentro y de separación.

No recuerdo un hombre de Chile joven con flores y flores que nos conocieron rápidamente en ciudades.

Al fin nos hicimos a la mar hacia Chile. Chile como una abstracción como la última alternativa de una vida posible. El viaje se hizo largo, interminable atravesando océanos sin fin, haciendo preguntas antes antes. Después me dirigí hacia a bordo, abaje de personas, historias del futuro y varios retratos de dos Pablo Agustín Corral, que después he perdido. Pasaron más de 30 años en el mar.

Era de noche en Valparaíso cuando llegamos. Toda la Bahía estaba iluminada, como todo se movía de colores hasta el amanecer. Había un día de primavera con día 4 de septiembre. En tierra patria y mucho nos decían su amistad, su bienvenida.

Después de mucho tiempo volvieron nuevamente al significado de un futuro. El que me llevó pronto a Santiago y al paso lento por las estaciones grises que no conocíamos nos entregaron risas y lágrimas. Al abandonar riles de hombres y mujeres nos esperaba en la Estación Mapocho un mundo de una multitud de calles y historias. Era el momento de un radio diario.

En octubre del mismo año entré de alumno libre en la Escuela de Bellas Artes, una no cumplió los diez años.

Un tiempo después, una mujer también sería ya la mía para siempre.

Texto escrito por José Balmes recordando la travesía.

que esta provocó en sus riñones.

Al igual que el resto de la familia, José Balmes continúa con su vida en la nueva ciudad. Nada más llegar finalizará su educación secundaria en el Liceo Barros Borgoño, un centro



José, Conchita y Damián en Chile..



José María Balmes Parramón en Sierra Bella, Santiago de Chile.

bastante conflictivo que rápidamente le obliga a adaptarse a la nueva realidad y a chilenizarse. Sin embargo, nunca abandonó la pintura, y cuando una de sus vecinas descubre sus dibujos y lo talentoso que es, lo acompaña a la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile. Era 1940, y ese mismo año comienza su formación como alumno libre en el Instituto Secundario de la Facultad de Bellas Artes, sin haber cumplido los 13 años, un centro donde llegará a ser decano. Es así como compaginó ambos estudios hasta que finaliza la formación secundaria y pudo centrarse y continuar en la escuela de Bellas Artes, de 1943 a 1949 (mismo año en que obtiene la nacionalización chilena). Al mismo tiempo ayudaba a su padre los fines de semana trabajando en su misma empresa.



Certificado de defunción de Concepción Parramón.

En su época de alumno conocerá a Gracia Barrios Rivadeneira (1927-2020) en la clase de pintura, compañera de oficio y de vida, una mujer nacida en Santiago de Chile cuyo interés por las artes plásticas fue fruto de su núcleo familiar. Sus padres fueron artistas, Carmen Rivadeneira concertista de piano y Eduardo Barrios premio nacional de literatura, y su abuela Adela Rodríguez, una

de las primeras mujeres funcionarias públicas y sufragistas del país, será quien se encargue de su crianza. Todos ellos vivirán en la calle San Isidro. Enrique Lihn, quien también asistía a la escuela de Bellas Artes y conocía a Gracia, fue quien los presenta en 1944, cuando los dos contaban con apenas 17 años. Ambos fueron pintores y alumnos aventajados, destacaron del resto y fueron dis-



Acta de chilenización de José María Balmes Parramón, 1950.



En ocasiones la pequeña Concepción también los acompañará en estos viajes. José, Gracia y Conchita en España.

cíbulos de pintores como Camilo Mori. Se casaron en 1952 y rápidamente se fueron a vivir al departamento que el padre de Gracia les había obsequiado frente al museo de Bellas Artes del parque Forestal. En esta vivienda nació su única hija, Concepción Balmes Barrios, el 21 de marzo de 1957, y a la que cuidará principalmente su abuela Carmen mientras impartían clases en la universidad, pintaban o realizaban residencias en el extranjero 94.

La influencia y aportes de ambos artistas al contexto artístico y cultural chileno fue primordial en el avance hacia una democratización, apertura y renovación del arte. Gracia Barrios y José Balmes encabezarán en 1948 el Grupo de Estudiantes Plásticos⁴², un movimiento reformista de una nueva generación que busca renovar la educación artística chilena. Solían reunirse los sábados para conversar, pintar y corregirse mutuamente, y de todos ellos Balmes tendrá un gran liderazgo. Se trataba de un grupo que criticaba la academia y las maneras de enseñar conservadoras. Desde los años cincuenta hasta el golpe militar, el matrimonio

Balmes-Barrios será un referente y una gran influencia en esta renovación del arte y de la vanguardia santiaguina. Por ello también formarán parte del grupo vanguardista “Grupo Signo”, quienes buscaban una representación formal distinta a la establecida hasta ese momento. Estas inquietudes y manera de concebir el arte se deben en gran medida a un viaje que el ‘Grupo Signo’ realizó en 1962 a España invitados por el crítico de arte José María Moreno Galván para exponer. Una vez allí recibieron otra invitación para participar en una muestra colectiva del salón de mayo en el Museo de Arte Moderno de Barcelona. Y de ahí viajarán también a París a una exposición de la Jeunesse. Varios meses inolvidables y emocionantes, que terminaron con el regreso dispar de todos ellos. De hecho, Balmes será uno de los últimos en regresar al país latinoamericano.

José Balmes concebía la pintura como documento y como materialidad, y gracias a Mori conocerá a Salvador Allende Gossens en 1952. Alineado con su ideología y política, no solo lo apoyará, sino que también diseñará la propaganda



‘Grupo Signo’ en Barcelona (José María Balmes y Gracia Barrios en el lateral izquierdo)..

⁴² Museo Nacional de Bellas Artes, (s.f.). *Artistas Visuales Chilenos: Grupo de Estudiantes Plásticos*. Recuperado el 17 de abril de 2024, de <https://www.artistasvisualeschilenos.cl/>. (N.A.)



Elisa, Conchita, Gracia y José durante su exilio en París.



José y su padre Damián en París.

política de su partido para las elecciones de 1952, 1958, 1964 y 1970. Su vinculación con la política será una constante a lo largo de toda su vida, y de hecho en los 70, momento en el que el contexto intelectual de Chile estaba en completa ebullición, será considerado una figura representante de los ideales socialistas y democráticos que se palpaban entonces. En ese contexto de democratizar la cultura surgen dos proyectos en los que estuvo involucrado junto a su mujer Gracia Barrios, el UNCTAD (el actual GAM o Centro Cultural Metropolitano Gabriela Mistral) y el Museo de la Solidaridad⁴³. Y al mismo tiempo, la facultad de Artes de la Universidad de Chile encabezada por Balmes como segundo decano reformista, funcionó como el Ministerio de Cultura del Gobierno de Allende durante 1972-73. Se podría decir que incentiva no solo una reforma formalista del arte, sino que también que se cree un arte social y que la cultura se lleva a la calle.

Ser militante del Partido Comunista y colaborador del gobierno de Salvador Allende, le supuso partir una vez más como exiliado tras el golpe de Estado de 1973, al ser acusado, entre otras cosas, de ser el responsable de politizar la cultura y destruir el arte chileno. Al igual que otro de sus contemporáneos tuvo que vivir un doble exilio, asentándose esta vez en París con su familia. Sin embargo, este exilio fue completamente diferente al de su niñez, por un lado, regresó a un lugar que reconocía (Europa), por otro lado, residieron en un entorno de artistas. En este nuevo contexto llegará a ser docente de pintura mural en la Universidad de París I- Panteón Sorbona. Su trayectoria artística a nivel individual y colectiva hicieron que se consolidara como un intelectual

⁴³ El crítico de arte José María Galván fue invitado a Chile gracias a Balmes y al gobierno de Allende, y le propone al presidente que artistas de todo el mundo se solidarizaran con el gobierno de la Unidad Popular chileno. Es así, como en la clandestinidad, se donan cerca de 450 obras en 1972 de artistas españoles y franceses para conformar el Museo de la Solidaridad, entre ellas, obras de Miró, por ejemplo. (N.A.)



José, Conchita hija y Damián en Montesquiu.

a nivel internacional, y se posiciona, junto a otros artistas exiliados, para denunciar y dar a conocer los delitos y crímenes de derechos humanos que se estaba cometiendo en Chile. De hecho, formó parte de grupos de la resistencia cultural y brigadas culturales que se establecieron por toda Europa.

Esta experiencia migratoria la vivirán de una manera muy diferente su hija y su mujer. Su hija Concepción cursará sus estudios de danza de la Universidad de Chile hasta 1972, y durante su exilio continuará su formación

junto a su marido en Bulgaria, donde nacerá su hija Elisa. Poco después se reunirán con el resto de la familia en París, donde Concepción se formará en pintura en la escuela de Artes Plásticas y Ciencias del Arte de la Universidad de la Sorbona. La que peor vivió este exilio, sin duda, fue Gracia Barrios, quien, de hecho, se negó a aprender francés.

Una vez fallece Franco, José Balmes regresará a Cataluña en numerosas ocasiones, a veces, incluso Damián viaja para reencontrarse con ellos tanto en París como en Montesquiu. Y poco a poco recuperará a todos sus amigos españoles que había conocido durante su estancia con el Grupo Signo. Su llegada a Montesquiu no pasó desapercibida. José Balmes, junto a sus amigos, organizó la primera quincena de arte (*"Quincena d'Art 'CASTELL DE MONTESQUIU"*, del 15-29 de julio de 1979) en las inmediaciones del castillo. Durante ese periodo se reunían artistas, estudiantes... para crear de manera colectiva y colaborativa al aire libre. Una iniciativa para la que seguramente se inspiró en los encuentros que tenía de niño con otros artistas renombrados, y que continuó organizándose hasta la actualidad.



Afiche de la QUAM o "Quincena d'Art 'Castell de Montesquiu'".

A partir de 1982 fue regresando paulatinamente a Chile gracias a las gestiones de la UNESCO, la universidad francesa donde trabajaba y la invitación de artistas chilenos de Santiago. La Universidad Católica, que no la Universidad de Chile donde trabajó como decano y que estaba controlada por militares, le invitó a unirse a él y a Gracia Barrios como profesores. Pero Gracia Barrios junto a su hija Concepción y su nieta Elisa tendrán que esperar unos años más antes de regresar definitivamente, ya que el gobierno no permitía por aquel entonces el ingreso de mujeres al país para evitar la llegada masiva de exiliadas de

la dictadura. Será en 1984 cuando la familia Balmes Barrios vuelve definitivamente a su hogar, que durante este segundo exilio había estado protegido por Damián. Es en este momento cuando sus caminos vuelven a separarse. Damián decide volver a su lugar origen, a Montesquiu, para vivir sus últimos años hasta que fallece. Al mismo tiempo José Balmes impartía clases en Chile, continuará viajando unos años más a París, hasta 1986, momento en el que termina su docencia en la Sorbona.

A pesar de regresar a un régimen dictatorial, nuevamente se une a la oposición política llegando a encabezar la campaña del No contra Pinochet. Y lo mismo sucederá durante la transición y posterior democracia. Posicionamiento que quedará reflejado de manera muy clara en sus creaciones, donde abordará temáticas para crear conciencia y dar visibilidad de los delitos cometidos durante las dictaduras que atravesaron su vida, la lucha obrera... palpando así el trasfondo político-social que vivió tanto en España como en Chile.

El reconocimiento de su trayectoria laboral y vital (puesto que una no se entiende sin la otra) llegará años después. José María Balmes Parra-món será nombrado profesor de emérito y *honoris causa* de la Universidad Católica, y profesor emérito de la Universidad de Chile (a pesar de no regresar nunca a dar clases). En 1999 obtendrá el premio nacional de las Artes de Chile y Gracia Barrios en 2011. Continuará creando y pintando hasta el momento en el que fallece el 28 de agosto de 2016.



Fotografía del matrimonio Balmes Barrios.

JUAN CANDEL BADIMÓN⁴⁴

“Dedico este breve resumen de toda una vida, con sus sabores y sinsabores, a la memoria de mi querido y extrañado padre Juan Candel Rubio, de mi abuelo Juan Candel Badimón, mi abuela Gertrudis Rubio Rojas y mi tía María Candel Sanz. Para Alba Mielgo mis sinceros agradecimientos por su valiosa colaboración y trabajo por recabar, ordenar y redactar toda la información disponible, así como su rigurosidad para contrastar cada detalle con la evidencia documental.”

Patricia Candel Lisham, Santiago de Chile, abril de 2024

Juan Candel Badimón, hijo de Manuel y María, nació el 11 de julio de 1893 en la Calle de en Medio, en Utiel, Valencia. Con algunos vestigios de su vida y otros tantos relatos de su hijo, su familia busca reconstruir su historia a partir del exilio en Chile tras la guerra civil española, para rescatarla del olvido del tiempo. Juan no figura en los regis-

⁴⁴ Por Patricia Candel (nieta).



Pasaporte extendido el 24/02/1939 en Valencia.



Visa para Nicaragua otorgada el 02/03/1939.

tros oficiales, probablemente arrasados por el fuego de la guerra. Hace muchos años, al intentar la búsqueda de un certificado de nacimiento en el Registro Civil en España, un funcionario entregó a su nieta la sórdida respuesta “su abuelo no existió” y al intentar acceder a un acta de bautismo, el cura de turno fue bastante desagradable y poco empático. Pero Juan sí existió, la ausencia de un papel no puede negar su vida,

sus sueños, sus pesares ni su partida al otro extremo del mundo.

Esta es una historia fragmentada, nebulosa y dolorosa de separación y reconstrucción de vida después de la caída de la causa republicana. Como muchos, buscó una salida al incierto destino que le esperaba en su país natal para emigrar a un lugar más seguro cuando la guerra terminara. En febrero de 1939 sabían que el conflicto iba mal, por ello Juan y su hermano Lucio obtuvieron unos pasaportes para viajar a Latinoamérica como comerciantes y consiguieron el visado del consul de Nicaragua, por lo que tendrían planeado inicialmente emigrar a ese país. Este documento oficial⁴⁵ es una evidencia irrefutable de su existencia, esperanza y padecimientos en su viaje hacia una nueva vida. Por sus sellos se puede trazar su trayectoria hacia el exilio, que recorrió sin mirar atrás su pasado en España.

Si bien creció en una familia humilde y campesina, sabía leer y escribir, y ayudaba a otras personas del pueblo que no sabían, hecho que sería “revolucionario” más tarde. Tuvo dos hermanos, Luis y Lucio (1904-1973), y una hermana llamada Teresa.

En su juventud, presionado por la mala economía que había en ese tiempo, tuvo la inquietud y necesidad de salir de su pueblo. En Utiel vivía del vino, pero a principios del siglo XX se expandió una plaga por España, la filoxera, que afectó principalmente a las moreras y a las vides. A esa desgracia hay que sumarle el hecho de que el jornal por aquel entonces era muy bajo, así que decidió cambiar de actividad, iniciándose como oficial primero, de ayudante de albañil y después albañil. Sin posibilidad de continuar trabajando en la construcción en su natal Utiel, se desplazó a Valencia en búsqueda de trabajo. Por un recorte de prensa de 1923, que consigna un accidente laboral en una

⁴⁵ Actualmente pertenece al Archivo Nacional de la Administración de Chile (ARNAD). (N.A.)

construcción, podemos conocer que residía en la calle de Santa Teresa 17 bajo 106 en Valencia.

En ese entonces había formado familia con Emilia Sanz González, su primera mujer, con quién tuvo tres hijos: Clodomiro, María (3/12/1922) y Elios (27/11/1923). Viviendo esta nueva vida en Valencia, tuvo la gracia o desgracia de inscribirse en la CNT. Era la dictadura de Primo de Rivera (1923-1925) y eso hizo que lo encarcelaran por primera vez, hecho que se repetirá durante la II República. Juan quería luchar por sus ideales, sin embargo, no lo tuvo nada fácil, en aquel tiempo existían las bandas patronales que se dedicaban a eliminar opositores, y la gente comenzó a armarse antes de la guerra civil. En este agitado contexto comienza a trabajar como delegado político dentro las agrupaciones anarquistas, y una vez se inicia la guerra, continuará con esta actividad. En 1938 forma parte de un organismo de “Orden y Seguridad Grupo Militar Sin Uniforma”⁴⁶. Durante la guerra siempre estuvo en Valencia, salvo en el enfrentamiento que hubo entre el POUM (Partido Obrero de la Unificación Marxista), anarquistas y comunistas en Barcelona en mayo de 1937. Permaneció en Valencia hasta el último día de la guerra, según relatará años más tarde su hija María Candel, quien había visto a su padre en la ciudad ese día. Terminada la guerra, Juan perdió el contacto con su mujer y sus hijos, quienes se permanecieron en Valencia. Al no tener noticias de su marido y ante el temor de que estuviera muerto, Emilia acudió a la policía para intentar conocer su ubicación. Sin embargo, al comprobar que Juan era opositor, fue detenida y encerrada durante dos años en prisión. Sus tres hijos quedaron solos y a su suerte. Clodomiro sufría una parálisis generalizada y falleció poco tiempo después de la guerra al cuidado de sus hermanos menores, durante la prisión de Emilia. La noticia de la pérdida de uno de sus hijos llegó hasta los oídos de la madre encarcelada, y en ese momento pide a María que le enviase una fotografía con el hermano que todavía vivía.

Una vez finalizada la guerra, Juan junto a su hermano Lucio y otros dos amigos, huyeron desde el puerto de Alicante en el vapor *Stanbrook* hasta Orán, cuyo desembarque ocurrió el 24 de abril de 1939⁴⁷. Allí las autoridades los detuvieron y terminaron, como tantos otros, en un



Noticia del accidente laboral. Publicado en el “Diario de Valencia”, el 9 de mayo de 1923.

⁴⁶ Su implicación en estas profesiones puede verificarse en los archivos de PARES. (N.A.)

⁴⁷ Si bien su nombre no aparece en ninguna lista no quiere decir que no realizara esa travesía, ya que en muchas ocasiones el caos y desesperación por huir conllevaba este tipo de situaciones. Existe registro de 2.575 personas de un total de 2.800 aproximadamente (fuente: alicantepedia.com (s.f.). *Stanbrook: Pasajeros y tripulación*). El sello en su pasaporte del desembarque en Orán verifica el suceso.



María Candel Sanz a los 19 años, 1941.



Fotografía que María se toma junto a Elio y que envía a su madre a la cárcel.

campo de concentración en el interior de Argelia, donde debieron vivir condiciones extremadamente duras y trabajaron como mano de obra para la construcción de las vías del Transahariano. Gracias a las ayudas internacionales y al programa “Españoles para Chile”, Juan y su hermano Lucio consiguieron llegar a Francia el 29 de noviembre de 1939. Se trasladaron a París y en el Consulado de Chile les otorgaron un nuevo visado el 1 de diciembre. El 18 de ese mes las autoridades francesas le sellaron nueva-

mente el pasaporte indicando la salida desde Marsella hacia Santiago de Chile. Viajaron en el barco Alsina, un carguero que partió de Marsella el 20 de diciembre de 1939, cuya ruta hacía escala en Dakar, Río de Janeiro, Santos, Montevideo, para llegar finalmente a Buenos Aires. Se vinieron presos en el vapor sin poder desembarcar en ninguna de las paradas, no obstante, en Brasil les permitieron bajar a comer, lo mismo en Montevideo y Buenos Aires, puerto al que arribaron el 10 de enero de 1940. Desde allí los escoltaron hasta el tren, para hacer el recorrido hacia la ciudad de Mendoza y posteriormente viajaron en taxi hasta Santiago de Chile, ingresando por el paso internacional de Los Andes el 18 de enero del mismo año.



Los cuatro españoles que viajan juntos en el Alsina hasta llegar a Chile, fotografía tomada en Chile en 1940.

Todo el periplo del viaje lo realizó en compañía de su hermano Lucio, 11 años menor, quien también estuvo con él en el campo de concentración en Argelia. Junto a ellos viajaron otros dos amigos, Mariano Martínez y Antonio García. Los cuatro estaban vinculados a la CNT y llegaron a Chile con el compromiso de no tener una actividad política, estaban vigilados por la policía de aquel entonces y ya eran mayores para continuar dedicándose al ámbito político, Juan tenía 46 años y el más joven del grupo unos 35. Inicialmente se alojaron unos días en la Casa del Emigrante de Quinta Normal, donde tuvieron suerte y encontraron algo de trabajo. A poco de llegar, Juan trabajó en el ámbito del comercio, luego como albañil y posteriormente en el Centro Republicano en labores de vigilancia y atención (1943).

En 1940 también conoció a Gertrudis Rubio Rojas, una maestra chilena con una gran vida cultural, con quien contraerá matrimonio y tendrá a su cuarto hijo. El 1 de junio de 1946 nacerá el único hijo de la pareja, Juan Candel Rubio.

Juan, que no quería comprar ninguna propiedad en Chile debido a la escasez de ingresos y su poco interés en ello, empezó a juntar dinero convencido por su mujer para comprar un terreno y construir su vivienda, y al igual que otros españoles inició una actividad laboral nueva. Arrendó una parcela en el paradero 40 de la Gran Avenida, en la comuna de San Bernardo, con intenciones de comprarla. Se instaló con un socio, Hilario García, con un criadero de 500 aves ponedoras junto a trabajos agrícolas y venta de huevos. La dureza y el esfuerzo del trabajo terminaron por desgastarle físicamente. Posteriormente, gracias a la convicción de Gertrudis, compraron en la comuna de Quinta Normal un terreno pequeño y después de mucho tiempo pudo construir una pequeña vivienda.



Familia Candel Rubio, 1947 – 1948.

más tarde ingresó a la Universidad Técnica del Estado (UTE), graduándose como ingeniero en ejecución metalúrgica. En 1952 le da su segundo ataque cardíaco, con el que empeoraron aún más las cosas. Durante ese tiempo tuvo trabajos esporádicos, uno de ellos como cuidador o en la bodega del Laboratorio Zaval. Pero en 1955 hubo que hospitalizarlo de urgencia, ya que el asma que padecía junto a una afección cardíaca muy comprometedora, le impedía caminar unos 50 metros. Ahí comenzó el ocaso de su vida. A pesar de su delicada situación de salud, todos los sábados y domingos iba a jugar su partida de dominó y cartas al Centro Republicano Español, ubicado en el corazón de Santiago. Era algo sagrado para él. Su hijo Juan siempre lo



Juan Candel y Gertrudis Rubio, 1940.

En 1950, después de 10 años de haber llegado y solicitado residencia en Chile, junto con recibir la permanencia definitiva tuvo su primer ataque cardíaco. Eso le impidió continuar con su trabajo en el campo y otras labores. Su cansado cuerpo ya no le permitía ser albañil y empezó a declinar muchos trabajos. Gertrudis trabajó de modista y con ello ayudó a mantener el equilibrio hogareño. A pesar de tener una vida muy modesta, su hijo Juan asistió a una escuela pública muy buena y años



Juan y Gertrudis, diciembre de 1969.



Juan en el Centro Republicano Español, enero de 1958.

acompañaba hasta el centro, y en algunas ocasiones formaba parte de los encuentros y escuchaba atento las historias de todos estos españoles.

Según contaba Juan hijo, su padre se enfermó al quitarse su boina en un día muy frío de otoño, durante el funeral de una persona muy respetada por él. Poco tiempo después falleció el 10 de junio de 1970. En tanto en España, en 1945 o 1946, su hija María postuló a un bono de matrimonio que entregaba Franco y se casó con Casimiro Mollá, de cuya

unión nació su único hijo en 1947. El contexto de la postguerra fue muy duro, y la situación se volvió más complicada al tener que residir todos juntos, incluso con Emilia una vez liberada de prisión. Pero el destino pronto les brindaría la oportunidad de comenzar de cero por la buena fortuna de Elios, quien ganó la lotería. Gracias a ello la familia pudo comprar los boletos para emigrar a Brasil. Elios viajó en 1952 y luego María con su familia en 1954. Se establecieron primero en Santos y luego en São Paulo.



Cartas de María Candel Sanz a su sobrina Patricia Candel, 1993 a 1997.

Después de llegar a Brasil, María logró comunicarse con su padre. En el año 1955 viajó con su esposo y su hijo Juan José a Chile para encontrarse con él. Estuvieron alrededor de un año pensando en instalarse, pero el reencuentro con su padre tal vez no fue lo que esperaba, comprendió que había formado una nueva familia y, de hecho, años más tarde diría que entonces “Juan era solo un niño y precisaba de un padre”. Tampoco las condiciones económicas eran buenas en Chile y la pobreza le impactó profundamente. Finalmente decidieron regresar a Sao Paulo, perdiendo el contacto por muchos años.

En octubre de 1993 llegó la primera de varias cartas de María dirigida a Patricia, nieta de Juan, que intercambiaron por algunos años hasta poco antes de la muerte María en 1997. En todas sus misivas fue muy cariñosa aún sin conocerla, sentía una gran alegría de tener una sobrina mujer y siempre quiso llevarla a España para mostrarle, como ella decía, “las tierras de tu abuelo”. En enero de 1995, a sus 72 años, María viajó por tierra desde Brasil junto a su nieto Sandro, para conocer a la familia chilena. Pudieron abrazarse, reconocerse y conversar. Luego, en febrero, la familia viajó desde Chile a Brasil, también por tierra. En ese viaje no pudieron conocer a Elios ni ver a María, sumida en una depresión recurrente. No obstante, pudieron conocer a Juan José, hijo de María, y sus nietos Sandro y Samer. Pasado un tiempo perdieron el contacto nuevamente. Juan no contaba mucho a su hijo sobre lo que vivió du-

rante la guerra o en el viaje. Seguramente optó por no revivir el trauma que todo ello le supuso, o tal vez fue la distancia generacional entre ambos la que impidió poder profundizar en el relato familiar.

Juan hijo recordaría siempre el olor al humo de los sarmientos ardiendo con los que se cocinaba una rica paella, los aromas de la comida, el vino, el café y cigarros de sobremesa, las risas y anécdotas que compartían sus padres, su tío Lucio y tía Olga, junto con los amigos de la familia. Con todos estos fragmentos ha sido posible reconstruir en parte la historia de un hombre que emigró forzosamente. Evocando una entrañable fotografía que Juan hijo pensaba perdida, probablemente la última, de su padre y su madre tomada en diciembre de 1969 frente a su casa, decía “en los últimos momentos de la vida de mi padre, tiempo después el falleció y mi madre le sobrevivió un año y medio”, se cierra un ciclo de devastación y renacimiento de la vida.



Dedicatoria de fotografía de recuerdo de Juan hijo, de 9 años, para su hermana María, que también lleva la de su padre.

MARCELINO CABAÑAS CABAÑAS⁴⁸

“Llegaste con 20 años a este país del que solo conocías el nombre, ya que de aquí provenía el nitrato con que se abonaban las tierras de la familia en Recas. construiste una maravillosa familia con 5 hijos, 15 nietos, 27 bisnietos y 2 tataranietos, los cuales estamos muy orgullosos de la historia forjada, de los valores inculcados y sobre todo del aporte que por años diste a este país que amablemente te acogió. Decidiste volver a tu cielo español, como me pedías en tus últimas horas y así fue, tus cenizas recorren España desde el río El Tajo, tal cual lo solicitaste. Querido Tata, gracias por tus enseñanzas, cultura y valores, sobre todo por hacernos ver que nunca nada es tan difícil o grave. Nunca olvidaremos tú: “más se perdió en la guerra”, con que se zanjaba toda posible discusión o problema.”

Claudia Andrea Sáenz Cabañas Santiago de Chile, mayo 2024

Marcelino Cabañas Cabañas, nace en Recas (Toledo) el 17 de julio de 1919 en el seno de una familia numerosa. Su padre, Antonio Cabañas Cabañas, fue agricultor, mientras que Inés Cabañas Ortiz, su madre, se dedicó a las labores domésticas y la crianza de sus ocho hijos: Rafaela, Virginia, Juan, Ciriaco, Dolores, Marcelino, Inesita y Antonio. Durante muchos años, y hasta 1928, Antonio estuvo arrendando varios fundos para sembrar y cosechar, y dos años después, en 1930 se trasladarán a Madrid. Pronto emprende un nuevo negocio en la calle Fernando

⁴⁸ Por Claudia Andrea Sáenz (nieta).



Fotografía de Marcelino con el Quinto Regimiento.

de los Ríos nº18, un bar, que tras tres años de actividad terminó vendiendo para abrir una Bodega y Distribuidora de plátanos de Canarias en Franco Rodríguez. Por aquel entonces Marcelino trabajaba repartiendo pan, y al mismo tiempo, estudiaba en la Escuela de Artes y Oficios de La Palma Aritmética y Geometría Descriptiva para ser arquitecto. Formación que no pudo completar debido al estallido de la guerra civil en 1936 (llegó a completar tres cursos). La mañana del 18 de julio de 1936 mientras, tomaba desayuno junto a su hermana mayor Rafaela en la vivienda familiar de la calle Cuatro

Caminos de Madrid; escuchó por la radio que se llamaba a defender la República Española, y con solo 17 años recién cumplidos, decidió unirse al ejército Republicano donde nacería el V Regimiento⁴⁹. Salió de casa con lo puesto, e informó a su hermana que iba y volvía, dejándola con el desayuno servido por más de 40 años, ya que no volvió a España hasta dos años después de la muerte de Franco. Venía de una familia republicana y también pertenecía a las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU); por tanto, su deber era sumarse a las filas del ejército republicano.

Su primera incursión fue al Cuartel de la Montaña el 20 de Julio de 1936, donde entró en combate en Las Navas del Marqués contra el cuartel sublevado de la guardia civil. Gracias al triunfo obtuvieron más de 60 mil fusiles, y marcharon hacia la Sierra de San Rafael para seguir luchando. El 1 de octubre

regresan a Madrid para examinar su salud y formarles como pilotos y tanquistas. Así es como Marcelino es enviado a Almenara, Murcia y después al frente de Madrid, a Alcalá de Henares para formarse como armero de tanques y será enviado



Carnet de Marcelino de la JSU y del SRI.

⁴⁹ El Quinto Regimiento, ligada al Partido Comunista de España, es una de las primeras unidades militares que se crean para defender la república. Su cuartel general y de reclutamiento se situó en la calle Francos Arias de Madrid, en el Colegio Salesiano. Se disuelve en noviembre de 1936, para entonces había instruido a 70.000 soldados que defenderían la capital. (N.A.)

al Primer Batallón de la Primera Compañía de Tanques al frente de Aragón. Su labor era comprobar que todo funcionaba adecuadamente. Para entonces ya se había enterado de que su hermana menor, Virginia, había fallecido en un bombardeo a la salida de la misa del domingo en la catedral de Madrid.

Combatió en la Batalla de Teruel, en el Ebro... y en Lérida, resultó herido producto de una bomba de un bombardero alemán que cayó sobre el tanque del cual era armero, perdiendo el 75% de la audición de su oído derecho. A pesar de ello continuó luchando hasta que la caída de Cataluña fue inminente.



Marcelino Cabañas herido por una bomba alemana.

El 9 de febrero de 1939 inician su retirada hacia Francia, cruzaron los Pirineos y al llegar al país vecino, los militares franceses los llevan al campo de concentración de Saint Cyprien, donde las condiciones fueron terriblemente duras. Al principio cavaban hoyos en la arena para poder dormir calientes de noche, cuando no disponían de agua bebían su propia orina.

Gracias a la presión que ejercieron, pudieron conseguir tabloncillos de madera para construir ellos mismos unas barracas donde resguardarse. Este periodo de cautiverio coincide con su 20 cumpleaños, y lo único que recordará de ese día, son los inmensos deseos que tenía de escapar de ese lugar para regresar al frente de Madrid. En parte, sus deseos se terminarán cumpliendo, podrá salir de ese campo, pero el destino será otro.

El 1 de agosto de 1939 los trasladan en camión a Burdeos para embarcar en el Winnipeg rumbo al puerto de Valparaíso⁵⁰. Por aquel entonces no sabía nada de Chile, solo que de ahí provenía el nitrato con que se abonaban los campos de la familia en Recas. Llegaron a Valparaíso la noche del 2 de septiembre, comenzando a desembarcar alrededor de las 09 am del 3 de septiembre de 1939, y fueron recibidos con mucho cariño y alegría por una multitud en Valparaíso. Algunos fueron trasladados inmediatamente a Santiago, mientras que otros, como Marcelino, pasaron una semana en la localidad costera. Junto a Román Ruiz González, lo enviaron a Calera para trabajar en la panadería de Martín Cisterna. Familia que los acogió y ayudó a buscar una pensión donde vivir. Un año después, Marcelino decide mudarse a Santiago, ya que ahí se encontraba Isidro Arribas (su capitán del Quinto Regimiento) y varios compañeros de batalla. Isidro, le encontró un trabajo en una ferretería de tres socios asturianos (Manuel Río, Francisco Carave y Serafín Cordero), la Ferretería Magallanes, situada en Avenida Matta 1002.

⁵⁰ Chueca Intxusta, J., *ob. cit.*, p. 172. En este caso se especifica que su profesión es la de panadero, perteneciente al PCE, y estuvo en el campo de St Cyprien. (N.A.)



Certificado de primera filiación donde puede comprobarse el día de ingreso.



Certificados de trabajo de Marcelino en Chile.



Autorización para abrir su pescadería, 1946.

Trabajó dos años para estos socios que, casualmente, eran franquistas. Después trabajo dos años en una fábrica de calzados de otro español y comenzó a vender calzado con un muestrario por las tiendas como vendedor viajero por el país. Vivía en la misma calle donde se ubicaba la fábrica de zapatos, la calle Milán 1140. Y poco después, en 1946 trabajará en una pescadería que emprende en la calle Santa Isabel.

Su vinculación política continuó en Chile, hizo campaña para reunir a través de la FECH (Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile) fondos para enviar a la República en España. Se formaron varios comités de ayuda a los republicanos españoles. Por otro lado, también apoyó y ayudó en la campaña de Gabriel González Videla. Poco después Videla, amigo de los españoles republicanos y de Marcelino, ganó las elecciones y fue nombrado Presidente de la República, acontecimiento que fue celebrado en su casa por todos ellos. Sin embargo, pasaron dos años y Videla emitió una nueva ley para relegar a distintas partes del país a los ciudadanos que, según su gobierno, eran contrarios a la política de defensa de la democracia, la Ley de Defensa Permanente de la Democracia. Es entonces cuando redacta una lista con nombres de chilenos y varios refugiados del *Winnipeg* que tachan de comunistas y partidarios de la Unión Soviética y contrarios a la política de su Gobierno. Marcelino será una de esas personas señaladas, y en noviembre de 1948 será relegado a Río Negro, a pesar de haber sido amigos, de haberlo ayudado a financiar la campaña política... por ello para él Videla siempre será un traidor.

En el cuartel de la policía de investigaciones les informarán de que no podían salir del departamento de Río Negro, y que debían firmar cuatro veces al día en ese mismo cuartel. En diciembre llega su mujer Sara Sánchez (18/03/1917-23/02/1975), nacida en Chile, pero de des-

endencia española, junto a sus tres hijos (Juan Antonio o “Timo”, Rubén Isidro y Marcelino con dos meses). Tener que visitar con tanta frecuencia el cuartel dificultó bastante la búsqueda de un trabajo, por ello opta por montar una pequeña fábrica de helados por unos meses, y de ahí instala un negocio de abarrotes: La Flor de Cabañas. Afortunadamente la situación pronto mejoró gracias a unos amigos masones que tenía del partido radical chileno. Estos intercedieron con la policía de investigaciones y lograron que solo tuviera que ir una vez al día a firmar, y luego una vez a la semana. Eso le permitió vender queso y mantequilla entre ciudad y ciudad a los concesionarios de los coches comedores de los trenes que pasaban. Y así vivieron los tres años que permanecieron allí (1949-1951), momento en el que la familia se ampliará con la llegada de su hija Pilar en 1950. Tras tres años viviendo en Río Negro, en 1951 ve en el periódico del Mercurio que necesitaban un vendedor de Cecinas Victoria en la Fábrica de Nubles 1490 en Santiago, y deciden regresar a la capital.



El 17 de noviembre lo vemos en una de esas reuniones en Rancagua.



Cartel de la empresa familiar.

En 1953 obtendrá la permanencia indefinida y su nuevo trabajo le permitirá traer de España a su padre (en 1954)⁵¹, a su hermano Ciriaco (en 1957) y a la mujer de este, Felisa (1959). Antonio Cabañas, se encontraba en una situación delicada en España en ese momento, sus hijos ya eran adultos y tenían su vida fuera del hogar familiar; y el dolor de perder a una hija provocó que, una vez finalizara la guerra, su mujer Inés, enfermase y falleciera. En este trágico contexto toma la decisión de reencontrarse con su hijo Marcelino y conocer a sus nietos, a quienes cuidará una vez llegue al nuevo país. En Chile también trabajará en una fiambrería que instalan en la calle San Ignacio con Nuble hasta el momento en el que fallece. Marcelino trabajará en la empresa de Cecinas Victoria hasta que muere el dueño. En ese instante los hijos de este se separarán, y Marcelino continuará vinculado a la empresa que uno de ellos crea, Cecinas San Jorge. Un negocio en el que permaneció más de veinte años y del que terminará siendo gerente. En 1975, formará junto a Alberto Kassis, uno de los hijos de los jefes de Cecinas San Jorge, la empresa de Cecinas Quinta Normal. Cuatro años después su socio le reduce la comisión, por lo que cambia a jefe de producción de Ceci-

⁵¹ En el archivo del CEMLA aparece que sale de Barcelona a la edad de 68 años, siendo agricultor y viudo, e ingresa en Argentina el 18/10/1954, seguramente sería una de las paradas del vapor de línea en el que viaja, “Salta”. (N.A.)



Participación en actos conmemorativos del arribo del Winnipeg.

nas Española. Ese mismo año fallece su mujer Sara en un accidente de coche, y con el tiempo volverá a casarse, en este caso con Leontina Linaza. Finalmente decide crear su propio negocio asociándose con su hijo Juan Antonio. Todo comienza con la compra de una propiedad en Paradero 9 Santa, ese será el lugar inicial escogido para la Fábrica de Cecinas Cabañas, y poco a poco irá creciendo y ampliándose. El negocio llegó a tener bastante reconocimiento, de hecho, en el año 2000 se otorga un premio a la Asociación de industrias de cecinas como la mejor fabricación y calidad. Tras una vida llena de trabajo, en el 2002 deja al frente del negocio a su hija Pilar Cabañas y a Bruno Figari (hijo de su segunda esposa), quienes no pudieron hacer frente a la llegada de los supermercados, y al igual que muchos pequeños negocios, terminaron cerrando la fábrica. Entre otros de sus negocios, también formó parte de la Corporación Social de Agentes Comerciales para incorporar a todos los vendedores viajantes del país y profesionalizarlos.

El Golpe de Estado de 1973 no pasó desapercibido en la familia Cabañas. Marcelino, cauto por su propia experiencia, siempre había pedido a sus hijos e hijas que no se vincularan al ámbito político. Sin embargo, continuaron sus pasos. Su hijo Marcelino fue un dirigente estudiantil reconocido y en el momento del golpe se encontraba trabajando para el gobierno de la UP como Superintendente de Electricidad y Combustible en Iquique. El nuevo régimen no permitirá que renuncie al cargo, continuará varios años más bajo coacción trabajando para el Ministerio de Defensa, hasta que su padre vende algunas cosas para que pueda huir a Argentina por uno de los pasos fronterizos ilegales de Chile y desde allí, viajará a España, donde reside desde entonces. Su otro hijo Rubén, estaba a cargo de los casinos del Pueblito del Parque O'Higgins y como encargado de compras de la Unctad (actual GAM) fue detenido y llevado preso al regimiento Tacna, dado por muerto y arrojado cerca del aeropuerto Pudahuel, donde permaneció dos días escondido hasta que llega a casa de unos conocidos para que avisen a su familia. Afortunadamente sus hijas no padecieron nada similar.

Marcelino transmitió la cultura española a todos sus descendientes, y al igual



Junto a la expresidenta Bachelet en un acto conmemorativo.

que muchos otros exiliados españoles, visitaba frecuentemente el centro republicano de Santiago, se reunían en su casa los fines de semana y participó muy activamente de los encuentros y conmemoraciones realizadas en homenaje de la llegada del *Winnipeg*.

Una vez que fallece Franco regresará por primera vez a España, donde su hermana Rafaela lo recibe con el mismo desayuno que le dejó puesto 40 años atrás.



Certificado de la nacionalidad española emitido en el 1986 donde aparece su lugar de residencia.



Féretro de Marcelino.



Hijos de Marcelino esparciendo sus cenizas por el río Tajo.

En el 2011 su segunda mujer Leontina fallecerá tras un largo periodo con Alzheimer, y desde entonces Marcelino abandonará la casa de Diagonal Paraguay y vivirá a caballo entre las dos casas de sus hijas, Angélica y Pilar. En los últimos años de su vida viajará varias veces a España de visita, una de las últimas veces fue en 2013 con su hija Pilar y pudieron recorrer diferentes lugares de Barcelona, Zaragoza,

Madrid... y también ver a su hijo Marcelino y sus nietos. Tras una larga vida Marcelino fallece en Santiago de Chile en el 2015, y sus familiares arrojaron sus cenizas al río Tajo, para seguir recorriendo España, tal y como fue su última voluntad.

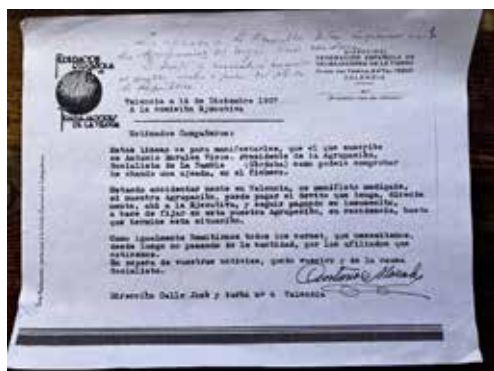
JOSÉ MORALES PINO⁵²

“Jamás había tenido tanto sentido la palabra Pueblo, Comunidad, Humildad y Fuerza. A tu memoria, la de tu padre, de tú madre y hermanas que juntos pudieron volver a estar en otros planos otra

⁵² Por Juan Morales (nieto).

vez. Su legado sigue vivo y continuamos luchando por lo que dejaron para las y los que vendrán... Salud y República, Pepe”.

Juan Andrés Morales Olate Santiago de Chile, mayo 2024



Telegrama que escribe Antonio Morales a la 'Federación española de trabajadores de la tierra', 1937.



Antonio Morales Vicos junto a su hijo José Morales Pino, quien se gradúa en la Escuela Popular de Guerra en Valencia.

José Morales Pino, nace el 3 de marzo de 1919 en La Rambla, donde vivirá junto a sus padres y sus tres hermanas (María, Victoria, Concepción). Su padre, Antonio Morales Vicos o como lo llaman, “Manguillo”, será un hombre involucrado con la gente y las casusas sociales de su entorno.

Su padre Antonio, participó activamente en temas relacionados con el pueblo y el ámbito social, por ejemplo, solía acudir a la plaza del pueblo después de su jornada laboral para leer a los vecinos y vecinas que no sabían ni leer ni escribir. Y también se preocupará de los acontecimientos surgidos en el ámbito agrario y obrero, e intentará unir a las agrupaciones de personas que poseían terrenos para crear una asociación que les ayudase a descender, es decir, se preocupó para que las tierras que eran de las personas del pueblo siguieran siendo de su propiedad y no pasasen a manos privadas. De ese modo las personas tendrían una explotación digna de estos recursos y un control de los pagos. Otra de sus aportaciones locales, fue la creación del primer centro de estudios de formación de educación que se mantienen hasta el día de hoy. Antonio Morales será sin duda una de las personas máspreciadas del pueblo, el Presidente de la Agrupación Socialista de La Rambla y el último alcalde republicano. Su hijo José heredará la ideología política de su padre, ambos militarán en el partido socialista. Por ello, José terminará graduándose en la Es-

cuela Popular de Guerra de Valencia, y en 1937 comenzará a prestar servicio militar⁵³. Formó parte de las Brigadas que conformaban el partido republicano, llegando a adquirir un grado alto dentro de las mismas. Entre las diferentes expediciones y funciones que desempeñó a lo largo de sus años de servicio, podemos ver que trasladaba clandestinamente información del partido de un lugar a otro, y que será herido de bala en una contienda militar.

Su participación en el bando republicano lo condenará a ser buscado por el bando nacional y a tener que exiliarse, al contrario que su padre, quien tuvo algo más de suerte gracias a un suceso del pasado.

En los inicios de la guerra y las revueltas, sobre 1936 o 1937, las fuerzas de Franco avanzan y comienza a tomar La Rambla. En ese instante, los

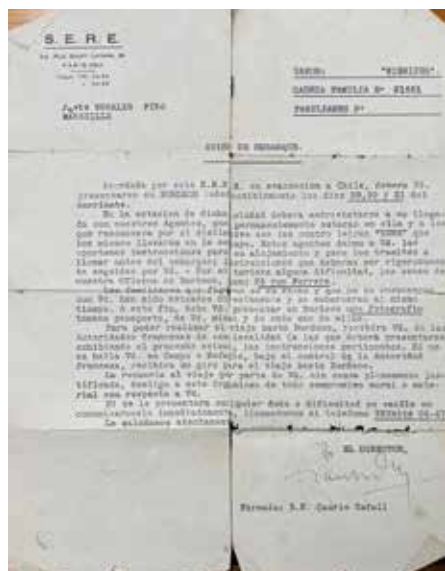


Libro de pago de cuotas del partido J.S.U y una invitación a actividades del P.C.E.



Documentos que acreditan su participación en el servicio militar del bando republicano.

⁵³ Tal y como puede verificarse en el Diario Oficial del Ministerio de Defensa de 1937. Biblioteca Virtual del Ministerio de Defensa de España. (1937). El Diario Oficial del Ministerio de Defensa, nº 314, p. 1. (N.A.)



Invitación recibida por el S.E.R.E. para viajar en el Winnipeg.

republicanos del pueblo planean tomar la iglesia y quemar los símbolos más fascistas como respuesta. Pero la mediación de Antonio, alcalde por aquel entonces, detiene esa acción y cualquier otra que conllevara algún acto de violencia, alegando que era innecesario y que la lucha no se daba quemando cosas sino de otra manera. Seguramente este acto de sensatez será el que más tarde le libre de ser fusilado cuando lo tomen preso y lleven detenido a la cárcel de Valencia. Será indultado y regresará a La Rambla. Despojados de su cargo político, trabajará como guardián del cementerio, donde en un invierno encontrará la muerte. La casa donde se resguardaba cede por las inclemencias del mal tiempo y se le cae encima. Queda entonces atrapado y a la intemperie, lo que provoca que enferme de una neumonía que empeorará hasta que fallezca.

Este trágico suceso tiene lugar mientras su hijo José ya está exiliado en Argentina tras su llegada a Chile en el *Winnipeg*, y será un amigo quien lo reemplace para llevar el cajón, siendo enterrado en el antiguo cementerio del pueblo, que actualmente está ocupado por una fábrica de hilos. En el momento que se produce el traslado de cuerpos al nuevo cementerio, nadie reclamó los restos de Antonio, por lo que seguramente permanezcan allí, bajo esta empresa perteneciente a una de las familias del bando nacional. Una vez que fallece Antonio, su mujer y sus tres hijas se vieron obligadas a mudarse a Madrid debido a la persecución que estaban padeciendo en La Rambla, y allí rehicieron su vida. José Morales, al contrario que su padre, será muy perseguido una vez finalice la guerra. En una ocasión los militares fueron en su búsqueda a la vivienda familiar y al no encontrarlo, deciden sacar cosas de la casa, quemar libros, robarle dinero... esta experiencia alarmó a José y es por ello



Fotografía del desembarco del Winnipeg en Valparaíso.

por lo que debe huir. La próxima vez podría no tener tanta suerte. La huida tampoco fue nada fácil. Mientras se dirigía a Barcelona, para después cruzar a Francia, le toca pasar por una caseta donde recogían a las personas muertas. Es entonces cuando aparecen los guardias, y ante el temor de ser descubierto se tumba junto a los cadáveres y finge durante un largo tiempo estar muerto. De hecho, los guardias al verlo lo reconocieron, y tuvo la fortuna de que no se ensañaron con el “cadáver”. Una vez se alejan, continúa su viaje hasta Francia, donde permanecerá en el campo de concentración de Argelès-sur-Mer⁵⁴ hasta que recibe la invitación del S.E.R.E. para viajar a Chile 148. Ante el temor de que algo le sucediera a su padre, le pide que huya al exilio con él, pero rechina su oferta y decide quedarse con el resto de la familia fuera cual fuera su destino. Por ello, José Morales, a partir de entonces José Morán⁵⁵, viajará solo en el



Medalla otorgada por la Embajada de España en el 50 aniversario y otras condecoraciones.



José trabajando en el Diario independiente Horizonte, década de 1970.



Juana Castro Orozco cuando trabajaba para la “Granja Poch” en la cual vendía y repartía productos lácteos y miel en el sector oriente de Santiago.

⁵⁴ En el libro de Josu Chueca se indica los lugares de procedencia de los tripulantes que estuvieron en campos de concentración, y en este caso aparece que es el de Argelès (Chueca Intxusta, *ob. cit.*, p. 197).

⁵⁵ Tal y como también aparece en el listado de tripulantes de la publicación de Josu Chueca, *ob. cit.*, p. 197. (N.A.)



Antonio Morales Vicos junto a su mujer y sus tres hijas.



Acto solidario donde aparece la 'Comisión Española por la Paz', donde se incluye a José y a Neruda, entre otros.

Winnipeg con una maleta de cuero verde. Llegará primero a Valparaíso y más tarde a Santiago en tren.

En Chile desempeñará diferentes ocupaciones. Al poco de llegar trabajará en una imprenta que el Frente Popular administró hasta 1976, el Diario independiente Horizonte⁵⁶. En este espacio trabajó como linotipista y redactaba una columna con el seudónimo de Pepe La Rambla⁵⁷. También fue encargado de cobranzas para una oficina de cobros en Santiago.

En 1942/43 conoce a Juana Castro Orozco, una chilena oriunda de Melipilla (provincia perteneciente a la región Metropolitana de Santiago) de la que se enamorará y con la que contraerá matrimonio. Tras cinco años de relación nacerá su primera hija, Libertad Aurora Morales Castro. Junto con este nacimiento también se avecinarán otros cambios. Se mudarán a Argentina, donde nacerá su segundo hijo, José Antonio, y tras varios años en el país vecino, deciden regresar a Chile. Allí será donde nazcan sus otros tres hijos, Jorge, Juan y Gabriel.

La añoranza de su hogar le anima a volver tras casi 30 años a España. Esto sucede en 1966, y durante su estancia escribe una bitácora de su viaje en una vespa desde La Rambla a Madrid, con sus encuentros y desencuentros. Siempre recordará que vuelve a una España que no es su España, y es entonces cuando comienza su desarraigo "total". Des-

⁵⁶ Aparece en el libro de Julio Gálvez donde se recogen los testimonios de los tripulantes del *Winnipeg* (Galvez Barraza, J. (2014). *Winnipeg, Testimonios de un exilio*. Ed. Renacimiento, p. 204). (N.A.)

⁵⁷ Gálvez Barraza, *ob. cit.*, p. 205. (N.A.)

de ese momento no se sentirá ni español ni chileno, sino que ciudadano del mundo.

En Chile estuvo muy ligado a las actividades y agrupaciones de españoles, recaudando incluso fondos para conseguir dinero y enviarlo a España. Se vincula a actividades del Partido Comunista, con grupos de exiliados y agrupaciones de españoles, participa en actividades en apoyo por la paz, ...

incluso llegó a participar en *meetings* junto a otros exiliados y Neruda, a quien conocía y visitaba en algunas de sus viviendas.

Su vida en Chile se desarrolló con normalidad hasta el golpe de Estado del 1973. Con el inicio de la dictadura la persecución hacia su persona se repite. Al igual que sucedió años atrás, los militares fueron a buscarle a la residencia familiar que tenían en San Pablo. Por suerte, solo se encontraba su mujer Juana en casa, quien muy astuta alegó que su marido la había abandonado con los niños y que ahí ya no vivía ningún José Morán. Este es el comienzo de un doble exilio a España. El regreso a Chile fue un ir y venir constante. A finales de la década de los años 80 e inicios de los 90, alcanzaría a permanecer más tiempo en el país latinoamericano, e incluso comprará una vivienda en Valparaíso junto a su hijo José, pero el temor por su vida le impide residir de manera permanente. Al final es un trauma crónico y eso hace que esté constantemente viajando. Hacia los años 80 se mudarán de San Pablo a la comuna de Conchalí, a unos departamentos más adecuados para el matrimonio. Lamentablemente fallecerá en un vuelo entre Santiago de Chile y Buenos Aires, bajo ninguna patria, mientras iba acompañado de su hijo José Antonio en 1993.



José escribe una crónica mecanografiada de 16 páginas narrando cada detalle del viaje, la gente que se encuentra y sus recuerdos de esos lugares, así como de la guerra.



José Morales frente a la casa comprada en El Tablo, década de los 80.



Rafael González Martín

Primer accésit

HISTORIA DE UN INMIGRANTE

(Argentina)

Esta es la historia de vida de un inmigrante como la de muchos, que un día partieron de su tierra natal sin saber qué les depararía el destino¹. Algunos pudieron volver, otros no... Y otros no quisieron... Me viene a la memoria un señor de más de 80 años, hace muchos años, me dijo que no deseaba volver porque se moriría al ver la tierra que dejó; mejor dicho, no ver nada ya de todo lo que él tenía en sus recuerdos. Supongo también, que esos recuerdos serían tan abrumadores en su mente de niño, que no resistiría volver a sentir esos sentimientos una vez más. Mi padre Domingo Antonio Martín Mesa fue un canario de ley, orgulloso de haber nacido en “Las Islas Bonitas”, nacido el 17 de diciembre de 1896, único hijo varón de Justa y Antonio, con tres hermanas: Francisca (Frasquita), Josefa y María.

Cabrero, hijo y nieto de cabreros. La foto de mi abuelo cabrero iba a ser puesta en el cajón de mi padre cuando él falleciera; por esas cosas del destino, no la pudimos encontrar en ese momento. Luego de un tiempo apareció, por eso la tengo aún. En esos tiempos a cada familia se le ponía apodos, algunos más alegres que otros. La familia de mi padre era llamada “Los Abejones” (Según escuché contar a mi hermana Carmen); mi padre no era oriundo en



Mi abuelo cabrero.

¹ En la primera foto que encabeza este trabajo, está mi abuelo cabrero; padre de mi padre, Antonio Martín; foto original de 1.915 a 1.920 aprox. FEDAC/Col.José Teno /Edit. Benchomo.Col. Alberto G.). (N.A.)



Año 1941, Tenerife.

esa familia. Alguno de los “abejones” habían pasado por dónde mi padre vivía y como él sabía el oficio de cabrero lo trajeron hasta allí. Y mi padre se quedó para siempre, nunca más volvió a Gran Canaria (que yo sepa). Aún hoy puede verse en la calle Esquilón, cerquita del Puerto de la Cruz a los Abejones que siguen por allí, orgullosos de su esencia canaria.

Ya con 18 años, la Primera Guerra Mundial lo obligó a escapar a Cuba, dejando en Tenerife a mujer e hija, a quienes no volvería a ver porque fallecerían antes de que la guerra acabe. Allí, mi padre se ganaría la vida faenando



Hay 10 años de diferencia entre una foto y otra (1969/1979), los dos viajes de mi padre, junto a sus dos hermanas María y Frasca.

en las plantaciones de tabaco; su acento canario se fusionaría con el cubano, dándole una entonación muy particular y que lo acompañaría toda su vida. Nos recitaba los versos que aprendió en esas noches cuando la nostalgia lo apabullaba, recuerdo uno que terminaba: –“...

Yo, aquí en mi cama, solito... Y soy Domingo Martín Mesa, el rey de los verseadores”. También allí perdió la última falange del dedo mayor de la mano derecha, cuando usó mal su machete, herramienta casi fundamental en la cosecha del tabaco (en nuestra casa de Don Torcuato, nunca faltó una planta de tabaco ni las hojas secándose en la cuadra y cada mañana, en la cocina, antes de salir al ordeño, lo veía acariciar y machacar esas hojas dentro de la cachimba lustrosa y bien marrón que sacaba humo en su boca. Los dientes de mi padre brillaban porque varios eran de oro y tenían la forma de la cachimba en el costado donde la sostenía cada día).

Cuando la guerra acabo y volvió a su tierra, nuevamente solo, se casa con su cuñada, con quien había seguido teniendo contacto por carta. Vuelve a ser cabrero que era lo único que sabía hacer bien; hasta sabía adiestrar a los perros para que se ocuparan del trabajo de ir ordenando los animales. Tienen 8 hijos: Esperanza, Encarnación (Chona), Antonia, Justa, Domingo, Antonio y Dominga (Carmen). En su último parto hubo complicaciones y cuando llegó mi padre, que estaba en el monte con sus cabras, cuando se desencadena el parto, ya no hay nada que hacer porque muere desangrada.

Nuevamente viudo, conoce a mi madre María de los Dolores González Báez, año 1945. Mi madre nació el 2 de mayo de 1925 en el Puerto de la Cruz, mujer canaria como pocas, habló su canario al 100 % hasta el último día, como si siguiera en Canarias. Nunca se alteró su tonada tinerfeña, jamás. Llevó su esencia intacta toda su vida.

Su padre Ángel fallece cuando aún era muy niña y sus dos hermanos Marta (con una leve discapacidad intelectual) y Ángel luchan por sobrevivir junto a su madre Inocencia. La familia de mi madre era conocida como "Los Bolos", aún están allí la tía Zenaida González González (viuda del tío Ángel) y su hija, mi prima María de los Ángeles junto a su esposo Miguel Pérez Real. La Guerra Civil está ahí, junto con el reuma infeccioso que, como dice el dicho: "Lame sus articulaciones y muerde su corazón"; ella recordaba siempre que había tenido el mal de San Vito, sus manos, piernas, se movían sin quererlo. Esta enfermedad hizo que en 1983 se operara del corazón, pero pudo vivir hasta los ochenta años, a pesar de todo.

Su infancia y adolescencia fueron trabajar y trabajar siempre, en casas de familia. Cuando conoce a mi padre, mayor 28 años más que ella, se deslumbra y sin el consentimiento de mi abuela, se casan (ya es 1.944). Enseguida nacen mis hermanos mayores, José Luis y José Luis Alfredo (Pepe). En el mundo se sienten los resabios de una Segunda Guerra Mundial, en España se agregan a los de la guerra civil devastadora para la patria nuestra. Ya se siente el pesimismo de ser muchos en una tierra que no puede levantarse de sus desgracias. Mi madre contaba que mi hermano Domingo era el encargado de buscar las papas bonitas (En Canarias no decimos patatas, nosotros comemos papas), escarbando entre las piedras, luego ella le sacaba las durezas de los pies descalzos.



Frasca en su ventorrillo (año 1956 aprox.).



En los terrenos de Don Torcuato, orgullosos de sus frutales y animales.

Y nació yo. Mi padre me anotó el 12 (pero nació el 8/8) en Vilaflor. Había mucho trabajo con los animales y solo se iba al pueblo cuando se podía. Mi padrino, Marcelino, llegó a Argentina en 1982 y pude conocerlo. Cuando volví a Tenerife a los 59 años, pude conocer también a la enfermera que ayudó a mi madre a tener-



Los asados en Don Torcuato (año 1955).

me. Íbamos entrando al cementerio a enramar, una mañana y cruzamos una señora muy menuda que, ante la noticia que tía Zenaida *le daba de quién era yo*, indagó un poco y nos contó su ayuda en mi parto. En este momento de la historia (1949) que acá cuento, ya se vislumbraba que en Canarias solo podían quedar algunos y otros debían ver de emigrar. Esto es algo que escuché una vez mientras esperaba remedios para mi madre en el Centro Gallego; alguien dijo:

“¿Quiénes se sacrificaron más? ¿Los que dejamos todo y buscamos el hogar en otras tierras, desarraigado mediante? ¿O los que se quedaron, en una tierra pelada por las guerras, sin futuro evidente por delante y a trabajar duro?

Mi padre debía decidir entre Venezuela y Argentina; mi hermano mayor, Domingo vendría primero con los maridos de Antonia y Chona, Miguel Ángel y Emilio (también hermanos entre sí), y algún otro familiar para comprar la casa dónde viviríamos. Así, mi hermana Isidra con Chona, cada una con sus esposos e hijos, se quedaron en Venezuela, mientras mi padre con mi madre y todos los demás, seguimos camino hacia acá. La familia quedaba dividida para siempre por qué, aunque Chona, luego de unos años, se vino para acá, Isidra nunca dejó Venezuela. Y un día de marzo subimos al monte Audala, que nos traería a las “Américas” tan soñadas por mis padres. Yo no tenía pasaporte, viajé bajo el número de mi madre (adjunto foto). La despedida fue terrible, las hermanas de mi padre sentían que nunca más iban a volver a verlo (mi padre viajó en el *69 y *79). Mi madre no tuvo a nadie que la despidiera



Documentación requerida para emigrar.

(cuando volvieron por primera vez, mi madre pudo arreglar todo con mi abuela Inocencia y ya, al segundo viaje, fue una maravilla todo) Las historias que escuché eran que los monte Audala eran barcos vetustos con camarotes pequeños. En el sótano, una vaca sostenía mi “*menú*”, con mis 6 meses recién cumplidos; era el menor en ese lugar y en medio del océano, como era de prever, enfermé.

Mi madre se empezó a desesperar, según ella misma me contaba siempre; no sabía ya que hacer para que yo mejoré. Informa de mi estado al que mandaba allí y le dicen que debe quedarse conmigo sin salir para evitar contagios de cualquier tipo... debíamos quedarnos ella y yo, apartados del resto. Además, le aclararon muy bien que, de suceder lo peor conmigo, sería arrojado por la borda, no había otras posibilidades. Ante la situación, de los muchos días que aún faltaban para llegar a algún puerto... mi madre, desesperada ante la situación, cuidó de mí día y noche. Para su alegría, un día empecé a mejorar. Dios aprieta, pero no ahoga, dice el refrán. Las ganas de conocer América fueron superiores a los gérmenes que me atacaron y logré llegar vivo al puerto de Buenos Aires, el 8 de junio de 1950. Amaíta (así le decíamos a mi madre) siempre lagrimeaba cuando contaba mi historia y, delante de mis hijos, para sacar el dramatismo, yo les preguntaba: –“¿No les doy pena que querían tirarme al mar desde el barco, a mí, tan chiquito?”. Atrás quedó el terruño querido, vendría toda una vida lejos de todo aquello. Pero uno tiene los genes dentro y la angustia del desarraigo se lleva bajo la piel, siempre.

Fuimos a vivir a Don Torcuato, partido de San Miguel, una localidad del Norte del conurbano. La casa era mediana y estábamos cómodamente apretados... Frente al Hindú Club, teníamos mucho terreno baldío. Enseguida, mi padre tomó contacto con la dueña de varios de esos terrenos, Blanca de Firpo (Blanquita, viuda del famoso boxeador y también canaria) le dejó el usufructo de todos esos baldíos, para que mi familia pudiera plantar verduras y tuviera a sus vacas y caballos pastoreando en ellos. Así, se ganaron la vida haciendo reparto de leche en un hermoso carro. Y se cosechaban papas, coles, guangos, millo, *chaiota*, etc. Cuando ya tenía unos ocho años, me gustaba levantarme con los adultos a ordeñar, luego todos se iban al reparto y mi madre lavaba los cacharros que se ensuciaban, separando la crema de la leche para hacer quesos, etc., mientras yo la ayudaba. Pero un día, ya no quise hacerlo y desde ahí fue obligación porque ya tenía mis vacas designadas, como todos saben, el ordeño debe ser diario y no hay feriado ni fin de semana.



La familia con una de sus vacas.



Viajes a Castelar, a casa de Antonia.

La escuela no era fundamental en nuestra vida; nuestros padres eran analfabetos. Apaíto (Así le decíamos) estaba orgulloso, que sin saber leer ni escribir había vivido perfectamente, según él. Mi madre había aprendido a hacer un garabato de firma y, a pesar de que varias veces intentamos enseñarle, tampoco tenía gran interés en leer. Los dos tenían en claro que, si llegaron ahí sin saber números ni letras, podían seguir perfectamente la vida que les quedara. Íbamos a la escuela en tandas para que siempre hubiera alguno de nosotros ayudando en las tareas diarias. Mi hermano mayor dejó de ir porque ya no se podía descuidar tanto los animales. El siguiente y yo pudimos terminar la primaria, aunque ya éramos grandes (14 años). Cuando Domingo vino a Argentina con mis cuñados, ya ellos adultos, aprendió el oficio de la yestería. Y luego, a medida que íbamos creciendo, nos lo iba enseñando. Con el tiem-

po cada uno tomaba el camino que le pareciera mejor. Finalmente, yo fui el único que lo ejerció toda la vida y me jubilé en la yestería.

Cuando quedé solo con mis padres, como yo era el menor de los hermanos, tuve que hacer el doble de trabajo; levantarme muy temprano para ordeñar y luego me iba a trabajar a la obra. Era sacrificado, pero alguien tenía que hacerlo. La leche ya no podía venderse suelta; debía embotellarse con tapa de aluminio. Nosotros no llegamos a ese nivel y abandonamos el negocio. Tuvimos unas veinte vacas, lo máximo. Caballos para el *sulky*. Conejos, gallinas, patos, huevos frescos, no faltaron en mi casa. Pero no había tiempo para el ocio, cada uno sabía que el trabajo era lo único que nos hace independientes.

Recuerdo una vez que la maestra nos invitó a la casa, Amaíta me dijo que no podía ir porque no tenía zapatos. Me quedé muy triste, pero no había nada para decir. Nadie ponía en discusión lo que decían nuestros padres, jamás. Pero había muchas cosas para disfrutar, por ejemplo, los caballos y la amansadora (según fuéramos a pasear o repartir leche con un carro lechero). Recuerdo que los domingos íbamos a la casa de Antonia, en Castelar; desde Don Torcuato eran unos 19 kilómetros.

Subíamos “Apaíto, Amaíta” y varios de nosotros y volvíamos antes de que anochezca al ritmo de las patas de nuestro caballito tan cuidado. Los años ochenta fueron inenarrables, recuerdo fiestas en casa de Domingo, cuando vino mi padrino Marcelino y justamente estaban

en Argentina el grupo canario de los Sabandeños, quienes vinieron y nos dieron uno de los mejores espectáculos de nuestras vidas. Aún lo recuerdo como si fuera hoy. Cuando vinieron los Reyes de España a la Argentina hubo paella hecha por mi madre para todo el mundo y las charlas se alargaban entrada la noche. Los recuerdos de esa etapa (aunque yo fuera ya mayor y tuviera dos de mis tres hijos ya en ese momento) son muy gratificantes, me llenan el *costado vacío del alma*... lma de inmigrante... Al haber dejado mi patria tan chico, esos recuerdos me sirven para sentir como hubiera sido tener recuerdos atorados por mis propios ojos. Los adultos nos sirven para intuir todo aquello que ya nunca viviremos por nosotros mismos...

Como ya dije, mi adolescencia pasó por aprender el oficio de yesero y atender los animales cuando podía, junto a mis padres porque todavía estaban muy bien físicamente los dos. En 1.975 me caso con mi esposa Nélida, quien me acompaña hasta hoy. Cuando empiezo mi vida de adulto, un sueño que tenía era ser policía. Empecé los trámites haciendo la ciudadanía argentina (año 1976), pero una noticia me borró el sueño; tenía que hacerse ciudadano alguno de mis padres. Como no iba a suceder nunca eso, desistí para siempre de ese sueño. Ya había nacido mi primer hijo, Rafael Alejandro, cuando recibí mi DNI. Mi vida como yesero fue buena, siempre me gustó mi oficio. Además, si uno se esfuerza es una rama de la construcción bien pagada, al menos en aquellos tiempos. Había que sacrificarse, pero uno lograba vivir medianamente bien; sin lujos, pero tranquilos para aquellas épocas. Enseguida llegó nuestro segundo hijo Gabriel Alberto y 20 años después del primero, llegaría Lucía Belén.

Transcurrieron los años y unos 28 años después, charlando con un compañero de la obra, que era de Galicia, me comenta que era posible que yo hubiese perdido la ciudadanía española debido al año en que hice mi ciudadanía argentina. Averiguo, no recuerdo donde, y veo que sí, que en ese año y algunos más adelante y otros más hacia atrás sucedió eso. ¡No podía permitir que sucediera tal cosa! Voy al Consulado y averiguo todo, cuando busco mis papeles me doy cuenta que mi partida original no estaba; se ve que alguna vez, sin darme cuenta, la entregué pensando que era fotocopia y ya no la tenía. Mi padre ya había fallecido, mi madre no tenía contacto ya con su familia porque al no saber escribir las cartas se distanciaron tanto, que un día volvió la última carta enviada, con la frase: "Domicilio desconocido". Y hacía años que no teníamos contacto (luego contaré qué sucedió con mi tío). La solución fue pagar a una prestigiosa empresa de vue-



El tío Angel pelando castañas.



Este libro fue un regalo de Domingo a Lucía cuando tenía 16 años, con una dedicatoria que lo dice todo.



los (Longheira y Longheira) y abonando pudimos tener nuevamente mi partida original. “Como lo que no mata, endurece”, dice el refrán, pude concretar todos los pasos necesarios y volver a tener mi ciudadanía en los papeles, porque yo jamás dejaré de ser español, ni aún muerto.

En esos tiempos me di cuenta de que mis hijos no tenían la nacionalidad que yo, como su padre, les podía dar. Que tenían que gozar del orgullo de ser españoles como yo; en ese momento Alejandro y Gabriel tenían 26 y 24, y Lucía, 6. Y empezamos los trámites con ellos: Fueron tiempos de alegrías y angustias porque la felicidad de concretar el sueño de la nacionalidad española de todos mis hijos, se empañaba con el agravamiento de salud de mi madre. Gracias a Dios, en el 2.004 todos estaban ciudadanizados. Recuerdo a mi madre, la cara de felicidad cuando Lucía le mostró orgullosa su pasaporte y escucharla a ella, casi gritar: –“¡Mi galleguita!” (gentilicio con que en Argentina se nombra a todos los españoles). Fue una sensación de ir a España sin ir... De estar allá sin tomar un avión...

Lamentablemente, mi madre muere en 2005, rodeada de todo el amor del mundo. Dejó esta Argentina que ella amaba, siempre lo decía; mi madre tomaba mate y le gustaba, en cambio mi padre decía que nunca

metería eso en su boca por la bombilla del mate. La pérdida de mi madre nos partió al medio a todos. Como le sucede a todo el mundo, alguien que es tan importante en nuestras vidas, nos deja un vacío que es difícil de llenar.

Una tarde, revisando cosas de mi madre, encuentro la dirección del tío Ángel;



Primer viaje.



Segundo viaje vendimiando

claro, era la misma con la que nos devolvieron la carta muchos años atrás. En 2007, mi hermano Domingo me dice que pensaba viajar a Canarias, que él podía buscar a la familia de los “Bolos” (recuerden que mi hermano era del segundo matrimonio de mi padre) No pueden imaginarse cuando Domingo vuelve con la gran noticia. ¡No sólo los encontró, sino que todos gozaban de perfecta salud! Fue maravilloso, era como tocar el cielo con las manos. El tío Ángel le cuenta a Domingo que se habían mudado y en la mudanza había desaparecido una caja, con documentos importantes, que luego pudieron volver a hacer, pero la dirección de su hermana ya no la tuvieron más. Su vida transcurría feliz, jubilado y con tardecitas jugando domino con amigos de toda la vida, mientras en algún chiringuito había algún vino de la casa para degustar, siempre. Con la dirección y el número de teléfono en la mano, decididamente llamé una tarde. Escuchar su voz tan jovial, al otro lado fue un remanso para tanto dolor luego de perder a mi madre; sus voces eran similares y yo nunca había tenido ningún contacto con la familia canaria. Tenía 6 meses nada más cuando salí de allá, mi tío tenía 17 años, mucho más joven que mi madre. Mis padres fueron a visitarlos en el *69 y *79, solo dos veces y la última vez, mi madre le contó, asombrada que yo era su retrato (cosa muy evidente) y mi tío me mandó un grabador típico de esa época (que un ladrón se llevó un día, si no aún estaría conmigo).

Estos viajes de mis padres fueron pagados por Domingo, el mayor de los varones, que había logrado una posición económica muy buena teniendo una de las empresas de yesería más importante de Argentina y logró hacer realidad los sueños de muchos de la familia (Domingo falleció una mañana, con 73 años y teniendo preparado su bolsito para ir a trabajar como lo hizo toda su vida). En este último viaje mi madre abrazó a la abuela Inocencia, su madre, por última vez, ya que falleció unos meses después. Y mi padre entró en una vejez muy rápida y falleció en 1.985, luego de estar postrado varios años.



Los tres varones últimos. (Yo, el más chico).



Tío Angel con Abuela, un día cualquiera....

Volviendo a 2006, así llegaron los momentos de charlas telefónicas, noches de *Messenger* y lo que la tecnología nos permitía ir sumando, encomiendas maravillosas con cositas sin importancia, pero con el valor enorme de haber sido tocados por sus manos, hicieron que recuperáramos en parte el tiempo transcurrido y en 2.007 nos invitaron a su casa. Fue pensar en que era una locura porque nuestro poder adquisitivo era de gente humilde trabajadora, obrera de la construcción



Las reuniones familiares eran plasmadas en las fotos que el correo llevaría del otro lado del océano. se ve el paso de los años en cada una.

como para pensar en hacer ese viaje, pero empezamos por ahorrar, ahorrar y ahorrar. Cuando se juntó lo necesario y los pasajes estaban en nuestro poder (ahora no sería posible semejante epopeya, primero y principal porque hoy soy un jubilado con la mínima) les contamos que el sueño de conocerlos se haría realidad. Y el 21 de enero de 2.009 salimos hacia allá. Haríamos el camino inverso al del desarraigo, era ir a recuperar del todo el sentimiento de pertenecer; Lucía tenía 13 años y lo vivió tan intensamente que no hay palabras para describir su carita mirando todo. Mi pensamiento era que no iba a poder respirar cuando llegara... Pero no fue así, el tío Ángel me abrazó y lloramos juntos y Miguel, su yerno adorado, manejó hasta su casa.

El Teide nos miraba más asombrado que nosotros, al verlo allí, cresta blanca, como vigilando todo. Esa imagen del Teide por primera vez, creo que nunca la olvidaremos en nuestra vida. En los días que siguieron fue una sucesión de abrazos, charla, comidas ricas, abrazos, charla, y así hasta el último día. Una mañana de sol fuimos al cementerio blanco y luminoso (ahí supe que también hay cementerios blancos y luminosos); cuando estábamos entrando, tía Zenaida reconoce a una señora muy anciana que salía; le dice quien era yo y me cuenta que ella era la partera que atendió a mi madre cuando nació.

Todas estas fotos y muchísimas más, son el testimonio de lo pendientes que estaban unos con otros. Y aunque uno, al pasar, las mire sin mucho pensar: cada foto representa un escape al tiempo y la distancia. Cuando se extrañaba, se metía una postal “al Correo” y allá o acá se la recibía como un tesoro y todos nos reuníamos alrededor del que se ofrecía a leerla.

Ver la casa donde nació también fue muy gratificante. La casa se mantiene intacta y funciona un quiosco en ella. Mi hija, con la ayuda de la familia, fue armando un árbol genealógico que nos llevó varios días concluir porque mi tío Ángel iba recordando de a poco. Íbamos a comer a chiringuitos, probábamos vinos de la casa, y conocí gente macanuda, aunque debo admitir que un inmigrante de toda la vida como yo, tiene la cruz de que en su tierra de nacimiento lo vean como extraño y en la tierra de adopción, donde en mi caso los mayores lo llevaron a vivir, tampoco lo consideren nativo nunca. Aunque uno logre salvar esas barreras, otros muchos nos lo hacen sentir a lo mejor sin quererlo.

Me encontré con gente que eran desconocidas para mí, pero claro, tanto viéndolas delante ya las había incorporado a mi memoria (de las fotos que me mostraba mi madre). Tan grande era mi sorpresa de ir descubriendo una a una entre los familiares que iba conociendo detrás de María de los Ángeles, prima de casi 30, estaba la niña del cuadro que me sonrió muchas mañanas de mi vida (mi madre tenía fotos de toda la familia en una pared del comedor... muchos que yo no había visto nunca). Y el fantasma de la despedida ronda al inmigrante “SIEMPRE”, todo el tiempo. En el momento que emigró, “vio cómo su tierra natal se iba alejando”, (contado así por muchos con los que hablé de este tema) y tras la euforia del regreso, para mí, tenía la sombra letal de la próxima despedida. La edad de ellos me hacía intuir que no habría una segunda vez. ¿Cómo se aprovecha el tiempo antes del final sin dejar de sonreír? Ardua tarea la del desarraigo... Y buscamos papas bonitas bajo las piedras, en broma claro; el océano me mojó la cara en la Punta del Viento, las ovejas con su cabrero nunca aparecieron ante mis ojos porque son otros tiempos, indudablemente. El tío Ángel me consolaba en cada llanto, él seguía siendo el “adulto” y como tal, era el



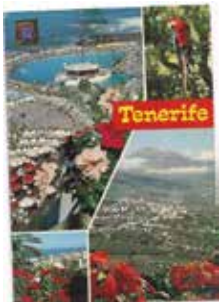
Antigua casa del autor.

que con un “Hombree... Chaachooo “, yo cortaba las lágrimas que muy a mi pesar derramé cada día... Llegó el día de volver, fue una despedida llena de frases buenas, de gente honesta que no tiene ganas de reír, pero hay que levantar el ánimo a los demás. Mi prima Lucía (que luego vendría tres veces) lloraba mucho.

En el año 2010 recibo una carta de un grupo de canarios asociados, fue un acontecimiento muy feliz. Mi hermano Domingo había estado muchos años en una asociación canaria y yo varias veces llevé a mi madre allí. Así que empecé a ir a escuchar las isas y malagueñas que tenía en los cd que mi tío me regalara. Una tarde de reunión, charlando con un tinerfeño profesor de Literatura, le digo que mi familia eran los “Abejones” y mi sorpresa fue mayúscula cuando me entero que él (familia de los “Caraviejas”, del Puerto de la Cruz. Su padre fue perseguido por Franco y de ahí el apodo: Siempre estaban tristes) recordaba que llegó en el año 1.949, y la madre le había enviado una valija con mi padre al año siguiente. Él recordaba haber ido a Don Torcuato y que eran los “Abejones” ... No había dudas. Debían ayudarse unos con otros porque todos estaban en el mismo “barco a las Américas”.

Lucio Acosta Díaz, es un canario comprometido toda la vida con su rol de ciudadano, que hace un tiempo sufre las consecuencias de un ACV leve, pero que lo volvió a toda esa época en que el hambre le murmuraba en el oído, que su abuela era descendiente del guanche Bencomo; que era monja y se escapó para tener sus hijos y tanto más... Cuando llegó, adolescente ya, lo motivó mucho la burla que recibía al jugar al fútbol. Trabajaba mucho y estudiaba y claro, no jugaba bien y estaba de moda esa frase: “Galleguito cara sucia”. Lucio me contó que un día se propuso que iba a salir a estudiar tanto que todos esos que hoy lo burlaban, algún día iban a sentir admiración por él. Y lo logró. Primero trabajó en un banco y se costeó los estudios de Letras y Literatura; dio conferencias de política Socialista que le fascina y tiene una familia con Norma e hijos con carreras universitarias y una bonita casa en Martínez.

Las historias de mis hermanos canarios son maravillosas y muy tristes muchas veces. Fue una etapa maravillosa. Pero la gente era muy mayor, yo con mis 60 años era el ¡menor! El Timple, instrumento de cuerdas típico de Canarias, sonó cada domingo que podíamos ir a la asociación. Era engorroso llegar porque desde Moreno está muy a trasmano, pero logramos seguir yendo varios años. Ya otras personas tomaron la posta porque nuestra comisión directiva no existe, todos fallecieron. Y aunque algunos están aún, luego de la pandemia hizo que ya todo se acabara. Todos sabemos que el programa Tenderete es algo muy apreciado y recuerdo a mi hermano Domingo poner el despertador para verlo en el momento en que se emitía. Es el placer de sentirse allá por un ratito. Y, a pesar en que mi historia prevalezca el latir canario, en mi familia estaban representaos los distintos terruños españoles.





Una de las partidas originales que mi madre pidió para viajar en 1950.



Aquí va mi partida con el costado izquierdo completo.



Aquí la primera documentación de Argentina y la de antes del primer viaje.

Cuando iniciamos el viaje a América, ya mi abuelo Antonio, el cabrero fotografiado tan canario ya había fallecido, al igual que mi abuela Justa y mi abuelo Ángel. Hoy sólo quedan Tía Zenaida y Ma. De los Ángeles y Lucía y unos pocos primos más. Recuerdo que Domingo un día me dijo que ya no tenía tanto entusiasmo por viajar porque: “cada vez quedan menos, mi niño”.



Cuando llegó esto, un día de sopetón, fué muy emocionante para mi madre. Recuerdo sus lágrimas...



Esta carta es donde nombra a mi prima María de los Ángeles (la niña que me sonrió toda mi niñez desde el cuadro), que luego conocería yo en 2009. Mi madre no la conocería nunca ...

Yo, un inmigrante más, como los otros millones de personas que la vida los ubicó lejos del nido (madre patria) y recordar es una forma de supervivencia.



Fernando Alberto Lázaro Serrano Migallón

Segundo accésit

EL LARGO CAMINO HACIA LA INTEGRACIÓN

(México)

Nuestra conciencia rara vez nos deja. En mi caso, ha sido un juez implacable que permanentemente escruta, comenta, critica y, alguna que otra vez, reconoce lo que he hecho. Mi conciencia me pregunta sobre el camino andado: si ha sido importante o no, si reviste interés para mí, para los demás, acaso para uno y otros. Quiero narrar mi exclusiva experiencia. No pretendo entrar en discusiones, ni sobre lo que viví en carne propia, ni sobre lo que vi y escuché de quienes me merecen absoluta confianza y que ellos sí experimentaron.

Hay quienes se crían y se forman en las circunstancias que otros, hasta cierto punto, previeron para ellos. Y hay a quienes les tocan circunstancias fortuitas. Yo pertenezco a esta segunda clase. Luis Rius se refirió a su propia experiencia, idéntica a la mía a este respecto, como “nacer en ausencia”, es decir nacer en una situación inesperada.

Nací en México, específicamente en la capital del país, algo que ni mis padres ni mucho menos, el resto de los Serrano y los Migallón, podían haber previsto. Mi padre y mi madre eran de España, ambos de familias de clase media acomodada, ambos profesionistas que anticipaban pasar el resto de sus vidas allá. Pero estalló la guerra civil y debieron exiliarse. Se refugiaron primero en Francia, después en México. Habían tenido ya cinco hijos, todos peninsulares, conforme a lo proyectado. Yo nací fuera de España, fuera del plan.

Mi padre nació el 19 de enero de 1889 en Cortes de la Frontera, un pueblito de la provincia de Málaga que se sitúa en la Serranía de Ronda. Mis abuelos paternos no vivían ahí, pero mi padre nació en ese lugar porque mi bisabuelo mantenía allí un cortijo donde acostumbraban ir a dar a luz sus hijas, incluida mi abuela. Transcurrida la labor de parto y un tiempo de reposición razonable, nunca más o sólo esporádicamente, tal vez para pasar algún verano, volvían las madres y sus hijos al pueblo. A la fecha, nadie de apellido Serrano vive en Cortes. Yo visité el lugar hace un cuarto de siglo, sólo para conocer la cuna de mi padre.



Carnet de identidad de Don Francisco Serrano Pacheco como Fiscal de la Audiencia de Barcelona.

En esa única visita que hice con Lucía, mi esposa, intenté encontrar en el registro de la propiedad algún dato que me permitiera identificar la finca. Todos los archivos habían ardido durante la guerra civil y no quedaba rastro. Otro tanto había ocurrido en el Registro Civil, por lo que tampoco pude obtener el acta de nacimiento de mi padre ni de mis tíos y abuelos. Busqué la partida de bautismo en la parroquia, también infructuosamente. En estas varias pesquisas solamente contaba con los nombres de mi gente y el apunte, impreciso pero ameno, de que el cortijo era hogar de una encina que producía las bellotas más dulces de toda la comarca, por lo que

se la conocía como “La Confitera”. Cuando insistí en esgrimir este dato, por si pudiera señalar en la dirección del predio, los funcionarios en turno del registro me miraron como a un loco y, por supuesto, nada pudieron aclarar.

Mi padre tuvo cinco hermanos varones y una hermana. Todos los varones estudiaron la carrera de derecho, como mi abuelo, aunque el único que se hizo penalista fue mi padre, tras hacer oposiciones para fiscal y para juez. Los demás se dedicaron al derecho civil, el derecho notarial o el Registro Público de la Propiedad. Mi tía tenía una gran inteligencia, quizás la mayor de todas —tan grande, por cierto, como su mal carácter— pero, como era habitual en esa época, no fue a la universidad. Todos los hermanos habían nacido en Andalucía y, a pesar de haber viajado y vivido la mayor parte del tiempo en la península, mantenían un fuertísimo acento andaluz y unos sentimientos literarios, musicales y culturales profundamente arraigados en esa región. Todos compartían la afición por los toros, el flamenco y la poesía andaluza. Una muestra de esto fue la relación prácticamente de sangre con los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, extraordinarios dramaturgos del primer tercio del siglo XX y de quienes conservo varios libros dedicados de puño y letra a mi tía.

Un primo hermano de mi abuela paterna —Ruiz, de segundo apellido— era el padre de una guapísima actriz española, Carmen Ruiz Moragas. Divorciada del famoso y extraordinario torero mexicano Rodolfo Bernal Gaona, “El Califa de León”, se había hecho amante de Alfonso XIII y había tenido dos hijos con él, un niño y una niña. La relación, ya deteriorada, terminó por completo cuando el monarca debió dejar el país.

Carmen murió muy joven, en tiempos de la República. Hijos de una figura oficialmente desconocida y huérfanos de madre, el destino de los niños quedó en manos de un consejo de familia presidido por mi abuelo e integrado, entre otras personas, por mi padre. Pero mi abuelo murió y, cuando estalló la guerra, mi padre debió abandonar España y la tutoría de los hijos del monarca recayó en mi tío José. Leandro, el mayor de los dos, escribió unas memorias que llevaron por título *El bastardo real*. Lo conocí en un viaje a España. Al pasar enfrente de una

librería, vi que esa tarde presentaría el libro. Asistí a la presentación, oí la charla, hice la fila de firma y, cuando llegó mi turno, me presenté. La dedicatoria en mi copia de *El bastardo real* dice: “A mi querido primo mexicano”.

Siempre me he preguntado algo que hasta el día de hoy no he podido contestar: “¿Cómo fue posible que, a partir de un medio familiar tan conservador como el suyo, mi padre, que había sido educado como un señorito andaluz, evolucionara hacia posiciones democráticas y de izquierda?”. Fue el único miembro de su familia que militó en los partidos de izquierda y defendió los principios liberales y de la República. No sólo desentonó. Sus actos y convicciones fueron en detrimento de los lazos de sangre.

Su hermano Antonio, el menor de los hombres, tal vez por seguir la moda de participar activamente en la política tras la proclamación de la República, intentó hacerse masón. La organización lo rechazó porque se había declarado ateo. Se sumó entonces a un grupo violento de extrema izquierda. Detenido por el Gobierno republicano, pasó tiempo en la cárcel. Terminada la guerra, se presentó en las oficinas franquistas e hizo valer su condición de presidiario del Gobierno republicano —“caballero excautivo”, según el vocabulario del momento— y obtuvo, después de ingresar a las fuerzas armadas, un cargo en la jerarquía militar. Poco tiempo después le envió una carta a mi padre, quien ya estaba en Francia, en la que ponía, conforme a la costumbre del bando vencedor, “Franco, Franco, Franco – Año de la victoria”. Mi padre le contestó: —“Te recuerdo que por culpa de ese hijo de puta estoy donde estoy”. Al poco tiempo, recibió mi padre una carta que decía: —“Tu hermano Antonio te pide que no le vuelvas a escribir”. Mi padre murió sin volverle a escribir. Cuando mi padre estaba enfermo del cáncer que lo llevó a la muerte, mi tía le dijo a su hermano Antonio: —“¿Sabes que Paco tiene un cáncer muy avanzado?”. Su contestación fue: —“Que se joda”. Varios años después, en mi primer viaje a España, mi tía me dijo: —“Tu tío Antonio te quiere conocer”, a lo que le respondí: —“Pero yo a él no”. Luego supe por unas vecinas de ella, las hermanas Yllana, que Antonio se asomaba al balcón para verme pasar, cuando yo iba a ver a mi tía.

Mi madre nació el 19 de enero de 1907 en Villanueva de los Infantes, provincia de Ciudad Real, en la región de Castilla-La Mancha. La familia Migallón había habitado ese pueblo desde tiempos inmemoriales. Mi abuela, por el contrario, provenía de El Bonillo, otro pueblo de Castilla-La Mancha, pero éste en la provincia de Albacete. Entre ambos pueblos media una distancia de unos cincuenta kilómetros. Mi madre tuvo ocho hermanos. Solo cuatro, dos hombres y dos mujeres, llegaron a adultos. Todos los embarazos de mi abuela fueron muy complicados. Tuvo un embarazo doble en el que cada bebé pesaba cuatro kilos y



Carnet de identidad de Don Francisco Serrano Pacheco como miembro del Partido de Unión Republicana.

medio. Esto le ocasionó una diabetes terrible que acabó con su vida al poco tiempo del parto. No sabemos si ya tenía diabetes cuando se embarazó o si la enfermedad resultó de ese embarazo tan voluminoso.

El peso social de los Migallón en Villanueva de los Infantes era grande. La casa solariega de la familia era una de las principales del pueblo y hoy se encuentra todavía entre las más notables y mejor preservadas. Había sido construida por mi abuelo con exceso de lujo, sobre todo con respecto a otras casas. Se trata prácticamente de un pequeño palacio veneciano, de cuidadosa ornamentación. Las pinturas que adornaban los plafones, por ejemplo, eran obra de Rafael de Infantes, un artista famoso en el Madrid de entonces que fue al pueblo (con el que, por cierto, no guardaba otra relación que el apellido en común) a pintarlos. Hay quienes, sin haber nacido ni vivido en Infantes, me han llamado la atención por haberse vinculado con los Migallón de allí y por su reputación. El primero es el general Javier de Asúa. Casado con la cuñada del médico del pueblo y franquista de toda la vida, fue muy cercano al general Agustín Muñoz Grandes, jefe de la División Azul que, por instrucciones de Franco, se unió al ejército nazi durante el sitio de Leningrado cuando la Guerra Mundial se inclinaba a favor de las potencias del Eje. De Usúa regresó del frente con una enorme cantidad de obras de arte, producto de la rapiña en territorio ruso y las tenía en su casa. No se sabe que tanto había conservado Muñoz Grandes de ese y otros tesoros; a pesar de su relación con el general Muñoz, De Usúa solo fue ascendido a general cuando pasó al retiro, por su pésimo historial.

En el extremo opuesto aparece el escritor, jurista y político Blas Infante, al que se debe una parte importante del pensamiento sobre Andalucía y lo andaluz. Su hermano Ignacio se casó con una prima hermana de mi madre, de nombre Elisa. Blas nunca estuvo en Infantes o si estuvo fue de paso, pero su labor y presencia en la región lo hacen digno de los mejores recuerdos. Nació en Málaga en 1885, apenas unos años antes que mi padre, a quien conoció. Desde muy joven se dolió por la condición de los desfavorecidos y cultivó una fina devoción por su tierra. A inicios del siglo XX ya había delineado una actitud y una visión política andalucistas. Fundó el movimiento regionalista de Andalucía, fue partidario de una república federal, perteneció al Partido Republicano y creó los símbolos de la región: el himno, adaptando un canto de segadores, la bandera y el escudo. Apenas estalló la guerra, fue sacado de su casa junto con otras personas y conducido por el camino de Sevilla a Carmona. A medio trayecto, los hicieron bajar del transporte y los asesinaron.

Mi padre hizo oposiciones para juez-fiscal en 1923. Su primer destino fue Villanueva de los Infantes, donde conoció a mi madre. Después de tres años de noviazgo, se casó con ella el 21 de enero de 1926. En noviembre de ese mismo año, nació mi hermana mayor, y con una frecuencia casi matemática, cada diecisiete meses, los otros cuatro. A los tres años de ejercer como juez de primera instancia en Villanueva de los Infantes, fue trasladado a Huelva. Ahí, junto al Golfo de Cádiz, prácticamente de cara al Océano Atlántico, él y la creciente familia vivieron otros tres años. Inconforme con el Gobierno autoritario del general

Primo de Rivera, en 1929 mi padre pidió y obtuvo la excedencia y así pudo dedicarse al ejercicio libre de la profesión. La familia se trasladó a la capital manchega, Ciudad Real, donde más tarde la alcanzaría el estallido de la guerra civil. Siguieron Valencia, Barcelona, Amélie-les-Bains, en Francia, y finalmente México.

En contraste con Cortes de la Frontera, el arraigo en Infantes y, en general, La Mancha siempre estuvo muy vivo en mi madre, en mis hermanos y también en mi padre, quien había iniciado ahí su carrera profesional y ejercido algunos cargos políticos tras su afiliación al Partido de Unión Republicana. El fundador y dirigente de esta organización era Diego Martínez-Barrio, con quien mi padre mantenía de tiempo atrás una cercanísima amistad, no solo ideológica sino también de paisanaje, toda vez que don Diego era de Sevilla, la capital andaluza. Mi padre fue candidato a diputado, gobernador civil interino y jefe regional del partido.

El 17 de julio de 1936 estalló la guerra civil en España, una conflagración que, en mayor o menor medida, alteraría la vida de todos los habitantes del país. En el caso de mi familia, el trastorno fue enorme. El curso que seguían las vidas de mis padres y hermanos cambió drásticamente, como la de un vehículo impactado. Por su cercanía a Martínez-Barrio, a la sazón presidente de las Cortes, nombre oficial del Parlamento, mi padre se trasladó esa misma semana a Madrid para reunirse con él. Esta circunstancia quiso que estuviera presente en el momento mismo en que el presidente del Consejo de Ministros, Santiago Casares Quiroga —cuya actuación durante los días y las horas anteriores al inicio de la guerra había sido de lo más desafortunada— pidió que lo relevaran de su cargo. La respuesta lapidaria de Diego Martínez-Barrio llegó a los oídos de mi padre: “Estamos aquí frente al cadáver de la República. Por lo menos acompañemos a enterrarlo”. En esas horas sombrías, Martínez-Barrio fue encargado por el Presidente Azaña para que formara un gobierno de unidad nacional y evitara el conflicto. Llamó por teléfono a las fuerzas políticas con las que creía que podía alcanzar algún tipo de acuerdo y sortear así una guerra fratricida. Habló con Lluís Companys, presidente de la Generalidad de Cataluña, quien a cambio de su apoyo exigió un referéndum donde los catalanes decidieran su futuro a celebrarse al término de la guerra. Martínez Barrio le preguntó si con ello se refería a elegir entre la independencia, la unión a Francia o la permanencia en España, a lo que Companys respondió que sí, que esa era la idea. Martínez-Barrio se negó.



Carnet de identidad de Don Francisco Serrano Pacheco expedido en Dom Le Palesteau, Francia.

Otra llamada importante fue con el general Emilio Mola, jefe de los sublevados. Lo conocía de tiempo atrás y, sin ser amigos, mantenían una relación más que cortés. Le ofreció el cargo de ministro de Guerra, para evitar así el levantamiento de los militares y lograr un Gobierno fuerte que pudiera evitar los desórdenes callejeros. Por toda respuesta, Mola le dijo que la suerte estaba echada, que cumpliera con su deber como él iba a cumplir con el suyo. Lo que hizo en realidad fue desencadenar el más terrible conflicto en la historia de España. También se comunicó con José Antonio Aguirre, presidente del Partido Nacionalista Vasco. Dada su religiosidad y cercanía con la iglesia católica, la región había estado indecisa. Las creencias y la fe de su gente, afines a los franquistas, contrastaban con un arraigado sentimiento nacionalista, que seguramente chocaría con los sublevados. Entre la espada y la pared, Aguirre pidió a Martínez-Barrio que se acelerara la aprobación del estatuto de autonomía de los vascos, lo que ocurrió, y Euskadi se mantuvo fiel a la República.

Fue a su regreso de Madrid que mi padre fue nombrado gobernador civil de Ciudad Real, a la que se empezó a llamar “Ciudad Leal”, por su refrendada adhesión a la República. Se mantuvo en ese cargo hasta el mes de noviembre del mismo año, cuando el Gobierno republicano se trasladó a Valencia y lo designó fiscal de la provincia. Este cargo no tenía mucho peso, pero como el Gobierno tenía ahora su sede allí, cobró mayor relevancia. Cuando el Gobierno tuvo que trasladarse a Barcelona, y mi padre y la familia con él, se creó una fiscalía general que coexistía con la de Madrid. Durante el tiempo que el Gobierno residió en Valencia, la familia, con excepción de mi padre, lo hizo en Villanueva de los Infantes. Ahí, mi madre tuvo la desgracia de asistir al fallecimiento de su única hermana.

Cuando se hizo evidente que el conflicto armado duraría mucho más de lo previsto y se supo que el Gobierno iba a establecerse en Barcelona indefinidamente, toda la familia se reunió ahí. Eran principios de 1937. La sede de la Fiscalía estaba en la capital catalana, pero la casa que se asignó a mi padre estaba en San Feliu de Codinas, un pueblito más o menos retirado, en la comarca del Vallés Oriental. Así que mi padre salía temprano y no volvía sino hasta pasadas las seis, después de haber soportado los bombardeos que asolaban a diario a la capital. Más o menos a resguardo, mi madre y mis hermanos permanecían en el pueblo. El 17 de febrero de 1939, un motociclista acudió a la casa de San Feliu para entregar a mi padre una nota de Martínez-Barrio, en la que le informaba que al



Certificado de Nacionalidad expedido por el Consulado General de la República Española en México.

día siguiente el Gobierno cruzaría la frontera. La familia se aprestó a hacer lo propio y, esa misma tarde, dejó el hogar rumbo a Francia. La maniobra resultó especialmente dura porque justo en ese tiempo mi padre convalecía de una lesión en la columna vertebral, debida a un accidente de auto, y tenía el torso escayolado.

Con lo poco que cabía en unos cuantos paquetes, un auto los transportó por caminos vecinales hasta La Jonquera, cinco o seis kilómetros al sur de la frontera. Al despedir a la escolta, mi padre le regaló la pistola que llevaba a uno de ellos. Otro le confesó ahí mismo que era camisa vieja, es decir afiliado de la Falange, y que tenía instrucciones de liquidarlo al final de la guerra, lo que afortunadamente no cumplió. La familia abandonó España por Le Perthus, un pueblo pequeño que existe a caballo entre ambos países. Ya en territorio francés debieron tomar la decisión de adónde ir para quedarse. Las poblaciones costeras cercanas, como Porbou y Colliure, así como Le Perthus, se encontraban saturadas de españoles. Pensaron entonces en lugares de los Pirineos, tierra adentro. De los dos que parecían más viables, Vernet-les-Bains y Amélie-les-Bains, eligieron el segundo porque ahí mismo vivía el doctor Joaquín D'Arcourt, que atendía a mi padre de la lesión de columna. Esta zona tampoco tardaría en quedar inundada de refugiados, contrariando a los oriundos, que asumían una actitud cada día más hostil para con los asilados.

Sin pretender justificar los maltratos y la agresividad que encontraron los perseguidos en ese país —y señaladamente en la región del sur— debo decir que en general Francia se portó mejor que el resto de las naciones europeas. De no ser por Francia, la inmensa mayoría del medio millón de personas que cruzaron la frontera entre febrero y abril de ese año habrían muerto. Ningún otro país de Europa hubiera abierto sus fronteras. Ni Suiza, ni Portugal, ni Inglaterra, ni los de Escandinavia. No se diga ya Alemania o Italia.

Tras el estallido de la II Guerra Mundial y la ocupación alemana de Francia, la policía franquista empezó a secuestrar y devolver a España a refugiados republicanos. Entre las muchas víctimas estuvieron Lluís Companys; el periodista Francisco Cruz Salido; Julián Zugazagoitia, político y escritor, y el director de escena y dramaturgo Cipriano Rivas Cherif. Uno de los emisarios franquistas que llegó a Amélie le mostró a Fernando Alonso Medina, republicano con el que mantenía una relación de afecto a pesar de las profundas diferencias políticas, una lista de personas a detener en la que figuraba mi padre. Alonso Medina se lo comunicó de inmediato a mi padre quien, por intermediación de la embajada de México en Francia, fue confinado a Dun-le-Palleteau, un pueblo en el departamento de Creuse, a más de cuatrocientos kilómetros de Pirineos Orientales. Ahí permaneció oculto hasta 1942.

La lista de quienes habían integrado la primera gran expedición de refugiados españoles a México a bordo del buque de vapor Sinaia, en el verano de 1939, había sido sumamente criticada, toda vez que se trataba casi exclusivamente de militantes del Partido Comunista de España, en detrimento del resto. El embajador de México en Francia, Luis I. Rodríguez, un hombre de gran talento y convicción a quien mi

padre conocía, creó una comisión con representantes de todos los partidos políticos y los sindicatos más importantes, para que elaboraran listas de la gente que partiría en los siguientes viajes. Mi padre figuró como integrante de Unión Republicana.

Cuando viví en Francia, intenté visitar ambos pueblos. Recorrí de arriba abajo Amélie. En el número 1 de la Avenue du Vallespir reconocí la casa donde vivió mi familia, a unos metros solamente del Mondony, un torrente que a escasos pasos de allí, desemboca en el río Tech. Los balcones laterales miran desde una altura considerable el puente viejo de piedra, la rambla apaciguada y el paseo de árboles que juegan en ella a las luces y sombras. Vi también la panadería, la torre fortificada y otros sitios de los que había oído hablar en casa. Nunca encontré, en cambio, Dun-le-Palleteau, en Creuse. Ni los datos que me había proporcionado mi hermana ni las señas de la gente de la región pudieron conducirme ahí. Simplemente no estaba, lo habían borrado del mapa. Tiempo después, ya de vuelta en México, supe por unos amigos franceses de esa región que, tras la liberación del pueblo al final de la Segunda Guerra Mundial, había cambiado de nombre y ahora se llamaba Dun-le-Palestel. Demasiado tarde.

Mientras mi padre estaba en Creuse, mi madre y mis hermanos varones regresaron a España. Fueron a instalarse en la casa familiar de Villanueva de los Infantes, que había dejado de serlo. Fallecido mi abuelo, Ángel, su hijo mayor, se había apoderado de ella. Como típico varón en una familia conservadora de entonces, no estaba nada contento con que su hermana, casada con un rojo, ocupara la casa por lo que, el día del arribo, para evitar recibirla, salieron todos del pueblo. Más delicado aún era que, tan pronto como se supo que mi familia estaba en Infantes, un agente de policía se emplazó en la casa. Además de asegurarse de que, en efecto, mi padre no estuviera allí, intervino el teléfono, para saber si llamaba y desde dónde. Su estancia se prolongó todo el tiempo que mi madre y mis hermanos estuvieron en Infantes.

Mi madre pidió una copia del testamento de su padre y una relación de los bienes heredados. Solo recibió largas. Tampoco pudo obtener ninguna información del legado de su hermana, fallecida un año antes,



Certificado de Nacionalidad de Doña Maria Ana Migallón Ordoñez expedido por el Consulado General de la República Española en México .

sin esposo ni hijos. Nada en claro pudo sacar, pero la herencia debió de haber sido cuantiosa. Aunque la había administrado mi abuelo, la parte más sustancial provenía de mi abuela. Sin información alguna sobre la voluntad del padre y la hermana, y por supuesto sin una peseta de las herencias, mi madre quedó en una situación precaria. Años después, ya en México, mi padre le propuso presentar una denuncia contra Ángel, a lo que ella se negó. Tomada esta resolución, nos pidió a todos que olvidáramos e hiciéramos *tabla rasa*, como ella había hecho, lo que tanto sus hijos como sus nietos cumplimos cabalmente. Quien sí lo demandó judicialmente fue su hermano menor, José, para obtener una parte de la herencia.

Mi madre recordaba esos cinco años en Infantes como la peor época de su vida. La represión franquista había alcanzado su punto más álgido. Por completo excluidos, por obvias razones ideológicas, e incluso repudiados, ella y mis hermanos debieron sobrevivir con lo poco que obtenían de malvender alhajas y terrenos. Hay una cuestión que siempre ha sido soslayada por la familia Migallón. Nunca se hacía mención de ello cuando íbamos al pueblo. Tampoco se abordaba socialmente, ni siquiera en los círculos cercanos. Mucho menos en la época de Franco. Muy de vez en cuando se oía por allí algún comentario impreciso. Tal vez alguien de absoluta confianza se atrevía a comentar esto o aquello. Me refiero a la represión que se desató tras la victoria de los nacionalistas y, por contraste, la forma en que la gente engalanó las calles, las plazas y los edificios de Infantes para recibir a las tropas de Franco, cuando entraron triunfalmente. En Infantes no hubo muertos durante la guerra civil. Pero con la entrada de las tropas franquistas, se impuso en la población un régimen del terror y los primeros días fueron espantosos. Encabezaban el destacamento los moros del Tercio, mercenarios del norte de África que habían combatido para el bando de Franco. Los moros se instalaron en las casas de los rojos y, además de techo, exigían comida y sustento. Como La Mancha había sido una región republicana hasta el final de la guerra, actuaron con saña contra la población en general.

El alcalde de Infantes, un republicano de nombre Braulio, que tenía fama de ser una muy buena persona y que, durante el conflicto, había protegido a todos los perseguidos, se había escondido. Los moros de Franco lo capturaron, lo vejaron y lo sometieron a juicio en la plaza. Mediante una votación a mano alzada, la población lo condenó a muerte y, unos días después, fue ejecutado. Juatoño, un pobre muchacho con deficiencias mentales evidentes, que tenía por costumbre deambular por Infantes, despertando siempre el cariño y la conmiseración de los vecinos, fue abatido a tiros por los moros cuando, sin clara conciencia de lo que estaba ocurriendo, los vio desfilan por la calle principal y, alzando el puño, gritó "Salud", que era el saludo que había atestiguado y oído una y otra vez en los últimos años. Sin siquiera detenerse a sopesar la situación, lo acribillaron ahí mismo. Los parientes de mi madre que ocupaban la casa del abuelo forzaron los baúles, que contenían la ropa de casa de mis padres y utilizaron las colchas y cortinas para engalanar los balcones y recibir festivamente a los triunfadores. Podría dar otros ejemplos, pero creo que estos bastan para



De izquierda a derecha Rafael Ángel, María Ana, José Antonio y Francisco Serrano Migallón, 1939, Amélie-Les Bains, Pirineos Orientales, Francia.

ilustrar las tensiones y la actitud que prevalecía entre una población que, atemorizada, quería congraciarse lo más posible con los ocupantes.

Entretanto mi padre, convencido de que la Guerra Mundial podía prolongarse mucho, había decidido abordar el barco y viajar a México, aunque ello implicara apartarse aún más de mi madre y mis hermanos, para esperar desde allá la caída del Gobierno dictatorial, algo que creía inminente. El Nyassa, última de las naves que permitieron las llamadas “expediciones masivas de republicanos”, salió de Casablanca, en Marruecos,

el 30 de abril de 1942 y llegó al puerto de Veracruz el 22 de mayo. Como todos los demás españoles en la misma situación, mi padre fue recibido por un oficial de la Secretaría de Gobernación que debía verificar su ingreso al país y conocer si tenía documentos. Como no era el caso, el agente lo emplazó para que acudiera a la Secretaría a regularizarse. Un representante de las asociaciones al servicio de los republicanos le dio ahí mismo una cantidad de dinero pequeña, pero que debía bastar para su traslado a la capital. Tomó el tren al día siguiente. Le llamó la atención el entorno natural, particularmente el del tramo entre Orizaba y Córdoba, con su rica y exuberante vegetación, y más adentro las grandes cadenas de montañas y volcanes, tan distinto de lo que había conocido hasta entonces.

Hubo circunstancias que dificultaron la adaptación de los refugiados españoles. Empezar una nueva vida en un país diferente nunca es fácil. Y hacerlo porque no queda más remedio, porque es eso, o la muerte o la prisión, mucho menos. Quienes conformaron el exilio republicano en México enfrentaron además el resquemor, cuando no el rechazo abierto, de los españoles de migraciones anteriores, una suerte de colonia de signo conservador ya muy asentada en el país. Esta “antigua colonia” veía en ellos a elementos comunistas o “rojos”, violadores de monjas e impíos. En la mayoría de los países de América Latina, las colonias españolas estaban del lado del Gobierno republicano. En Argentina, estuvieron divididos.

Cuando esos españoles tuvieron noticia de la salida de los primeros barcos de refugiados con destino a México, arreciaron su campaña. Las críticas de toda índole —racial, laboral, ideológica, política— y la beligerancia para impedir que los peregrinos tocaran tierra eran cosa de todos los días.

Tomó tiempo para que esta actitud desapareciera. Un ejemplo de la difícil situación es el siguiente: un muchacho refugiado se hizo novio de una chica española cuyos padres, gente de mucho dinero, hacía tiempo que vivían en México. Enamorados, decidieron casarse. En las bodas de esos inmigrantes de tradición era costumbre tocar, en el momento

de la consagración, la Marcha Real Española, que había sido adoptada como himno por el Gobierno de Franco. Escucharla era imposible para los republicanos y sus hijos, por lo que se acordó no tocarla y se le pidió al padre evitarla. Pero un día antes de las nupcias, la madre de la novia se reunió discretamente con el sacerdote y le pidió, tras ofrecerle una cuantiosa limosna, que la Marcha se tocara en el momento indicado. Apenas escucharon los primeros acordes, el novio, su padre y la mitad de la concurrencia se pusieron de pie y abandonaron el templo.

Entonces como ahora, había mexicanos que veían a España como el país conquistador y a los españoles como explotadores, dueños y operadores de negocios sin prestigio, como tiendas de abarrotes, panaderías o, peor aún, cantinas y hoteles de paso. Pero este sentimiento no imperaba. La población en general y el Gobierno, sobre todo el de Cárdenas, se inclinaban a favor de los republicanos. A esta buena voluntad se sumó, por supuesto, el uso del español. Que los refugiados y los mexicanos hablaran la misma lengua facilitó enormemente la integración. Pero a esa lista de factores sociales que facilitaron o dificultaron la adaptación de los migrantes, se deben añadir los factores personales. La edad fue determinante. En general, quienes habían llegado a México de veinticinco o treinta años se habituaban más rápido y mejor que los de mayor edad. El oficio o la profesión igualmente pesó mucho. Los profesores de cualquier nivel, los intelectuales, los artistas, los ingenieros, los arquitectos y los médicos tenían ventaja sobre los militares —quienes como extranjeros no podían tener cabida en la defensa de la soberanía— y los abogados —que no conocían las leyes ni el sistema judicial mexicanos, como comprobó mi padre.

También tuvo que ver la situación personal. Los inmigrantes que llegaron con familia tenían una red de apoyo y un núcleo de convivencia que los fortalecía, sobre todo si, además de la pareja y los hijos, con ellos venían los primos, tíos, sobrinos; la familia ampliada equivalía a un sistema seguro de asistencia recíproca, convivencia e identidad. Muy difícil la tuvieron quienes vinieron completamente solos, ya sea porque no tenían una pareja estable ni hijos o porque habían tenido que separarse de ellos. Debieron hacer frente a esa grave soledad y a la necesidad de formar sus propias familias, ya fuera con mujeres españolas del exilio o mujeres mexicanas. Aunque con el tiempo se suavizaron, preferían que sus hijos se casaran con gente de su mismo origen étnico, no obstante, la ideología, al principio las familias de la colonia española rechazaron a los refugiados abiertamente.

Mi padre llegó solo y permaneció así dos años. Ya en la capital del país, mi padre debió buscar de inmediato alguna manera de sobrevivir. Lo primero que consiguió fue un trabajo de vendedor ambulante. Iba de un comercio a otro en el centro de la ciudad ofreciendo artículos de mercería, en especial hilos y botones. Un posible comprador quiso saber por qué los botones de plástico que le ofrecía eran más caros que los de nácar que él vendía, a lo que no supo responder. Fue su primer desencuentro. Compartió una habitación en la calle de Basilio Vadillo, atrás del edificio de la Lotería Nacional, en la colonia Tabacalera. Su compañero de cuarto, otro español al que recién había conocido, lo invitó a trabajar en una compañía de seguros, La Comercial, S.A., donde

fue bien recibido. Así empezó una labor por completo ajena a todo lo que había hecho hasta entonces y a la que se dedicaría por el resto de su vida. Quiso incursionar en otras actividades. Fundó, con su amigo Alonso Medina, un negocio de importaciones y exportaciones: Serrame. Combinación de los apellidos Serrano y Medina, el nombre fue un buen presagio de lo que conseguirían: un absoluto fracaso. También intentó ejercer su profesión. No tenía un título profesional que lo acreditara como abogado, pero la generosidad de México facilitó los trámites administrativos. El primer caso que llegó a sus manos fue penal. Renunció a él el mismo día que fue a conocer a su cliente a la antigua cárcel de Lecumberri, donde intentaron cachearlo. Hasta ahí llegó su deseo de ejercer el derecho en México.

Además del entorno natural, lo que más llamaba su atención era la comida. Las tortillas le parecían insípidas y tardaría muchos años en llegar a apreciar su sabor. Pero le encantaban las frutas tropicales y las *aguas frescas*, sobre todo la de tamarindo y la de jamaica. Eran sabores completamente nuevos, para los que no tenía punto de comparación.

El resto de la familia permanecía en Europa, más o menos disgregada. Mi hermana mayor se había quedado en Amélie-les-Bains. Una familia de la que había hecho grandes amigos la había acogido y se había vuelto casi parte de ella. Vivió ahí casi un año. Después se trasladó a Madrid y de Madrid a Infantes, donde tuvo que soportar el desprecio y los maltratos de propios y extraños. Tuvieron que pasar dos años desde su llegada a México para que mi padre, mediante un préstamo de la aseguradora, pudiera costear el viaje de mi madre y mis hermanos a América.

La salida de España no fue sencilla. Le negaban a mi madre el pasaporte, lo mismo que a mis hermanos, por lo que debió intervenir uno de mis tíos Serrano, muy cercano al Gobierno franquista, para destrabar la gestión. Por fin, en mayo de 1944, se embarcaron en el puerto de Portugalete. Fueron muchos los españoles que atravesaron el Atlántico a bordo del “Marqués de Comillas” en plena Guerra Mundial, entre ellos mi familia. En días claros, desde cubierta se alcanzaban a ver los periscopios de los submarinos.

Hicieron tierra primero en Barranquilla, Colombia, el 6 de junio. Dos días después, en La Habana. Las campañas políticas que desembocarían en la elección de Prío Socarrás, del Partido Revolucionario Cubano Auténtico, al que cuatro años después derrocaría Batista, estaban en pleno curso. Por razones que nunca hemos comprendido, mi madre y mis hermanos no pudieron continuar el viaje. Forzados a descender del barco, fueron conducidos a un campo de concentración en las inmediaciones de La Habana, que recibía el nombre de Tricornia. Estuvieron detenidos diez días. La liberación se debió, una vez más, a la intervención de la embajada de México. El 18 de junio volaron a la Ciudad de México vía Mérida. La escala en la capital yucateca dejó una clara impresión en todos ellos, pero sobre todo en mi madre. La confundió especialmente la manera de vestir de las mujeres. En aquella época, era mucho más frecuente que ahora el vestido de mestiza y, sin

saber qué esperar en un país del que conocía muy poco, se preguntaba si ella también tendría que vestirse así. En cambio, la tranquilizó que el acento yucateco, sin duda particular, se parecía mucho más al de España que el que había escuchado en Barranquilla o La Habana.

Como es de suponer, lo más emocionante del viaje fue la llegada a la Ciudad de México. Mis padres no se habían visto en más de cinco años; mi padre había perdido más de treinta kilos y se había envejecido. Mi madre, por las pérdidas de su única hermana y su padre, iba siempre de riguroso luto, lo que le imponía un aspecto, si eso era posible, más triste y lúgubre, después de todo, había padecido, lo mismo que mis hermanos, los sinsabores de la represión franquista.

Mi padre se había mudado a un departamento en calle Ramón Guzmán, hoy Insurgentes Centro, en la colonia San Rafael. Ahí, un banquete de frutas mexicanas, que incluía chicozapote, mango, mamey, chirimoya, piña y papaya, por completo desconocidas para ellos, aguardaba. Toda esta algarabía de sabores deslumbrantes les fascinó, excepción hecha del mango, que tenía para su gusto cierto sabor a resina que tardarían en apreciar. Lo mismo que a mi padre, encontraron las tortillas de maíz insípidas e incluso desagradables, algo que con el tiempo se revertiría. También estaba en casa una chica de servicio, entonces de diecisiete o dieciocho años, que seguiría unida a la familia por el resto de su vida, Alejandrina.

Muy pronto, los recién llegados tuvieron que enfrentar la nueva realidad. Mi hermana debía decidir qué hacer, si trabajar o estudiar y dónde. Mis hermanos mayores no habían completado la preparatoria. Les correspondía esa ocupación. Y el menor, muchos años más joven que los demás, tenía que terminar la primaria.

Por su parte, mi madre procuró encontrar un espacio social para la familia en una ciudad totalmente distinta y desconocida. El punto de contacto más a la mano estaba allí mismo, en el edificio. En el mismo piso dos vivía la familia Fanjul y, en el piso de abajo, los Morayta.

No mucho después llegaría la familia Candela. Estas fueron sus primeras amistades y quizás también las más cercanas de su vida en México. Eran, como la mía, familias españolas recién llegadas. Las unió la vecindad, las circunstancias afines y, sobre todo, tal vez, una premura común: cómo actuar en ese entorno, que hacer y que evitar, que comprar y en donde, como comunicarse. A diferencia



Francisco Serrano Pacheco a bordo del Nyasa antes de desembarcar en el Puerto de Veracruz, 3 de marzo de 1942.



Tarjeta de la Secretaría de Gobernación certificando ingreso de Francisco Serrano Pacheco a territorio mexicano el 2 de marzo de 1942.

nuestra, las familias Fanjul y Morayta tenían parientes y amigos en México.

Mi hermana María Ana se inscribió en una academia de corte y confección en la que aprendió este oficio de forma sobresaliente. Francisco y José Antonio, los varones de más edad, se matricularon en el Instituto Luis Vives, a solamente unas cuabras de casa, y Rafael Ángel, el pequeño, terminó la primaria en el Colegio Madrid.

Al poco tiempo de llegar a México, mi madre se embarazó. El día 26 de

junio del año siguiente nació yo, Fernando, el sexto de sus hijos. Había dicho que entre un hermano y el siguiente mediaban diecisiete meses exactos. Entre Rafael Ángel y yo había once largos años. María Ana me llevaba casi dos décadas. Creí en un mundo de adultos, rodeado invariablemente de gente mucho mayor que yo y falto de compañeros de mi edad, con la sola excepción de los niños del departamento vecino.

Hasta qué punto vivíamos inmersos en lo español, es algo que se echa de ver en el cuidado de la salud y la educación. Los profesores del Colegio Madrid y el Instituto Luis Vives, así como muchos de la universidad, provenían de España. Todos eran conocidos y, en algunos casos, amigos cercanos nuestros. Nos atendían médicos españoles cercanos a la familia. El ginecólogo que trataba a mi madre, integrante en su momento de Izquierda Republicana, había sido gobernador civil de Albacete. Se llamaba Arturo Cortés y atendía en el hospital El Carmen, que todavía funciona con otro nombre, en la calle Quintana Roo de la colonia Roma.

Mi madre había tenido a todos mis hermanos en la casa de su padre. Ni en el pueblo ni en los alrededores había centros médicos, por lo que las mujeres daban a luz en sus hogares, algo bastante propio de la época por lo demás. La llenaba de terror parir en un sanatorio donde otras muchas mujeres harían lo propio y que, por accidente, confundieran a los niños. Muchas veces le comunicó este temor a su doctor, así que en el momento de mi nacimiento me estampó en la frente un sello de la administración del hospital que ponía "PAGADO". Estuve más de tres meses con una marca en la piel, lo que habla bien de la tinta, si no indeleble sí muy duradera. Nací a las 00:00 horas.

Mis hermanos reaccionaron de maneras muy diversas, aunque todos, por lo que me han contado y por el cariño que siempre nos profesamos, se alegraron. Rafael Ángel, todavía un niño, preguntó a mi padre si yo era moreno o, como ellos, blanco. Enseguida se discutió qué nombre me pondrían. Mi madre había decidido que, si tenía una mujer, la llamarían Guadalupe, en honor a la patrona del Tepeyac, la Virgen mexicana por antonomasia. Más difícil se antojaba el caso de un varón porque, según la costumbre española, mis hermanos ya habían ago-

tado las opciones. Mi hermano mayor llevaba el nombre de mi padre. José Antonio se llamaba como el abuelo paterno y dos tíos de sendas ramas. Rafael Ángel llevaba los nombres de mi abuelo materno y un hermano de mi padre que había muerto. Mi padre insistía en ponerme Lázaro, en homenaje al general Cárdenas, que tanto había hecho por los refugiados, pero a mi madre ese nombre le parecía espantoso y se oponía vehementemente. Se hizo una votación en la que participaron los seis integrantes de la familia y la lista se redujo a tres nombres: Fernando, Alberto y Carlos. Uno de los caciques franquistas de La Mancha —el duque aquel del tejado— se había llamado Carlos, por lo que este nombre debió quedar fuera. Alberto gustaba mucho, pero al final prefirieron Fernando. Por estas razones soy Fernando Alberto Lázaro. En mi acta de nacimiento están estos tres nombres, una letanía que me acarreado no pocos problemas en trámites ante el Registro Civil, la Universidad Nacional, la Secretaría de Relaciones Exteriores, la de Educación Pública e infinidad de organismos más.

Cuando mi madre y mis hermanos llegaron a México, vivieron un periodo de relativa abundancia. Tras los años miserables de la guerra civil y su corolario, poder comer tres veces al día y jugar con pelotas de goma y canicas de verdad en lugar de las bolas hechas de calcetín viejo y las esferas de barro cocido les parecía mucho y estaban agradecidos. Esto no obstaba, por cierto, para que desestimaran el gusto de los niños mexicanos por las canicas opacas o “*ponches*”, cuando ellos claramente preferían las “*agüitas*” o canicas transparentes.

Pero la realidad, era que la familia no estaba en una buena situación. Sólo había un abrigo en casa. Mi madre y mi hermana eran de tallas parecidas, por lo que, en los días de frío, compartían la prenda. El día que salía una, la otra debía quedarse. Solo había un juego de sábanas por cada una de las camas. Cuando les hacía falta, se lavaban tres juegos y, al otro día, los restantes. Una tarde, se robaron las que estaban tendidas. La mitad de la familia debió dormir esa noche entre el colchón y las mantas. Con tanto infortunio a cuestas, seis bocas que alimentar, cuatro colegiaturas que pagar y una sola fuente de ingresos —porque mi padre nunca quiso que Paco y Pepe trabajaran antes de acabar de estudiar—creo que mis padres obraron milagros. Paulatinamente las cosas mejoraron. Mi padre se convirtió en un magnífico agente de seguros, primero en La Comercial, donde había empezado, y después en Seguros de México. En veinte años de trabajo, obtuvo todos los premios, copas y galardones que otorgaban esas firmas a sus representantes. Además, la Nana —como le decíamos de cariño a María Ana—, Paco y Pepe empezaron a trabajar a ganar dinero. Más adelante Rafael Ángel se iría a vivir a Córdoba, Veracruz, donde se casaría y tendría hijos, quedando yo de hijo y dependiente único en la casa paterna. Pero nunca estuvimos en la bonanza, ni mucho menos. La televisión de la casa había sido un regalo de mi hermano Rafael Ángel. El pequeño tocadiscos, de nuestra vecina y amiga Julia Candela.

Mi padre padecía de una muy frágil salud, primero por un problema renal, del que afortunadamente salió bien, y después de un cáncer de colon recurrente. Cinco años después del primer episodio, la enfermedad regresó para llevárselo tras más de un año de agonía. Mi hermano

mayor era el único que tenía auto, un pequeño Renault Dauphine. Al día siguiente del fallecimiento, lo acompañé a venderlo para así poder pagar los gastos del entierro. Al poco tiempo, Alfredo Tourné Pérez-Seoane, amigo cercanísimo de la casa, en su día militar republicano y aviador de altos vuelos, se aproximó a mi madre y, al tanto de nuestra frágil situación económica, le ofreció cubrir el costo de la lápida de mi Padre, lo que evidentemente aceptamos. Siempre estuvimos muy agradecidos con él. Yo sigo permanentemente agradecido.

Siempre me llamó la atención lo distintos que podían ser los recuerdos que guardaban de España mis hermanos. Las decisiones tomadas y la suerte habían querido que tuvieran experiencias diferentes o que experimentaran de maneras distintas las mismas situaciones. Si Francisco y José Antonio tenían algunos recuerdos muy gratos de Infantes, mi hermana en cambio lo aborrecía. Ellos añoraban la casa familiar, las callejuelas del pueblo, los amigos que habían hecho, las comidas, el colegio. Aunque nadie, ni amigo ni pariente, se había dignado recorrer los veinte kilómetros que hay entre Infantes y Valdepeñas, mucho menos los doscientos de ahí a Madrid, por lo que la familia había tenido que tomar el destartalado autobús, conocido como “La Pava”, que cubría el primer tramo, para después ir en tren a Madrid y de ahí a Portugalete, evocaban con emoción la despedida final con la mayoría de los vecinos ahí presentes. Solo después entendieron la trascendencia del cambio. ¿Por eso idealizaron? Ella no podía olvidar los agravios, los insultos, la hostilidad general. De no haber contraído matrimonio con un francés y empezado una familia, creo que difícilmente hubiera vuelto a España. Ella estaba saliendo de la pubertad y convirtiéndose en mujer cuando fue a Infantes. ¿Se debió a esto que su experiencia fuera tan distinta?

Otra diferencia abismal, fue que cuando se inició la guerra, Rafael Ángel tenía apenas dos años, como he dicho. Paco había cumplido doce. Mientras el menor tenía poca conciencia, el mayor ya estaba despierto a todo. Paco era muy sensible, el que más, y toda su vida tuvo pesadillas, algunas sobre la época de la guerra, otras de la posguerra en Infantes. Revivía los bombardeos, que cada hora se abatían sobre Barcelona. Aunque la casa familiar estaba en las afueras, los aviones pasaban cerca de allí y el retumbar de las bombas les llegaba cada sesenta minutos, tal como lo tenía programado la infame Legión Condor, a cargo de los ataques. Y revivía esa hora aciaga de la madrugada en que, en Infantes, sacaban a los presos políticos de la cárcel del pueblo, que estaba justo enfrente de la casa de mi abuelo, para fusilarlos en el cementerio y ellos, en el momento en que iban a subirlos a la camioneta para trasladarlos, gritaban a todo pulmón “Viva la República”, y la estridencia que producían los gritos y los llores de los familiares lo despertaban y no podía volver a pegar un ojo.

En Infantes, Pepe tuvo un grave problema pulmonar. El médico le dijo a mi madre que, si no lo alimentaba bien, con toda probabilidad contraería tuberculosis, una enfermedad que, dada la miseria de la posguerra, se enseñoreaba en todo el país. Así las cosas, mi madre debió aceptar las condiciones leoninas de algún gusano y ceder un terreno en el centro del pueblo —el único bien que había podido obtener de

la herencia de su hermana Pura— a cambio de un puerco. El animal les permitió alimentarse una larga temporada, sobre todo a los menores, Pepe y Rafael Ángel, que eran los más frágiles.

Yo no sé si, tras vivencias de guerra y terror como estas, el cuerpo y el espíritu pueden recuperar la paz. Me imagino, que incluso las personas más templadas mantienen tenso un resorte, un reflejo que les permita reaccionar en momentos de peligro. Un instinto y una muy justificada aversión. Paco y Pepe nunca dejaron de temer y enfrentar a su modo al franquismo. Ni siquiera en México, a casi diez mil kilómetros de distancia de España. Entonces, como ahora, se acostumbraba adornar las casas y los autos con banderas mexicanas durante el mes de la patria. No era raro, tampoco, que se desplegaran otras banderas, ya sea por simpatía con un país distinto o por ligas de origen. Cuando en septiembre de 1945 algunos alumnos del Colegio Cristóbal Colón, vecino del Instituto Luis Vives en la colonia San Rafael, decidieron, tal vez por mera torpeza, adornar sus autobuses escolares con banderas franquistas, los alumnos del Vives asaltaron los vehículos y quemaron las insignias, lo que a su vez dio lugar a una pelea campal. Mis hermanos, por supuesto, tomaron parte en ella. No fue asunto baladí. La pelea continuó durante más de dos días y se extendió a la Academia Hispano Mexicana, el Colegio Madrid y la Preparatoria Nacional, por el bando republicano, y el Colegio México y algunos bachilleratos por el otro. Tuvo que intervenir el Gobierno del Distrito Federal, que dictó quince días de vacaciones para que terminara el mes y desaparecieran, con él, los símbolos que habían causado el conflicto.

Nunca olvidaré tampoco lo ocurrido en el funeral de mi padre, entre los asistentes hubo un jesuita, José Antonio Fernández Romano. Cuando el cura descubrió que el féretro estaba envuelto en una bandera republicana, se le desencajó el rostro. Se quedó pálido y mudo el resto de la visita.

Paco había sido internado en el Hospital Español para que lo operaran de una hernia. Este hospital es obra de la Beneficencia Española, asociación que data de 1842, es decir muy anterior al exilio e íntimamente ligada a las migraciones anteriores de españoles. Cuando operaron a mi hermano, el sanatorio estaba a cargo de las Hermanas de San José. Después de la cirugía, ya en su cuarto, pero aún bajo el efecto de la anestesia y medio grogui, Paco empezó a gritar que la culpa de todo lo que nos ocurría era de Franco, que todos los sufrimientos que habíamos pasado —siempre hablaba en plural— se debían al dictador. Todo el pabellón lo escuchó, incluida la religiosa a cargo quien, a pesar de la caridad cristiana que la obligaba, no volvió a



Foto tomada por Fernando Serrano Migallón el 30 de mayo de 1951. De izquierda a derecha, María Ana Migallón Ordoñez, Francisco Serrano Pacheco y María Ana Serrano Migal.



Don Francisco Serrano Pacheco en edificio de la Glorieta de El Caballito, Ciudad de México, 1956.

poner pie en la habitación ni a saludar a nadie de la familia.

Aunque existieron enormes facilidades desde la época del general Cárdenas, mis padres nunca solicitaron la nacionalidad mexicana y murieron españoles. Como menores de edad, mis hermanos tampoco la obtuvieron. Pudieron cursar la preparatoria y la universidad sin inconveniente alguno, pero cuando quisieron *recibirse*, empezaron los problemas.

Para obtener su cédula profesional, Paco tuvo que presentar un amparo. Este amparo siempre se concedía porque la Ley General de Profesiones, que condicionaba el ejercicio

de cualquier profesión a la nacionalidad mexicana, era claramente inconstitucional. De poco le valió el papel. En los hechos, el extranjero muy difícilmente podía conseguir trabajo, aunque estuviera aquí en calidad de inmigrado y tuviera el título y la cédula en orden.

Para empeorar las cosas, con el gobierno de Adolfo Ruiz Cortines se volvió casi imposible obtener la nacionalidad. Tras muchos aprietos, Paco consiguió un trabajo menor, poco interesante y peor remunerado. Incluso pensó en abandonar el país y emigrar a Venezuela donde, según se decía, en ese entonces —recién caído el dictador Marco Pérez Jiménez— había muy buenos trabajos. Afortunadamente, un compañero suyo de la Escuela Nacional de Economía lo puso en contacto con el almirante Juan Manuel Zermeño Araico, a la sazón secretario de Marina, de quien era yerno. Zermeño lo recibió, supo de su angustiante situación y habló con el presidente López Mateos. Al mes siguiente, Francisco tenía la nacionalidad mexicana. El resto de los hermanos la obtuvieron dos sexenios después, cuando se creó un programa para regularizar a los niños del exilio, que por alguna razón no habían alcanzado ese beneficio en su momento.

Entre los refugiados, prevalecían dos actitudes distintas, dos maneras de lidiar con la desventura de perder la patria. Unos querían adaptarse a México y su realidad de la manera más rápida y completa posible. Quiénes creían que volverían a España, en cambio, se convencían de que estaban de paso y buscaban preservar a como diera lugar la identidad española o, como decía Félix Candela, “mantener la ilusión de seguir siendo españoles”. En sus casas las conversaciones giraban en torno a la República, la guerra y el exilio, pero evitando siempre el tema de la amarga derrota, que era asunto vedado.

En el caso de nosotros, la constante eran los temas españoles, lo que se había perdido y, ante todo, el deseo de mi padre de volver a su tierra cuanto antes. Mi familia se rodeó de nuevas amistades, la mayoría refugiados españoles como mis padres. Vivíamos en un edificio de la colonia San Rafael, en la calle Ramón Guzmán.

De los ocho departamentos que había, cinco eran de familias españolas refugiadas, la mayoría de las cuales no se conocían antes de llegar a México. La soledad, los lazos de origen e identidad, las simpatías políticas y las concomitancias profesionales y laborales las llevaron a trabar una gran amistad.

Los fines de semana se nos iban todos en el Club Mundet, un centro deportivo, que para nosotros no era otra cosa que un centro de reunión de españoles. Entre semana, los más pequeños íbamos con nuestras madres al Parque Colonia, un pequeño jardín de la San Rafael, atrás de lo que ahora es el Monumento a la madre. En la intersección de Insurgentes Centro y Paseo de la Reforma, mi madre se reunía con sus amigas, todas ellas españolas, para tejer y conversar mientras los niños corríamos y jugábamos bajo sus cuidados y supervisión. Los hermanos mayores, por su parte, hacían la preparatoria en el Instituto Luis Vives, uno de los centros educativos que los refugiados habían creado en México.

Vivíamos bastante aislados, fuera de la realidad o cuando menos de la realidad nacional. Hasta cierto punto incomunicados, sin oportunidades importantes de relacionarnos con el entorno mexicano, y hechos a una forma de vida propia, formábamos un enclave. Salir de este núcleo significaba sorprenderse cada vez más de las diferencias entre nuestro mundo y el exterior. Para Francisco, José Antonio y Rafael Ángel, mis tres hermanos varones, entrar a la Universidad Nacional —donde estudiaron derecho, medicina e ingeniería, respectivamente— equivalió a tomar un baño intensivo de mexicanidad.

Esto que a primera vista podía parecer una simple colección de atributos y costumbres diferentes, las marcas de identidad de un pequeño grupo de la sociedad, tuvo un efecto enorme en el comportamiento y la formación de los más pequeños. Estábamos siempre expuestos a todo tipo de comparaciones entre la calidad y los sabores de los productos mexicanos y los que se recordaban de España. Los mayores cuestionaban el gusto de las frutas, la calidad del pescado y los tipos de carne, siempre contrapunteando a los dos países. La falta de objetividad prevalecía, pero, claro, nosotros no la veíamos. La añoranza y el deseo cada vez menos realista de recuperarlo todo; la resistencia a incorporarse a una sociedad que aún no se sentía propia exacerbaba los sentimientos de desarraigo y la familia nos los transmitía, lo mismo en el día a día, sin siquiera darse cuenta, que en las conversaciones que el grupo mantenía.

En nosotros, los menores, esa percepción distorsionada se agravaba. Veíamos la realidad solo como espectadores, al margen de su sustancia. Uno creía que estaba en México de manera temporal y que muy pronto se volvería a España. Este estado provisional, esta sensación de hallarse de paso le restaba consistencia a los actos y las palabras, tanto las que decíamos entre nosotros como las que cruzábamos con “los otros”.

Esta sensación de que todo tenía un carácter temporal, fue quizás el efecto más dañino del ejemplo de los padres en los hijos; un ejemplo

que permeaba todos los aspectos de la vida y generaba falta de interés y abulia, es decir que impedía el desarrollo de una actividad plena.

Una de las esferas donde era más evidente esa suerte de escapismo era la del lenguaje oral, que se usaba en casa y fuera de ella. Teníamos tiempos verbales, nombres, calificativos, frases, modismos e incluso entonaciones distintas de las del resto. Para mí los chicharos eran guisantes, el betabel, remolacha y el camión, autobús. En el mundo del exilio siempre se empleaba el pronombre vosotros como plural de la segunda persona, y de ninguna manera el ustedes de México. La manera de hablar constituía una especie de argot, un código cuyo uso se restringía a los iniciados en él.

El lenguaje del exilio nos aislaba, cancelaba los canales de contacto con la realidad general e impedía la comunicación fluida con quienes no formaban parte del gueto. La exclusión era severa, pero había algunos escapes. El contacto más franco y afectuoso con la realidad del país se daba a través del servicio de la casa. Gracias a las trabajadoras domésticas pude adoptar por primera vez, a una manera diferente de ver el mundo. Me asomé y, en alguna medida, aprendí las costumbres, el léxico y, por supuesto, las formas de expresarse.

Cada historia fue distinta, cada familia y cada individuo vivió y padeció el exilio a su manera, pero hubo al mismo tiempo una historia más o menos general, un proceso de choque y adaptación.

En una primera etapa, comprendida aproximadamente, entre los años de 1937 y 1945, los españoles conocieron México y los mexicanos conocieron a los españoles, que venían en calidad de refugiados y poco tenían que ver con los españoles indianos que aquellos habían conocido hasta entonces. La segunda etapa, va de 1945 a 1950 y puede considerarse la de la esperanza. Durante esos años, las instituciones de la República Española se reconstituyen y los aliados ganan la Segunda Guerra Mundial, lo que hace suponer que el régimen de Franco —establecido, apoyado e impulsado por Hitler y Mussolini— tendría que correr la misma suerte que los de Alemania e Italia. Yo nazco al inicio de esta etapa, en 1945. La tercera etapa, de 1950 a 1975, es la de la desilusión. La Guerra Fría cambia el panorama mundial. El Gobierno de Francisco Franco empieza a ganarse espacios en los organismos internacionales. Para los refugiados, la posibilidad de volver a España se antoja cada día más lejana, cuando no imposible. La última etapa, naturalmente, es la del arraigo definitivo. Inicia el 20 de noviembre de 1975, con la muerte del general Franco. Aunque España logra una transición política en principio favorable para el grueso de la gente, el proceso de democratización se conduce a espaldas del exilio y los republicanos, que de este modo se convierten en residuos o muestras de un pasado que los españoles no deseaban ni desean recordar. Nadie o casi nadie fue inmune a esos grandes cambios. Todos los hogares de refugiados, incluido el mío, los resintieron. La desilusión de la tercera etapa alcanzó a mi propio padre, que además ya no tenía buena salud. Murió en 1962, sin conocer el final del exilio. El destierro para él se hizo eterno.

Yo nací al inicio de la segunda etapa, en 1945. Más allá de las salidas al parque y al club, mi familia hacía poca vida social, por lo que mi in-

fancia transcurrió de forma un tanto autista, dentro de una burbuja que me resguardaba de la sociedad nacional, me imponía una visión parcial de la realidad y me negaba las experiencias comunes de un niño mexicano. En esa burbuja, todo era español, no parecía haber nada más allá. Me imaginaba en una casa inmensa bajo la estricta vigilancia de Franco, un monstruo que impedía la entrada y la salida de la gente. Creé un mundo de fantasía que más tarde tendría que desmontar poco a poco.

La vida familiar se realizaba siempre alrededor de la mesa del comedor.

Mi madre, una magnífica cocinera, ponía muchísimo cuidado en los alimentos del mediodía. Siempre abríamos con la sopa, que para nosotros era siempre aguada y se tomaba con cuchara. Lo que en México se conoce como sopa seca no figuraba y ni siquiera creo que se conociera, al menos no con ese nombre. Después venía un plato fuerte, de carne o pescado, y al final algún postre. Cuando, por razones económicas, no había postre, mi padre, que era goloso, se comía uno o dos terrones de azúcar. Tuvieron que pasar años para que el menú incluyera platillos mexicanos, ya fueran tacos, pollo en mole o alguna otra muestra de la inmensa gastronomía mexicana, siempre sin nada de chile.

Recuerdo con añoranza las sobremesas, costumbre muy peninsular que se seguía en la mayoría de las casas de españoles en México, incluida por supuesto la nuestra. Siempre que era posible, nos quedábamos a charlar alrededor de la mesa acabando de comer. Los temas eran los de la vida diaria —lo que alguien había hecho esa mañana, la anécdota divertida, las noticias, el comentario histórico o social— y a veces los del exilio y el pesar. Las sesiones terminaban solo cuando los mayores debían volver a salir, ya fuera al trabajo, a la escuela o atender sus asuntos. Por supuesto, los sábados y domingos las sobremesas se alargaban un par de horas cuando menos. Cuando teníamos el gusto de tener un invitado, la tertulia continuaba hasta acabada la tarde. Esas conversaciones de sobremesa me marcaron profundamente. Fue una costumbre feliz y de cohesión familiar pero también una experiencia formativa.

Los primeros pasos los di en el jardín de niños. Se llamaba: “El Ratón Pérez” y la dueña era una amiga de mi hermana mayor. Ahí estuve un año. Luego empecé la primaria en una escuela de muy marcado perfil español que hoy, ya está totalmente asimilada, es la Escuela de la Ciudad de México. Que yo recuerde, los primeros cuestionamientos sobre el carácter que debía tener mi educación y, por extrapolación, la forja de mi identidad, ocurrieron entonces. Mientras que mi padre se inclinaba por colegios españoles, de muy alto nivel pedagógico, mi madre y mi hermano Paco se habían convencido de que debía recibir



De izquierda a derecha Francisco, José Antonio, Rafael Ángel y Fernando Serrano Migallón, Ciudad de México, 1968.



Fernando Alberto Lázaro Serrano Migallón, autor del relato, foto actual.

una educación propia del lugar donde estaba. Fue Paco quien lo convenció. Estábamos en 1953. La vuelta a España parecía cada día más lejana. Yo había nacido en México y lo más probable era que creciera e hiciera mi vida en este país, por lo que debía ir a un colegio mexicano.

Por azares del trabajo de mi abuelo, que fue juez, mi padre había sido interno en un centro educativo jesuita de la ciudad de Huelva, en el sur de España, el Colegio de Palos de Moguer, y tenía en alta estima la educación que ofrecía esa orden religiosa.

Cuando Paco lo persuadió de que yo debía estudiar en un medio mexicano, mi padre se dio a la tarea de averiguar si la Compañía de Jesús tenía en la ciudad algún colegio. Un colega del trabajo tenía a dos de sus hijos en el Instituto Patria y le dio la información. Cuando mis padres fueron a inscribirme, les dijeron que se había cerrado el plazo y había que esperar al siguiente año. Pero el amigo de mi padre intervino y, como era bien querido, consiguió que me admitieran.

Los inmigrantes republicanos fundaron varios centros de educación primaria y secundaria para la formación de sus hijos. Con recursos del Gobierno republicano en el exilio crearon, tan solo en la Ciudad de México, cuatro: el Juan Ruiz de Alarcón, el Instituto Luis Vives, el Colegio Madrid y la Academia Hispano Mexicana. El modelo se extendió a otras partes del país, donde se crearon numerosos establecimientos, todos bajo el mismo nombre, Instituto Cervantes, siguiendo la línea pedagógica de la Institución Libre de Enseñanza.

A mí, estos centros de enseñanza siempre me han recordado las escuelas secretas que se establecieron en las montañas de Grecia durante la ocupación otomana para formar y capacitar a la juventud griega y preservar de este modo la cultura. El deseo de los turcos de conquistar por completo el país no podría consumarse si en los jóvenes pervivían la cultura y la esencia del país.

Las escuelas que fundó la República exiliada fueron algo parecido; una forma de preservar la cultura española en México, de ampararla del influjo del entorno. Fue una magnífica idea, salvo por el hecho de que se inculcaba el apego y la lealtad a un país que, con el ascenso de Franco, había dejado de existir. Entré al Instituto Patria en 1953, para iniciar la primaria, y permanecí en él hasta 1964, año en que acabé la preparatoria, que en ese entonces llegaba sólo hasta quinto. Había tenido que hacer de nuevo primero de secundaria porque estuve en cama un año, convaleciendo de una endocarditis debida a una infección de las amígdalas. En lugar de los once acostumbrados, me tomó doce años completar los estudios de primaria, secundaria y bachillerato. Esto,

aunado a que había empezado la primaria un año tarde respecto de mis compañeros, significó que siempre fuera de los de más edad.

La enfermedad empezó con anginas. En casa me atendieron con lo que era habitual: aspirinas, vitamina C, cama y algunos días de reposo. Pero al ver que los ataques de anginas se repetían muy seguido, mi madre llamó al doctor de la familia, Rubén Marín, jefe de los servicios médicos de Seguros La Comercial, la compañía donde trabajaba mi padre. El doctor Marín me revisó muy detenidamente, mucho más de lo normal. Se despidió de mí, sin decir otra cosa, ni dejar una receta, y salió de la casa con mis padres, que tardaron mucho tiempo en volver. Luego supe por ellos que había notado un ligero ruido extraño en el corazón, debido probablemente a la infección de la garganta.

Magnífico médico y mejor persona, Rubén Marín me cuidó, me atendió con cariño y se empeñó en sacarme adelante. Nunca podré olvidar las estampas de su labor y su dedicación. Ese contacto humano que tenían los doctores familiares de antes despertó en mí una profunda admiración por su profesión, algo que el ejemplo de mi hermano Pepe, quien ejerció la medicina con una pasión y un espíritu de apostolado admirables, no hizo sino alentar.

Corría el año de 1959 y la cortisona recién había sido descubierta. Se usaba con miedo y precaución porque se sabía que podía tener efectos colaterales graves. Me la dieron con temor y de forma por demás cuidadosa, pero el tratamiento consistió fundamentalmente de ácido acetilsalicílico, es decir aspirina. Como en casa todavía no teníamos televisión, yo escuchaba la radio —solo teníamos un pequeño receptor AM— y, sobre todo, leía. Mi padre me daba libros, la mayoría de literatura e historia. Ahí surgió mi afición por la lectura.

El entreacto de mi padecimiento me afectó profundamente. Ocurrió en un momento crítico del desarrollo: el tránsito de la escuela primaria a la secundaria, que en general marca un antes y un después. Yo no pude dar el salto con mis compañeros, me desconecté de ellos y de toda mi generación. Ese año, además, engordé muchísimo, debido a la cortisona. La ropa no me quedaba, ni siquiera mis pijamas. Me hice más retraído, más tímido y mucho más inseguro.

También entré en un proceso neurótico. Vivía en tres realidades diferentes, que sin darme mucha cuenta y sin romper con ninguna, tenía que acomodar de alguna forma. Una era ideológica, la suma de convicciones y formas de conducirse que veía y aprendía en casa, liberal, republicana y de amplio criterio. Otra era la realidad de la calle; la pobreza, la desigualdad, el rezago económico y social que contemplaba con un espíritu crítico incipiente. Y otra más la que vivía en el colegio, la de una clase pudiente que no discutía los problemas sociales ni participaba en su solución, con ideas profundamente religiosas y conservadoras. Tanto los jesuitas que llevaban el colegio como los profesores seculares eran de mentalidad tradicional y, en relación con la situación política de España, abiertamente franquistas y, en algunos casos, militantes de grupos falangistas. Vivía una fragmentación íntima, que me tenía en silencioso conflicto y agravaba mi timidez natural. Me costaba muchísimo expresarme, ni qué decir de presentarme en público. No

sabía si los términos que utilizaba o iba a utilizar eran los adecuados o eran patrimonio exclusivo de esa sociedad secreta a la que pertenecía. Desconocía los modismos y el lenguaje no verbal de los distintos ambientes. Carecía de esa brújula que nos sitúa en el espacio lingüístico y nos orienta dentro de él.

Esta situación se complicó aún más. Durante la guerra civil, mi padre había abandonado la religión católica y su práctica. La gota que derramó el vaso fue la famosa Carta Colectiva del Episcopado, fechada el 1 de julio de 1937. En ella, los obispos españoles comunicaban a los católicos del mundo la posición de la iglesia de España ante el conflicto intestino, que conocemos de sobra. También lo había alienado la actitud general de la iglesia durante el periodo de la República.

Mi madre, por el contrario, nunca había dejado de practicar la religión. Como católica que era, estaba muy preocupada por el destino espiritual de mi padre cuando le volvió el cáncer y debieron operarlo, con limitados resultados. Ideó entonces una forma de arrimarlo de nuevo a la iglesia en la que yo, sin darme cuenta, la asistí. Un día que me recogió en la escuela me preguntó si había algún jesuita que atendiera a los alumnos. Yo le di el nombre de quien era el guía espiritual de los niños de primaria, Justiniano Fernández Bandini. Me hizo llevarla con él. Alguna señal le habrá dirigido al sacerdote porque momentos después, interponiendo alguna excusa banal, este me pidió que los dejara solos. Luego me llamó de vuelta y nos despedimos de él. Por la tarde, el jesuita me dijo que sabía que mi padre estaba enfermo y que quería saludarlo. Pensé que se conocían. Sin yo sospechar nada, se lo dije a mi padre y, un par de días después, Fernández Bandini le hacía la visita en el Hospital Español. Tras algunos encuentros más, mi padre se confesó y, a partir de ese día, volvió a practicar todos los ritos de la religión católica.

¿Cómo conciliar en mi fuero interno esta otra contradicción? En este galimatías de creencias, convicciones y actitudes, no me quedó más remedio que elegir, bajo la guía de la necesidad y la intuición que la de la razón, una ruta diferente, un camino personal que sería el mío en adelante.

El ser humano nace y muere repetidas veces. Se puede decir que la vida está hecha de pequeñas vidas que retoñan, crecen, se esparcen y mueren, entrelazándose unas con otras. Con el paso del tiempo y al volver la vista atrás, como decía Machado, se ve el camino que nunca se volverá a pisar, y se cae en cuenta de que ha habido capítulos que en sí mismos podrían ser una vida.

Dos impulsos de distinta índole dan forma complementaria a la existencia humana. Uno es el proyecto vital, como lo llamaba Ortega y Gasset. Otro, la trayectoria histórica. El primero es la dirección que de manera consciente, racional e intencional nos trazamos las personas. Es una suma de aspiraciones, sueños y planes personales, producto de las acciones que llevamos a cabo para urdir el futuro, así como de las circunstancias propias y familiares. Resulta de la voluntad, el trabajo y las decisiones que vamos tomando. Busca la satisfacción y la autorrealización.

La trayectoria histórica, en cambio, es como una gran corriente en la que discurre el hilo del proyecto personal. Ortega y Gasset se refiere con esto al contexto general, a las fuerzas seculares que moldean la existencia individual. Esta trayectoria mayor incorpora factores históricos, culturales y sociales que ejercen una influencia y tienen un impacto en las personas, más allá de su control. Su materia son los cambios, movimientos y eventos colectivos que, como el desplazamiento de las capas tectónicas, ocurren a lo largo de mucho tiempo, afectando el curso de la sociedad y las personas.

La trayectoria histórica incide en nuestra existencia, trastoca el proyecto vital, muchas veces de manera imprevista, sin que lo esperemos y sin margen de maniobra. Sabemos que golpeará, pero no sabemos cuándo, como un temblor de tierra. Un suceso se presenta de manera imprevista y no podemos pararlo. La guerra, la tiranía, la sequía, las vacas flacas sorprenden y no hay otro remedio que enfrentarlas con las armas y herramientas que tenemos a la mano. Tal vez aún más que el proyecto personal, la trayectoria histórica da forma al conjunto del misterio de la existencia.

Yo me pregunto, ¿cómo se han alineado mis inclinaciones y mis aversiones, mi voluntad, mi razón y mis trabajos con el curso de la historia y la búsqueda de un sentido en la vida? ¿Qué efímero efecto han tenido mis esmeros bajo el peso descomunal de aquella gran corriente? ¿Qué rasguño he dejado en los tiempos, que proeza de pestaña, qué miligramo he vaciado en el portentoso silo? No pretendo responder, aunque sé la respuesta. Espero que este testimonio sirva para recordar los sueños y los actos personales sobre el fondo sin fondo de la historia.

Cada individuo tiene una visión por necesidad distinta de lo que ocurre en el mundo, no se diga en su esfera personal. Quiero reconocer la mía, inventariar sus señas particulares con la ilusión de que interesen o sirvan. Sé que no tendrán mucho de extraordinario. Pero sé también que el interés y la curiosidad de la persona por todo lo que le resulta de verdad ajeno son extraordinarios. Por eso esta serie de recuerdos, emociones e incidentes históricos, algunos de ellos vividos, otros atestiguados y escuchados, pueden importar a algunos, ser útiles para otros, menos como una indagación del fenómeno social que de la experiencia personal; terminan en el momento en que el proceso, mi proceso personal sufre un asalto significativo.

Un día los periodistas le preguntaron a Max Aub “¿Qué se sentía?”, en referencia a su caso, ya que era de raza judía, hijo de padres alemanes, nacido en Francia y trasladado de niño a Valencia, España. Ante tal cuestionamiento Aub respondió que: “Uno era de donde estudia el bachillerato” y, por lo tanto, al haberlo estudiado en Valencia, el escritor se consideraba valenciano y español.

Mi caso personal no fue el bachillerato, sino la universidad. Cuando ingresé a la Universidad Nacional Autónoma de México en 1965, mi proceso se aceleró; fue entonces cuando me asumí y me pensé como un integrante pleno de la Nación y de la cultura mexicanas.



María Celeste Castiglione Silva

Mención honorífica

IMÁGENES QUE VIAJAN, CARTAS Y FOTOS DE UNA FAMILIA ZAMORANA (1890-1960)

(Argentina)

A MODO DE INTRODUCCIÓN...¹

La historia comienza con un rebelde, ¿cuándo no? Su nombre es Juan Manuel de Anta y una rápida mirada por su cara nos remite a *El Greco*. La razón de su emigración estuvo vinculada a su acercamiento a grupos anarquistas y la necesidad de romper con el mandato familiar de enrolarse en la milicia española. Pero la proyección de la familia de Anta, comienza en Jambrina, Zamora, dio a luz a cinco hijos y de ellos vamos a contar su historia que reconstruimos por ser parte de la familia y por un gran conjunto de cartas y fotos que conservamos.

Las cartas viajaron conmigo cuando me casé en 1997 y fui de Avellaneda –un partido del conurbano de la Provincia de Buenos Aires– a otra ciudad a 40 kilómetros y de allí, las 35 cartas me acompañaron tres mudanzas más. Las fotos, por otro lado, me las apropié después de la muerte de mi madre en 2012 y los álbumes sumaron más de 200 fotos familiares que costó mucho volver a ver². Pero es importante destacar que el azar jugó un papel importante, aunque no definitorio, porque la temática migratoria es mi campo de estudio, y sabía que en algún momento las querría trabajar. Pero si me hubiera dedicado a cualquier otra cosa las fotos y las cartas podían haber tenido el destino que muchas otras fuentes y documentos personales tuvieron.

¹ La autora de este relato también participa en la modalidad de Epistolarios. Remitimos a esa sección las imágenes que corresponden a cartas familiares que presenta. Salvo que se indique lo contrario, todas las imágenes pertenecen al archivo personal de la autora. (N.E.)

² Para este relato hemos seleccionado solo algunas, y tanto las cartas como las fotos como las cartas quedarían a disposición de la Cátedra de Población, Vinculación y Desarrollo de la UNED de Zamora, ya que mi descendencia se dedica a otro campo científico. (N.A.)

Se tuvo que atravesar la pandemia y la imposibilidad de hacer trabajo de campo para recordarlas y que estas cartas fueran consideradas como una fuente y de allí, finalmente, abriéramos esa caja de fotos que fueron ilustrando y sumando información gracias a los que completaban con su letra explicaciones de quienes eran algunas de las caras que formaban parte de la esa rama de la familia. De allí salieron algunos escritos, más vinculados al género y las emociones (Castiglione, 2022 y 2023), pero la historia completa y de la otra rama de la familia, los Silva, no se había dicho nada. Para los hermanos que han quedado en España, hemos contactado con el Ayuntamiento de Jambrina, el Archivo Histórico Provincial de Zamora, gracias a contactos del Proyecto *L'Amérique sensible. Émotions et interactions sociales dans l'espace américain (XIX-XXI^e siècles)*, que aportaron material³.

Con respecto a los emigrados a Argentina, Juan Manuel y Ángel, el archivo familiar, las fuentes orales y numerosas consultas al Colegio del Salvador, donde ha trabajado el segundo nos permiten reconstruir parte de la trayectoria migratoria que han atravesado los hermanos.

Para poder adentrarnos en este universo que combina un abordaje desde el campo de las migraciones, la corriente de las emociones (ineludible por el carácter de las cartas y la implicancia del autor)⁴, en

³ Este proyecto es dirigido por María José Fernández Vicente (UBO-HCTI) *Amérique du sud*, Mariannick GUENNEC (UBS-HCTI) *Amérique centrale* y Jean-Marc SERME (UBO-HCTI) *Amérique du nord*.

⁴ El giro emocional y las migraciones ha sido revalorizado en los últimos años a través de valiosos estudios como los de Gonzalbo Aizpuru (2013), Núñez Seixas (2011), Arfuch (2013 y 2018), Barrera y Sierra (2020), Bjerg (2019 a y b). Con respecto a las fuentes personales como las cartas, fotos, postales, estampitas, recortes constituyen no solo son fuentes personales sino también objetos mediadores que complementan y aportan una mirada de las clases subalternas, las lógicas ocultas e incluso la subjetividad de las tomas de decisiones que subyacen. Las cartas, a veces dictadas, con un alfabetismo rudimentario, eruditas o como documentación son un acceso a la vida cotidiana y a los conflictos que brindan discursos y prácticas que permiten atribuir un acercamiento microsocial desbordando la monocausalidad de las trayectorias migratorias. El libro pionero es el de Thomas y Zanniecki con las cartas halladas de campesinos polacos migrantes en Estados Unidos a principios del siglo XX (2004) y a partir de allí se abrió un subcampo acerca de esta vertiente de información fundamental (Da Orden, 2010) que como señala Bouvet (2006) establece un contrato epistolar en donde lo que dice (y a pesar de que pase tiempo) que seguirá diciendo lo mismo cuando la carta llegue a destino y constituye una "escritura de la presencia" estableciendo un diálogo ficticio. Núñez Seixas y González Lopo (2011) establecen que la escritura de cartas ya ubica a los que escriben en un sector social privilegiado, aunque ya existía una democratización y habitualidad de este recurso (Martínez Martín, 2008). Asimismo, algunos estudios consideran que estaban cruzadas por el género (aunque en el caso que presentamos se da de manera diferente ya que 17 fueron escritas por mujeres y 13 por hombres). Otra característica es que no siempre son expresiones o muestras de sentimientos espontáneas, sino que poseen la dilación de un diálogo que se retoma o se deja perder en el recuerdo. Asimismo, hay una "forma" de realizarla

un escenario socio-histórico que atraviesa el período a estudiar y que hemos considerado, por su lógica interna, el lapso que desarrollaremos abarca de 1880 a 1960⁵ con la muerte de Juan Manuel, la columna vertebral de esta historia.

Asimismo, resulta provocadora y desafiante la propuesta de Despret (2021) que intercala una información más coloquial con respecto a un suceso (que en este caso asumirán las fotos o recortes de diarios de los protagonistas y sus cartas), y luego su análisis completa. Por esa razón y para adentrarnos en la historia de estos cinco hermanos seguiremos un orden cronológico.

Gran parte de los datos biográficos han sido reconstruidos por transmisión oral, las cartas, las fotos y postales que contienen fechas y algunos recortes de diarios que se han conservado. También contamos con los sobres que, en la letra de Juan Manuel, anotaba cuando había respondido cada carta y nos muestran el derrotero de las residencias de los remitentes.

Nos va a costar mucho salir del encuadre académico, y la verdad sea dicha: una bella tarde de febrero con dos colegas del proyecto me animaron a realizarlo y sobre todo a narrarlo como una historia, tal vez ficcional (eso no pude), pero sí atravesada por las emociones. Como señala Bergiato (2018), basta con levantar la mirada y veo en mi escritorio: una pesa que formó parte de una balanza que era de mi abuelo, (¡vale, hasta su anillo de casamiento tengo en mi dedo!) y un posavasos bordado de mi abuela. Pero hay mucho más, lo intangible, que conforma el hecho de que en estos días de un caluroso verano argentino, se vuelvan a desempolvar las fotos, se llame a lugares, se hagan consultas por Facebook para sumar otra pieza a este *puzle* familiar, que alguna vez el viento disgregó.

que indica un formato fijo (fecha, encabezamiento, firma) y se encuentra cargada de sobreentendidos (Castillo, 2002).

⁵ En 1876 se sanciona la ley sobre Inmigración y Colonización en Argentina, estableciendo las formas en la que se implementaría el ingreso de los migrantes, que se habían invitado en el mismo preámbulo de la Constitución Nacional de 1953, que dice “para todos los hombres del mundo que quieran habitar la República Argentina”. Sobre lo constitutivo de la migración en Argentina como un fenómeno axial hay innumerables trabajos de investigación siendo el libro de Devoto (2003) un texto que reúne el estado del arte hasta principios del siglo XXI, y a partir de allí el campo estalló en enfoques de gran riqueza. Podríamos referir especialistas para cada etapa, nacionalidad, o temática (migración y salud, educación, prensa, asociacionismo, participación política, inserción económica, pautas matrimoniales, género, asentamiento territorial, colonias e, incluso migración muerte y ritualidad funeraria, que es mi campo de estudios específico, por citar algunos). Su influencia atraviesa de manera transversal la historia argentina, y su volumen numérico llegó al 29,9% de la población total según el Censo de 1914, para ir descendiendo hasta hoy con un 4,2% de acuerdo al Censo 2022. Es coherente también cerrar la época allí porque descienden las migraciones europeas de posguerra.



Matrimonio de Anta, junto a su hijo mayor, consagrado. Circa 1905.

DE JAMBRINA, ZAMORA, FINES DEL SIGLO XIX

Cuenta la leyenda que la familia de Anta era muy tradicional y no se concebía la posibilidad de que los hijos, hombres y mayores, no siguieran la trayectoria delineada por la adscripción institucional, a la iglesia, el rey (a la milicia) y el tercero a una profesión liberal, si era pudiente o continuar con el campo o comercio familiar. Como hemos relatado al principio, sólo Esteban toma el camino indicado, mientras que Juan Manuel emigra a la Argentina y al poco tiempo lo hace su hermano Ángel. Creo recordar que lo vino a buscar, pero Argentina florecía en oportunidades para todos los oficios y profesiones ya que era un Estado en construcción y extensión territorial en constante expansión. De allí también parte Esteban a Estados Unidos en misión de su orden, los dos jóvenes aventureros (Benencia, 2011); y quedan en el lar familiar Fructuosa y Protasio.

ESTEBAN (1886-1957)

De Esteban buscamos información en la casa central de la orden *The Missionary Oblates of Mary Immaculate*⁶ que nos remitió a las iglesias en donde realizó su servicio en la Capilla de San Pedro de Manor, Texas, *St. Alphonsus Church* en 1949 y *Guadalupe Church*, Laredo Texas en febrero de 1952-1953, que al mismo tiempo nos aconsejaron remitirnos a la sede central de los Oblatos, sin conseguir ningún otro dato. Por años Esteban y Juan Manuel estuvieron separados, y afortunada-

⁶ Erigida canónicamente el 25 de enero de 1816, la comunidad de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada en Aix-en-Provence es la más antigua de la Congregación. Ubicada en el antiguo Carmelo, en el número 60 del cours Mirabeau, tuvo por primer superior a san Eugenio de Mazenod. La comunidad vive en el corazón histórico de los Oblatos, que es ahora la sede de la Casa de Fundación de los Misioneros Oblatos (M.F.M.O.) <https://www.omiworld.org/es/nuestro-carisma/casa-de-fundacion-de-los-misioneros-oblatos/>

⁷ El carisma oblato tiene como objetivo evangelizar, la vida en comunidad, la misión en lugares considerados difíciles y la vida "consagrada" para la ayuda de los pobres y los jóvenes, con el fin de llevar la alegría de La Palabra. <https://www.omiworld.org/es/lemma/la-lomita-texas-asentamiento-rancho-y-mision-en-texas-e-u/>

mente en sus cartas le relata partes de su vida.

En la segunda foto, que hemos recuperado se lo ve muy joven junto a un compañero, y en la parte posterior versa: “A mi hermano Juan Manuel, como recuerdo”, casi ilegible, aunque el estado de deterioro indica que ha estado, tal vez en un cuadro o portarretrato y “recortada”. Posee dos orificios que tal vez indiquen que estuvo en un álbum.



Esteban (izq.) junto a un compañero (1905).

La primera referencia que tenemos de su misión es de Manor Texas, donde celebra la Primera comunión. Allí se ve su imagen, rodeado de seis niñas, niños y un adolescente que recibieron la bendición. En un segundo plano se puede observar un grupo de afrodescendientes que no formaron parte de la puesta principal.

Como expresa en el reverso de la foto, de julio de 1916, atrás se encuentra el “automóvil capilla” y en el frente junto a la iglesia su propio automóvil.

Las relaciones familiares se perdieron por unos años, hasta que la hija de Ángel recupera el contacto en 1947 y los hermanos vuelven a intercambiar misivas incluyendo a Juan Manuel, porque Esteban y Fructuosa nunca habían dejado de hacerlo. No quisiéramos adelantarnos en la rica historia de la única hermana mujer, pero las historias se entrecruzan cuando una de sus hijas mayores, María Cruz, viaja a estudiar bajo el ala de su tío a Estados Unidos. De las cartas de esta joven contamos con muchas referencias de Esteban que la inscribe en uno de los mejores colegios del Estado de Texas para aprender inglés. Con las relaciones reanudadas y sostenidas desde Estados Unidos comenzaron a mandar pequeños objetos de regalo, como cruces, rosarios y estampitas; y parece que algunos dólares también.

La primera carta es muy reveladora de su vida y compromiso, con pinceladas de reproches, cariño y un ritmo por lo que hemos considerado presentarla completa por los detalles, en este diálogo entre dos hombres ya mayores que han emprendido sus propios caminos, en donde desde el logo hasta la pasada a máquina son aspectos destacados y meta textuales. El diálogo es ameno y los deseos de reencuentro se mencionan, después de muchos años y no omite contarle el derrotero de su trayectoria eclesiástica, que lo encuentra en San Antonio, pero el deber es más importante y se encuentra sometido a ello. Las referencias a María Cruz (hija de Fructuosa) como protegida, pero al mismo tiempo instrumentalmente mediadora, confluyeron en esta revinculación positiva. Ella dice de él:

“Tío Esteban está muy bien gracias a Dios; parece que los años no pasan por él. Es algo extraordinario los sermones que predica. Todos los Monseñores y demás personal lo felicitan. El día 22 de este predicó para la Bendición de un Vía Crucis, y el Monseñor le dijo a tío que el mundo había perdido al hacerse sacerdote. (sic) “un gran artista” “Un gran actor”. Hay que reconocer que tío es un gran orador. Y que hoy día hay muchos que se llaman oradores pero que no los son” (De María Cruz a Juan Manuel, 25 de noviembre de 1951).”

En la carta del 25 de febrero de 1952 ya se encuentra en un nuevo destino en Laredo, e inicia la carta con dos larguísima párrafos acerca de la cacería (principal actividad de Juan Manuel), de los tipos de codornices, de Estados Unidos y España, estableciendo una alianza acerca de lo que los une y evadiendo cualquier conflicto del pasado. Le cuenta que sólo se tomó unos seis días de vacaciones y visitó a María Cruz en su nuevo destino, para luego abrirse un poco a los detalles de su vida:

“Yo estoy muy bien de salud. (sic) a pesar del mucho trabajo que supone la Parroquia tan grande y pesada como esta. La que cuenta con más de 20.000 habitantes.

Ya llevamos desde el principio de año 47 entierros, 12 matrimonios y 85 bautismos; sin enumerar las Comuniones, confesiones y enfermos.

Somos nada más tres padres para servir a dos iglesias. Con seis misas todos los Domingos y días festivos. Yo digo dos misas y predico tres veces.

Yo tendría mucho gusto de ir a veros, pero no lo veo factible; somos religiosos y no nos dan permiso nada más que cada diez años. Si lo dan. Yo ya me estoy haciendo viejo. No en apariencia, pero en edad (nadie me da la edad que tengo). pero los años no se los quita nadie de encima. (De Esteban a Juan Manuel, 25 de febrero de 1952).”

Las apariencias son para esta familia algo muy importante, aún en estado de castidad como en el que se encuentra Esteban. La belleza de María Cruz y las ansias de juventud son trazos recurrentes y una línea temática.

Este recorte del diario, que envía (y se conserva), lo muestra circunspecto frente a la Virgen patrona de Portugal y su nombre al final evidencian el orgullo de su posición y su inserción comunitaria, ya que se toma la molestia de compartirlo a la familia en Argentina.

En cartas de María Cruz, también menciona los numerosos contactos que fue construyendo en Texas que llegan a posibilitarle grandes oportunidades, aun siendo mujer. Simbolizaba el prestigio de la familia que se proyectaba a partir de seguir el mandato.



Recortes de un diario. Circa 1952.

La última de las fotos que tenemos de él, ya mayor, lo muestra junto a un grupo de colaboradoras, entre las que se encuentra María Cruz, a su lado. Lamentablemente no hay referencias de la fecha, pero él es centro del recuerdo, que con gesto serio asume lo que la Iglesia y su orden consideran en los tórridos veranos de Texas, y anunciando: "Yo estoy bien...aunque no sé cómo puede uno estar bien con este calor tremendo que hemos tenido este Verano, ha sido algo no visto en mucho tiempo, debido a que no ha llovido hace dos meses... y más." (De Esteban a Juan Manuel, 8 de agosto de 1953). Y antes de la firma de propia mano "Tu hermano que te quiere".

Las otras cartas que envía son para contar el día de la llegada de María Cruz, que pasaría un mes con ellos en Avellaneda, repartiéndose entre las dos casas, para conocer a la familia de Juan Manuel como a la de Ángel, que reside a menos de 1 km. En la segunda carta reclama un poco de atención, pero entiende que están paseando:

"Ayer mismo le escribí a María Cruz diciéndoles que me extrañaba que no respondiera a mis cartas, que han sido numerosas...y que espero que no se hayan perdido; ahora tengo la explicación en tu carta...la razón me la suponía yo...y era que, como anda tan ocupada visitando los lugares de interés en esa Gran ciudad...no se



Esteban (centro), María Cruz (sentada a su lado) y colaboradoras de la iglesia.

han dado tiempo para responder. Me alegro que así sea y no que haya estado enferma (De Esteban a Juan Manuel, 8 de agosto de 1953).”.

Las referencias a la salud son la fórmula usual de todas las cartas entre todos los hermanos, que ya no se volverán a reunir.

JUAN MANUEL (1889-1961). LA CASA Y LA CAZA

La figura de Juan Manuel fue una presencia constante a lo largo de toda mi niñez, tanto por las menciones cariñosas de su hija Irma (mi abuela), como de su nieta Marisa (mi madre). Ambas compitieron por su amor, incluso ya muerto, y por “aparentes” frases que habían quedado en sus memorias. Tal vez allí empezó a forjarse esa amarga distancia que acarrearón durante todo el resto de los años. Las ediciones de los trazos de su vida y los momentos en que cada una lo compartió, poseen la impronta de los otros protagonistas que empezaron a formar parte de esa historia.

Empezaremos por el principio y aunque en el archivo del Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos (CEMLA) no hay registros de él, una razón puede estar vinculada a su huida de Zamora, debido a que su filiación filo anarquista, lo llevara a desertar del ejército a los 16 años. La familia de Anta se enorgullecía de tener a la educación como un factor de ascenso social de manera que, en la infancia de los tres hermanos mayores, Esteban, Juan Manuel y Ángel cursaron sus estudios en un colegio religioso de las cercanías de Jambrina.

El clima de emigración y la Argentina como un destino posible lo llevaron a un barco que lo dejó en Buenos Aires y las oportunidades de trabajo y loteos de tierra baratos lo llevaron al partido de Avellaneda, antes llamado “Barracas al Sud” hasta 1904. Este partido limita con la ciudad autónoma de Buenos Aires (en adelante CABA), y comenzaba a mostrar, debido a la cercanía del puerto, un espacio de gran dinamismo a partir del siglo XX. No había continuidad territorial debido a un río que separa la provincia de la ciudad capital (CABA) y el puente que fue rápidamente solucionado en 1855 y con refacciones que solucionaban su precariedad, pero que permitieron que uno de los caminos hacia el sur pasara por allí. Tal era su importancia que en 1865 el Ferrocarril del Sud instaló su primera estación del ramal y sucesivos frigoríficos situaron su faenado arrojando los desechos a ese cauce de agua (Miguez, 2003; Salessi, 1995; Paiva, 2015). Así eran las cosas en esos tiempos... El frigorífico “La Negra” fue uno de los más famosos y contaba hasta con su propio recetario, convocando a cientos de trabajadores a ese espacio inmenso, cuya estructura se ve hasta hoy cuando se cruza el puente. También hay molinos y fábrica de fósforos que empleaban a mujeres, así como pequeños y ascendentes comercios.

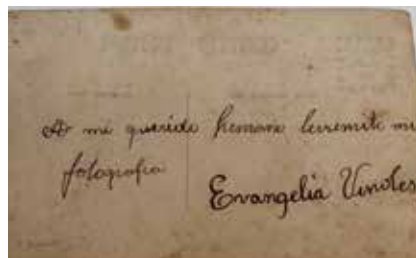
Se instaló la usina de gas *The South Barracas & Coke*, que proveyó al alumbrado público y luego del servicio de aguas corrientes y en 1902 la Compañía Alemana Transatlántica de Electricidad se unió a la *Cía. Cassels* ampliando el servicio. En 1889 el puerto de *Dock Sud* (se llama así hasta ahora), tanto por sus obras de construcción como por los puestos de trabajo que habilitó, hizo de esa región un constante ir y venir de trabajadores que requirieron de nuevos loteos en las cercanías para acortar desplazamientos. Como hemos anticipado, atraviesa este territorio el Camino del Sud, hoy devenida en la gran Avenida Mitre, donde los carros transportaban todo tipo de enseres y mercaderías. De acuerdo al censo de 1895 había 10.185 habitantes y en 1914, 68.745. Para el año donde se reanudan las cartas entre los hermanos en 1947, también se implementa, después de treinta años se reanuda el censo que arroja una población total de 42.573 extranjeros y 32.264 extranjeras, estableciéndose una relativa paridad entre ambos sexos, evidenciando una conformación más del tipo familiar que golondrina. También posee una costa, muy bellas, pero bastante inaccesible, en donde se cosechó un tipo de uva que hace un vino peculiar típico de la zona.

A 4 kilómetros de puente y cercano al camino se instaló Juan Manuel con su primera esposa, de la cual desconocemos su nombre, y tuvieron una hija que se llamó Esther. Las condiciones de vida en este espacio casi rural o alguna enfermedad, no lo sabemos, lo dejaron viudo, pero rápidamente volvió a encontrar el amor en una joven, casi analfabeta Evangelina Vignoles, que provenía de Guleguay, Entre Ríos. Como evidencian las numerosas fotos, Juan Manuel estaba subyugado con su belleza que tenía un pequeño porcentaje de sangre de los pueblos originarios y ambos protagonizaron numerosas sesiones de fotos en variadas poses y escenarios como era la moda. De esa unión nació Irma de Anta (mi abuela) que amó a su madre con gran devoción.

Las tarjetas postales, salían impresas en las mismas casas de fotografía, listas para pegar una estampilla y ser enviadas. En la primera se observa a Evangelina frente a un diario, simulando leer con una sonrisa que denota la frescura de su juventud, mientras que en la segunda, se encuentran circunspectos. El contraste de la grafía se hace evidente en la segunda postal, que tiene hasta los renglones en un fino lápiz que guía su



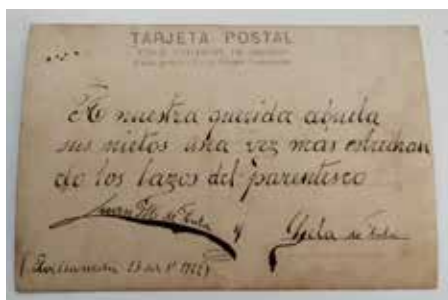
Foto postal de Evangelina Vignoles y b) reverso. *Circa* 1920.



"A mi querido hermano le remito mi fotografía. Evangelina Vignoles (*sic*)".



El matrimonio de Anta posando para enviar a la familia, de luto y b) reverso. "A nuestra querida abuela sus nietos una vez más estrechando los lazos del parentesco". Juan M. de Anta y Gela de Anta. Avellaneda, 13 del 1º 1922.



escritura, tanto en la parte inferior como en la superior, que evidencia su formación educativa. Allí, cariñosamente firma "Gela", aunque evidentemente esta no fue mandada a destino o tal vez se hacían borradores y se enviaba la mejor. Se observa un fondo con una columna oscura, el gesto adusto y ropas de luto y con la típica pose de lectura del diario que los encuentra sorprendidos. Esta "familia ensamblada" enviaba sus fotos realizadas en estudio y

conservamos otras copias guardadas en pequeñas carpetitas con un papel de calcar con una delicada trama.

Su felicidad fue corta porque cuando Irma tenía 7 años, en 1928, Evangelina muere, y la obligan a besarla en el cajón y del impacto se desvanece, siendo esta una de las historias recurrentes de su infancia. Irma queda a cuidado de su padre y su hermanastra, haciendo unos pocos años de la escuela primaria y ni bien se hace señorita es empleada en una fábrica de medias a un kilómetro de su casa, a la vera de unas vías entrando a la madrugada, a la que llegaba congelada y aterrada. Ahora bien, nunca culpó a su padre que sostenía esa casa sólo con el oficio de cazador y su espíritu bohemio de absoluta renuncia a las posesiones materiales o la idea de tener un jefe al cual obedecer.

Siempre en primer plano, como buen narcisista, las fotos siempre lo encuentran en el centro, y hay muchas más, rodeado de perros y presas, con una media sonrisa, él se encuentra en su medio. El ocio también estaba a la orden del día en las costas de Quilmes, en donde sacó toda una serie de familias y niños divirtiéndose, de las que hemos seleccionado una, junto a su hermano. ¿Felices? ¿Liberados, lejos de la sociedad de origen y la rigidez familiar y de la guerra civil?

Los mandatos de la época y la soltería de una joven amiga de la familia en Moraleja del Vino, lindante con Jambrina hicieron que atravesara el Atlántico, Patrocinio, una mujer que estaba quedando "para vestir santos" y podría ayudar a criar a Irma.

No hubo tantas fotos como con Evangelina, pero alguna de ellas se conserva de esta mujer madura, que no tuvo descendencia y que llevó con economía férrea la vida cotidiana, destinando un día para cada comida.



Juan Manuel cazando (en el centro, con gorro y sacón).

Parece que los flanes de los jueves eran esperados, trayendo los sabores de la madre patria y adaptándolos con los materiales que tenía. Yo la recuerdo en el extremo izquierdo de la amplia cocina, con una hornalla y un horno económico enlozado en color celeste. En el otro costado cocinaba Irma para otra

familia, con otros horarios.

La relación con Irma no prosperó, ella quería a su padre sólo para ella y esta intrusa “trasplantada”, ya tenía las ideas arraigadas y se sumió en el espacio del *oikos*, con batones y delantales que se enganchaba con alfileres de gancho y gesto amargo. Ya profundizaremos sobre ella.

LA CASA

La casa fue una gran protagonista de la historia que atraviesa la familia. Fue el escenario en donde Juan Manuel guardaba sus armas, sus perros y todo tipo de animales que adoptaba y que quedaron retratadas en numerosas fotos: mapaches, coatíes, perros, gatos, pájaros, palomas quedaron retratados en series en donde estudiaba las luces y las sombras, que luego desplegó también con Irma, niños del barrio y hasta muñecos en sillones.

Estos retratos del frente de la casa ponen en evidencia ese jardín amplio con frutales, pajareras y jaulas que penden del techo y que se acumulan en límites difusos hasta que luego construyen sus casas otros gallegos a la izquierda y un matrimonio de yugoeslavos, cuya mujer ofició de cuasi madre de Irma y le enseñó a cocinar, coser y todo tipo de tareas hogareñas que se englobaban bajo “economía familiar”. La actitud desafiante de Irma, y su corte de pelo tipo “paje” era una constante frente al mundo y quedó retratada en numerosas fotos, donde no faltaban los perros de trabajo y de todo tipo, gallinas y fondos de madera y chapas, que para Juan Manuel representaban su libertad.

Esta suerte de rancho-zoológico filoanarquista tenía un subsuelo con un alambique donde se destilaban licores. Y el techo a dos aguas que se observa después fue un altillo que se fue llenando de libros, un escritorio con tapa, configurando un reducto donde también se guardaban las armas: era un mundo masculino que permaneció hasta hace poco tiempo. Él se consideraba un intelectual, que sabía más que todos los otros cazadores con los que se ganaba la vida en los campos

de Quilmes y la costa. Su contrafigura inmediata era su hermano Ángel y luego, el resto de la familia: él contra el mundo, sin asociarse a ninguna institución ni entramado social, nihilista y egocéntrico arrastró al resto de la familia a esa casa excéntrica y fronteriza.

Pero en 1946, Irma concurre a un baile y conoce a un joven marino que trabajaba en la Flota Fluvial del Estado Argentino, hoy inexistente. Ella hace que se olvida o “se le cae” un pañuelo, para que el próximo sábado él se acerque a devolvérselo. Este joven que se hacía llamar Rudy, nacido en Lalín, La Coruña, pero naturalizado argentino para poder trabajar en el Estado, era un buen “partido”. Era el segundo de siete hermanos y sobre ellos hablaremos un poco más adelante. Casi como en el hermoso libro “Papaíto piernas largas” de Jean Webster compuesto por cartas que contenían ilustraciones de la autora, hicimos un plano de cómo quedó conformada la casa a partir de la primera reforma y la segunda, con fondos que vinieron de varios lugares, como contaremos en el próximo punto, se hizo el primer dormitorio que daba al jardín. El famoso “altillo” estaba sobre el dormitorio principal (que también tenía un sótano de un metro de profundidad), el segundo dormitorio, el baño y la cocina. El cementerio era para los animales.

El empleo estable y unos adelantos de herencia hicieron de la casa un espacio donde el joven matrimonio fue a vivir y ya asumió la forma en donde yo viví todos los fines de semana de mi niñez y de los 14 a los 24 años. Era la típica “casa chorizo”, así llamada porque se iban anexando, concatenadas, las diversas habitaciones, que daban a un patio que era el común denominador y tenían tanto un frente con árboles como un fondo con frutales, gallinas, conejos y una huerta. También podían tener un espacio de taller o de servicio cuando venían familiares o peones, de acuerdo al crecimiento. Muchas de estas casas compraban terrenos linderos y ponían galpones o trabajaban: al lado de esta casa estaban los Druzina, yugoeslavos que trabajaban en madera y después de la caída del sol era mejor no pedir ni un huevo porque el severo alcoholismo del patriarca era proverbial, y atrás los tanos que traían vino en damajuana y vendían en el barrio.

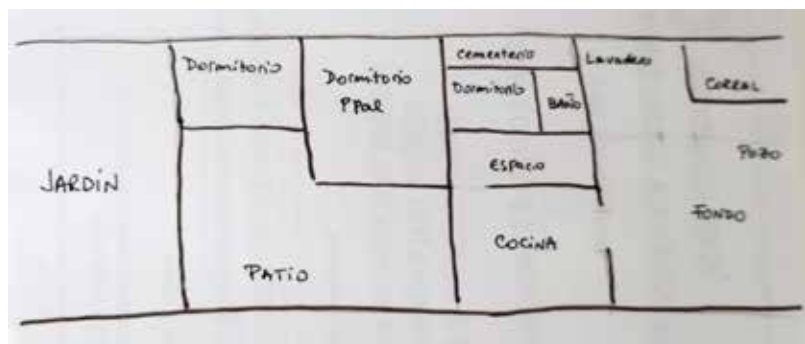
PATROCINIO, LA TERCERA ES LA VENCIDA...

La primera carta de este conjunto fue del padre de Patrocinio, del 24 de noviembre de 1946, dirigida a su hija, como respuesta a una foto enviada:

“la foto en la que recibí (sic) una alegría tan grande que mi vida ha tenido más grande (inteligible) ese grupo tan her-



Irma posando en la casa.
Circa 1930.



Plano a “mano alzada” de la casa, realizado por la autora.

moso y tan grande de Rosas y Claveles me quede emocionado y (inteligible) donde estaba sabéis que estuve dos meses en cama bastante grave y fue el motivo de no contestar como me encuentro menos mal pero tan pesado que no puedo salir de casa así que me estoy con mi sirvienta y así pasamos la vida no dejéis la amistad de vuestros hermanos y sobrinos que es la alegría para mi más grande no saben los besos y abrazos que les doy muchos días en la foto, no puedo escribir más, se me mancha la cabeza le daréis un millón de besos y abrazos a vuestros hermanos y sobrinos en mi nombre y vosotros Recibir Juan Manuel y Patro un millón de besos y (inteligible ¿abrazos?) de vuestro Padre Federico Delgado”

Aquí, se desliza un conflicto que tendrá hasta un desenlace legal, porque la “sirvienta” es protagonista de una línea muy importante en lo que se vincula a las trayectorias migratorias y cómo impacta en el sujeto, así como las implicancias y costos emocionales que tiene para él (Bjerg, 2019). La gran diferencia entre lo que se proyecta y lo que efectivamente sucede con la llegada del migrante a ese contexto descrito de manera fragmentaria o, incluso, inventada, hace que la promesa de una vuelta dinámica o un retorno se dilate en el tiempo o sea imposible. Nunca sabremos con qué promesas vino Patrocinio, pero el resultado fue el de una mujer que prácticamente no salió de esa casa mientras su padre era, a vistas de todos, estafado y su patrimonio dilapidado.

La hermana de Juan Manuel alerta un año después sobre esta situación: “Yo supe hace muy pocos días que el padre de Patrocinio esta ya muy viejecito, pero tiene con él una buena hembra que a toda costa quiere que le deje a ella la casa donde vive y él dice que no puede pues es de su hija y su nieta yo creo que se ha casado con ella.” (De Fructuosa a Juan Manuel, 20 de diciembre de 1947).

A pesar de que el tono despectivo de Fructuosa, frente a otras mujeres es recurrente, de hecho, animaliza a la compañera de llaman-

dola “hembra”, como mujer con experiencia y dotada de cualidades “modernas” en donde, como veremos, ella hace “de todo”, habla con desconfianza de la situación que atraviesa la familia Delgado. La legalización del vínculo y, además, sospecho, la ignorancia de Patrocinio de este fragmento de la carta, devela el secreto en 1949, cuando acusa recibo de una participación del enlace de la hija mayor de Juan Manuel, Esther. Esta era una costumbre habitual: la de participar de los eventos familiares, aun sabiendo que no se podía concurrir, así como también la de las fotos de los fallecidos, que constituían a principios de siglo parte de la documentación o acta de defunción al otro lado del océano.

En esta misiva deja claro:

“Esta que escribe es mi esposa (inteligible) y familia (inteligible) le desea a Vs. mas que tenga mucha dicha y felicidad en su matrimonio y Dios le de un buen marido y mejor padre.

Le dará Vs. Muchos recuerdos de sus tíos y primos y a su papá y mama política y a su prometido todo lo que Us. Desea y muchos besos para todos Us. De estos que les quieres mucho y no les olvidaran y los recuerdan con cariño.

Federico Delgado y Antonia de Delgado.”

La firma de ambos bajo el mismo apellido certifica las sospechas y pone al descubierto el conflicto que es tomado por un abogado de Casaseca de las Chanas. De una forma indirecta, el letrado le dirige, a través de una carta mecanografiada, tomando la voz de Antonia y ordena el relato a favor de ella:

“Distinguida señora: Lamento tener que dirigirme a V. en circunstancia tan lamentable cual es la presente, ya que, sabe que me uní en matrimonio a su padre, al que estimé mucho.

Después de una pequeña enfermedad, y dada su avanzada edad, que ya la ciencia médica no pudo prever, falleció el pasado día 24 de mayo.”

De esta manera Patrocinio se enteraba, quizá por primera vez, que su padre se había casado nuevamente y que los bienes y su herencia eran reclamadas en el párrafo siguiente por una desconocida:

“Conoce dejó a algunos bienes que sabe V. en mi deseo a resolver esta cuestión de la mejor forma posible, que, como hija del mismo, tiene su parte o porción, sin embargo es lógico que en tanto V. no ordene otra cosa en relación con la parte o legítima que le toca que mi posición ha de ser encaminada a resolver de la mejor manera posible, y amigablemente, esta cuestión.

A este aspecto se precisa que proceda V. a dar poder notarial en ésa a favor de D. VIRGINIO GARCIA GAGO, Abogado, residente en Zamora, calle de San Torcuato.

Puede V. dar instrucciones concretas sobre la forma en que haya de destinarse los bienes vendidos, siempre que para ello desee V. venderlo, y como no desconocerá que aporté al matrimonio bienes de cuya aportación existen los oportunos justificantes, aparte de mi condición de viuda, que me señala el vigente Código Civil la cuota viudal usufructuaria, confío ordene en que forma he de reponerme de dicha suma, o bien, si es que desea vender las propiedades dejadas por su fallecido padre y esposo, mío. (Antonia García a Patrocinio, 22 de junio de 1950)".

Así sigue un poco más, dejando en claro su posición, apelando a normativa y deber moral, que resultan en una actitud "pasivo-agresiva" que el abogado encausa y pone en claro. ¿Qué hace Patrocinio? Seguramente le mostró la carta a Juan Manuel y le habrán compartido la misiva a Ángel, que era quien tenía mayores contactos o podía consultar al consulado o amigos con una palabra legitimada.

Uno de los primeros consejos que recibió fue que le escribiera a un familiar cercano y eso hace con su prima en una carta que escribe el 8 de septiembre, pero su respuesta, que le comunica que todo se había (mal) vendido, a las apuradas y que no haga nada, excepto buscar algún "documento" que apoye su postura. Se evidencia que, en esos años, la firma de un poder con unos testigos hubiera bastado, pero nada de ello se había hecho.

La próxima noticia es la carta de una prima, Rosario, del 24 de septiembre de 1950, que vale la pena poner completa y permiten completar un poco la desgraciada historia de Patrocinio. La desgarradora nota final por su descriptiva crudeza, provoca en el lector una imagen difícil de borrar y que contradice los relatado por Antonia en un rol de compañera y enfermera amorosa hasta el último minuto.

Mucho hemos recorrido en el estudio de las emociones en las décadas recientes que dan cuenta de la complejidad de los vínculos, las contradicciones que hasta hace muy poco no eran reconocidas o explicitadas y de acuerdo a lo antedicho, pensar que esta mujer no quería a su padre era imposible. De todas formas, lo que sucede a la distancia la posiciona en un lugar del cual no puede moverse ya. Hemos estudiado casos de personas que viajaban e inventaban excusas para prolongar la estadía y jamás volver aprovechando para huir de relaciones y contextos, como creemos que hicieron Juan Manuel y Ángel. Pero en este caso, esta mujer madura, que por redes familiares es enviada a la Argentina para ayudar a criar a Irma, Esther y asistir al viudo que viene de una "buena familia", se encuentra con un escenario de una casa casi rural, llena de animales, una niña traumada y dolida que no la quiere y un marido excéntrico.



Patrocinio con la autora. *Circa* 1977.

Con esta carta de su prima, la desvalidez normativa y la pobreza que la rodeaba, viajar, retornar, presentarse al abogado, ya no era una opción, su casi analfabetismo la dejan anclada en esa cocina, hasta su muerte a mediados de 1970. La relación con Irma fue siempre hosca, sin embargo, pudo ser una figura amorosa en el recuerdo de su hija María Isabel (o Marisa o Maribel, mi madre) como se refieren a ella en sus cartas, siempre a un costado, en su propia cocina, con el recuerdo de sus económicas y deliciosas comidas. Pero la “abuela viejita” como yo la conocí, generaba un temor reverencial, acostada o sentada en un rincón, con el batón y un delantal imponía su presencia y en sus últimos años le contestaba a la TV, casi como un oráculo, de las “pavadas” que decía.

ÁNGEL, EL PROFESOR

No se sabe si Ángel siguió a Juan Manuel o lo vino a buscar y consiguió trabajo en el colegio jesuita Del Salvador, pero el resultado fue una vida con un empleo estable, una mujer llamada Ida y dos hijos, Elvirita y Angelito, hasta su jubilación en 1949.⁷

La familia “nuclear”, residió a un kilómetro de Juan Manuel, en un límite interno que había al interior del Avellaneda, llamado “el viaducto de Sarandí”, donde se había abierto otra estación del otro ramal del Ferrocarril del Sur vía la ciudad de La Plata, capital provincial. Esta proximidad territorial también era afectiva: Elvirita fue muy protectora de Irma desde su orfandad materna y acompañó en lo que pudo en el sostenimiento de la educación de su prima, pero la personalidad de Juan Manuel era de temer en cuanto a “no necesitar nada de nadie”. Pero fue un modelo a seguir, y siempre estuvo cerca de la familia, especialmente a partir de su jubilación como directora de la Escuela Normal Superior de Señoritas Normal N°5 de Barracas, donde asistió la hija de Irma, mi madre de la que fue su amorosa madrina y quien escribe.

Todavía hay libros que marcan su presencia constante para cumpleaños, especialmente de la colección Robin Hood, en donde su excelente caligrafía de maestra le dedicaba junto a un comentario de amoroso: “de tu madrina, Elvirita”. Fue una presencia muy nutricia para todas las mujeres de la familia, incluyéndome.

Elvirita fue muy longeva e ir a su casa tenía un perfume especial. Sus últimos años los vivió junto a Marga, una joven que vino del interior en esas habituales migraciones internas laborales, con una enfermedad cutánea que le dejó la cara marcada de por vida y Marta, una amiga

⁷ Hemos contactado diferentes departamentos del ex Colegio del Salvador, hoy devenida en una importante universidad privada, pero las fusiones y la diversidad departamental hicieron imposible encontrar su legajo.

especialista en letras, que tenía su estudio en el piso superior a pesar de una discapacidad en su pierna y “gobernaba” la casa. Estas tres mujeres convivieron muchos años en esa casa bajo las vías y a la que se concurría a “tomar el té” los domingos, rodeadas de gatos y perros que adoptaban de la calle.

No hay buenas fotos de esta casa, que era la continuidad intelectual y burguesa de esa rama familiar, donde los libros desbordaban en un “salón comedor”, un cristalero y bella porcelana, de la que ha quedado esta de ambas familias reunidas.

La casa parece pequeña, pero no lo era tanto, o por lo menos, la recuerdo como un castillo: el estudio en el piso superior era amplio, y la ventana que se observa a la derecha de la puerta es la que está en el fondo de la imagen XX, con Ángel muy oscuro, pero en la cabecera de la mesa. A la entrada tenía un recibidor (para dejar los paraguas y abrigos), con una puerta con un *vitreaux* en la parte superior de la puerta interna. Las dos ventanas a la izquierda de la puerta eran de un rincón de lectura, con sillones y una luz y un pequeño altar, dado que esta rama de la familia era muy devota. Las otras dos ventanas eran de habitaciones y tenía un sector de servicio, en el fondo, con una puerta pequeña que daba a un patio y que ahora está pintado de blanco en la foto.



Los hijos de Ángel: Elvirita y Angelito. 1915. En el reverso: “A su querida mama como recuerdo”.

FRUCTUOSA

Fructuosa, la cuarta de los hermanos de Anta, quedó en el lar familiar, crio ocho hijos y luego quedó viuda de Nazario Garrote. Será la hija de Ángel, Elvirita quien escribe y revincula a la red familiar, que empieza con mucho entusiasmo y una naturalidad en la escritura que denota confianza, a su hermano que pasó en esos años que quedó perdieron contacto. Allí le cuenta que ha quedado viuda y “solo dos varones, el mayor lleva el nombre de nuestro querido padre (qepd) y el pequeño se llama como su padre pero le llamamos Nazaridre, tiene 14 años y el mayor 21” (De Fructuosa a Juan Manuel, 20 de diciembre de 1947). Allí recuerda que en diciembre fue su cumpleaños y desea salud para la familia y reclama fotos de la nueva nietecita, la hija de Irma, María Isabel, nacida el 20 de noviembre de 1947 (mi madre). Un mes después

reanudan el contacto porque Juan Manuel le responde y en esta carta cargada de un relato denso y significativo, le expresa:

“No puedes imaginarte la alegría que nos dio a todos y debo decirte que quiero me disculpes al no contestarte tan pronto como tu lo hiciste, mas tu recordaras que este es el tiempo de la matanza o mondongo como se dice por aca y cuando llego tu carta yo estaba en casa de nuestro primo Zacarias de matanza pues como sabes esta viudo y aunque tiene una criada es muy viejecita y soy yo la que todos los años le arreglo el mondongo pues no todas lo hacen bien y además que el me considera como si fuese una hermana y yo a el lo mismo en esta labor se pasaron tres días y después tuve que hacer los mismo en mi casa y esta fue la causa de la demora (...).¿Cómo llegaste a pensar que porque heras el más pobre de todos no quisieran escribirte? Las riquezas no son motivo de olvidar los lazos que una la sangre y si tu Te creías pobre yo con mi gran carga familiar con mi situación de viuda con todos los trastornos que nuestra guerra de liberación dejo tras de si no vivo nada desahogada ¡todo cuesta tanto! En fin lo principal es tener salud y por ahora todos gozamos de ese beneficio. Me dices que tu diversión es la caza no me extraña puesto que desde chico tenías esa afición ¿y los pájaros ya no te gustan?(...)”

Antes de terminar este recibo tu segunda carta del 12 y con ellas las fotografías que mucho nos alegraron al como esta Esther de bonita o linda como dirán en esa no representa la edad que verdaderamente tiene pues me creo que caminara por los 34 pero se conoce que se hace la chiquita y los años pasan y la dejan todos los que la ven le dan de 22 a 24 años sin embargo tu estas muy viejo y muy moreno se conoce que de los aires del cazadero y bien se ve que haces buen tirador pues aprovechas el tiempo, ya es cobrar piezas en dos horas. Me dices que ahí la vida es monótona y te diré que yo hago vida casi monjil no salgo de mi casa mas que los días que tenemos misa pues te diré que como desde la guerra escasean los sacerdotes por que entonces asesinaron a muchos los rojos, en este pueblo el que teníamos murió de viejo el pasado y regenta esta parroquia el de Peleas y por esta causa no tenemos misa diaria así que en casa no me falta que hacer pues has de saber que cierto y confecciono ropas de encargo pero ya mi vista se cansa y mis hijas no quieren que cosa para nadie en esta labor ellas me ayudan y cuando no coso mi mayor distracción es leer mucho, mucho casi es vicio el que tengo me quedo muchas noches hasta pasada las doce. Yo quisiera contarte muchas cosas del pueblo pero va para otra pues esta ya es demasiado extensa.”

Esta carta resulta sumamente significativa por la cantidad de dimensiones que atraviesa: ella se constituye (sin quererlo, me atrevo a decir) en una mujer “moderna”, capaz de cumplir con una amplia coloratura de roles: no solo como madre, pues aún tiene hijos pequeños, sino también ayudando al primo con la matanza de animales, que requiere de rapidez en la faena, para luego hacerla en su propia casa.

Evidentemente en una frase compleja y cargada de implicancias del pasado le responde a Juan Manuel, que como piensa, que porque es el más pobre la familia le daría la espalda, en una actitud que hoy diríamos como pasivo-agresiva, que ella contesta y no deja pasar. Pero al mismo tiempo replica igualando posiciones, dado que ella es ahora la jefa de la familia. Cose para afuera, ayuda a la familia, aunque lleva una vida casi “monjil” y el único “vicio” es la lectura, lo cual indica y reafirma que la familia de Anta tenía a la educación como un factor de ascenso social, que se reproduce en una región aun bastante rural (especialmente viñedos, como nos han relatado) y hasta las mujeres tenían acceso a la misma.

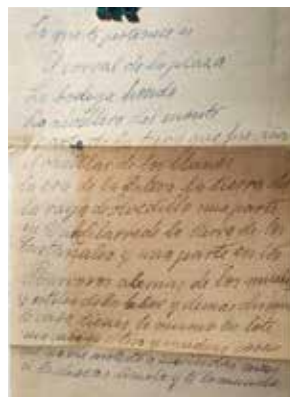
Allí revaloriza la sangre y los lazos, pero también que ella tiene una carga adicional por su condición de viuda, a lo que se suma la “guerra de liberación” y sus consecuencias que aún las sufre. Otra referencia política la realiza a partir de su asistencia a la iglesia y padece la escasez de curas asesinados por ser rojos (comunistas). Pero su rol dentro de la aldea es activo y le cuenta:

“te diré que este año mis hijas fueron las Mayordomas de La Purísima nuestra amada Patrona y por tanto en ese día mi pensamiento voló hasta vosotros que bien quisiera que en ese día mis queridos hermanos me hubiesen acompañado; el único que me hace las veces de hermano es Zacarías y como tal se porta yo por mi parte también hago lo que puedo por él. ¡Es tan bueno! (De Fructuosa a Juan Manuel, 7 de enero de 1950)”.

La memoria es recuperada, creando un vínculo a la distancia y preguntándole sobre si seguía cazando como diversión, que él posee desde niño, creando un recuerdo compartido. Luego le dice “¿y los pájaros?”, donde se pone en evidencia que las fotos de la casa-zoológico no le habían llegado.

Otro comentario, que luego seguirá en las cartas de su hija María Cruz, es la referencia a la edad y la belleza de Esther (la hija mayor de Juan Manuel), que aparentemente es una preocupación en las mujeres de la familia. En una carta de 1948, le cuenta el entramado social del pueblo y hace alusión a personas conocidas por ambos y le responde con quien se casaron sus hijas en virtud de una pregunta que él formuló en una carta anterior y le cuenta en confianza:

“En una nota aparte te diré lo que te pertenece y pues que quieres saber de quien son hijos mis yernos te diré que el de la mayor es hijo de Antonio Capos hermano de nuestra cuñada Teodosia y de Transito que es la de la foto que te mande es hijo de Gaspar Merdran esta boda no fue muy de mi agrado pero hoy veo con satisfacción que ellos se quieren y



Lista de pertenencias materiales de Juan Manuel en Jambrina.

viven bien es muy trabajador (...) ayer mismo hable con Ángela y me encargo mucho te mandase sus recuerdos ella esta muy joven y guapa vale mas que sus hijas (...) Pedro el de Mariano no esta mal pero mejor estuviera si tuviese otra mujer tu sabes con quien se caso Claudia Cabrero. Los ricos del pueblo son La Andrea Cazzurrina viuda de cuyas tierras nuestro padre labro muchos años (...) alguno mas que se defienden regularmente pero ricos no los hay pues los capitales se dividen entre hermanos y cada vez van a menos. (De Fructuosa a Juan Manuel, 16 de mayo de 1948)".

Fructuosa es tajante con sus juicios sobre las mujeres y más clemente con los hombres. De hecho, en varias cartas le reclama que le escribas más y si él no puede, pues, ¡que lo hagan sus hijas! Al comienzo del fragmento previo le dice "En una nota aparte te diré lo que te pertenece (...)" y es la que ponemos a continuación y que origina una de las líneas de comunicación entre ellos: la parte de la herencia que le corresponde.

De acuerdo a lo referido por un colega, estas listas forman parte de una sociolingüística histórica que trae una voz del pasado al presente, donde se pueden estudiar, en pequeños detalles, aspectos específicos. Los problemas no terminan allí, aunque algo de dinero fue diferido y eso llevó a la reforma de la casa de Avellaneda, porque Fructuosa quiere dejar las cuentas claras, pero Juan Manuel no quiere subirse a un bus e ir al Consulado o a preguntar a la Asociación Española de Socorros Mutuos de Avellaneda, una de las más grandes y activas que podría haber asesorado al respecto. Por eso, y sin crear mayores conflictos ya que ella sólo reclama cartas y continuidad en las mismas, no lo hace con la documentación, solo lo trata de resolver. Le pide ayuda a una nueva protagonista de esta historia, María Cruz, su hija, explicando los trámites que debe realizar, que casi un mes antes le dice:

"Ya sabía que mi madre quería hacer ese cambio del corral por la tierra, pero Vd. sabe los trámites que hay que hacer para estas cosas. Yo creo que lo que necesita mi madre es un poder legalizado; si Ud. no puede ir al Consulado español ahí puede hacerlo ante Notario y mandarlo por correo al Consulado para que lo legalicen. Si es que hace este poder Ud. hágalo no solo del corral, sino diciendo que le corresponde de capital le concede autorización a su hermana para hacer y deshacer de el. De esta manera se ahorrará Ud. molestias. También puede esperar que le conteste mi madre, y si ella se lo manda Ud. tendrá que legalizar su firma delante del Cónsul español. No creo que tenga validez si lo firma Ud. delante de varios testigos. Ya me pondrán al corriente de lo que pasa de esto. (De María Cruz a Juan Manuel, 25 de noviembre de 1951)".

Juan Manuel no cede ante esta presión ¿será una forma de conservar una parte suya en Jambrina? ¿será un gesto de rebeldía? ¿"hacerse rogar", como si no necesitara el dinero? Nunca lo sabremos, sin embargo, Fructuosa se desprende de cualquier especulación y escribe:

“Mi querido hermano: Recibí tu carta del 13 del pasado noviembre y al ver que el documento que yo te pedía no puedes mandarlo te mando yo ese para que tu lo firmes y me será igual. Espero lo mandes lo antes posible para de ese modo yo hacer la permuta que te había dicho antes.

Verás donde dice “El vendedor” y estampas tu firma y la cantidad aquí se pone lo más corta posible con arreglo al líquido imponible que se paga en la contribución urbana.

No puedo escribirte hoy más pues esperan para llevar esta a Zamora ya que en el pueblo no se pueden poner por avión.

Un cariñoso abrazo para tus hijas y nieta, un saludo para tus yernos y tu Patro otro muy fuerte de vuestra hermana que os quiere. Frutuosa (De Frutuosa a Juan Manuel 28 de diciembre de 1951).”

Esa fue la última carta que tenemos de ella. Sin embargo, creemos que finalmente el trámite se realizó, pero no se conservó ninguna carta posterior.

En el Archivo Histórico de la Provincia de Zamora ella se encuentra inscripta con propiedades rurales y urbanas que nos han mandado generosamente, que queremos trabajar con colegas especializados.

MARÍA CRUZ: HACIÉNDOSE FUERTE...

Como hemos visto las líneas temáticas que atraviesan las cartas son variadas y parecen empezar donde dejaron la relación. Esteban, Juan Manuel y Frutuosa lejos de hablar del pasado con rencor o realizar reproches de antaño. Parten de las coincidencias se preguntan por los gustos y aficiones: “¿te siguen gustando los pájaros?” también preguntan desde Norteamérica, “acá también voy de caza”, le dice su hermano, le envían condolencia por la muerte de un perro de caza a Juan Manuel, y reconocen que la salud, ahora en el otoño de sus vidas es lo fundamental, además de enviar amor para las familias.

Tal vez tomando una suerte de “posta” será la hija de Frutuosa la que comience a escribir a la casa de Juan Manuel. Su personalidad da cuenta de una complejidad que amplía la coloratura temática de manera exponencial y abre sus sentimientos como si se conocieran de toda la vida, y creo que ella lo siente así: los lazos de sangre son muy importantes para ella.

De acuerdo a lo que cuenta Frutuosa a su hermano Juan Manuel, María Cruz parte a Estados Unidos para estudiar inglés bajo la tutela de Esteban “nuestro hermano”. Tío y sobrina formarán un equipo que los potencia y permite que la bella María Cruz, de un paso más en el camino de la modernidad que han emprendido las mujeres de esa rama de la familia, al tiempo que era un alivio económico para la viuda.

El intercambio epistolar comienza en 1948 desde San Antonio, Texas cuando le expresa a Juan Manuel “le prometo contestar todas sus cartas de ahora en adelante, ya que, a pesar de no conocerlos personalmente, les tengo a todos mucho cariño, y le recuerdo a usted, en una fotografía que madre tiene, y no crea que quiero pagar su galantería al decirle que esta muy guapo en ella.” (De María Cruz a Juan Manuel, 23 de marzo de 1948)

Su candidez parece extraña, pero no deja de ser una forma de romper el hielo apelando al narcicismo de su tío, que debe haber escuchado o inferido. E inmediatamente sigue:

“De mi vida aquí le diré estoy muy contenta de haber venido a Estados Unidos, aunque el inglés es un poco duro de aprender, no tanto en gramática como en la pronunciación. Estoy estudiando en uno de los mejores Colegio del Estado de Texas, por ahora, después no se qué haré; creo necesitar cuatro años para aprenderlo bien, lo mejor será volver a España a ver a mi madre y hermanos; yo no soy como Ustedes, me refiero a tío Ángel también, que nunca más han querido volver a su “Patria Chica”, para mí no hay cosa más grande que España, soy muy española, aunque nadie cree más que soy inglesa. (De María Cruz a Juan Manuel, 23 de marzo de 1948)”.

Un poco con nostalgia, se muestra vulnerable en cuanto al manejo del idioma, evoca su país, y deja que el destino juegue sus cartas, aunque su preferencia es explícita: quiere volver a la madre patria. En esa línea, marca sus sentimientos y no entiende como han podido emigrar, pero no solo eso: no han querido volver a lo que denomina “Patria Chica”. Se autodefine y se identifica con un *ethos*, que él puede entender, pero que no es el mismo: “*yo no soy como Ustedes*”, expresa. Para culminar le dice:

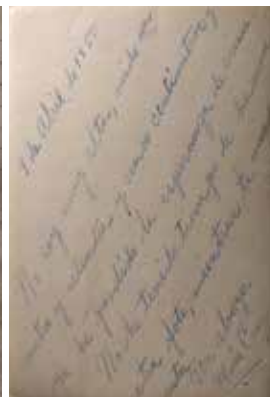
“Tío con mucho gusto le envió mi foto, pero no crea que soy una belleza de Hollywood, favor que me hizo el fotógrafo; yo también tendré mucho gusto en tener su foto, o mejor dicho de todos ustedes, también de la bebita y dígame como se llama. (De María Cruz a Juan Manuel, 23 de marzo de 1948)”.

En la carta le cuenta que ayuda al tío Esteban en la Iglesia, y que espera noticias de todos, aunque sea unas líneas. Al año siguiente le reclama: “Hace un año que no me escribe, no se que le pasó para hacerse tan perezoso. Yo he estado esperando su carta y al ver que no llega me dispongo a escribir esta para decirle que si no está enfermo, sacuda la pereza y nos comunique como están todos por esa.” (De María Cruz a Juan Manuel, 3 de junio de 1949).

En abril de 1950, desde San Antonio, María Cruz envía una foto con una bella caligrafía, se preocupa por la altura, con sutil coquetería.

Unos meses después le escribe a Esther, la hija mayor de Juan Manuel y de mujer a mujer le cuenta:

“No creas que estoy triste siempre, algunos días si como la semana pasada que fue mi Santo y Cumpleaños y no recibí las felicitaciones, ni de tío recibí, pues como está recién cambiado a ese lugar ese día le dieron una recepción muy grande y “con las glorias se olvidan las memorias”. Además, ya soy suficiente mayor para hacerme cargo de todo, y otra cosa, nadie me mando venir, yo fui quien quise venir a estudiar, aun sabiendo por las dificultades que iba a pasar.



María Cruz Garrote de Anta, posando. 1950, Texas, EEUU.

Dile a Irma y Elvira que las gano en estatura y en peso, aunque en el último no sea tanto, solo dos kilos más que ellas. Muchas gracias por la comparación que haces de mí con los extractos finos, aunque no me cabe ninguna de ellas. Ni soy pequeña ni tan fina.

Hoy no te voy a escribir mucho porque tengo muchas cartas que escribir y no puedo dejarlas para otra semana, pues tengo que estudiar para los exámenes finales. Para el 25 de este ya se acaba el curso. Entonces tendré más tiempo y cosas que decirte. (De María Cruz a Esther, 12 de mayo de 1950)."

Aquí es donde el abordaje de las emociones resulta tan necesario para complementar un acercamiento a los costos que posee el complejo camino de las migraciones, a pesar de tener recursos, contactos y pertenecer a un sector social medio.

La melancolía y la tristeza atraviesan a María Cruz, que se lo cuenta a su prima y es precisamente esa distancia la que marcan constantemente los migrantes en las entrevistas: esa cotidianeidad hace que algunas cosas se olviden, se pasen, se digan a destiempo. Ella se permite criticar al patriarcado, a su protector que, en el marco de una fiesta, se olvidó de ella. Sin embargo, se repone y se hace cargo de sus decisiones como una mujer súper moderna, que acepta los claroscuros de la vida adulta. Se deja caer nuevamente en frivolidades de pesos y alturas, en aras de comparaciones, pero también de identificaciones físicas con la familia.

Se percibe, desde las cartas de los emigrados a la Argentina hacia España y Estados Unidos, como cierta admiración cuasi snob de que “afuera” hay otro “glamour”, de allí la referencia de Esther a que es más “fina” y elegante, halago que ella declina humildemente. María Cruz quiere ser parte de esa familia que la acerca más a su querida España,



Fotografía de Protasio de Anta posando y tarjeta postal como un recuerdo para su hermano (s/d).

aunque estén más lejos: ella también es una emigrada, aunque ve el final de este esfuerzo cerca.

Sin embargo, la oferta de trabajo en el Consulado de España resulta muy atractiva y su estancia se prolonga *ad infinitum*:

“Yo he estado muy ocupada en mi trabajo del Consulado; si tío, aquí estoy trabajando con el Gobierno de España, muy contenta de trabajar con gente de la misma sangre, idioma costumbres y religión que yo. Además, muy bien retribuida en salario, así que no me puedo quejar. Esto todo se lo debo a tío Esteban que era muy amigo del Cónsul que está aquí. Dos veces anteriormente me ofrecieron este trabajo, estando un Cónsul también amigo del tío, pero lo rechacé porque tenía empezados los estudios y no quería dejarlos a medias. Esta última vez lo acepté siempre que me dieran tiempo de ir a España y volver; no estuvo difícil esto pues como le digo la amistad tan íntima de tío y el Cónsul lo hicieron todo. (De María Cruz a Juan Manuel, 25 de noviembre de 1951).”

Su deseo se cumple y pudo ir a España un mes y siete días: los hombres la dejan viajar, pero la hacen volver aduciendo alguna excusa: ella es indispensable porque cubre con su inteligencia el trabajo neto, los pedidos del tío y además como veremos más adelante, el tiempo libre de este grupo endogámico que hacen los españoles en Texas.

Pero en el viaje tampoco se “encuentra” y la tristeza se asoma en este bello párrafo que le comparte:

“Como supongo que mi madre le haya contado todos los pormenores de la fiesta en casa, y también de mi corta estancia en aquella, pues verdaderamente fue como un sueño; estuve un mes y siete días, y no estuve siquiera en el tiempo de las uvas y sandías que es cuando más se disfruta. Todo el mundo trabajaba; unos en el campo y otros en la casa. Yo me aburría soberanamente por-

que no me dejaban tocarle a ninguna cosa, así pues casi todo el tiempo lo pasé en Zamora con mi hermana mayor, Luz, que su esposo trabaja allí y me pasé el tiempo lo mejor posible, tratando de olvidar que me tenía que volver en unos cuantos días. De todos modos estoy contenta, vi a mi madre y hermanos, sobrinos y sobrinas, tengo cuatro, dos y dos; ya me están haciendo vieja. (De María Cruz a Juan Manuel, 25 de noviembre de 1951)."

Hay una vieja canción que dice "no soy de allí ni soy de acá", y así se siente, porque los mundos de todos siguen girando, aunque las migraciones se den por decisiones vinculadas a mejoras y al crecimiento personal, para una mujer que –tal vez–una década antes tenía un destino de matrimonio con un mozo de su pueblo o del vecino, que conocía en una fiesta patronal. No. Ella salió de allí y se fue a "las Américas", habla otro idioma y no la dejan tocar nada ni del espacio doméstico ni del rural: ya no es de allí. Y como dice Rainier María Rilke, "la verdadera patria del hombre es la infancia", ella no encuentra ni el sabor ni el perfume de las uvas y las sandías.

Además, tomó otra decisión: la soltería y viajar. Allí comienza a gestar su viaje a la Argentina que se produce unos años más tarde, en 1953, como hemos relatado.

Su vida seguirá, como habíamos adelantado, sirviendo a todos los hombres, siendo halagada y felicitada, pero cumpliendo un rol más, el de mujer trabajadora:

"(...) Quisiera haberle contestado antes pero he estado 2 meses y 20 días con todo el trabajo del consulado, pues el cónsul se fue a casar así que no he tenido tiempo para nada. Y a continuación vinieron tío y Carlos, y también el P. Andrés de Anta acompañado del P. Alonso, español, y por dos noches tuvimos reunión familiar. Yo les hice cena española no faltando ningún detalle, y hasta para amenizar la reunión toque discos de música española. Hubiera querido tenerlos mas tiempo pero no era fácil teniendo la responsabilidad de la oficina, y luego tener que llegar a casa a cocinar. Tío y Carlos estuvieron una semana. María Cruz (24 de enero de 1954)."

El Carlos al que hace referencia es su primo, el hijo de Protasio, que también se hace cura.

PROTASIO

De Protasio, sabemos por Fructuosa que muere joven y deja a su viuda y dos hijos Carlos y Agustín. De él sólo tenemos dos hermosas fotos⁸, y una carta de su hijo.

⁸ Sobre el uniforme no hemos podido averiguar nada aún. Confiamos que los colegas que las vean puedan ayudarnos con su contexto.

Nos gusta mucho esta carta, la única de Carlos que aquí presentamos, en primer lugar, por la caligrafía, el encabezamiento, pero también por el “tono” con el que comparte su alegría. Es importante como, a pesar de estar dirigida para el jefe de familia, el tío mayor de los que se encuentran en Argentina, abre la comunicación al resto y “rompe el hielo” escribiendo por primera vez a esta rama. Sin embargo, no duda en abrir sus sentimientos y su “alegría” a partir de su ordenación y el recuerdo para todos cuando de su primera misa. Es el mismo que también viaja a Texas y a quien María Cruz recibe y celebra.

LOS SILVA, Y EL HOMBRE QUE SOÑABA CON BARCOS...

La segunda hija de Juan Manuel, Irma, era una mujer de armas tomar. Como hemos contado, ingresa al mercado de trabajo desde muy joven en una fábrica de medias y hacia 1945 conoce en un baile, al joven marino, Rudy, nacido el 7 de octubre de 1917 en Lalín, A Coruña.

Rudy llegó a Avellaneda a los siete años por barco y viajó con sus dos hermanos: Manolo, dos años mayor y Pepe, uno menor, “cuidados” por un matrimonio amigo de la familia. Cuando atracan en Brasil, Pepe vio por primera vez a hombres afrodescendientes y se asustó metiéndose bajo la cama y nadie pudo sacarlo de allí hasta que llegaron a Buenos Aires.

No eran tiempos en donde se tuviera paciencia con los niños y cuenta la leyenda que quedó traumatado y puede ser que algo que ya tenía, allí se manifestara porque como decían sus hermanos “quedó un poco loco”.



El joven matrimonio posando frente a la casa refaccionada.



Irma y su hija María Isabel (Marisa) 1949, con la imagen de Eva Duarte de Perón atrás.

Aquí ya estaba el padre, que era chofer de una línea de autobuses; y la madre llegó después y aquí tuvieron a Fernando, Aniceto, Raúl y a la única hija, siempre llamada “la Nena”, famosa por su mal carácter, bella como pocas y muy pretendida por los hombres hasta que se casó con un yugoeslavo tan alto y grandote que le decíamos “Escalera”, Jorge Eterovich. El matrimonio fue turbulento y afrontaron una de las primeras separaciones “de hecho” que tuvo la familia.

Irma y Rudy se quisieron a su manera y estuvieron casados por más de 50 años, y fueron los mejores abuelos que existieron en el mundo.

En esa casa, que era mi paraíso y donde aprendí lo que era el amor incondicional, yo llegaba los viernes después del colegio y mis padres venían a almorzar los domingos, y volvía a la rutina. La sensación de subir el altillo, a la hora de la siesta el sábado a la tarde, me hacía sentir como Howard Carter entrando en la tumba de Tutankamón, y una anomalía en las piedras de la entrada era un fósil que había descubierto, porque allí todo era posible. Los árboles, los animales, el taller, las herramientas, los objetos cotidianos allí adquirían otra representación: todo era especial. Había certezas hasta de lo que se comía (herencia de Patrocinio): los viernes era milanesas con puré, los sábados guiso de arroz o bife con papas fritas. La noche del sábado, si era invierno, eran panqueques con dulce de leche y chocolate y si era verano, arrolladitos de jamón y queso con papas chips, para que nos diera sed, tomáramos agua y no nos deshidratáramos. Los domingos al mediodía variaba entre chupín, matambre con ensalada rusa, zapallitos rellenos o asado.

En esa casa se consolidó mi vocación científica, el amor por el estudio que se retroalimentaba con la escuela de jornada completa bajo las premisas del pedagogo William C. Morris y la religión. También que los niños deben ser cuidados y la convicción de que una familia es una construcción que requiere de mucho trabajo. En 1987, en parte por las crisis económicas de la Argentina y, en parte, por un mal manejo del dinero de mis padres, nos mudamos allí, mi hermana era pequeña y juntas ocupamos el dormitorio principal, mis padres el nuevo y mis abuelos la habitación más pequeña. La grieta entre mi madre y la suya (Irma), hacía prácticamente irrespirable la convivencia, pero me permitieron estar mucho más con ellos, en su cotidianeidad cuyo centro era la cocina.

Pero dejemos la historia allí, porque amor no faltó y los muertos merecen descansar en paz. La casa que nos albergó 90 años fue vendida en 2011, pero mi felicidad sigue allí, en esa “mi patria chica”, que fue mi refugio.



Reproducción identitaria de “la madre patria”. Marisa disfrazada de torera. Segundo premio en los Carnavales de 1953.



Marisa Silva de Anta posando en el jardín, con la casa y la pajarera refaccionada (1953).



María del Pilar García Guadilla

Mención honorífica

RITORNELO MIGRANTE DE TRES GENERACIONES DE MUJERES

(Venezuela)

EXORDIO

Este relato autobiográfico está construido con “postales” o, mejor dicho, con miradas tatuadas sobre la emigración y sus secuelas emocionales; la misma ha sido un proceso recurrente de tres generaciones en mi familia. Al repensar en la historia migratoria familiar, me doy cuenta que esta representa un arquetipo del empobrecido migrante castellano de la postguerra civil española de los años cincuenta y sesenta, que emigró hacia países lejanos, pujantes económicamente y que requerían mano de obra. Este fue el caso de mis padres, tía, hermanas y de mi misma, quienes migramos a Venezuela, así como de dos de mis tíos que migraron a Australia y Cuba.

Mi familia también es arquetípica de la migración de los años sesenta y parte de los setenta, hacia países de Europa más desarrollados; es el caso de uno de mis tíos, quien se fue a trabajar a Francia. Incluso, para los años sesenta y setenta, mi familia extendida también puede ser el prototipo de la migración rural, desde los pueblos y ciudades deprimidas de Castilla, hacia las grandes urbes industriales del país; un ejemplo es dos de mis tíos maternos, quienes fueron a trabajar a Pamplona y, también, mis primos, de los cuales tres se fueron a Barcelona y uno a Pamplona. Hasta mediados de los años setenta del siglo pasado, la emigración era un mecanismo para lograr la movilidad social ascendente de los emigrantes a través de los ingresos percibidos por el trabajo que desarrollaban en el lugar de destino y, en el caso de los hijos de los emigrantes, a través de la educación. Esta posibilidad de ascenso social se extendía también a los familiares que permanecieron en España y recibían las remesas que sus familiares del exterior, les enviaban.

En esta narración deseo relatar no solo la historia migratoria de mis padres sino el impacto que tuvo en nosotros, sus descendientes, quie-



En el colegio del Santo Ángel. Aparezco a mano izquierda y sentada (con flequillo y coletas), vestida con el uniforme negro. Más arriba se encuentra mi hermana mediana, también con el uniforme negro.

nes nos quedamos rememorando ausencias, en espera de emigrar para reunificarnos familiarmente. Además de revelar algunas de las estampas de la saga migratoria familiar, centrándome en las ausencias familiares y la nostalgia infantil que desató la emigración de mis padres de España a Venezuela, también deseo contarles, brevemente, mi tránsito por la misma ruta para la reunificación familiar, al cumplir los trece años. Al enterrar a mis padres en tierra venezolana, como era su voluntad, nunca imaginé que sería yo misma, de nuevo y ya cumplidos los setenta años, quien me enfrentaría al dilema de si retornar a mi patria de nacimiento o quedarme en la patria de acogida, pues mi verdadera *Patria*, la de los afectos, se encuentra totalmente desmembrada.

Hoy, de vuelta a España, aunque sin la certeza de anclar definitivamente pues mis hijos, hermanos y amigos navegan en la diáspora venezolana, procuraré recuperar algunas de esas postales migratorias, desde algunas de las miradas que se han perpetuado en mis ojos y aun me persiguen. Desde la primera mirada, soy la niña que despide a su madre un frío día de febrero, en un tren que se la llevó a Venezuela. Desde la segunda, comparto algunas percepciones y emociones, sobre mi emigración a ese país, bajo el programa de reunificación familiar de CARITAS, recién cumplidos los trece años. Mi tercera mirada es desde el presente donde me enfrento el penoso dilema de no saber si mis últimos viajes, de Venezuela a España y viceversa en una especie de ritornelo, son de ida o son de vuelta. Algo semejante me ocurrió cuando debimos enterrar a mi querido padre, quien murió en un postrero viaje que hizo a España, vacilamos dolorosamente sobre enterrarlo en España o llevarlo a Venezuela, pues no estábamos seguros sobre cuál era su verdadera patria. Al igual que en esa ocasión, y dada la hibridez que caracteriza a los migrantes, siento el desasosiego de no poder responder a la pregunta sobre cuál es mi *Patria* pues si la defino como el lugar de los apegos y afectos, los míos andan tan desperdigados entre cuatro países y dos continentes, que la palabra *Patria* se me ha desdibujado, quedándose atragantada en mi garganta. En estas diversas miradas, apenas se trasluce mi vida como emigrante en el trópico venezolano pues, por razones de longitud, quizás deban esperar por nuevos relatos.

PARTE I: LOS QUE NOS QUEDAMOS

“La tarara, madre de mi corazón”

Según mi partida de nacimiento, mi nombre es María del Pilar García Guadilla, pero si me buscan en google o Academia.edu, mi nombre profesional y coloquial es María Pilar García-Guadilla (sin el “del” y con un guion entre los apellidos paterno y materno para honrar a mi madre). Nací con comadrona, en el primer piso de la Calle Santiago Nº 16 de Palencia, un día once de junio de finales de los años cuarenta, cuando una gran parte de España aún vivía las calamidades económicas de la postguerra. Los mayores dicen que es casi imposible que, siendo tan pequeña, pueda recordar tan nítidamente eventos de mi más temprana infancia. Aun me veo en la cuna voceando a mi madre, con toda la ingenuidad de mis dos o tres años, que venga a estamparme un beso. No me cantes *la Tarara*- le digo bajito mientras aprieto fuertemente los párpados para ver estrellitas y muchos caramelos de colores volando, “ya estoy dormidita”.

Solo tengo que evocarlos, e incluso, a veces sin invocarlos, los recuerdos de mi más temprana infancia que pululan como sombras de colores, me dejan ensimismada, resonando y quedándose pasmados dentro de mis ojos. Al rememorar mi niñez, me percato que silencié en el pasado, con un manto de congoja, soledad y desconsuelo las remembranzas, sobre todo, las ausencias que se colaron por mi cuerpecito, debido a la emigración de mi madre y, luego, de mi padre a Venezuela. Pero también hay memorias jubilosas, radiantes y juguetonas de las vacaciones infantiles en el pueblo de mi madre y de mis abuelos, que barnizan con pinceladas de color, los errantes fantasmas infantiles.

Aunque mi niñez tenga rasgos comunes con la de muchos otros niños de esa época, el hecho de que mis padres migraran en los años cincuenta a *hacer las Américas*, como se decía en esa época, el haber estado internada en un colegio de señoritas de clase alta, dirigido por monjas, en la época ultra-católica franquista, y el haber emigrado a Venezuela a los trece años, donde crecí y me enraicé, me hizo una niña singular. Más aún, cuando creía enterradas, junto con mis padres, las profundas soledades, la *Moira* me impartió nuevas ausencias, pues se llevó a mis hijas tan lejos de la patria prohijada, que hoy me ahogo en el barco donde navegan las sombras de tres generaciones, signadas por la diáspora. En mi caminar, a veces se instala una especie de parálisis y, de tanto ir y venir entre España y Venezuela para ver donde me siembro, me voy perdiendo en nebulosas nostalgias y no me encuentro. Al igual que mis padres y quién sabe si mis hijas, hoy me siento extranjera entre dos patrias.

La historia de la emigración española a América la han contado, sobre todo, quienes se fueron, pero faltan los testimonios de quienes nos

quedamos; esos miles de niños y niñas que aún no hemos podido verbalizar las profundas emociones y pesadumbre que se disparan con las ausencias familiares. Menos aún se han narrado las tristes historias de quienes hoy, convertidos en padres y abuelos, vemos con profunda tristeza, como nuestros hijos y nietos, que imaginábamos ancorados firmemente en la otrora Tierra de Gracia, se van convirtiendo en naufragos debido a la terrible crisis económica, social y política que azota Venezuela, mientras el ritornelo de las olas se cuela en nuestra piel al despedirlos, dándoles la bendición con el corazón en la mano y, sin saber, si volveremos a verlos.

Como hija de emigrantes, emigrante yo misma y, ahora, madre de dos hijas emigrantes, en lo más recóndito de mi ser, se pueden escudriñar las profundas rendijas por donde palpitan hermosas y tristes historias sobre las casas donde anidé, los sueños que me habitaron y las ausencias que me han marcado.

BORBOTONES DE MI NIÑEZ

La reminiscencia más luminosa de mi más temprana infancia es la casa donde nací y viví hasta los cinco años; su recuerdo estalla en mis ojos llenándolos de relámpagos y fulminándome con sus olores, sabores, sensaciones y afectos. Aunque mi padre vio frustradas sus expectativas de tener un hijo varón cuando nací, pues ya tenía dos hijas, recibí todo el amor que una niña podía anhelar. Quizás por ser la menor, siempre me sentí la más consentida de mis tres hermanas, por mi padre. Sus hombros, que me hacían ver el mundo a mis anchas como una esfera infinita carente de diámetro, su cintura en la cual me acurrucaba cuando iba sentada en el sillín de su bicicleta para buscar el vino dominguero al pueblo de Villamuriel, el pañuelo anudado en su bolsillo para que recordara comprar mis lápices y gomas de borrar que siempre perdía en la escuela; las banderillas de pepinillo, anchoa, aceituna y pimienta roja flotando en el palillo que yo comía con fruición, sentada en lo alto del taburete de los bares, que mi padre y sus amigos recorrían gozosos mientras charlaban y se cagaban en la hostia, y donde me llevaba para dar un respiro a mi madre mientras preparaba la comida familiar dominguera; o la cristalina acequia donde cazaba renacuajos cuando a los cinco años me creía grande y quería estar a solas, me hicieron inhalar a mis anchas los aires de afecto, libertad y seguridad que toda niña necesita para crecer. Tristemente, ese mundo mágico se evaporó con la ida de mi padre a Venezuela. Pero, a cambio de sus hombros, el sillín de su bicicleta, la acequia y el alto taburete del bar que se hundieron en el océano que nos separaba, me prometí que nunca defraudaría los anhelos de mis padres de tener hijos catedráticos, promesa que cumplimos fielmente, no solo yo sino también mis otras dos hermanas mayores: las tres sacamos un docto-

rado en diferentes países, cuando España apenas salía de las tinieblas, y hemos tenido la fortuna de ser reconocidas en las disciplinas y actividades que hemos emprendido. ¡Quizás un hijo varón nunca hubiera logrado tan altos méritos!

Mis recuerdos de niña están plenos en afectos. Resuena en mi memoria la pequeña cocina del piso de Palencia, alumbrada por un sol resplandeciente y el huerto que desde allí se divisaba con un espantapájaros que, a falta de muñecas, juraría me miraba arrobado cada vez que yo lo espiaba detrás de la gran ventana; también tintinea el sonido de mi madre, joven y vital, cantando la copla de moda “No te mires en el río”, compuesta por Rafael de León, con música de Manuel Quiroga y popularizada en 1940 por la voz de Concha Piquer, mientras limpiaba, cocinaba o fregaba. Al oírla, me salpicaba una especie de saudade que se repite cada vez que canto pasito esa copla, o escucho por todo lo alto que mi añoranza y soledad permita, pero también mis vecinos, no solo los poemas de Rafael de León sino también los versos de Antonio Machado, Federico García Lorca o Miguel Hernández, que se ensartaron en el cancionero popular y se colaron en mi cuna.

Me han puesto a dormir la siesta, entreveo a mi madre en su máquina *Singer*, afanándose en coser un vestidillo para mi hermana mayor, mientras en la Radio Nacional de España (RNE) se escucha el toque de *General* que inicia el “parte” de las tres en punto de la tarde. Ese era el himno que indicaba que tenía que estar ya en la cuna, durmiendo la siesta; el sonido se pierde en el tictac de la máquina de coser que me arrulla y duerme.

Al despertarme, escucho el murmullo de las infantiles voces de mis dos hermanas mayores que regresan de la escuela de Doña Ceferina, que queda frente a la Plaza de Armas. Revivo el sabroso olor de una tortilla de patatas con cebolla recién hecha, “escasean los huevos y hay que hacerlos rendir”, dice mi madre. La libreta de racionamiento de mi familia que descubrí entre los papeles de mi padre al morir, no incluía carne o huevos; solo en el mercado de estraperlo se conseguían a precios inalcanzables estos lujos, y con el peligro de ser apresado. Pero mi madre era de las que se arriesgaba a traer productos alimenticios prohibidos, cada vez que iba al pueblo a visitar a su familia.

Evoco la felicidad de ir con mi padre sentada en el sillín, o en la barra de su bicicleta, a comprar en el pueblo cercano de Villamuriel, el vino tempranillo clarete que se vertía en el porrón a la hora de la comida, cantando a dúo: “Me voy *pa’l* pueblo. Hoy es mi día. Voy a alegrar toda el alma mía...”. ¿Y qué decir del gozo de llegar a casa en el verano, ya anochecido, plena de libertad saltarina y con las coletas deshechas –a seguro de una reprimenda– después de mis largas correrías y brincos entre las rojas amapolas que se amigaban con los cardos de la estepa castellana? Eso sí, me he olvidado del titiritar de frío en invierno y de

los punzantes sabañones en mis piecitos; de arrojar el frío con la piel de mis hermanas, mientras dormíamos juntas en la gran cama; me he olvidado del éxtasis de mi carita pegada de los escaparates luminosos, detrás de cuyos vidrios estaban los ansiados pasteles y chocolates, que solo en sueños lograba alcanzar.

La calle Santiago, donde vivíamos, se iniciaba frente a la fábrica de armas que, para ese entonces, era casi la única industria de la ciudad y, por tanto, la principal fuente de empleo; una de las hermanas de mi padre y mi tío, casado con su otra hermana, trabajaban allí. Aunque esa fábrica se empezó a construir en pleno mandato de Miguel Primo de Rivera en 1926, no fue sino diez años después, cuando se dedicó a la producción militar debido a la guerra civil. Justo en la fábrica de armas, se terminaba el casco urbano de la ciudad y la Avenida Valladolid se transformaba en la carretera hacia la ciudad capital de la provincia de Valladolid, distante unos 50 kilómetros y con una población cuatro veces más grande. Mi padre había nacido en Valladolid, por lo que me imaginaba que esa carretera era la ruta de escape hacia inalcanzables destinos soñados.

Pero volvamos a mi niñez palentina y a mis recuerdos infantiles del color amarillo de la solana. La de mi barrio quedaba al comienzo de la calle Santiago y era un espacio grande y vacío que colindaba con una alta tapia blanca, donde el sol resplandecía durante el día, tanto en invierno como en verano. En las tardes de canícula, después de la siesta, los niños y algunas niñas, vagabundeábamos a nuestro libre albedrío. Las mujeres, una vez que habían terminado sus faenas domésticas, llevaban una silla de paja y se sentaban a coser, chacharear y compartir tristezas y secretos, sobre los hijos o los esposos. También intercambiaban recetas para los sabañones, la tos o el sarampión. Eso sí, se refrenaban de hablar sobre la tuberculosis, la sífilis, la pulmonía y otras enfermedades de la vergüenza que existían: “tísico y sifilítico” eran considerados insultos que los niños nos decíamos, sin conciencia de su significado. A pesar de mis cinco años, me gustaba andar a mi aire, o juntarme con los niños más gamberros del barrio, aunque no participaba de sus travesuras; solo me quedaba mirándolos, quizás intuyendo que mi padre deseaba un hijo varón después de haber tenido dos hembras, y que llegué yo a ocupar ese lugar.

Una de sus picias favoritas consistía en hacer bombas de cal, atrás de la solana y cerca del basurero, donde no nos veían nuestras madres. Buscaban una lata de aluminio, le ponían cal y agua y la enterraban boca abajo; luego nos escondíamos todos para ver como explotaba. Lo más divertido era cuando se activaba y pasaba un vecino, quien corría despavorido del susto. Otra de sus diversiones era disparar piedras con sus hondas a los pajaritos para matarlos. Yo no tenía honda y no participaba; por el contrario, toda entristecida, me quedaba esperando a ver si podía salvar al pajarito herido, llevándolo a casa

y guardándolo en la alacena, para que no lo viera mi madre, donde irremediablemente expiraba.

En las largas y calientes noches de estío, después de cenar, nuestras madres, junto con nuestros padres que ya habían regresado del trabajo, se sentaban en las sillas que bajaban de casa para socializar con los vecinos hasta bien entrada la noche; esta vez, frente a las viviendas. A veces nos quedábamos más allá de la medianoche esperando que refrescaba y en esas ocasiones, los niños nos perdíamos en la oscuridad jugando a policías y ladrones. Cuando mi tía Juliana nos regalaba entradas para el cine de la fábrica de armas, rompíamos la rutina.

Un día de mayo, mes de las flores y de la Virgen, me tocó declamar una poesía corta en la capilla de la fábrica de armas después del rosario; me la aprendí de memoria repitiéndosela una y mil veces a mi padre, pues apenas sabía leer. Recuerdo la pequeña capilla, iluminada con grandes lámparas y velones e impregnada por el aroma que despedían las rosas frescas de los grandes floreros de plata. El intenso olor a incienso casi me hace desmayar y olvidar la poesía, justo cuando estaba frente a la estatua de la Virgen, con mi mejor vestidito de los domingos y los zapatos negros de charol.

Para nuestros entretenimientos, casi siempre colectivos, nos bastaba la calle, los otros niños y nuestra ingenua y creativa imaginación. La carencia de juguetes azuzaba nuestra creatividad: las niñas jugábamos a las tiendas poniendo una teja con un canto que servía de peso y usábamos la arena, las piedras, los papeles y todo cuanto encontraríamos en la calle, como mercancía. Otras veces, jugábamos a saltar la cuerda o corríamos cantando “a atapar la calle, que no pase nadie...”, con las manos enlazadas y en línea horizontal. Recuerdo también el juego del escondite, donde niños y niñas nos ocultábamos, mientras uno contaba hasta diez mirando a la pared y, después, salía disparado a buscarnos. La simple lluvia era motivo de gran alegría; juntábamos nuestras manos mientras corríamos por toda la calle cantando: “que llueva que llueva, la Virgen de la Cueva...”. Eso sí, al llegar a casa, recibíamos tremenda reprimenda por la mojada. Arrellanados en el piso en las casas, o en la calle, sentados en la tierra si hacía bueno, jugábamos a las tabas con los huesos o rótulas de las reses o cochinos que almacenábamos de los cocidos; debíamos colocarlos en sus diferentes posiciones (hoyo, panza, cara y lis) mientras lanzábamos una pita o canica al aire sin que se cayera. Aunque casi siempre eran los niños varones quienes jugaban a saltar al burro por aquello de la decencia, a mí también me encantaba: un niño se colocaba agachado, con las manos apoyadas en las rodillas y los demás saltaban sobre él con las piernas abiertas, para pasar al otro lado.

El edificio de dos plantas que habitábamos era muy característico, no solo por ser el único de la calle ya que todas las demás viviendas eran



Foto tipo carnet de mi persona, para ser enviada a mis padres en Venezuela.

casas de una sola planta, sino por tener delante un “poyo” de piedra que usábamos para sentarnos y que según decían, se colocaban en la antigüedad donde habitaban judíos conversos; otros dicen que eran para señalar el camino de Santiago. Enfrente quedaba la frutería donde después de la siesta, le pedíamos un plátano al señor Eladio, el frutero, para la merienda, diciéndole que “mi mamá se lo pagaría”; desafortunadamente, no teníamos permiso para pedir caramelos.

A mi calle le pasó lo mismo que a mis sueños y ambiciones de niña, pues se me antojaba mucho más larga y más ancha que cuando volví veinte años después. Tenía modestas casitas pintadas con cal a sendos lados, y con pequeños ventanucos que parecían estar a ras del suelo. Como la mayoría de las calles en esa zona de las afueras de la ciudad, esta era de tierra y cuando llovía se anegaba,

convirtiéndose en un charco de barro. Tanto que algunas mujeres se calzaban albarcas y era normal que los niños, que teníamos que ir a la escuela y no disponíamos del calzado adecuado, nos enlodáramos no solo los pies, sino también el bajo del vestido y del abrigo, los cuales quedaban tiesos al secarse. La mayoría de las puertas de la vecindad permanecían abiertas durante el día, lo que permitía que se escuchara todo lo que ocurría adentro de las casas.

Mi familia, como muchas del lugar, vivía modestamente, pero a diferencia de otros padres de familia de mi barrio que eran obreros, el mío tenía la profesión de tipógrafo, que le mereció un trabajo estable, nada despreciable para esa época. Sin embargo, su sueldo no daba para la ambición de mi madre que quería hijas “catedráticas”; ambición que él también hizo suya.

Mi padre trabajaba como tipógrafo y “cajista” de imprenta; es decir, “juntando y ordenando las letras” y “componiendo lo que había que imprimir”. Este oficio, tan antiguo como la imprenta, siempre fue bien considerado pues requería de un profesional especializado con formación gramatical y técnica. Siendo joven trabajé de aprendiz en la imprenta del Diario Palentino, que fue el primer periódico y el más importante de Palencia, donde aprendió su oficio; para la época de la que tengo alguna conciencia, lo haría en la Imprenta Martínez. Ambas estaban ubicadas en la Calle Mayor (inmortalizada por Juan Antonio Bardem, en la película del mismo nombre en 1956). Su trabajo consistía en corregir la ortografía y puntuación de los textos y transcribirlos al linotipo, esa ruidosa e imponente máquina que inventó Ottmar Mergenthaler, conocido como “el segundo Gutenberg”. Recuerdo que cuando pasaba por la Imprenta Martínez agarrada de la mano de mi madre,

me detenía orgullosa mirar a través del pequeño vidrio incrustado en la puerta de madera. Pegada como una sanguijuela y de puntillas, pues aún me faltaba mucho por crecer, me extasiaba contemplando esas prodigiosas rotativas que escupían, ordenadamente, los papeles. Con mi curiosidad puesta en el contenido de las páginas, impulsivamente, me despegaba para entrar de sopetón y dar un estrecho abrazo a mi padre, a pesar del regaño materno y del ruido ensordecedor que emitía esa bestia infernal. Era también la excusa para disfrutar de cerca la magia impresa en palabras, puntos, comas, frases, versos, números, imágenes y hasta silencios, o puntos y aparte. Después de observar las letras que bailaban como derviches y que yo apenas estaba aprendiendo a conocer en la escuela, me iba con más preguntas que respuestas sobre el parto de las palabras, pensadas en silencio.

EL PARAÍSO DE LA ESPERANZA

En la solana y en el frente de la casa, se fueron gestando los contactos para el viaje de mi madre a Venezuela, a través de Rita y su marido Pepe, a quien apodaban el “Gitano”. La decisión de que fuera mi madre delante, en vez de mi padre como era usual en este tipo de viajes interoceánicos, no debió ser fácil.

En primer lugar, porque mi abuela materna estaba en desacuerdo que dejara a sus tres pequeñas hijas y, según contó mi madre, se negó a prestarle parte del dinero que necesitaba para el viaje. Además, debió convencer a mi abuela y tía soltera paternas, a pesar que no se llevaba nada bien con ellas, para que se quedaran temporalmente cuidando de nosotras y mi padre. No sé cómo hizo mi madre para reunir el dinero para el costoso pasaje. Es posible que dispusiera de algún ahorro y que este fuera completado con un préstamo de la Rita y el Pepe, que luego pagaría a plazos en el destino, como era usual en esa época. Cuando mis padres se asentaron en Venezuela, les tocaría el turno de enviar remesas a sus hermanos, sobrinos y otros familiares, así como prestar dinero a las amistades cercanas que deseaban migrar a Venezuela. Aparte de “lista”, como llamaban a mi madre la gente poco instruida, o de “inteligente” como asegurarían las personas estudiadas, mi madre era sumamente despierta y curiosa; no había nada inalcanzable pues, tal como decía, “nada la amilanaba”.

Nació en el pueblo de Frómista el ocho de mayo de 1919 y era la mayor de una familia de siete hermanos; cuatro mujeres y tres hombres, aunque una de sus hermanas murió siendo muy joven. Fue autodidacta, rebelde, práctica, independiente y muy avanzada para la época. Hasta el último día de su vida y viendo el avance de la sociedad, no solo tecnológico sino en cuanto al “que dirán”, lamentó haber nacido veinte o treinta años más temprano y no poder disfrutar de los fascinantes

cambios que, según ella, traía la modernidad. Vivió intensamente a pesar de ser mujer, casada y con cuatro hijas pequeñas de carga. Salió del pueblo a trabajar en la capital antes de los 15 años huyendo del obscurantismo medieval y de la extrema pobreza de la España franquista. Su condición de mujer “liberal”, o “liberada” como decía, le hizo ser “incomprendida” para la época. El “ser diferente” le impuso obstáculos casi insalvables, por los que tuvo que pagar un alto precio en salud, sinsabores y saudades, que la llevaron a morir un par de meses antes de cumplir los 63 años.

RECURRENCIAS MIGRATORIAS

Al igual que sus padres y hermanos, mi madre, Domiciana Guadilla Vallejo, era originaria del pueblo de Frómista en la provincia de Palencia. Fue la primera en migrar de la familia. No fue la única, pues con la excepción de su hermana Alejandra, los otros tres hermanos y su otra hermana también migraron. Sin embargo, a diferencia de ella, volvieron al pueblo en su vejez.

A Elvira, la hermana más pequeña, la “reclamó” mi madre a comienzos de los años sesenta del siglo pasado, tal como se requería, para que pudiera migrar a Venezuela. Le costó adaptarse al país y al morir mi abuela, a cuyo sepelio no pudo llegar, decidió retornar a Frómista, su pueblo natal. A mi tía Elvira no le quisieron decir que su madre ya había muerto por lo que no se enteró hasta que llegó a España, después de un largo viaje por barco lleno de zozobra y congoja. Siendo la única hija soltera, consideró su obligación regresar, bien fuera para cuidar de la salud de su madre, fuera para cuidar de sus hermanos solteros.

A fines de los años cincuenta o comienzos de los sesenta, mi tío Luis emigró de Frómista a Australia en una larga travesía en barco, después de hacer la mili. Se fue bajo el programa Operación Canguro (1958-1963) y la política de una Australia Blanca. Se trataba de un acuerdo, firmado entre ese país y España, de migración asistida de jóvenes españoles, para trabajar en el corte de la caña de azúcar. Aunque dada la distancia, algunos lo consideraban “un viaje sin retorno”, mi tío regresó a Frómista para “lucir sus reales” y luego volvió a Australia por segunda vez para trabajar en la construcción. Según cuenta, las condiciones eran muy precaria pues vivían en una especie de barracones, segregados de los nativos; además, la comida era mala y había poca diversión, sobre todo “si estabas soltero”. Ello, aunado a las barreras lingüísticas que existían, hizo que casi no se integraran y que la experiencia discrepara mucho de las elevadas expectativas que tenían cuando viajaron. Los objetivos del gobierno australiano eran “poblar para desarrollarse”, dada la baja densidad poblacional y la necesidad de brazos de trabajo. Por tanto, otro propósito implícito era que los

migrantes solteros como mi tío Luis, establecieran una familia. Sin embargo, la idea de muchos de estos migrantes era distinta: “ahorrar dinero y volver a la madre patria”. Eso hizo mi tío Luis, quien después de trabajar arduamente y hacer ahorros significativos para la época, regresó a España de forma definitiva, puso dos bares modernos con sala de fiestas y de baile, construyó una gran casa y compró un piso y otros bienes más, que indicaban que disfrutaba de un holgado bienestar económico. Nunca se casó.

Jesús, el hermano menor de mi madre, quien laboraba como agostero en los pueblos de la provincia de Palencia, una vez que terminó la mili que era obligatoria, a comienzo de los años sesenta se fue a trabajar como temporero, recolectando frutas y verduras, en Francia. Aunque logró hacer algunos ahorros, no fue tan exitoso como su hermano Luis. Al regresar de Francia, en vez de volver al pueblo, entró a trabajar en una fábrica de Pamplona, hasta su jubilación cuando se estableció en Palencia en un piso nuevo y moderno que compró. Permaneció también soltero y al enfermarse, volvió a Frómista donde vivían sus otros dos hermanos y mi tía Elvira, quien cuidó de todos ellos hasta que fueron internados en la residencia de ancianos. La ruta migratoria del hermano mayor de mi madre Domiciano, o Ciano como lo nombrábamos, fue más corta; migró a Pamplona donde trabajó como hortelano en el Hogar Don Orione hasta su jubilación, cuando regresó a Frómista bajo el amparo de su hermana Elvira, pues también era soltero.

Con la excepción de mi tío Luis, quien murió en la residencia de ancianos de Becerril de Campos, los otros hermanos de mi madre, incluyendo mi tía Elvira, murieron en la residencia Villa del Milagro de Frómista. Todos están enterrados en el cementerio del pueblo, aunque ya no queda nadie para llevarles flores y limpiar sus solitarios nichos de mármol. Estas tumbas de mis ancestros maternos, que siempre tuvieron flores y que visitaba de niña cuando iba al pueblo, hoy están abandonadas y parecen irse disolviendo en mi memoria; sin embargo, son el ancla que me ata a mi pasado rural castellano.

Mis tres primos nacidos en Frómista e hijos de Alejandra, la única de los otros hermanos de mi madre que se casó, también se fueron del pueblo a fines de los años sesenta al llegar la mayoría de edad, debido a la falta de oportunidades en el campo; para entonces, la España rural comenzó a migrar a las ciudades, sobre todo a las grandes urbes industriales. Mi prima se fue a trabajar a Tarragona, mi madre la ayudó económicamente; allí se casó con un catalán y reside desde entonces. Al mayor de mis dos primos, la Congregación del Hogar Don Orione en Frómista le ofreció estudios desde niño, como a muchos otros niños de padres humildes de los pueblos cercanos; terminó como sacerdote en la orden. Como parte de sus estudios y trabajo, ha trabajado en Uruguay y numerosos lugares de España. Aunque hoy la Congregación se dedica a los minusválidos, resulta anecdótico que el primer Centro de

Don Orión, inaugurado en 1956 en Asturias, se abrieron con 40 huérfanos, hijos de emigrantes que se fueron a América. Su hermano menor se fue a trabajar en Pamplona, donde después de ahorrar, montó un negocio de venta de zapatos y aún sigue viviendo allí con su familia.

La movilidad migratoria de mi familia paterna ha tenido un patrón diferente. Mi abuela Gregoria Criado Gil, era de Villalón de Campos y mi abuelo, Mauricio García Fernández de Gatón de Campos, ambos, pueblos de la provincia de Valladolid. Mi padre, Santiago Eusebio García Criado nació en la ciudad de Valladolid un 30 de diciembre del año 1913. Mientras estuvo vivo mi abuelo, quien era Guardia Real, la familia se desplazó a varios lugares llegando incluso a viajar a Toulouse, en Francia, donde permanecieron un tiempo cuando mi padre era muy pequeño. No sé cómo terminaron asentándose en Palencia, donde murió mi abuelo. La familia García Criado eran cuatro hermanos: dos mujeres y dos hombres. Uno de los hermanos, Mauricio, murió de causas naturales durante la guerra civil, siendo muy joven. Las dos hermanas de mi padre, Juliana y Carmen, vivieron en Palencia hasta que las hijas de Carmen (pues Juliana se casó ya mayor, una vez que murió su madre a la que cuidó, y no tuvo hijos), decidieron acompañarlas emigrando a Barcelona.

Benito, el esposo de mi tía Carmen, emigró siendo un joven soltero y con la mili ya hecha, desde el pueblo donde nació, Villalón de Campos, a Cuba, como lo hicieron la mayor parte de los mozos de ese pueblo. Volvió de visita un poco antes de la guerra civil y ya no pudo regresar; se casó con mi tía Carmen y tuvo dos hijas. Murió prematuramente cuando mis primas eran unas niñas.

Tanto Carmen como Juliana permanecieron viviendo en Palencia, incluso después de la muerte de Benito y de mi abuela Gregoria. Recuerdo el abatimiento e impotencia de mi padre cuando se enteró de la muerte repentina de su madre en España por no poder darle el adiós postrero, ya que se encontraba en Venezuela y todavía la distancia se media en semanas/barco; el avión era impensable por lo costoso. Cuando llegó la noticia, creo que fue por un telegrama que con frecuencia era el medio de las malas noticias, ya estaban enterrando a mi abuela en Palencia. Recuerdo su reservado silencio al día siguiente cuando salió temprano a la Editorial Arte, la imprenta donde trabajaba. Mi padre era discreto y de pocas palabras, pero ese día su rostro hablaba, denotando una profunda tristeza, al no haber podido dar a su madre el adiós postrero; hacía años que no la veía. Ni siquiera quiso tomarse un día de descanso; siguió laborando como siempre, incluyendo las horas extraordinarias después del turno de trabajo y que incluían los sábados. Por unos días, lo acompañamos en su silencio cuando llegaba del trabajo; hasta la *pick-up* estaba muda.

Cuando mi prima mayor, inició la cadena migratoria, mudándose a Barcelona para buscar trabajo, como lo hicieron en los años sesenta muchos castellanos atraídos por las fuentes de empleo, le siguieron su hermana menor y mis dos tías, Carmen, quien ya era viuda y Juliana con su esposo. Además de trabajar en Barcelona, mis dos primas estudiaron la carrera de enfermería que les pagaron mis padres para que pudieran desenvolverse “solas”, como decía mi madre.

Somos cuatro hermanas: tres nacidas en España y una, la menor, en Venezuela. Yo soy la más pequeña de las nacidas en España; me llevo dos años con mi hermana mediana y tres con mi hermana mayor, lo que significa que mi madre tuvo tres hijas en tres años. Las tres emigramos a Venezuela en distintos momentos: en mi caso y el de mi hermana mayor, cuando terminamos el bachillerato elemental en el colegio, que constaba de cuatro cursos, y aprobamos el examen de reválida que se hacía en el Instituto Jorge Manrique de Palencia, donde nos otorgaron el título de Bachiller Elemental. Mi hermana del medio, sin embargo, por haber sufrido de parálisis infantil, lo cual era común en esa época, se quedó más allá del bachillerato elemental haciendo la carrera de Magisterio para ser maestra antes de emigrar a Venezuela; ello le tomó tres años más de formación profesional. Mi hermana menor nació en Venezuela mientras nosotros estábamos internos en el colegio y es nueve años más joven que yo.

Al terminar las carreras de Licenciatura en la universidad venezolana, las tres hermanas mayores salimos del país para hacer estudios de postgrado. A pesar de ser la menor de las tres, fui la primera que salí de Venezuela a los Estados Unidos para hacer una maestría y luego un doctorado en la Universidad de Chicago. Ya casada y con una hija nacida en Estados Unidos, regresé a Venezuela, una vez terminados mis estudios. Al graduarse en la licenciatura en periodismo, mi hermana del medio se fue a Francia con una beca de la embajada de ese país a hacer su doctorado; allí formó una familia y se quedó viviendo. Mi hermana mayor se graduó de psicóloga e hizo una maestría en Venezuela; después se fue a estudiar otra maestría en Estados Unidos y luego, un doctorado en Francia. Al igual que yo, también regresó a Venezuela.

Por último, mi hermana menor, nacida en Venezuela, vive en Francia, donde recaló en 1983, poco después de morir mi madre; en esa fecha se dio la coincidencia que las otras tres hermanas estábamos en París por motivos de estudios de doctorado, año sabático y residencia permanente, según el caso.

Mis dos hijas, de padre mexicano y ambas médicas, han tenido la oportunidad de vivir en Francia, Inglaterra y Estados Unidos, mientras yo disfrutaba de mis años sabáticos como profesora de la Universidad Simón Bolívar, o era invitada por distintas universidades de esos países. Al terminar sus estudios de medicina en Venezuela, se fueron a hacer

sus especialidades en Estados Unidos y, dada la aguda crisis económica y política existente en Venezuela, allí se residenciaron.

Dada la hibridez cultural y de ciudadanías resultantes de la emigración de mis padres y de la mía propia, de mi movilidad profesional y de mi primer matrimonio, mis dos hijas son el resultado de múltiples herencias étnicas y nacionalidades que evidencian lo confinado que puede devenir el término patria. La mayor, por ejemplo, nacida de un padre mexicano en Estados Unidos, cuando yo terminaba mi tesis doctoral, ostenta tres nacionalidades por nacimiento (venezolana, norteamericana y mexicana); además, previo cumplimiento de ciertos requisitos, podría tener derecho a la nacionalidad española por su madre y abuelos. Como resultado de su herencia familiar, ambas combinan armoniosamente, no solo costumbres y modos venezolanos, españoles y mexicanos sino también los norteamericanos franceses, británicos y de muchos otros lugares, donde les ha tocado vivir. Creo que en ellas ha cambiado la esencia de lo que hoy significa “ser migrante”.

“... CAMINANTE NO HAY CAMINO, SE HACE CAMINO AL ANDAR”

Fue el Pepe, quien primero se fue a Venezuela en los años cincuenta, buscando mejor suerte y terminó en Punto Fijo, trabajando en los campos petroleros. Un poco después, la Rita, su esposa, amiga de mi madre, se fue “reclamada” por su marido, siendo ella, según supe más tarde, la que pidió a mi madre. La “reclamación” de alguien asentado en el país era un procedimiento legal; significaba hacerse cargo, “económica y moralmente”, en caso de necesidad, de la persona que migraba.

Como Don Quijote, el caballero andante, mis padres, castellanos de pura cepa, luego de ser expulsados de la adusta estepa castellana, llena de amarillos infinitos en verano que no lograba ocultar la hambruna y las penurias de la postguerra, emigraron del continente europeo al americano en los años 50. La imagen que tenían los emigrantes sobre el nuevo continente, la resume Alfonso Reyes en la frase “América es el nombre de una esperanza humana”. Fueron acogidos en Venezuela bajo el programa de “Puertas Abiertas”, que instauró el general y dictador Marcos Pérez Jiménez, aunque el nombre le quedaba grande, pues las puertas se abrieron solo para los blancos europeos. A fines de los años cincuenta, se desató un gran auge modernizador e industrializador, debido al impacto de la economía petrolera. Para entonces, el país apenas contaba con cinco millones de habitantes y requería mano de obra para trabajar, ya no solo el campo como había sido la intención con la migración promovida por algunos presidentes que le precedieron, sino también en ocupaciones acordes con el desarrollo

petrolero y la infraestructura de servicios. Al localizarse esta última en las ciudades, se aceleró el proceso de urbanización.

Durante el gobierno del general Marcos Pérez Jiménez (1952-1958), resultante de un golpe militar, se reactivó la migración con la política de “Puertas Abiertas” sobre todo para los blancos europeos y se promulgó la Ley de Naturalización de 1955. Esta vez acudieron miles de italianos, portugueses y españoles, entre otros europeos para incorporarse al proceso de industrialización incipiente, resultante de la actividad petrolera debido a la falta de oportunidades en los países de origen. En la España, empobrecida por la postguerra, la gente hablaba de un país que emulaba al Dorado, donde el oro negro estallaba por doquier, inundando de esperanzas y oportunidades a quienes acudían a esa tierra prometida.

EL TREN QUE SE LLEVÓ A MI MADRE

El frío glacial de un día de febrero de hace más de sesenta años, se cuela por el abrigo blanco de primavera que llevo puesto y me cala los huesos. Me veo, de apenas cuatro años, parada en el andén de Palencia, frente al tren que va a Galicia y se lleva a mi madre en sus entrañas, con la maleta llena de pesares. Intento dibujarla entre la densa niebla, mientras el chirrido lacerante del tren se va amortiguando lentamente y la va tatuando en mis acuosos ojitos.

Cuando era joven, mi madre soñaba con un país allende los mares, donde el sol se ponía cada día y el petróleo auguraba un futuro promisor. No era como la mayoría de los migrantes españoles que viajaban a Venezuela en los años cincuenta del siglo pasado. Casada con tres hijas pequeñas, distaba mucho del estereotipo de migrante. Según las estadísticas de la época, emigraban principalmente hombres jóvenes y solteros. Muchos eran agricultores y algunos estaban en edad militar, o eran o perseguidos por el régimen; la mayoría provenía de Las Canarias y de Galicia. En la segunda ola migratoria de reunificación familiar, que se dio hasta fines de los años sesenta, viajaban las esposas e hijos de los hombres casados y otros familiares por consanguinidad, como los hermanos.



Mi madre en una de sus visitas a España con mi hermana mediana y conmigo en el Salón de Palencia (1958-1959). Llevamos los vestidos de nylon, puestos de moda en esa época y realizados con la fibra de nylon que traían de Venezuela.

Mi madre emprendió la travesía migratoria sola, en un moderno trasatlántico mientras mi padre, quien tenía un buen trabajo fijo, se quedó asegurando el sustento de las tres hijas con la ayuda de mi abuela paterna, quien se mudó a nuestro piso para cuidarnos. De esta etapa, solo tengo algunos *flashes* que, al ponerlos frente a los ojos, me producen una gran congoja. Creo que fue en el mes de febrero de 1953, en un barco que salió del puerto de Vigo y cuyo nombre no recuerdo; en todo caso sería el Begoña, el Monserrat o el Veracruz, que eran los buques que llegaban al puerto de La Guaira, próximo a Caracas, que mi madre se enrumbo hacia Venezuela, atravesando el bravío mar Cantábrico y cruzando el Atlántico en uno de los paquebotes que para esa fecha escupía espuma y abrumaba a los pasajeros que durante el medio mes que duraba la travesía, se bañaban de morriña. Algunos fenecían y eran enterrados, en la espuma del mar, y con la mirada vuelta atrás.

Una vez que consiguió trabajo, pagó los préstamos y ahorró para el pasaje de mi padre y para el costoso ajuar y matrículas que requerían sus tres hijas para internarlas en el mejor colegio de Castilla. Es así que mi padre, “reclamado por mi madre”, se fue un año después que ella, saliendo de Barcelona en el transatlántico Lucania. Con él viajaron tres hijas de sus amigos palentinos, cuyos padres ya estaban en Venezuela; era común que los hijos que se quedaban esperando la reunificación familiar viajaran con los adultos reclamados mediante la red migratoria que se iba entretejiendo entre paisanos de un mismo lugar. El Lucania paró en Las Canarias y Guadalupe y tardó 24 días en llegar a La Guaira.

El barco en que emigró mi madre tenía tres clases. En la tercera iban los emigrantes en camarotes que tenían cinco literas. Cada camarote albergaba a diez personas del mismo sexo por lo que los matrimonios viajaban separados, según fueran hombres o mujeres. La ubicación de esta clase era en el fondo del vapor donde no había ventanas y donde los vaivenes, en caso de tormenta o zonas de remolinos, provocaban fuertes mareos y vómitos que se sumaban a la morriña y al choque emocional de dejar a la familia. Sin embargo, de acuerdo con las cartas que enviaban los migrantes que viajaban en la tercera clase a sus familiares (incluyendo, la primera carta que envió mi madre), esta era la clase más alegre y bulliciosa pues si no se estaba mareado, se participaba en los bailes, juegos y otras diversiones que ofrecía el barco a los pasajeros. Mis padres no eran gallegos, pero debió pegárseles la misma morriña al abandonar su terruño y debieron también experimentar la misma melancolía de los emigrantes de aquella época.

VENEZUELA, LA TIERRA DE GRACIA

A pesar de su entereza, no fue fácil la llegada de mi madre a tierra firme. Tal como le contó a mi padre en la primera y larga carta que

escribió la misma noche que llegó a Venezuela, si bien a la mayoría de los inmigrantes les alentaba pensar que en el puerto de llegada encontrarían caras amigas, este no fue su caso. Mi padre no le escribió bien la dirección de la pensión donde debía llegar en Caracas. Además, sus amigos, la Rita y el Pepe que venían desde Punto Fijo, una ciudad petrolera alejada de la capital, no llegaron a tiempo a recogerla. En esa época era difícil comunicarse por lo que mi madre se encontró completamente sola al bajarse del barco que la depositó en el puerto de La Guaira, en un cálido amanecer. Tal como le escribió a mi padre textualmente en una larga carta de cuatro páginas¹

“Querido esposo y familia aquí estoy, en el Hotel Roma después de mil peripecias que he pasado. Cuando tú me dejaste en el barco con aquel matrimonio, a pesar de la firmeza que tenía y la buena voluntad de triunfar para que nuestras hijas pudieran estudiar, cuando me vi en aquel camarote con 14 personas, y el calor que hacía allí abajo al lado de las máquinas, con aquel ruido, yo sola, sin familia, me entró una llantina. Tanto es así que la esposa del matrimonio que conocimos que dormía en el mismo camarote, pues el esposo dormía en el camarote de los hombres, fue a llamar a su esposo, pero cuando llegó ya me había tranquilizado pues igual que la cojo, la dejo. Y así ha sido durante el viaje que como sabes tardaría en llegar 14 días. Ha habido muchas distracciones gracias a Dios pues si no, sería desesperante: sola y continuamente pensando en las niñas porque en ti ya eres grande y no es lo mismo. Ya verás cuando llegues aquí, pues aquí en la capital, lo que sobra es trabajo; pero ya te contaré.

La comida en el barco era abundante, aunque lo que más se comía eran espaguetis como dicen los italianos, que es la pasta de los fideos que hay en España, más larga y más gruesa. Hacían una especie de juego: el que comía más pasta en menos tiempo, ese se ganaba un premio que consistía en una botella de buen vino. La gracia era que los que habían comido tanto, les hacía daño y los rechazaba enteros. Yo, más nunca voy a comer de esos bichos. Por las noches, había cine y baile gratis. Yo me iba al cine pues al baile no iba a ir sin ti, ¡claro! En fin, así se pasaron los 14 días a Caracas hasta que llegamos y todavía era de noche. Subimos a cubierta y fuimos a ver cómo era y vimos una montaña que parecía un nacimiento pues se veían lucecitas por todas partes. Después, cuando se hizo de día vimos que eran casitas muy pobres y se me cayó un poco el ánimo que ya tenía bajo. En fin, a las 9.30 am nos empezaron a pasar por las autoridades venezolanas, y a las 5:00 de la tarde, ni Rita ni Pepe habían llegado así que fui la última que bajé. Y cuando me decido a ir sola al Hotel Roma, veo que no me has puesto la dirección de tal Hotel y aquí hay hoteles a millones. Sin la dirección,

¹ Los fragmentos de la carta han sido levemente editados por puntuación y ortografía, no por el contenido. (N.A.)

me dicen que va a ser difícil conseguirlo y me pongo a pensar que a esas horas tan pronto, ya se empieza a poner de noche. Por lo que me entró una llantina con hipo y todo; cuando llevo un buen rato en esa lloradera, la gente mira a ver qué es lo que me pasa y parece que Dios se apareció de mí.

Al matrimonio que venía conmigo, se le había quedado un bulto en el barco y se enteraron de lo que me estaba pasando. Entonces la familia que había ido a esperarlos me dijo que no me preocupara que ellos me iban a ayudar a solucionar ese problema. Estuvieron mirando en la guía telefónica pero que no aparecía ningún número de teléfono; a lo mejor no tenía teléfono el Hotel, que aquí no es como en España pues puede ser cualquier casucha colonial. Bueno, nos bajamos a Caracas que está lejísimos, por una carretera grandísima que creo que se llama autopista y que acaban de inaugurar; es algo fabuloso, con una iluminación que yo nunca he visto ni en Madrid ni Barcelona. El coche de esos amigos del matrimonio, como nosotros decimos, pues aquí le llaman carro (¡pues sí que hay diferencia con un carro de mulas de ahí!) es un automóvil tan grande y moderno que me puse a pensar que nos iba a ir muy bien, ya que ellos habían venido cuando se terminó la guerra de España, pues ellos eran rojos y si se quedaban en España Franco les habría metido presos.

Tardamos, como te dije, mucho tiempo pues nadie nos daba razón del hotel hasta que preguntamos a un guardia que nos dijo que le parecía que por allí cerca, estaba el hotel. Yo creo que di un grito más grande que el que dio el que descubrió América... El mismo día que escribí esa carta, y antes que llegaran a buscarla la Rita y el Pepe, que fue día y medio después, mi madre consiguió trabajo a través de un periódico que vio en la pensión donde se alojó. Las pensiones en Caracas eran la primera escala donde recalaban muchos inmigrantes, sobre todo aquellos que llegaban solos, eran muy abundantes en el centro de la capital en los años cincuenta y sesenta. Estaban administradas por familias, casi todas extranjeras, que habían convertido viejas y deterioradas casas coloniales, en alojamientos para huéspedes, donde además se les ofrecía comidas y hasta se les lavaba la ropa. Como la mayoría de quienes se alojaban eran personas solas, había gran solidaridad y todos ellos constituían una especie de familia donde se intercambiaban experiencias, información y contactos que facilitaban la adaptación. Se ayudaba incluso a quienes llegaban y tenían problemas económicos. Tal como cuenta mi madre en su primera carta: "Cuando llegué, me preocupaba el no poder pagarla, aunque es barato, pero me dijo el dueño que no me preocupara ..."

Mi madre duró casi un año trabajando en diversas labores mientras ahorraba para poder "reclamar" a mi padre. El pasaje transoceánico era muy costoso y algunas familias se endeudaban para pagarlo. Los que llegaban, una vez asentados, ayudaban con préstamos a quienes

deseaban emigrar. Mis padres reclamaron a mi tía Elvira, a mi padrino y a los “Marisos”, los “Gineses” y los “Fermine” que eran matrimonios, amigos de ellos. Este sistema de reclamaciones contribuyó a crear una familia de “adopción o extendida”, a la que visitábamos con frecuencia y era el centro de las celebraciones de cumpleaños, graduaciones y otros eventos como Navidad, o Año Nuevo. En las fiestas, en que fácilmente nos reuníamos más de veinte personas entre niños, jóvenes y adultos, se comía al estilo español y los mayores bailaban pasodobles, aunque a medida que crecimos, se fue colando el joropo, la cumbia, los boleros y la salsa. También se invitaba a los amigos españoles que trabajaban con mi padre y estaban solos por ser solteros, o porque sus familias se habían quedado en España. Frecuentemente el lazo de amistad se reforzaba con el compadrazgo; por ejemplo, mi tía Elvira y el amigo Ginés fueron los padrinos de bautizo de mi hermana menor, nacida en Venezuela.

Cuando mi padre llegó a Venezuela alquilaron un pequeño piso en el centro de la ciudad. Mi madre trabajó en una tienda de modas donde hacía todo tipo de arreglos a las prendas de vestir; a mi padre le fue fácil encontrar trabajo como tipógrafo, porque había una alta demanda. De nuevo, mis hermanas y yo quedamos al cuidado de mi abuela Gregoria y de mi tía Juliana por un año más, pero esta vez nos mudamos al piso donde ellas vivían con mi tía Carmen, su esposo Benito y sus dos hijas, mis primas.

PASTOREANDO A LA CHIVA

Tenía seis años cuando mi padre partió a Venezuela y quedamos con su madre y su hermana soltera. Mi abuela vivía en el tercer y último piso de la Calle General Mola en Palencia, que también se llamaba Mayor Antigua, antes que el franquismo la rebautizara con el nombre del militar español. Se llegaba, por una oscura escalera que me causaba terror, pues los chasquidos que emitía la madera al subirla, eran fantasmales. El piso era oscuro y frío, tenía largos pasillos y cinco cuartos, además de la cocina. No había calefacción ni baño como hoy se entiende; solo braseros con carbón debajo de una de las mesas de la cocina y en el cuarto de mi abuela, así como una estufa en el cuarto de mis tíos casados. El retrete estaba al fondo del pasillo. Para lavarnos, se llenaban baldes de agua caliente. Afortunadamente, la cocina de carbón tiraba muy bien en invierno y calentaba este espacio familiar, donde las ocho personas que vivíamos, nos reencontrábamos alrededor de las dos mesas que había.

Fue el año más triste de mi vida. No sentí tanto la ida de mi madre como la de mi padre, ya que yo era “su pequeñina” la que siempre lo acompañaba. En ese largo y frío invierno, oceánico-continental pa-

lentino, que se colaba por toda la piel y me helaba hasta el corazón, recuerdo los prodigiosos remedios que se usaban para curar nuestras pequeñas dolencias: vinagre y hasta orines para los sabañones; trementina y una peineta para los piojos y liendres; cataplasmas para los refriados; para las quemadas, mi abuela usaba la patata cortada en finas lonjas y para el dolor de oídos, leche de teta de algún familiar o conocido que estuviera amantando. Yo misma pasé por la cura, sin lograr curarme, de los sabañones y del dolor de oídos en mi infancia.

Además de las tareas de mi edad como lo era ir a un colegio cercano, donde también iban mis primas, tenía responsabilidades demasiado pesadas para una niña de tan corta edad. Aun me queda la impronta de la responsabilidad de pastorcita que me asignaron. Mi tío Benito, antes de irse a su trabajo en la fábrica de armas, dejaba cada mañana con el pastor una chiva, quien la llevaba a pastar junto con el rebaño, más allá del antiguo puente de piedra, también conocido como el puente viejo romano de Palencia, y las regresaba al atardecer. Recuerdo el pánico que sentía al salir del colegio en las tardes pues después de la frugal pero sabrosa merienda de pan untado en vino o en aceite y azúcar, que nos daba la abuela al salir del colegio, se acercaba la hora de buscar a la cabra, a la entrada del puente romano, donde la había dejado mi tío. Llegaba siempre un poquito antes y esperaba impaciente que, al cruzar el puente romano, el pastor separaba a la cabra del rebaño. Después, yo debía encauzarla, en la infinita distancia de unos quinientos metros que mediaba entre el río y el corralón de la casa donde debía guardarla. Alguna vez se materializó la pesadilla que la cabra tiraba hacia los Cuatro Cantones de la Calle Mayor, en lugar de subir la empinada calle que llevaba a su resguardo; se disparaba en estampida y yo corría impotente e invisible frente a los transeúntes, con mi palito en la mano, en un vano intento de obligarla a retomar su camino.

Varias veces, los vecinos protestaron porque en ese corralón que se encontraba en la parte trasera del edificio, si bien se permitían pollos y conejos, no se autorizaba tener chivos. Así, que finalmente, mi tío tuvo que sacrificar al chivo que tenía para entonces; ¡solo recuerdo mis espasmos de angustia y mi corredera al retrete para vomitar mi pena, cuando me tío quiso darme la mejor pieza del chivito que había guisado!

AMANSANDO AL GATO MONTÉS CON LA AYUDA DEL ÁNGEL DE LA GUARDA

Estudié la educación primaria y el bachillerato elemental con reválida, internada en el Santo Ángel de Palencia, un colegio de monjas en la rígida España franquista. Según mi madre, quien tomaba las decisiones más importantes de la familia y mi padre siempre la autorizaba, era mejor que nos educáramos en España pues en Venezuela había mucho

libertinaje ya que “las parejas se arrejuntaban sin mayores remilgos civiles, cuanto menos religiosos”.

La fundación del colegio del Santo Ángel de la Guarda se remonta a 1880, ubicándose originalmente en el Palacio de Tordesillas; durante la primera mitad del siglo XX, estuvo localizado en el Palacio de la Puebla de la Calle Ramírez de Palencia, en la que por casualidad vivimos con mi abuela y tíos paternos, unos meses antes de entrar al colegio. En 1952, se inauguró el nuevo y bello edificio de grandes dimensiones, diseñado por el arquitecto D. Antonio Font de Bedoya, que supuso una muestra cabal “de innovación y adaptación a las nuevas exigencias pedagógicas”. Para la época en que mis hermanas y yo entramos al colegio, era una de las instituciones privadas y religiosas más moderna de toda España.

En el *atrium* de la edificación, aun en pie, se encontraba un magnífico hall con piso de mármol y varias salas adornadas con lámparas rococó y muebles de caoba donde las estudiantes que hacíamos vida como “internas”, recibíamos las visitas de los familiares, los domingos y días de fiesta. Nos llamaban las “Internas” porque nuestra familia, o bien vivía en pueblos y ciudades de los alrededores o, como en mi caso y el de mis hermanas, allende los mares; solo otras dos niñas tenían los padres en América. En el colegio también estudiaban las externas, pertenecientes a la emergente burguesía franquista y a las rancias familias palentinas, que siempre pensé eran seres privilegiados porque sus padres vivían en la ciudad y, por lo tanto, regresaban diariamente a sus hogares.

Me gustaría que mis primeros recuerdos del colegio no fueran tan grises y tristes, pero a esa temprana edad de los seis años, no se elige el color de los mismos. Después que mi madre volvió a partir a Venezuela donde ya se encontraba mi padre, esta vez en el paquebote Begoña porque allí se comía mejor, fue mi tía materna quien nos llevó al colegio y dejó encargadas con la Madre Gema. Se trataba de la Superiora o Prefecta, quien procedía de la rancia aristocracia española, metida a monja, según decían las malas lenguas, por desamores con un torero que la familia consideraba “menos”. Salió a recibirnos frente a la imponente y moderna entrada de arcos, columnas y mármol del colegio, y de ahora en adelante, sería la responsable de las tres niñas que dejaba mi madre; allí pasaría interna los siguientes seis años de mi vida.

Mi primera evocación del colegio es el haber perdido mi larga cabellera que todos admiraban cuando salía en la procesión de Semana Santa por las calles de Palencia. Leo los labios de la gente que dicen: “Mira, tan pequeñina y que cabello tiene” y me siento orgullosa de merecer esas miradas. Mi madre aprendió a hacer la permanente con *bigurís* “en caliente” antes de irse a Venezuela y una de sus primeras víctimas, fue el largo cabello liso de su hija más pequeña. El día antes de irse me hizo la permanente en caliente, llenándoseme la cabeza de postillas,

producto de las quemaduras. Así es como me inauguré en el colegio: como si le arrancaran las uñas al gato montés, o le hubieran cortado el cabello a Sansón. En mi ignorancia e ingenuidad, lo viví como un castigo por algo malo que creí haber hecho para que mis padres me abandonaran. Tratando de conjurar ese desconocido pecado, casi me vuelvo santa pues decían las monjas que era la niña más fervorosa del colegio, a pesar de ser la más pequeña.

En el lado derecho de la planta principal del colegio, se encontraban las dependencias administrativas regentadas por la madre Gema, quien nos convocaba a su despacho de vez en cuando, para preguntarnos si necesitábamos algo. Yo necesitaba tantas cosas que mi timidez y corta edad no podía verbalizar, que siempre me quedaba callada frente a la pregunta: ¡las monjas nunca comprenderían que lo que más me faltaba, eran los afectos maternos!

El primer día que llegamos, la madre Gema cerró la pesada puerta tras de sí mientras yo seguía sin comprender la trascendencia de lo que ocurría; imaginé que quizás mi pecado original fue el haber sido libre como las liebres que sobrepueblan los inmensos campos de Castilla y, en época de caza, tienen que ser exterminadas. A pesar que se me han desdibujado los recuerdos sobre ese primer día en el colegio, tengo la certeza que la obscuridad y las sombras se instalaron muy cerquita de mi cama; no hubo un rostro familiar que me diera un abrazo de buenas noches y me arropara para protegerme del frío invierno y de la soledad que se colaba más allá de las gruesas mantas de lana de oveja palenquinas, históricamente famosas por su abrigo.

Y es que hasta la muñeca de cartón que mi madre me trajo en su baúl de regreso a España, cuando vino a internarnos y que para entonces tendría mi misma estatura y caminaba agarradita de mi mano y, a cada pasito, decía: “ma-má” “ma-má”, la palabra más evocada desde que mi madre emigrara a las Américas, me faltaba. Mi muñeca sin nombre quedó escondida, aunque nunca olvidada, en el baúl de los recuerdos que mi madre le entregó a mi abuela para que lo guardara. Cuando mi madre murió en Venezuela, apareció, en ese baúl de la distante España, mi soñada compañera de infancia, quien finalmente hizo su viaje transatlántico a las Américas para confortar mis pasadas soledades y confortar a la niña que para entonces tenía treinta y tres años.

Filas, silencio, y obediencia marcaron mis rutinas colegiales por seis años. Durante la semana, los estrictos horarios mañaneros (levantarse, misa, desayuno, clase, comida) junto con los de la tarde (recreo, clases, recreo, estudio, cena, rezos, acostarse), marcaban las letárgicas rutinas del colegio, que se rompían con el sonido de las campanas de la capilla y el canto del *Ángelus* a las doce del mediodía y a las seis de la tarde.

En el lado izquierdo del hall de entrada, había un gran salón de actos que también se utilizaba como cine para las internas los días domingo en que las rutinas cambiaban un poco; nos levantábamos media hora más tarde y no había clases, aunque las horas en el salón de estudio se prolongaban. También los domingos, se podía romper la disciplina del silencio en las comidas y se permitía recibir visitas de familiares. Lo que más me ilusionaba era que a las ocho de la tarde en punto, la hermana Ceferina hacía funcionar el carrusel del cine en la sala de actos. Las películas eran en blanco y negro y cualquier acercamiento físico entre los protagonistas, era severamente sancionado con la mano de la inquisidora monja que se ocupaba del carrusel: una simple y profunda mirada en los ojos que hacía presentir que los adultos iban a juntar sus sensuales labios, terminaba emborronada. Cuando más emocionada estabas, aparecía esa mano peluda para tapar el pecado, lo que llevaba a que nuestras fantasías sufrieran un *in-crescendo* en la obscuridad de la sala. La rebeldía expresada en el ruido de las pipas que chirriaban con los dientes al mondarlas, el estallido del chicle *Bazoka* que masticábamos, o el papel de plata que envolvía las chocolatinas, contribuían a aumentar el suspenso.

Los domingos en la mañana era el día en que la hermana Eufemia, o la hermana María Jesús según el caso, se encargaban de buscar en el estudio, a mis dos hermanas y a mí, para llevarnos a un aula vacía de clases, donde diligentemente y bajo su supervisión, debíamos escribir una carta a nuestros padres, la cual tardaría en cruzar el Atlántico por lo menos tres semanas, sino más. No me gustaba esta rutina dominiguera porque me hacía sentir distinta a las demás y, sobre todo me abría la herida mal curada de su ausencia, y mi necesidad. No puedo recordar las frases que escribiría esa pequeña niña de seis, siete u ocho años que vivía tras las rejas de un colegio, pero sí recuerdo vagamente, el mundo lleno de emociones que palpitaba en esas cartas de mi infancia. Imagino que empezaría la carta diciendo: “Queridos papás, estoy bien” y, luego, les contaría de mis amigas y juegos, ocultando, eso sí, mis profundas soledades. De todos modos, esas cartas estarían mutiladas por la censura que la hermana Eufemia ejercía con su labor inquisitorial, pues debíamos mostrársela, con la excusa de corregirnos los errores ortográficos. Asocio esas cartas con una gran angustia debido al castigo que se nos imponía cuando incurriamos en errores ortográfico; debíamos escribir toda una página de nuestro cuaderno de caligrafía de doble línea con la palabra corregida, “para no volver a cometer el mismo error”.

En la planta principal, había también una amplia capilla muy luminosa, cuyo radiante amarillo me inspiraba una profunda felicidad. En el centro del retablo dorado, restaurado por el artesano Martínez de Burgos, se encontraba una talla de la Virgen Santísima de la Concepción, elaborada en los talleres de arte Granda, a la que siempre me encomendé

como si fuera una verdadera madre, ante la inmensurable lejanía de la mía. Al fondo, y accediendo por una estrecha escalera, se encontraba el coro, del que siempre anhelé formar parte, pues te eximía de algunos de los tediosos periodos de estudio. Lastimosamente, el veredicto fue un rotundo “¡No!, que pasé la siguiente” cuando lo intenté. ¡Quizás fuera porque mi voz se había enronquecida llorando ausencias!

No tendría voz, pero si tenía un agudo oído y un excelente sentido del olfato de manera que los indescriptibles sonidos y fragancias de la Semana Santa, la Navidad y el mes de mayo quedaron aprisionados en algún recóndito lugar. Si cierro fuertemente los ojos como lo hacía ingenuamente cuando era muy niña, siento que mis sentidos se exacerban como una medusa recordando la música sacra que inundaba la capilla en la Semana Santa. En el ambiente de retiro y penitencia que la caracterizaba, los Cantos Gregorianos me transportaban a una gozosa serenidad y envolvente ensueño, que continúa cubriéndome cuando los escucho.

Aunque sin llegar al éxtasis místico que me produce la música sacra, también la música clásica, la guitarra española, las zarzuelas, los valses y, en general, la música de cámara me transporta a la hora de las comidas en el colegio. La música era el fondo del silencio que disciplinariamente nos imponían, de lunes a viernes, en las comidas; en esa oportunidad, los discos de vinilo pequeños sonaban en el moderno tocadiscos. Para afianzar el silencio, existía lo que llamábamos una “soplona”; ello consistía en que, desde una especie de púlpito, la monja cuidadora nos observaba para ver quién era la primera niña que hablaba; una vez identificada, la señalaba con su dedo acusador por su nombre y, esta, debía ponerse de pie, relevando así a la monja en la tarea de soplona. Debía entonces señalar a otra niña que estuviera hablando ..., y así sucesivamente. Terminada la comida, a la última que quedara en pie, se le suspendía la visita familiar del domingo en el colegio, o la salida con los familiares que venían de visita un domingo al mes. Por esta razón, a medida que se acercaba el fin de la comida, era casi imposible encontrar al sustituto de la soplona. Más que el castigo que nos imponían, bastante doloroso para quienes pasábamos las semanas esperando esos días para ver un rostro familiar que por lo general venía acompañado con dulces y chocolates, lo que realmente temíamos era quedar como la penúltima soplona, pues podía ser nuestra mejor amiga quien terminaba siendo castigada por nuestra infidencia.

Siguiendo la tradición católica y coincidiendo con la plenitud de la primavera después del largo invierno, durante todo el mes de mayo se conmemoraba a la Virgen María en una especie de paralelismo de que la Virgen es Madre, y la Madre es Vida. Ese mes se prendían las lámparas de cristal de roca que pendían del techo y se acompañaban con una gran cantidad de velas que creaban un efecto de luces y som-

bras, que te hacía vagar piadosamente por ese espacio celeste donde todo era paz, sosiego y gozo. Los cánticos perfumados por el incienso, el envolvente humo de las velas y el embriagador aroma de los lirios frescos y las rosas, transmitían una maravillosa sensación de adoración a la Virgen, devoción, piedad, intimidad, melancolía, y bienestar. ¡Me sentía tan feliz y amada como si hubiera llegado al Paraíso y aun Adán no le hubiera ofrecido la manzana a Eva! El momento más sublime era cuando al final de la misa o el rosario, el coro y todas nosotras entonábamos Con flores a María, y una de nosotras recitaba una poesía llevando la ofrenda de las flores frescas.

¡Y qué decir de la Navidad con los alegres villancicos cantados frente al nacimiento; del sonido de las panderetas; del olor a chocolate caliente colándose por los pasillos, salas de clase, y dormitorios que aún me retrotrae a esa infancia y a ese colegio! Alguna vez mis hermanas y yo debimos pasar la Navidad en el colegio, vagando en ese inmenso y vacío espacio dejado por las internas, al irse a pasar las fiestas con sus familias. En esos días, solo el ir y venir de las monjas de su confortable “clausura”, espacios totalmente vedados para nosotras, acompañaba nuestra profunda añoranza. El día de Navidad se celebraba una misa cantada de gran boato, donde el obispo de Palencia que llevaba su estola púrpura y los dos capellanes del colegio, don Fortunato y don Aquilino lo acompañaban, además de al menos dos monaguillos. Ese día, las monjas se afanaban en agasajar al obispo después de la ceremonia con un gran desayuno de pasteles y chocolate. Al levantarnos, mis hermanas y yo corríamos al comedor a disputarnos los pasteles de crema que apenas había tocado el obispo y así complementar nuestra “no tan principesca” ración. Pero frente a esa orfandad melancólica que ocurría cuando pasábamos la Navidad en el colegio, quedaba esperar a los Reyes Magos, que esta vez vendrían potenciados por las remesas mojadas en culpa, que enviaban mis padres para que las monjas, ergo, los Reyes Magos, nos compraran todos los regalos que pedíamos.

Al fondo de la planta principal del colegio, había una gran puerta de madera blanca con cristales a través de la cual se accedía al jardín que colindaba con la moderna Avda. de Manuel Rivera y donde se encontraba enclavada la estatua del Ángel de la Guarda, elaborada en piedra noble por el artista palentino Mariano Timón a mediados del S. XX. Sus alas cobijaban a una niña angelina, que siempre pensé era yo misma pues llevaba el mismo uniforme y tenía el pelo recogido con las mismas coletas. Según la temporada, la escultura se vestía con rosales, hortensias o los vistosos, pero siempre humildes, pensamientos, que se plantaban a su alrededor. Esta estatua era nuestro lugar favorito para el recuerdo y las despedidas; momentos inolvidables que quedaron plasmados en las fotos, junto a las amigas antes de irnos de vacaciones, o con mis hermanas para que las monjas enviaran la “fe de vida” a mis padres en Venezuela. El aroma de las rosas, el olor a tierra

húmeda, los colores pálidos de la primavera y el estallido inminente del verano, se entremezclan en mis recuerdos con el himno del colegio que cantábamos los días de fiesta frente a la estatua del Ángel. Las estrofas que yo cantaba más alto, eran las dos últimas, pues me infundían gran seguridad el saberme amparada por mi ángel de la guardia, mi fiel y único acompañante, al que todas las noches invocaba en mis rezos antes de acostarme:

*...Y como el ángel inspira las almas
Los sentimientos de amor y virtud
Así también formarán sus hermanas
Los corazones de la juventud...
Siempre adelante sin desmayar
Que el Ángel de la Guarda dirige nuestro afán*

Del otro lado de los jardines, había un gran patio al aire libre, donde pasábamos los inolvidables recreos de la primavera, el verano y parte del otoño. Y más allá del patio cubierto, había una pequeña granja con cochinos, gallinas y otros animales, y, al final, la casita donde vivía don Aquilino, el capellán. Cuando hacía demasiado frío o llovía a cántaros, el recreo se hacía en un patio cubierto oscuro, gris, triste y frío que quedaba en el sótano y que no lograba albergar la desbordante energía y algarabía que desatábamos corriendo.

En el sótano quedaba también la cocina, dominio pleno de las monjas legas, quienes no habían tenido ni dote ni educación universitaria y, por lo tanto, se ocupaban de las tareas domésticas. Para diferenciarse de las monjas con títulos universitarios que les permitía impartir educación, llevaban la cofia blanca recortada y sus espacios de movilidad estaban restringidos principalmente a la cocina, los lavaderos y otras dependencias de servicio. ¡Siempre sentí como una injusticia el que no fueran iguales!

El segundo piso del edificio del colegio, lo ocupaban veinticuatro salas resplandecientes y modernas de clase para primaria y bachillerato, las salas de estudio, los laboratorios y los retretes. En el tercero estaban los tres dormitorios según la edad: el de las pequeñas, las medianas y las mayores. Cuando entré al colegio a los seis años, era la más pequeña, pero me pusieron en el dormitorio de las medianas con una de mis hermanas. Cada dormitorio constaba de cuatro largas filas con seis o siete camas y una celda individual adosada a la pared, la cual se abría en forma de biombo y se convertía en un pequeño espacio de intimidad que llevaba incorporado un lavabo y servía para asearse, desnudarse, vestirse y guardar la ropa. Al cerrar la puerta, se transformaba en una mesita de noche.

En esta segunda planta, también se encontraba la enfermería con dos salas para unos seis enfermos; en ella estuve más de tres meses cuando tenía nueve años, por una dolencia que el médico diagnosticó

como neumonía. Afortunadamente, los pasé leyendo libros y más libros que las monjas me traían de la biblioteca del colegio. La mayoría eran de aventuras como *Tom Sawyer*, *Robinson Crusoe*, *Los viajes de Gulliver*, *La vuelta al mundo en ochenta días*; también novelas juveniles, supuestamente adaptadas a mi edad, pues requerían la venia de las monjas. Creo que fue ahí donde se desató mi gran amor por la lectura que casi me llevó a inscribirme en la carrera de literatura, pero eso fue mucho después y cuando ya estaba en Venezuela.

Con mucha anticipación, mi madre quien había regresado a España con la intención de internarnos en el colegio había encargado a una costurera que nos preparara el ajuar solicitado por las monjas: uniformes, abrigos, toallas, sabanas, mudas, cubiertos...etc. Teníamos dos tipos de uniformes: uno de uso diario, que era negro y lúgubre, incluía un cuello blanco de plástico blando que se adosaba al cuello y se abrochaba con una polea que a veces se rompía con el consiguiente castigo de las monjas; en la cintura, llevaba una larga banda roja cardenalicia. Para las clases, nos poníamos un babi blanco encima del uniforme que algunos hoy en día llamarían guardapolvo. Para salir a la calle en invierno, usábamos una capa negra tipo cardenal, pero sin el ruedo morado cardenalicio. El uniforme de los domingos y días de fiesta era mucho más moderno; de lanilla y color gris claro con rayas blancas imperceptibles y se complementaba, en invierno, con un abrigo también gris que se emparejaba con una especie de sombrero-boina muy *chic*. Mi madre también encargó a la modista bordarnos las sabanas y las tres mudas que requería el colegio con el número correspondiente, que, de ahora en adelante, identificaría todas nuestras pertenencias en el colegio.

Entre los objetos que aún permanecen casi intactos, aunque un poco abollados por el uso, están los juegos de cubiertos de plata de ley autenticados con la marca 925 a los que mi madre mandó a grabar el número que nos asignaron a cada una de las tres hermanas. A mí, la más pequeña de las tres, me tocó el número 120, que además de estar grabado en mis cubiertos, estaba bordado a crucecilla roja en mi ropa para identificarla. Semanalmente las monjas legas lavaban la ropa en inmensas máquinas en el gran sótano y los viernes nos la depositaban, limpia y dobladita, encima de nuestra cama de manera que podíamos cambiarnos el día sábado. El sábado en la tarde debíamos bañarnos por turnos. Aunque no nos gustara tanto, sobre todo en invierno, bañarse, era uno de los pocos momentos de intimidad; se podía permanecer casi media hora en la ducha o bañera según te tocara, sin que las monjas te apuraran. Si en verano nos quedábamos en el colegio, como alguna vez ocurrió a raíz de alguna enfermedad mía o de mi hermana mediana, el día y hora de bañarse dependía del gusto de cada cual, ya que andábamos a nuestro aire por todo el colegio, jardines y patios.

Levantarse por las mañanas era lo más difícil, sobre todo en invierno cuando aún estaba oscuro. La monja prendía repentinamente las po-

tentes luces del dormitorio y con el destemplado sonido de “Alabado sea nuestro señor Jesucristo, Dios te salve María...” comenzaba el rezo matutino que la mayoría de nosotras no respondíamos. Cual zombis que habría que exorcizar, nos metíamos en la pequeña celda para lavarnos la cara, abrocharnos bien la polea del cuello de plástico, y trenzarnos el largo cabello lo mejor que podíamos, además de arreglar la cama, de modo de estar listas y en la fila, quince minutos después. En fila y según la estatura, caminábamos hacia la capilla del colegio presidida por la Virgen de la Inmaculada Concepción, donde el padre don Aquilino, diariamente oficiaba la misa. Después seguía la meditación, donde la mayoría quedábamos en estado de trance como sor Juana Inés de La Cruz debido, no a nuestra vocación mística, sino al sueño que aún no quería abandonarnos; ¡levitar en vez de meditar era una huida de nuestra triste y desamparada soledad matutina!

Durante la semana, la comida en el colegio que como ya dije se regía por la disciplina del silencio era servida por las monjas legas y constaba de tres platos: hondo, principal y postre. En invierno, el plato hondo consistía generalmente en un potaje de alubias, lentejas, patatas, legumbres, sopa castellana, o de fideos. No recuerdo lo que comíamos de primer plato en las otras estaciones, aunque probablemente fuera lo mismo, pues no había mucha creatividad en la cocina. Quizás variara el plato principal y el postre, que era invariablemente una manzana que según decían las monjas servía de cepillo de dientes por las propiedades que contenía y que nunca logré dilucidar. Raras veces nos servían un plátano, una pera, u otra fruta de la temporada.

El segundo plato constaba de pescado o carne. Mi plato favorito, la tortilla se comía normalmente en la cena cuando las comidas eran más ligeras; no obstante, debido a una alergia que desarrollé al cochino y al pescado azul, a veces en los mediodías me lo sustituían por tortilla o, mejor aún, por un par de huevos con patatas fritas que eran mi delicia y la envidia de mis compañeras de mesa.

Al llegar en fila al comedor, me quedaba en pie, junto a las otras tres niñas que se sentaban en mi mesa, mientras la monja desde una especie de pulpito que le permitía observarnos desde lo alto, rezaba una oración de agradecimiento por “los alimentos recibidos”. Nosotras decíamos “amén”, sentándonos ruidosamente, a pesar de la monserga de no arrastrar la silla. Creo que la arrastrábamos a propósito, en un acto de rebeldía y porque era casi imposible identificar a la responsable.

Sentada silenciosamente frente a los dos brillantes platos blancos de cerámica, donde el hondo se ponía encima del plano, el juego de cubiertos marcado con nuestro número y ordenado como se debía –la cuchara y el cuchillo a la derecha y el tenedor a la izquierda junto con la servilleta de lino bordada con mi número 120, esperaba que nos sirvieran el primer plato. Me quedaba ansiosamente mirando ha-

cia la mesa contigua, en un intento por adivinar qué verdura o potaje habrían cocinado ese día, hasta que llegaba la monja lega, con su humeante y agradable olor. Pero ¡no todo sabía cómo olía!

Además de la disciplina del silencio, otra regla que, de violarla, te aseguraba el castigo de quedarte sin recreo, era no terminar todo lo que te daban en el plato. Hasta que no te lo comías, no te servían el segundo plato. Tampoco podías levantarte de la mesa, cuando tocaban la campanilla indicando que se había terminado la hora de la comida, y las demás niñas que habían terminado de comer hacían filas para dirigirse al recreo en el patio abierto, o en el cubierto, según el clima. Así que nos quedábamos sentadas hasta que prácticamente hubieras lamido el plato.

EL CARNAVAL DE AFECTOS PUEBLERINO

Recuerdo el goce de ir al pueblo de mis abuelos, tíos y primos maternos donde pasábamos las fiestas de navidad y las largas vacaciones de verano, dada la lejanía de mis padres. Mi abuela Matea, oriunda de la orgullosa villa de Frómista que queda en el camino de Santiago, llegaba a buscarnos al colegio, portando una enorme cesta de mimbre llena de chorizos, pan redondo castellano y, a veces, queso de cabra, que servían para espantar el hambre, mientras esperábamos que nuestro tren partiera a las soñadas vacaciones, justo a las cinco en punto de la tarde.

Después de pasar el pueblo de Amusco, atisbar el famoso castillo de Monzón y apenas pararse en el poblado de Piña, el tren llegaba a Frómista, donde nos recibía el abuelo Alejandro y los tíos, tías y primos, con el apego campesino que se recibe a la familia, marcado por la austera y árida estepa castellana, donde el afecto no se mide por la cantidad de abrazos, sino que se palpa en la mirada y te empapa todo el cuerpo.

Frómista ha sido una villa relevante desde Edad Media cuando se fundó el monasterio de San Martín con su iglesia románica cerca de 1066. A su importancia contribuyó también el Camino de Santiago, considerado como una gran ruta de peregrinaje cultural y espiritual, que une España con el Occidente cristiano. Ello llevó a la construcción del monasterio de Nuestra Señora de la Misericordia fundado en 1436 y regido por los monjes benedictinos, junto con la construcción de hospitales para los peregrinos y la realización de obras de arte relevantes del arte medieval, como el retablo de la iglesia de Nuestra Señora del Castillo. Pero es la Iglesia de San Martín, que ya se estaba edificando en el año 1066, una de las obras más puras del románico español y mandada construir por Doña Mayor, viuda de Sancho Mayor, rey de Navarra, el hito más importante de los peregrinos de la ruta de Santiago.

Cobijadas por el afecto familiar, mis hermanas y yo pasábamos las vacaciones de verano y de navidad en Frómista. En las de Navidad, mi

abuela nos buscaba el día 20 o 21 de diciembre y nos quedábamos hasta después de Reyes que regresábamos al colegio. Recuerdo que el 22 de diciembre, todos los oídos de España estaban puestos en la radio y el sorteo de la lotería que se remonta, según dicen al siglo XV y era cantado por los niños del antiguo orfanato de San Ildefonso; todas las familias, aun la más humilde, participaban en el sorteo con la esperanza de ganarse el premio “gordo”.

Escucho el soniquete adormecedor de los niños cantores mientras que desde el pretil de la ventana donde estoy sentada con alguna de mis hermanas o primos, veo desfilas a los campesinos, algunos con sus burros y ovejas, en ruta a sus faenas cotidianas. Cuando me daba mucho frío y veía que mi abuela avivaba con el soplete el carbón del fogón que quedaba dos estrechas escalinatas más debajo de la sala y que fungía como cocina, comedor y sala de estar, me sentaba en la trébede donde acostumbábamos jugar baraja con mi abuelo Alejandro, o escucharle los sabrosos y maravillosos cuentos e historias que nada tenían que envidiarles a Las Mil y Una Noche. En invierno se preparaba en ese fogón, el puchero o cocido que comíamos en familia, aderezado con el porrón de vino con gaseosa que aprendimos a empinar desde muy pequeños. Los mayores frecuentemente nos reprendían con su risita irónica diciendo que los tragos del porrón eran muy largos para lo “pequeño” que éramos. Como buena hija de la tierra donde nací, sigo creyendo tan firmemente como Marcelino: pan y vino, ¡que, para comer pan, hay que empinar el porrón y que, para ello, no hay edades!

A veces la alegría de las vacaciones se empañaba un poco. De repente, en las fiestas decembrinas, en medio de nuestros juegos en el pretil, resonaba la radio anunciando: “Y ahora, vamos a poner la canción de El Emigrante para la señora Matea (mi abuela), dedicada por su hija desde Venezuela”. Entonces, uno de mis tíos subía, lo más que se podía, el volumen de la vieja radio de válvulas Philips, mientras todos hacíamos silencio y mirábamos a mi abuela. Ella, quien desde que murió Rosario, su hija más pequeña al cumplir quince años, hizo votos de vestirse con el uniforme marrón oscuro de las Carmelitas, se arremangaba el mandil que siempre cargaba encima y se quedaba alelada, entornando los ojos en la lontananza como si viera a su hija mayor, quien se fue sin su avinamiento, escuchando a Juanito Valde-rrama, quien con su voz de falsete cantaba las afligidas y nostálgicas estrofas de *El Emigrante*:

Adiós mi España querida / Dentro de mi alma te llevo metida / Y aunque soy un emigrante / Jamás en la vida yo podré olvidarte (...)
Mi corazón de emigrante / Lo llevo pa' tierra extraña / Será como un estandarte / Con la alegría de España / Como una madre amorosa / Y échame tu bendición / Tu nombre, España, es la rosa / La rosa de mi canción.

Al finalizar la canción, nos invadía una gran nostalgia y congoja, que inundaba la cocina y el modesto comedor, y se desparramaba hacia el pretil de la ventana, donde estábamos sentados todos los primos, con una pena que no sabíamos de donde venía. Era como como si ese sentimiento, tan callado y tan profundo que nos oprimía, quisiera salir volando por algún hueco para que mi madre pudiera sentirlo allá, en Las Américas. Otras veces le dedicaban *Adiós a España*, que popularizó, la voz cristalina y también de falsete de Antonio Molina, en el verano de 1954. En este caso, la tristeza penetraba las paredes y se quedaba oprimida en nuestras gargantas sin poder colarse:

Adiós mi España preciosa, la tierra donde nací / Bonita, alegre y graciosa, como una rosa de Abril / Ay, ay, ay, ¡voy a morirme de pena viviendo tan lejos de ti! / Cruzando la mar serena, con ella te digo adiós / ¡Qué lejos te vas quedando, España de mi querer! / A Dios le pido llorando que pronto te vuelva a ver / Como una rosa encendida perfuma mi corazón / Adiós mi España querida, pa' ti canto mi canción / Y al darte mi despedida, y es beso, y es oración / Mi España tierra querida, pa' siempre adiós.

Las ansiadas vacaciones de verano en el pueblo de los abuelos duraban una eternidad comparadas con las de Navidad, y son uno de mis recuerdos más entrañables. Deambulo alegre y libremente por los inmensos campos llenos de amapolas con mi prima, quien es de mi edad y vive con la abuela en vez de sus padres, para ayudarla en las tareas domésticas. Tal como lo hacía antes de entrar al colegio, salto entre los zarzales que según me contó mi abuelo, llevan dentro la roja sangre vertida en las guerras santas entre moros y cristianos (aunque hoy día, yo agregaría, “la sangre derramada en la cruenta guerra civil”).

El norte de la montaña Palentina es tierra de especies salvajes como los lobos, gatos monteses, jabalíes y el oso pardo entre otras. Es verdad que solo los he conocido en mis libros de lectura sobre la fauna de la provincia y que, además, Frómista no es la montaña palentina sino una llanura al lado del famoso canal de Castilla. Pero ello no disminuye el pavor que sentía de niña cuando andando a mi albedrío, me transformaba en la Caperucita Roja y presentía que el Lobo Feroz me atacaba en algún recoveco; entonces, corría desenfrenadamente sin aliento y sin mirar hacia el cielo donde habitan el águila y el búho real, junto con una gran variedad de mariposas, que en mejores ocasiones me hubieran embelesado con su vibrante aleteo y majestuosos vuelos.

Brincando, cantando y escondiéndonos para pasar cerca de las esclusas del canal de Castilla sin que nos vean las mujeres del pueblo que lavan la ropa en el río, nos aventuramos a meter los pies en el agua subiéndonos las faldas hasta donde el pudor nos permite. Para que mi prima no me llame gallina, me mojo los pies, pero el miedo a las corrientes y profundos pozos ocultos que dicen engullen a los niños, me hace castañear mis estrenados dientes, pues los de leche no hace

tanto que se cayeron sin que viniera el ratoncito Pérez a reclamarlos. En ocasiones atravieso, también con mi prima esos amarillos campos de trigo, las eras. Todos los días de la semana en verano, ella debía llevar las fiambreras de comida a mis cuatro tíos y también a mi abuelo, quienes laboraban en la labranza y aun no se iban del pueblo. Por lo general, la fiambarrera contenía tortilla de patatas que mi abuela había cocinado en el fogón, una hogaza de pan y la cantimplora llena de vino clarete. Al divisarnos, paraban la faena, se sentaban encima de los grandes rastrojos de espigas secas que reposaban encima de los carros de mulas o bueyes, y por un periodo corto se deleitaban con su porrón y tortilla; eso sí, debajo de un sol abrasador y sin más protección que un pañuelo blanco en la cabeza, con cuatro nudos en cada esquina a manera de sombrero. Cada dos o tres días y cerca de la hora de la comida, vamos a la bodega familiar que queda en las afueras del pueblo, para buscar el clarete bien fresco que proviene de los majuelos de los abuelos y que adereza la comida diaria. Hace tanto calor de regreso que envidio a los carros viejos tirados por los burros que se atraviesan en el camino.

Los recuerdos de la bodega son uno de los más memorables porque los días de calor, toda la familia iba a merendar a la bodega que era el lugar más fresco, ya que entonces no existían los aires acondicionados. Solo una vez participé de la vendimia y elaboración del vino clarete familiar, ya que generalmente se hacía en septiembre cuando ya estábamos de vuelta en el colegio. Recuerdo que en esa ocasión todos recogimos los racimos, que luego se depositaban en grandes tornos donde nos metían a los niños a pisotear las uvas, que supuestamente era la primera etapa para la elaboración artesanal del vino; salíamos de allí color vino tinto. Después de quitarles el hollejo, el vino se almacenaba en grandes toneles en el frescor de la bodega para su consumo durante todo el año.

La mayoría de las tardes, las pasábamos jugando alrededor de la iglesia de San Martín; aunque entonces no tenía conciencia, es la obra más importante del románico español. Formaba parte de un monasterio benedictino, fue fundada por Doña Mayor, condesa de Castilla a comienzos del siglo XI y se encuentra en pleno camino Jacobeo. La iglesia quedaba frente a la casa de mi abuela, quien con la vecina se turnaban para guardar la pesada llave de hierro que la abría. Cuando avistábamos a los turistas *franchutes*, como llamábamos a los franceses o a los de otra nacionalidad que no hablaran castellano, corríamos contentos a buscar la llave para abrirles la iglesia, pues con frecuencia nos daban una propina.

Confieso con culpa que algunos de nuestros demoniacos juegos, consistían en tirar piedras a las gárgolas, o demonios como los llamábamos, mientras cuidábamos los chorizos de la matanza del cochino de la familia, que mi tía o mi abuela habían puesto a secar en una soga frente a la entrada de San Martín. Como todas las familias del pueblo,

la nuestra tenía su marrano que se sacrificada cada año en diciembre. Los chorizos y morcillas tardaban en secarse dos o tres días, en que jugábamos a placer, sintiéndonos útiles pues nadie se ocupaba de nosotras; estaban afanados preparando las demás piezas del cochino para guardarlas en grandes toneles con aceite, en la oscura despensa que quedaba en la parte más alta de la casa.

Los capiteles de la iglesia eran realmente aterradores: leones y monstruos alados, grifos y cabezas humanas, cabezas monstruosas que se mordían los extremos de las alas. Creíamos cristianamente (pues para entonces yo era ferviente creyente, aunque dejé de serlo el día que pisé tierra venezolana) que a esas criaturas-demonios, y a esas bestias y figuras con cuernos que los custodiaban, había que castigarlas a pedradas y derrumbarlas, lo cual, además, era uno de nuestros mejores pasatiempos. Por las noches, evitábamos a toda costa pasar frente a su pórtico, pues la luz de la luna hacía cobrar vida a esas diabólicas figuras, bordadas en las piedras desde hacía siglos, que producían escalofríos que te recorrían todo el espinazo.

Una de las cosas que más me gustaba de las vacaciones en el pueblo era el afecto pueblerino que me envolvía. No solo eran mis abuelos, tíos, y primos, sino la gran familia extendida pues de algún modo estábamos emparentados con casi todo del pueblo, según consta en las lápidas, hoy olvidadas, de ese cementerio, al que un día de invierno, algunos gamberros cortaron los eucaliptos que le daban tanta prestancia.

Cada vez que volvíamos al pueblo de visita, ya adultos, repetíamos la rutina de ir a la bodega en familia. Tristemente, cuando mis tíos envejecieron, debimos cambiar esas rutinas por la visita a la residencia de ancianos donde terminaron sus días. Hoy, enlutada nuestra alegría de antaño por la muerte de todos los familiares, el cementerio de Frómista es un libro de historia materna al que me gusta regresar en busca de mis ancestros. Allí reposa gran parte del árbol genealógico de una rama familiar, que ya no crecerá junto a los altos cipreses y eucaliptos que lo bordean. El resto de la familia, tanto paterna y materna, ha ido quedando sin apellido pues las cuatro hermanas García Guadilla, fuimos mujeres.

PARTE II. DESRAIZADA Y TRANSPLANTADA

El brazalete de Caritas

Un calurosísimo día del mes de junio de 1960, fui encargada a la azafata, en el aeropuerto de Barajas en Madrid. Eran las seis de la tarde cuando esta me llevó, junto a las dos hijas del padrino de mi hermana menor, quien también había emigrado a Venezuela, a la escalerilla para abordar un avión cuatrimotor de Iberia que hacía un ruido infer-

nal. Íbamos rumbo al aeropuerto internacional de Maiquetía, cercano a Caracas, a reunirnos finalmente con nuestros padres, bajo el programa de reunificación familiar de CARITAS. Para completar el papeleo requerido, viajamos primero dos veces a Madrid con la abuela y tía de las dos niñas. Era la primera vez que visitaba la capital; hacía un calor tan infernal que lo que más recuerdo, es el increíble sabor de la Coca Cola, que, decían, contenía coca; tanto me gustó, que me llevé el sabor hasta Venezuela, pero allí nunca supo igual. El primer viaje que hicimos a Madrid fue para completar los requisitos médicos, vacunas, pasaportes y otros permisos necesarios. Éramos tres menores que emigrábamos solas y debían constatar que estábamos bien de salud, además de vacunarnos contra la fiebre amarilla. El segundo fue el día antes de salir hacia Venezuela.

Antes de subir al avión, colocaron en mi brazo izquierdo el distintivo de CARITAS, un brazalete con una gran cruz roja sobre fondo blanco que decía “INMIGRANTE”; palabra que me quedó grabada con tinta indeleble. Llegué al aeropuerto internacional Simón Bolívar de Maiquetía, casi veintiuna horas más tarde. Primero, hicimos escala en Las Islas Azores a las 3 o 4 de la mañana por un desperfecto del avión. Allí estuvimos como dos horas y nos dieron un té amargo, que seguro no era de manzanilla pues ese bien lo conocía. Luego, llegamos a un país llamado Puerto Rico donde nos bajaron a comer. Era tal la sed que tenía que me bebí la botella de cerveza que, con el extraño nombre de *Zulia*, me pusieron en el gran mesón, donde estábamos comiendo unos doce pasajeros más. Creí se trataba de un refresco, aunque sabía amargo y no me gustó. Tampoco me calmó la sed, pero me sentí tan hilarante que me lancé a correr por todo el aeropuerto con las otras dos niñas hasta que un policía grandote, de un color negro tinto como no lo había visto en mi vida, nos alcanzó y aprisionándonos con sus manazas, nos llevó al avión que estaba en la pista esperándonos.

Eran cerca de las 3 de la tarde del día siguiente, un calurosísimo día del mes de junio, cuando finalmente arribamos a Venezuela. Al bajar del avión, sentí una bocanada húmeda y pegajosa que hacía el aire irrespirable. Después de pasar aduana y vacunarme por segunda vez de fiebre amarilla, pues se olvidaron de darnos la constancia cuando me vacunaron en España, fui entregada a mis padres, quienes me resultaban casi unos desconocidos.

Mi padre acababa de comprar un coche, marca Opel *Capitán*, de segunda mano y una vez adentro, con toda la familia que fue a buscarme, muy orondo se enrumbo a Caracas por la carretera vieja de La Guaira, donde por primera vez percibí el dulce olor a mango, lechosa y guayaba, que hasta entonces desconocía. No sé por qué razón regresó por esa aculebrada vía, pues desde que llegó mi madre ya existía una moderna autopista, construida en los años cincuenta por el dictador Marcos Pérez Jiménez. Pasado un tiempo que me pareció infinito y del que

solo recuerdo que me mareó ese trópico tan ansiado y estuve a punto de vomitarlo en el camino, llegamos por fin a la capital de Caracas, donde vivía mi familia.

Después de los abrazos de rigor con dos de mis hermanas que se habían quedado esperando en casa e instalados en el apartamento ubicado de Remedios a Puente Brisas, Edificio Las Brisas Nº 16 de la parroquia de San José, mi madre me preguntó por los chorizos y el lomo de la última matanza del cerdo que me había entregado mi abuela materna para ella con todo su amor filial. Cuál no sería su decepción cuando al hurgar el gran bolso verde que me compraron con el fin de traerlo en la cabina del avión, no aparecieron las ansiadas exquisiteces con las que mi madre deseaba celebrar mi llegada. “Seguro se los quedaron los de la aduana”, atinó a decir con nostalgia, y yo recordé que en la aduana habían abierto el bolso verde fuera de mi presencia. Ni corta ni perezosa, mi madre bajó al abasto del gallego, que cada vez que se emborrachaba su esposa le pegaba, lo cual era frecuente, y le pidió un kilo de lomo español. Todos lo degustamos con el sabor de la añoranza impresa en nuestra cara que proclamaba a los cuatro vientos que no sabía ni remotamente lo mismo ¡Claro!, no venía impregnado por el olor y sabor del pueblo, ni por el amor de mi abuela.



Mis abuelos paternos: Gregoria Criado y Mauricio García.

¿Repatriando o expatriando a mi padre?

Suena persistentemente el teléfono en la madrugada de un día lunes de fines de mayo de 1999 en un apartamento de clase media en Caracas, mientras mi esposo, mis dos hijas pequeñas y yo, dormimos. Contesto, somnolienta, preguntándome angustiosamente quien puede llamar a esa hora de la madrugada. Del otro lado del teléfono, habla un amigo de mi padre, desde Fuengirola, quien había regresado a España hacia unos años. Sin mayores preámbulos, me informa que “mi padre ha fallecido hace unas horas en el hospital al que acudió”. Quedo muda, y por unos segundos, no puede articular palabras.

Había despedido a mi padre en Caracas hacia unos meses, cuando tomó la decisión de viajar solo a la madre patria, a pesar que le habían diagnosticado una angina de pecho. El almuerzo de despedida en el restaurante del Litoral el día que lo acompañamos al aeropuerto, transcurrió envuelto en tristes presagios, que ni siquiera mi cuñado

pudo despejar, a pesar de su genuina alegría y buen humor. Mi padre llevaba una maleta pequeña y había dejado todo organizado en el piso que habitaba, el cual acababa de pintar de blanco.

Sollozo desconsolada y espasmódicamente; no puedo imaginármelo muriendo solo en España, a sabiendas del miedo que él tenía a la soledad y la muerte. Su imagen en ese hospital, donde escuché que a veces los jóvenes médicos internos que hacen las guardias los fines de semana, discriminan a los ancianos enfermos y deciden si requieren o no una atención inmediata, me visitará en mis frecuentes pesadillas nocturnas por los próximos veinte años. Me pregunto, sin siquiera pretender imaginar la respuesta, qué fue a buscar mi padre en España. Presiento que el piso, de Fuengirola, desde cuya terraza se avista el luminoso mar Mediterráneo y que albergó por muchos veranos, la cálida alegría de todos nosotros, sus hijas, nietos, yernos, hermanos, cuñados y amigos, estaría hoy más solo, oscuro y frío que nunca. Estaba segura, aunque no lo vi, que ese último año en que mi padre regresó solo, pues mi madre había muerto hacía ya unos años, el luminoso piso debía parecer una cripta abandonada y polvorienta. Se me encoge el alma con la visión de mi padre cabizbajo, percatándose a última hora que sus afectos más anhelados, estaban a más de siete mil kilómetros de distancia. En su última carta, nos contó a mí y a mis hermanas, cuanto añoraba sus paseos en el parque del Este con sus vecinos y amigos, los menús del restaurante de Los Palos Grandes, donde comía diariamente desde que murió mi madre, los almuerzos domingueros y festivos con nosotras y sus nietas; se despedía diciéndonos que estaba ansioso por regresar. Pero nunca dijo la razón por la que viajó a España tan solo, aunque yo presentí que iba buscando afectos tardíos que había conocido el verano anterior que también había viajado a España, pues se fue muy emocionado.

Si brutal fue la noticia de su muerte, igualmente penosa fue la decisión sobre dónde enterrarlo pues en esa España, que hacía apenas dos décadas atrás, había salido de la mojigatería de la Edad Media causada por la guerra civil, no había aun cremación. Delante de mis ojos se pasmaron las punzantes evocaciones de ese deslucido domingo, en la cafetería de una clínica en Caracas, cuando estábamos esperando, aunque no lo sabíamos, el deceso de mi madre, y pude finalmente conocer de labios de mi padre, sus andanzas en las trincheras del mítico Frente del Ebro. A medida que mi padre se adentraba en la guerra atemorizado, desorientado y mal apertrechado, me atraganto con las potentes imágenes del ¡Ay Carmela! que tanto canté en mis viajes con el teatro universitario. Mi padre se apesadumbraba de haber sido una de las últimas quintas que llamaron al frente, pues para julio de 1936 aún tenía 22 años. En la intimidad que nos unía por la incertidumbre sobre el destino de mi querida madre, me transmitió el desasosiego, zozobra, agonía y miedo por haber estado del lado *“donde había que-*

dado"; y, desde donde, no podía distinguir si disparaba a su hermano, o al amigo que quedó "en el otro bando"

Aunque mis hermanas barajaban la posibilidad de enterrar a su padre en España, quizás esa triste recordación de la guerra, me llevó a decidir que sería enterrado donde lo esperaban todos sus afectos más íntimos, aunque tuviera que atravesar el Océano Atlántico, y aunque no pudiera, esta vez, desplegar esa premura y urgencia que siempre le invadía al regresar a casa. Al fin de cuentas, esa España de ahora, era un mero lugar de paso, al que él ya no pertenecía.

Además, en la vívida pesadilla nocturna que tuve la noche que me enteré de su muerte, vislumbré como un relámpago el día que visitando juntos la tumba de mi madre en el cementerio del Este en Caracas, me susurró, dejándola helada: "¿y ese otro espacio?, es para mí, ¿verdad?" Solo atiné a responderle: "sí, papá". Después de casi diez días de angustiosa espera, finalmente arribó el cadáver de mi padre a Venezuela por vía aérea, un gris y lluvioso día domingo. Ahí estaba yo, de cuerpo presente también, recibéndolo al pie del avión. Llegó embalsamado y en una urna de finísimo roble que una de mis hermanas, quien había viajado desde París donde estudiaba, se encargó de sellar ante la impotencia de no haber podido cerrar su última y amorosa mirada. Le dimos sepultura uno de esos escasos días tropicales, grises y lluviosos de junio; era el día antes de mi cumpleaños, el más sombrío y entristecido que tuve y tendré de por vida.

ERRANDO ENTRE DOS PATRIAS

Siempre me ha costado definir mi identidad nacional. Cuando me preguntan en España, de dónde soy, digo "venezolana, pero nací en Palencia y mi padre era de Valladolid"; y si me preguntan en Venezuela, respondo espontáneamente "venezolana, aunque mis padres son españoles". La realidad es que me siento cosmopolita y tal como se desprende de mi historia migratoria, además de haber crecido, soñado, luchado y vivido en muchos lugares, he estado abierta y familiarizada con la diversidad de culturas y costumbres. No obstante, a lo largo de mi habitar-estudiar-trabajar-viajar, he cimentado una red de profundas relaciones y afectos que pensé estarían siempre cerca, y enraizados en Venezuela. Desafortunadamente, el destino le dio la vuelta a la tortilla, pues al comenzar el nuevo siglo se desató una oleada de refugiados y migrantes venezolanos, que aún a pesar de la creciente xenofobia aun no cesa. Son o "¿somos?" ya, casi ocho millones de emigrantes; un cuarto de la población venezolana esparcida por toda la geografía del mundo.

La llegada de Hugo Chávez al poder en Venezuela en el año de 1999 con su cuestionado contestado proyecto de *Socialismo del Siglo Veintiuno*, desató la desconfianza de las clases media y alta. Dio inicio a las fallidas protestas de 2002 y a una primera ola de emigrantes,

compuesta mayoritariamente por jóvenes de clase media, altamente profesionalizados entre los que se encontraban muchos hijos de emigrantes europeos, cuyo destino principal fueron; los Estados Unidos y Europa. Inicialmente, muchos de estos jóvenes se fueron quizás con la intención de trabajar como profesionales, o de continuar estudios de postgrado y luego regresar al país. Sin embargo, la situación política se fue enrareciendo y ya no volvieron.

Después de la muerte de Hugo Chávez en 2013, se redujeron drásticamente los precios internacionales del petróleo y se agudizó la crisis económica y política, lo que generó una segunda ola de migrantes, más numerosa que la anterior. Aunque se trataba también mayoritariamente de jóvenes de clase media, donde también había hijos y nietos de emigrantes europeos, estos eran más jóvenes y aún no habían tenido la oportunidad de prepararse como la cohorte anterior. Además, muchos habían participado en las violentas protestas de 2014 y 2017 y temieron por su seguridad, dado el elevado número de muertos, presos, heridos y torturados, resultantes de la represión y criminalización de las protestas. Al no haber podido completar sus estudios, poseían un menor grado de profesionalización por lo que sus oportunidades de trabajo no fueron tan favorables como las del que el primer grupo. A pesar de ello, con el tiempo, se fueron insertando en las sociedades de acogida, entre ellas España, quien ha dado un generoso recibimiento a miles de inmigrantes venezolanos y es, en la actualidad, el país donde se encuentra la comunidad venezolana más numerosa de Europa. Quizás esta atracción de los venezolanos se deba a la afinidad lingüística y cultural y, por supuesto, a los lazos y redes familiares establecidas con la generación previa de emigrantes españoles a Venezuela.

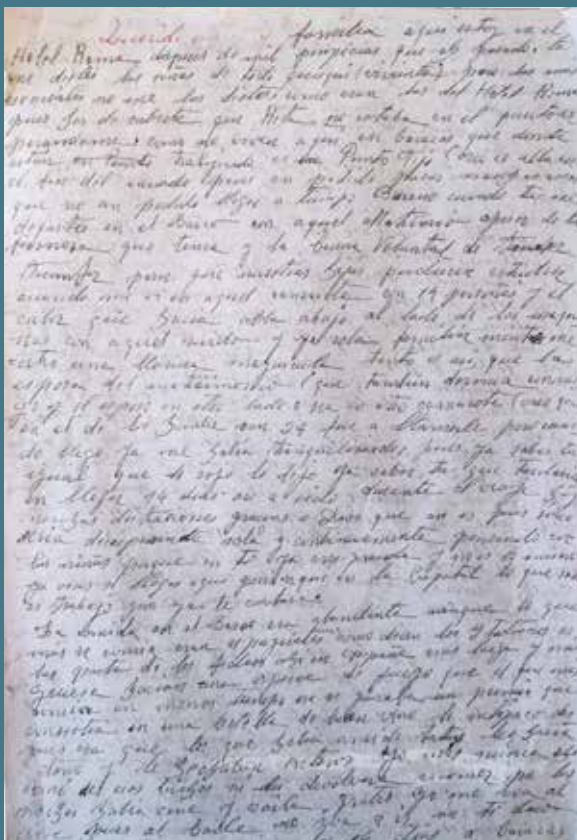
La más reciente, la tercera ola de migración, está compuesta mayoritariamente por migrantes venezolanos de extracción popular, quienes carecen de recursos para desplazarse grandes distancias y, en ocasiones, ni siquiera disponen de documentos de identidad. Por ello, se han visto obligados a trasladarse hacia donde las fronteras no se han transformado aún en murallas, y hasta donde sus fuerzas físicas y escasos recursos económicos les ha permitido llegar: Colombia, Ecuador, Perú, Chile, Argentina, Panamá, Brasil, Paraguay, México y Costa Rica son algunos de los de la Región donde se han instalado. Todavía algunos están recalando en Europa, sobre todo en España, que cuenta con una legislación más favorable para los latinoamericanos eligiendo; las Canarias, Madrid y Barcelona como los principales puntos de destino.

Mis dos hijas fueron parte de la primera ola que salió hacia Los Estados Unidos a hacer sus posgrados. Salieron a comienzos del nuevo siglo, después de terminar la carrera de medicina en Venezuela, que ambas escogieron siguiendo los pasos de su padre médico, para especializarse: la mayor en medicina interna y luego en infectología y la menor, en pediatría y luego también en infectología pediátrica. Si bien fueron más afortunadas que muchas personas de su generación,

gracias a la excelente formación que recibieron en las universidades públicas venezolanas, hoy a la deriva; en contra de mi egoísta expectativa, se quedaron trabajando en los Estados Unidos de Norteamérica, donde son también ciudadanas. Digo “egoísta”, aunque, quizás, yo también me hubiera quedado en otros destinos de haber sido joven y tener que enfrentar a las circunstancias tan difíciles que, hoy, existen en Venezuela.

Nunca pensé que en mí ya tatuada piel, se taladrarían nuevas expatriaciones; menos aún, que serían mis hijas, las emigradas. Tampoco que el vendaval venezolano me las arrancaría de cuajo, depositándolas donde ni siquiera la realidad virtual es capaz de penetrar las pétreas distancias. Di por sentado que germinarían, crecerían y se enraizarían en el trópico como el árbol de las acacias cuyas raíces son tan profundas que no temen a las inclemencias del viento y cuyas coloridas flores rojas y anaranjadas, desplegadas de cara al sol, alegran las avenidas y calles de la ciudad. Desafortunadamente, no fue ese su destino.

En estos momentos, resido en Valladolid, junto con mi esposo; una ciudad que me ha devuelto a mis padres y a mi infancia castellana, pero llevo muy dentro la añoranza del sol, del mar, de la gente alegre y desenfadada y hasta del caos del trópico venezolano. Paradójicamente, cuando estoy en Venezuela reniego del caos y extraño profundamente esta adustez y seguridad que me inspira España. Quizás porque en ninguno de estos dos lugares tengo quereres “presenciales” mi destino en los últimos cuatro años ha sido vagar, ir y venir como un barco sin anclas, en una especie de ritornelo errante que quizás sea el triste sino de los migrantes: al menos, fue el de mis padres y hoy, es el mío. Y es que una cosa es migrar y quedarte y otra muy distinta, es andar errante y buscando afectos, como yo ando.



Carta de mi madre escrita con sus impresiones al día siguiente de llegar a Venezuela.



Fadrique Ignacio Iglesias Mendizábal

Mención honorífica

LA CIENTÍFICA, EL TEÓLOGO Y EL ATLETA. BENAVENTE, COCHABAMBA, WASHINGTON, D.C. LA VIDA DE LOS IGLESIAS EN UNA MALETA

(USA)

I. SIN ABUELA, PANADERO NI PREGÓN

Reston, Virginia, EE.UU., 20 de abril de 2024

Tuvo que pasar un tiempo largo¹ para que, al terminar la llamada de *Whatsapp* en la que supe de la muerte de Laura Iglesias Romero²,

¹ Salvo que se indique lo contrario, todas las notas al pie son del autor del relato. (N.E.)

² Laura Iglesias Romero (Benavente, Zamora, 1926 - Madrid, 2022). Fue licenciada en Ciencias Químicas (1949) y Doctora en Ciencias con la calificación sobresaliente con premio extraordinario (1953) por la Universidad Complutense de Madrid. Desarrolló la mayor parte de su labor científica y como profesora de investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) en el Instituto de Óptica, donde llegó a ser jefa de Espectroscopia Atómica y Óptica Cuántica en 1983. Además, ha colaborado con investigaciones sobre espectroscopia de metales pesados en la Universidad de Princeton (EE.UU., 1957-1959) y con el National Bureau of Standards (EE.UU., 1964- 1965), organismo público de los Estados Unidos en el que trabajó como investigadora. Con el desarrollo de la Astrofísica, los datos obtenidos por Iglesias renovaron su valor para la identificación de espectros estelares. Entre sus

recordara, con los ojos vidriosos, aquella tarde ya borrosa y confusa de 2002 en la que mi padre me llevó a conocer un grisáceo estadio Santiago Bernabéu. Madrid era una ciudad a la que comenzaban a llegar miles de migrantes de varios países de América Latina explorando, una vez más, las oportunidades que no eran capaces de encontrar por sus pagos. Y no solo se trataba de los autores del boom literario latinoamericano, ilustrados y de apellidos castellanos como en los años 70. Se trataba de una migración multicolor, contracíclica, de bachata y ron, lejana a aquellas postales de españoles en Suiza, Alemania o Argentina, de hace algunas décadas. Por entonces España era una fiesta y un acaudalado constructor, Florentino Pérez, acababa de llevar al Real Madrid las mieles del poder: un plan para edificar un ramo de rascacielos en el viejo paseo de la Castellana y otro puñado de futbolistas catalogados como balones de oro humanos, entre ellos los dos primeros: Luis Figo y Zinedine Zidane, migrantes de lujo que se movían entre aguas encharcadas que se precipitaban por el césped del campo de juego, verduzco y homogéneo como alfombra persa. Aquel 9 de diciembre de 2003, dos de los Iglesias que protagonizan esta historia, Augusto³ y yo —su hijo menor, Fadrique⁴—, comiendo pipas en el lluvio-

investigaciones destacan aquellas sobre espectroscopía del Niobio II dirigidas por Miguel A. Catalán (físico español descubridor de los multipletes) y más adelante los espectros de metales pesados como el Manganeseo II, el Vanadio 2+, el oro (Au III), del rodio (Rh III). Ha sido profesora adjunta de Estructura Atómico-Molecular y Espectroscopia. En 1963 obtuvo el Premio González Martí de Física de la Real Academia de Ciencias de Madrid. Publicó 35 artículos en revistas científicas indexadas entre 1954 y 1989.

³ Augusto Iglesias Romero (León, España, 1938) es Ingeniero Industrial por la Universidad de Salamanca. Titulado de Filosofía y Teología en Salamanca y licenciado en Psicología por la Universidad Complutense de Madrid mientras ejercía el profesorado en el Colegio Estudio de Madrid. Diplomado en Educación superior por la Universidad Mayor de San Simón (UMSS) en 2000. En julio de 1977 retornó a Bolivia contratado por la Universidad Mayor de San Simón (UMSS), de Cochabamba, donde ejerció la docencia durante 27 años, en la carrera de Psicología, donde llegó a ser director, y posteriormente en la carrera de Administración de Empresas, con la asignatura de Psicología Industrial. Fue director del Instituto Tecnológico de Cochabamba entre 1978 y 1980 y desde el año 1988 hasta 2001 se dedicó a la formación empresarial como fundador y gerente general del Instituto IDEA – Cochabamba, organización impulsada por la Confederación de Empresarios de Bolivia. Entre 1978 y 2018 se dedicó a dar más de 300 cursos y talleres por Bolivia, Perú, Paraguay y Brasil, finalizando su carrera docente en la Universidad Privada Abierta Latinoamericana de Cochabamba en 2015.

⁴ Fadrique Ignacio Iglesias Mendizábal (Cochabamba, Bolivia, 1980) es cronista y planificador urbano, vive en Virginia, EE.UU. y tiene tres nacionalidades: española, boliviana y estadounidense. Es doctor en Patrimonio Cultural por la Universidad de Valladolid, España, donde también se ha titulado en dos másteres en Industrias Culturales y Desarrollo Económico Local, una licenciatura en Ciencias del Trabajo y una diplomatura en Ciencias Empresariales. Además, obtuvo un máster en Urbanismo por la Universidad de Georgetown, EE.UU. Ha publicado crónicas y textos en los medios bolivianos como El Deber, Los Tiempos, Brújula Digital y

so Bernabéu, descubrimos la temporalidad física de los lazos filiales. En ese momento pudimos masticar lo efímero de un instante de ocio padre e hijo, que habíamos imaginado años antes, y que difícilmente se podría repetir, con cada uno viviendo en la orilla opuesta del Atlántico primero, y en hemisferios opuestos años después.

Puede ser que los Iglesias hayan pasado por Benavente, quizás León, Madrid, Nueva Jersey, La Paz, Cochabamba, Tiquipaya, Valladolid, Washington, DC o Fairfax. El pueblo se hace chico, aunque no reneguemos de él —da igual si es la despoblada Zamora o la convulsa Cochabamba—, jamás nos llena y siempre nos llena; lo mismo si nos vamos a la capital del reino que a la capital del imperio, nunca es suficiente. No tenemos abuela en el pueblo ni panadero debajo de casa que recuerde nuestras hazañas y errores; ni daremos el pregón, porque no tenemos balcón en el consistorio de un ayuntamiento. No tenemos un apellido que preservar porque somos simples Iglesias y Romero; nuestros antepasados no son Julio o Enrique, ni Óscar o Berto. Son Marcelino y Laura. Dos empleados públicos castellanos de clase media, asalariada y funcional, que sobrevivieron a la posguerra sin mayor heroísmo ruidoso que el de criar, sin delinquir, a una familia numerosa en la vieja Castilla.

Estamos aquí para explorar, comparar y conocer inscripciones de padrón municipal y pasaportes, que terminarán como todos, en el viejo baúl de un colmado trastero que algún nieto o sobrino abrirá al cabo de unos años, cuando el pudor de escarbar recuerdos y tirar a la basura las antiguallas olvidadas se haya disipado, y así redescubrir que hemos vivido, que hemos soñado y que el tiempo nos ha llevado lentamente como tostadora giratoria, hacia la caducidad⁵. La acumulación de experiencias ha sido por momentos un ejercicio repetitivo, de escuchar las mismas historias de nocheviejas, *añonuevos* y otras fiestas de

Rascacielos y españoles como El País. Ganó el Premio Municipal de Ensayo del Gobierno Autónomo Municipal de Cochabamba (2023) y los premios de Crónica de El Deber (2015) y crónica gastronómica de MIGA y Rascacielos y (2020) en Bolivia. Fue finalista de los premios de microficción contra el racismo del Banco Mundial (2023), de crónica Bartolomé Arzáns de Rascacielos (2021) y Las Nuevas Plumas (Escuela Portátil/ Universidad de Guadalajara, México (2010 y 2011). Ha publicado el libro *Klaus Barbie, un novio de la muerte* en coautoría con Peter McFarren (Plural, 2014), ha editado el libro *Gabo tiene quien le escriba* (BID, 2015) y participó en la antología de no ficción *Hora Boliviana* (El Cuervo, 2015). Fue atleta olímpico por Bolivia en Atenas 2004 y Beijing 2008 y subcampeón iberoamericano de atletismo en Ponce, Puerto Rico, 2006. Aun es plusmarquista boliviano de 800 metros.

⁵ Agradecimientos. Una porción de las fotos adjuntas en este documento pertenece al archivo de José Antonio Iglesias Cadarso. En esta crónica participaron además de Augusto Iglesias Romero, Ana María Mendizábal, Begoña Iglesias, Mónica Tejada, Mina Iglesias Cadarso, Leonardo de la Torre y Ana Plaza, colega de Laura Iglesias, quien, a sus 99 años de edad, contestó cordialmente a mis llamadas de WhatsApp. Gracias a todos por ayudar a guardar una visión de la memoria familiar. (N.A.)

guardar, una y otra vez, con digresiones y anécdotas inflamadas de lo que hubiésemos querido, y ha sido en esa repetición cuando han saltado los detalles diferenciales y los hilos comunes de la madeja desordenada, pero amplia que son los Iglesias Romero y su descendencia.

El ejercicio repetitivo de Laura Iglesias Romero en sus artículos científicos —ininteligibles para la mayoría—, en sus cuadernos de química inorgánica y en los microscopios, desde que nació en un Benavente a blanco y negro, y de cuando pasó por las aulas de las universidades Complutense y de Princeton en una década en la que convivió en esta institución académica con ilustres apellidos como Einstein, Nash u Oppenheimer, hasta que se apagó su legado en una residencia de cuidados en Madrid, en 2022.

El ejercicio sistemático de Augusto Iglesias Romero en el aprendizaje de filosofía, teología, ingeniería industrial y psicología, del rezo jaculatorio, meditación y ecuaciones, entre Guadalajara, Salamanca y Béjar, para pasar a la misión educativa entre las montañas andinas de La Paz y la enseñanza universitaria en la comunidad salesiana de Bolivia, y asentar su carrera, ya sin hábitos y con una familia a cargo, en las aulas universitarias de la Universidad Mayor de San Simón en Cochabamba, donde aún vive en un pueblo en las faldas de la cordillera del Tunari andino, ya jubilado.

La práctica rutinaria del atleta olímpico Fadrique Iglesias Mendizábal, el abajo firmante, al dar vueltas corriendo alrededor de una pista de atletismo a orillas del río Rocha de Cochabamba y más adelante del Esgueva de Valladolid, ambos con caudales fatigados y manguantes, y luego juntando letras que representan hechos no ficcionales, entre un teléfono móvil con múltiples redes sociales y un ordenador en el área metropolitana de Washington DC, mientras su esposa Mónica y sus tres hijos Enzo, Adrián y Amaya —bilingües y nacidos en esta capital— duermen, anticipando a lo que será el día siguiente en el ayuntamiento de Herndon, donde trabaja como funcionario municipal de urbanismo.

Esta crónica es el resultado de un proceso de curaduría de la memoria, a veces precisa, a veces engañosa y otras caprichosa, de indagación, hasta hallar la historia de manera obsesiva. La repetición insistente es aquello en lo que los Iglesias incidieron en sus procesos formativos a lo largo de sus vidas, desde la normalidad de entender que no son portentos naturales, sino currantes que han encontrado oportunidades afortunadas en sus caminos, a veces pedregosos y otras con picos y valles. Lamentablemente esa obsesión les impidió que volvieran a andar por las calles y cementerios que recorrieron sus progenitores en la hoy lejana Zamora —la misma de Leopoldo Alas, Clarín— del siglo XIX y comienzos del XX.

II. NAVIDADES DE 2003

Madrid, 9 de diciembre de 2003

Augusto Iglesias Romero, había llegado a Madrid hacía escasos minutos, a la casa de su hermana mayor, Laura, quien le esperaba con café colombiano y tortitas de aceite de oliva anisadas Inés Rosales, igual que cuando compartían techo familiar en el apartamento de la Avenida de Valladolid, número 5, en el barrio madrileño de San Antonio de la Florida en los años 50. La cafetera exhalaba su vaho hacia el parque de Berlín, a cinco minutos del estadio Santiago Bernabéu y del Auditorio Nacional de Música, por donde ella, jubilada ya del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España (CSIC)⁶ donde trabajó durante décadas, se pasaba las tardes asistiendo a las actividades culturales que no pudo abarcar años antes, cuando su vida se distribuía entre congresos científicos y microscopios en laboratorios de investigación.

El reencuentro de los hermanos Iglesias Romero —la mayor y el menor de una decena— fue especial, por lo infrecuente. Sus padres, Marcelino Iglesias (Benavente, Zamora, 1891) y Laura Romero (Villardecievros, Zamora, 1900), no eran de veranear en familia, pues el contexto de la posguerra y las cabezas a cuestras lo complicaban más; Augusto con los suyos tampoco, menos aún en lo relacionado con vuelos transatlánticos. Desde que Augusto, su esposa Ana María y la recién nacida Begoña Iglesias Mendizábal migraran en 1978, no tuvimos un viaje familiar a España y Augusto solamente tomaría la ruta Cochabamba - Madrid para visitar a sus hermanos en cuatro ocasiones. El retorno a Madrid de Augusto en 2003 era especial además porque era la primera vez que yo, el hijo menor del hermano menor era incluido en un encuentro en la península.

Laura Iglesias Romero (Benavente, 1926) no era solo la hermana mayor de Augusto (León, 1938), sino también quien llegó a ejercer las labores de matriarca, reemplazando en funciones a su madre, Laura Romero, fallecida en un trágico accidente al salir de la misa que su propio hijo Augusto ofició en la ermita de San Antonio, frente a su casa de la Avenida de Valladolid, un miércoles de octubre de 1965, justo un mes antes de que el entonces sacerdote misionero en ciernes fuera destinado a Bolivia.

Seguramente aquella mañana en la que Laura Romero, mi abuela, cruzó la calle al salir de misa, no estaba pensada como una jornada especial. Después de la celebración, Augusto guardó su casulla en la sacristía, al tiempo que Laura se daba prisa para calentar el cocido maragato, y así coincidir en la comida y ponerse al día con su hijo

⁶ Santesmases, María Jesús. "Laura Iglesias Romero". *Mujeres Ilustres*. Instituto de Filosofía, CSIC <<https://www.csic.es/es/el-csic/ciencia-en-igualdad>>.

menor. Sin embargo, aquel día de 1965 fue distinto. Mientras doblaba la hoja dominical y cancionero de la misa para introducirla en el bolso junto al monedero, al cruzar la calle un *Seat* 600 la embistió, dejándola tendida en el suelo. Cuando el conductor se detuvo, nervioso, ante el cuerpo sangrante, inerte, paralizado, no imaginaba que el sacerdote que salía raudo de la ermita era hijo de la víctima, por lo que solo atinó a llevarla al ambulatorio más cercano, donde lamentablemente no tendrían la capacidad de reanimar el cuerpo, que para el medio día ya presentaba ausencia de signos vitales.

Augusto, al ver el revuelo causado por el tumulto, preguntó quién fue la víctima, sin obtener más que nociones confusas. Para cuando comprendió que era su madre, debió peregrinar por varias clínicas de Madrid hasta dar con el sanatorio correcto, donde yacía el cadáver. Ya era muy tarde. Augusto había quedado huérfano de madre. Duro de aceptar, más aún sabiendo que su viaje a Bolivia era cuestión de días.

Mi encuentro de 2003 con Laura y Augusto tenía una carga emocional añadida, porque yo, que vivía desde 2001 en Valladolid, gracias a una beca deportiva de la Junta de Castilla y León. Por fin era capaz de cerrar el círculo de la migración cíclica, y contrastarla en el territorio; desandar el camino que mi padre, Augusto, comenzó aquel día de 1965. Luego de tantos años de escuchar los relatos de mi padre en navidades, días de Reyes y fiestas en el zaguán que conducía al patio decimonónico de la Casa de España de la calle Esteban Arze de Cochabamba, finalmente yo, el menor de los Iglesias de América podía cotejar aquellas fábulas con la realidad.

Podría comprobar, de primera mano y en atención a mis percepciones, qué tan luminosa era realmente la Gran Vía, y si de verdad el Manzanares se congelaba en invierno, y si los chicos en el colegio leían —y entendían— el Quijote en lugar de estar en casa viendo uno de los dos canales que ofrecía la televisión, o si las clases de música servían para aprender de Pau Casals, sin tener que cumplir la marcial tarea de



Izquierda: Una de las escasas fotos de los Iglesias Romero al completo. Arriba: Pipe, Laurita, Alfredo, M. Helena, Bito, José Luis y Manolo. Abajo: Manino, Augusto, Laura y Marcelino, hacia 1955. Derecha: Los Iglesias Romero, con algunos hijos de Manino en la foto, hacia 1960.

memorizar las letras de los himnos en homenaje a guerras siempre perdidas. Quizás más bien aquellos sesgos en la percepción distorsionados por la frágil memoria humana respondían a la idealización de la distancia, a las situaciones que Augusto, motivado con erigir un hogar multicultural, fue acumulando en la mochila o al simple paso del tiempo.

No hubo decepción con lo que vi, sino con lo que imaginé. El contraste en el diseño arquitectónico del Madrid de los Austrias y los efectos posteriores al Ensanche del Plan Castro, acicalados con la arquitectura contemporánea y la cultura viva más *cañí* bastaban para crear uno de los ambientes más festivos de Europa, aunque no necesariamente encajaban con la recomposición de Madrid que hice en mi cabeza, cualquiera que fuera. En definitiva, no era una cuestión de falta de coincidencia estética, sino de descolocación ante la narrativa. Muchas percepciones de mis padres fueron desechadas y otras tantas confirmadas en su cercanía a la propia percepción, pero lo que más llamó la atención fue que mis padres nunca notaran —o que al menos no nos transmitieran— algunos elementos para mí distintivos, como que en España no abundaban los perros callejeros; o el malhumor o rudeza de los funcionarios públicos en contraste con la garapiñada modosidad andina; o la agresividad en el lenguaje hacia el forastero, principalmente latinoamericano. Los términos despectivos *pony*, *panchito* o *sudaca* me eran ajenos hasta que los empecé a escuchar, frecuentemente *por lo bajini* y con risas de soslayo, y algunas veces referidos a mí y a mi acento; las más, alusivas a compatriotas bolivianos trabajadores de la construcción.

En su afán educador, tampoco me transmitieron el ambiente festivo de barrios como Lavapiés, La Latina, Chueca o Malasaña, probablemente porque la “movida” madrileña y su destape les encontró en un periodo de apreturas económicas, entre su marcha de Bolivia y el nacimiento de Begoña Iglesias Mendizábal, en 1976.

Las Navidades de 2003 las pasamos tranquilamente en casa del hermano mayor, el siguiente a Laura, Marcelino Iglesias Romero, *Manino*, en la casa matriz que los Iglesias bautizaron como Villa Laura, en la Calle de León 2, en Galapagar, al lado de Collado Villalba. La parcela debía el nombre de su vía a una decisión arbitraria de Manino, quien, al ser topógrafo, conocía a los agrimensores y funcionarios municipales de la pedanía. Cuando Laura compró el solar todavía era un páramo, en una arteria sin nombre a la que llamaron calle de León, en alusión al lugar que más emociones evocaban los Iglesias Romero, y cuyas coordenadas lleva tatuadas desde hace pocos años uno de los nietos en el brazo. Los Iglesias de Bolivia, en un ejercicio similar, nos inspiramos en aquellas ilusiones que Laura compró a algún promotor inmobiliario cuando adquirió en 1960 la entonces casa rural de Villalba. Nosotros lo hicimos en una población a 15 kilómetros de Cochabamba, Tiquipaya,



Navidades de 2003 en casa de Manino en Villalba. Los hijos y nietos de Manino y Carmina, con la visita de Laura y Augusto.

donde viven en la actualidad Augusto y Ana María en lo que fue la campiña del valle de Kanata antes de que la desforestación y los edificios desmontaran un territorio bucólico, hoy convertido en un pueblo en transición a la vida suburbana residencial que también acoge a estudiantes brasileños en busca de una vida más barata.

La tarde del 25 de diciembre de 2003 en Villalba fue entretenida, entre juegos de mesa, turrone, chistes de cuñados y recetas que revivían historias de bisabuelas, más o menos como describían Laura y Augusto las suyas, con la diferencia —no menor— de que ya habían pasado siete décadas desde la guerra civil. Aquella España de blanco y negro que comerciaba en pesetas, tenía poco que ver con la España de teléfonos móviles Nokia y teletexto, de los euros estrenados unos meses antes acuñados con la cara de Cervantes y la catedral de Santiago de Compostela y de la bonanza previa a la burbuja inmobiliaria, que causaría una nueva ola migratoria, con la consiguiente e inopinada expulsión de talento joven español, a partir de 2008.

Aquellas breves vacaciones invernales de 2003 las pude aprovechar completas, muy a pesar de los rígidos esquemas de convivencia de mi entrenador de atletismo, mentor del campeón de Europa de 5.000 metros Isaac Viciosa y supernumerario de un grupo religioso conservador. La residencia de deportistas de Valladolid, donde yo vivía, cerraba unos días por fiestas de fin de año, aun cuando había entrenado esa temporada invernal para competir en la carrera de larga distancia navideña más popular de Europa: la San Silvestre Vallecana.

Los 12 mil corredores salimos del acomodado barrio de la tía Laura, el cruce entre Concha Espina y la Plaza Sagrados Corazones, cerca de Chamartín. Caía aguanieve sin cuajar y rozamos los cero grados centígrados. Conforme avanzábamos hacia Vallecas, en un principio calle abajo por el paseo de la Castellana, se escuchaban bandas musicales que acompañaban tanto a los atletas, algunos disfrazados, como a los mirones que esperaban el fin de año. Fue a partir de Atocha cuando las cuestas comenzaron a aparecer con mayor gradiente y la ilusión impulsada por los aplausos y ánimos de transeúntes cedían su inten-

sidad ante el aturdimiento que producían las 200 pulsaciones por minuto —y en ascenso— generadas por la repetición aeróbica al enfrentar el recorrido a velocidades normales para atletas de Kenia y Eritrea, pero no tanto para un corredor como yo que iniciaba una transición de especialidad —de carreras cortas hacia aquellas de media distancia— y menos aún para un familiar recién retornado a la patria de su padre, a quien aún no le era del todo familiar el clima invernal y las cenas a las 10 de la noche.

Augusto completó el trayecto desde la rueda de prensa previa en el hotel Príncipe Pío el día antes, y luego en la salida de los atletas en Chamartín el 31 de diciembre a las siete de la tarde, hasta la llegada en el abarrotado Estadio de Vallecas, a trompicones, a paso apurado y con ayuda del metro para acortar camino y así poder coincidir conmigo en meta, llevando la mochila y un bote con bebidas isotónicas. La prisa también estaba marcada por la urgencia de regresar antes de medianoche, a tiempo para festejar el cierre de un 2003 con sus hermanos después de varias décadas, y hacerlo telefónicamente con el resto de su familia en Bolivia, Ana María Mendizábal y Begoña Iglesias, con los mismos 10.000 kilómetros que le separaron de sus padres en el siglo pasado.

Unos días más tarde, volvería a abrazar a algunos de sus hermanos para despedirse, definitivamente de algunos a quienes ya nunca volvería a ver. Otro viaje más con sensación lacrimosa, aunque irreversible. El hijo universitario tratando de construir su propio camino, la jubilación sobrevenida en una Bolivia sumida en una de sus frecuentes crisis políticas. Otra vuelta de tuerca más.

III. LAURA Y EL EXILIO CIENTÍFICO

Benavente, 14 de marzo de 1926 - Madrid, 14 de abril de 2022.

Laurita vestía elegante aun cuando no derrochaba, pues daba prioridad a la calidad por encima de la cantidad o del glamour ostentoso. No era una entusiasta de la moda, y para ella, comprar ropa en los alrededores de Serrano y Goya respondía más a la proximidad geográfica y una búsqueda de calidad en el producto que redujera su necesidad de adquirir objetos, que, a un impulso por mostrarse alineada a cánones temporales, aun cuando su apariencia no parecía desfasada. Al igual que en la ciencia, sus esfuerzos de trascendencia eran más bien una consecuencia inopinada. También definió su carácter la constancia, pues recelaba del atajo o del camino fácil, lo que hacía que a veces proyectara una sensación de desconfianza hacia la gente externa al ámbito doméstico. Si bien se la podía percibir como fría, en lo relacionado con la porción afectiva en la expresión de los sentimientos directos, era atenta y *jugona* en el cuidado de sus sobrinos. No entraba



Izquierda: Laura y Manino posan para la foto de su primera comunión, hacia 1936. Centro: Laurita en la procesión de la Divina Pastora de León, en 1931. Derecha: Retrato de Laura en los años 50.

en los parámetros clásicos de tía molona, sino más bien en la escala de una mentora familiar con una sofisticación particular, pendiente de los suyos en un abanico de temas que abarcaban desde las preocupaciones intelectuales hasta otros asuntos más domésticos o pueriles como temas médicos, e inclusive detalles aparentemente más estéticos o frívolos.

Era delgada, con esa peculiar nariz aguileña y manos alargadas, de dedos huesudos. Sus uñas parecían eclipses solares, pues sus lúnulas prolongadas —esa media luna creciente— eran inconfundiblemente Iglesias, parecidas al resto de hermanos y sobrinos. Además, solía ser de rutinas y acciones diarias cuidadosamente planificadas. Acudía a misa cada domingo en la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe, la llamaba *iglesia del sombrero mexicano*, por su forma cónica. Era también de dividir cada verano entre congresos, visitas familiares a Villalba y una semana de veraneo en algún lugar del Mediterráneo, según le diera la intuición.

Su principal rutina estuvo ligada a los laboratorios, donde dedicó una vida a tiempo completo a la investigación, al aprendizaje de la química y la física y a la divulgación de su conocimiento. Para ella se trataba de algo normal, sencillo. Cuando comenzaba a hablar de química y física mostraba cierto pudor y evitaba complejizar demasiado el relato. Ponía esfuerzo en llevar la conversación hacia la simplicidad, lo que generaba en su contertulio ganas de aprender de materiales orgánicos y fuerzas espectrales, fuese este carpintero o inspector de Hacienda. Su participación en congresos científicos la llevaron a media centena de países, cifra difícil de alcanzar en una época en la que los viajes tran-

satlánticos era un asunto de ricos, y más aún por ser una mujer soltera. Sitios dispares como Marruecos, Australia, Israel, Canadá, la mayor parte de países europeos e inclusive Nepal, donde sobrevoló los *ocho-mil* metros del monte Everest y el parque nacional de Sagarmatha, tras alquilar una avioneta. Laura era una independiente en el sentido más preciso de la palabra, aunque respetaba estructuras e instituciones.

Había crecido en un ambiente en el que estaba acostumbrada a hacer de todo, ayudando a su madre Laura Romero a cuidar a varios de los hermanos menores, un par de gemelos —José Luis y Manolo— a Pipe y al pequeño Augusto, con quien tenía una relación especial. Tomaban con naturalidad la vida de tribu, los desayunos en 80 metros cuadrados entre 11 personas —nueve hermanos y los padres, pues uno, Antonio, murió en León en 1942 de meningitis— compartiendo un reducido frigorífico y un solo baño, en un apartamento sencillo. Sus padres le facilitaron la posibilidad de escoger, luego de luchar, entre ser una científica o apostar por aprobar una oposición a maestra de escuela que le permitiese encarar un posible proyecto familiar —que jamás buscó— con la estabilidad necesaria. Escogió la primera opción. La muerte temprana de Toñín en 1942 había dejado una ráfaga de desasosiego en casa, pero no había tiempo de parar a lamentarlo, pues había otros nueve niños necesitados de afecto. Así lo recuerda Augusto en cartas que me envió:

En estos días de febrero en León, aparecían los primeros recuerdos de mi vida. A los cuatro años recuerdo el féretro blanco en que yacía mi hermano Toñín. Papá y mamá nos hicieron desfilar ante el féretro a todos los nueve hermanos. El balcón estaba abierto a la calle Ramiro Valbuena, un segundo piso; me asomé y vi que la calle estaba llena de gente. Descubrí entre la multitud a muchos de los chicos del colegio de los Agustinos, supongo que estaban todos los compañeros de curso de Toñín. A la puerta de casa estaba parado el coche fúnebre de dos caballos. Los ojos llorosos de papá y mamá son lo único que recuerdo de aquel entorno fúnebre. De mis cuatro años de vida, los pocos recuerdos que tengo se focalizan en la ciudad de León.

Quizás esa fuera una de las razones que impulsó a la familia Iglesias Romero a salir de León, un cambio de aires⁷. Marcelino Iglesias y Laura Romero, luego de un cuarto de siglo en León, con un breve periodo por Vigo, donde nació el tercero de los Iglesias —Eusebio—, llegaron a Madrid, donde se abrían más posibilidades para que los hijos pudieran acceder a estudios universitarios y trabajos remunerados. Por esos días Laura Iglesias Romero ganaría una plaza funcionarial de maestra escolar entre 1946 y 1949 en varios pueblos como Toral de los Vados (León), Las Hunfrías (Toledo) y Socuéllamos (Ciudad Real). Al conven-

⁷ El autor introduce algunas fotografías que, por estar extraídas de una conocida web, no pueden utilizarse en la publicación. (N.E.)



Laurita (izq.) y su madre Laura (der.) posan en una fiesta familiar, hacia 1950.



Laura Iglesias en un laboratorio, hacia 1960.

cerse de que la vida rural no era lo suyo, y con estas experiencias en la mochila, Marcelino sugirió a su hija mayor titularse en estudios de mayor rango. Laura cursó los estudios de profesorado Mercantil y unos años después, en 1950, obtuvo la Licenciatura en Ciencias Químicas; cinco años más tarde, en la Universidad Complutense de Madrid, defendió su tesis doctoral también en Química. En esa etapa conoció al profesor Miguel Catalán, físico espectroscopista e investigador español, quien cambió su vida.

Con Catalán, profundizaron su amistad después de conocerse en la asignatura que él impartía en el doctorado, Estructura de la Materia y Espectroscopía. Con una máxima calificación —matrícula de honor— fue su primer vínculo hacia una tesis doctoral que concluyó en 1955 con el grado máximo de Sobresaliente *cum laude* y Premio Extraordinario, lo que le abrió puertas para una carrera que alcanzaría un *rellano* en EE.UU.⁸ Sabedor del temple de Laura, Miguel Catalán, poco antes de morir en 1957, le sugirió postular a una beca para investigar en la Universidad de Princeton, Nueva Jersey, EE.UU. donde él ya había trabajado y colaborado con el científico canadiense Allen Shenstone, su frecuente coautor y amigo. Laura obtuvo la beca.

Al llegar a Princeton todavía sonaba el runrún de la muerte de Albert Einstein y culminaban los años productivos del matemático John F. Nash Jr., antes de que la esquizofrenia se llevara por delante sus investigaciones sobre las aplicaciones de la teoría de juegos a las decisiones de los individuos. No es necesario ver la premiada película: Una mente maravillosa; que prolongaba el mito de Nash antes de recibir el premio Nobel de Economía mucho después, en 1994, para darse cuenta de que la máxima élite científica del mundo por aquellos años era un coto casi cerrado para quienes no eran varones, blancos, angloparlantes y residentes en universidades anglosajonas. Laura lo percibió nada más llegar, con la naturalidad de saber que el mundo cambiaría y que ella podía aportar lo suyo a la hora de derribar mitos. Aun sin comerse la cabeza, Laura se sentía fuera de lugar en aquel oasis intelectual

⁸ Carrascosa Santiago, Alfonso V. Biografía de Laura Iglesias Romero. *Real Academia de la Historia Española*. Accedido en diciembre de 2023.

entre comunidades semirrurales, puritanas y conservadoras que premiaban la vida individual, pero también por varios otros motivos culturales menos trascendentes como la costumbre de cenar a las cinco de la tarde y dormir para esperar un siguiente día en el que mantener o mejorar la productividad, y quizás reunirse una vez al año con familiares, para celebrar el día de Acción de Gracias.

Laura comprendió rápidamente los consejos de sus padres. Ambos entendían que Madrid

representaba un mundo de posibilidades para los hijos, no solo por las oportunidades formativas alrededor de la universidad, sino también por el mercado laboral, renqueante en aquellos años de autarquía, y de difícil acceso para quien no tuviese tierras, una carta de recomendación bajo el brazo o título nobiliario. En una vuelta de tuerca, decidió ampliar el espectro de posibilidades más allá de Madrid e incluso del océano Atlántico, aunque muy pronto sospechó que aquellas estructuras cerradas cambiarían, quizás no a la velocidad que ella necesitaba. Ese no era un asunto decisivo a la hora de considerar seriamente echar raíces en EE.UU. o volver a Europa, pero pensó que si se decantaba por España, al menos tenía a sus hermanos en la proximidad —a casi todos, menos uno, el de Bolivia— y eventualmente a 19 sobrinos. Las presiones, aun cuando fueran solo percibidas, de sus padres también pudieron tener efecto. Así pues, se decantó por una vida culturalmente más próxima a sus aspiraciones, pues al final de cuentas, para pasar horas en soledad, tenía ya su laboratorio en el CSIC, lleno de microscopios, tablas periódicas y tubos de ensayo.

EL LEGADO

El texto que sigue fue escrito por Laura Iglesias Romero. Suponemos que lo leyó a propósito del lanzamiento del Premio de Investigación Laura Iglesias, en 2007. La ponencia se tituló “Pioneras en las Ciencias Experimentales en España”⁹:



Artículo de Laura, publicado en Journal of Research, National Institute of Standards & Technology.



Laura y un par de amigas posan en el Faro de Cabo Espartel, en Marruecos.

⁹ Iglesias Romero, Laura. Pioneras en las Ciencias Experimentales en España. Laura Iglesias. Prof. de Investigación Científica. Discurso leído la presentación del Premio “Laura Iglesias” para Mujeres Investigadoras convocado por la Consejería de Familia

Como principio de esta charla sobre “pioneras en las ciencias” creo necesario advertir que los datos que yo puedo aportar a este interesante congreso son, por mi edad, relevantes sólo como una modesta aportación a la historia de la irrupción de la mujer a la investigación científica y tecnológica. Sólo por ello, me parece oportuno contar algo de mi currículum sin otro fin que el de ambientar un poco los pasos que tuve que dar en mis inicios.

Durante la carrera de Licenciatura en Químicas y, aparentemente sin grandes dudas o divagaciones, había pensado que me gustaría trabajar en el campo de la Química Orgánica... ¡Qué poco duró eso! Al estudiar seguidamente, en el Doctorado, la asignatura de “Estructura de la materia y espectroscopia con el profesor Miguel Catalán, su personalidad científica y sus enseñanzas me alucinaron (como se dice ahora) de tal manera que, se acabó para mí en ese instante y, sin darme cuenta siquiera, la Química en general y la Orgánica en particular, para entregarme rotundamente y ya, sin disyuntiva posible a un tema de ... FÍSICA PURA, la “Espectroscopia Atómica”, que ya no abandoné durante los cuarenta y dos años que duró mi vida laboral activa.

El descubrimiento de los multipletes en 1921 por Catalán causó verdadera sensación entre los físicos atómicos. Fue el tema de moda en todos los laboratorios de Física Atómica y lo que le hizo famoso. Siguiéron años de actividad muy fecunda y fuertes relaciones con los científicos de Europa y Estados Unidos, en donde fuimos años después muy bien acogidos sus discípulos. En 1934 ganó la Cátedra de “Estructura Atómico-molecular y Espectroscopia” que desempeñó durante 20 años. Desde ella continuó ampliando sus investigaciones. Impulsada por el profesor Catalán solicité una beca en el año 1956 para investigar en la Universidad de Princeton, N.J., EE.UU. donde él ya había trabajado y colaborado con el profesor Shenstone, su gran amigo. Desgraciadamente Catalán falleció pocos meses después.

Así que en 1958 marché a Estados Unidos, con mi juventud, dejando atrás una familia sencilla, muy numerosa, con solo dos mujeres y en la que yo era la mayor, en unas circunstancias tan difíciles por aquel entonces, con mi escaso bagaje de méritos profesionales, y un conocimiento de la lengua inglesa adquirido en una academia madrileña. Al llegar a Princeton, universidad prestigiosa en la que habían trabajado varios Premios Nobel, entre ellos Albert Einstein, lo primero que me sorprendió fue el comprobar que era una universidad solo de hombres. Por ser de origen “episcopaliano”, no había ni en el claustro de profesores ni en el alumnado más que hombres excepto una sola mujer: la profesora de ruso. Por ser mujer no pude vivir ni en colleges ni en Residencias del complejo universitario, todas masculinas.

Con el profesor Shenstone pude continuar los trabajos iniciados en Madrid con Catalán, aunque él se quejaba de que no podía dedicar al laboratorio todo el tiempo que le gustaría, por tener que atender también su cargo como Decano de la Facultad de Física. ¡Menos mal! que las esposas de los científicos, casi todas americanas, se reunían una vez al mes para tomar el té o merendar. Me invitaban muy gentilmente para que no me sintiera tan aislada en el “campus”. Lo único molesto era que me preguntaban qué profesor era mi marido, pues no les cabía en la cabeza que yo fuera la científica.

La primera consecuencia que saqué enseguida fue, que si Catalán en Madrid me había iniciado en el entusiasmo por la Espectroscopia, en aquellos años de las posguerras (guerra civil española y luego la 2ª Guerra Mundial), con sus dificultades y penurias de medios económicos y de material de trabajo, yo no podía desaprovechar la oportunidad que la diosa Fortuna me había proporcionado para encontrarme nada menos que en el paraíso americano, sobre todo por lo que a investigación y medios se refiere.

Debemos recordar, que entonces, los cálculos necesarios para un sencillo ajuste de medida, ocupaban a varias personas durante varios días, y solo, posteriormente se fueron incorporando a la investigación las potentísimas herramientas de las que se dispone hoy, y que realizan ese mismo cálculo en un microsegundo. Tampoco entonces contábamos con la financiación que hoy puede aportar la industria. En esa prestigiosa universidad pasé en principio dos años en los que, sin darme cuenta, con tenacidad en mi trabajo, la extraordinaria benevolencia y cordialidad con que me trataron y los medios que pusieron a mi disposición incrementaron aquellos primeros conocimientos que tanto la Licenciatura como el Doctorado me habían proporcionado en España.

Aunque pueda pecar de reiterativa, quiero dejar muy claro mi convencimiento de que, ésta que os habla, no habría conseguido subir ni un solo peldaño del estrado de la investigación sin el golpe de suerte de haber sido admitida en el reducido grupo de discípulos de aquel hombre singular, el profesor Catalán, que eligió la investigación científica como estímulo vital para colmar todas sus ambiciones de felicidad.

Su corta, tristemente, pero fecunda presencia real y la relación maestro-discípulo fueron tan formativas para mí que, cincuenta años después, tengo la necesidad de haceros partícipes. Como todos los grandes hombres de la Historia, unía a su sabiduría la sencillez. A la hora de elegir a sus discípulos y colaboradores no tenía en cuenta ni le importaba el sexo, expediente, ni demás referencias. Su magisterio y sus cualidades han permitido por todo ello que la mujer encontrara las mismas facilidades y no se sintiera jamás discriminada en su valoración y promoción. De hecho, continuamos su labor dos mujeres: Olga García Riquelme y la que os habla.

Para definir con mucho más detalle su personalidad y méritos profesionales, que tanta influencia ejercieron en sus seguidores, tengo que recurrir necesariamente a nuestro compañero Rafael Velasco (desaparecido tan prematuramente como nuestro común maestro) sintetizando con extrema brevedad su obra bibliográfica “El mundo atómico de Miguel Catalán”, editado por el Comité Español de Espectroscopia del Instituto de Óptica, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En el libro nos narra que conseguidos con Premio Extraordinario su Licenciatura en Ciencias Químicas y un primer trabajo como químico en una fábrica de cemento con el profesor A. del Campo, donde su trabajo en el espectroscopio que allí había le señala el camino a seguir en el futuro: la Espectroscopia Atómica. (Por ciento, este adjetivo atómico, curiosamente nos creó a él y a alguno de sus seguidores después, más de un problema, pues estaban muy recientes y por eso no olvidadas las bombas atómicas de tan penoso recuerdo).

No voy a describir los importantes descubrimientos e innovaciones en Princeton y en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid en torno a la investigación y el mejor conocimiento de la estructura de los espectros del átomo. Pero en este Congreso al que he sido invitada a participar, sí debo expresar que muy pocos hombres como Catalán han contribuido con sus actitudes al esfuerzo y lucha continua de miles de mujeres, que con su firmeza y competencia supieron romper los prejuicios de la sociedad masculina establecida durante tantos años, tales como aceptar que el pensamiento lógico en que está basada la ciencia era más afín a la condición masculina y que el pensamiento intuitivo que caracteriza a la mujer tendría menor cabida en la investigación.

La constante actuación de las mujeres, su trabajo silencioso, sin alharacas y tenaz de los últimos cincuenta o sesenta años, han demostrado claramente que el pensamiento femenino ofrece otras muchas ventajas para el desarrollo científico y que por supuesto igualan las posibilidades de éxito. Aún a costa de quedarse muchas en el camino colmadas de ilusiones y esfuerzo, ignoradas y humilladas por un entorno discriminatorio, se puede asegurar que cuando la sociedad ha permitido que la mujer pueda proyectar plenamente las actitudes propias de su sexo en otros campos distintos a la familia y al servilismo, el progreso en todas sus facetas ha explotado de forma exponencial.

Finalmente, así como en mi caso particular he reconocido haber encontrado en mi largo camino más ayudas que trabas discriminatorias para mi realización científica como mujer, estoy segurísima de que el número de féminas seguirá creciendo como un torrente que llega avasallador y cuyo ruido precedente trona ya en nuestros oídos para que las estadísticas anuncien con naturalidad que tanto las unas como los otros estamos igualados en el número de los que consiguen satisfacer sus lógicas ambiciones de pasar por la vida haciendo algo, que por pequeño que sea, sirva para el futuro de todos.

EL TERCER ESPECTRO DEL ORO

Madrid, 22 de diciembre de 2021. 10 A.M.

Laura estaba quieta, con los ojos enrojecidos, imaginariamente apoyados en el microscopio, y el mentón levitando. Absorta. Se había recuperado hacía varios meses del covid-19, un virus que acabó diezmando a una porción significativa de la residencia geriátrica donde vivía desde 2010. La saliva se le iba secando mientras trataba de hallar correlaciones entre luces y electrones. Mientras observaba las manchas que se iban formando ante los cristales, sus pensamientos se habían de disparar. No en las puertas que pudiese estar abriendo en términos de desarrollo armamentístico posterior, ni en el control de calidad para la producción y procesamiento de metales preciosos ni en hallazgos medioambientales. No.

El pensamiento divergente de Laura Iglesias Romero oscilaba indistintamente entre los tomates que según ella debía haber comprado por la mañana, y que no compró, y en las posibles implicaciones que sus investigaciones tendrían en una universidad como Princeton, tan necesitada de un relevo para un investigador inusualmente mediático de las dimensiones del fallecido Albert Einstein. En aquel momento tampoco recordaría con precisión que, uno de los compañeros de campus con quien se cruzó varias veces en la cafetería de la facultad, el matemático John F. Nash, llenaría ese espacio décadas después, cuando tras ganar el Nobel de Economía y padecer de esquizofrenia, sería interpretado en Hollywood, demostrando al mundo el lado más excéntrico de los científicos.

Laura, que no era ni Einstein ni Nash, se sabía mucho más funcionarial —como sus padres acaso, uno funcionario jefe de telégrafos y la otra maestra de primaria— y lo aceptaba sin dificultades, con naturalidad. Analizaba parámetros y patrones para dar pasos cortos y así, abrir puer-



Una fotografía de los hermanos menores; Marcelino sostiene a Augusto, le sigue Pipe, y los gemelos José Luis y Manolo, en León, hacia 1943..



Laurita es la primera de la foto, en la boda de su hermana María Helena —Maru— con su madre Laura Romero y Marcelino, hacia 1955..

tas para alcanzar otro peldaño más en la investigación, cualquiera que fuere. Para conseguir fondos públicos y privados, tejer redes en los pasillos y hacer política interna estaban otros, como su maestro Catalán, a quien sus éxitos le significaron un nombre propio en la tabla periódica de los elementos. Ella más bien, se mantenía fiel a sus hallazgos y los llevaba a la literalidad, con una naturalidad apabullante: si los elementos atómicos estaban asociados a espectros luminosos reconocibles, con frecuencias distintas, las contribuciones de las personas, por ínfimas que fueran, llegarían a formar luz y radiación tarde o temprano.

Además de la relación entre las longitudes de onda y sus frecuencias, Laura, simulando tener los ojos puestos en el microscopio, tampoco podía dejar de pensar en las oportunidades que esquivó cuando decidió volver de Princeton a Madrid ya bien entrada la posguerra. Aquel mundo que miraba por el retrovisor era ideal para un investigador varón, anglosajón y bien avenido, pero no necesariamente para ella y su normalidad. No la obsesionaba que aquel panorama fuera percibido como conservador para una mujer castellana de familia de clase media a mediados del siglo XX, que ya guardaba imágenes a colores en su cabeza, en un mundo a blanco y negro. No. Aunque tampoco era el proyecto de vida que quería trazar, una vez que tuvo claro que no quería ser madre.

Madrid. 22 de diciembre de 2021, 5 P.M.

Ya era de noche. Era invierno. En sus recuerdos, la sequedad de la boca ya parecía haberse extendido a los ojos. Nada tiene que ver todavía con el síndrome de *Sjögren* —aquel trastorno autoinmune que reduce la cantidad de lágrimas en los ojos y saliva en la boca—, que sufrirá varias décadas después, hasta el día de su muerte. Esos recuerdos suceden en 1959 y Laura no parpadea para no perderse un improbable haz de luz pasar por su lámpara de cátodo hueco. A medida que pasan las horas, los espectros se amplían utilizando como fuentes de luz una chispa conden-



Manolo, Laurita, Laura Romero, Marcelino y un recién ordenado Alfredo posan en la foto, hacia 1955.



Laura y Manino con los nietos de éste en Villalba, hacia 1969.



Marcelino, Laurita, Augusto y Laura en Villalba, hacia 1964..



Los Iglesias Romero y los hijos de Manino, en Villalba, hacia 1965.

sada y una descarga de la lámpara de cátodo hueco para generar líneas espectrales, y facilitar el funcionamiento de espectrómetros de absorción atómica, y así estabilizar frecuencias de láser. Cuenta las frecuencias mientras piensa que pudo alejarse de esa España acomplejada, autárquica y franquista. No lo hizo y tampoco podía explicar claramente la razón, pues no estaba muy apegada a sus fluctuantes tradiciones. Nació en Benavente, al igual que sus padres, emigró a León en su adolescencia y a Madrid en su adultez. No importaba: aunque no supiera con exactitud lo que quería, sí sabía bien lo que no quería. Eso sí, siempre se mantuvo fiel a los lentes de su microscopio, diariamente, como un feligrés con sus oraciones o un atleta con sus trotes prolongados.

Calle de San Ernesto, 6. Madrid. 23 de diciembre de 2021, 6 A.M.

Aún cuando no está allí, su mente viaja. Observa desde la ventana que da al parque de Berlín, observa las filtraciones de luz que tratan de eludir unas fallidas persianas de madera, mientras acaricia un rosario de cerámica con una incrustación diminuta de oro negruzco que le habría mandado su hermano algún cumpleaños muchos años antes. Cuenta las rendijas penetradas por el resplandor. Les busca formas conexas y causalidades. Como cuando halló el tercer espectro del oro¹⁰ o el cuarto y quinto espectro del vanadio¹¹, no entiende bien hacia dónde la llevarán estos y otros cálculos¹². Intuye que el tiempo se le va agotando. Cada vez tiene menos lágrimas y certezas.

Es su último día en el apartamento que hasta hace poco fue su casa. La siguiente etapa ocurriría en una residencia a 15 minutos, en Aveni-

¹⁰ Iglesias, Laura. Interpretation of the Third Spectrum of Gold (Au iii). J Res Natl Bur Stand A Phys Chem. 1966 Nov-Dec;70A(6):465-466. doi: 10.6028/jres.070A.039.

¹¹ Iglesias, Laura. The Fourth and Fifth Spectra of Vanadium (V iv and V v). J Res Natl Bur Stand A Phys Chem. 1968 Jul-Aug;72A(4):295-308. doi: 10.6028/jres.072A.028.

¹² Iglesias L, Cabeza MI, Kaufman V. Analysis of the Spectrum of Doubly Ionized Molybdenum (Mo III). J Res Natl Inst Stand Technol. 1990 Nov-Dec;95(6):647-688. doi: 10.6028/jres.095.052.

da de América, aquel barrio que frecuentó con cotidianidad, durante años. Lo acepta con la misma resignación que cuando tomó el tren que la llevó a Madrid por primera vez, con su cabeza apoyada en la ventana. Le dicen que mañana será Nochebuena. Esas diez letras le resuenan en el cerebro. Buena noche. Nochebuena. Quizás hasta podría formar un palíndromo. Lo hace con ojo rojo. Está cansada. Teniendo hambre, no pide comida a su enfermera. Se limita a reclamar, con señas, muda, con la boca entreabierta y la vista apuntando al suelo, que cierre la persiana y que apague la luz. Entorna los ojos y descansa.

Sabe que le quedan pocos días. Parece feliz.

IV. LA VIDA MISIONAL

Augusto, el más pequeño de la familia, aprendió, rápidamente y con el tiempo de atención de los padres compartido entre los hermanos, a incorporar actitudes de supervivencia en su ámbito de convivencia y educación infantil. El ambiente familiar una vez llegado a Madrid con siete años, en 1945, en una familia de ocho hermanos mayores, con quienes a la vez aprendía, competía y compartía cariño, se convirtió en un terreno fértil para el desarrollo personal. Cursó el bachillerato en el colegio salesiano de San Miguel Arcángel de Madrid, en horario extendido, de 8 de la mañana a 7 de la tarde, todos los días de la semana, incluidos domingos y festivos. Augusto ya había alcanzado cierta independencia emocional de sus padres. Aunque recuerda sus años de infancia en el apartamento de la Avenida de Valladolid de Madrid con mucho agrado, particularmente por la vida entre once personas. Luego de terminar el bachillerato en 1954, Augusto comenzó su andadura en el noviciado salesiano de Mohernando (Guadalajara) acompañado de otros 90 estudiantes —novicios en el argot—, tras su profesión religiosa completó su formación en el Filosofado de Guadalajara (dos años), un trienio de docencia en el colegio de Béjar y culminó los cuatro años de estudio de Teología en Salamanca. En 1964 fue ordenado sacerdote. Finalmente obtuvo simultáneamente el título de Graduado Industrial Mecánico en el campus de ingeniería de Béjar de la Universidad de Salamanca en 1965.

Salamanca, septiembre de 1965

Luego de su graduación universitaria en Béjar, el provincial de los Salesianos en Salamanca transmitió a Augusto que, luego de una profunda reflexión, habían encontrado una posibilidad a su medida, en la lejana Bolivia. Él, fiel a lo aprendido en casa, no dejaba pasar oportunidades, y menos de este calado, con entusiasmo. Ante la carestía de la posguerra, como había visto en su núcleo familiar, sabía que debía aprovechar cualquier ocasión; no importaba si esa oportunidad lle-



De izquierda a derecha: Retrato de Augusto hacia 1954. Augusto posa con sus padres, Laura Romero y Marcelino Iglesias antes de ingresar al Noviciado. Ordenación sacerdotal de Augusto, en Salamanca, el 25 de junio de 1964.



De izquierda a derecha: Augusto en su primera Misa en Salamanca. Laura, Augusto, Marcelino y Laurita. Ordenación sacerdotal de Augusto 1964.

gaba en forma de beca, titularidad en un equipo deportivo o un filete de ternera que algún hermano remilgoso había dejado en la mesa; él o cualquiera de sus deudos metería el tenedor para hacerse con una ración extra de proteína.

Así que decidió tomar el riesgo, hacer la mochila y marcharse, pues ya sabía cuales eran los siguientes pasos en caso de quedarse en Salamanca. La influencia de su hermano Alfredo (el cuarto), que ya había recorrido aquel camino en la comunidad salesiana algunos años antes, fue capital, construida a partir de la percepción del disfrute de participar de una vida reflexiva, pero con también con un carácter lúdico por su trascendencia en equipos deportivos —principalmente balonmano— y actividades teatrales. Curiosamente, Alfredo acabaría alejado del sacerdocio, se casaría años más tarde con Conchita Simón, también exreligiosa, con quien tuvieron un solo hijo, mi primo Pablo Iglesias Simón, en la actualidad director de la Real Escuela Superior de Arte Dramático de Madrid¹³, RESAD, pero todo eso no sucedería hasta la década del 70.

¹³ Fanjul, Sergio. *El País*. 2018. "El nuevo Olimpo de la RESAD. La Real Escuela Superior de Arte Dramático de Madrid afronta una etapa de cambios, algunos muy visibles".

OPORTUNIDADES EN LA PAZ

La Paz, 25 de noviembre de 1965

La oportunidad en aquella ocasión estaría en La Paz. —“Dónde queda eso”, preguntó retóricamente Augusto, cargado de ansiedad, miedo y alegría simultáneamente, pensando que solo podía tratarse de la capital de Bolivia, o mejor dicho la sede de gobierno, según la Constitución. Allí había una plaza vacante, en el Colegio Salesiano de Don Bosco, que muchos años más tarde, ya sin aquellos novicios llegados en los 60, pasaría a ser la Universidad Salesiana.

Iglesias, todavía *compungido* por el fallecimiento de su madre en un accidente de tráfico en el portal de su casa frente a la parroquia del barrio, no dudó en embarcarse en múltiples aviones, que, luego de pasar por Lima —como en el siglo XVII en el puerto del Callao—, lo llevarían al aeropuerto internacional de El Alto, en la región (Departamento) de La Paz, a 4.000 metros sobre el nivel del mar, donde aterrizó el último jueves de noviembre de aquel 1965. En sus cálculos, Augusto jamás previó que la violencia que no vivió personalmente en los años de la posguerra —por edad o por fortuna—, sí la palparía en los Andes, a causa de las disputas que ocuparon a varios gobiernos militares que se abrieron paso a través de cruentas dictaduras, principalmente al mando de los generales del ejército que tomaron la presidencia René Barrientos (1964-1969), Alfredo Ovando (1968), Hugo Bánzer (1971-1978) y Luis García Meza (1980-1981).

La llegada a La Paz ocurrió en un momento de transición histórica en Bolivia. El agotamiento del modelo político, económico y social del populista Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), sufría una decadente pugna de poder interna, tras una revolución agraria materializada en abril de 1952. El periodo fue liderado por el jurista Víctor Paz, quien volvería a la presidencia de Bolivia en los 80, aferrado a una propuesta política abierta de par en par al mercado en un país que se caía a pedazos. El sucesor de Paz en 1964 fue su propio vicepresidente, el mencionado general Barrientos, quien tras una década en las entrañas del poder decidió que gobernaría solo, sin un almacén democrático y con el puño de hierro.

Aun cuando se palpaba una tensión social similar a la que Augusto vivió en los primeros años del franquismo, en La Paz había varios agravantes que complicaban la situación, principalmente las disparidades en acceso a la educación, la profunda división campo-ciudad y el inherente racismo, sazonado por disparidades entre las etnias indígenas dominantes de tierras altas (mayormente quechuas y aimaras) y las poblaciones mestizas y criollas urbanas. Al recién llegado padre Iglesias le tomaría tiempo entender bien cuáles eran los bandos —aunque tampoco lo parecían comprender del todo los pobladores de Bolivia,

ni sus mismos políticos y militares— considerando situaciones casi surreales como el golpe de Estado de Barrientos a su propio presidente, Congreso y partido en 1964 (MNR)¹⁴; o el co-gobierno de 1966, compartido con un rival ideológicamente antagónico y progresista (Ovando); inclusive su ulterior muerte, un misterioso accidente de helicóptero en 1969 en una población rural al sureste de Cochabamba¹⁵. Y si los años de Barrientos fueron convulsos para los parámetros de Augusto, en una década en la que Ernesto Che Guevara fue ejecutado tras intentar establecer su último foco guerrillero, todavía no habría vivido la parte más tensa, en la transición entre el gobierno militar progresista del general Juan José Torres —asesinado en Buenos Aires— a la dictadura del general conservador Hugo Bánzer, en 1971.

LOS REBALSES DE LA GUERRA FRÍA EN LOS ANDES

Quedaba claro que a Augusto no le interesaba la ociosa pugna por prebendas en el ámbito local, ni la carrera codiciosa por el poder de los militares, ni tan siquiera la disputa geopolítica por agentes externos en el marco de la Guerra Fría. La misión del menor de los Iglesias Romero tenía un carácter mucho menos político, menos grandilocuente que otros curas contemporáneos, y más bien más espiritual en lo filosófico, mucho más directa en la práctica. Tenía que ver más con sus posibilidades de contribución personal en el entorno, limitadas a su conocimiento de la filosofía, la teología y la ingeniería, y a su sensibilidad por la disciplina y un sencillo enfoque pragmático, relacionado con la consecución de objetivos simples y alcanzables a corto, mediano y largo plazo en la mejora de las capacidades de la gente. Y estos atributos, con algunos ajustes, eran solo parcialmente compatibles con la macroestructura que le trajo de España.

La misión de los Salesianos era principalmente educativa. En Bolivia su estrategia en la segunda mitad del siglo XX los llevó a experimentar con la creación de un colegio de educación primaria y secundaria y otro de formación profesional y técnica en La Paz, además de otros varios centros educativos en el resto de Bolivia. Tras unos años como profesor en el colegio de primaria y secundaria Don Bosco de La Paz, denominado Don Bosco Humanidades, Augusto pasó a dirigir la rama industrial del instituto, encargada de la formación técnica-profesional y de la editorial salesiana, la más importante imprenta de libros de Bolivia en la época.

¹⁴ Ministerio de Justicia de Bolivia. 2021. *Memoria histórica de las investigaciones periodo dictaduras 1964-1982*. Estado Plurinacional De Bolivia. <https://www.justicia.gob.bo/cms/files/resumenEjecutivoCDIV.pdf>

¹⁵ The New York Times / Reuters. 1969. "President Barrientos of Bolivia Is Killed in Crash of Helicopter". *The New York Times*.

Iglesias no tenía las mismas ambiciones políticas e ideológicas de otros colegas sacerdotes contemporáneos ni de sus predecesores, como Monseñor Gennaro Prata, italiano, a la postre designado obispo auxiliar de La Paz y más adelante arzobispo emérito de Cochabamba. Prata, con excelentes relaciones con políticos e intelectuales, al nivel más alto —presidentes y alcaldes de todo espectro, desde conservadores hasta progresistas—, buscaba proliferar las posibilidades institucionales de la Conferencia Episcopal Boliviana, principalmente con la expansiva Universidad Católica Boliviana —de la que fue rector fundador— en el horizonte y el influyente periódico de circulación nacional *Presencia*. Para ello, Prata solicitó a España que Augusto que fuera designado como su secretario personal, pero no fue así. El provincial salmantino, que intuía las preferencias del joven sacerdote recientemente enviado a Bolivia, decidió que sería de mayor aprovechamiento que aquel se dedicara a la misión para la que estaba preparado, aun cuando aparentemente tuviese menos impacto en la jerarquía eclesial local: la vocación educativa y la construcción de comunidad.

Las preferencias y la hoja de ruta de Augusto se fueron adaptando al contexto y a las oportunidades que iría encontrando, siempre con alegría. De ser un animador sociocultural y deportivo en La Paz, donde gestionó el cine comercial 16 de Julio y un cineclub juvenil, fue ganando influencia por sus alocuciones — directas y amenas— y pasó a la gestión educativa. En aquellas actividades necesitó poco para captar la atención de artistas locales para crear una comunidad alrededor de los Salesianos, más allá del aula. Y si para ese fin había que tirar de creatividad y sortear la escasez de medios, se hacía. Si había que convencer a artistas como el guitarrista y pintor Alfredo Domínguez¹⁶, referente en la música folklórica latinoamericana, se le convenía; si el dinero escaseaba para una sesión de fotos que acompañe al afiche promocional del concierto, se le agradecía a Domínguez compartir un autorretrato para ilustrar el festival.

Pero aun cuando en la comunidad salesiana Augusto era cada vez más apreciado por su capacidad de adaptación, templanza, brío y apertura a las reformas postconciliares de la iglesia católica, la vida gregaria, las cortapisas a su ímpetu y la situación social de Bolivia le hacían considerar otras opciones de vida. El comienzo de la década siguiente, los años 70, su involucramiento con grupos juveniles vinculados a la comunidad salesiana le expondría a una ventana que no había tenido en las décadas previas en España. Su interacción con los jóvenes en La Paz y Cochabamba que acogían con agrado su capacidad de comunicación y persuasión en aquellos foros, con un afán de exploración del

¹⁶ Antezana, Ariel. 2017. "Alfredo Domínguez, el genio salvaje de la guitarra". *Los Tiempos*. Bolivia. <https://www.lostiempos.com/actualidad/cultura/20170731/alfredo-dominguez-genio-salvaje-guitarra>

mundo, estaban a contrapelo de la lentitud de una organización que mostraba disfuncionalidades para adaptarse a los cambios globales que se sucedían en aquella década. Estos años gestarían cambios en la ruta de Augusto, que no materializaría hasta bien entrado el año 1971, en un radical giro de sus circunstancias.

Domingo 22 de agosto de 1971. Plaza del Estudiante, La Paz, Bolivia¹⁷

Después de un día de intenso tiroteo, la ciudad amanece en un clima de pánico y terror. Me despiertan las ráfagas de metralla de dos avionetas que disparan contra la universidad. Parte de las balas que caen en nuestra azotea (estamos a una cuadra de la Universidad). Los tanques —siete— del regimiento de Tarapacá jugaron un papel decisivo en el cariz de la revolución. En esta foto los vemos a su paso por El Prado, debajo de nuestra casa. Entre los mirones unos aclamaban y otros silbaban a los tanques. Saqué la foto desde el *living* de nuestra casa.

Este es el testimonio de Augusto escrito en el reverso de una de las fotos que tomaría con su cámara Minolta, adquirida por su hermana Laura en algún viaje a Alemania años antes. Las fotos nunca las mandó a la familia en España, principalmente para no aumentar las preocupaciones de su padre, tras enviudar hacía pocos años. Más bien decidió conservar las imágenes en un ejercicio de memoria histórica, archivístico, para documentar las atrocidades de la época, revestidas por la propaganda como “errores” o “daños colaterales”, una serie de batallas sin vencedores ni vencidos claros. Las llamadas *champagueras*, en la jerga local, una especie de *sálvese quien pueda* sostenido por intereses particulares entrelazados y poco claros que finalmente perjudicaban a la mayoría de los bolivianos.

—Después de haber trasladado a una embajada a la esposa e hijos del depuesto presidente Torres, desde la puerta de la casa saqué esta foto. Por la calle Landaeta (en medio), bajan los tanques. Mientras sacaba la foto hubo un momento de confusión y por un malentendido (alguien disparó provocando la reacción inmediata de los tanques que ametrallaban la plaza) murieron delante de mí tres personas, dos de ellas “mirones”. A la entrada de la avenida Villazón, cerca de la Universidad, estaban apostados el cordón de tanques y soldados armados que muestra la fotografía. En la plaza pueden verse a los mirones. Segundos después de sacar esta foto, llegó un camión con jóvenes armados de fusiles. Eran del MNR y festejaban el triunfo. Al dar la vuelta a la plaza, uno de los muchachos disparó un tiro al aire. Los soldados entendieron que dicho camión pretendía acercarse a la universidad e

¹⁷ Las fotos pertenecen al archivo personal de Augusto Iglesias y son de su autoría, y fueron tomadas en agosto de 1971.

instantáneamente tanques y metralletas barrieron la plaza. Acribillaron al chofer del camión que se estrelló contra la pared a diez metros de nuestro cine. Esta foto la saqué desde nuestra azotea. (ver fotos).

Los tanques del Ejército Boliviano colmaron las calles del barrio burgués de Sopocachi, la avenida del Prado y la Plaza [Mayor] Murillo, donde la policía había colapsado en la víspera. Ráfaga cruzada. Un país dominado por castas amparadas en el aparato militar, que se pensaban menos indígenas que la sucesiva casta de abajo. Un lugar en el que un viejo soldado nazi, el exjefe de la Gestapo en Lyon en la II Guerra Mundial, Klaus Barbie, conocido como el Carnicero de Lyon y acusado de crímenes de lesa humanidad, se daba el lujo de ofrecer tertulias impunemente en los cafés y clubs sociales de la ciudad por las tardes, en tanto que se dedicaba a vender armamento a los gobiernos nacionales por la noche¹⁸. La labor de Barbie, rebautizado con el apellido judío falso de Altmann para despistar, tenía planes paralelos en varios otros países de Sudamérica, como Chile, Argentina, Paraguay, Ecuador y Perú, donde en años posteriores se sucedieron cruentas dictaduras amparadas por el transnacional “Plan Cóndor”.

–En cuanto empezó el fuego, yo me fui al cuarto del padre Corante desde donde saqué esta instantánea. Puede apreciarse cómo los mirones se protegen de las balas, y el desconcierto: no se sabía dónde ir. (Foto en la cual se pueden apreciar los tanques). El resultado del tiroteo imprevisto fue un saldo de tres muertos y varios heridos. Enseguida vino una ambulancia para llevárselos.

En otro espectro, en las décadas de 1960 y 1970 también llegaron de España a Bolivia muchos sacerdotes misioneros que tuvieron impacto directo en la vida intelectual y educativa del país. Muchos de ellos fueron jesuitas vinculados a la izquierda militante, que desde su trinchera eclesial combatieron a las dictaduras militares represivas, principalmente las de Barrientos, Bánzer y García Meza, quienes no dudaron en contratar los servicios de varios mercenarios neonazis italianos y alemanes, comandados por el mencionado Klaus Barbie.

–Después del tiroteo, un oficial perifonea desde el tanque diciendo que hubo un malentendido (lamentable error que costó la vida a varias personas). La imprudencia del insensato que disparó junto a los tanques. El nerviosismo lógico del momento llevó a los soldados a disparar inmediatamente: Otra camioneta ayudó a trasladar a los muertos y heridos. Uno de los “mirones” acribillado por varias balas perdidas, cayó envuelto en un charco de sangre. Desde la pieza del padre Corante yo saqué esta foto cuando le subieron a una camioneta para llevarlo

¹⁸ McFarren, Peter e Iglesias, Fadrique. 2014. Klaus Barbie, un novio de la muerte: vida y crímenes de un nazi no arrepentido. Una experiencia personal con el “Carnicero de Lyon”. Plural Editores. La Paz, Bolivia.



Tanques en la Plaza del Estudiante, La Paz, agosto de 19 agosto de 1971. Foto de Augusto Iglesias.



Una camioneta recoge a un cadáver en el Prado paceño.

a la morgue. Estas diez fotos están sacadas la mañana del domingo 22 de agosto [de 1971], y se refieren a un triste episodio: debido a un malentendido, los soldados dispararon contra la multitud de mirones imprudentes que estaban en la Plaza del Estudiante. Ya había triunfado Bánzer, pero aún se oían tiros en la ciudad.

—Nosotros observábamos los bombardeos que tenían lugar a doscientos metros en el cerro Laikakota. Mientras me sacan esta foto yo veía caer muertos y heridos en el cerro. La azotea como techo y la pared del cine nos protegían de las balas que sonaban y rebotaban junto a nosotros. El sábado 21 a las 4 de la tarde, la ciudad estaba en un caos de disparos y bombardeos. El padre Garciandía coge nuestra camioneta y sale, en medio del fuego a trasladar heridos. Puso una cruz roja delante, aunque de hecho no se respetó. Varias veces en diversas calles le dispararon. Una vez hirieron (a una persona) herida que trasladaba Garciandía mientras estaba dentro de la vagoneta.



Plaza Murillo de La Paz, 1971, en agosto de 1971.

Llegó un momento en que la actividad humanitaria de varios de los voluntarios salesianos parecía normalizarse. El trajín de cadáveres, el ocultamiento a militantes de uno y otro bando en dependencias del Colegio Don Bosco y el intento de mediación entre los agentes políticos, los cuerpos militares y los líderes sindicales —mineros y trabajadores fabriles principalmente, aunque también algún político— adquiriría mayor frecuencia, al mismo tiempo que la violencia y crispación cedían transitaban hacia una rutina incómoda. Aun con lo delicado de la situación, en un marco de crisis petrolífera global, Bolivia, con el avance de la década de los años 70, viviría una tensa calma en las

calles —ajena del respeto por los derechos humanos—, pero que una porción de la población, principalmente urbana, llegó a aceptar con resignación. Una relativa estabilización de la economía en aquella década hizo que un segmento de la población llegara a apoyar a Bánzer, quien en los años 90 llegaría a ganar elecciones por la vía democrática, aun cuando su gobierno dejó varios cadáveres por las cunetas.

DE LOS CONVENTOS A LA ACCIÓN

De los sacerdotes que llegaron a Bolivia en los años 60 y 70, una porción —entre quienes no estaba Augusto— se fue alineando con las ideas más progresistas e inclusive revolucionarias, en algunos casos de lucha armada, a partir de postulados de la Teología de la Liberación y otras corrientes radicales. La disputa ideológica muy pronto escaló a conflicto constante, principalmente en campamentos mineros, donde los medios de comunicación funcionaron como trinchera contra el pensamiento vertical militar, fundamentalmente a través de uno de los medios más influyentes de Bolivia, la radio y agencia de noticias Fides¹⁹, adscrita a la Compañía de Jesús, fundada por el sacerdote catalán —de corte conservador— José Gramunt Moragas²⁰, quien llegó a ganar el Premio Ondas de la Cadena Ser en 1971 y 1973 y el Nacional de Periodismo de Bolivia en 1993, antes de morir en La Paz en 2018. De Fides salieron varios de los sacerdotes más influyentes y contestatarios de la época, quizás el más prominente fue el catalán Luis Espinal Camps²¹ por su legado y trágica muerte. Fue fundador de la Asamblea Permanente de Derechos Humanos de Bolivia en 1976, vicedecano de la Carrera de Comunicación Social de la Universidad Católica Boliviana y promotor del cine de autor como herramienta de lucha social, y también participó de los cineclubs salesianos. Espinal fue brutalmente asesinado a sangre fría con 14 tiros, por paramilitares vinculados al general García Meza el día del último golpe militar, el de García Meza el 17 de julio de 1980, como reportó la BBC a propósito de la visita del Papa Francisco a Bolivia en 2015. Otros de sus compañeros sacerdotes influyentes en el periodismo, como el oblato navarro Gregorio

¹⁹ Agencia de Noticias y <https://www.noticiasfides.com/> y Radio Fides <https://radiofides.com/> fueron dos de los medios de prensa más influyentes de Bolivia, adscritos a la organización católica jesuita de la Compañía de Jesús.

²⁰ Agencia EFE. 2018. Muere el jesuita y destacado periodista tarraconense José Gramunt de Moragas. *El Diario de Tarragona*.

²¹ Miranda, Boris. 2015. "Visita del papa Francisco: Luis Espinal, el jesuita al que dieron 12 tiros "por decir verdades" en Bolivia". *BBC*.

Iriarte²² y el jesuita catalán Xavier Albó²³ —fallecidos en 2017 y 2023, ya octogenarios—, se dedicaron a la labor académica en los campos de la sociología y antropología respectivamente, luego de su paso por medios de comunicación con el también jesuita Eduardo Pérez Iribarne²⁴, quien adquirió notoriedad por su labor posterior en la dirección de Fides, de donde se jubiló en 2017, siendo figura notable en la promoción ciclismo boliviano. En la izquierda más radical también militó después de alejarse de la iglesia católica otro jesuita, el boliviano Rafael Puente²⁵, quien, tras años de formación en Galicia, volvió a Bolivia, dejó los hábitos y llegó a ser diputado nacional en los 80, y a comienzos del siglo XXI, gobernador de Cochabamba y viceministro de Evo Morales. Puente, fue seducido por ideas próximas a la lucha armada recién llegado a Bolivia, optó por la vía democrática, pero en esos años conoció a compañeros que se fueron radicalizando.



Augusto en el Colegio Salesiano de Deusto, Bilbao, hacia 1962, monta una bicicleta..

En los años 90 incursionaría algún sacerdote más en el extremismo radical de izquierda. Uno de ellos fue el jesuita italiano Michael Northdufter²⁶, un verdadero desconocido en las estructuras clericales y quien llegó secuestrar al empresario boliviano Jorge Lonsdale, presidente del directorio de empresas como Coca Cola Bolivia, del club de fútbol más exitoso del país, Bolívar, y del instituto IDEA, donde Augusto trabajó por década y media. Northdufter terminó acribillado por la Policía boliviana el 5 de diciembre de 1990 en un enfrentamiento con el comando conocido como Comisión Néstor Paz Zamora, junto con dos secuestradores, aunque otros dos, de nacionalidad peruana, sobrevivieron al embate.

Este hecho marcó a Augusto, no necesariamente porque un jesuita fuera parte del secuestro de Lonsdale, pues no se conocían, sino porque él consideraba a la víctima del operativo, como un mentor. El Instituto para el Desarrollo de Empresarios y Administradores de Bolivia, IDEA, era un centro de formación de liderazgo empresarial y social, amparado jurídicamente por la Federación de Empresarios de Bolivia y

²² La Razón. 2012. "Murió el padre Gregorio Iriarte, defensor de los derechos humanos y formador de comunicadores sociales". *La Razón Bolivia*.

²³ Medina, Roberto. 2023. "Xavier Albó, el 'curioso incorregible' que 'volvió a nacer' en Bolivia". *La Razón Bolivia*.

²⁴ Atahuichi, Rubén. 2016. "Pérez Iribarne anuncia su despedida de radio Fides". *La Razón Bolivia*.

²⁵ Pérez, Mariana. 2014. "Rafael Puente Calvo: El educador popular". *La Razón Bolivia*.

²⁶ Archondo, Rafael. 2017. "¿Quién mató a Jorge Lonsdale?". *Fides*.



Augusto en La Paz con traje deportivo, antes de arbitrar un partido de la liga profesional de baloncesto, hacia 1970..

patrocinado por la cooperación norteamericana, USAID. Lonsdale, presidente de su directorio y hombre sensible a las necesidades educativas del país, conectó rápidamente con esa ansiedad que le provocaba a Augusto la falta de acceso a educación de calidad y una sensación de falta de empatía de los empresarios hacia tal causa como parte de su responsabilidad corporativa.

Siguiendo su tradición escolástica, Augusto entendía a la acumulación de capital humano como la vía más directa al desarrollo de la gente. Era una visión pragmática que lo alejaba de las posturas progresistas de otros sacerdotes activos y retirados, pero también de la primera línea de acción. Mientras Espinal, Albó, Iriarte y Puente ejercieron la lucha ideológica desde medios de comunicación desde fines de los 70 en la izquierda militante, y Gramunt y Pérez Iribarne desde posturas más conservadoras e institucionalistas, Augusto optó por una tercera vía, alejada de focos y de servicios directos. Su apuesta fue de largo plazo, de perfil bajo y paso constante, sin vincularse en la vida política del país, y luego, contenida por sus futuras responsabilidades familiares, a diferencia del resto, que ejercieron alguna forma de poder.

La influencia de los sacerdotes mencionados fue notoria en la vida formativa y política de Bolivia. Además de ellos, también tuvieron incidencia social notoria en los años 90 y 2000 otros contemporáneos como el alemán Sebastián Obermaier²⁷ quien desarrolló labores asistencialistas en la emergente ciudad de El Alto; el investigador agustino holandés Hans Van den Berg²⁸ quien durante hasta bien entrado el siglo XXI fue rector de la Universidad Católica Boliviana; el musicólogo polaco Piotr Nawrot²⁹, afincado en la región de La Chiquitanía boliviana y el palentino Nicolás Castellanos³⁰, obispo emérito de Palencia y ganador del Premio Príncipe de Asturias de la Concordia en 1994, por su labor de escolarización con 20.000 niños en el barrio del Plan 3.000

²⁷ Agencia Boliviana de Informaciones. 2016. "Fallece el padre Sebastián Obermaier, trabajador incansable por El Alto". *Los Tiempos*.

²⁸ Erbol. 2021. U.C.B. reconoce la labor académica e investigativa del P. Hans van der Berg". *Educación Radiofónica de Bolivia, ERBOL*.

²⁹ Moreno, Gabriela. 2023. "Piotr Nawrot celebra la aceptación del Festival 'Misiones de Chiquitos' entre el público cruceño". *El Deber*.

³⁰ Junta de Castilla y León. 2023. "El misionero agustino y obispo emérito de Palencia Nicolás Castellanos destaca la labor de la junta en cooperación al desarrollo". Junta de Castilla y León.

en la Fundación Hombres Nuevos. El proyecto de Castellanos³¹, que originalmente buscó reasentar a 3.000 familias de una chabola a orillas del río Pirai de Santa Cruz de la Sierra, se considera una de las intervenciones sociales más exitosas de Bolivia, y actualmente cuenta con unos 180.000 vecinos en aquel barrio, de los cuales al menos 18.000 fueron escolarizados por el proyecto.

Augusto tendría una conexión adicional con el obispo palentino, pues el hermano de Nicolás, el doctor Demetrio Castellanos era médico de cabecera de Laura Iglesias en Madrid. Ambos hermanos eran oriundos de Mansilla del Páramo, pueblo donde trabajó mi abuela, Laura Romero. Aun con estas coincidencias Augusto y Nicolás no conectaron en Bolivia hasta una tarde de 2006 en la que yo iba caminando por una calle de Palencia, y leí un anuncio que decía: “Orquesta de cuerdas boliviana en concierto en el Teatro Principal de Palencia”. Al terminar la función de una veintena de jóvenes violinistas bolivianos del proyecto Hombres Nuevos, me acerqué para presentarme como estudiante boliviano ante el coordinador de la fundación, Juan José Benito, quien además era hermano de un amigo atleta.



Autorización para viajar a Bolivia, expedida por la Comisión Permanente del Consejo Superior de Misiones de España y el Ministerio de Asuntos Exteriores, en noviembre de 1965.

Quise conocer más de Hombres Nuevos y al contárselo a mi padre aquella noche, ambos nos sorprendimos al deducir que aquel obispo de Palencia, leonés de nacimiento, migrado a Bolivia, mantuvo una cordial relación con mis abuelos, quienes, para más casualidad, asistieron con *mentorías* a un joven Demetrio Castellanos para que migrara a Madrid en los años 60, con la carrera recién terminada. Una vez hecha la conexión, Nicolás Castellanos me invitó a una serie de capacitaciones de formación juvenil junto con otros jóvenes bolivianos organizadas con la Junta de Castilla y León en 2006, lo que despertaría mi interés por la economía social y el desarrollo local.

Seguramente que cuando Marcelino Iglesias y Severiano Castellanos tuvieron sus conversaciones en Mansilla del Páramo a mediados del siglo pasado acerca de las posibles salidas laborales de sus hijos y del futuro, en ningún escenario calcularon que dos de sus vástagos vivieran varias décadas al otro lado del Atlántico, tras las montañas de los Andes y la selva amazónica, y menos que su obra póstuma dejara un legado allí, uno de ellos en forma de familia y el otro de una obra social mayúscula. Ni siquiera Augusto se imaginaría, en el momento de la conversación de su padre y su amigo, que dejaría la vida religiosa, y por unos años Bolivia, para volver a abordar un proyecto de vida desde cero: nuevos sueños, planes, estudios, familia, casa, todo por recomenzar. Borrón y cuenta nueva, a los 33 años de edad.

³¹ RTVE. 2010. Nicolás Castellanos, el nuevo misionero. *En Portada*.

LA CONTRAMIGRACIÓN

Madrid, abril de 1972, Calle San Ernesto, 6

Augusto Iglesias mantenía su intención de dedicarse a su vocación educativa, pero tenía claro que la mejor manera de hacerlo sería al margen de la disciplina clerical. En casa fue una bomba: decidió emprender retorno para formarse nuevamente, en una carrera secular, y así volvió a Madrid en 1972, para reconducir una vida profesional, más allá de los hábitos. Aquella fue una de las crisis más complicadas de su vida, pero decidió abandonarse en la fe que varios años antes le había motivado a dar el paso opuesto. Llegó un momento en que no le pareció interesante la vida salesiana y decidió comprar un billete de Iberia de La Paz a Madrid, con su maletín deportivo de cuero blanco. Había acumulado pocas cosas, algunos libros, ropa de invierno y algunos recuerdos personales. En unas horas llegaría a la casa de su hermana mayor y consejera, Laura, en el parque de Berlín. Consideró matricularse en la carrera de Psicología en la Universidad Complutense de Madrid, y así lo hizo entre 1971 y 1976, para continuar con su vocación de servicio educativo. Simultáneamente buscó un trabajo, pues no podía darse el lujo de ser un estudiante a tiempo completo con casi 34 años. Su padre, Marcelino, tampoco estaba en posición de mantenerlo, y ni se lo había planteado, aun cuando su hermana le ofreció hospedaje hasta que lograra arrancar y reinsertarse en la sociedad, ya sin el amparo de una congregación y con un historial laboral construido al otro lado del Atlántico.

Curiosamente por aquellos días Laura había recibido en casa a una amiga de Augusto que conoció poco tiempo antes en Cochabamba, Ana María Mendizábal —a la postre mi madre—. La última vez que se vieron fue en la celebración de la boda de su hermana Amparo. En aquella fiesta, Augusto y Ana María conversaron sobre España, sobre aficiones comunes y el futuro. Ana María le confesó que la vida en Cochabamba se le había quedado pequeña, sobre todo para una mujer



De izquierda a derecha: Boda de Amparo Mendizábal, posando con su marido, su hermana Ana María (49 y Augusto, 69). Augusto y Ana María, con su abuela y madre en Cochabamba, hacia 1973. Augusto y Ana en Segovia, en 1973.



De izquierda a derecha: al salir de la boda, en Segovia, 1973. Manino, Ana, Carmina y Augusto. Hacia 1975. Laurita y Begoña, 1977.

pasada la treintena, con un refinado gusto por la lectura y el teatro, sin visos de formar una familia. Augusto se ofreció a escribir una carta a su hermana mayor, que por entonces vivía sola y viajaba con frecuencia, por lo que calculaba que podría tener sitio en casa por unos meses.

Por entonces, Ana María ya había buscado explorar otros territorios lejos de Cochabamba, donde nació la noche del ataque de Pearl Harbour, el 7 de diciembre de 1941. Luego de vivir parte de su infancia con su familia en Lima y Santiago de Chile, emprendió viaje a Washington DC, donde alcanzó la mayoría de edad. Allí estuvo algo más de un año, aquel en el que asesinaron a John F. Kennedy, en 1963. La aventura de España era para Ana María el reencuentro con las raíces de sus abuelos, una forma de cerrar el círculo y de entender algunas de las tradiciones familiares que la acompañaron en la infancia y juventud, pues la familia materna tenía su origen en La Rioja y Cataluña, mientras que la paterna, más atrás, en el País Vasco. Ana, por aquellos años aficionada al teatro y ocupada en su trabajo como asistente en una asesoría corporativa, hoy conocida como una de las “cuatro grandes” consultoras globales —*Price Waterhouse Coopers*—, se había cansado de la rutina, de la limitada vida cultural de su entorno boliviano y de cierta divergencia en intereses con sus pares. Sentía que se estrechaba el círculo de la presión familiar por asumir los roles familiares de la época. No imaginó que justo allí en Madrid, lejos del entorno, cedería a la atracción natural de una persona con quien compartía intereses intelectuales y espirituales.

Ya en Madrid, sucedió lo inevitable. Luego de un breve, fugaz e inesperado noviazgo entre Augusto y Ana, terminaron casados en una boda muy austera apenas dos años más tarde, el 10 de septiembre de 1973, hace exactamente medio siglo en el templo románico de la Vera Cruz, erigido en el siglo XIII, en Segovia, lugar que escogieron por su simpleza arquitectónica, finos vitrales y potente historia templaria. De la familia de Augusto asistieron su padre Marcelino, varios de sus hermanos, algunos sobrinos y algún amigo reciente; por parte de la familia de Ana María no hubo invitados presentes. Finiquitaron el festejo en compañía de unos lechazos en el mesón de don Cándido, por entonces



De izquierda a derecha: al salir de la boda, en Segovia, 1973. Manino, Ana, Carmina y Augusto. Hacia 1975. Laurita y Begoña, 1977.

una leyenda en ciernes, quien eventualmente pasaría a formar parte del patrimonio cultural segoviano junto con el Acueducto y el Alcázar.

La flamante pareja se acomodó cerca de la casa de Laura, en un apartamento reducido y suficiente, en la calle Mantuano. Poco tiempo le costaría a Ana María encontrar un puesto de trabajo de secretaria en un bufete de abogados. Su amplio espectro cultural, naturalidad y dominio del inglés, la convertían en un valor agregado inmediato para cualquier empresa. Empero aquella vida de redescubrimiento y florecimiento cultural cedió a las necesidades prosaicas de cualquier pareja que comienza su andadura sin peculio alguno.

Con el paso del tiempo, y ya arrancado el curso académico, Laura, conmovida por el empeño de Augusto de insistir en buscar oportunidades en el campo de la educación secundaria, le sugirió que buscara consejo profesional con la directora de uno de los centros educativos más prestigiosos de Madrid, el Colegio Estudio, conocido por su innovadora metodología y filosofía derivados de la prestigiosa Escuela Libre de Enseñanza en un contexto, el ocaso del franquismo, poco abierto a experimentos³². La directora del colegio era esposa de su director de tesis y mentor en el doctorado en Químicas de Laurita, Miguel Catalán Sañudo. Ella era Jimena Menéndez Pidal, hija de los filólogos María Goyri y Ramón Menéndez Pidal, este miembro destacado de la generación del 98. Tras una conversación cordial con Jimena, presentó su candidatura para enseñar en el Colegio Estudio, uno de los más prestigiosos de la época y de la actualidad, donde cultivó amistad con personalidades notables, cuyos hijos estudiaban allí como el guitarrista clásico Narciso Yepes, el futuro presidente de Gobierno Leopoldo Calvo Sotelo y el tenor Alfredo Kraus.

Ana María y Augusto vivieron años intensos, que acarrearón las tensiones que se esperan de una pareja que arrancaba sin un capital económico, a una edad avanzada para fundar una familia en aquellos años,

³² Gallo, Isabel. 2009. "El Colegio Estudio recuerda su historia". *El País*.

compaginando su trabajo ella, con la posterior maternidad, y él sus responsabilidades en el colegio con los estudios nocturnos de psicología. En la Semana Santa de abril de 1976 nació en el hospital Gregorio Marañón de Madrid mi hermana Begoña. El esfuerzo les requería disciplina, no sólo por parte de Augusto sino sobre todo de Ana María quien debió cargar las alforjas de esfuerzo adicional, ya que su situación económica, sin ser paupérrima, fue limitada.

HACER LA AMÉRICA OTRA VEZ

Cochabamba, agosto de 1977

Tras unos años en España, Augusto, Ana y la pequeña Begoña decidieron volver a Bolivia, primero a una casa en alquiler y luego con la madre de Ana María, Josefa, quien había enviudado recientemente. Vivirían juntos durante 30 años, con otra adición el 12 de octubre de 1980, la mía, el pequeño Fadrique, nieto menor de los Iglesias Romero y de los Mendizábal García, criado durante una de las peores crisis económicas que se recuerdan, la hiperinflación de principios de los 80, que llegó al 20.000 % en 1985.

Con el reciente regreso a Cochabamba, justamente el viejo amigo de Augusto, Gennaro Prata³³, para entonces Obispo de La Paz, conocedor de la formación técnica de Augusto en ingeniería industrial y de su paso por el instituto salesiano, le encomendó en 1977, dirigir el Instituto Tecnológico de Bolivia, gracias a una donación de la cooperación holandesa y posteriormente de la Fundación Interamericana del gobierno norteamericano. Prata no vio recorrido en el emprendimiento cuando percibió que los sindicatos asfixiaban al centro educativo, con un jovencísimo Oscar Olivera como líder emergente, años después conocido por su implicación en la Guerra del Agua³⁴, que desembocó en la renuncia del presidente Banzer en 2000 —por temas de salud— y la interrupción de la adjudicación de la administración del agua de Cochabamba con una empresa privada de capitales extranjeros un año antes, en 1999. Anticipando este final, 20 años antes, la Conferencia Episcopal decidió liquidar el Instituto Tecnológico vendiéndolo por \$300.000 a la Universidad Mayor de San Simón.

Si en su primera etapa en Bolivia Augusto había podido experimentar una vida en comunidad, la salesiana de La Paz, su siguiente experiencia sería familiar y en una ciudad más manejable por sus dimensiones y red social, Cochabamba. Él y Ana María habían llegado con Begoña

³³ Zaratti, Francisco. 2016. "Gennaro Prata, un controvertido visionario". *Eju Tv*.

³⁴ Sauras J., Lill F. y Bertelli M. 2015. "La guerra interminable: 15 años de lucha por el agua en Bolivia". *El País*.



Augusto y el Rey Juan Carlos, hacia 1990, en La Paz, Bolivia.



DNI de Augusto, en 1985.



La última foto de Ana María y Begoña con los Iglesias Cadarso (hijos de Manino y Carmina) antes de establecerse definitivamente en Bolivia en 1977.

cuando ella comenzaba a caminar, y se acomodaron en una casa en el barrio de clase media de San Pedro. Al poco tiempo se mudarían a la casa de la madre de Ana María Mendizábal, María Josefa García, en un dúplex en el casco antiguo de la ciudad por entonces en transición de pueblo a urbe. Esta mutación tenía un componente estético: las viviendas que a gusto de un alcalde deberían responder a una paleta de colores según designación edil —la calle Lanza, debía pintarse color rosa—, y conforme a la expansión urbana se dirigía hacia la zona norte, en el degradado barrio central fueron quedando tiendas de comercio minorista semiindustrial, ordenados por temática a la usanza de los viejos gremios de comerciantes medievales. Si bien el barrio terminó devorado por las tiendas minoristas de pintura industrial, les precedieron el gremio de los herreros hacia el norte, al lado de los *sándwiches de chola* —bocadillos de carne de cerdo y cebolla escabechada, donde también se vendía chicha de maíz con contenido alcohólico—, con el gremio de los ferreteros hacia el oeste. Pero el que sin duda centraba la juerga de la vecindad era el restaurante Las Palmeras, ubicado exactamente frente a frente de la casa de Josefa, dejando su vereda compromisaria de orines y vómitos de borrachuzos que salían del restaurante pateando papeleras con frecuencia semanal. Las pocas veces que los Iglesias Mendizábal se quejaron a la policía, sus intendentes terminarían las inspecciones como un comensal más de aquellas bacanales que echaban cierre solo con la luz del amanecer.

Con los años, el barrio fue transitando a ser una zona comercial periférica. La plaza mayor, llamada 14 de septiembre también ha cedido su locación privilegiada a otras zonas económicamente más activas, y los ya escasos vecinos que tuvimos en mi infancia fueron trasladando sus hogares hacia espacios más residenciales. El recuerdo colorido que teníamos en mente se ha ido haciendo más grisáceo, y no sólo por la corrosión de las paredes o por el poco empeño por embellecer unas calles en las que no viven niños, sino por un hecho de sesgos de la infancia y de la capacidad de añoranza. Unos minutos en *Google Street*

basta para constatar con las fotos satelitales que las calles del centro cochabambino no eran anchas avenidas, que esos tímidos intentos de arquitectura *art déco* en Cochabamba, entre la Plaza Colón y el Colegio Loyola, fueron solo eso, experimentos de una ciudad que quiso despegar a la modernidad, pero que se quedó a medio camino.

LO QUE QUEDÓ DE BOLIVIA

Tiquipaya, Bolivia, 20 de abril de 2024

Augusto recuerda, a punto de cumplir 86 años, dos crisis particulares que le hicieron cuestionar su vida. La primera fue cuando decidió dejar la vida clerical activa y la Congregación Salesiana. A los 34 años, debía desandar el camino de la emigración, volver a cruzar el océano pacífico en un avión, sin ahorros, sin un oficio o carrera universitaria aparentemente relevante para el mercado laboral y en busca de nuevos proyectos de vida. El segundo episodio fue más traumático. En 2003, apenas dos años después de que yo, su hijo, migrara a Valladolid, el juego burocrático de la administración pública le jugó una mala pasada. En la Universidad Mayor de San Simón, donde enseñó por 27 años, le anunciaron a él y a otra decena de profesores que debían jubilarse forzosa e ilegalmente, al cumplir los 65 años, pero un vacío jurídico le dejó en la más absoluta indefensión administrativa. La única explicación que le dieron fue que su caso era parte de una situación anómala, un error en el sistema, y la subsanación de aquel fallo, tomaría dos años. Con una familia auestas, era imposible sostenerse sin ningún tipo de ingreso.

Augusto, desde su silla de mecer, también recuerda al ver las montañas, la nieve que cubre una parte de la cordillera del Tunari cada mayo, pues rápidamente conecta el paisaje con sus primeras caminatas por la calle Ramiro Valbuena en León, por donde no podían circular coches, y el niño de cinco años festeja el permiso para faltar al colegio. También recuerda la nieve al ir al Colegio Salesiano de Madrid, en el Paseo de Extremadura y la dificultad y el frío en las orejas, que le producían llanto, aun cuando su hermano y padrino Eusebio, Bito, calmaba su ansiedad narrándole cuentos, traducidos del francés, de la Condesa de Segur, de Genoveva de Brabante.

Ahora, con casi 86 años, y en compañía de Ana María, se pueden dar el lujo de sacar el pie del acelerador y recordar, y también imaginar, el futuro de sus hijos y nietos, unos en el estado de Virginia, en la costa este de EE.UU. y las otras en los Países Bajos. Begoña, la primogénita acaba de iniciar otra ronda migratoria, en Málaga, por donde ya exploró algunos años a principios de este siglo XXI. Parecería que la rueda migratoria dará un nuevo giro, cada vez más lento, y añoran la posibilidad de sentarse en la mesa de la sala de casa ante la chimenea

cubierta por una bovedilla de ladrillo, como lo hicieran en un par de ocasiones recientes. Al fin de cuentas, esto de escribir cartas, mandar telegramas, emails, videos o llamadas de Zoom, con alguna lágrima en el párpado, ya se les ha hecho parte de la vida. Despertar y calcular el huso horario, como una rutina más, lavarse los dientes, escuchar al hombre del tiempo dar el clima de Washington, Utrecht, Málaga y Cochabamba, y planificar el siguiente junte familiar.

V. PIE DE ATLETA

Pekín, 20 de agosto de 2008

Con frecuencia, en las competiciones, cuando ya tenía calzadas las zapatillas y salía de la cámara de llamadas ubicada en el túnel de acceso lateral a la pista atlética, sentía una molestia en el pecho, angustiosa, difícil de clasificar, que luego del pistoletazo de salida se iba diluyendo. Pero en la víspera de Beijing fue diferente. Como es habitual en grandes campeonatos, nos encerraron en seis metros cuadrados a ocho atletas que formábamos parte de una serie que competiría por dos plazas para la siguiente ronda de la carrera de 800 metros. Fueron unos instantes de un trance peculiar, más aún si se trata de unos juegos olímpicos, donde todos tienen nacionalidades y lenguas distintas. Poca broma circulaba entre el personal, que trataba de activar sus músculos dando pequeños saltos verticales, propinándose golpecitos en las piernas y brazos. Algún creyente hablaba en voz baja, para sus adentros. Yo hubiese querido tener una cámara para volver a ver esa escena años después, y así comprobar si lo que recordaba —que ahora relato— se ajustaría a la realidad.

El 20 de agosto de 2008, día de las series eliminatorias de los 800 metros lisos en los Juegos Olímpicos de Pekín, no tenía yo los nervios habituales. Sin estar sereno, aquella vez era una sensación diferente, de nostalgia anticipada. Sabía que probablemente sería la última vez que pesaría 62 kilos en pleno estado saludable, de ver las venas so-



De izquierda a derecha: Fadrique y el jugador del FC Barcelona Lionel Messi, campeón olímpico en Pekín 2008. El campeón olímpico de tenis Rafael Nadal y Fadrique en el comedor de la villa Olímpica de Pekín. Fadrique en el estadio olímpico de Atenas, diseñado por el arquitecto valenciano Calatrava.

bresaliendo en altorrelieve por mis piernas, sabía que era la última vez que sería capaz de correr los 800 metros en menos de un minuto y 48 segundos, y que ese momento significaba un punto de inflexión en mi ascendente vida juvenil. Los músculos y la capacidad aeróbica me habían permitido viajar y conocer y, sobre todo, jugar, pero ya quería darle un mordisco a la vida profesional: trabajar en un oficio convencional, recibir una remuneración estable, adquirir otras responsabilidades etiquetadas como adultas y también contar historias.

Andando hacia la salida, observé un montón de cabezas borrosas en la grada, como pixeladas y un par de banderas que podían ser de Bolivia (Senegal o Etiopía) entre las 90.000 personas que llenaban el estadio-escultura del Nido de Pájaros. Me fijé también en las luces, en la pista color naranja, en las piernas musculadas de los otros competidores de mi prueba y de las otras que se sucedían simultáneamente en otras partes del trazado hacia la salida —acaso lanzamiento de jabalina en el campo central—, me fijé en los jueces de competición vestidos todos de la misma manera, vi sus caras serias, profesionales, pero cordiales. Percibí la música que sonaba en los altavoces, la gente aplaudiendo, todo como en un film coral y psicodélico.

El conjunto sensorial era placentero, pero frenético. Nos pusieron en la línea de salida, a cada uno en su calle, haciendo un abanico progresivo por la compensación de la curva. El juez con la pistola levantó la mano y empezó el trance. Menos de dos minutos y llegada a meta, yo fundido, con el lactato frenando abruptamente la cadencia de mis piernas y brazos, sin lograr la marca esperada, por detrás de seis y por delante de uno de los competidores, un chico de Yemen, país destruido por las sempiternas guerras de Medio Oriente. Los voluntarios del campeonato nos dirigieron rápidamente, casi a empujones —no torpes, aunque sí decididos a arrinconarnos, cuando todavía boqueábamos por las pulsaciones, con las zapatillas de clavos puestas, hacia el túnel de salida, como una máquina de salchichas. Había que darse prisa, pues la siguiente de las ocho series, de una de las 48 pruebas del atletismo —uno de los 50 deportes olímpicos— debía concluir a tiempo, pues la TV no perdonaba.

Un periodista boliviano me enchufó el micrófono en la boca, aun jadeante, y de repente todo acabó. Ya era un exatleta que trataba de explicar a 10 millones de bolivianos expectantes —en realidad mucho menos, en un país donde el deporte era un asunto irrelevante—, por qué sus siete representantes en Pekín volvían al país sin medallas, por qué los menos de 100 deportistas que vistieron la camiseta verde en 120 años de citas olímpicas jamás habían sido capaces de quedar entre los 10 primeros en ninguna categoría. Lógicamente no tenía respuesta. Apreté los maxilares para no llorar, no por un sentimiento nacionalista o de fracaso —mi resultado entraba dentro de los parámetros esperados— sino más bien por otras razones mucho más pedestres, acaso los cambios fisiológicos y neurológicos causados luego de dos minutos de

intensidad máxima, expectativas cumplidas e incumplidas y de varias semanas de estrés autoinfligido.

Una extraña mezcla de placer, agotamiento y liberación. La vida comenzaba.

DEL RÍO ROCHA AL ESGUEVA

Valladolid, 18 de septiembre de 2001

El autobús ALSA, ya en Valladolid, enfilaba la acera de Recoletos hacia la avenida de Madrid, entre las vías que separan los compactos barrios *faseros* de Las Delicias y Los Pajarillos —compuesto por obreros de la planta FASA-Renault—, y el parque de Campo Grande, algo así como una versión más modesta, en miniatura digamos, del Paseo de Recoletos de Madrid y el Retiro, respectivamente. Aquel Valladolid, desfigurado por el desarrollismo de los años 60 y 70, lucía menos señorial, pero con más carácter de lo que Delibes y Jiménez Lozano entonces, y antes de Umbral y Guillén, y antes todavía Zorrilla, y tiempo después Martín Garzo, describirían en sus relatos sobre el corazón de la burocracia monárquica en el Siglo XV y la meseta castellana. Pero todo eso yo no lo sabía aún, pues ni los había leído ni había caminado por las calles de Pucela, como las peñas y forofos llaman a la capital administrativa de Castilla y León.

La arquitectura clasicista del antiguo templo de Las Francesas de alguna manera me la esperaba en su belleza —que fuera un centro comercial no tanto—; había visto la fachada plateresca de San Pablo en clases de historia con una profesora italiana; el capitel de la iglesia de La Antigua y las esculturas de Berruguete me eran familiares por unas postales que mi madre guardó en casa. A mí más bien lo que me sorprendió fue la ausencia de comercio informal por las calles, la cantidad de bares en el denso barrio de ladrillo de La Rondilla y la profusa actividad de jubilados con las manos en candado por la espalda mientras andaban las peatonales calles de Santiago y Mantería.

Los chopos frente a la estación de trenes en la Plaza de Colón, difíciles de imaginar en las tierras agrestes del altiplano boliviano, en los valles altos andinos y en la selva amazónica sudamericana, de por sí le daban un aire de distinción a la ciudad en un primer encuentro. El cuidado diseño urbano de edificios neoclásicos del siglo XIX en que desembocaban en el Palacio de Caballería, mostraban una disciplina consistorial, en contraste brutal con las periferias desordenadas y anárquicas de los mercados cochabambinos; aunque sí explicaban la evolución de la filosofía de los primeros intentos coloniales por diagramar una cuadrícula metropolitana en Bolivia, que fue semejante hasta que el siglo XX incorporó a la migración rural desbordada.

En aquel Valladolid de acogida, la neblina baja de los noviembreros pesados a la altura de la arena en la playa de las Moreras, por donde daba

cientos de zancadas, cada mañana, resultaba un ingrediente novedoso en mis rutinas de entrenamiento, aunque el frío dificultaba el disfrute del paisaje, e inclusive lo hacía aburrido. Cochabamba, por contra, era un hervidero de comercio informal y juventud. Los barrios aledaños a la universidad pública, San Simón —donde mi padre enseñó entre 1978 y 2003— eran algo así como un mercadillo de varias hectáreas. Más que un campus universitario urbano parecía una medina árabe, dominada por restaurantes, pollerías, mujeres con artesanías sobre sus mantas y comercios de reprografía. Mi primer encuentro con una Universidad de Valladolid silenciosa y ordenada en comparación, fue un lluvioso martes de abril de 2001, meses antes de mi traslado definitivo, en la fachada de la Facultad de Derecho y su docena de leones, incontables antes de acabar los estudios, según la superstición.

Por esos días ya sabía que a partir de septiembre en Valladolid tendría una cama y tres raciones diarias de comida, así que mis tíos José Luis, el gemelo inmediato a mi padre, y su esposa Maripaz, decidieron, en un arrebato de generosidad, que a mis 19 años no debía esperar más para conocer el país donde nacieron mis dos abuelos paternos, los hermanos de mi padre y mi propia hermana. Mi vinculación con Valladolid en el largo plazo fue un asunto fortuito, inesperado cuando terminé el instituto en 1998. El siguiente semestre, recién ingresado en la universidad en Cochabamba, conocí a Antonio Álvarez Machado, un exatleta cubano de la generación del campeón olímpico Alberto Juantorena, recién llegado a Bolivia gracias a un convenio deportivo de intercambio de entrenadores para quedarse. A las pocas semanas de entrenar con él, asimilé su método de entrenamiento, sistemático y basado en ciclos de carga y afinamiento con una lógica piramidal, lo que para mí fue la transición entre un pasatiempo y una profesión, resultando en una mejora en la plusmarca boliviana de 400 metros en agosto de 2000. Estos progresos captaron la atención de algún periodista local, expresada en una nota de prensa, que a su vez llegó al escritorio del entonces viceministro de Deportes de Bolivia, quien organizó un reconocimiento exprés improvisado en La Paz, a las 9 de la mañana de un día de diciembre, en el edificio del Ministerio de Educación, Cultura y Deportes. A las 10:30 el acto ya había terminado y la autoridad deportiva se marchó a una reunión de gabinete ministerial, encomendando a su asistente hacerse cargo de mí hasta que saliera el avión a Cochabamba por la tarde. Se despidió con una pregunta más retórica que práctica, de cortesía, mientras me daba un abrazo. “Enhorabuena. ¿Cómo te puedo ayudar yo o mi equipo?”. En un inusual reflejo de lucidez, le pedí que firmara una carta con membrete del viceministerio, al Centro de Tecnificación Río Esgueva de Valladolid, solicitando mi incorporación como atleta.

Por una amiga nadadora, supe que, días antes, una delegación de funcionarios de la Junta de Castilla y León había tenido una visita a causa de una cooperación técnica entre aquel gobierno autonómico y el Go-

bierno Municipal de Cochabamba. En la hora del café, un entrenador de natación local que preparaba al representante boliviano para los Juegos Olímpicos de Sídney Mauricio Prudencio³⁵ le consultó al técnico de la Junta si habría alguna posibilidad de acoger a su deportista en alguna residencia deportiva. De esta forma, invitaron a Prudencio a Valladolid. Yo, antojado de la oportunidad que el deportista tenía ante sí de vivir en Castilla y León —la tierra de mis abuelos—, aproveché mi brevísima interacción con la máxima autoridad deportiva del país, para involucrarle en un compromiso fácil de asumir para él —una carta de intenciones—, que cambiaría mi vida. Si mi tía Laura fue becada a Princeton, y mi padre logró que lo destinen a Bolivia como misionero, por qué no podría buscarme la vida de una forma similar. Por pedir, que no quede, pensé. A los pocos días, el coordinador técnico de Juventud de la Junta de Castilla y León, Pablo del Olmo, desde su despacho en la calle Nicolás Salmerón de Valladolid, firmaba una carta por la cual solicitaba la formalización de un convenio entre el Gobierno Municipal de Cochabamba y la Junta, “en virtud del cual el nadador olímpico Mauricio Prudencio y el mediodfondista Fadrique Iglesias, se incorporarían al Centro de Tecnificación Deportiva Río Esgueva”³⁶ a partir de septiembre de 2001.

LO QUE DEJÓ BARCELONA 92 EN COCHABAMBA

Mi vida de atleta se fundó en un optimismo moderado, que rozaba el pesimismo. Me inicié porque mi hermana Begoña, que era la más rápida de la familia, se vio forzada a dejar el atletismo poco antes de cumplir los 17 años, a días del que podía haber sido su debut en el Campeonato Sudamericano de Atletismo sub-18 en Santiago de Chile, en 1991. Jamás debutó como atleta internacional por Bolivia ya que tuvo una lesión en el tensor de la pierna derecha tan inesperado que afectó a su tendón y finalmente arrancó un trozo de pelvis, de la que nunca se recuperó.

Tres décadas más tarde y un par de cirugías de por medio, todavía arrastra molestias en la pierna los días de intenso frío, pero lamenta más pensar qué habría pasado si hubiesen tenido más cuidado con aquella niña en su club deportivo, aun cuando fuera un hecho fortuito, incrementado en probabilidades a causa de la azarosa formación empírica de aquella época.

En 1992, mis padres hicieron notables esfuerzos por mostrarnos que España, nuestro otro país, era parte de la modernidad global y se aseguraron de que entendiéramos el alcance de la Expo Mundial de Sevilla, la designación de Madrid como Capital Europea de la Cultura y de

³⁵ International Olympic Committee. Mauricio Prudencio. <https://olympics.com/es/atletas/carlos-mauricio-prudencio-oliva>

³⁶ Concejo Superior de Deportes de España. “Centro de Tecnificación Deportiva “Río Esgueva”, Valladolid (Castilla y León)”.

Barcelona como sede de los Juegos Olímpicos. Las revistas y material promocional que llegaba a la Casa de España de Cochabamba también ayudaban. Era un acercamiento a un país que para nosotros, sin posibilidades económicas de viajar a España, se reducía a un acto de fe y a la escasa información que llegaba por la televisión boliviana, hasta que aquellos eventos estuvieron en marcha. Una abstracción que solamente se hizo corpórea con las dos visitas de la tía Laura a Bolivia en 1984 y 1988, para nuestras respectivas primeras comuniones, y a las llamadas telefónicas en los cumpleaños familiares, limitadas por los altos costes de dichas conexiones.

La España en blanco y negro que nos mostraban en los libros, revistas Cambio16 y postales de monumentos, adquirirían una nueva dimensión, a colores y en un lenguaje que no costaba conectar. Escuchar al fallecido ídolo juvenil británico Freddie Mercury —gay y migrante—, cantar a Barcelona a dúo con la reputada soprano Montserrat Caballé los meses previos a los Juegos Olímpicos, ver en televisión al grupo de teatro más vanguardista de la década, La Fura dels Baus, montar un repaso por la historia de la mitología mediterránea al ritmo de castañuelas y *samplers* de música electrónica en la inauguración del torneo olímpico, ver al arquero Antonio Rebollo encender con una flecha el pebetero del estadio de Montjuic y finalmente al soriano Fermín Cacho vencer a los atletas subsaharianos en los 1.500 metros, dejó un poso de persuasión muy potente para un chico de 11 años que era yo entonces. También añadió una dosis de verosimilitud a estas escenas la posibilidad de ver en televisión a la cochabambina Jacqueline Soliz, esposa del entrenador de atletismo que nos descubrió, Héctor Fernández, competir en los 400 metros de los Juegos Olímpicos de Barcelona con la camiseta de Bolivia. A partir de ese instante, entendí que podía ser yo quien cumpliera con la deuda que aquella maldita lesión en la pierna tenía con Begoña y decidí frecuentar las pistas del estadio del barrio de Cala Cala, al principio con un mayor afán de socialización y divertimento que de tarea seria.

Me tomó cinco años debutar en un Campeonato Sudamericano Juvenil de Atletismo, en Asunción, Paraguay en 1996, pero vestí la camiseta verde de Bolivia hasta en 30 ocasiones en 20 países, con el colofón soñado, participar en un par de Juegos Olímpicos, Atenas 2004 y Beijing 2008, además de unos Juegos Panamericanos en Río de Janeiro en 2007 y otros cinco Campeonatos del Mundo repartidos por Birmingham en 2003, Helsinki en 2005, Moscú en 2006, Osaka en 2007 y Valencia en 2008. Cada vez que colocaba el dorsal con los imperdibles en la camiseta de competición, imaginaba a mi hermana haciéndolo con el rigor y el orden con el que llevaba también sus estudios y hasta la prolijidad de su habitación. Mi concepción del mundo y manejo de las tareas domésticas era mucho más caótica. Me tomó años adquirir ciertos hábitos básicos de orden similares a los de Begoña, Laura y Augusto en su aproximación al estudio y a la repetición de los deberes del ensayo y el error. A partir de esos días de verano europeo de 1992 —invierno en

el hemisferio sur—, los Iglesias de Bolivia entendimos que España era algo más que las jotas y pasodobles de los festejos del 12 de octubre de la Casa de España. Nuestro interés por la proyección cultural de aquel año, y el de muchos otros de hijos de españoles residentes en Cochabamba, adquirió más prominencia aun cuando, al salir del instituto y ante las limitaciones del sistema educativo terciario de Bolivia, vimos el saco de oportunidades que podríamos tener con un pasaporte español ante la oferta universitaria en la península y el resto de la Unión Europea. Se abría una puerta más grande que la de Alcalá. La aprovechamos mi hermana en Salamanca, yo en Valladolid y, dos décadas más tarde, las hijas de Begoña, Lucía y Rebeca, esta vez en los Países Bajos.

VALLADOLID, PALENCIA Y LA TIERRA DE CAMPOS

Muchas mañanas en Valladolid habría de recordar las montañas de Cochabamba, emplazada en un valle alto de 2.600 metros sobre el nivel del mar. Allí, resultaba difícil disfrutar de espacios abiertos por donde correr sin perros callejeros o ríos amplios de aguas mansas, aun cuando la altitud ayudaba a los corredores de fondo a incrementar su producción de glóbulos rojos y hemoglobina. La temperatura ambiental en Cochabamba era inmejorable: no solía bajar de 10º centígrados en el día durante el invierno ni sobrepasar los 30º en verano, y por supuesto la nieve en la ciudad era cuestión de Disney; además, las montañas retenían el viento, lo que para un atleta o ciclista también era de agradecer. El local río Rocha, generalmente seco y algo contaminado, era percibido más bien como un accidente geográfico y no tanto como un repositorio patrimonial o un espacio paisajístico, a diferencia del Canal de Castilla, el Pisuerga o el Duero. Donde no había punto de comparación era en la situación competitiva en la que podía vivir un atleta en la misma comunidad que vio despegar a varios mitos del atletismo como Fermín Cacho o Manolo Martínez.

En el Centro de Tecnificación Río Esgueva estaban cubiertas todas las necesidades que pueda tener un deportista profesional: alimentación en un amplio comedor, vivienda digna, una sala de estudio, auditorio, gimnasios según la especialidad, piscinas, pista de atletismo techada y otra al aire libre, servicio de fisioterapia, seguimiento médico para deportistas de alto nivel, espacios de socialización, máquinas lavadoras, acceso a internet y el elemento diferencial: entrenadores cualificados, interacción con atletas competitivos y acceso a competiciones deportivas profesionales de nivel local, nacional e internacional. Era un ambiente óptimo en toda regla en lo deportivo, y también en cuanto acceso a educación. Valladolid era una ciudad universitaria con una casa de estudios pública que atendía entonces a 40.000 estudiantes y otros varios centros educativos superiores privados. Allí aproveché de estudiar la diplomatura, licenciatura, un par de másteres y cursos de formación continua en las facultades de Comercio, Económicas y Filosofía y Letras, uno de ellos gracias a una beca de la Junta de Castilla y

León para migrantes castellanos en América Latina junto con otros 17 estudiantes³⁷. Tanto que, dos décadas más tarde, volví a matricularme en la universidad para terminar el programa de doctorado que comencé en 2015 en Patrimonio Cultural. Pero había otro elemento aún más motivante: el acceso a la vida cultural de la ciudad, sobre todo por los festivales de Teatro y Artes de Calle y de cine —la Semana Internacional de Cine de Valladolid, SEMINCI— y por las representaciones del Teatro Corsario. La ciudad también tenía una movida *underground* y de bohemia, que no conocí hasta que dejé el atletismo, esa vida que empezaba al caer el sol en los bares de pinchos de la Catedral y en el extinto Penicilino, pero que terminaba en el ambiente más punk y contestatario de la plaza de Cantarranas, a puerta cerrada para sus parroquianos.

Las carreras en Castilla y León significaron la reconexión con el lugar donde nunca había estado: la Tierra de Campos, con León, donde Marcelino Iglesias —el abuelo telegrafista—, andaba a diario. Con Benavente, de donde Laura Romero —la abuela maestra— salió para hacer sustituciones a otras profesoras de baja, que la llevarían hasta Villardeciervos y Astorga, en la provincia de León. De aquello quedaban ya solo las fotos de esa caja que no se abría. Ni una sola me llevé a mi refugio trashumante. Tan solo me dio el peso en la maleta como para meter un libro de Alcides Arguedas, aquel novelista y ensayista boliviano amigo de Unamuno, quizás mi mejor conexión con esa Castilla aún desconocida, mis zapatillas con clavos Adidas y aquella medalla de bronce ganada en la víspera del fatídico 11 de septiembre de 2001, en los Juegos Deportivos Bolivarianos de Ambato, Ecuador, para no olvidar que tenía cualidades para correr.

No me frenó la época más juerguista de mi comparsa en Cochabamba ni una invitación del entonces presidente de Bolivia Jorge Quiroga a una premiación en el Palacio de Gobierno a los medallistas de Ecuador, para él rutinaria pero que para nosotros representaba, aunque fuera ilusoriamente, el acceso al poder. Tampoco me detuvo el caos logístico que suponía el cierre del espacio aéreo en EE.UU., que dejó varado a Prudencio en Guayaquil por varios días. Yo quería cuanto antes ser uno más del Centro de Tecnificación Deportiva Río Esgueva y alumno de la Universidad de Valladolid. Quería comer en la misma mesa del palentino de Cervatos de la Cueva, Isaac Viciosa, campeón de Europa de 5.000 metros y de la santoveniense Mayte Martínez, subcampeona del mundo de 800 metros.

Tanto mis compañeros de entrenamiento en Bolivia como yo, imaginábamos la vida de alto rendimiento como de otra galaxia. Entendíamos a las estrellas deportivas, inclusive a aquellos atletas de segundo nivel de países vecinos —argentinos, chilenos y brasileños— como extraplanetarios, en una suerte de colonialismo posmoderno autoin-

³⁷ España Exterior. 2010. "Mañueco y Mateos reciben a los 18 descendientes de emigrantes castellanos y leoneses que cursarán másteres becados por la Junta".

fligido. Fabulábamos con máquinas que mejoraban unos cuerpos ya seleccionados genéticamente. En una cosa no estábamos tan lejos; en las posibilidades de la ciencia —sin saber la incidencia real de la manipulación generada por el dopaje—, pero para conocer todo eso me faltaba mucho. A un nivel intermedio, la diferencia era más psicológica, de conocimiento de la metodología de entrenamiento y de disciplina, que un asunto de fisiología.

En Valladolid, más que un *futurama* del deporte, me topé con un entrenador con métodos soviéticos que pasaba horas de horas en el pinar de Antequera, apoyado en una congregación religiosa hermética, cuyos planos mezclaba indistintamente. Su misión parecía ser captar superatletas de élite o pastores, y todo aquello que estuviera en medio, le sobraba. Y yo estaba en ese medio, ni medallista europeo, ni pastor ni mansa oveja. Ese quiero y no puedo desembocó en un frustrante verano de 2003.

Mi padre se había jubilado, aun cuando fuera de manera forzosa, pero no recibía ninguna pensión de jubilación. Y aunque mi beca de la Junta de Castilla y León cubría mis necesidades de alimentación, médicos y fisioterapia, todavía tenía varios gastos generales y otros relacionados con la matrícula universitaria y algún viaje de competición. Aquel año también solicité la beca del Ministerio de Educación, y me fue concedida pero el desembolso no llegaba ya que la información de mis padres no era homogénea con la que presentaba el resto de estudiantes —con una común declaración de Hacienda—, a diferencia de mis padres, condenados a la suerte de un sistema boliviano, arbitrario con la administración de turno que parecía haberse olvidado de sus contribuciones, aquellas pecuniarias, pero también las intangibles, entregadas a miles de estudiantes, con esmero, a lo largo de tres décadas de profesorado. Nuestra situación calcaba la parodia descrita en la macondiana novela de Gabriel García Márquez, *El coronel no tiene quien le escriba*, sobre un viejo militar en retiro que esperaba cada día, sin éxito, una carta con la noticia de que su pensión de jubilación había llegado, y así me sentía. Que fuera un hecho poco raro en América Latina no disminuía mi ansiedad.

También ese 2003 decidí correr distancias más largas, considerando mi capacidad aeróbica y las características de mi musculatura. Mi fisonomía era más parecida a la de un desgarrado corredor subsahariano que a la de un musculado atleta afrocaribeño. Luego de tomar la decisión de pasar de correr velocidad larga —400 y 800 metros— a correr pruebas de campo través y 1.500 metros, no logré la marca mínima para competir en los Juegos Panamericanos de Santo Domingo, como sí lo hizo mi compañero de habitación Mauricio Prudencio en natación. Me quedé ese verano en Valladolid, en soledad y desilusión.

Tampoco tenía dinero para ir a casa de mis padres en Tiquipaya, pues la Federación de Atletismo de Bolivia prometió llevarme al Campeonato Sudamericano de Atletismo en Barquisimeto, Venezuela, pero al estar el país en una convulsión económica y social sin precedentes en

el siglo XXI, que terminó con una insurrección popular y la renuncia del presidente, congelaron las cuentas del Viceministerio de Deportes y yo enfrenté la deuda con la agencia de viajes, ubicada en la Plaza de San Miguel en Valladolid. Allí se fueron los últimos dólares que envió mi padre, con préstamos de amigos. No tenía dinero ni planes para el verano, había dejado para septiembre (segunda instancia) la asignatura más aburrida de la carrera —Sistema Fiscal Español— y mi mejor amigo se fue a competir a los juegos más grandes del mundo tras los olímpicos, junto al sol y arena del caribe dominicano. Una ruina.

Para paliar la desmotivación y falta de euros, con varios de mis compañeros de entrenamiento, decidimos participar de las múltiples carreras populares veraniegas. Las habían locales, como el circuito Las cinco leguas, de Valladolid, que era un recorrido por pueblos, pedanías y comarcas poco conocidas —Villalba de los Alcores, Valdestillas o Siete Iglesias de Trabancos—, donde, por un día, se armaba un festival atlético que, agrupando a niños, universitarios, reconvertidos vigoréticos, jubilados, entusiastas y atletas semiprofesionales, consistía en transitar las calles del centro histórico de algún pueblo de la provincia, por un recorrido que abarcaba la unidad de medida de la antigua Roma, y su adaptación castellana de 5.572 metros.

Pero las carreras populares que más disfruté fueron aquellas competiciones veraniegas del norte cantábrico hasta más allá del Ebro: Laredo, Potes, Selaya y Melgar de Fernamental, entre Asturias, Cantabria y el norte de Burgos. Acampamos en la playa de Liencres, en tiendas de campaña, y nos pusimos a correr por dinero, todas las millas que pudimos. La repartija del botín era solidaria, pues de los cinco atletas que éramos —todos internacionales con España y yo con Bolivia³⁸, tres fuimos olímpicos: Diego Ruiz de Burgos, José Carlos Hernández de Lanzarote y yo; y los otros dos Alberto Galindo de Ávila y Fernando Diez Coméndez, de Valladolid, habían sido internacionales sub-23 que competían a degüello.

Los premios eran cantidades relativamente bajas, entre 50 y 500 euros, pero alcanzaban para pagar el camping en la playa, la gasolina de los coches, unas carnes para la barbacoa, cervezas y bocatas de supermercado. Al menos las competiciones no tenían ningún tipo de presión. Era correr por competir, con el aliciente del anochecer en la playa y la vuelta al norte en agosto, aderezado con alguna verbena. El verano terminó con las carreras de la vendimia septembrina, en Peñafiel, con un bonito circuito urbano a la vera del castillo del pueblo, y llegada a la Plaza del Coso, donde festejamos con ayuda del premio obtenido por Ruiz, ganador de la carrera, repartiendo el botín generosamente con el grupo: su peso en botellas de vino Protos —70 litros—, en el corazón de la Ribera del Duero.

³⁸ World Athletics. Fadrique Iglesias.



Izquierda: Fadrique en los 800 metros de Pekín, el 20 de noviembre de 2008. Centro: Fadrique en el acto de clausura de los Juegos Olímpicos de Pekín 2008. Derecha: Fadrique con el nadador boliviano Mauricio Prudencio en Acrópolis, con motivo de los JJOO de Atenas, en 2004.

En 2004 no aguanté más la filosofía de entrenamiento de aquel fanático preparador, basada en el dolor, y decidí bajar un peldaño en cuanto a la exigencia del grupo, para estar más cómodo con un entorno más amigable y con objetivos mucho más terrenales. Fue la mejor decisión, algo así como el cobro de una deuda pendiente. Si bien el año comenzó en una línea parecida, poco proclive al optimismo, y con una fisura en el quinto metatarsiano del pie izquierdo, complicándose en una bursitis en la zona del tendón de Aquiles que molesta hasta hoy, hacia abril tuve un cambio en la tendencia: me notificaron que la Federación Boliviana contaba conmigo para competir en el Campeonato Iberoamericano de Huelva, probablemente porque mandar a un atleta desde Valladolid costaba 100 euros y a uno desde Cochabamba 1.400.

En Punta Umbría, a pasos de donde se supone que partió Cristóbal Colón en 1492, se encontraban las pistas. Allí logré mejorar la plusmarca boliviana de 800 metros, que además me permitió ser nominado para los Juegos Olímpicos de Atenas aquel 2004. Esos días también había terminado la Diplomatura en Ciencias Empresariales y me informaron que estaba aceptado para estudiar en la Facultad de Ciencias del Trabajo de Palencia, donde entrenaría con el exatleta olímpico palentino Santiago de la Parte. Se abrió un nuevo camino, lejos de lesiones, presiones religiosas y culpas. Tendría mi segunda oportunidad a orillas del río Carrión, donde viví algunos de los mejores años de mi vida, y he tratado de volver hasta hoy, buscando trabajo, sin éxito. Aquel verano también le llegó la carta de jubilación a mi padre y dejamos de ser parias, para por fin disfrutar del olor de los pinares y el oficio solitario de correr sin remordimientos.

La nueva vida en Palencia, que duró un par de años, ya presentaba novedades, que trajeron pérdidas y ganancias: dejar de correr en la



Izquierda: Fadrique y su madre, Ana María Mendizábal en iglesia de La Antigua de Valladolid, en 2008. Centro: Fadrique (1º der.) y el equipo olímpico para los JJOO de Beijing, con el presidente Evo Morales (3º izq.) en 2008. Derecha: Fadrique en la víspera de correr el Campeonato del Mundo de Pista Corta en Moscú, Rusia (indoor) en 2006.

universitaria Valladolid. Como en Palencia no tenía carnet de conducir, la tracción humana era la única manera de conocer las rutas de Dueñas a Villamuriel de Cerrato. El nuevo paisaje palentino me era más familiar. Relacionaba frecuentemente los circuitos en las orillas de la laguna Alalay hacia el cerro San Pedro y el Cristo de la Concordia en Cochabamba, con los trazados alrededor del Carrión, sus colinas circundantes y su Puente de Piedra hasta llegar al Cristo del Otero, ambas esculturas desde las que se podía apreciar la expansiva mancha urbana de Cochabamba y el disciplinado trazado territorial de Palencia. Entonces en Cochabamba y después en Castilla saboreaba ese halo de sangre reactivo de la fricción respiratoria a 200 pulsaciones por minuto, entre escupitajos con sabor a sangre, producidos por la hipoxia de los Andes y por el frío mesetario. El periodista gallego Alfonso Armada, cronista de la migración española³⁹, decía que la verdadera patria es la infancia. Y esa patria para nosotros era León, Madrid y Cochabamba. A esas patrias se sumaron muchas otras, que iban barajando el paisaje y sus usos. Justamente los libros de Miguel Delibes, el gran narrador vallisoletano del siglo XX y XXI eran una conexión con esa patria de mis padres. Lo habíamos seguido a través de sus relatos, secos, incluso ásperos.

Los años en Castilla y León me habían ayudado a consolidar uno de mis objetivos: retomar aquellas conexiones literarias de la infancia y someterlas a la relectura, para comprobar si sobrevivían al paso de mi tiempo y al trasplante cultural que suponía un cambio de tierras. En ese afán, uno de mis primeros ejercicios consistió en ir al Teatro Calderón para ver la obra cumbre de Delibes en el teatro, *Cinco horas con Mario*, aquel 2001, interpretado por Lola Herrero. A Delibes nunca pude conocerlo, al menos vivo, aunque sí estuve en su velatorio. La mañana del 13 de marzo de 2010, Marysia Szumlakowska, viuda del guitarrista murciano Narciso Yepes, ambos íntimos de los Delibes —y de mis padres, por separado—, llegó a la estación del Norte de Valladolid para

³⁹ Armada, Alfonso. 2022. *Cuaderno de viaje al país natal. Galicia, la Vía Láctea de la saudade*. Ed. La Umbría y la Solana. Madrid.



Izquierda: Fadrique, segundo por la izquierda con uno de sus grupos de entrenamiento en del Centro Río Esgueva, en las Cuevas de Valporquero, León, en 2009. Centro: Fadrique y su esposa Mónica, segundo y tercera por la derecha a la llegada a Santiago de Compostela tras hacer el camino desde León, en 2005. Derecha: Fadrique en la salida de una carrera del circuito Las cinco leguas de Valladolid, en 2009.

asistir al funeral del autor de *Los santos inocentes* y Premio Cervantes de Literatura en 1993. Como no nos habíamos conocido previamente, acompañarla al velatorio en la casa consistorial de la ciudad era un deber ineludible, para cerrar el círculo de mis padres, toda vez que ya había conocido a la mayor parte de la familia y amigos en España.

La capilla ardiente se había instalado en el ayuntamiento de Valladolid, por donde pasaron unas 20.000 personas la víspera del funeral. Aquel sábado de marzo, cerraron la sala principal para la familia y el círculo íntimo, donde me colé del brazo de Marysia. La mayor parte de personalidades, entre quienes estaba el escritor Martín Garzó, la ministra de Cultura Ángeles González Sinde, el alcalde De La Riva o la vicepresidenta de Gobierno Fernández de la Vega, me daban el pésame pensando que era uno de los nietos del académico de la lengua. Me encontraba incómodo por la impostura, y, por otro lado, era la manera de culminar otro capítulo familiar, este más simbólico, de un viaje que muchos años antes, había comenzado tras los anteojos de mi madre, cuando me contaba las historias de Sisí, Cayo o El Mochuelo en sus travesuras entre Valladolid y Burgos que yo creía ya obsoletas. Comprobé que, además de la vigencia expresada en la veneración que autores de todo el mundo le demostraban, también eran los homenajes que hizo con sus textos a la simpleza, la belleza del lenguaje rural y la cotidianidad de la psiquis infantil —profundamente humana—, de un vigor potentísimo. A partir de ahí, ciertas palabras en desuso en Bolivia que mis padres soltaban —solapa, baldosa, melocotón, aulario, quicio— dejaron de ser una fuente de encogimiento para pasar a ser parte de mi jerga identitaria.

VI. EN BUSCA DE LA TIERRA PROMETIDA

23 de abril de 2024

Bolivia sigue siendo un país pobre y dividido, de los menos educados de América Latina y el Caribe y tiene uno de los sistemas más

deficientes de formación profesional del continente, además de estar privatizado. En el siglo pasado solo dos mujeres ganaron el premio Nobel de física y otras tres en este primer cuarto del siglo XXI. Ninguna española. Bolivia sigue sin haber ganado una sola medalla olímpica, pero la sombra del dopaje sigue proyectando su oscuridad. Muchos descubrimientos científicos del siglo XX, inclusive de personajes muy influyentes como Oppenheimer, Nash y Einstein estuvieron vinculados de una u otra forma con el desarrollo de arsenal nuclear y operaciones de inteligencia. La ciencia tampoco ha estado exenta de falsificaciones en procesos y *ránquines*. En los últimos años la iglesia católica, en España y en Bolivia, ha estado directamente vinculada con graves delitos de pederastia, perpetrados por sacerdotes de varias órdenes, con un caso más visible en Bolivia, el del jesuita Alfonso Pedrajas. El atletismo y el deporte global están sumidos en la duda constante a causa del uso sistemático y probado de sustancias dopantes, amaño de partidos y la combinación general de los motores de la industria: codicia y vanidad.

Los Iglesias no tuvieron contacto ni se zambulleron en estos episodios oscuros, y desde la observación externa, manifestaron su repudio tanto a acciones delictivas como a su encubrimiento, cuando las conocieron años después. Tampoco ejercieron liderazgo en las estructuras internas —ni de ministerios, ni de la cúpula eclesial ni de federaciones deportivas— pues eran percibidos como *forasteros* que no llegaban a encajar del todo en el pensamiento gregario y en la disciplina de grupo que exigen algunas veces estas estructuras. Por eso dejaron claras sus respectivas disidencias. Les pudo haber faltado ambición, pero esa fue su manera de ejercer la rebeldía, al menos antes de haber percibido las conductas delictivas que se conocieron en el siglo XXI. Para los tres Iglesias, la vida era un juego, aun cuando no siempre fuese placentero. Laura se tomaba la química como un reto de la mente, una actividad lúdica y una forma de vivir, más que una burocrática repetición de métodos de investigación. Fadrique entendía el deporte como una fuente de acceso a conocimiento, viajes y encuentros con gente distinta; las reducidas posibilidades de pasear por ciudades y países que tuvo por



Izquierda: Festejo de los 85 años de Augusto en Tiquipaya, Cochabamba, Bolivia, en 2023. Centro: Los nietos y bisnietos de Marcelino Iglesias y Laura Romero, reunidos en el Parque del Buen Retiro de Madrid, en julio de 2022. Derecha: Fadrique acompañado de Augusto en la Plaza Mayor de Salamanca en 2003.



Izquierda: Mons. Nicolás Castellanos, en la entrega a Fadrique Iglesias del Premio Nacional de Crónica El Deber, Santa Cruz, Bolivia, 2015. Centro: Augusto acompaña a su hijo en el Campeonato de Bolivia de Atletismo en 2008, tras ganar los 800 metros, en Cochabamba. Derecha: Fadrique (abajo), con su grupo de trabajo y el expresidente de Colombia, Iván Duque en Washington, DC.

sus limitaciones económicas y así validar lo que entendía a través de libros y relatos familiares, las encontró en el atletismo. Para Augusto, el deporte y las dinámicas de grupos fueron un laboratorio de ensayo de la psicología social y conductista, y su obra más pulida fue la de impulsar la carrera deportiva de un hijo que sin tener las cualidades físicas más prominentes, sí aprovechó las oportunidades y la suerte que encontró a su paso.

Laura Iglesias Romero falleció el 15 de abril de 2022 a los 96 años en una residencia para el cuidado de adultos mayores cercana a la Avenida América de Madrid, barrio en el que vivió después de su breve aventura académica en EE.UU., desde la década del 60 hasta 2022. Su última aparición en público fue con motivo del acto homenaje por la inauguración de una calle con su nombre en Benavente, en 2009⁴⁰. Llamó por teléfono, sistemáticamente, cada cumpleaños de su hermano menor, a Cochabamba.

Augusto Iglesias Romero acaba de cumplir 50 años de matrimonio con su esposa Ana María Mendizábal en su casa de Tiquipaya, pueblo ubicado en la provincia de Quillacollo, en las afueras de Cochabamba, Bolivia. Vive en una casa que le tomó 20 años construir, y en la que ha depositado una multitud de rejas del siglo XVII, cuadros, esculturas y puertas talladas que su esposa Ana María ha ido recolectando cuando a finales de los 80 una administración municipal comandada por un alcalde apodado “Topadora” decidió proceder con el ensanche del casco histórico de Cochabamba, sin preservar el patrimonio arquitectónico de la Calle Ayacucho. Augusto lleva una década jubilado, luego de haber trabajado como profesor universitario durante un cuarto de siglo en la Universidad Mayor de San Simón, de Cochabamba y tras dirigir durante 15 años el instituto de formación y capacitación del sector privado IDEA, sede de Cochabamba, financiado por la cooperación norteamericana USAID y por la Federación de Empresarios Privados de Bolivia. También dio clases en las universidades UPB, Univalle y

⁴⁰ *La Opinión de Zamora*. 2009. “Calles para la científica Laura Iglesias, Manos Unidas y Rosa González, comadrona del hospital”.



Izquierda: Fadrique con el expresidente del Gobierno español, Felipe González, en 2017 en Washington, DC. Centro: vista del edificio del Capitolio (Congreso norteamericano) en Washington DC. Derecha: Fadrique, Begoña, Rebeca, Mónica, Amaya, Guillermo, Adrián, Enzo, Augusto, Ana María y Lucía, los Iglesias Mendizábal al completo, en 2022 en Tiquipaya, Bolivia.

UPAL y 300 talleres de capacitación en Bolivia, Perú, Brasil y Paraguay. Recientemente se ha curado de un cáncer de próstata, que se trató en Santiago de Chile antes de la pandemia del covid-19. Todavía hace viajes internacionales solo, como su reciente visita a Washington, en marzo de este 2024, aunque cada vez le cuesta más.

Este mes ha despedido a Begoña, quien luego de vivir algo más de una década en La Paz y unos años antes en Málaga, ha decidido volver a España para encontrarse, por unos días, con sus dos hijas, estudiantes en Países Bajos. Augusto y Ana María, una vez más, han soltado algunas lágrimas al ver partir a su hija. Ya la echan de menos, pero saben que la migración es parte de la vida y que sus nietos, algunos en Virginia del Norte y otras en Holanda, no tendrán pregón en su pueblo porque no tienen pueblo, ni panadero que pregunte por ellos, pero sí un par de abuelos que los recuerdan y mencionan cada día.

Yo, Fadrique Iglesias Mendizábal, vivo en el condado de Fairfax, en el área metropolitana de Washington, D.C., en EE.UU., donde recientemente he defendido telemáticamente mi tesis doctoral en Patrimonio Cultural, por la Universidad de Valladolid, tras haber terminado un máster en urbanismo por la Universidad de Georgetown. Trabajo como planificador urbano en un municipio de similares dimensiones a Tiquipaya y Villalba, donde crío a tres hijos nacidos en los hospitales de las universidades de Georgetown y George Washington, en el área metropolitana de la capital norteamericana. Tengo los tendones de Aquiles machacados por el exceso de asfalto y ya no hago deporte, aunque conservo aún la plusmarca boliviana de 800 metros lisos en atletismo desde que hace 18 años quedara subcampeón iberoamericano de atletismo en Ponce, Puerto Rico. Tengo la esperanza de volver a vivir algún día a Valladolid, Madrid o Cochabamba, ciudades que considero lugares especiales, aunque seguramente de este triángulo cultural que significa portar tres nacionalidades, siempre echaré de menos los dos vértices no ocupados. Sitios donde se escribieron las historias de la científica, del teólogo y del atleta, y las que todavía están por escribir.



Benjamín
Ruiz
López

Mención honorífica

CARA DE GUERRA

(Argentina)

Esta es una breve historia de mis abuelos y mi madre, refugiados republicanos de la guerra civil española en México en 1939. Mi abuelo, José López Valencia, era aparejador, madrileño de nacimiento y de familia. Estaba muy comprometido con sus ideales, al grado incluso de haber estado preso. Algunos lo llamarían “rojo”, para mi familia era el abuelo Pepe. Mi yaya, Pilar Puig Company, catalana, nacida en Barcelona, era pintora, una artista en todo el sentido de la palabra: mujer libre, bohemia, despreocupada y hasta cierto punto elitista. Aunque nunca tuvo dinero, se consideraba a sí misma de alcurnia. Mi madre, Rosario López Puig, siempre nos bromeaba diciendo que “el 10 de junio de 1935 en todos los periódicos se publicó la noticia de que había nacido la niña más bonita de Madrid”. Nació en la calle de Ríos Rosas, donde vivía la familia, pero ella recalca que había llegado al mundo en un hospital, “que no era tan antigua”.

Decidí titular este relato *Cara de guerra* por la foto de mi abuelo en el documento de refugiado que lo identificaba como español y republicano, junto con la de mi yaya y mi madre de niña. Recuerdo que cada



Mi madre en el portal de la casa donde nació, en el número 48 de la calle de Ríos Rosas en Madrid, 2003.



Mis abuelos el día de su boda..



Anverso del documento de José López Valencia, Pilar Puig Company y Rosario López Puig que los identificaba como españoles, de filiación republicana, para entrar a México en calidad de refugiados.

vez que mi madre veía esa foto de su padre decía: “que cara de guerra que tiene”, por su mirada triste y perdida.

COMIENZA LA HUIDA

En aquellos años de mediados de los treinta del siglo pasado, la situación ya era crítica en España. Es muy probable que hayan pasado penurias económicas y que hayan sufrido constantes cambios de domicilio, pero no tengo detalles. En algún momento empezó su peregrinaje. Cuando las cosas empezaron a empeorar por el avance franquista, el abuelo mandó a mi madre y a la tía a Cataluña. Se fueron al pueblo de La Almunia (La Múnia), cerca de Barcelona, donde la tía había pasado su infancia y donde aún vivía su nodriza. Estar en La Almunia significaba estar en el campo, lo que les garantizaba el alimento y una relativa tranquilidad, lejos de Madrid o Barcelona, donde la situación sería más cruenta. Al poco tiempo, mi abuelo las alcanzó en Cataluña, cuando se acercaba la caída de Madrid el 28 de marzo de 1939.

Mi abuelo nunca estuvo en el frente. Hasta donde sé, no lo hizo porque físicamente no cumplía los requisitos pues era muy delgado y de hombros angostos. Sin embargo, trabajó en oficinas de la guerra y aunque no tengo certeza de cuáles fueron sus responsabilidades, más adelante relato una anécdota al respecto. Era un convencido del so-

cialismo; admiraba todo lo que fuera de izquierdas, a veces rayando en la inocencia. No tengo detalles de cuando y como decidieron huir, pero seguramente la situación era ya insostenible, por lo que decidieron emigrar a Francia. Como bien dice la historiadora francesa Geneviève Dreyfus-Armand, era la única opción que tenían.

Cuando finalmente salieron de España, se acercaron a la frontera a pie como casi todos. Mi madre tenía recuerdos vagos de caminar por el bosque y de los bombazos que dejaban destellos en el cielo. Me los puedo imaginar, cargando una pequeña maleta con alguna ropa, fotografías o recuerdos. Cruzaron la frontera en aquellas semanas de la “Retirada” alrededor de la caída de Barcelona del 26 de enero de 1939, cuando cerca de medio millón de españoles republicanos huyeron con destino y suerte desconocidos; el mayor éxodo que ha registrado una frontera francesa, como dice Dreyfus-Armand.

La yaya tenía un medio hermano en París, Roland Puig, otro artista que luego fue un reconocido músico de la orquesta de la Ópera de París (dato que no he podido comprobar). Tanto la yaya Pilar como el abuelo Pepe hablaban francés a la perfección (algo de lo que siempre el abuelo presumía y disfrutaba), lo que les ayudó para moverse con mayor libertad. Estuvieron en París en casa del tío Roland algún tiempo, no sé si semanas o algunos meses. Desconozco qué harían, cómo se ganaban la vida, pero faltaban escasos doce meses para la invasión nazi en París, y según decía mi madre, alguien los delató. Seguramente le dijeron a la policía que había unos rojos españoles en el edificio donde vivían con el tío Roland y fueron por ellos. Sufrieron en carne propia el recibimiento descortés y el nulo interés del pueblo vecino. Eran momentos difíciles para todos. Ahora veo que ni su buen francés les sirvió.

Los tres terminaron en campos de refugiados vigilados por la policía y el ejército en el sur de Francia, al parecer en el Camp D’Argelès. Allí, la yaya y mi madre estuvieron en una sección y mi abuelo en otra, con todos los hombres, del lado de la playa. Tanto la historia (como lo que dice el portal de la UNED), como lo que contaba mi familia era aterrador. De hecho, mi abuelo nos relató varias veces que presencié algún caso de alguna persona que en total desesperación, se metía al mar gritando “¡Me voy a México!” y se ahogaba. Ya estarían las negociaciones con México para los refugiados, pues la situación era desesperante.



Mis abuelos y mi madre en Barcelona, c. 1937.

“En el mundo se levantó una sola voz: la de México” dijo Fernando Serrano Migallón¹. El salvoconducto que les dio entrada a México, que muestro al inicio de este relato, fue el resultado de negociaciones que en Europa hizo Gilberto Bosques, el Schindler mexicano (y a quien nadie le ha hecho una película) y el embajador de México en París, Narciso Bassols, por el generoso ofrecimiento de asilo del presidente Lázaro Cárdenas. Dice Nashieli Ramírez Hernández, presidenta de la Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México: “Gilberto Bosques Saldivar fue un incansable defensor de la dignidad de las personas, pero sobre todo de las y los perseguidos durante el fascismo y nazismo en la Segunda Guerra Mundial. Se estima que salvó alrededor de 40 mil personas de prisión, tortura y muerte, con lo cual escribió algunas de las más brillantes páginas de la diplomacia mexicana”.

Junto con mis abuelos y mi madre, emigraron un hermano de mi abuelo, Fernando López Valencia con su mujer Candelas y su hijo Fernando, ya todos fallecidos. Por alguna razón, solo mi tío Fernando aparece en el listado de asilados políticos del Sinaia de la Fundación Pablo Iglesias². Partieron del muelle de Sète en ese barco, el primero de varios con emigrados españoles republicanos a México. Zarparon 1.800 personas, hombres, mujeres y niños de 307 familias en la madrugada del 26 de mayo de 1939 y tras 18 días de travesía por el Atlántico, llegaron a México. La travesía fue penosa, se presentaron seguramente muchas vicisitudes. Es muy factible que haya escaseado la comida, y recuerdo que mi madre decía de lo precarios que eran los servicios sanitarios, todos comunitarios³. Debo destacar que siempre hablaron de la increíble solidaridad que reinaba entre todos y la ilusión que tenían de llegar al nuevo país, del que algo habían oído hablar, pero que les era desconocido. Morían por llegar a la libertad. Mi madre cumplió cuatro años en el Sinaia, tres días antes de llegar a Veracruz.

MÉXICO LOS RECIBE

Llegaron al Heroico Puerto de Veracruz el 13 de junio de 1939. Fueron recibidos por las autoridades mexicanas y multitudes. Una de las anécdotas que contaba mi abuelo, consignada también en el prólogo del mencionado Diario, era que estaban representantes de algunos sindicatos, entre ellos el de las tortilleras, para darles la bienvenida con una pancarta. Sorprendidos, pensaban que habían llegado a un

¹ En *Sinaia. Diario de la primera expedición de republicanos españoles a México* (1939), edición facsimilar, presentado por Adolfo Sánchez Vázquez, UNAM/UAM/La Oca Editores, 1989, disponible en: <https://www.cervantesvirtual.com/> (N.A.)

² Disponible en: <https://fpabloiglesias.es/> (N.A.)

³ Detalles de esto vienen en la edición facsimilar del Diario de la primera expedición de republicanos españoles a México. (N.A.)



Mis abuelos y mi madre en 1940, ya en México, con una faz que indica tranquilidad y prosperidad.

país muy progresista, pues hasta las lesbianas tenían un sindicato, para darse cuenta al poco tiempo de que las tortilleras son las trabajadoras que hacen las tortillas de maíz, base de la alimentación mexicana.

Fue parte choque cultural, y parte respeto y admiración por lo nuevo, pero en ese momento comenzó su integración al país. Estuvieron algunos días en Veracruz, luego, según recuerdo, mi abuelo consiguió trabajo en el vecino estado de Puebla, en Teziutlán. Las autoridades mexicanas les facilitaron papeles de residencia y trabajo. Ahí vivieron un tiempo para finalmente afincarse en la Ciudad de México. La familia en Madrid sabía que habían ido a París, pero no supieron que se habían ido a México. No fue sino que, sabiendo que el correo estaría censurado, la

Yaya envió una carta al negocio de encuadernación López Valencia (del que hablo más adelante) para ver si podían “hacerle unos libros”, firmando la carta como Pilar Puig y su dirección de México. Así fue como se enteraron de que estaban refugiados aquí.

Ya en la Ciudad de México (que entonces era el Distrito Federal)⁴, se afincaron primero en la colonia (barrio) Roma, en la calle de Tlacoatlpan. El edificio hacía esquina y tenía vistas al río de la Piedad, que posteriormente fue entubado y cuya cuenca fue convertida en una estrecha autopista urbana. Mi madre nos contaba que podían distinguir las milpas (los maizales) del otro lado del río, que hoy forman la colonia del Valle, y podían ver a “los indios” hacer “sus necesidades”, pues era pleno campo; las mujeres se levantaban las enaguas con las manos para ponerse en cucullas.

En 1941 nace mi tía Araceli en la ciudad de México, la única hermana de mi madre. Para mí, un gran símbolo de la integración de mi familia a este país. La primera nacida en México. Como cuento posteriormente, mi tía vuelve a España con su madre en 1960 y desde entonces vive allá. Hoy en día, está en una residencia en el Tibidabo, en Barcelona. Su hijo, Miguel Ángel, mi único primo hermano, nacido en Barcelona, vive en Igualada. Para mí ha sido una enorme ilusión y gusto reencontrarme con él.

⁴ La reforma constitucional que cambió de nombre a la ciudad fue aprobada en diciembre del 2015 y se acordó el 5 de febrero de 2016 dejando de ser Distrito Federal por Ciudad de México, obteniendo mayor autonomía y acceso a fondos federales, entre otras ventajas. (N.A.)

LOS TRES EMIGRADOS

Ahora paso a narrar sobre los tres emigrados de este relato. El abuelo Pepe –como lo llamábamos– provenía de la clase obrera. No obstante, la familia López Valencia tuvo un próspero negocio de marroquinería y encuadernación ubicado en la calle Bárbara de Braganza, 11, en el centro de Madrid, a media calle de Recoletos. En el mismo local se encontraba el negocio de encuadernación de Calero, que fue amigo de mi bisabuelo Francisco López. Mi bisabuelo había trabajado en marroquinería en Loewe. Tras una huelga, fue el mismo Enrique Loewe Knappe quien lo echó, por causa de su solidaridad con los trabajadores. Gracias a su trabajo profesional y experiencia, se asoció con Calero en la marroquinería. Hoy en día sigue el negocio de la Encuadernación Artesanal Calero. De hecho, en la acera hay una placa conmemorativa por llevar el negocio 100 años ahí, que alguna vez se llamó López Valencia y que contó con una sucursal en México. El negocio tuvo sus épocas de prosperidad, pero mi abuelo nunca trabajó en él. Estuvo un tiempo sin trabajo y por medio de un conocido, el bisabuelo compró una papelería en la calle de las Infantas en Madrid, de la que mi abuelo se encargó. Como era miembro de las Juventudes Socialistas le hacían muchos encargos. En la Segunda República Española, durante la Revolución de octubre de 1934, imprimió unos panfletos políticos ahí en la papelería. Tiempo después alguien lo delató, razón por la cual se fue preso a la cárcel Modelo, en La Moncloa. Estuvo en presos comunes, pero luego lo pasaron a presos políticos, donde estuvo con personajes como Largo Caballero. Cuenta mi tía abuela Socorro (que este próximo 17 de mayo de 2024 cumple 100 años) en un vídeo que hicimos en 2017⁵, que iban a visitarlo junto con mi Yaya, que estaba embarazada de mi madre, a punto de parir. De hecho, mi madre nació con su padre preso, pero el abuelo no quiso ver a su hija en prisión. Por fortuna, salió en libertad al poco tiempo de nacer. Después, al revisar el pasaporte de mi abuelo veo una serie de visados y sellos que indican que cruzó la frontera por La Jonquera o Le Perthus en ambas direcciones en marzo, abril, mayo, agosto y septiembre de 1938. Mi hermano Miguel me cuenta que el abuelo hizo en algún momento de espía e incluso pasó a alguien escondido y clandestinamente en el coche a Francia. La última entrada registrada es por Perpiñán, pero el sello no permite ver con claridad la fecha.

Fue un hombre intachable, que estaba comprometido con sus ideales políticos y siempre fue muy solidario. Con una tremenda formación de izquierdas, fue de una enorme rectitud, siempre pensando en los demás, sin aspirar nunca a bienes o dinero. De hecho, murió y lo único que heredó fueron algunos libros, un trofeo de plata que ganó en alguna competencia de esquí, unas gafas y ya. Yo aún conservo su adorado diccionario Larousse de la lengua española, pues fue su pasión el escribir y hablar correctamente su idioma.

⁵ <https://www.youtube.com/watch?v=5n3mtucRqts>



El pasaporte de mi abuelo que muestra algunas de las múltiples entradas que hizo a Francia.

Mi abuelo era aparejador, carrera técnica que no existe en México, pero entiendo que tenía buenos conocimientos y experiencia, así que siempre trabajó básicamente como contratista en construcciones, aunque nunca pudo firmar planos, pues no era ingeniero civil. De cualquier forma, en el medio fue conocido como el “ingeniero López Valencia”. Hizo muchas casas y seguro que aún hay muchas de sus construcciones en pie, aunque no tengo ninguna qué señalar. Hubo una muy grande que dejó y que durante muchos años nosotros pudimos contemplar: la fábrica de refrescos Jarritos en la avenida José María Rico, esquina con la avenida Coyoacán, en el sur de la colonia del Valle en la Ciudad de México. La fábrica fue demolida hace ya varios años y en su lugar construyeron edificios de departamentos. A pesar de ser un hombre de una tremenda rectitud, no por eso dejaba de tener un criterio amplio. Por ejemplo, te podía hablar de masturbación sin pelos en la lengua. Sin embargo, a pesar de ello, no resistió la infidelidad de la yaya. Según contaba mi madre, la yaya “le paseaba los amantes al abuelo en las narices”, de tal forma que finalmente se divorcian el 8 de abril de 1947.

Después del divorcio, la necesidad lo hizo emigrar nuevamente, esta vez a Venezuela, donde vivió dos años en Caracas y Maracaibo.



Pequeño trofeo de plata que ganó como neófito en 1929 esquiando en algún lugar de España..



Carta de naturalización de mi abuelo donde también quedan incluidas mi Yaya y mi madre, otorgada el 21 de enero de 1941.

Hombre íntegro como el que más; nunca desamparó a sus hijas y mes con mes cumplió con la pensión alimenticia hasta que Araceli fue mayor de edad. Al volver a México, conoció a una señora de la que solo recuerdo que se llamaba Mirtala, de cariño Tala, y se casó con ella. No tengo información al respecto; solo sé que enfermó de cáncer y finalmente falleció. En algún momento el abuelo Pepe decidió irse a vivir a Acapulco, puerto ubicado en el estado de Guerrero, en la costa del océano Pacífico, donde estuvo unos 30 años. Ahí tuvo una vida más sosegada; solía ir por las tardes al centro a los cafés donde se reunía con otros emigrantes españoles a jugar dominó. Adoraba el calor y la tranquilidad de la ciudad cuando no era época alta de turismo.

En Acapulco conoció a su última pareja, Mariana, una austriaca radicada en Nueva York (también emigrada de la Segunda Guerra Mundial) de la que guardo un ingrato recuerdo y no quiero dar detalles de ella –más que los estrictamente necesarios– porque no se lo merece, ya que cuando mi abuelo estaba moribundo se portó de manera atroz e inhumana. Decidió mudarse a vivir con mi



Mis abuelos al salir de firmar su divorcio caminando por la calle de Madero en la Ciudad de México el 8 de abril de 1947. Detrás de ellos la famosa "Casa de los Azulejos", antiguo palacio del Conde del Valle de Orizaba.



Cédula de identidad como extranjero en Venezuela de José López Valencia. Nótese que en nacionalidad pone "mexicana".

abuelo y como era de cierto nivel económico, compró una bella casa con vistas a la bahía de Acapulco. La idea que ella tenía era que sus hijos y nietos estadounidenses fueran a verla y pasaran sus vacaciones allá, pero al final, fuimos nosotros los que más disfrutamos la casa. Pasamos todos nuestros veranos en esa casa con alberca (piscina), ideal para niños como mis hermanos y yo. Mi abuelo tenía su propia habitación, la más pequeña de todas, que era de aspecto más bien monacal, sin aire acondicionado porque eso "era de burgueses".

La relación del abuelo Pepe con sus nietos fue muy buena y nosotros lo disfrutamos mucho. Él también disfrutó mucho tenernos y poder pasar tiempo con su hija y su yerno. Recuerdo aquellos atardeceres desde la terraza, donde los mayores tomaban sus jaiboles, tenían conversaciones interminables, contaban chistes de adultos y reían. Fue gratificante para nosotros como niños crecer en ese ambiente. Mariana decidió vender la casa de Acapulco alrededor de 1980 y ambos se mudaron a Cuernavaca, muy a pesar de mi abuelo, que echó de menos su adorado Acapulco. Estando entonces solo a unos 90 kilómetros de la Ciudad de México, fue para nosotros más fácil poder ir a verlo con más frecuencia.

En enero de 1984, tuve la oportunidad de irme a estudiar una maestría a Estados Unidos. Volví a México el 20 de mayo de ese año, al finalizar el primer semestre, y al llegar, ya de noche, me encontré con la noticia de que el abuelo Pepe había muerto esa misma mañana. Al poco tiempo de haberme ido a Estados Unidos le diagnosticaron cáncer de páncreas, para morir a los tres meses, después de una dolorosa agonía. Una forma de morir que no merecía una persona como él. Fue mi primera gran pérdida y lo echo mucho de menos, pues no pude contarle lo que había aprendido en la maestría, ni mis experiencias en Estados Unidos y ni siquiera despedirme de él.

Mi familia lo enterró en el Panteón Civil de Cuernavaca, un cementerio público. Mi madre cumplió su deseo de que no se gastara en él más que lo necesario y se le enterró envuelto solo con una sábana blanca, en un ataúd de madera, barato, sin elegancias obscenas, sencillo como él. Casi 30 años después, mis hermanos y yo decidimos exhumarlo. Nadie iba ya al cementerio y sentíamos que estaba muy solo allá, en

Cuernavaca. Fue un acto que no resistí ver – apenas vi los huesos de sus piernas que se asomaban en la tierra, pues el ataúd de madera ya no existía. Lo cremamos y personalmente fui a echar sus cenizas de vuelta a Acapulco. Tomé una lancha en La Angosta, una playita muy estrecha, como lo indica su nombre, cercana a la casa donde vivió y donde pasamos muchos veranos felices. Cuando la lancha zarpó y se adentró en mar abierto, las olas se agitaron y por un momento temí que nos estrellaríamos contra los acantilados. Pero el lanchero manejó muy bien la situación y logré depositar sus cenizas en el mar de Acapulco, más allá de la bahía. Creo que ahí liberé su furia.

La yaya Pilar fue pintora. Tengo la fortuna de conservar en casa varias de sus obras, entre ellas algunos óleos. No sé cómo fueron sus primeros años, pero de joven viajaba con frecuencia a París, donde se codeaba con artistas. En esa ciudad, la bisabuela era vecina de un tío del abuelo Pepe, por lo que en uno de esos viajes se conocieron. Sé que en México logró ser una artista conocida. Yo pensaba que había tenido una fama mediana, pero de acuerdo con la investigadora Irene Barreno García, además de otra artista, de las exiliadas mi yaya fue “una de las pocas mujeres que conseguiría realizar exposiciones individuales durante los años 40 en México”⁶. Como bien señala Barreno, mi abuela experimentó una gran atracción por las culturas mesoamericanas, al grado de publicar *Los mayas en su esplendor* en 1955, un compendio de grabados de las estelas mayas con el apoyo del Gobierno mexicano.

La yaya Pilar no fue una mujer común y corriente, ni sumisa; fue una mujer liberada, artista y pionera que se aventuró hacia realidades desconocidas para muchas mujeres en aquella época o incluso en la actual. Hizo lo que quiso en su vida, sin importarle nada ni nadie, incluido mi abuelo. No pretendo emitir juicios morales sobre ella, sino resaltar su fortaleza y visión adelantada a su tiempo. Vivió una vida despreocupada, abierta y sin tapujos. Llegó a contarle a mi madre que en su juventud había frecuentado bares o lugares con *shows* de sexo en directo en París, ya en aquellos años veinte del siglo pasado. Esta experiencia de vida abierta, aunada a su admiración por las culturas prehispánicas, y como consecuencia de la libertad que le dio el divorcio, la llevó a viajar por México y Centroamérica. Viajaron en una época en que no existían las zonas arqueológicas como las conocemos hoy en día, con toda clase de servicios y comodidades. Impulsada por su espíritu aventurero, mi abuela llevó a mi madre y a mi tía Araceli a recorrer los sitios mayas de México, Guatemala, Honduras y El Salvador en una aventura apasionante y a la vez arriesgada.

Mi madre nos contó mil y una veces sus andanzas en aquella época. Parte con emoción y parte con hastío: Ella deseaba haberse quedado

⁶ “Destierro y género. Condiciones e influencias del exilio mexicano en las artistas españolas tras la Guerra Civil”, en *Revista Historia Autónoma*, 19 (2021), p. 97-121. (N.A.)



Fotografía del óleo titulado “Pagada”, que de acuerdo con la propia descripción de su autora, Pilar Puig Company, “alcanzó gran éxito como asunto moral. Representa una joven que se entrega por primera vez a la vida pública y después le duele el haber bajado el nivel de vida que le representa” (véase el dinero sobre la cama). Formó parte de su primera exposición el 23 de mayo de 1943 en la Ciudad de México.



Fotografía del óleo “Ofrenda a Xochipilli” de la primera exposición de Pilar Puig Company el 9 de mayo de 1949 en la Ciudad de México. “Xochipilli significa ‘príncipe de las flores’, dios de todo lo bello, de las flores y de las danzas, música, primavera y de los pájaros”, según la descripción en el reverso de la foto. Le tenía tanto cariño, que no lo vendió.

en casa, quizás con su padre, seguir estudiando como una adolescente normal y empezar a ir a fiestas. A cambio de eso, estuvo en zonas selváticas y calurosas, malcomiendo y maldurmiendo (a mi abuela eso no le importaba), rodeada de insectos y animales, y sin asistir a la escuela, aunque aprendiendo durante meses francés en la Alianza Francesa o italiano en la Dante Alighieri de las capitales centroamericanas. Pasaba el día dando vueltas sin hacer nada, mientras la yaya realizaba pinturas y grabados de las ruinas.

Podría abundar en detalles sobre sus andanzas, pero baste con un par de ejemplos. Alguna vez cruzaron la frontera entre Honduras y El Salvador a lomos de caballo, sin que nadie –evidentemente– registrara en su pasaporte un sello de salida o entrada. Eso sí, una vez en la capital, mi abuela se presentaba en la embajada mexicana para efectuar algún trámite y poder cobrar la pensión que mi abuelo enviaba puntualmente. De la misma manera, cruzaron la frontera entre Guatemala y México a fuerza de un armón de ferrocarril. Mi madre recordaba que la yaya les dijo a sus hijas que cantaran el himno guatemalteco y a la mitad del río Suchiate –la frontera– empezaran a cantar el mexicano. En otra oca-



Óleo de don Carlos Rincón Gallardo, marqués de Guadalupe, duque de Regla. "Cuadro de trabajo inaudito" escribió Pilar Puig Company, por el traje de charro con incrustaciones de plata, espada y pistola también de plata, bordados en oro al relieve y botonaduras con cadena de plata. Ciudad de México, 1945.

sión, mientras estaban en Copán, Honduras, convivieron con unos estadounidenses que decían ser arqueólogos. Tiempo después se enteraron de que eran espías del gobierno estadounidense que las vigilaban a las tres, pues sabían que eran españolas, refugiadas de la guerra civil, "comunistas" y que probablemente estaban ahí por alguna razón política. Solo un detalle de la Guerra Fría. Volvieron a su casa en la Ciudad de México, un departamento en plena avenida Insurgentes esquina con la calle de Aguascalientes, en la colonia Roma (por casualidades de la vida, vivo a solo tres cuerdas de ahí y el edificio sigue en pie). Mi abuela pintó a varios personajes de la vida nacional de México. Mi madre hablaba a menudo del marqués de Guadalupe, perteneciente a una familia aristocrática que gustaba de conservar el título, a pesar de que en México los títulos nobiliarios ya habían desaparecido hacía muchísimo tiempo. En el año 2007 mi madre logró contactar a los descendientes del marqués y los visitó en su casona, también en la colonia Roma. Pudo constatar que el cuadro de la yaya Pilar aún estaba ahí adornando sus paredes. Sé que la yaya también pintó a políticos de la época.

Mi yaya tuvo su penúltima ocurrencia de aventuras y decidió irse a Cuba con sus hijas. No recuerdo cuál fue su motivación, pero estamos hablando de 1958, cuando ya las cosas en la isla empezaban a complicarse y a cambiar. Castro ya estaba en las montañas y mi madre recordaba que ya se veían muchas mansiones de gente rica abandonadas, pues se venía el régimen comunista. Mi madre regresó a México antes; la yaya y mi tía se quedaron, pero volvieron al poco tiempo. Y es en esas épocas que concibe su última ocurrencia: el gobierno de Franco había propuesto la "repatriación" de aquellos españoles que no se hubieran involucrado en asuntos políticos durante la guerra civil. Como mi abuela nunca tuvo una participación política, mi madre mucho menos, pues era una niña y mi tía ya había nacido en México, solicitó la repatriación alrededor de 1959. Quería llevarse sus cuadros, así que decidieron irse unos meses antes a Veracruz para desde ahí zarpar a España. Casualmente, el mismo punto de su llegada a México. Partieron la yaya y mi tía en enero de 1960. Mi madre no las acompañó. La yaya solo estuvo 21 años como refugiada en México. Vivieron en Marbella y finalmente en Barcelona, donde mi tía Araceli trabajó muchos años en la Fira de Barcelona. La yaya Pilar murió en 1993.

Mi madre era la más pequeña de los tres emigrados, pero no por eso la menos importante. Llamada Rosario López Puig –su nombre oficial– en casa la llamaban Ruser (Roser), nombre muy catalán, idioma que hablaban todos en casa, incluso mi abuelo, pero que no sabían escribir. Por eso la u de Ruser. Fue una persona espectacular, con una asombrosa pasión por la vida. Tenía una vivacidad y entusiasmo en todo lo que hacía, que a veces uno se preguntaba de dónde sacaba tanta energía. Digna heredera de sus padres, de mentalidad tan abierta en todos sentidos, no se impresionó de que yo fuera gay. Era de una perspicacia impresionante, pero sobre todo, de un amplio conocimiento. Igual sabía hablar de pintura, que de ideología política, psicología, literatura universal o historia de México. Fue una lectora voraz y le gustaba también escribir. Tengo guardada una serie de cuentos y relatos que nunca le dio a leer a nadie y que espero algún día poder publicar. Con ese incansable entusiasmo, amó a México hasta el final de sus días y transmitió ese amor a sus hijos. No solo estuvo eternamente agradecida con el país y con el general Lázaro Cárdenas por haberle dado patria y una familia, sino que también le tenía devoción, cariño y comprensión a esta tierra y a su gente. Nunca se olvidó de España, pero su total incorporación a México era lógica, pues llegó a los cuatro años.

Hablaba más bien como mexicana, pero de vez en cuando se le salía un ceceo por ahí. En casa conjugaba con vosotros, y solía decir “¡coño!” y otras expresiones muy españolas. A su vez, se vistió durante muchos años con prendas bordadas indígenas mexicanas, que contrastaban con su tez blanca, ojos verdes y pelo negro (luego cano). Pareciera que los niños quizás no perciben la realidad de la guerra como tal, pero quedan marcados. La guerra dejó en mi madre una profunda huella. Nunca nos permitió a mis hermanos y a mí que dejáramos comida en el plato, pues nos recordaba las penurias que pasaron, y toda su vida pegó el pequeño jaboncito que sobraba en el baño sobre el nuevo, para no desperdiciar nada. Esto último es algo que todavía hacemos mis hermanos y yo. No obstante, me parece que al final tuvo una buena niñez, aunque fue una niña inquieta e hiperactiva. Su adolescencia quedó marcada por el divorcio de sus padres, las constantes mudanzas, aventuras y viajes con su madre, y el desequilibrio causado por la inestabilidad del hogar y falta de arraigo. En su juventud aprendió inglés, francés e italiano. Pudo al fin terminar sus estudios de secundaria y preparatoria⁷ y logró entrar a la Universidad Nacional



Mi madre (en medio) con dos de los descendientes del Marqués de Guadalupe, en su casa de la colonia Roma, Ciudad de México, 2007.

⁷ En México, la secundaria está dividida en tres años de secundaria y tres de preparatoria. (N.A.)

Autónoma de México (UNAM) a estudiar la licenciatura en Historia, carrera que dejó trunca cuando se fue a Cuba con su madre y hermana. Al final no resistió, pues ya tenía 22 o 23 años, había interrumpido sus estudios universitarios y sentía que ya era mayor para no haberlos terminado. Se volvió a México, sola en barco. Ya en casa, empezó a trabajar y a buscarse la vida. Ahí recomenzó la relación con su padre, el abuelo Pepe, que para entonces se había vuelto a casar.

En 1959, mientras estuvieron en Veracruz, para volverse a España, un mes antes de partir, sucedió algo inesperado: conoció a mi padre. Un día, estando en el café de La Parroquia (todo un ícono del puerto) vio a mi padre sentado en otra mesa. Intercambiaron miradas y seguramente guiños. Mi madre pensó que era un marinero italiano, pues en esa época llegaban muchos barcos de Italia a Veracruz, y por eso siguió la jugada, pues el “italiano” se iría en unos días. En ese entonces, mi madre trabajaba en un banco, así que un día lo vio entrar a la sucursal. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no era italiano, sino un “gachupín”⁸. Mi padre, al verla en la caja, primero habló con el gerente de la sucursal y luego se dirigió a ella. Es una historia bonita y romántica, pues mi padre había enviudado hacía poco con tan solo 27 años y mi madre tenía ganas de hacer ya su vida, y ambos se enamoraron a primera vista. Es por eso por lo que, dada la premura del viaje a España sin retorno que se avecinaba, decidieron casarse, de tal forma que del momento en que se conocieron al día de la boda, pasó apenas un mes.

Mi padre, efectivamente, era gachupín, aunque nacido en México. Era hijo de gallega (de Puente deume) y de cántabro (de Barruelo), ambos emigrados a principios del siglo XX. Gente muy pobre, que apenas sabía leer y escribir, y que vinieron a “hacer la América”, muy jóvenes, con lo que llevaban puesto y nada más. Es una historia que merece su propio relato. La valentía de mi madre siempre me sorprendió. Después del drama que hizo la yaya porque su hija se quedaba en México de manera tan sorpresiva, y además casada con un gachupín (siempre ha habido distinción entre los emigrados gachupines y los refugiados republicanos), tuvieron que hacer una cortísima luna de miel en la Ciudad de México, para volver a Veracruz a despedir a mi abuela y mi tía. Digo la valentía, porque mi madre decía que se quedó en el muelle de Veracruz despidiendo a su madre y a su hermana –tras ese tremendo cambio de planes en su vida– hasta que el barco se perdió en el horizonte, y cuando se dio cuenta, volvió la cabeza y estaba del brazo de un hombre, que ahora era su marido y que apenas conocía. Por lo menos, le quedaba su padre en México. Por fortuna, mi padre fue un magnífico hombre. Ambos fueron muy felices y formaron un buen matrimonio. Mi madre, aunque ordenada y centrada como su padre,

⁸ Anteriormente, los gachupines eran los españoles llegados antes de la Guerra Civil. Ahora se les llama así a todos. (N.A.)

fue un espíritu libre y en muchos sentidos adelantado a las mujeres de su época, como su madre. Llevaba en sus genes a la república y sus ideales. Fue también una excelente madre; nos crio y educó a mí y a mis hermanos muy bien; nos hizo reír y nos hizo la vida amena. Los tres nacimos en Veracruz, puerto tan simbólico en esta historia.

Llegado el momento, poco antes de que yo entrara a la universidad, animada por mi padre y empujada por su ilusión, decidió realizar estudios universitarios. Una vez más, tuvo la valentía de estudiar la licenciatura en Sociología en sistema abierto. Valentía, porque era estudiar por sí sola, con la ayuda de tutores y en una época con menos recursos informáticos, o ninguno. Fue toda una hazaña.

Terminó con éxito en la Universidad Iberoamericana. Lo disfrutó y aprendió enormidades. Se hizo más izquierdista, pues la “Ibero” –como se le conoce coloquialmente a esa universidad– es privada, pero de jesuitas y en aquella época estaba en auge la Teología de la Liberación. Posteriormente hizo una maestría en Historia, una de sus pasiones. Este amplio espectro la llevó a ser profesora de Historia Universal e Historia de México, primero en colegios privados, en donde duró poco por la cerrazón y conservadurismo de los directivos, pues al igual que les enseñaba a los alumnos sobre el capitalismo, también les hablaba de marxismo, sin imponer nada. Finalmente, fue profesora alrededor de 20 años en el CCH (Colegio de Ciencias y Humanidades), un sistema equivalente de la escuela preparatoria ofrecido por la UNAM. Ahí pudo dar rienda suelta a su espíritu docente que, con su peculiar carisma, sinceridad, simpatía, entusiasmo y conocimientos, sé que tuvo un fuerte impacto en sus alumnos. Muchos la recordaron años después con nostalgia y cariño. Un día, por azares del destino en una reunión de amigos, me topé con uno de sus exalumnos. Me habló de ella, incluso repitiéndome dichos de mi madre, muy pintorescos, que me confirmaron que, efectivamente, había sido su maestra.

Fue, además, una formidable cocinera, con una sazón que a nadie más le he probado. Con esto, de niños y jóvenes nos hizo sentir siempre que teníamos un hogar, algo que ella no tuvo del todo, pues con la vida bohemia y desordenada de su madre, que el día que vendía un cuadro, cenaban con champán, al día siguiente no había nada que comer. Mi madre murió el 4 de mayo de 2012, a consecuencia de una serie de enfermedades, cáncer incluido. Dejó un vacío en casa, pues mi padre ya había fallecido el 12 de enero de 2006. Después de ella, que llegó de niña, quizás ya no quede nadie del Sinaia en México.



Portada de la tesis de licenciatura de Rosario López Puig sobre el liberalismo en España..

ESPAÑA EN EL HORIZONTE

En 1973 tuvimos la oportunidad de ir todos a España: mi madre, mi padre, mis hermanos –Miguel y Juan– y yo. Era la primera vez para todos y apenas la segunda vez que mi madre estaría en su país de nacimiento. Mis padres llevaban un poco la ilusión, muy dentro de ellos, de ver si había oportunidad de irse a vivir allá. Pero al final, ya habían pasado muchos años. Recuerdo que al regresar comentaban que no podrían adaptarse, y a mi madre, además, le parecía una traición a México. Ese viaje fue memorable para mis hermanos y para mí, que nunca habíamos salido del país, además de ser una época en la que prácticamente solo viajaba la gente acomodada. Fue memorable, además, porque conocimos en Madrid a toda la parentela de mi madre y en Barcelona a la tía. Mi tía Araceli había ido a México un poco antes de vacaciones. Conocer a la familia nos marcó, porque en México en realidad casi no tenemos familia, y porque conocimos nuestros orígenes. Esta relación más cercana la he mantenido yo a través de los años, en especial con la familia de Madrid. Con mi tía Araceli y mi primo hermano Miguel Ángel, el contacto ha sido esporádico, aunque no por eso menos encantador. En los años noventa, con la modificación de las leyes españolas, surgió la posibilidad de obtener la nacionalidad española. Nunca había pensado en tener doble nacionalidad, pues con la mexicana me había sido suficiente. Sin embargo, ya entrado en la treintena y considerando mis constantes viajes y contactos internacionales por el trabajo, me pareció una oportunidad interesante. Mis hermanos, mi padre y yo lo hicimos. Mi madre no quería recobrarla. Era una ingratitud hacia México y creo que en ella había algo de rencor hacia su madre patria. Finalmente lo hizo y más adelante entró al programa de “Niños de la Guerra”, con el que le otorgaron una pequeña pensión que nos fue de gran ayuda. España en busca de resarcir sus desagravios.

COROLARIO

Como dice el escritor Juan Villoro, hablando de los exiliados republicanos en México, “la residencia en tierra extraña duró demasiado para significar una etapa de tránsito”⁹. Creo que al final del día, mis abuelos y mi madre sembraron semillas que dieron frutos. Somos tres hermanos que echamos raíces aquí, en este lado del Atlántico. Mis hermanos Miguel y Juan han emigrado a Estados Unidos y se han establecido allá. Yo, aprovechando la doble nacionalidad, me fui a vivir un tiempo con mi marido a España. Vivimos seis años y medio en Madrid. Ya entonces, en 2015, fuimos nómadas digitales, pues nos llevamos nuestro mismo

⁹ Villoro, Juan. “Mi padre, el cartaginés”, en *Espejo retrovisor*, México: Editorial Planeta Mexicana, 2019. (N.A.)

trabajo. El plan fue un poco una aventura, con el deseo de vivir otras experiencias, nunca de emigrar. En mi caso fue también el de reencontrar mis orígenes. Fue una experiencia inolvidable y enriquecedora. Quisiera comentar un poco sobre mi experiencia como mexicano/español, ¿o español/mexicano? Contrario a lo que siempre pensé, me costó trabajo adaptarme. Confieso que hubo momentos en que me hubiera vuelto sin vacilar. “No me hallaba”, como se dice en México.

Para mí hubo dos fuertes choques: el primero es que al principio presumía de mis antepasados refugiados republicanos y me sorprendió percatarme de que mucha gente, acaso la mayoría, me miraba con suspicacia y desconfianza. Seguro que pensaban: “aquí hay otro rojo de estos”. Con el pasar del tiempo, opté por callarme. Me di cuenta además de que, cuando desprecian a los emigrados (aunque yo no lo fuera), se olvidan de cuántos españoles han tenido que dejar su tierra, por hambre o por razones políticas. Además, genéticamente paso inadvertido, pero al abrir la boca no soy “español”. El segundo es que me percaté de que realmente soy mexicano. No niego ni negaré nunca mi ascendencia: me siento muy orgulloso de ella. Pero me gusta comer chile, maíz *nixtamalizado*, huitlacoche, huauzontles y tacos y cochinita pibil y tamales, y beber tequila, eso sí, entreverados con una copa de Ribera del Duero, jamón crudo, queso manchego y croquetas. Me gusta pronunciar la “tl” de las palabras en náhuatl del español mexicano, como “Tlacoquemécatl”, tan difíciles para alguien que no sea mexicano.

Para finalizar, estoy feliz de compartir esta historia, de dar a conocer a un público español lo que consiguió mi familia en su nueva patria. Estoy feliz de sacar su historia a la luz, para que no se pierda en el tiempo y el olvido.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco todo lo aportado por mis hermanos, Miguel y Juan, las largas discusiones y recordatorios de anécdotas de la familia, así como lo bien que lo pasamos con esto. A mi marido Vicente Ramírez Otey, por sus desinteresados comentarios, análisis y correcciones al texto. A mi amiga Virginia Aguirre, por su profundo conocimiento del idioma y sus aportes para mejorar el texto, que sin duda me fueron de gran ayuda. (N.A.)



Esta es la familia Ruiz López, heredera de esa migración. De izquierda a derecha y de arriba a abajo, mi madre Ruser, mi hermano Miguel, Mónica (ex-esposa de Miguel), mi marido Vicente con mi sobrino Sebastián (hijo de Juan y su anterior esposa), yo, mi hermano Juan, mi padre Benjamín, Yvonne, esposa de mi hermano Juan junto con Samantha de bebé (hija suya y de Juan), Katya (hija de Miguel y Mónica) y Mariana (hija de Juan y su anterior esposa). La última foto de todos juntos. Ciudad de México, 2005.



Carmen Tagüeña Parga

Mención honorífica

LA VIDA DE LOS AÑOS

(México)

UN BREVE PREÁMBULO

Soy hija de dos exiliados de la guerra civil española, Carmen Parga y Manuel Tagüeña. Los dos escribieron sus memorias que han sido muy citadas por los estudiosos del tema. Las de papá, *Testimonio de dos guerras*, tienen un contenido histórico innegable y el mérito de haber sido escritas por un militar del ejército republicano, participante de la contienda. Las de mamá, cuyo título es: *Antes que sea tarde*, como ella menciona, son notas carentes de preocupación por el rigor científico o histórico: “son simplemente lo que recuerdo de mi vida, una vida que, como la de la mayoría, fue movida más por las circunstancias que por los propósitos”.

Mamá escribió sus memorias a los ochenta años en la casa familiar de Santiago Tepetlapa, cerca de Tepoztlán. Yo tengo ahora también ochenta años. Desde hace tiempo tenía la idea de escribir un libro, pero siempre consideré que mi vida no era tan interesante como las de mis padres. Sin embargo, se me ocurrió que ellos ya no están, y que, aunque yo era muy pequeña en ese entonces, los acompañé en la aventura del exilio, una experiencia que me dejó huellas profundas, luego deduje que quizás allí podría haber algo interesante para contar.

Viví con ellos la Segunda Guerra Mundial en Rusia, más precisamente en Tashkent, Uzbekistán; luego nos trasladamos a Yugoslavia y posteriormente a Checoslovaquia. Llegamos a la Ciudad de México el 12 de octubre de 1955, para encontrar en este país mi patria.

Debo confesar que la palabra biografía no me hace gracia, en este caso quizás me parece demasiado ostentosa, por eso prefiero suponer que esto que escribo se trata de una narración libre, sencilla, y sin mayores pretensiones, que me permite abordar distintos temas de mi vida, los que considero más relevantes. Espero que estas historias resulten interesantes a los miembros de mi generación, y, por supuesto, también a nuestros hijos y nietos.

EL TREN EN LAS ESTEPAS TODAVÍA SIN NIEVE

—¿Qué era lo que más te gustaba hacer cuando eras pequeña? —me preguntaron mis nietos Paula y Mateo. Se trataba de una entrevista para una tarea de la escuela. Sin pensarlo mucho respondí: —Pasear con mi abuelita—, dije con nostalgia y me vi con claridad, sentada en un trineo, y ella, muy abrigada, jalándolo por la orilla nevada del río Moskva en el parque Gorki, cercano a nuestra casa en Moscú.

Un día, más o menos a los cuatro años, me fui sola con todo y trineo hasta el río por la ladera, que desde luego estaba congelado, y un ruso muy amable me rescató del inminente peligro. Mi abuelita no hubiera podido hacerlo, le hubieran faltado fuerzas. También recuerdo que me cargaba para que no me cansara al subir las escaleras y cuidaba con quien hablaba para evitar que me contagiara alguna enfermedad. La tuberculosis en esos días era una amenaza real. Mi abuelita durante todo el tiempo que convivimos siempre se interesó mucho en mí y fue muy cariñosa. Yo también le correspondía. Por ejemplo, la acompañaba a misa, aunque nunca logró transmitirme la religión. Yo hacía comentarios sobre el señor de mi abuelita. Su aspecto durante los años debió de variar, pero yo recuerdo una señora mayor de rostro amable, de pelo blanco peinado en un moño y vestida sobriamente de oscuro. Al recordar todo esto surge en mí un deseo, que ojalá mis nietos me recuerden como yo lo hago con ella.

Un poco antes de mi nacimiento mis padres vivían en Moscú, papá era alumno de la Academia Superior del Ejército Rojo M.V. Frunze, llamada así en honor de un héroe de la guerra civil. Mamá trabajaba con los niños españoles, a los que se les conocía como “los niños de la guerra”. En México fueron “los niños de Morelia”, acogidos en esa ciudad michoacana. Mamá no la tenía fácil en su trabajo: arrancados de sus hogares a causa de la guerra, la mayoría de los niños y de los jóvenes, se resistían más o menos conscientemente a ser educados por extraños y levantaban una barrera mental que, a menudo, ni siquiera los maestros españoles podían atravesar.

Recuerdo aún la historia de un niño que lloraba y no se quería levantar.

—¿Qué te pasa? ¿cómo puedo ayudarte?—, le preguntó mi madre tocándole el hombro.

—He olvidado el nombre de mi mamá—, respondió entre sollozos.

—Pues a las madres nunca se les olvida el nombre de sus hijos, por eso la tuya debe de estar esperándote siempre en el puerto de Gijón. Estará feliz de recuperarte.

La historia de esos niños siempre me ha conmovido porque pienso en la tragedia de los padres que se separaron de ellos considerando que estarían mejor, que los salvaban. A muchos no los volvieron a ver.

Me cuentan que cuando Papá llegó a la Academia Militar Frunze, comenzó en el grupo de españoles una campaña en contra de los “intelectuales”, como dice él en sus memorias, quizás por “pura coincidencia”. En esta denominación entraban todos los que, por preparación o capacidad, podían seguir el curso satisfactoriamente. De todo el grupo, Papá era el único con un título universitario; dos más eran estudiantes. La campaña contra los llamados intelectuales se propagó por la inmigración; Mamá también estaba catalogada como “intelectual” y, por lo tanto, también como sospechosa. Ella siempre contaba que, como ambos eran seres pensantes y tenían capacidad de crítica, los consideraron enemigos del régimen antes de que lo fueran. Sin embargo, hay que reconocer que los chistes antisoviéticos de mamá no ayudaban en este tema.

Mamá era muy graciosa, trabajadora y echada *pa'lante*.. Papá llegaba muy cansado. Lo recuerdo pensativo, leyendo algo, apoyándose en la mesa y vestido con un pijama rayado. A mí me parecía que estaba siempre distraído, pero era muy cariñoso conmigo.

Después de un recorrido por varios alojamientos temporales, mis padres finalmente pudieron compartir departamento con Pepillo Vela, y su mujer, Petruca Inciarte, una de las niñas vascas evacuadas a la URSS. En este espacio habitaron los dos matrimonios, además de mis abuelos del lado materno, y a veces Antón, el hermano de mamá. Cuenta mi mamá en sus memorias que todo el grupo de militares españoles quedó ubicado en un conjunto de edificios, en los departamentos del lado izquierdo, viniendo desde el centro, de la Bolshaya Kaluzkaya. Solamente los Vela Inciarte y tres solteros del grupo vivieron en dos departamentos del lado derecho.

Reproduzco un párrafo del libro de mi madre: “Sin duda, los dirigentes del colectivo preferían tenernos lejos, a Tagüña para que no les hiciera sombra, y a Pepillo porque siendo sobrino de José Díaz, el secretario general del Partido Comunista de España, era un posible informante de la dirección. Nos consideramos verdaderamente privilegiados y, como si fuéramos una familia bien avenida, sobrellevamos años difíciles, con serios problemas materiales y morales. El lado izquierdo se convirtió en un avispero”.

Por cierto, los descendientes de ambas familias seguimos siendo familia. Los abuelos maternos eran gallegos y cumplieron una función importante en este exilio. Él trabajaba en una fábrica y coleccionaba anécdotas, para contarlas algún día en el Círculo Socialista del Oeste, en Galicia, cosa que desgraciadamente no consiguió. Al abuelo le tocó la tarea de conseguir insumos. En la URSS todo escaseaba y, si de

repente vendían algo, enseguida la gente se formaba en unas interminables colas para comprar lo que fuera, dado que eso luego servía de moneda de cambio para conseguir otras cosas que se necesitaran. A cualquier persona que se pasara de lista y tratara de colársele, le hacía leer la palabrota adecuada en un diccionario ruso español, lo cual normalmente los desanimaba. La abuelita brindó una valiosa ayuda, se encargó de atender la casa mientras mamá trabajaba.

Yo nací en Moscú, el primero de enero de 1941, cuando ya había iniciado la guerra en Europa, pero faltaba la invasión alemana a la URSS. Papá y mamá estaban bastante preocupados dado que la guerra con Alemania era inminente y con ella, suponían, el hambre no tardaría en llegar. En épocas de paz ya escaseaba la comida, así como la mayoría de los artículos de primera necesidad. Tener unas tijeras era un lujo, no se podían conseguir. Una amiga de mamá, Esperanza Abascal, esposa del famoso disidente del Partido Comunista Enrique Castro Delgado¹, decía con algo de asombro e ingenuidad:

—Si el problema es que la industria tiene que producir armas, bien las podrían hacer de los recortes de los tanques.

Cuando me concentro en mi vida en Rusia recuerdo sobre todo el frío y la nieve, que casi siempre fueron parte de las anécdotas, servían como telón de fondo. La casa era caliente, pero oscura quizás porque no hacía mucho sol. Había un balcón que daba a la avenida en el que me gustaba mucho estar.

Mi madre me contó que el 22 de junio de 1941, cuando yo tenía aproximadamente seis meses y degustaba mi primera papilla, de súbito en la radio se escuchó un ronroneo y la voz afectada del ministro Molotov². Anunciaba que en la madrugada el ejército alemán había atravesado la frontera soviética.

Su intervención comenzó así:

—Queridos hermanos—, ya no éramos “ciudadanos” ni “camaradas”.

Mi madre dijo luego que nos estaba anunciando que el dolor y las calamidades iban a hermanarnos. Aquel día ella se quedó alelada con la cuchara en la mano y, dado el aumento inmediato en la escasez de comida, muy pronto dejé de degustar otras sopas y volví exclusivamente a la leche materna, lo que hizo que ella perdiera treinta kilos, así supo con exactitud cuánto pesaban sus huesos. Lo peor, sin embargo, era

¹ Enrique Castro Delgado, *Mi fe se perdió en Moscú*, 2018. Ex dirigente del Partido Comunista Español, fundador del 5º Regimiento durante la Guerra Civil. (N.A.)

² Viacheslav Mijáilovich Molotov fue un político y diplomático soviético, un viejo bolchevique y una figura destacada en el gobierno soviético. Tenía una gran capacidad diplomática y colaboró siempre con Stalin. (N.A.) Estas y otras notas del texto está tomadas de Wikipedia. (N.E.)

que, de nuevo, mis padres vivirían una guerra, pero además con un ánimo muy diferente al que tuvieron en la guerra civil española. Entonces los había dominado el deseo de vencer, ahora solo se trataba de sobrevivir. Mamá recordó con angustia —y hasta los últimos días de su vida— las alarmas aéreas que anunciaban los bombardeos, que en Moscú le producían pánico porque tenía que cuidarme. En el 2006, cuando murió mi madre, continuaba la guerra en Irak, dijo sentirse desolada al ver que el mundo no había aprendido nada. Las fotos de los niños iraquíes muertos en los bombardeos le recordaban los de Guernica en la guerra de España.

Por cierto, al principio en Moscú las bombas eran incendiarias porque los aviones no podían trasladar un gran peso debido a la distancia, así que, mientras las mujeres se iban con los niños a los refugios, los hombres apagaban los fuegos en los tejados.

Los españoles que habían luchado en España, mi papá uno de ellos, pidieron ser incorporados a las tropas soviéticas porque su vida peligraba aún más si eran prisioneros de los alemanes. Stalin les negó la posibilidad y aseguró que había que reservarlos para cuando el Ejército Rojo estuviera liberando España. Por esa razón papá siguió dando clases en la Academia Frunze. Por cierto, muy pocos miembros del grupo podían ser profesores ya que para serlo debían tener estudios universitarios.

En esos primeros momentos de la guerra, mamá vivía preocupada por la comida, pensando en mí y en todos los que dependían de ella, como sus padres y sobre todo su hermano, que ya sufría los males de la tuberculosis. Sé que la comida escaseaba, aunque ignoro los detalles, es decir no sé qué conseguían comer. Papá, en cambio, pensaba en luchar, pues si el pueblo soviético era derrotado nadie salvaría a los españoles del exterminio. Por eso los de la Academia Frunze habían pedido ser enviados al frente. Como Stalin había denegado esa petición, no les quedó más remedio que seguir estudiando. Mis papás se resignaron a no tener noticias ni de España ni de México, y fue así mientras duró la guerra porque los aparatos de radio fueron recogidos y las cartas sometidas a tanta censura, que simplemente no llegaban.

Al buscar en un mapa de la URSS las ciudades que nombraban en las noticias, resultaba evidente que el avance de los alemanes hacia Moscú era apabullante. Parecía obligada la evacuación de la gran ciudad. A comienzos de agosto llegó la orden de que los familiares de los alumnos y los profesores de la Academia Frunze debían salir de la ciudad. Los familiares partimos el 9 de agosto y un viaje de ocho horas se convirtió en uno de ocho días, debido a que el encargado del tren daba prioridad a los trenes que trasladaban a las tropas.

“El viaje en tren resultó bastante incómodo debido a que el vagón era de mercancías, solo que, adaptado con unos tableros como

asientos, también resultaba retador debido a las continuas paradas y a que nadie se podía asear. Al alargarse el viaje fue necesario conseguir comida —que, por supuesto, escaseaba— en las distintas estaciones. Por eso, la gente debía lanzarse velozmente al andén desde una gran altura —los trenes rusos son muy altos— incluso antes de que la máquina parara. Esta proeza podían llevarla a cabo muy pocas mujeres, solamente las que tenían un entrenamiento deportivo lograban cambiar el pan por botellas de leche que luego repartían entre todos los niños”.

Los mejores recuerdos de la época de estudiante de mamá en España fueron en los campos deportivos de la Ciudad Universitaria y la FUE³ deportiva. También en eso la República liberó a las mujeres que, piernas al aire, corrían y disfrutaban del esfuerzo sano y divertido. En el libro de sus memorias aparece una foto que se ajusta a la descripción anterior en un partido de baloncesto entre la Universidad de Madrid y la de Lisboa. Mientras que las portuguesas llevaban faldas por debajo de las rodillas, las españolas —destacaba mamá—, lucían las piernas hasta la altura de la ingle, enfundadas en pantalones deportivos cortos. Muchos años después, ya en México, una amiga nos invitó a una fiesta de disfraces con la instrucción de que nos vistiéramos de aquello que hubiéramos querido ser. Creo que a mí no se me ocurrió nada, pero mamá, sin dudar, se puso un uniforme deportivo que ella misma confeccionó, en el que bordó las palabras “Selección de España”, con todo y bandera. A la fiesta se presentó con un balón de baloncesto debajo del brazo. Con esto quedó bastante claro lo que más le hubiera gustado ser, eso a lo que le hubiera encantado dedicarse.

Volvamos al tren, que se movía por las estepas que todavía no estaban cubiertas por la nieve. La responsable civil de la expedición, mujer de un general, era decidida y enérgica, y tras ocho días de viaje se presentó en el vagón de las españolas, que no estaban bien organizadas.

—¿Quién es la encargada del grupo? —preguntó con voz firme.

Todas señalaron a mamá. Según ellas, porque era la que mejor saltaba del vagón. La rusa le pidió airadamente explicaciones al comandante a cargo del tren, y lo amenazó con acusarlo de ser enemigo del pueblo, lo peor que podías ser en la Unión Soviética. En este alegato se habían juntado más mujeres. El comandante, ya harto de tanta presión, le explicó que el avance de los alemanes era imparable y que, en su ruta cerca de Moscú, no había un solo soldado soviético. Pidieron entonces las mujeres que el tren parara en un lugar en el que pudieran bajar para asearse y, sobre todo, para asear a los niños. Mamá, sin poder situar el lugar, tenía un recuerdo bucólico de un prado intensamente verde y acogedor, cruzado por un riachuelo.

³ Federación Universitaria Estudiantil. (N.A.)

“Finalmente llegamos a un *koljoz*⁴ en Yableika, en donde los campesinos nos instalaron en las *isbas*⁵ vacías, que era lo más indicado en el caso de que el ejército alemán ocupara el pueblo. Tener en su casa a las familias de los republicanos españoles no era lo más conveniente. Parece que lo que podía ser un cambio positivo al principio, fue algo tenebroso, ¡las *isbas* estaban invadidas de chinches!”.

En general, adaptarnos a la vida del *koljoz* no resultó fácil, sobre todo porque el clima comenzó a cambiar, el frío se fue instalando poco a poco. Entonces venció la solidaridad rusa y pudieron quedarse con las campesinas en las *isbas* calientes, allí dormían encima de las estufas de ladrillos.

Mi mamá volvió a ser la lideresa de las españolas por la relación que estableció con los que mandaban en el *koljoz*, y también por ayudar en distintas tareas: por ejemplo, ir a buscar madera —en el camino había que atravesar un lago congelado—que representaba un tremendo peligro debido a que el hielo no era firme. Mi madre contaba con una notable preparación previa, no solamente en lo deportivo si no, además, en lo político y académico. Había estudiado y participado en la lucha partidista, y atravesó la guerra civil acompañando a papá y ayudándolo en distintas tareas.

Mis padres, que vivieron varios exilios, siempre decían:

—Lo único que conservas es lo que sabes; lo demás se pierde.

Finalmente, en enero de 1942, llegaron las familias a Tashkent, donde ya estaban los estudiantes y profesores de la Frunze que habían seguido otro itinerario y nunca pasaron por el *koljoz*. Yo tenía un año. Mamá me contaba que yo no caminaba porque no tenía zapatos, pero que en el momento en que tuve un par, de seguidísima mano, salí corriendo de inmediato. Se trataba de las típicas botitas de los niños pequeños que originalmente fueron blancas, pero ya estaban deformadas y muy gastadas. Eso me pasó varias veces en la vida por hacer las cosas más tarde de lo normal. No había tiempo que perder, por eso nadé en el Adriático, anduve en bicicleta en Checoslovaquia, estaba convencida de que era el tiempo de comenzar a llevar a cabo esas actividades pendientes.

Cuando por fin se reunieron, mis padres tuvieron que vivir junto con otras personas en un sótano al que cariñosamente llamaban “la cueva”. Para poder alimentarse se vieron obligados a vender todo lo que podían, adelgazaron hasta los huesos y toda la familia tenía que comer

⁴ Explotación agrícola de carácter cooperativo en el antiguo sistema soviético. (N.A.)

⁵ Casa rústica que se construye con madera de abeto en algunos pueblos de Rusia y otros países del norte de Europa y de Asia. (N.A.)

con una sola cuchara. Papá se robó otra del comedor de la academia, por lo de la tuberculosis de Antón, el hermano de mamá. El de la cuchara fue su segundo robo, el primero fue el de un diccionario en varios idiomas que todavía tenemos en casa, esto ocurrió en una casa abandonada de París.

Para salvarme de los distintos contagios, y ya con un par de zapatos, mi abuela me llevaba el mayor tiempo posible al parque. Según me contaron, en aquella época yo entendía el español, el ruso y el tártaro. Me ha parecido siempre muy curioso que aprendiera los idiomas con suma facilidad, pero que los olvidara de la misma forma. No sé si eso significa que me adaptaba con rapidez al cambio. En la actualidad, cuando mis nietos colombianos presumen de la abuelita que nació en Moscú, temo que alguien me pida que diga algo en ruso porque ya se me olvidó. Creo que lo único que puedo decir es algo que suena como *ya gabariu pa ruski*, que significa “yo hablo ruso”, aunque si me apuran, puedo entonar el himno de la Unión Soviética porque lo cantábamos en la escuela checa que, por cierto, suena igual que el actual, pero con letra diferente. En relación con el tártaro, tengo la visión de unos señores barbudos hablándome un idioma que les salía de lo profundo de la garganta, mientras yo, obedientemente, traía las cosas que me pedían. Mis padres estaban totalmente sorprendidos porque, además, yo no convivía tanto con los uzbekos cuyo aspecto con barbas largas podía ser aterrador.

De Tashkent mis padres recordaban con tristeza el entierro del abuelo Antonio, que organizaron a pesar de múltiples dificultades, ya que no permitieron dejarlo en una fosa común, hecho considerado por el colectivo de españoles como un prejuicio burgués. En Tashkent y después, no les faltaron angustias y pesares: durante años les preocupó que se repitiera el aparatoso ataque de asma que tuve, y que los asustó muchísimo, al grado que fue necesario hospitalizarme. El problema en ese caso fue que no había las medicinas adecuadas.

Yo tenía dos años en enero de 1943, cuando empezó a mejorar la situación militar rusa, las unidades alemanas fueron cercadas y metódicamente aniquiladas en Stalingrado. Siempre se ha dicho que al ejército alemán lo exterminó el invierno ruso, como había sucedido antes con las tropas de Napoleón. Eso del invierno ruso se relaciona con el título de este capítulo, una idea reforzada quizás por películas que vi después, sobre todo por *Doctor Zhivago*, que me llevan a imaginar los viajes en tren por las estepas rusas rodeadas de nieve.

A finales de abril de ese mismo año comenzaron a salir los trenes de la Frunze de regreso a Moscú. Los lectores podrían suponer que esto que voy a contar es un invento, pero vi claramente, desde unas literas del tren en el borde de un bosque, a Caperucita Roja. Más que una obsesión por este personaje, este hecho, tiene que ver con la influencia

de una cultura española reducida a un solo libro infantil, que luego me supe de memoria. Mis padres cuando iba a cumplir cinco años estaban confundidos al creer que ya podía leer. También, cuando algo no me gustaba, decía con fastidio:

— ¡Fuchi! ¡Esto es peor que un alemán!

Mamá me respondía:

— Hay buenos y malos.

Pensaba yo que lo mismo sucedía con los lobos. De manera que, en nuestra familia, el lobo en el cuento de Caperucita Roja, era un lobo bueno.

Los recuerdos que guardo de Moscú son inconexos, familiares y divertidos. Tengo muy grabado estar comiendo sopa de botones con mi amiga Carmela, hija de los Vela, con los que vivíamos, y meterme algunos en la boca que luego saqué, pero le dije que me los había tragado. Carmela, que era muy melindrosa para comer, se metió en la boca un botón que de verdad se tragó. Los adultos se pasaron varios días preocupados hasta que finalmente lo expulsó. ¡Era nada menos un enorme botón del abrigo militar, salió tan brillante que parecía de oro! No recuerdo ni el *koljoz*, ni la estancia en Tashkent, la capital de Uzbekistán, salvo algunos detalles. Lo que sí tengo muy grabado es la primera vez que probé un trozo de pastel. Mis padres me trajeron aquel pastel en medio de grandes dificultades para que no se les aplastara en el transporte público, luego de haber asistido a un banquete. Me lo dieron con mucha ilusión, pero a mí no me gustó. No había probado el azúcar en mi vida, y aún ahora, tantos años después, lo dulce no es de mi predilección.

Solo un recuerdo tengo muy claro de la Segunda Guerra Mundial: el desfile de los alemanes vencidos y heridos por las calles de Moscú, que vi desde el balcón del departamento, cuando me acababa de despertar de una siesta. Algunos estaban derrotados, pero otros sostenían la cabeza con mucho orgullo, a pesar de su aspecto andrajoso.

Al regresar a Moscú hubo que luchar para recuperar el departamento en el que habíamos vivido. Lo conseguimos. Tuvimos, sin embargo, un nuevo vecino, un viceministro. Esa historia tiene que ver con una anécdota con Dolores Ibárruri⁶, poco antes de salir de Rusia. Dolores era la presidenta del Partido Comunista Español y una revolucionaria de alcurnia. Le llamaban La Pasionaria. Ya en edad adulta su discurso al despedir a las Brigadas Internacionales en Barcelona, siempre me

⁶ Dolores Ibárruri Gómez, llamada Pasionaria, fue una política española, miembro del Partido Comunista de España desde su fundación. Fue secretaria y finalmente presidente del partido hasta su muerte en 1989. Se exilió en la Unión Soviética al finalizar la Guerra civil, y regresó a la España democrática. (N.A.)

hace llorar por la fe que mantiene del triunfo de la República. Aquí está el final:

“No os olvidaremos, y, cuando el olivo de la paz florezca, entrelazado con los laureles de la victoria de la República española, ¡volved!... Volved a nuestro lado, que aquí encontraréis patria los que no tenéis patria, amigos, los que tenéis que vivir privados de amistad, y todos, todos, el cariño y el agradecimiento de todo el pueblo español, que hoy y mañana gritará con entusiasmo: ¡Vivan los héroes de las Brigadas Internacionales!”.

Mamá y yo habíamos ido a visitar a Dolores, quizás con alguien más, y yo era una niña pequeña que permanecía en el suelo de la estancia con algún juguete. De repente intervine en la conversación de los adultos:

— En la Unión Soviética hay tres clases sociales: los pobres, como Mas-ha, una señora que le ayuda a mamá con el lavado de la ropa; los *nichevo*, es decir, intermedios como nosotros, y los ministros, como nuestro vecino, que me regala siempre chocolates.

Esta teoría ya se la había propuesto a otra amiga de la familia, Carmen Alonso, que pudo salir de la URSS y trabajó en París para la casa Dior. Cabe mencionar aquí, que mamá ganaba más dinero tejiendo que papá siendo jefe de Cuerpo del Ejército. Tejía a una velocidad increíble, nunca he visto a nadie hacerlo así. Además del sueldo en el taller, tuvo muchas clientes particulares, sobre todo las bailarinas del Bolshoi. A propósito, cuando en París comimos en casa de Carmen Alonso, en 1990 aproximadamente, ella con lágrimas en los ojos utilizó el mantel que mamá le había regalado en Moscú muchos años atrás y que había estrenado cuando mamá la visitó en un viaje que hizo con mi hermana y su cuñado en 1975, cuando estudiaban en Oxford. Carmen y mi mamá habían comprado manteles iguales antes de despedirse en Moscú y Carmen se prometió estrenarlo cuando se reunieran.

Este capítulo lo comencé con la pregunta de Paula y Mateo para su trabajo escolar, lo que me llevó a pensar en mi abuelita. Los abuelos somos importantes para los nietos porque no los tenemos que educar o reprender, y solamente reciben nuestro cariño.

Mis hijos llamaban a su abuela, a mi madre: Bala y se le quedó como nombre por lo acertado, dado su carácter alegre y enérgico. Hasta el portero del edificio donde vivía la llamaba “señora Bala”. El sobrenombre se lo puso mi hija Beatriz, al parecer como una deformación de la palabra abuela, o también es posible que se debiera a la expresión *voilà* que ella decía mucho cuando llegamos de Francia.

Mis nietos me llaman Cam, nombre que me puso mi nieta Lara cuando era muy chiquita. Cuando yo estaba con ellos en Valencia, y ella se

enojaba conmigo marcaba con su dedito una dirección, supuestamente hacia nuestro país, luego decía con voz enérgica:

— Cam, a México.

— ¿Ahora?

— Ahora no, el lunes, pero tempranito —decía la niña.

Cuando estaba contenta conmigo me llamaba cariñosamente *Camcarmencita*.

Si bien, algunos de los eventos que he relatado son solo recuerdos de las historias que mis padres me contaron, no dejo de imaginar lo difícil que debe haber sido para ellos cuidarme en semejantes condiciones. No puedo evitar compararlas con aquellas con las que crié a mis hijos, y en las que mis nietos han tenido la oportunidad de crecer. Me da enorme felicidad constatar que mis descendientes se han desarrollado en ambientes amables, con garantías y oportunidades, sin privaciones y penurias. Según mi hija Maite, mis experiencias y dolores infantiles quedaron registrados en mi memoria implícita y han condicionado muchas cosas en mi vida que me hacen llorar con facilidad. Son esos fantasmas interiores que todos tenemos. Quizás, las carencias de mi niñez me han movido consistentemente a colaborar en programas de apoyo a la infancia con Unicef y, en el caso mexicano, con *Nuestros Pequeños Hermanos* y con el programa *Lazos*, en el que, desde hace más de veintisiete años, apoyo a niños de familias de escasos recursos para que terminen los estudios de la primaria. No parece mucho, pero “si todos barriéramos enfrente de nuestras puertas, el mundo estaría más limpio”, eso siempre lo decía mamá. Otra cosa que pienso es que cuando yo no tenía ni un solo juguete, ningún niño a mi alrededor los tenía, y esa sensación de igualdad no es la de ahora. Algunos niños tienen de sobra y a otros les falta todo, y no solamente juguetes, sino comida.

Recientemente me he sentido profundamente conmovida por los niños ucranianos solos en la frontera polaca. Incluso dicen que a algunos se los han llevado a Rusia. El drama que sufrieron los niños españoles en la URSS hoy lo viven los niños ucranianos con Rusia. Ahora que Rusia bombardea a ese país, llegan a España madres y niños que son acogidos por familias. Hace ochenta y cinco años, el trayecto era inverso: muchos niños fueron evacuados hacia la Unión Soviética huyendo de la guerra civil española. En expediciones desde Asturias y el País Vasco los llamados «niños de la guerra» llegaron en barcos a Leningrado, en el norte, y a dos de los puertos de Ucrania actualmente bajo dominio o asedio de Rusia: Odessa y Sebastopol.

Si mamá estuviera aquí, seguro diría:

— ¡Qué tristeza! El mundo no cambia ni mejora...

MIS CASAS ANTES DE LLEGAR A MÉXICO

Estoy sentada en la terraza de mi casa de Cuernavaca. Desde aquí veo un jardín hermoso, con el pasto verde bien cuidado, los árboles frondosos, las flores coloridas, el sol espléndido, y lo mejor: la calma. A esta ciudad se le conoce como la de la eterna primavera: hay muchísimos jardines espectaculares y parques llenos de exuberancia. Antes, cuando la vida era más tranquila, muchas personas que vivían en la Ciudad de México tenían aquí sus casas de campo, incluidos mis suegros Quennie y Pepe, que iban a pasar allí los fines de semana; de hecho, terminaron viviendo permanentemente allí, cuando él se enfermó de Alzheimer. Tenía en la fachada del primer piso una gran puerta corrediza de cristal que siempre estaba abierta. De esa manera el comedor y la sala de estar quedaban integrados al jardín, lo cual era muy agradable.

Mis tres hijos, Juan Antonio, y yo, íbamos con frecuencia. Recuerdo a Beatriz, Javier y Maite felices en el sol, montados en unos columpios altísimos, con una resbaladilla fenomenal que había construido el abuelo, también disfrutaban de una casita de campaña con un letrero que decía: “Silencio. Sabios trabajando”.

Cuernavaca atrajo también a artistas, escritores y personajes famosos como Maximiliano de Habsburgo, Bárbara Hutton y el depuesto Sha de Irán, Reza Pahlevi. El escritor inglés Malcolm Lowry también es reconocido aquí, así como su novela *Bajo el volcán*, que se refiere precisamente a la ubicación de Cuernavaca, debajo de los volcanes Popocatepetl y el Iztaccíhuatl, que tiene una hermosa leyenda de un guerrero y su novia, que se muere esperándolo. Esta historia le gustaba mucho a mi nieto Martín cuando era más pequeño, admirábamos los volcanes al amanecer desde la ventana de la casa, mientras me decía que esa era una leyenda en la que él creía.

En estos momentos, estoy en la terraza de mi casa en el condominio Las Villas, y es en la que convivo con mis amados nietos colombianos cuando me visitan. Espero que pueda seguir disfrutando aquí a mis nietos, a quienes siempre les repito que pueden llegar cuando quieran y con quien quieran —hasta con un cocodrilo, como dijo Tania— durante los años que me queden de vida.

Esta casa es muy cómoda. Yo vivo en la planta baja, lo cual, con la edad es muy conveniente porque no tengo que subir y bajar escaleras. Tiene una sala con un techo de doble altura y, en la planta de arriba, hay una hermosa bóveda catalana de ladrillo. En las paredes tengo muchos cuadros, algunos heredados de mamá o de mi suegra, y otros comprados por mí, porque siempre me han gustado mucho. En mi cuarto me acompañan las fotos familiares, con todos mis seres queridos. Proba-

blemente esta va a ser mi última casa, porque la paz que me rodea es inmensa.

Estas reflexiones me hicieron pensar en las casas en las que viví antes de llegar a México a los catorce años. ¡Me he cambiado de casa tantas veces! Hasta el grado que una de mis pesadillas de antaño era mudarme de casa con todo lo que conlleva y acomodar los muebles como si fuera un rompecabezas.

Empezaré por mencionar mi casa en Moscú, en Rusia, el país más importante del bloque soviético, como se establecía en el himno de la Unión Soviética. Allí vivíamos dos familias, nosotros, los Tagüeña Parga, con mis abuelos maternos y a veces con Antón, el hermano de mamá, también los Vela Inciarte, Pepillo y Petruca, que tenían una niña llamada Carmela, mi primera amiga. Mi abuelita también cuidaba de ella cuando las mamás salían a trabajar.

Fue en 1946, cuando el Partido, de acuerdo con las autoridades soviéticas, decidió enviar al grupo de españoles que habían sido combatientes a Yugoslavia. Es importante mencionar aquí que mis padres se fueron felices, porque tenían la esperanza de que su vida pudiera mejorar. Los años vividos en la URSS fueron bastante difíciles, y no solamente por la guerra. Habían sufrido incontables problemas materiales, pero, sobre todo, grandes desilusiones. Mi mamá dejó de ser comunista y no lo pudo expresar en voz alta sino hasta muchos años después, pero como ella decía siempre con firmeza:

—Se puede ser libre si no te dejas manipular.

Para papá resultó más difícil abandonar el ideal de su temprana juventud y se fue a Yugoslavia con la esperanza de que en ese país el comunismo tuviera una cara diferente a la de Stalin en la URSS.

Para poder salir de Rusia, mamá y Petruca, con sus hijas Carmiña y Carmela, tuvieron que vencer un escollo más: arreglar los papeles para tratar de reunirse con sus maridos. Según el funcionario soviético en turno, las niñas éramos rusas. Tuvieron que luchar y hacerle saber que nuestros apellidos rusos eran ficticios. Cuando papá me inscribió en el Registro Civil, no hubo manera de que llevara mi verdadero apellido y tuvo que registrarme de acuerdo con el único documento que tenía. El documento de papá decía que se llamaba Mijaíl Tarasov, y que había nacido en Múrmansk. Cuando se formaron los grupos para ir a las academias militares, les dieron a todos los españoles seleccionados nombres rusos. Se trataba de una medida —según decían, de naturaleza “conspirativa”— con la que pretendían ocultar que eran españoles a un posible espía alemán. Habían tenido el cuidado de conservar las iniciales y la primera letra del lugar en donde habían nacido, en el caso de papá eran M.T. y la M de Madrid. Lo mismo pasó con Carmela, aunque yo no recuerdo su apellido ruso. Así, mi nombre quedó asentado

como Karmen Mijailovna Tarasova aunque, afortunadamente, era hija de Carmen Parga.

Mi última aventura en Rusia fue la visita de la Plaza Roja. Cuando vi a Stalin dije:

—¡Pero qué pequeño!

En realidad, lo dije en ruso: *kakoi málénki*, pero rápidamente me taparon la boca. Esto ya se lo había mencionado a mamá años antes, tal parece que las fotografías retocadas lo favorecían.

Llegamos a Yugoslavia a finales del mes de abril de 1946. La primera fiesta que se celebró y a la que asistimos fue la del primero de mayo. Tito no me desilusionó como había sucedido con Stalin. Papá estaba destinado como consejero del ejército soviético en Nish, donde tuvimos una hermosa casa junto al río. En Yugoslavia se suponía que éramos rusos, lo cual, con la situación de mi abuelita — que estaba ya algo sorda y solamente hablaba español— resultaba inverosímil. En esa casa, por primera vez, tuvimos una vida cómoda y hasta holgada. Vivíamos en la planta baja de una villa, y yo recuerdo sobre todo las ventanas de vidrios pequeños que me gustaban mucho. Incluso fuimos de vacaciones a Split, una ciudad cerca del mar Adriático. Visitamos a los Vela Inciarte en su casa, y pasamos por Zagreb, en donde vivían otros amigos españoles del grupo, así disfrutamos de los hermosos minaretes de la ciudad. En el tren, mis padres descubrieron que yo había aprendido un dialecto, así que cuando regresamos a Nish y entré a la escuela, ya dominaba todas las versiones del serbio croata. En Yugoslavia establecí una costumbre con mi abuelita que perduró. Por primera vez hacía yo algo importante para ella: la acompañaba a la iglesia. Sin embargo, no tuvo mucho éxito en su instrucción religiosa: “Nuestro Señor” siempre fue para mí, “el señor de mi abuelita”.

En Nish, hoy Serbia, tuve muchos amigos queridos, así que cuando nos mudamos a Belgrado, a un departamento en un edificio distinguido, no recuerdo el número de pisos, pero el portal era elegante y el departamento tenía balcones que daban a la calle, sufrí la pérdida de mis amigos por primera vez. Eso no es tan exacto, porque también en Rusia me costó trabajo despedirme de unos niños, especialmente de uno de Leningrado que me pareció muy guapo y que conocí cuando estuvimos de vacaciones en una cabaña en un bosque. A decir verdad, el niño guapo y yo fuimos juntos a buscar fresas, y de repente, me entró un ataque de pánico porque recordé a Caperucita y al Lobo. Traté de regresar enseguida con mi mamá, creí que me había perdido y comencé a llamarla y a llorar. Ella me localizó rápidamente. La fuerza de mis pulmones me salvó.

Al irnos de Nish, también tuve que cambiar de escuela, y a ese hecho bien podría dedicarle otra reflexión, debido a que mis padres me en-

viaban inmediatamente a tomar clases en la ciudad en la que estuviéramos, no perdí ningún año escolar. Pasé por muchas y variadas escuelas, con distintos programas escolares, así que hay cosas que nunca aprendí, por ejemplo, sacar la raíz cuadrada. Cuando necesité ese conocimiento, supongo que le copiaba a alguien, porque la regla de cálculo me la robaron en la primera semana de estudios universitarios y todavía no había aprendido a usarla bien. Por fortuna, años después, hubo calculadoras maravillosas como la de Texas Instruments que usé muchísimo cuando daba clases de física y matemáticas.

Nuestro cambio a Belgrado se debió a un problema político. Acabada la Segunda Guerra Mundial, las nuevas repúblicas socialistas fueron Rumania, Checoslovaquia y Polonia y tenían frontera con la URSS. Esta falta de fronteras explica en parte el problema de Stalin con Tito y Yugoslavia, unido al hecho de que la popularidad de este último líder lo opacaba. El primer síntoma del rompimiento entre ellos apareció cuando fueron retirados de Yugoslavia los consejeros soviéticos que estaban desde el final de la guerra. La vida de mis padres se complicó, y, al tener que sustituir a los soviéticos, algunos españoles como papá, fueron trasladados al estado mayor central de Belgrado, a principios de 1948.

De esa ciudad tengo tres recuerdos, que considero muy importantes y los expondré en orden cronológico. El primero. Papá me compró en una tienda de antigüedades mi primera muñeca y, de hecho, la única que recuerdo. Estaba hecha de celuloide, y tenía pelo rubio del mismo material con un peinado elegante y unos ojos azules de cristal. Todavía la conservo, muy venida a menos, desde luego, mora en algún closet de mi casa actual. Mi mamá le tejió un vestidito rosa. El segundo. Después de los años de exilio y de la Segunda Guerra Mundial, mis padres en Yugoslavia se sintieron confiados para tener un segundo hijo. Y eso sucedió. Mi mamá se quedó embarazada y no recuerdo muy bien qué fue lo que pensé al respecto, después de haber sido durante seis años la hija única y mimada. Me parece que al principio no me daba cuenta de lo que se trataba; los celos surgieron después del nacimiento de mi hermanita. Y el tercero. En una de las visitas de mamá al ginecólogo me hice una herida en el pie brincando en unos troncos en el embarcadero cercano en el río Danubio, en donde nos gustaba jugar. Como consecuencia del bloqueo de Stalin a Yugoslavia, escaseaba la gasolina y, justamente, el camino al río que tuve que recorrer ya con la herida era polvoriento y estaba lleno del excremento de caballos, porque estos jalaban los carros que trasladaban lo desembarcado a la ciudad. Al llegar a casa me enjuagué el pie y me volví a poner los calcetines blancos y los zapatos, que estaban limpios. Para mí, el problema estaba resuelto. Por la noche me dio una fiebre alta y tenía una vena inflamada hasta la ingle. Mis padres se asustaron muchísimo, y aunque en principio supieron qué hacer gracias a que lo consultaron con un

médico, papá recorrió todas las farmacias de Belgrado sin encontrar la medicina adecuada. Mamá estaba bastante asustada porque de joven-cita presencié la muerte por tétanos de un amiguito, y esa posibilidad siempre la aterraba. Afortunadamente no fue tétanos. Quizás actualmente no apreciamos la maravilla de que existan las vacunas.

Ese verano nos mudamos nuevamente de país. Los partidos comunistas acusaron a Tito y al Partido Comunista Yugoslavo de desviaciones y traición a la “sagrada causa”. El PCE, como los otros partidos, tuvo que repudiar a Tito y a los yugoslavos, de modo que, el grupo de españoles tuvo que ser evacuado. El peligro inminente era que nos devolvieran a la URSS, cosa que nadie deseaba, pero finalmente decidieron que nos enviarían a Checoslovaquia. Este hecho fue afortunado, dado que papá fue el único del grupo que se puso al lado de los yugoslavos, a pesar de estar dispuesto a seguir las instrucciones del partido. Con gran estupor por parte de la mayoría, hizo nuevamente el Quijote, como decía mamá, y ella, como siempre, hizo de Sancho Panza, siguiéndole. Yo, de nuevo, tuve que vivir con tristeza la separación de mis amigos queridos y de la escuela.

Los yugoslavos se portaron de maravilla al darnos todas las facilidades para nuestra partida. El viaje transcurrió entre lágrimas y risas. A propósito, la primera pelota de goma, azul y roja, nos la compraron en Budapest en una larga parada del tren. Lo que no había mencionado es que, en Moscú, los globos blancos de nuestras fiestas fueron condones, y para las comiditas hacíamos Carmela y yo sopas de botones. Quizás faltaban juguetes, pero nunca creatividad. Lo de Budapest me recuerda de nuevo el Danubio, y no solamente por el famoso vals, sino porque este río atraviesa tres capitales europeas Belgrado, Budapest y Bratislava, la capital de Eslovaquia.

Praga es una ciudad muy bella, aunque no la recuerdo en este momento. A los pocos días nos trasladaron a Hejnice, un pequeño pueblo en el corazón de los Sudetes. Estábamos todos los españoles exmilitares como una gran familia, en una enorme residencia rodeada de un parque. Era un palacete de varios pisos, con un gran salón central y las habitaciones estaban en corredores alrededor del mismo en distintos pisos. De hecho, allí celebramos la Navidad y recuerdo que las velitas del árbol eran de verdad y, al prender los focos, se prendió todo el árbol y hubo que sacarlo de emergencia a la nieve con todo y la alfombra. Casi todas las figuritas de chocolate también se perdieron en este desastre. Un gran pesar.

De todos los niños, solamente yo iba a la escuela. Tengo el vivo recuerdo de otra travesura en este lugar. Parece que era mi especialidad pre-ocupar a mis padres. Un día brincando en un tragaluz de vidrio al ras del piso que daba al sótano, donde guardaban el carbón, me hice una herida enorme en la rodilla que tuvieron que coserla. Al día siguiente

nació mi hermanita Julia, en Frydlant, una ciudad cercana. La estancia en la finca campestre terminó y el grueso del grupo se quedó en Praga y nosotros nos fuimos a una especie de destierro a Brno, capital de Moravia ¡Por fin solos! Llegamos en un frío día del mes de febrero de 1949, con mi hermana Julia de cuatro meses y, como siempre, acompañados por mi abuelita. Por cierto, ella tuvo un accidente en aquella época y se rompió la pierna a la altura de la cadera y eso la obligó a estar acostada hasta que finalmente el hueso soldó y pudo volver a caminar. Acababa de morir su hijo Antón en México, desde entonces solamente se vistió con telas negras que, en todo caso, podían tener un discreto estampado en color blanco.

La casa en Brno era un chalé con dos departamentos. Nosotros vivíamos en el primer piso. Teníamos además jardín con algunos árboles frutales, allí tratamos de cultivar verduras, con muy poco éxito. Creo que también en algún momento tuvimos conejos, es muy difícil decidir comerlos si los has criado con cariño. En frente de la casa contábamos con un árbol frondoso bajo el cual, más adelante, cuando yo estudiaba en la secundaria y en la preparatoria, se paraban mis amigos y pretendientes. Llegaban en bicicleta, y para que me asomara a la ventana, chiflaban la obertura de la ópera *Carmen*, la canción del toreador. Así nos podíamos poner de acuerdo para vernos o simplemente conversar. En Brno llevamos una vida tranquila en el barrio en Zabovresky hasta el año de 1955, una vida organizada en un país organizado. Vale mencionar que el nombre del barrio era algo así como “croar de ranas” y la calle se llamaba Zeleneho, que tiene que ver con verde, claramente vivíamos en las afueras de la ciudad.

Al final de la calle, estaban los campos y algunos sembradíos, esta imagen me recuerda a mi hermana vestida con su abrigo y un gorro tejido en la cabeza, muy abrigadita, sentada en uno de esos caminos acompañando a un vecino que había fallecido, supongo que de un infarto. Yo tenía que cuidarla a ella, pero de repente se me perdía. Cuando la encontré ya un grupo de vecinos se había reunido alrededor del difunto. Una señora dijo con amargura:

—Es mejor morirse que vivir la vida que nos toca en este país...

En eso, a lo lejos, nos alertó la sirena de una ambulancia que se acercaba de prisa, marcando *eses* en el camino no pavimentado entre los campos. Todos nos apartamos, pero la vecina quejosa corrió a refugiarse en los plántos a una velocidad increíble. Recuerdo con tanta nitidez esta anécdota porque, en ese momento, llegué a la conclusión que la vida siempre vale la pena y que hay que procurar vivirla, como decía mi hija Maite, con la mayor amplitud posible.

Lo más importante que sucedió cuando vivíamos en Brno, fue el regreso de mis padres a la vida académica en la Universidad Masaryk, de esa ciudad. Mamá daba clases de español, en el Seminario de Lenguas

Romances, porque nunca pudo terminar su carrera de historia. Como decía ella, el dictador Franco le había cambiado el destino. Papá se incorporó a la facultad de medicina, al departamento de física para médicos. Al principio de nuestra estancia, y después de salir papá en el periódico como científico republicano, aparecieron españoles y españolas casadas con checos y checas que se volvieron nuestros amigos, entre ellos Slávka y Amado, quienes, en su momento, ayudaron a nuestros padres a tomar la decisión de salir de Checoslovaquia, cuando les aseguraron que se ocuparían de nosotras si algo les sucedía. Yo, como era costumbre, regresé de inmediato a la escuela primaria. Resulta que en las escuelas checas todavía daban clases de religión y mis padres se sorprendieron de que tuviera calificación en esa “asignatura”. Aburrida porque era la única niña “sin religión”, comencé a asistir a clase. Cuando empezó la primavera y pude jugar en el patio, se acabó todo mi interés y dejé de hacerlo.

El Partido Comunista checo en Brno era dirigido por un antiguo interbrigadista herido varias veces en España. Eso al principio fue una ayuda, pero cuando empezaron los procesos de Stalin, nos perjudicó, y el peligro llegó a nuestras puertas. Papá fue citado en la Dirección de la Policía de Seguridad encargada de la limpieza del Estado. Manuel Tagüeña siempre contaba que ese día decidió que, si lograba salir de esas oficinas, se iría de Checoslovaquia. Por fortuna, en el proceso no incluyeron a los interbrigadistas y tampoco a los españoles, lo cual nos dio un respiro. De repente murió Stalin y poco después Gottwald, el presidente de Checoslovaquia que —según la teoría de mamá— se había resfriado en el entierro de Stalin en Moscú. Hubo un pequeño desconcierto en cuanto a la censura de las cartas, de modo que papá aprovechó la ocasión y organizó con mi tío —residente en México— que lo reclamara la Universidad Nacional como investigador en biofísica. Nosotros no entramos como refugiados políticos, pero sí con un pasaporte de la República Española porque, por fortuna, México no había reconocido al gobierno de Franco, producto de un golpe de Estado.

Nuestra vida, en apariencia, era la misma. Seguía todo muy bien en la escuela, Julita había comenzado a estudiar el primer año, y a nadie le contábamos nada. Pero cada vez que mis padres iban a comenzar alguna gestión debía tener en cuenta algo: me dieron la instrucción, en caso de que no regresaran, de enviar cartas a los tíos y a la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, y yo añadí una para el mariscal Tito. También les daba tranquilidad el ofrecimiento de Amado y Slávka. Vendimos todo lo que teníamos para comprar los boletos. Nos ayudaron bastante los vecinos, por ejemplo, Julita y yo pudimos dormir en casa de “la viuda”, como la llamaba la abuela, aunque esta ya tuviera un nuevo marido. La abuelita nunca aprendió ningún idioma y todos nuestros vecinos tenían diversos mote, uno muy gracioso era “la del sombrero”. Por fin, y después de muchas presiones del Partido

Comunista Español sobre mis padres, nos otorgaron los permisos de salida.

La casa de Brno fue la última casa en la que viví en Europa, en el exilio. El resto de mis casas han sido en México, mi patria. Cuando nos fuimos, en la estación del tren de Brno, se amontonaron alumnos, amigos y compañeras míos para despedirnos. Un alumno de mamá, cuando el tren comenzó a andar, nos dijo en español:

—¡Digan la verdad, digan la verdad!

Para mi hermana y para mí el viaje resultó bastante divertido. Volamos con KLM y paramos primero en Ámsterdam, que nos deslumbró por su aspecto lujoso, que no alcanzábamos ni a imaginarnos; luego en Terranova y después en Montreal.

Por fin, el 12 de octubre de 1955, solamente unos años después que Cristóbal Colón llegara a América, arribamos a México; mis padres estaban cansados moral y físicamente. Pisamos tierra mexicana en Monterrey y nos dirigimos luego a la Ciudad de México. En la actualidad esta ruta parece muy complicada, pero el avión era un *Super Constellation* y era necesario abastecerlo de combustible en las distintas etapas del viaje, y también había personas, como nosotros, que no podían parar en Estados Unidos por carecer del visado americano; ¡estábamos en plena Guerra Fría!

Del viaje recuerdo que, al abrirse las puertas del avión, el calor asfixiante de Monterrey nos sorprendió, esto resultó novedoso para nosotros. Julita corría sin parar por el pasillo con la consecuente exasperación de las aeromozas. Por supuesto que quedó agotada de tanto correr y, cuando finalmente aterrizamos en nuestro destino, no había manera de despertarla. Nos esperaban la familia y los amigos.

Al principio vivimos en casa de mis tíos, que compraron con el dinero de un terreno de mi abuelita que había vendido en La Coruña. No tengo ninguna información de esa propiedad, pero supongo que al ser una familia más bien modesta la casa no era de lujo, pero al parecer tenía un gran terreno. Por primera vez tuvimos que buscar y poner casa, porque hasta entonces siempre nos la había proporcionado el Partido; sin embargo, es notable que cuando papá murió, dieciséis años después, ya habían podido comprar un departamento.

Al llegar a México, papá pidió permiso para regresar a España en la representación que había del gobierno de Franco, porque México no tenía relaciones con España y mis padres consideraban la posibilidad de regresar, tal era la nostalgia por su tierra. Las autoridades españolas no lo autorizaron. Por fortuna, lo pensaron durante cinco años y, cuando por fin recibió el permiso, papá lo utilizó para visitar a su madre gravemente enferma. En esa visita se dio cuenta del gran error que hubiera sido volver a España con carácter definitivo. Su presencia

despertó demasiada sensación, su idea de pasar desapercibido era ilusoria. Para vivir en paz hubiera tenido que aceptar el papel de “rojo arrepentido”, lo que habría lesionado su dignidad. Por este motivo no aceptó la ayuda que le ofrecieron las autoridades españolas y volvió a la emigración y a México. Luego de la muerte de su madre, se nos unieron su hermana Encarnita y su hija Mari Car. Vivíamos en un departamento de un edificio de varios pisos que daba al Parque Hundido y, aunque ocupábamos todos los espacios disponibles, vivíamos cómodamente.

En México mis padres se fueron tranquilizando poco a poco, fueron re-encontrando a los amigos de España, los de la Universidad de Madrid. Y aunque en algunas capas de la emigración, los acusaban de traidores porque todavía no era políticamente correcto criticar al Partido Comunista y a Stalin, ellos los defendieron a capa y espada. Papá tuvo otro percance. Ocurrió que alguien, seguramente del PCE, lo acusó en gobernación de ser el jefe del espionaje soviético en América Latina y lo amenazaron con que le iban a aplicar el artículo 33 para expulsarlo. La situación se pudo arreglar gracias al apoyo de un amigo mexicano. El funcionario que los recibió dijo que resultaba muy sospechoso por ser “un gran danés que actuaba como chihuahüeno”. Papá acabó harto de la política y de las polémicas, debido a esto pidió que se publicaran sus memorias solo después de su muerte y no quiso que se editaran en España antes de que Franco muriera.

Mamá sobrevivió muchos años a su marido y hasta tuvo la oportunidad de desarrollar una carrera política propia. Fue hasta su muerte, a sus casi noventa años, la presidenta de la Asociación del PSOE en México. Siempre recuerdo nuestros viajes a Santiago Tepetlapa a la casa familiar los fines de semana. Tomábamos la carretera de Cuernavaca y cuando llegábamos a la famosa curva de la Pera, en la que cambiaba de dirección y se veía ya todo el valle, que mostraba que ya estábamos a punto de llegar. En ese momento ya habíamos agotado los temas familiares de la semana y pasábamos a discutir de política. Cuando mamá decía: “porque nosotros...”, siempre se refería a Felipe González, presidente del gobierno español a quien admiraba y le profesaba un gran cariño.

Al pensar en todas las casas en las que viví, consecuencia de nuestra vida nómada y producto del exilio me doy cuenta que debo de agradecer la suerte que he tenido al haber podido llegar a esta hermosa tierra. Nuestra casa familiar en Santiago Tepetlapa el Paraíso, municipio de Tepoztlán con un terreno de más de una hectárea es la máxima expresión de este arraigo. Como otras cosas, le debemos a mamá la determinación de adquirir el terreno y construirla con planos hechos en un cuaderno cuadriculado con ayuda de Manuel, mi cuñado. Es de total justicia que la hayamos bautizado como Villa Bala.

MIS ESCUELAS

Yo pasé por muchas escuelas. En Rusia mis papás creían que yo leía, pero lo que ocurría en realidad es que me sabía de memoria el único libro infantil que teníamos en casa, en español. Mamá me lo leía todas las noches, y claro, yo tenía mis lecturas predilectas. *Mamá, soy Paquito*, de Salvador Díaz Mirón⁷, la historia de un niño pobre que tiene que buscarse la vida, me hacía llorar, pero siempre lo volvía a pedir. Una vez mis padres, que presumían de su precoz hija, me pidieron que leyera algo, y yo, en plena emoción no le di la vuelta a la página donde debía, porque incluso eso lo sabía muy bien, de esta forma se dieron cuenta de que me sabía el libro de memoria.

Fui a la escuela por primera vez en Nish, ese fue mi primer año, que luego terminé en Belgrado antes de irnos a Checoslovaquia. De esas dos escuelas no recuerdo nada, solo quizás la pérdida de los amigos. En Checoslovaquia estuvimos en la región de los Sudetes, que Hitler había anexo a Alemania antes de la Segunda Guerra Mundial, un territorio que ya habían recuperado los checos. Todo el grupo de combatientes del Ejército Republicano y sus familias vivíamos en un pueblito llamado Hejnice, en un palacete ubicado en un hermoso parque. Incluso había un laguito en el que intentábamos patinar. La única niña de aquel grupo que iba al colegio era yo. Esto correspondió a una decisión de mis padres, seguros de que siempre iban a enviarme a la escuela más cercana. Gracias a eso nunca perdí un año escolar, y desde luego, siempre estuve en escuelas públicas. Nuevamente aprendí el checo que, aunque también era una lengua eslava, era diferente al serbio. De hecho, se escribe con alfabeto latino y no como el serbio, que se mezcla con el cirílico. Incluso, para mayor confusión en los idiomas eslavos, hay palabras idénticas que quieren decir lo contrario. Un ejemplo: olvidarse y recordar.

Esta estancia acabó pronto. Los fieles fueron trasladados a Praga, la capital del país, y nosotros tuvimos la suerte de no ser enviados a Rusia, y de allí posiblemente a Siberia, debido a las declaraciones de papá, muy poco prudentes en un régimen totalitario. Nos enviaron a Brno, capital de Moravia. Por cierto, aquí vale la pena mencionar que Pepillo y Petruca seguían siendo los mejores amigos de papá y mamá y en Praga, tuvieron una hija a la que le dieron el nombre de Conchita. Es decir, mis padres tenían a Carmiña y a Julita; y los Vela Inciarte a Carmela y a Conchita. Petruca de nuevo se puso enferma, le reapareció la tuberculosis, y debido a eso, no tengo claras las fechas, Carmela vivió una temporada con nosotros en Brno. Juntas fuimos a la escuela y a un campamento de verano que disfrutamos bastante. Según recuerdo era un lugar hermoso cerca de un bosque. Me enseñaron, por ejemplo, con

⁷ Poeta mexicano nacido en el Puerto de Veracruz, precursor del Modernismo. (N.A.)

toda precisión, a hacer la cama. También descubrí que, eventualmente, me daba asma, no sé si a causa de los nervios. En vista de que a Carmela no le gustaba la comida checa, yo, ni corta ni perezosa, les mandé un telegrama a mis papás en el que les pedía dinero para comprarle chocolates a mi amiga. Aquella correspondencia llegó a medianoche, lo que los hizo suponer lo peor. No les hizo mucha gracia mi iniciativa.

En Brno fui a tres escuelas. Al principio estuve en una escuela primaria bastante pequeña. Después en una más grande en la que cursé la secundaria, y finalmente, en una todavía más grande donde comencé la preparatoria. En esa primera escuela tomé clases de religión para no aburrirme sola en el patio. Decidí saltarme un año porque me parecía que era la mayor de la clase. Dada nuestra calidad de refugiados políticos, me dejaron hacerlo porque, además, ni siquiera tenía un acta de nacimiento con mis apellidos. Seguía siendo oficialmente Carmen Mijailovna Tarasova. Bueno, solamente en el papel. A pesar de no tener el acta correcta, en mi registro escolar sí aparecía como Carmen Tagüña Parga.

El tamaño de las escuelas dependía de los barrios que abarcaban. A ciertas horas, las calles en Brno se llenaban de niños camino a las escuelas. Tengo presente todavía un grupo que era especial, los que tenían el síndrome de Down, que incluso debían tomar el tranvía. Sabían perfectamente dónde bajarse, y si acaso se distraían, siempre alguien se encargaba de recordárselo. Había una gran protección social a la infancia. Los niños comprábamos dulces y comida en las tiendas, y nos movíamos en total libertad por el barrio. A mí me gustaba mucho visitar al zapatero del vecindario, porque me contaba historias que me encantaban, además me embelesaba y divertía al verlo arreglar el calzado. También disfrutaba bastante jugar, sobre todo a las escondidillas, en un gran parque que separaba nuestro barrio de otro, en el que paseaba con papá y Julita, o más bien, corría yo detrás de ellos porque mi hermana iba en un carrito a toda velocidad gracias a que mi papá daba unos pasos enormes. En ese parque me gustaba jugar con las amigas, y, a veces, cuidábamos a mi hermanita, una misión bastante complicada, porque Julita cuando lloraba por cualquier cosa —por ejemplo, cuando se caía— tenía breves espasmos de sollozo que me asustaban terriblemente. Por eso, cuando iniciaba el llanto tratábamos de distraerla para que como se dice en México, no se privara.

Para llegar a la escuela secundaria tenía que atravesar el famoso parque. De todas las materias, la que más me gustaba y en la que destacaba era la de matemáticas. También quería mucho al maestro y él a mí. En la escuela era bastante inquieta y eso lo achacaban a mi sangre española, que parecía justificar mi comportamiento alborotado. La educación escolar en Checoslovaquia era muy cuidada y completa. Todas las materias eran importantes, y con toda seriedad te calificaban, por ejemplo, en música y deporte. El maestro de música armaba unos her-

mosos coros. En deportes, los maestros hacían mayor énfasis en gimnasia durante el invierno, y en atletismo cuando hacía buen tiempo. Además, debías demostrar que sabías andar en bicicleta, nadar y patinar en hielo; también eso lo tomaban en cuenta a la hora de calificar.

Tuve una amiga llamada Eva, que era muy alta y delgada, algo desgarrada, también muy lista, pero tenía mal oído, además de ser patosa para el deporte; solamente por esas dos materias yo le ganaba en el promedio, lo cual me parecía injusto porque yo a veces no me desempeñaba bien en los dictados, ¡La gramática checa es tremendamente difícil! A mi amiga la recuerdo con mucho cariño, en general a todas mis amigas y amigos checos a los que dejé de ver cuando me vine a México. Dejé de escribirme con ellos conforme el checo se me iba desvaneciendo de la memoria. Solamente una vez regresé a Brno con Beatriz, mi hija mayor de bebé, y pude ver a mis amigos. Algunas de las chicas lloraron conmovidas por el reencuentro, yo me comunicaba ya muy mal, pero incluso así, pude entender algunas de sus necesidades, artículos que no podían adquirir en el comercio, y cuando regresé a Francia se los hice llegar... no recuerdo cómo. Una de las cosas que todas quisieron fueron chicles que allí era muy apreciados, en occidente son una bobada.

En Brno me quedé en casa de Eva Spitzová, que había sido alumna de mamá, y hablaba perfectamente el español, además de enseñarlo. Eva, por cierto, estuvo luego en la embajada de Checoslovaquia en la Ciudad de México, también hizo algunas estancias académicas y se quedaba a vivir en mi casa, la que tuve después del divorcio, ubicada en San Jerónimo Lídice que es, a propósito, el nombre de un pueblo checo que fue arrasado por los nazis al principio de la guerra, cuando, por el acuerdo de Múnich, se embolsaron Checoslovaquia. Con Eva también he perdido el contacto, y es muy probable que haya fallecido. A pesar de la diferencia de edad fuimos amigas, e hice con ella cosas raras como ir a nadar a los balnearios de la Ciudad de México. Con raras me refiero al hecho de que nunca más las volví a hacer.

Tengo otra anécdota. No recuerdo con exactitud cuál era el objetivo, pero en un mismo día y a una misma hora se llevaría a cabo un examen nacional. De toda la ciudad de Brno, solamente un muchacho y yo tuvimos un resultado perfecto en matemáticas. Uno de los problemas contenía una parte aritmética y otra algebraica, y muchos habían fallado esa segunda parte. Yo, en la parte algebraica, cuando usé las letras y las incógnitas, seguí con mucho cuidado los mismos pasos que con los números, y gracias a esto obtuve el resultado correcto. Ese es un consejo que di más adelante a mis alumnos. La razón es muy sencilla, con los números se tiene más sensibilidad para saber lo que haces. Con las letras todo resultado parece el correcto. Es más, como maestra de física, me pude dar cuenta de que los alumnos suponían que la segunda ley de Newton $F=ma$ (la fuerza es igual al producto de

la masa por la aceleración) es algo muy diferente a una ecuación de primer grado con una incógnita. Las letras oscurecen un concepto que puede ser muy simple.

A pesar de que apenas iniciaba la preparatoria, ya sentía bastante insistencia sobre la elección de la carrera, y los maestros planteaban como muy interesantes las opciones que te permitían trabajar en la industria. Esto ni lo consideré, porque para mí era claro que debía ir a la universidad. De hecho, ese había sido el mensaje de mis padres que, sobre todo debido al exilio, recalcaban una y otra vez, que lo único que nunca perdías era el conocimiento. Mamá a veces decía con modestia que lo único que había conservado era el español y que gracias a este idioma había sobrevivido dando un montón de clases.

Según recuerdo, a mí me gustaba la historia, pero hay una anécdota muy graciosa de cuando estaba a punto de entrar a la UNAM.

—¿Qué quieres estudiar? —me preguntó papá.

—Historia —respondí muy segura.

No dijo nada. Continuó con la cara muy seria

—¿Qué carrera universitaria quieres estudiar? —repitió.

Luego, ya con más calma, papá me explicó que en la UNAM eran mejores las facultades de ciencias o de ingeniería que la de filosofía y letras, que era donde estudiaría la carrera de mi predilección. Finalmente estudié física, lo cual a papá le encantó. Mi hermana Julia y yo estudiamos esta carrera, y eso, la verdad, lo puso muy orgulloso. Estaría fascinado al saber todo lo que ha alcanzado Julia en el campo de la ciencia, y, en mi caso, que me distinguí más en el área de historia cuando presidí el Ateneo Español de México y aprendí mucho sobre el exilio republicano.

Vuelvo a mi vida en Checoslovaquia. Dejar mi preparatoria de Brno me resultó bastante complicado y triste. Yo entendía los problemas políticos, y, aunque mis padres no hablaban conmigo de ese tema por precaución, yo les daba mucha lata, pues era —como todos mis compañeros— notablemente antisoviética y les repetía a mis padres que ellos no entendían nada. Años después, cuando lo comprendí mejor, sentí vergüenza. Resulta que el ambiente era completamente antisoviético sobre todo y, en menor grado, anticomunista. La frase predilecta que yo les decía entonces a mis padres era: “Esto no es cierto, pero hay que decirlo en la escuela”. La realidad es que, en casa de mis amigas, escuchaba lo que ellas y sus familias en realidad pensaban sobre los soviéticos, que no era igual a la verdad oficial. Mis papás querían evitar que yo contribuyera con comentarios de este tipo, porque su situación política era muy endeble.

Parece increíble, pero en las ceremonias se tocaba primero el himno ruso y luego el checo. Recuerdo con horror el tiempo en que nos tuvieron sentados y callados en señal de duelo durante las exequias de Stalin, seguidas por las del presidente Gotwald, de Checoslovaquia, quien, como ya mencioné, se enfermó luego de asistir al entierro de Stalin en Moscú. Además, para todo el mundo era evidente que los rusos explotaban al pueblo checo, porque los recursos eran tomados sin el pago correspondiente. La economía del país empeoraba, la industria y el comercio exterior estaban completamente desorganizados. Por ejemplo, la uraninita impura llamada *pechblenda*, de la mina de Jachymov, simplemente no la pagaron jamás. La uraninita es un mineral radiactivo de la clase de los minerales óxidos. La pechblenda es uno de los principales minerales de uranio. Con ella el físico francés Henri Becquerel, en 1896, descubrió la radiactividad. Luego Marie Curie descubrió en ella el radio como uno de los productos de la degradación radiactiva del uranio. Además, la industria nuclear soviética obligó a los prisioneros políticos a extraer uranio en condiciones inhumanas que hacía difícil la supervivencia. Recuerdo que, a los chistes políticos los llamaban radioactivos. En general, todos los presos acababan trabajando en las minas, pero los más perseguidos estaban en Jachymov. Considero que sería conveniente aclarar que el sentimiento era más antirruso, porque incluso en las otras repúblicas soviéticas tampoco los querían, eso ha quedado evidenciado con la guerra de Ucrania. En mi época checa debía recibir a delegaciones soviéticas con mi uniforme de pionera: blusa blanca y pañuelo rojo en el cuello, así me di cuenta de que cuando el idioma de la región no era el ruso, fingían no entenderlo y entre ellos hablaban en su propia lengua. El ruso en las escuelas checas se estudiaba como segundo idioma.

Dejar la escuela en Brno me resultó bastante complicado, porque estaba muy encariñada con mis amigos y con el país. En Checoslovaquia me hubiera encantado pasar desapercibida, adoraba ese país. Pero no pude. El color de mis ojos y mi pelo llamaban la atención, y a cada rato, sobre todo en la escuela, me recordaban mi sangre española. Eso tenía a veces sus ventajas, porque así justificaba, como ya conté, mi conducta desordenada. Aquí vale la pena mencionar que el nombre Carmen era verdaderamente original y me permitía inventarme distintas razones para llamarme así. Solía decir que a mis papás les encantaba gracias a la ópera de Georges Bizet. Cuando llegué a México me inscribieron en el Instituto Luis Vives, y de once muchachas que éramos en la clase, seis nos llamábamos Carmen. Así acabó todo mi exotismo.

Vivir en México, representó una diferencia, una cierta inseguridad con respecto a los países donde habíamos vivido. A mis padres les advirtieron que deberían de cuidarme, y que lo ideal era ir con alguien. Al Instituto Luis Vives iba y regresaba acompañada de amigos, y cuando

tuve que viajar sola en los camiones aun a horas tempraneras, pasé por algunas experiencias de acoso. Poco a poco se vuelve uno desconfiado. Además, aunque estaba aprendiendo ya el español, no lo manejaba tan bien, y a veces me costaba trabajo entender. También, aunque los maestros eran muy buenos, el ambiente de las clases era muy diferente. Creo que la disciplina era menos estricta, el único que realmente nos hacía callar era el director, al que le teníamos un gran respeto. Don Juan, el director, llevaba una esclava con un número que, parece ser, era el del campo de concentración en el que estuvo al salir emigrado a Francia. La verdad es que nosotros teníamos que superar muchas penas y calamidades que les tocaron a nuestros mayores y, aun así, éramos alegres. Yo entré a la preparatoria —que era entonces de dos años— gracias a que me revalidaron íntegramente los años de escuela checa, es decir, toda la secundaria. Me parece gracioso que el único obstáculo que me pusieron fue un idioma extranjero, es decir el inglés, asunto que se resolvió cuando les hicimos ver que el checo también era un idioma extranjero. Me dijeron que debía resolver un examen de historia de México y su constitución, cosa que finalmente no sucedió.

Papá comenzó a dar clases en el Instituto Luis Vives, porque no pudo colocarse de investigador o profesor universitario, dado que su complicada biografía despertaba sospechas. Trabajó también en los otros colegios de refugiados como profesor de física, además colaboró en centros de documentación y en la elaboración de una enciclopedia; tradujo y redactó artículos y libros científicos. Por tener la carrera, fue asesor médico de unos laboratorios farmacéuticos fundados por exiliados.

Los alumnos del Vives lo recuerdan como un profesor serio, pero de gran calidad humana, y años más tarde los que se enrolaban en la facultad de ingeniería de la UNAM usaban los apuntes de física de Tagüeña. Solían decir que les habían salvado el pellejo. Sin embargo, en la sala de maestros las devotas lenguas estalinistas empezaron a esparcir rumores de que se trataba de un jefe militar muy importante que había desertado del Partido Comunista. Se armó un gran revuelo de chismes en la escuela entre algunos maestros, pero sus alumnos me contaron que llamaba la atención su modestia. Cuenta su alumno Federico Arana que jamás hacía la menor alusión a su destacado papel en la guerra, ni mostraba signos de resentimiento contra la gran estafa revolucionaria que le tocó vivir, vivía sin rencor y con una lealtad a toda prueba a sus ideales de juventud. También era conocido que, a pesar de los pesares, se negó a regresar a España para hacer el caldo gordo a los supuestos vencedores. Como dice un monumento que vi en la región del Ebro: “Dedicado a los perdedores que son todos”. Todos pierden con una guerra. De eso no hay duda.

Mamá también dio inicialmente clases en el Vives. El otro día mi dentista de Cuernavaca se acordaba de su maestra Carmen Parga. Sin embargo, mamá será recordada en México por su trabajo en el Molino de Santo Domingo, una de las trojes del primer molino de América, donde inicialmente abrimos la ya mencionada tienda de artesanías; finalmente fue la gerente de todo el lugar, lleno de estudios de pintores y cerca del gran taller de grabado. Basta buscar en internet Taller de Grabado de Santo Domingo para conocer esa historia. Aparece por error el nombre de Carmen Tagüña, pero se trata en realidad de mi mamá, Carmen Parga.

Otra cosa que tuvimos que resolver fue mi acta de nacimiento rusa con mis apellidos correctos, así como los nombres de mis padres Manuel y Carmen. Para ello tuvimos que acudir a la embajada rusa, que sigue funcionando en un edificio señorial. Nos recibieron en la casita al lado de la entrada, atendieron nuestra petición y nos solicitaron que, cuando tuviéramos la correcta, les entregáramos el acta con el nombre modificado de papá. En unos meses logramos el objetivo y, como se les olvidó pedirnos el acta original, en mis documentos guardo ese vestigio de mi pasado de exilada en Rusia. En ese momento México no tenía relaciones con España, porque no reconocía el régimen de Franco, producto de un levantamiento militar contra la República. Había, sin embargo, una oficina de representación en la que mi papá hizo el trámite de inscribirme en el Registro Civil Español. Desde entonces el acta que uso es el documento de nacionalización, donde todo queda muy claro. Yo adquirí la nacionalidad mexicana al casarme con Juan Antonio. Por esa misma razón perdí la nacionalidad española, que luego recuperé al cambiar la ley. La nacionalidad rusa nunca la tuve, y sin duda, la hubiera podido solicitar. Jamás se me ocurrió.

En el Vives mis compañeros eran muy antiamericanos, o bueno, como se dice en México: *antigringos*. Se afirma que la palabra gringo viene de *Green Coat*, relacionada con el uniforme del ejército americano o alguna canción que cantaban, pero según decía mamá y confirma la RAE, significa extranjero, especialmente de habla inglesa o que su lengua no sea el español. Había en aquel entonces mucha simpatía por Rusia y los comunistas, todavía no estaba de moda criticar a Stalin. Yo les decía que no se podían ni imaginar lo que era estar bajo el yugo de la Unión Soviética, pero me parece que no me creían. Tuvieron que pasar varios años para que fuera evidente lo que era tener a la URSS como vecina. Finalmente, el ejército ruso reprimió, primero a Hungría, y después a Checoslovaquia, en la famosa Primavera de Praga. Lo platicué mucho con papá, ya entonces podía comentar las noticias políticas libremente y me reconoció que, de haber seguido en Brno, no se hubiera podido aguantar ante semejante agresión. Me acuerdo de un documental francés en el que salía un joven checo frente una barda en

la que había escrito con pintura: “¡Lenin despierta, estos se han vuelto locos!” Era impresionante ver los tanques rusos en las calles de Praga, especialmente en la plaza Wenceslav.

Lo que más recuerdo de Checoslovaquia es justamente la educación en las escuelas checas, en las que se ocupaban de todos los aspectos de la formación de la personalidad con base en la educación y el conocimiento. El que mis padres me mandaran siempre a la escuela inmediatamente a donde llegáramos también fue muy importante en mi vida. Mensajes similares los recibí de mis maestros, a los que recuerdo con cariño en su conjunto. Sin embargo, conviene mencionar una frase de Oscar Wilde que dice: “La educación es una cosa admirable, pero es bueno recordar que nada que realmente merezca la pena saber puede ser enseñado”. Pienso que quizás los ejemplos sirven más.

En la actualidad me parece inconcebible que alguien defienda la agresión de Putin a Ucrania. Él ni siquiera es comunista, es un antiguo agente de la KGB, la organización de la antigua Unión Soviética dedicada al espionaje y contraespionaje. Sin embargo, todo su afán radica en reconstruir el antiguo poderío de la URSS. La historia se repite, y hay quienes dicen que el peligro es tal que puede significar el comienzo de la Tercera Guerra Mundial.

Las guerras han rodeado mi vida, y mucho de lo que soy se debe a ese dolor y esa conciencia. Sin embargo, he procurado vivir de la mejor manera posible, como siempre he afirmado, en el amor y la serenidad, rodeada de mis seres queridos.

CUANDO DEJÉ DE SER EXILIADA

Mi hermana Julia y yo aprendimos que, si en vida no les haces preguntas a tus padres, luego podría ser demasiado tarde. En realidad, de no haber sido porque tanto papá como mamá escribieron sus memorias, hubiéramos perdido muchísima información. Sin embargo, lo que si nos quedó muy claro es que “más se había perdido en Madrid”, frase que decían los republicanos españoles que rubricaba muchas de las pérdidas de nuestras jóvenes vidas, los guantes, el libro, la mochila. Esto es una referencia a la guerra civil porque Madrid es lo último que pierden los republicanos. Esta frase en nuestra familia variaba con “más se perdió en Barcelona” porque papá fue el último jefe militar en esa ciudad y después de eso se fue con todo y las tropas a pasar la frontera con Francia. Más tarde regresó a Madrid, pero todo estaba perdido y, finalmente, salió con la Pasionaria y otros comunistas en avión desde Monóvar. Eso sí fue el final.

Las cenizas de mis padres reposan en el Cementerio Español de la Ciudad de México. Papá pidió que constara en su lápida que fue teniente coronel del XV Cuerpo de Ejército de la República Española. Mamá no pidió nada, sin embargo, por un sentido de elemental justicia se menciona en la lápida su presidencia de la Agrupación del PSOE. Sin embargo, lo más importante para nosotros fue dejar constancia de que “en medio de tantas tormentas supieron preservar la llama del hogar”. Lo anterior es un homenaje a su optimismo y a la buena disposición que ambos tuvieron para que nuestra vida familiar fuera tranquila y siempre lo más normal posible.

Los Tagüeña Parga somos una familia de maestros. Mi abuela paterna y algunas de sus hermanas, es decir, mis tías abuelas, fueron maestras ya durante la República. Mi madre estudió historia, pero nunca acabó la carrera, y durante nuestro recorrido por el mundo enseñó con mucho éxito el español. Mi padre, antes de la guerra civil, ganó unas oposiciones, un trámite que era imprescindible para dar clases. Obtuvo la plaza de maestro de física en el Instituto de Segunda Enseñanza en Molina de Aragón, pero cuando estalló la guerra civil ya no pudo continuar porque se alistó en el ejército y esos acontecimientos le impidieron continuar. Después, ya exiliado en la Unión Soviética, fue maestro en la Academia Superior del Ejército Rojo, además, en la llamada entonces Checoslovaquia enseñó física para médicos en la Universidad de Brno.

Ya en México, ambos dieron clases en su especialidad en el Instituto Luis Vives que, como lo indicaba la placa de la entrada, era el colegio español de México. Papá también dio clases en los otros dos colegios del exilio que subsistían en la Ciudad de México: el Madrid y la Academia Hispano-mexicana. Recuerdo a mi padre como alguien sumamente cariñoso con nosotros, su familia, y preocupado por nuestra educación. Tengo muy presente su imagen zanjando discusiones con una enciclopedia en mano, ayudándonos a estudiar, colaborándonos con las tareas y, sobre todo, inculcándonos el sentido del deber y la responsabilidad, tan característico de su generación. Considero que el exilio queda definido en el famoso poema de Machado: “Caminante, son tus huellas el camino y nada más. Caminante, no hay camino se hace camino al andar...”.

Como suele suceder, los primeros maestros son los padres, sobre todo la madre. En el caso de un niño del exilio esto es algo todavía más importante. Gracias a mis padres yo aprendí español y conocí algo de la cultura española e iberoamericana en un solo libro infantil que, de tanto leérmelo lo sabía de memoria. Eso no impidió que aprendiera muchos otros idiomas con gran facilidad. Supongo que deben de estar alojados en algún lugar de mi inconsciente, el más extraño diría que

es el uzbeko, que aprendí en Tashkent, donde nos evacuaron desde Moscú durante la Segunda Guerra Mundial.

En el Luis Vives, con el paso del tiempo, los republicanos ya no formaban un grupo continuo, se habían dispersado, pero al igual que en los otros colegios del exilio en México, estaban aislados de una España que, bajo el franquismo rompió sus lazos con la cultura previa a la guerra civil y, al mismo tiempo, permanecían al margen de la cultura mexicana, aunque siguieran los programas oficiales de enseñanza de la SEP.

En la práctica, las escuelas del exilio transmitieron la cultura aprendida y enseñada en las escuelas de la Segunda República y que se podría llamar una “cultura en vilo”⁸, desgajada del tronco cultural peninsular, y sin raíces vigorosas con las cuales arraigar en la nueva patria. Para muchos de esos alumnos el reconocimiento de la sociedad receptora tardaría mucho en llegar. Para mí no fue tan complicado. Recuerdo, por ejemplo, que muy pronto dejé de cecear, —al fin y al cabo, reflexionaba yo—, había aprendido el español en México. Desde entonces soy mexicana del Norte en honor a mi lugar de nacimiento, porque Moscú está más al norte que Hermosillo, Sonora.

Acabo de leer no sé muy bien donde una frase que me encantó: “Logré todo lo que me propuse, pero nunca me propuse lo que sabía que no podía lograr”. Quizás eso fue lo que hice yo. Si reviso mi vida, me han guiado: primero el amor a mi familia y a mis amigos, y segundo, dos sentimientos muy dominantes: un enorme amor y agradecimiento a México, y un no menor amor apasionado y nostálgico por España, patria de mis padres que no pude tener.

Desde que pisé la facultad de ciencias de la UNAM descubrí este país, y he dedicado mi vida profesional y todos mis esfuerzos, a distintos aspectos siempre relacionados con la educación y la cultura, que ha sido mi tributo personal a México, mi patria de adopción. En el instituto Luis Vives y dado que acababa de llegar a México, estaba algo despietada, sin embargo, la UNAM me deslumbró.

Comprendí la importancia que tiene en la formación de este país y todas las posibilidades educativas. Originalmente, cuando se fundó la institución fue la primera universidad en el continente americano, y en la actualidad sigue siendo una de las mejores universidades del mundo. Estudiar en la UNAM fue algo increíble.

Al principio seguíamos viendo a nuestros compañeros del colegio, pero pronto nos absorbió nuestra nueva vida. De cualquier manera, era una institución diferente a la actual, diría yo que más amigable. Mi número de cuenta estudiantil fue el 5806602, todavía conservo esa

⁸ Clara Lida, *Caleidoscopio del exilio*, 2009 (N.A.)

pequeña credencial metálica. Cuando nos inscribimos —en aquel entonces no era necesario el examen—, dudé en hacerlo en la facultad de química o en la de ciencias.

Al visitar por primera vez la Ciudad Universitaria quedé asombrada por su belleza: la explanada con sus islas colmadas de árboles, los edificios de las facultades alrededor, así como la rectoría, la biblioteca, las torres de ciencias y humanidades, la alberca, los hermosos murales, en fin, todo. Durante el primer año de química, las clases debían tomarse en la facultad ubicada en Tacuba, y eso me inclinó definitivamente a decidirme por estudiar física en la facultad de ciencias, en esa especie de gusano que se divisaba desde la explanada central y cuya cabeza es el auditorio Alfonso Caso. Cuando empezaron las clases, o caminábamos por el pasillo que rodea la explanada desde la terminal de los camiones, que ahora es del Museo Universitario, o directamente llegábamos en coche al estacionamiento ubicado entre el largo edificio con todas las carreras de humanidades y la facultad de odontología. Todo ha cambiado, de hecho, la facultad de ciencias queda ahora en otro lugar, y en su edificio original funciona la unidad de posgrado, pero eso sí, se llevaron la estatua de Prometeo —que fue un símbolo—, y estaba ubicada frente a la torre de ciencias.

Con mucho cariño recuerdo a mis compañeros, a pesar del tiempo transcurrido seguimos siendo amigos del alma. En la facultad de ciencias se estudiaba física, astronomía, biología y más licenciaturas que no es necesario reproducir. Cuando entramos al primer curso éramos, creo, una generación numerosa de tres grupos, pero reprobaron muchos, y a partir del segundo año éramos ya solo un grupo más bien pequeño. Para mis compañeros eran muy importantes las biólogas, que primero fueron las novias, y luego las esposas de muchos físicos. Las clases estaban en el mismo pasillo en el primer piso, y muchos maestros se equivocaban de salón porque todos mis compañeros estaban en la puerta de las clases de las biólogas. También nos gustaba platicar y asolearnos en las islas, unos pequeños montículos con árboles y linda vegetación. Como siempre estaban regando el pasto de la explanada llegábamos a ellos a través del agua como si fueran islas.

Tuvimos maestros excelentes y el ambiente de estudios era fantástico. Había una casi total igualdad entre los hombres y las mujeres en la facultad, incluso podría decir que los problemas derivados del machismo no existían entonces. Esto no es lo mismo que viví a nivel profesional. Para recibir el título de física teórica hice mi tesis en el famoso Van de Graaff, un acelerador de partículas. En 1968, cuando entró el ejército a la Ciudad Universitaria, ese espacio fue respetado gracias al símbolo de alerta, de cuidado con la radiación. No lo tengo muy claro, pero me parece que fui la tercera o la cuarta mujer que recibió el título, y, en

total, fui el número cuarenta y nueve en toda la carrera de física de la UNAM, que todavía era una novedad. También debo de reconocer que nunca más me dediqué a la investigación, y aunque la física me gusta bastante, y la carrera me parece formativa, me dediqué más bien a la docencia y a la administración académica.

No me cabe duda de que lo que más me ha gustado en la vida profesional, es ser maestra, creo que lo hice muy bien. Durante muchos años di clases en una preparatoria particular de una escuela importante incorporada a la UNAM, finalmente fui directora general en uno de sus planteles. Quiero contar algo sobre esa escuela. Tuvo varios nombres, el primero: la México cuando era Escuela Secundaria de la Ciudad de México; luego fue ESPCM, ya con la preparatoria y con la Nueva Primaria de México; actualmente es el Colegio Ciudad de México. Esta institución fue fundada en los años cincuenta del siglo pasado por un grupo de padres de familia emigrados de Europa, refugiados sobre todo españoles y judíos, y por algunos mexicanos de religión protestante. Desde el comienzo adoptaron como principio básico que la educación fuera laica, de carácter mixto, apolítica y bilingüe, en donde el respeto, la tolerancia y la libertad responsable fueran los ejes rectores de la convivencia académica. Decidieron la enseñanza de un segundo idioma como instrumento intelectual, cultural, y como vehículo para interrelacionarse con otros seres humanos, optaron por el inglés gracias a su carácter universal. El propósito primordial del colegio fue que los estudiantes desarrollaran y fortalecieran los valores que les sirvieran de guía en su vida, y que los llevaran a ser personas responsables y comprometidas con su comunidad. La dignidad de la humanidad, el respeto a la diversidad cultural, la libertad y la equidad, fueron algunos de los valores que la escuela enfatizó. Lo que acabo de escribir aparece en el reglamento para los padres, maestros y alumnos. La postura con respecto a las religiones fue firme, la enseñanza siempre fue laica, respetando todas las creencias y cultos, por lo que cualquier acto o símbolo de carácter religioso era ajeno al quehacer del colegio. Recuerdo con cariño el cartel conmemorativo con los fundadores frente al Colegio, entre ellos mis suegros, frente al colegio todavía de un piso.

La historia del Colegio Ciudad de México se ubica en el contexto social, económico y político que caracterizaba a México en los años cincuenta del siglo veinte. La educación privada se encontraba, en su mayoría, en manos de religiosos, y entre los colegios laicos conocidos por su calidad, eran los vinculados a otras comunidades como el Liceo Francés, el Colegio Americano, el Colegio Alemán y, desde luego, los colegios del exilio. Aunque habían pasado muchos años de la llegada del Sinaia, había muchos hijos de republicanos dentro de los primeros alumnos del Ciudad de México. Los maestros también lo eran, incluso en la ac-

tualidad hay maestros egresados de la propia escuela y otros egresados del Madrid, la Hispano mexicana y el Luis Vives, esto pasó sobre todo en los puestos directivos. Los frutos del exilio en educación son evidentes. Yo fui maestra de física y matemáticas en la preparatoria por más de treinta y cinco años y —posteriormente, como ya lo dije— directora general en el plantel de Polanco. Actualmente la escuela tiene otra sede en Cuajimalpa.

El primer director y maestro emblemático fue Vicente Carrión Fos, un niño de Morelia que nunca entendió por qué sus padres lo mandaron a él y no a su hermano a México. A mí siempre me ha parecido muy triste la historia de estos niños de la guerra que llegaron a muchos países, sobre todo México y la Unión Soviética. Siempre me he preguntado qué deben pensar unos padres para decidir que sus hijos están más seguros lejos de ellos. Alguien de su familia me explicó que lo que sucedía es que a él le atemorizaban mucho los bombardeos, sin embargo, él nunca les perdonó eso a sus padres. Se sintió discriminado. Yo aprendí de Carrión el oficio de maestra, también de otros compañeros notables. Muy especialmente, tengo cerca de mi corazón a la maestra Carmen Aguayo de Cirici Ventalló, maestra de español, literatura y latín, además directora de la preparatoria, a quién le agradezco todas sus enseñanzas y su cariño. Aquí quisiera añadir que, en todos los colegios surgidos del exilio, y en estos incluyo al Ciudad de México, los maestros y directivos fueron un referente moral valioso para la comunidad escolar.

Los exalumnos de ese colegio tienen un sello distintivo, y sin que se les hablara de guerra civil y exilios, sí percibían que tenían maestros de verdad especiales, que les permitían expresar sus propias ideas y opiniones en libertad, y además los estimulaban para que reflexionaran y estuvieran a cargo de su propio aprendizaje, con un mensaje claro los conminaban a ser ciudadanos responsables. Muchos se destacaron en áreas científicas. Me gustaría mencionar a Juan Antonio, mi exmarido, a Julita, mi hermana, y a su marido Manolo, dado que los tres estudiaron física y destacaron en distintas áreas de esta.

Mi mayor aporte como directora general fue incorporar al Colegio Ciudad de México al Bachillerato Internacional (BI). Dado que ninguna escuela tiene los recursos materiales y humanos para estar en la vanguardia educativa, afiliarse a una organización como el BI lo posibilita, y más importante aún, contribuye en la formación y actualización permanente de los maestros, cosa que, para el personal académico resulta un gran estímulo. La mejor inversión de las escuelas es aquella que se hace a favor de la formación de los maestros, este proceso debe de ser permanente.

Como funcionaria me dediqué fundamentalmente al área de becas y de intercambio académico, otra vez a la formación de recursos humanos. Fui directora general de intercambio Académico de la UNAM, y tuve un puesto similar en la Secretaría de Relaciones Exteriores en la Dirección General de Asuntos Culturales. En este puesto viví el temblor del 19 de septiembre de 1985, en el que se cayó el Hotel Romano en la calle de Humboldt, donde se encontraban hospedados los becarios extranjeros recién llegados a México. Esta triste historia la contaré, por su importancia, en otro capítulo. Recuerdo como si fuera ayer el mismo día del temblor a todo el personal de Relaciones frente a la Torre de Tlatelolco que ya nunca pudo ser usada de la misma manera. A los de la dirección de asuntos culturales nos cambiaron al convento al lado de la plaza de las Tres culturas, y de allí a Polanco, a un edificio alquilado en Homero y Taine.

El punto culminante de mi vida profesional, además de una especie de resumen, fue ser coordinadora de los exámenes nacionales de ingreso en el CENEVAL⁹. Mi formación científica me permitía comprender la elección del contenido y el diseño de los exámenes, así como la interpretación del resultado de estos que posibilitaba además la evaluación del rendimiento en las distintas áreas que medía el instrumento. El examen también permitía evaluar las distintas áreas de estudio, entonces, al comparar medias nacionales y estatales, también se comparaba la labor de las escuelas y de los docentes. Si, además, se hacía un cruce con el cuestionario de los datos personales se obtenían resultados bastante interesantes que arrojaban luz sobre los hábitos de lectura y de estudio, esto junto con todo lo anterior, resultaba de gran utilidad para las escuelas y para los maestros. Proporcionarles a los maestros esa información permitía, sin duda, mejorar su labor docente, y eso satisfacía mi experiencia de muchos años de trabajo en una escuela. El examen EXANI I, que estaba a mi cargo, se aplicaba a los egresados de las secundarias que aspiraban a obtener un lugar en los distintos bachilleratos. En la Ciudad de México se trataba de un examen conjunto y monumental, aplicado de manera estricta y el mismo día para todos los interesados.

Como ya conté, di clases durante treinta y cinco años de mi vida, y tuve la satisfacción de traducir y escribir libros de las materias que impartí, que fueron todas las matemáticas y todas las físicas del programa de la preparatoria de la UNAM. En los libros que escribí con otros compañeros procurábamos introducir ideas que experimentábamos y compartíamos con nuestros alumnos. Tratábamos de vincular los procedimientos usados en las materias a las experiencias del mundo real, del universo que los rodeaba. Era una manera de darle importancia

⁹ Centro Nacional de Evaluación para la Educación Superior. (N.A.)

al conocimiento adquirido. Dar clases en ese nivel de estudios tiene el atractivo adicional de que se participa de una manera activa en la formación de los jóvenes como personas. Es evidente que los alumnos y las alumnas tienen necesidades distintas, y hay que fortalecer las estructuras educacionales para lograr el objetivo: la igualdad entre ellos.

Desde luego que la familia es la primera fuente de inspiración y educación, y resulta que, en algunos hogares, se establecía discriminación entre hombres y mujeres. Algunos padres vivían de distinta manera los resultados escolares de sus hijos y de sus hijas. Yo siempre les decía a mis alumnas que debían hacer un esfuerzo mayor, porque a la sociedad le parecen más importantes los roles masculinos en lo que al conocimiento se refiere. Muchos papás no piensan que las niñas pueden ser ingenieras, y, por lo tanto, el nivel de estímulo para este tipo de carreras es mínimo. Supuse que yo misma sería un buen ejemplo, dado que era su maestra de física y matemáticas, además de directora general del colegio. Siempre tuve claro aquel problema: había menos estímulos para que las chicas estudiaran carreras científicas y tecnológicas, ellas tenían que, al cursar estas carreras, pudieran dejar de ser “femeninas”. Una anécdota que tengo muy presente y que muestra este sesgo, es que, en mi temprana juventud, cuando todavía se bailaba en parejas, en alguna fiesta me sacaron a bailar, pero enseguida, cuando les dije que estudiaba física, me dieron las gracias y se daban media vuelta.

En la actualidad resulta esencial educar a los niños y las niñas en las materias de ciencias, no solo porque vivimos rodeados de objetos producidos por la ciencia y la tecnología, sino porque, aplicar el pensamiento científico en la vida cotidiana contribuye a un mejor desarrollo en otras áreas gracias al pensamiento crítico. Para que las niñas recorran la senda que las conduzca a las carreras científicas debe promoverse la igualdad entre hombres y mujeres, y eso implica, como ya sabemos, un trato diferenciado. Significa que hay que establecer procedimientos especiales para las niñas, que, en la actualidad, apenas están surgiendo. Se podría afirmar incluso que, para alcanzar el desarrollo sostenible del planeta, es necesario cerrar la brecha derivada del género en el sistema educativo. De todo esto que escribo sabe mucho más mi hermana Julia dado que es una de sus especialidades. En este punto de nuestras vidas los ocho años de diferencia juegan a su favor. Ella es una muy reconocida y admirada científica, y yo, en cambio, ya estoy retirada de mis actividades profesionales debido a mi edad.

Es muy importante impulsar las enseñanzas científicas para las mujeres lo antes posible, incluso desde antes de la primaria. Las estadísticas muestran que, conforme las niñas van creciendo, van perdiendo

el gusto que naturalmente tienen por las ciencias. Por esta razón me encantó cuando Jade, la nieta de mi hermana Julia, pidió como regalo una mesa de experimentos científicos en la celebración de su fiesta de seis años. Mi hermana, vestida con una bata blanca, hacía los experimentos que impactaban a los chiquitines.

Observo, además, que mis nietas Lara, Tania y Paula cuentan con actividades científicas en sus respectivas escuelas, indudablemente, hay una insistencia en la educación matemática. Los mensajes pueden estar también en los libros de texto. Habría que mostrar imágenes de niñas construyendo puentes, por ejemplo, y en otras actividades que, por lo general, realizan los hombres. Actualmente, en la educación superior, si bien existe una cobertura pareja entre hombres y mujeres, una proporción mínima estudia carreras relacionadas con la ciencia, las matemáticas, la tecnología o la ingeniería.

La realidad es que las mujeres trabajamos mucho. Algunas combinamos la actividad profesional con la de ama de casa y sacamos adelante a las familias, pero lo triste es que la mayoría lo hacen en empleos informales. Aunque parezca mentira, todavía existe la creencia generalizada de que la mujer debe de estar solamente en el hogar.

Para terminar, me gustaría destacar que, en la actualidad, gran parte de las mujeres que estudian en universidades pertenecen a la primera generación que lo hace. Con el tiempo se notará la diferencia. Indudablemente, una mujer que cuenta con una carrera universitaria tendrá ambiciones más claras en la educación y en los estudios de sus hijos. En los años setenta, mis amigas, mamás de los amigos de mis hijos en las clases de natación, por ejemplo, no habían cursado carreras universitarias. Tampoco lo hicieron todas sus hijas. En cambio, sus nietas se han preparado a nivel profesional. Por otra parte, las amigas de mi mamá que habían nacido a principios del siglo veinte y que habían sido jóvenes en la República Española, tenían ya carreras universitarias. Todas han muerto ya, pero escucharlas en sus reuniones era fascinante. Son las famosas “Chicas de Barranca”, que se reunían todos los miércoles en la casa de mamá, en la avenida Barranca del Muerto. Mi suegra había estudiado medicina en Valladolid, mi mamá y una amiga lo hicieron en la Facultad de Filosofía y Letras en Madrid, otra había estudiado leyes en Barcelona, y algunas más se formaron como maestras. Todas desarrollaron en México alguna actividad profesional, la mayoría vinculada a la educación.

En retrospectiva comprendo que mi vida giró en torno a la República, y a la guerra civil española, aunque yo nací cuando la guerra ya se había perdido. Mis padres y sus amigos pertenecieron a una generación pri-

vilegiada, con una juventud excepcional que tuvo un final cruel¹⁰. Los cambios en sus vidas ocurrieron a gran velocidad y después llegaron los durísimos años de la guerra. Como lo he dicho, mi padre participó activamente en la misma, acompañado siempre de mamá. Carmen Parga y Manuel Tagüña, como ya saben los lectores, fueron dos refugiados que lograron escapar al cautiverio indigno de los campos de concentración franceses y pronto viajaron en un carguero por el golfo de Finlandia, camino de Leningrado, a la Unión Soviética. Poco tiempo después, en Moscú, nací yo.

En México terminó mi camino de exiliada, y durante el resto de mi vida como mexicana, contribuyo con mi trabajo y entusiasmo a este país, mi patria. Soy, como ya dije, mexicana del norte... y no hay quien me pueda desmentir.

¹⁰ Antonio Muñoz Molina, Babelia. El País. *Recuerdo de Carmen Parga*, 25 de diciembre de 2015. (N.A.)



Niurka de la Fe Zamora Utset y Fe Fernández Zamora

Mención honorífica

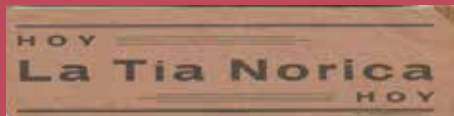
RELATO SOBRE TRES EMIGRANTES ESPAÑOLES EN CUBA

(Cuba)

Sabina Constanza Rosa Burgos Vidal (1874-1958) nació en Cádiz, Andalucía. Vino a la Habana a principios del siglo XX, con una compañía de teatro español, “La Tía Norica”, en la que trabajaba. Para esa fecha estaba

en la Habana Juan Fernández Marín de Cartagena, Murcia. Se conocieron, se enamoraron y decidieron quedarse en Cuba, rompiendo las ataduras que los unía a España; a ella, sus padres y hermanos; a él, una esposa y dos hijos. Tuvieron su primer hijo, al que le pusieron Juan, como su padre. Poco tiempo después tuvieron el segundo hijo, Francisco Mariano, el nombre de los dos abuelos¹.

Estos dos hijos, le hacían recordar a Juan, los otros dos que había dejado abandonados en España. Contaba Francisco (Paco), uno de los protagonistas de este relato, segundo hijo de este matrimonio, que su padre era pintor rotulista, y que parecía que era muy bueno en esto, porque lo llamaban mucho. A medida que pasaba el tiempo, se volvía más huraño. El cargo de conciencia por haber abandonado a sus hijos en España no lo dejaba vivir en paz. Se refugió en la bebida convirtiéndose en un alcohólico. En su trabajo lo llamaban cada vez menos por su informalidad en el mismo. Sabina tuvo que trabajar muy duro para sacar adelante a sus hijos, y ellos, a su vez, tuvieron que trabajar desde muy niños para ayudar al sustento familiar.



Compañía de Teatro Español La Tía Norica a la que pertenecía Sabina Burgos.

¹ Algunas de las fotografías aportadas por la autora no han podido reproducirse al no contar con la calidad suficiente para ser impresas. Tampoco se han reproducido algunas fotografías históricas de fuente no conocida. (N.E.)



Carnet de Francisco (Paco), siendo aún muy niño, de la Asociación de Dependientes del Comercio de La Habana.

En agosto de 1927, a los 50 años de edad, Juan Fernández Marín murió de cirrosis hepática. Sabina y sus hijos lucharon arduamente para lograr un sueño, anhelado principalmente por Sabina, llevar a sus hijos a España, para que conocieran a su familia, que éstos los conocieran en el país donde estaban sus raíces. Después de un tiempo ese sueño se hizo realidad y

Sabina y sus hijos pudieron llegar a España. Ya no existían sus padres, los recibieron su hermano y la familia que había formado éste. Los recibieron con los brazos abiertos. Sabina y sus hijos regresaron a Cuba pues ya estaban encaminados y establecidos en La Habana. Paco comenzó a trabajar en un barco que daba viajes a distintos países. Esto le proporcionó dar algunos viajes a España y compartir con su tío, primos y demás familiares. En esos viajes trató de contactar con los hermanos por parte de padre, pero como este jamás hablaba de ellos no tenía información para poder encontrarlos, por lo que su esfuerzo fue infructuoso.

Estando en uno de sus viajes a España en Puerto Real Cádiz, Paco conoció a la que sería el gran amor de su vida, María del Carmen Conejero Ortiz. Carmela, como la llamaban, nació en Puerto Real, Cádiz, el 13 de septiembre de 1912. Su madre, Clotilde Ortiz Serrano, murió cuando ella tenía apenas dos años de edad, de leucemia. Fue criada por su abuela y sus dos tías, Carmen y Enriqueta y la vigilancia constante del padre. Siempre luchó por estar cerca de su hija, decía que no quería perder su cariño al no criarse con él. Su padre, Vicente Conejero Nieto, pintor y poeta, aunque no tuvo una preparación académica, tenía una gran sensibilidad artística. Carmela fue la única hija de este matrimonio. Años más tarde Don Vicente se volvió a casar con una viuda. Carmela siempre habló bien de Carmen, la nueva esposa de su papá. De este matrimonio nacieron Mercedita, quien murió de meningitis con ocho años de edad, Vicentito y Margarita.

Paco desde Cuba le enviaba dinero a Carmela, le decía que era para la boda. En una oportunidad fue más específico y le escribió diciéndole que la boda y los festejos serían en Puerto Real, con la familia de ella para después venir a vivir para Cuba. Carmela le contestó al momento, que si eso era así todo estaba terminado, porque ella no abandonaba a su familia ni a su patria. No podía imaginar que era otro el destino que la vida tenía deparada para ellos. Paco partió enseguida para Es-

pañá, tenía miedo de perder a Carmela. Le expresó que las cosas se harían como ella quisiera. Comenzaron los preparativos de la boda y se casaron el 1 septiembre de 1936. Tuvieron su primer y único hijo, el 30 de junio de 1937, en pleno apogeo de la Guerra Civil Española. Le pusieron por nombre Francisco José. Decía Carmela que todos los niños que nacían en ese hospital debían llevar el nombre de José.



Familia materna de Maria del Carmen (Carmela). De izquierda a derecha: Clotilde (madre), Enriqueeta (tía), Asunción (abuela), Concha (tía abuela), amiga de la familia e hija que se encontraban de visita.



Vicente Conejero, su esposa Carmen y Mercedita.

Un triste suceso vino a ensombrear y llenar de angustia a esta familia, la desaparición de don Vicente Conejero Nieto padre de Carmela. Contaba Paco que además de recorrer Carmela y él las cárceles, tratando de encontrar a Vicente iban de madrugada a los lugares donde fusilaban a reconocer los cadáveres. Cuando Paco contaba esto, se le congestionaba el rostro y decía: –“Terrible, ¡eso era terrible!”. Por fin pudieron saber que Vicente estaba preso en Madrid, en un barco cárcel, “El Miraflores”. Allí iban en una embarcación hasta cerca del barco, los familiares preguntaban por el preso, si estaba vivo sacaban a la persona, si no sacaban la ropa. Era muy angustiante la espera de qué era lo que iban a sacar, si la ropa o al preso. Decía Paco que los carceleros tenían colgado un corazón de Jesús. A los presos les permitían intercambiar saludos con los familiares. Por fin se supo que Vicente había sido puesto en libertad condicional, pero él informó a la familia que se mantenía escondido por temor a que lo mataran estando fuera. La familia sintió gran alegría al saber que ya no estaba preso.

Paco y Carmela tuvieron que dar un viaje a Sevilla para resolver unos asuntos previa solicitud de un salvoconducto. Decidieron dar un paseo y tomarse unas fotos. Necesitaban un poco de distracción después de esos días tan intensos por los que habían pasado, no podían imaginar que esa sería la última vez que ellos pisaran ese lugar. Carmela compartía con su padre sus ideas republicanas y se afilió a la Juventud Comunista, por lo que sabía que la vida de ella y la de su familia corría un constante peligro. Carmela, a pesar de que en un momento determinado había dicho que ella no abandonaría a su familia ni a su patria, comprendió que esto era necesario para la seguridad de su hijo, de ella y de su esposo. Paco, a pesar de ser cubano, había sido alistado en el Servicio Militar, ya que el ejército que ocupaba la ciudad, tenía establecido que todo aquel que tuviera la edad del servicio militar tenía que ser alistado. Esto perturbó mucho a Paco y pidió ayuda a su

hermano y a su madre, que vivían en Cuba, para conseguir su repatriación y dinero para comprar los pasajes para Cuba, de él, Carmela y el niño, dada la situación de extremo peligro en que se encontraban.

Al regresar de Sevilla, se encontraron con un recado del cónsul de Cuba en España, el señor José María Gil de Pablos, informándoles que habían estado las autoridades franquistas en el Consulado, buscando a María del Carmen Conejero, porque sabían que estaba casada con un cubano. El cónsul estaba al tanto de la situación de Paco y sabía que tenían pasaje para Cuba para el mes próximo y les dijo a las autoridades: "Ya esa gente está para Cuba". Les decía, por tanto, que tenían que salir inmediatamente del país. Fue verdaderamente encomiable la actitud del cónsul, ya que sabía al peligro que se exponía al encubrirlos. Paco y Carmela le estuvieron eternamente agradecidos. Salieron de Puerto Real y fueron a Dos Hermanas a despedirse de la esposa del padre, de los hermanos Vicente y Margarita y enviarle un abrazo de despedida a Vicente, padre de Carmela donde estaba escondido. Paco, Carmela y Paquito, salieron la madrugada del 29 de abril de 1938, en un bote hacia Lisboa, que era de donde saldría el Iberia hacia Cuba el 4 de mayo de 1938.

Atrás dejaban a una familia desolada. Para la abuela y las tías, Carmela era la niña huérfana criada con mucho amor, hija de todos, y Paquito el sol que brillaba en el corazón de cada una de ellas, y que nunca más volverían a ver. En Lisboa enviaron postales a familiares y amigos. Se

tomaron fotos caminando por las calles.

El 4 de mayo de 1938 partieron en el Iberia Paco, Carmela y su hijo de 10 meses de nacido, Francisco José Fernández Conejero, en una travesía que duraría tres meses. Fueron varias las anécdotas del viaje. Contaban que tenían que comer muy rápido y aguantar el plato porque se los quitaban. Conocie-



Salvoconducto emitido por el Estado Mayor del Ejército del Sur a favor de Paco y Carmel para poder ir a Sevilla.



Paco y Carmela de paseo por Sevilla.



ron a un señor llamado Fidencio, con quien entablaron una bonita amistad. Tenía este señor una familia numerosa con varios hijos y ambas familias sirvieron de apoyo la una a la otra. Paco experimentó una gran emoción al arribar a las costas cubanas. Tomó fotos a la entrada de la bahía de la Habana, del Morro, que conservó siempre.

En la Habana los esperaban ansiosos Sabina y Juan Fernández ¡Al fin veían cumplidos sus sueños, tener a Paco y a su familia a salvo en Cuba! Ellos estuvieron muy preocupados, ya que estaban al tanto de todo lo que habían pasado en España. Además, tenían la enorme dicha de conocer y tener con ellos al adorado nieto y sobrino, a Paquito. Para Paco fue una gran satisfacción enseñarle a Carmela su querida Habana. Conservaban fotos en distintos lugares de la Habana, y con unas amistades de apellido Armario que habían conocido en España. Rebeca, la esposa de Juan Armario y Carmela tuvieron una sólida Amistad, que ayudó mucho a ésta en la adaptación a su nueva vida. Esta amistad perduró por siempre. Paco aprendió sus primeros pasos en la azotea de la calle Habana, bajo los cuidados de su madre y la abuela Sabina. Le tomaron fotos y las enviaron a la familia de España. En esta casa transcurrió su vida por siempre. Su niñez fue muy saludable, montando bicicleta, haciendo ejercicios, jugando fútbol (porque decía era el deporte que se jugaba en España).

Fue de gran alegría, principalmente para Carmela, recibir carta de su adorado padre en julio de 1938, ya que no había podido despedirse de



Reverso de una de las postales enviadas por Carmela a su abuela desde Lisboa.



Caminando por las calles de Lisboa.



Paco, Carmela y Paquito a bordo del Iberia.



Foto del Morro tomada por Paco desde el Iberia.

él. En ella le manifestaba la gran alegría que sintió al recibir su esperada carta, que le parecía mentira que le hubieran mandado el retrato de Paquito. Que los niños estaban muy contentos con la foto. “No dejan de nombrarte y cuando pasan los trenes se creen que viene su tata... Hija, ya me figuro cuántos trastornos habrían de pasar Uds. hasta estar embarcados, yo no dejaba de pensar siempre en eso, pero gracias a Dios estáis todos reunidos.” Expresa también la pena de no verlos por la distancia que los separa.

Vicente Conejero, padre de Carmela, era autodidacta nunca recibió una enseñanza académica, pero hacía poesías y pintaba como un experto. Mediante la pintura y la poesía expresaba sus emociones. Dedicó poesías a su hija y su nieto en la que expresaba el amor y añoranza que sentía por ellos:

A mi hija Carmela

Tus cariñosas cartas, hija mía, son
para mis pesares un consuelo
Me hacen la ilusión que, desde el cielo,
un ángel celestial me las envía.

Impaciente yo espero, noche y día
Tan deseada fecha con anhelo.
Cuando dormir intento, me desvelo,
Y así pude pensar esta poesía.

No dejes de escribir intensamente
Cuéntame de Paquito sus diabluras,
Si pronuncia mi nombre claramente.

No olvides de decirle desde ahora,
Que a pesar de sus muchas travesuras,
Aquí tiene un abuelo que lo adora.

Vicente Conejero

Carmela enviaba y recibía cartas a su padre y tías, estableciéndose un puente entre Andalucía y Cuba que perduraría por siempre.

Sevilla 28 de agosto de 1940:

“Queridísimos hijos... No pueden tener una idea de lo impacientes que estamos sin tener noticias vuestras... nuestra vida, pasando muy triste y con bastante escasez de todo, pues como mi sueldo es muy corto, no nos alcanza más que para medio comer.

Perdonad hijos míos, si entristezco a ustedes con estas noticias, solo le pido a Dios que ustedes gocen de buena salud y que algún día podamos reunirnos.

(...) ¿Y Paquito? ¿Nos nombra mucho? ¿Podré abrazarlo alguna vez?”.



Paquito en su nueva cuna.



Con el matrimonio Rebeca y Juan Armario en el Capitolio.

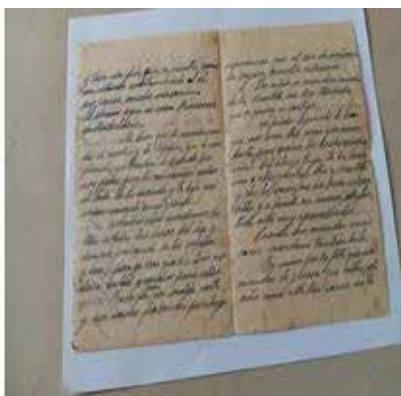
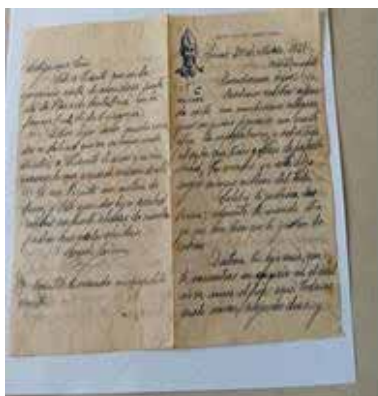


Primeros pasos de Paquito bajo el cuidado de su abuela Sabina y de Carmela

Sevilla 27 de agosto de 1941:

“He estado mucho tiempo sin trabajo, y lo hemos vendido todo, lo que tenía algún valor, incluso la máquina de coser, no nos queda más que las camas, las sillas y la cómoda, pero ya querrá Dios que cambie mi situación y encuentre algún trabajo más estable...”.

En el año 1944 se volvió a ensombrecer aún más la vida del padre de Carmela. Él pertenecía a una logia masónica, y por esa situación fue procesado y condenado a 12 años, siendo puesto en libertad condicional un año más tarde, según dijeron, por baja peligrosidad. Desde la cárcel enviaba cartas a Carmela, poesías y pinturas realizadas por él, dedicadas a ella, a Paquito, a Cuba, las que siempre conservaron. Paco consiguió trabajo en el Banco Nacional como ordenanza, y a través del tiempo en otros cargos dentro del mismo Banco, todos sin mucha remuneración, por lo que la vida de ellos era mas bien con estrecheses. Esto siempre se lo ocultaron a su familia de España, y siempre trataron



Primera carta de Don Vicente a su hija Carmela en julio de 1938.

de ayudar al máximo, con grandes sacrificios, a las carencias extremas por las que estaban pasando toda la familia de Carmela en España en los tiempos siguientes al triunfo de la dictadura.

Carmela y Paco se valieron de una agencia española para enviar ayuda de comestibles, ropa y zapatos usados a sus familiares a España. Revisando papeles que conservaban, guardados en un viejo baúl, pudimos ver un sobre que tenía impreso: “EXPRESO BILBAO- BARCELONA. Paquetes a España Amargura No.66”. Conservaban también un acuse de recibo de envío de comestibles firmado por Vicente Conejero, y nota dirigida a los familiares la cual dice: “Recibí tu última carta del 12-7-44. Yo estaba muy enfermo. Después no he podido escribirte por estar ausente de casa. Dios te pague, el bien que me has hecho. Tu padre, Vicente.”. Otro acuse de recibo de envío de ropa usada, firmado por Vicente Conejero y nota dirigida a los familiares:

“Hijos míos, no podéis imaginaros el bien que nos habéis hecho con vuestro envío de ropa. El próximo correo recibiréis carta nuestra para que sepáis nuestra triste situación. Escribme en todos los correos. Os abraza vuestro padre, Vicente”. (Anexo 20)

Alejandro López, un marinero que trabajaba en los barcos correos “El Magallanes”, el “Marquez de Comillas”, entre otros, era otra vía que tenían para llevar y recibir la correspondencia, y la ayuda que enviaban para la familia Paco y Carmela. Tanto desde Cuba, como en España estaban siempre pendientes del arribo de estos barcos, que mantenían activo el indispensable puente entre La Habana y Andalucía.

A Paquito le gustaba oír las historias de su abuela, y esta disfrutaba contándolas a sus nietos. Les contó sobre la llegada a la Habana del acorazado “Alfonso XIII”, el 9 de julio de 1920. Les mostró una postal sobre la entrada de este acorazado al puerto de la Habana. Esto constituyó un acontecimiento de gran relevancia en aquella época. Como vivían cerca del puerto, llevó a sus hijos al recibimiento de este barco. Era el primer buque de guerra español que venía a La Habana después de la independencia de Cuba. Les decía que era inmensa la cantidad



Acuses de recibo de las ayudas enviadas por Carmela y Paco a sus familiares en España.



Paquito en su paso por los *Boy Scout*.

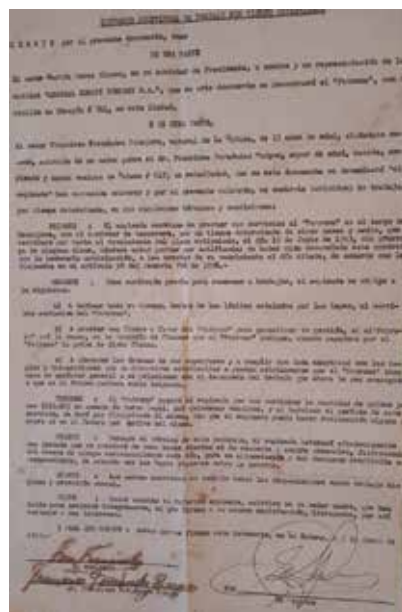
de personas que se agolparon en el puerto, y el entusiasmo desbordante que invadía a todos los presentes. El tiempo que permaneció el buque en La Habana fue de júbilo y festejos. Disfrutaron mucho de la fiesta de bienvenida al acorazado “Alfonso XIII” y los agasajos a los marineros españoles.

Paquito siempre hablaba de la comida y los dulces que le hacía su abuela. Olivita, la hija mayor de Juan, tío de Paquito, siempre habló con mucho cariño de su abuela Sabina. Decía que, gracias a su abuela, ella sabía tejer y bordar.

Desde pequeño Paquito manifestó un carácter independiente. Quiso pertenecer a la Sociedad Internacional de Boy Scouts, y permaneció en ella hasta ser un adulto. Esta sociedad, junto con las enseñanzas y ejemplo de los padres hicieron que fuera una persona disciplinada, ordenada, honesta, fiel a sus principios y un amante de la naturaleza y al conocimiento de la ciencia. Estas cualidades las llevó a cabo en todas las esferas de su vida. (Anexo 23)

Realizó sus estudios primarios en la academia Jesús Escandel, y quiso continuar sus estudios secundarios, pero el padre dijo que ahora le tocaba a él ayudar en la economía de la casa, como tuvieron que hacer su hermano Juan y él, inclusive cuando eran muy pequeños. Su madre y su tío Juan no estuvieron de acuerdo con esto.

Paco le consiguió un trabajo de mensajero en un Banco. Tuvo que ir con Paquito a firmar el contrato temporal de trabajo, pues este tenía solo quince años de edad. Posteriormente el tío



Contrato de trabajo temporal como mensajero en el Banco, firmado por el padre al tener él apenas 15 años.



Paquito en la calle Obispo trabajando para la imprenta de su tío Juanito.



Juan se lo llevó a trabajar en su imprenta, con vistas a facilitarle que pudiera continuar sus estudios. Su tío sentía un gran cariño por Paquito, pues lo consideraba como el hijo que no tuvo. Tenía dos hijas, Olivia y Maritza. Olivia y Paquito eran casi de la misma edad, y se querían como hermanos. Paquito, en su juventud, tuvo una participación activa en la Iglesia Católica. Pertenebió a la Juventud Católica,

y disfrutó mucho una excursión a Santiago de Cuba con este grupo, de la que conservó las fotos que se tomaron allí.



Excursión a Santiago de Cuba con la Juventud Católica. Parque San Juan.

Comenzó a estudiar en la Escuela de Comercio, conjuntamente con los estudios de Fototecnia profesional, obteniendo el título del mismo. Después de dos años de realizar los estudios de comercio, consideró que esto no era lo que en realidad a él le gustaba. Se matriculó en el Instituto de Artes y Ciencias Cinematográficas y Cinematografía, como Técnico Práctico de Hollywood por correspondencia, para especializarse como camarógrafo que era la especialidad que más le gustaba, y aparte, por las noches comenzaría las clases de camarógrafo periodístico en la escuela de periodismo. Todo esto se lo informó al abuelo Vicente Conejero en carta enviada a Sevilla el día antes de cumplir 18 años. Le explicaba también en dicha carta que, camarógrafo periodístico son los que se dedican a tomar

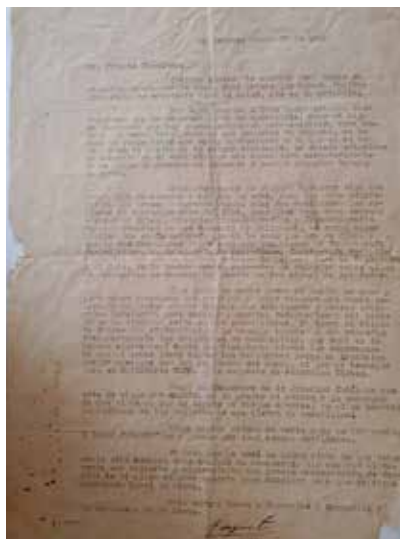
Noticieros para la televisión y el cine. Que como gana tan poco en la Compañía de Seguros, para poder costearse los estudios y poder comprar una buena cámara de películas, piensa comprar una ampliadora y varios artículos necesarios para revelar y ampliar fotografías, y así ganar un dinero extra en sus tiempos libres. Le dice también que, como obtuvo el título de fototécnico profesional le está haciendo trabajos a una compañía, fotografiándole los accidentes de automóviles que aquí en la Habana eran muy frecuentes. Tal como se lo comunicó al abuelo así lo realizó obteniendo los títulos y conocimientos que lo llevaron a obtener los logros alcanzados en el transcurso de su vida.

Pudo comprar la ampliadora y los artículos necesarios para fotografiar y revelar las fotos, para hacer los trabajos que le permitirían comprar la cámara de cine y artículos necesarios para desarrollarse en ese campo. Con el tiempo pudo demostrarle al abuelo y a todos los que lo vieron luchar con empeño que pudo lograr todo lo que se propuso y poder, al fin, encauzarse en lo que verdaderamente era su vocación. Comenzó a incursionar en filmaciones submarinas.

Por los años 1957-1958 existía en Cuba una dictadura en la que prevalecía la corrupción, y los abusos acallaban a la juventud que se rebelaba usando la violencia, las torturas y la muerte. Era una situación muy difícil para la juventud, que no aceptaba todo eso. Paquito estaba con un grupo, trabajando en la insurrección. Acordó con sus padres que el dormiría en un cuarto que tenían ellos en la azotea y estos lo harían en el primer piso, de modo que, si iba a buscarlo la policía, él tuviera tiempo de salir por las azoteas de la Habana Vieja. Un día, al amanecer, tocaron en el apartamento de abajo, Paco, el padre, pensó que era el lechero que llevaba la leche todos los días a esa hora. Cuando abrió era la policía que le preguntaba “¿Usted es Francisco Fernández?” Cuando Paco le dijo que sí, le cayeron a golpes. Paquito sintió los gritos del papá y de la mamá se asomó a la baranda y vio cómo le daban golpes a su padre. Bajó corriendo y le dijo a la policía que él era Francisco Fernández y se lo



Certificado del Instituto de Artes y Ciencias Cinematográficas de Hollywood.



Carta de Paquito a su abuelo Vicente.



Tarjeta de promoción de Paquito.



Filmaciones submarinas.jpg

llevaron preso. Paco y Carmela contaban la agonía tan grande que pasaron al ver llevarse a su hijo por los esbirros de la tiranía. Paco salió enseguida a buscar ayuda, sabía que su hijo corría un gran peligro. Fue a pedirle ayuda al cura de la iglesia donde ellos asistían. Este era amigo de una señora que tenía gran amistad con Marta Fernández, la esposa del presidente y dictador de La República, Fulgencio Batista. Contaba Paquito, que él estaba en un salón contiguo al que se escuchaban los gritos de las personas que estaban torturando. Cuando lo fueron a buscar el pensó que lo llevaban para ese salón. Pero lo llevaron para uno donde Paquito pudo escuchar la conversación del policía con la otra persona. Este dijo:

-Aquí está Francisco Fernández. El del otro lado preguntó: -¿hay que chapistearlo?

-No, respondió este, ¿no lo han tocado? Preguntó el otro.

-Todavía no respondió este.

-Bien no se puede tocar es un caso de la primera dama. Ahora vienen a buscarlo.

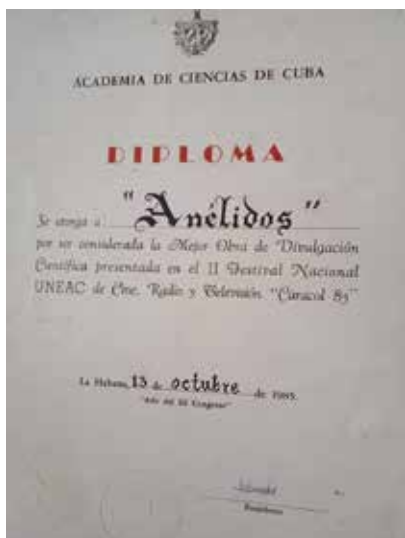
Paco y Carmela después de este gran susto quisieron escribir a su familia en España para que los ayudara y Paquito pudiera ir para allá, pero este se negó rotundamente.

Paco contaba que, con tal de que el hijo no saliera de noche, él iba todos los días antes de acostarse al bar Franco en Monserrate a comprarle un sandwich y una manzana. Carmela decía que tuvo que pasar mucho tiempo para que ella no se sobresaltara y experimentara una gran angustia cuando sentía al lechero en las primeras horas de la mañana.

Con el triunfo de la Revolución Cubana en enero de 1959 comenzó a trabajar en el Instituto de Oceanología en la Academia de Ciencias de Cuba. A principios de los años 60 fue enviado por la academia de



En Alemania, Curso de Cine Científico y Microfotografía.



Francisco Alejandro Fernández, hijo mayor de Paco Fernández junto a Carmela.



Lázaro Rafael Fernández, hijo segundo de Paco Fernández.

Uno de los muchos premios que recibió Paco por su labor artística.

Ciencias a la entonces República Democrática Alemana a estudiar Cine Científico. (Anexo 31). Ya aquí estaba casado con su primera esposa y tenía su primer hijo Francisco Alejandro en el 1962. (Anexo 32). Se casó por segunda vez teniendo su otro hijo Lázaro Rafael en el año 1972. (Anexo 33) Comenzó a trabajar como director en Cinematografía Educativa (Hoy Cine Soft) de la cual fue Fundador. (Anexo 34) Realizó una serie de Documentales Didácticos, obteniendo en varios de ellos premios nacionales e internacionales, como: El premio Caracol con "El Dominio del Aire", "Quelonios", "La Ferminia", Donde anidan las gavio-tas, etc. (Anexo 35) Esto se destacó en una entrevista que le hizo la revista Bohemia a Paco Conejero (como se le conocía en el ámbito profesional) en un artículo titulado "Nuestros documentalistas", por la periodista Azucena Plasencia. (Anexo 36)

Esta señala:

"Francisco Fernández Conejero, fundador del CINED (Cinematografía Educativa) es uno de los primeros en hacer cine científico en nuestro país. Antes de la Revolución filmaba submarino. Camarógrafo director de fotografías, ha simultaneado la cámara con las labores de dirección y obtenido importantes premios en festivales nacionales y extranjeros."

Fue miembro activo de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) teniendo cargos en la sección de Cine, Radio y Televisión. Fue jurado del Primer Concurso UNEAC de Cine, Radio y Televisión como apareció reflejado en el periódico de ese día. Por invitación de la UNEAC



Recorte de la revista Bohemia. Entrevista a Paco Fernández.

asistió en Berlín a actos en homenaje a las víctimas por el genocidio perpetrado por los nazis en la Segunda Guerra Mundial. Para esta fecha Carmela pudo realizar su ansiado sueño de volver a España. Esto fue posible por un dinero que recibió debido a la venta de la casa de Puerto Real. En 1980 regresó a su patria, después de 42 años de haber abandonado su casa de forma intempestiva, ya que peligraba su vida y la de su familia. Fue muy triste para Carmela no encontrar a sus seres queridos, su padre, su abuela, sus tías Carmen, Enriqueta y Concha. Tuvo el aliciente de que los hermanos, sobrinos, primos y demás familiares le demostraron un inmenso cariño, ya que la familia les había inculcado un gran amor hacia ella. La llevaron a lugares que podrían ser de su interés, como visitar la casa donde siempre vivió. Allí pudo mostrarle a su familia cómo, una bala en la etapa de la guerra civil, había impactado un barrote de

la ventana muy próxima donde ella se encontraba en aquellos momentos y le había hecho un hueco.

Su hermana Margarita la llevó a su casa en La Palma de Gran Canaria y quedó impresionada con el volcán Teide. El esposo de esta fue muy amable y atento. Le decía la "Cubana". Su hermano Vicente, al ser mayor que Margarita se acordaba más de ella y no se cansaba de mostrarle su cariño, llevándola a muchos lugares. Carmela tuvo que regresar

antes de tiempo porque Paco, su esposo, tuvo el temor de que la familia de Carmela hiciera que esta se quedara en España. La llamaba diciéndole que estaba muy enfermo. Ocurría que Paco no sabía vivir sin Carmela, tantos sufrimientos vividos juntos, hizo que entre ellos se consolidara un amor fortalecido por los sufrimientos y tantos sueños y esperanzas desvanecidas con el tiempo.

En enero de 1981 Paco Conejero se casó nuevamente. Contrajo matrimonio con Niurka de la Fe Zamora Utset, (Anexo 39) con la que tuvo una niña, Fe Fernández Zamora, en enero de 1982. Paco se sintió muy feliz con la llegada de Fesita (como la llamaban) pues anhelaba una hija, ya que tenía dos varones. Desde pequeña les



Boda de Paco Fernández y Niurka de la Fe Zamora (de izquierda a derecha Paco, Rafael, Niurka, Paquito, Carmela y Alejandro).

inculcó el amor a los animales, a las plantas, a la naturaleza, lo que fomentó su afición por la carrera de Biología.

Junto con José Massip, presidente, en esos momentos, de la UNEAC asistió a un congreso de Cine en Viet Nam. Posteriormente, por los años 90, la UNEAC firmó un contrato con México para que Paco Conejero fuera a impartir un curso de Video Científico a la UNAM (Universidad autónoma de México). En esos momentos Cuba estaba atravesando por un período especialmente agudo y este con-



Paco con su hija y esposa, autoras del relato.

trato era de gran ayuda para el desenvolvimiento de esta Institución. Como en Cuba estaban priorizadas las inversiones, el CINED estaba prácticamente paralizado. Paco solicitó autorización a la UNEAC para declararse artista independiente y realizar trabajos en México. Esto le ampliaba sus horizontes y podía pensar que ahorrando podían ir él y su familia a España. Así cumpliría un añorado deseo: conocer el país donde nació, donde estaban sus raíces y su esposa podría adquirir la nacionalidad española. Ya estaba incluida en el libro de familia, pero para alcanzar la nacionalidad tenía que vivir un tiempo en España. Ya dos de sus hijos tenían la nacionalidad española. Para alcanzar estos objetivos trabajó con mucho entusiasmo y empeño, como siempre hacía, para lograr lo que se proponía. Trabajó en la UNAM dando cursos de Cine, Video, de Camarógrafo y en Institutos y Universidades privadas de otros estados mexicanos como Sinaloa, Chiapas, Culiacán, Baja California Sur, entre otros, y por último en Mérida, trabajando además en documentales de orden científico y social como los del Ajolote y de la explotación de la mano de obra barata mexicana en las maquiladoras; sobre lobos marinos y enrolándose en un proyecto sobre ballenas.

Sufrió un duro golpe cuando se produjo en México una devaluación de la moneda, perdiendo una cantidad considerable de dinero, y con ello los sueños e ilusiones alimentados a través de los años. Decidió establecerse en Mérida Yucatán, así estaría mas cerca de Cuba, sería menor el costo de los pasajes y mas seguidos los viaje a Cuba. Comenzó a trabajar en la Universidad del Mayab y en un Instituto Tecnológico en Ciencias de la comunicación, también realizaría trabajos científicos en instituciones médicas.

Para las vacaciones de julio y agosto de 1999 consultó con su familia, o sea, su esposa e hija, qué les parecía si en esas vacaciones, iba a Miami a ver a su tío Juan, al cual no veía desde hacía mucho tiem-



Paco impartiendo un curso de Vídeo Científico en la UNAM.

po y a su segundo hijo Rafael, que también estaba allá desde hacía un tiempo. Ambas coincidieron que el tío Juan era mayor que Paco y que este tenía 87 años, que si demoraba mas en ir a verlo podría ya no estar, y eso sería muy duro para él. Paco Conejero sintió siempre un gran cariño y admiración por su tío. Estos sentimientos eran recíprocos. Juan sintió una dicha enorme al tener a su querido sobrino con él. Para Paco fue también una gran satisfacción ese viaje, pues además de compartir con su tío y su hijo, pudo ver a mu-

chas personas por las que sentía gran aprecio. Una de ellas fue Maria Dolores (Mary) la hija del matrimonio Armario, con la que convivieron durante muchos años y que la habían hecho su ahijada. En conversación telefónica nos refería que Mary era una gran empresaria y que tenían muchos planes para el futuro, “ya te contaré cuando vaya en diciembre para allá” y esto lo repetía cada vez que tenía algo novedoso que contar, pero esto nunca pudo suceder.

Cuando Paco regresó del viaje, estaba muy ansioso pues en septiembre su hija Fesita haría los exámenes de ingreso para optar por una carrera en la Universidad de la Habana. La carrera que ella quería era licenciatura en Biología. Esto tenía a Paco muy content, pues era el perfil que el trabajaba en sus documentales: temas relacionados con la naturaleza, los animales, el medio ambiente..., y tal vez veía, en un futuro, el poder ayudarse mutuamente y trabajar juntos. Cuando dieron los resultados a ella le dieron Biología, pero en el Pedagógico. Esto es que solo podría trabajar en educación y no en investigación como le gustaba a ella. Paco se contrarió mucho con esto, y llamaba a diario para reiterar que Fesita debía matricular ese año esa carrera, que el próximo año él le aseguraba, que iba a luchar para que ella estudiara lo que le gustaba, que si no era en España sería en México, pero que ella estudiaría la licenciatura.

El destino no quiso que esto fuera así. El 27 de octubre de 1999, habiendo finalizado un trabajo a un médico que lo presentaría en un forum científico en Cancun, lo impactó un carro cuyo chófer había violado la luz del semáforo. Él iba en su moto, causándole un daño craneal severo. Fue intervenido quirúrgicamente, pero fue dictaminada muerte cerebral. Lo mantuvieron conectado en espera de los familiares. Solo pudieron ir Fesita y Rafael Fernández. Lo desconectaron el 1 de noviembre de 1999. No había consuelo para esos padres cuyo sentido de la vida estaba cifrada en su hijo. Ambos tenían 87 años, y todavía

tenían la ilusión de volver algún día a España con Paquito y le mostrarían todo aquello que ellos amaban. No obstante, a pesar de haber estado en otros lugares del mundo, no pudo conocer el país donde nació, donde estaban sus raíces, de donde partió un día con diez meses con sus padres, debido a una cruenta guerra civil y al que nunca pudo volver. Su hija se matriculó en la carrera en el Pedagógico, como él quería. Estudió ahí hasta que pudo presentarse a exámen de concurso y, finalmente, graduarse y obtener el deseado título de Licenciada en Biología el cual dedicó a su padre.



Una de las fotografías de Paco en Baja California Sur.

Paco Conejero le dejó el legado a sus hijos de que hay que luchar por lo que se quiere, dándole el ejemplo de los sacrificios que tuvo que hacer para obtener los logros que hicieron de él un hombre exitoso.



Ercilia Isabel
Alonso
Rodríguez

JOSÉ ALONSO DELGADO

(Argentina)

Corría el año 1909 y en España, más precisamente en el pueblo Corrales del Vino¹, provincia de Zamora, un 9 de octubre nacía en la casa de sus padres, en la calle de la iglesia este hidalgo hombre llamado José Alonso Delgado, de quien quiero contar su vida y trayectoria con mucha emoción, por tratarse de mi padre a quien conocí, ame y respete como hija hasta mis 50 años, cuando partió a la eternidad el 24 de agosto del año 2002. Y con esta dedicatoria de su libro *Sutilezas*, me pareció hermoso dar comienzo a narrar la historia de mi familia inmigrante: *A un Pueblito Castellano / perdido en tiempo y distancia, / donde mi primera infancia / pase, hasta que el Destino / me trajo a suelo argentino / cuando el vivir era Aurora; / hoy ya en la vespéral hora / con el Sol rumbo al Poniente / es mi recuerdo exponente / de tanto sueño de otrora*².

Mi nombre es Ercilia Isabel Alonso Rodríguez, hija y nieta de zamoranos por parte de padre y por mi madre doña Ercilia María Rodríguez de Jesús, hija de sevillanos. Soy argentina de primera generación y española de siempre. También en Corrales del Vino, allí por el 1869, y siendo más preciso el 26 de abril, como da fe la partida de nacimiento, el cura párroco bautizó a mi abuelo José, hijo de Marcelino Alonso y Francisca Vega y mis bisabuelos Miguel Alonso y Ángela Delgado y mis bisabuelos maternos Francisco Vega y Marta Campo naturales de Casaseca de Campeón y así siguen en varias generaciones más, siempre en la bella Zamora. Y gracias a una interesante investigación cronoló-

¹ En este punto la autora introduce una imagen aérea de la localidad, pero de calidad insuficiente para ser publicada. (N.E.)

² Con el fin de facilitar la lectura del relato y, al mismo tiempo, respetar la integridad de los poemas del padre de la autora, estos últimos textos aparecen señalados en cursiva. (N.A.)



Mi abuela Valentina Delgado Aguilar Garrote. Con su traje charro para las fiestas de Corpus de Lagartera año 1895.

realizada por mi primo Ángel Delgado Salvador, quien fue consiguiendo hasta el año 1852 las escrituras con los detalles de la compra del Plantío y que adquiriera Alonso Delgado, en 1858 compra de Montimiel, y compra de Constantín, 1859 canje de Valdemaria por Valcuevo, 1862 compra de los Turrones, 1863 compra de San Ginés, 1866 certificado de bienes, 1867 compra del Caminante, en Viña en Valcuevo, en Viña en Galiana, y en Viña el Perdigón Esteban y que, luego sucesivamente, fueran pasando siempre por la familia Alonso Delgado. En 1868 C. de Salamanca (S. Ginés), 1871 compra del Arenal, 1872 compra del Camino Fuentelcarnero (Reventón), 1873 La Era del Castillo, compra de una Era, 1874 compra de Viña en el Constantín, 1875 compra en Marípez, Compra Viña de Cuerno Terrón, 1876 compra en Peleas (Morical), 1878 compra de la Casa de Mosquetas, 1880 y 1884 cesión de derechos hereditarios a mi tatarabuela Jacoba Garrote Ramos, y así continúan las tierras acrecentando la tenencia familiar la que siguieron trabajando con amor y ahínco siempre por manos de la familia.

Mi emoción también está en descubrir, que de uno y otro lado se repiten y entrecruzan los apellidos de los Alonso y los Delgado ya que mi abuelo se casa luego con Valentina Delgado Aguilar Garrote, con lo que demuestra que ha tenido una hermosa familia de labradores y que ha estado muy unida de ambos lados y muy consolidada entre ellos. Me enorgullece dar fe con los documentos, que fueron conservados a pesar de las épocas de guerra, inmigración y las muchas mudanzas y que finalmente mi primo Angelito haya podido recopilar una historia tan interesante y que ahora llegue a mis manos.

Mi abuela Valentina Delgado Aguilar Garrote nació el 8 de octubre de 1870, aquí con su traje charro para las fiestas de Corpus de Lagartera, año 1895.

Con razón mi padre siempre se sintió orgulloso de los lazos familiares y me transmitió el recuerdo melancólico de su querida España. Qué triste viendo a la distancia y en mi edad madura entender recién ahora, lo que significa dejar el lugar de nacimiento y el amor familiar que queda en él. Y lamento hoy no haber escuchado más los relatos de mi padre con más preguntas, muchas veces porque somos chicos y otras porque siendo grandes no tenemos tiempo y no dimensionamos que un día ya no tendremos quien nos cuente la historia. Por eso me pareció hermoso y a manera de introducción, comenzar con una poesía que le dedicara y cuenta así su...

REMINISCENCIA / Entre los ocho y nueve años / es la foto del infante / algo serio y anhelante, / que en mi pasaporte estaba / cuando de España emigraba / a esta tierra, Dios mediante / que me abrió como inmigrante / sus puertas de par en par, / y te quiero anticipar; / ¡Fui criollo en adelante! / pues a la edad justa y precisa / tuve la de "enrolamiento" / con el honor que concede..., / pasó el tiempo y hoy sucede / que, con tremenda emoción, / más también satisfacción / hallé la fotografía.



Imagen familiar, con su madre.

Con algunas de los miles de poesías tuyas que escribí, y en este relato mío y el de "Él" –¿desde el más allá?– me vaya dictando y guiando con lo que voy encontrando en sus libros de poesías ilustrados y que "causalmente" abro en sus añoranzas y recuerdos de niño en Zamora y la nostalgia del tiempo transcurrido desde su inmigración a este otro continente tan desconocido como promisorio.

Por eso, Papá, le ruego a tu espíritu travieso me ayudes a salir adelante con este difícil relato y me inspires e ilumines; que a través de tus palabras y en mi recuerdo cuando me lo contabas, lo vaya intercalándolo con alguna de tus poesías y así puedas llegar a muchos corazones.

Escribió 190 libros de poesías y versos rimados y también ilustrados por él. Si leíste muy bien, fue un médico artista y con una foto veras que lo dicho es verdad y como lo expresa en...

LA MISION DEL ARTE / El Arte cuando lo es, todo supera / crea, mejora, idealiza... / hace bello lo feo, sublimiza / y uno el ayer al hoy y al que se espera / Cualquiera sea su expresión manera / forma, lugar o tiempo puntualiza / un anímico tiempo y analiza / el cómo el cuándo y dónde se genera / Es la fuerza espiritual que alumbra / la caverna, la calle, el campo, el orbe / es el sol ahuyentando a la penumbra.

¡TODOS ESCRITOS E ILUSTRADOS POR ÉL! / Nada existe al final que al arte estorbe / Amanerado, a veces se acostumbra / y en renacer de fénix todo absorbe.



Ilustración aportada por la autora.

Has visto que no exageré sobre la obra literaria producida por él y en el ancho de cada uno de los tomos. Escritos en perfecta métrica y en limpia lengua castellana. Cada libro trata sobre muy variados temas, religiosos, recuerdos de su infancia e inmigración, familiares, románticos, políticos, médicos, docentes, playeros, munda-



Biblioteca personal del padre de la autora.

nos, itinerarios de viajes, filosóficos, metafísicos y hasta en perfecto lunfardo, (vocabulario compuesto por voces de diversos orígenes, que dieron su inicio, en la llegada de la gran inmigración, que tuvo Argentina desde todas partes del mundo en los comienzos del siglo XX, afincándose en Buenos Aires y transformando una forma de hablar, dando comienzo a las letras del tango). Sobre todo, en barrios como La Boca, donde existieron los llamados conventillos de

viviendas populares, que alojaron a los primeros inmigrantes de diversos idiomas. Posee un diccionario propio redactado por la Academia Porteña del Lunfardo.

Y en uno de sus varios libros en “lunfa” dice algo así...

Por toda mi gratitud / a lectores y gomias / que con estas cosas mías / pasaron un rato posta; / con esto y en esto consta / hasta finishar mis días / Y claro que... / SON VERDADES DE A PUÑO / Nuestro mejor patrimonio / es la cultura y la ciencia / y soslaya la indigencia / casi sin poder comer. / Y un “botellero” que pasa / analfabeto e insolente, / tiene tal cuenta corriente / cómo no podrás creer. / Amén de diez propiedades / automóvil y sirviente / escarbándose los dientes / carga un tacho y dice así: “No te cambio gil” todo eso / por la cirujeada el mionca, / me entró te juro tal bronca / que de pena enmudecí.

Fue premiado en varias oportunidades por sonetos escritos en este idioma y uno de los primeros premios consistió en la edición de un libro que se llamó *Rimas Lunfas*.

La mayoría de sus libros los ilustra y entre otras aficiones, en el atelier de nuestra casa familiar los encuadernaba también, Y luego... los colocaba en un anaquel, con la ilusión como él contaba de tener su biblioteca propia.

Creo y no solo por el orgullo de hija, que no debe haber en el mundo muchos famosos y conocidos que

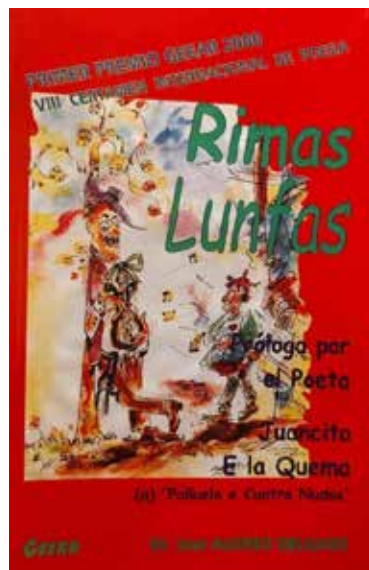


Imagen aportada por la autora portada *Rimas Lunfas*.

lo superen, pero lamentablemente, la enorme mayoría de ellos son inéditos y como a él nunca lo persiguió la fama, aquí están sin conocerse.

A veces creo que mi padre era un Mío Cid de las letras o un caballero hidalgo invencible del medioevo, que luchaba con los diferentes instrumentos, que sus distintas profesiones lo ocuparon. Entre esos miles de poesías tan difíciles de elegir, voy seleccionando algunas como esta:

¿METEMSICOSIS? / Una idea se cruzó en mi mente / que ahora en rimas explicar pretendo; / ¿pues hay reencarnación según entienden? / ¿entonces Bardo fui seguramente! / Si escribo versos permanentemente / y olvidándolos voy al par de haciendo / es la razón de irme pareciendo / que ¿QUIEN SERA EL AUTOR precisamente? / ¿El que tañía antes de ayer su lira? / ¿quién ahora un bolígrafo maneja? / ¿el que mora una nube? ¿quién respira? / Resuelve tú, el vate así te deja / tal problema, en torno del que gira / esta suposición, asaz compleja. (...) Y el poeta de hoy, tal vez se admira / del insulso rebumbio que refleja.

Ejerció varias profesiones y no tuvo tiempo de ocuparse de la difusión y las antesalas que tanto tiempo llevan. ¡Y aquí están, una producción de incunables dignos de ser presentados en la Sociedad de las Letras Internacionales! Pero... quiero que sean sus palabras quien lo cuente...

PUNTOS SUSPENSIVOS / Todos mis "libros de versos" / ¿no servirán para nada? / rima, de amor abonada / en tantos sitios dispersos. / Fueron hechos limpios, tersos, / con el alma iluminada / y la intención refinada / por intimismos diversos. / Olvidados, polvorientos / duermen allí su ostracismo... / ¿tu entiendes mis sentimientos? / Si te hirió materialismo, / si hablas cual yo a los vientos... / busca en ellos mi lirismo. / Y quizás tus desalientos / se borren por ello mismo.

Era muy feliz en mi Corrales del Vino, crecía en una familia de trabajo y con muchos tíos y primos y como fui el menor de mis hermanos fui muy consentido por ellos y a veces, también, un poco celosos y me regañaban:

Cuanto sueño el del infante, / trasladado de su ambiente / a otro ¡tan diferente! / ¡tan...brumoso y tan...distante! / De "antes" de aquel trasplante / nadie queda que lo cuente / solo él lo sabe y... / siente lo que fue... ser inmigrante. / Costumbres, formas, modismos, / buscar amigos, Escuelas... / ingenuos...infantilismos. / Muchos lustros, sus escuelas, / ancestrales atavismos... / ¿es extraño te... conduelas? / Mitos o sueños, ¿los mismos? / ¿qué tal vez, ahora... revelas?

En aquella época la fotografía era un logro familiar de grandes magnitudes, y para mí, un niño que aun ignoraba imaginar, lo que significaría luego para mi vida recordar aquellos momentos vividos a través



Con mi madre doña Valentina y mis hermanos mayores Ángel y Francisco, cuando yo tenía 4 años.

de la imagen. Nos trasladamos con gran emoción a Zamora el día que nos fotografiaron. Era todo un acontecimiento, ir a la gran ciudad, vestidos de “domingo”. Para mí, todo era enorme, los escaparates, con muchas cosas adentro y las vitrinas repletas de objetos. Con mis padres entrábamos en los comercios y cuando ella elegía algo, el sacaba de su bolsillo unas pesetas y las entregaba. También pasamos por el Palacio de los Condes de Alba y Aliste, situado en el centro y nos dejaron pasar hasta apenas una entrada. Yo me asusté muchísimo porque había dos armaduras enormes con los hombres adentro o yo lo creí así. Y finalmente llegamos a que nos tomaran las fotos con mi madre y mis hermanos Ángel y Francisco, yo con 4 años.

Me acuerdo que no podía dejar de reír, y me retaban porque no podían tomar la foto, ya que la moda de la época era salir muy serios.

Nostálgicos recuerdos, añoranzas / ayer en presente, sueños, humo... / un mundo que pasó y hoy exhumo / entre dejos tristes o esperanzas / Del “programa de “fotos corralino” / el infante que fui, sonriente miro... / y fluye un lagrimón denso, salino / Silente mi Otro Yo, suave suspira; / soñando debo estar, qué desatino!

Y con aquel recuerdo escribí mi ALBORADA ÍNTIMA: *Me desperté pensando en mi infancia / sin lograr apartar el pensamiento / y el “había una vez” de viejo cuento / en susurros me llega hecho... distancia. / Gigantesca espiral tal... circunstancia / que se agranda y expande, nube, viento / me llega del Ayer el... sentimiento / al impreciso Hoy sin... relevancia. / Escenas pueblerinas... años, Eras... / fantasía de niño ilusionado... / cosas que fueron... sueños y no esperas. / ¿Cuánto tiempo hacia atrás he retornado? / ¿El que soñando está... es el que fueras? / ¿Alegre fue, o triste lo exornado? / ¿Alegre fue, o triste lo... exornado?*

Ella por mucho tiempo vistió de luto, porque antes que yo naciera habían fallecido mis dos hermanitos muy pequeños, una niña llamada Manuela y un niño llamado Octavio y eso marcó mucho a mi madre, quien se atrevió nuevamente a los 42 años (en esa época, donde parir a edad avanzada sin controles técnicos, era muy preocupante para engendrarme a mí, con los riesgos que la acechaban, pero salí muy bien y fui muy sano siempre).

¡El destino es y será siempre! quien marca nuestro camino y probablemente nuestra inspiración también...

¿Qué avatares del DESTINO / me trajeron tan de lejos, / tierna planta renacida / al calor de otro solar? / ¿Raíces que en el pe-

netran / y arraigadas prosperaron / con auroras y tormentas / del imaginario lar? / ¿Veredas por mi cursadas / en muchos lustros andados / con la guía hecha certeza / que Dios al nacer me dio? / ¿Y a su amparo, peregrino / de humilde actuación modesta, / DESTINO sin desvíos ni falsías / que quien fuera me tendió?



Don Pepe "el Corajudo".

Y en soleados días de Corrales, cuando el ambiente se templaba íbamos con mi familia a pasar algunas tardes en la cantera del pueblo de mi padre. Allí merendábamos, los exquisitos mantecados hechos por mi abuela, las aceitadas, el exquisito rebojo, los merengues que llevaban las tías, las cocadas, y los *borrachitos*, que mi madre llamaba bizcochos escabechados y estaban bañados en almíbar con clavo de olor. Mi padre, mientras, trabajaba con sus empleados y se acercaba de tanto en tanto para tomarse algo calentito. Él siempre tenía alguna idea nueva y de avanzada que lo hacía muy audaz y hasta "famoso" en el pueblo: don Pepe el "Corajudo".

Entre tantas cosas, se le ocurrió llevar agua a Corrales desde lo alto de su cantera y construyo un acueducto tallado en la roca viva muy largo, pero que finalmente no dio resultado, ¡pero él siguió adelante! *Ves lo que sueñes ver, pues hay de todo / Tras la idea de propia fantasía, / la mirada en el Valle se extasía / y vive cada uno su amor solo.*

Con las piedras se adoquinó toda Zamora y entre otras cosas se hizo la bellísima estación de trenes.

Como me gustaba sentarme en el trono tallado por él en la roca viva desde donde se veía todo el campo.

Me recuerdo con todos y conmigo / y da mi testimonio esta bonanza, / por eso estoy rimando una semblanza / que a mi ayer



Cantera del pueblo; a la izquierda, en una imagen familiar..



Diploma.

pongo de testigo. / Cielo, tierra, aire, sol, a todos digo / mi verso que amor es y alabanza, / árboles, praderas, flores, añoranza / Insectos, aves, y reparo amigo. / Todos ellos están junto a mi vera / en un atardecer templado y grato / entre efluvios de sueños y quimera. / Instante espiritual en que yo trato / en guardar en el alma lo de afuera / y eternizar allí el breve trato.

Otra de mis travesuras era bajar a la bodega, con un palo largo y una palmatoria con una vela encendida para indicarme hasta donde podía llegar, ni un paso más si se apagaba, y ese era el límite para subir corriendo.

Fui a la escuela muy temprano y mi primer maestro fue don Luis Casado, *Y en testimonio fehaciente / lo mismo que aquel niño, / hoy repito con cariño / Señor MAESTRO ¡PRESENTE!*

Y pasado con honores el primer año, pase al segundo con mi recordado maestro don Victoriano de las Heras. Mi madre y mis hermanos mayores me habían enseñado a leer y escribir, y mi padre al regreso de trabajar en el Pueblo me controlaba el cuaderno.

Mis maestros perfeccionaron mi caligrafía con una distinguida letra, que llamó la atención cuando fui trasplantado a la escuelita argentina. *Quizás lo más trascendente / de la hoy lejana infancia, / fuera, vista a la distancia / la infantil emigración.*

Y así fue que, a mis 8 años, después de muchos apretones y mi cara mojada por las lágrimas de mis abuelas, mis tías, primos y mis pequeños amigos de la infancia que quedaban allí. Me subieron en la parte de atrás de un carromato tirado por caballos acompañado por mi valiente madre Valentina de 50 años que muy acongojada, pero decidida se adelantó sentándose al lado del cochero y nunca más volvió a darse vuelta. Yo en cambio, con mis cortas piernitas infantiles colgando para afuera del carro y apoyada mi espaldita en los baúles y maletas, veía a mis amiguitos que corrían en medio de la densa polvareda y poco a poco entre el llanto que empañaba mis ojitos y sus palabras gritándome: –“¡José regresa pronto, que aquí estaremos esperándote!”. Y yo no podía bajarme, aunque lo deseaba y correr con ellos: *A los amigos que tengo, / tuve o quisiera tener; / por ellos voy a poner / aquí junto al sentimiento / mi rimado pensamiento / hermanado al corazón / pura cual simple razón / para este lírico aliento.*

Mientras mi querido Corrales iba quedando cada vez más chiquito, hasta que la silueta de mi pueblito se perdió en la niebla, y sin darme por vencido hasta la última curva del camino, acompañado por los pájaros que revoloteaban en los surcos detrás del arado, busqué entre las sombras gigantes de los pocos árboles que se erguían a los

costados del camino, encontrar aun el ultimo recuerdo para llevar en mi retina.

Cruzamos el Duero y de a poco igual que el camino, se fue disipando mi infancia, los ricos postres de las abuelas, las almendras confitadas, los mantecados, los juegos libres en el campo con mis amigos, los almendros en flor sembrados por mi padre y el dulce aroma de las viñas.

Con mucho temor lo confieso, todavía resonaba y se hablaba mucho entre la gente grande del hundimiento del Titanic en 1912 y otros más como máxima expresión simbólica de la tragedia por abandonar lo propio, en busca de una quimera peligrosa y desconocida, así que la idea de subir a un barco me producía mucha inquietud.

Mis abuelas deseaban hasta último momento que mi madre claudicara y nos quedáramos allí, pero eso significaba perder a su marido y sus hijos así que mi madre siguió adelante.

En el puerto de Vigo subimos esperanzados abordamos al vapor Malta en categoría 2º, dejando todo atrás y sin saber que habría allende los mares, solo con la ilusión de reencontrarnos con mi padre José y mis dos hermanos mayores Ángel de 18 años y Francisco, de 17, que habían partido 1 año y medio antes, porque ya en edad cercana a la milicia, iban a ser enviados a la guerra de África y así nuestro padre prefirió perder y abandonar sus campos, su familia y su amada Zamora para salvar a sus hijos: *Y asentando en esta Patria, / por siempre adoptiva, / evocación emotiva / comenzó ya nuestra obra / que del pasado recobra / esta glosa en perspectiva.*

Y en 1917 arribamos al puerto de Montevideo donde nos esperaba mi primo Ángel Delgado, y desde allí, luego de unos días embarcábamos finalmente para el puerto de Buenos Aires.

La ansiedad ocupaba todos mis sentidos y mis ojitos de niño inquieto no paraban de parpadear descubriendo el nuevo mundo. Y allí estaban esperándonos emocionados mi padre y mis dos hermanos vestidos de ciudad.



Ilustración aportada por la autora.

La estación de trenes de Constitución, si hoy sigue resultando majestuoso, imagínate lo que fue para aquel momento. Imposible describirlo con palabras. Luego atravesamos el centro de Buenos Aires todo enorme y lujoso y apoteótico para mi madre y para mi aún más, con mis ojos deslumbrados de 8 años. Y llegamos a la estación de trenes de Quilmes. Nuestra primera casita sencilla, pero muy acogedora, fue allí cerca de la Cervecería Quilmes.



Puerto de Buenos Aires. 1917. Foto de archivo.

El progreso ya en esa época se vislumbraba y el caserío se transformaba en ciudad nombrada un año antes en 1916 como tal. Mis hermanos estaban continuando el secundario y mi padre ya me había inscripto en la escuela y allí ingrese en el mes de mayo. Y qué difícil fue para un españolito recién llegado sin conocer nada de la historia argentina que me hablaran de las batallas contra los reales españoles, de la independencia de España y de la

Revolución de Mayo. Todo desconocido para mí y mis nuevos compañeros riéndose de mi circunstancia, cuando sin saber que el 25 era un día de fiesta patria, mi madre me envió a la escuela con el guardapolvo y los útiles escolares y fui el único desde ya que estaba diferente y que mal me sentí con sus burlas y risotadas, hoy llamadas *bullying*.

Aquel... LEJANO 25 DE MAYO / En Quilmes fue y en tiempo muy distante / Que por primera vez quiso el destino / desfilara alumno argentino / luciendo escarapela el inmigrante. / Y de la nueva Patria en adelante / Consustanciado con su nuevo sino, / señaló el 25 mi camino / que fielmente seguí de igual talante. / Pues en ella he vivido plenamente / enarbolando siempre su Bandera / y el 25 aquel sigue ¡Presente! / ¡Qué no habré de olvidar, así Dios quiera! / Y yo el episodio en verso asiente / Qué Ayer y Hoy sintiera.



Escuelita nº 17 de Quilmes.
Caricatura de don José.

En mi primera "Escuelita" nº 17 de Quilmes, provincia de Buenos Aires: *Mi primer Veinticinco / Y mi primera Escarapela / Allá en la "quilmeña" escuela / Del País donde me afínco. / Tras el tiempo pegue un brinco / Tan grande... que hasta recela. / El otro Yo, que ahora vela / Aquel sueño con ahínco. / Solito el niño inmigrante / En la "Tierra Prometida" / Se adaptó anhelante / Y así la lució prendida / en su pecho palpitante... / Mas en él quedo por Vida / a mil años hoy distante. / ¡Cuánta ilusión revivida!*

Yo tenía remembranzas de mis fiestas del Cristo y les contaba que también en mi lejano lugar festejábamos, pero de otra manera, con juegos, comidas, procesiones, muy divertido.

Y el niño que recuerda / aquello de allá lejos / Y retrotrae sus ideas / en los caminos del viento, / memora la Fiesta Grande / de un pueblecito muy viejo / perdido por las Castillas / entre árboles y cerros, / arroyos de fresca linfa / y pedregales desiertos. / Era la fecha mayor / para el rincón lugareño, / y el niño se ve de galas / como todos en el pueblo, / porque hoy es día de Cristo / de religioso respeto, / pero pagano en jolgorio / en diversiones y juegos. / Y el otro yo, juguetón / con espíritu travieso. Y... pasó mucha agua bajo el puente... y / Hoy retorné a ser el estudiante / en aquel pueblecito de la infancia / ¡Y después, humo, sueños, que distancia! / un argentino más post inmigrante. / Ocupaba allí banco adelante / era de los mejores, ¡sin jactancia! / Mas cuan pobre y humilde circunstancia / todo ello aquí tras el trasplante. / Que sabía de criolla historia / que de tantas materias nuevas raras / ¡Extraño todo! en mi trayectoria. / Y el zamoranito aquel / ¿por qué comparas? / El tiempo transcurrió, ya es memoria. / Y tú vas a llorar si esto no paras.

Y después de vivir en Quilmes y pasado algún tiempo de mucho trabajo, ahorrando y haciendo una vida austera, nos mudamos un corto tiempo a Barracas y luego a Pompeya.

Con el tiempo el largo terreno de fondo, se fue llenando de plantas y adelante del lado izquierdo, enredaderas y grandes cactus que en verano daban flores nocturnas. También muchos *jaulones* con pájaros y atrás un palomar, dos perros, uno llamado Toto y el otro Sol, dos avestruces, dos pavos reales y varios gatos que mi madre de chiquitos le ponía aritos tejidos al crochet y le pelaba las colitas en forma de pompón, así cuando se perdían los vecinos ya sabían que eran los gatos de doña Valentina.

Nuestra casa estaba muy cerca de la iglesia de la Virgen de Pompeya muy venerada y todos fuimos sus devotos. Mi padre junto a su hermano mi tío Miguel Alonso Vega compraron un terreno al que luego fueron extendiendo

con mucho trabajo y llegando con los años a tener toda la manzana y le pusieron de nombre: *El Diluvio Universal*, porque allí llegaba de todo. Chapas, hierros, cobre, elementos, chatarra, etc. Poco a poco y con esa fuerza creativa y muy tenaz sin bajar los brazos que tenía nuestro padre y la habilidad de buen comerciante del tío Ángel el negocio fue creciendo. Eran épocas brillantes de Argentina y trabajando mucho y sabiendo ahorrar se podía progresar. Para todos, el día nos comenzaba a las 5 de la mañana y nadie rezongaba: *No tuve ninguna*



Ilustración del padre de la autora alusiva a la escuela de Quilmes.



Imagen de la Fiestas del Cristo de Corrales.



La foto muestra la avenida Sáenz, la iglesia y también señala nuestra casa.

ausencia / como consta en la planilla, / soy fruto de las semillas / del trabajo y la decencia.

Mi padre José con ese espíritu castellano aguerrido y luchador era visionario y encuentra este lote, que nadie quería por estar aún con zanjas y en zonas bajas inundables. Con el dinero ahorrado entre su hermano Ángel y él lo

compran a pagar en un tiempo no tan largo, ya que era aún un bañado al costado de la avenida. Entonces a Pepe el “Corajudo”, se le ocurre ir al destacamento militar, con quienes tenían buen trato ya que colaboraban con ellos en cuanta colecta de beneficencia surgiera y convence al sargento de que él se haría cargo de pagarle varios días la comida a los soldados una vez que estuviera relleno el lugar y se los prestaría para que los trajera a hacer las maniobras de adiestramiento allí. Y así fue como con muchas chatas tiradas por caballos, en nuestras horas libres de estudio mis hermanos y yo con 12 años ayudábamos a transportar la tierra que los peones cargaban en los carros y en algunos meses logramos rellenar el enorme predio. Luego mi padre convocó al sargento del batallón y con ricas comidas, empanadas y vino hicieron que los soldados marcharan e hicieran sus ejercicios de combate y dejaran el terreno bien chatito y aplanado. Y luego allí nació *El Diluvio*, la empresa familiar. Era la época del gran crecimiento industrial y Buenos Aires se estaba construyendo. Se compraba y vendía muchísimo y se trabajaba muy duro.

Les habían construido también casitas donde los empleados sin familia y sin recursos podían vivir gratis para ahorrar y regresar a sus orígenes. Con mucho orgullo admiré a mi padre José (don Pepe) como cariñosamente lo apodaban y a mi tío Ángel que ayudaron a muchísimos inmigrantes que, como ellos, vinieron a construir un nuevo país que nos abrió las puertas de par en par y con mucho sacrificio y honradamente, sin claudicar fueron consiguiendo logros, sobre todo culturales y nos adoptó como una Madre del Corazón respetando siempre el crisol de razas que fueron llegando.

Y como ellos sabían lo que era empezar de cero nuevamente habien-



El Diluvio Universal, entrada.

do dejado todo atrás, juventud, familia, tierras y lucharla a fuerza de trabajo, tomaban en su mayoría empleados españoles y algunos italianos, que también habían venido a suelo argentino para traer a sus familias que habían quedado en una Europa, que seguía con la amenaza de nuevas guerras.

La Patria que naciera / al orbe soberana / gritando un día ufana / ¡OID Todos OID! / He roto las cadenas / Mi Libertad proclamo / Y os tiendo abierta mano / A mis playas venid / Llegad hombres del Mundo / Con fe, valor, pujanza / Poned en mi Esperanza / Trabajo y decisión / de par en par las Puertas / os abro jubilosa / a cambio de otra cosa / decencia e ilusión. / Traedme vuestra sangre, / mezclar en una sola / y sea espuma de ola / fundida en mi crisol / El bíblico mandato / Cumplid en esta tierra / y el Pueblo que ella encierra / Tendrá en la cuna Sol. / Pero, respetad fieles / mis Glorias sin mancilla / Mi lírica sencilla / Historia y Tradición / El Alma de mi Estirpe / Qué honor tiene y nobleza, / La criolla gentileza / Su lengua y religión. / Mi suelo bendecido / por Dios, se os ofrece / y ubérrimo en el crece / cuanto queráis sembrar. / Maderas tiene el bosque / Tesoros la montaña / Y el mar mis costas baña / ¿Qué resta por nombrar? / La "Rosa de los vientos" / Os sea promisoro / Sus rutas desde ahora / apuntan a la luz. / Y os guía desde el cielo / perpetua, permanente / brillante, ¡refulgente! / del Sud, la criolla Cruz. / Venid, mi pueblo os llama / mas no como Inmigrantes, / llegad y habitantes / series en la Igualdad. / Y libres vuestros hijos / de mi ley al amparo. / que no existe reparo / a humana Libertad. / Pero obrad con tino / Mi Pabellón es este / el Blanco Azul es este, / y el Himno es mi canción / Y este es el escudo / En puro simbolismo / ¡y siempre será el mismo! / Jamás oséis traición. / Ya estáis incorporados / Sentiros argentinos / Ligad vuestros destinos / A un solo corazón / Yo soy ya vuestra Patria / amadme hasta la muerte / y unidos a mi Suerte / seguid vuestra razón /

Y con estos principios fuimos criados y arraigados en suelo argentino.



Paisaje urbano, año 1920.



En la foto mi padre a la izquierda con sombrero y mi tío Ángel a la derecha.



Mi tío de frente y mi padre a la derecha de perfil.

Cuando termine la escuela primaria, me anotaron para el secundario en el colegio 07 Juan Martín de Pueyrredón en la calle Balcarce 922 en Capital Federal y fue allí por la cercanía de la Biblioteca Nacional en la calle México y a pesar de ser muy pequeño aún, me inculcaron a no tener temores y viajar solo diariamente a la escuela a partir del segundo año, ya que el primero lo hacía acompañado de mi hermano Francisco, que ya estaba cursando el último año del Colegio Nacional Carlos Pellegrini. Mi hermano Ángel ya había terminado su secundario y trabajaba en el Diluvio. No nos quedaba nada cómodo, porque teníamos que tomar el tranvía nº 6 y un largo trayecto de viaje y el invierno era muy duro, no había calefacción en la casa y solo en el comedor una salamandra a leños donde estudiábamos también cerca de ella, pero nada impedía seguir adelante. Francisco se graduó con honores en la Universidad de Ciencias Económicas y yo ingresé en Medicina y en La Escuela Nacional de Bellas Artes, carreras que hice de forma paralela. Mis recuerdos hermosos de Pompeya donde transcurrí mis años jóvenes y vi trabajar con entusiasmo y tenacidad a mi padre y hoy mi reminiscencia al: *Viejo barrio perdido en la distancia / donde posé mi planta de inmigrante, / definitivo cuan vital trasplante / desde aquel rinconcito de la infancia / Dejo hoy mi nostálgica constancia / Cuando resta tan poco por delante, / Ya en "la tercera edad" quien llegó infante / Con su ingenua ilusión hecha prestancia. / Es domingo y vespéral la hora / Con sueños de viaje a la tierruca, / ;mi pueblito natal allá en Zamora! / Y el alma recordando se... acurruca; / quizás sin pretender, acaso llora / sintiendo una opresión fría en la nuca.*



Foto aportada por la autora reunión política, Pompeya.

Y así fui madurando en Pompeya. Y comenzó la vida social y de relaciones.

Mi hermano Francisco como maestro se unió a la Asociación Patriótica Cultural Española para dar clases. Los dos colaboramos en los albores de la creación del Club Unidos de Pompeya y luego en el Club Social.

Organizábamos hermosos bailes y como yo era el artista del grupo, me



Actividades del Club Social.

encargaba de hacer la decoración del salón. Escribí una obra de teatro y fui el actor *Por honor y por mi dama*.

Desde ya que hubo alguna señorita que se destacaba entre muchas y el recuerdo juvenil que allí me quedara... y con el tiempo...

Cruce por una esquina pompeyana / donde tuve una "cita", ¿cuánto hace? / el sueño en espirales hará trace / la ilusión de una fecha ¡sin mañana! / ¡Tanto tiempo pasó!, que fuera vana / la quimera de un algo que renace, / e inútil pretender que "aquello" enlace / con "esta" realidad que se... desgrana. / Y vuela y gira y al pasado llega / y el presente es pretérito que torna / remembranza sutil que al lápiz riega. / Y mi solapa "cierta flor "adorna; / mas también la razón, al sueño niega / en tanto un fantasmón, ríe con sorna / El lirismo vencido se ...repliega / y la rima, al reencuentro, quizá exorna.

De traje claro a la derecha, Francisco arriba a la izquierda y Ángel atrás y las hermosas chicas de Pompeya. Guarde solo esta foto, pero fueron muchos bailes y muy bonitos. Siempre tuve un tiempo para dedicarles a mis amigos.

Hice las dos carreras en paralelo, a la par que trabajaba con mi familia en el Diluvio y dormía muy poco, pero lo suficiente para rendir en todo y desde ya también fomentar el compañerismo y la amistad, que me fue muy gratamente devuelto en festejos y agasajos, como en algunas pocas fotos y dedicatorias que expongo aquí.

Y el año siguiente fue más duro aún, porque las últimas materias las cursé en la Universidad de La Plata, (a 58 km de Buenos Aires) iba y volvía en el día porque había conseguido



De traje claro a la derecha, Francisco arriba a la izquierda y Ángel atrás y las hermosas chicas de Pompeya.



Yo en el Centro, mi tío tercero a la izquierda, mi padre y Francisco atrás a la derecha.

un trabajo como visitador médico, que lo conservé algún tiempo luego de recibirme, porque esto me ayudaba económicamente. Por eso fue muy valorado mi esfuerzo al completar mis estudios con notas brillantes a pesar del sacrificio y me hicieron un agasajo con 150 invitados dándole mucha importancia a mis logros como dicen las publicaciones.

Francisco ya era contador público y doctor en Ciencias Económicas y trabajaba en un banco.

Como era costumbre de la época, estos agasajos eran solo para hombres y mucha formalidad porque también estaban invitados profesores y autoridades del municipio y las fuerzas vivas, el Club Unidos de Pompeya, el Club Social, comerciantes y además muchos amigos del Barrio, compañeros de estudios, y de deportes, ya que los fines de semana jugábamos partidos de paleta. Y quise no solo ser médico e hice la tesis en La Universidad de Buenos Aires y me recibí un año después de Doctor en Medicina y luego seguí estudiando y me recibí en otras especialidades: Médico de Fábrica, Deportólogo y Cirujano y ejercí en todas ellas a lo largo de mis años profesionales.

Pero la tragedia familiar y el destino, hizo que poco tiempo después, mi padre siendo muy sano, fuerte y valeroso fuera atropellado por un auto muriendo instantáneamente y con él nuestros deseos de continuar con el Diluvio. Esto marcó mi vida sin poder olvidar solo el instante del *Debe-Haber* en la balanza y lo importante de aprovechar el tiempo: *A MI PADRE / Padre mío que te fuisteis / a la nada injustamente... / Dios con todos sea clemente / Por tanto, bien como hicisteis / Algo me impulsa que mi pena cuente / Y la mano artífice obediente / traduce la Oración del Estro ansioso / simbólica una vela por Ti arde.*

Trabajé algunos años en la asistencia pública con la ambulancia haciendo emergencias de 24 horas: *Con auxilios de ambulancia / fue la guardia muy movida / la madrugada convida / del Practicante a*



Dedicatorias.

*dormir. / Mas hete aquí otro pedido /
el chofer de turno llama / y hay que
saltar de la cama / para con aquel
cumplir.*

Ya había ingresado también como
médico de fábrica en TAMET (Talle-
res Metalúrgicos San Martín) coordi-
nando con las pocas horas de sueño
diarias: *A TAMET, sinceramente / mis
tametianas dedico / apuntes Risue-
ños son / al proceder de este modo,
/ que serle fiel a este lema,
/ ¡EL OBRERO ES ANTE TODO!*



En tercera fila en círculos están mi padre y mi tío.



Foto aportada por la autora, finalización
de Estudios Universitarios.



Equipo de la ambulancia.

Y en el Club de futbol Huracán trabajé como médico deportólogo ofi-
cial y como socio activo por más de 60 años. Fui vitalicio dos veces.

*Con nostalgia y ...alegría / de HURACAN he recibido / en el momen-
to debido / los augurios, añoranzas / y animosas esperanzas / un
Currículo que aún breve / orgulloso, si se atreve / a... revelar mi
actuación, / simple, sin afectación / ¡AUNQUE DE CIERTO RELIEVE!*

En esa época ya había instalado mi consultorio en la calle Boedo 1724,
donde también instale mi residencia y atendía algunos días de la se-
mana. Tiempo después me retiré del plantel médico del Club para in-



Documentación de socio del Club de fútbol Huracán.



Equipo del Hospital PENNA.

gresar en las guardias del Hospital General de Agudos José M. Penna: *Al Período transcurrido / en el viejo Hospital PENNA / puesto que a él se encadena / toda una etapa brillante, / juvenil de Practicante / y luego de adulto, plena.* Y en el PENNA hice toda mi carrera hospitalaria hasta la Jefatura de la Sala 2.

Creyendo en el destino que te conduce siempre, en el verano de 1942 me invitaron a viajar a Necochea y por las inclemencias del clima paré una tarde en Mar del Plata y allí se me cruzó “Tita” Ercilia María Rodríguez “¡el Gran Amor de mi vida!”, también hija de inmigrantes españoles de Sevilla y Cádiz: *Casual fue nuestro encuentro en esa tarde / en que el sol en la arena reverbera / recuerdas que sentado yo a tu vera / levantaba castillos con alarde? / Las horas de la playa fueron pocas / más seguimos tu y yo igual camino / levantando castillos ya de rocas.*

Y así escribí la historia de nuestras raíces... y el

ATAVISMO / Árabe ancestral tristeza / que viene de Boabdil / sangre mora hay en tus venas / cruzada con la del Cid. / Y la agarena nostalgia / de la Alhambra y del muecín / se unió al zamorano orgullo / en castellano latir. / Mezcláronse así las aguas / del Duero y Guadalquivir. / siguen los siglos pasando / en perpetuo devenir / y aflora de tarde en veces / aquel lejano sentir. / Remembranzas de Granada / ligada al sueño infantil / el niño ya se hizo hombre / última etapa viril / y presiente en ocasiones / las ambas sangres bullir, / burbujeantes, rojas, puras / de castellano y de hurí, / tradiciones de familia / las conservaron así. Que tus blasones son limpios / y los apellidos, mil / no es el caso de nombrarlos / mas

debes creerlo así. / Algunos de ellos figuran / entre los grandes de allí / genealógicos orígenes / para amar, crear, morir. / Altivo califa moro / llego a Zamora un abril / y a noble dama rindióse / no, por las armas gentil. / De esas dos razas, un tronco / plantado en lejano vivir / y de aquel tronco cien ramas / una de esas hoy aquí. / Alminares melancólicos / planicies del Mío Cid. / Con savia cristiana y mora / de castellano y de hurí / o de califa y señora / algo me ha imbuido en mí, / pero de allí la tristeza / es llanto de Boabdil.

Quien no sepa valorar la historia y recuperarla para que se mantenga viva, sucumbirá en la ignorancia. Nos casamos 4 años después en la iglesia de la Virgen de Pompeya y fuimos a vivir al Barrio de Flores por 60 años muy felices hasta que subí a esta nube: *Tomados de la mano / Jamás ningún humano / Iremos por el mundo, / Osará interponerse / Tú y yo con un profundo / Será como ponerse / Amor en plenitud / Enfrente de un alud*³.

En 1956 entre a trabajar en la asistencia pública de Boulogne y luego a la asistencia pública de San Isidro donde fui jurado y con los años llegué a jefe de clínicas hasta mi jubilación. Viajaba en un bus y luego el tren para llegar, pero era la única forma para poder escribir en el trayecto y lo pasaba a máquina al regresar.

¡Y haciendo uso de mis profesiones estudiadas y títulos obtenidos, ingresé años después como profesor titular en las Cátedras de Dibujo Natural, Escultura, Dibujo Geométrico, Anatomía y Biología en la Escuela Nacional de Enseñanza Técnica y Artes Aplicadas Fernando Fader, a cuyo cuerpo docente tuve el altísimo honor de pertenecer!



Designación miembro titular del jurado de la Asistencia Pública de San Isidro.



Don José ejerciendo la enseñanza.

³ Las primeras letras alternas de estos versos forman los epigramas "Tita" y "José". (N.E.)

Hoja de calificación⁴.

En nuestra casa familiar de Flores, instalé mi consultorio y allí atendía a mis seguidores pacientes al regresar de mis otros trabajos y a toda velocidad, cuando podía seguía escribiendo e ilustrando mis libros y continué estudiando y actualizándome en las Ciencias Médicas. Y algunas de mis esculturas y dibujos cuando podía los enviaba a concursos y se exponían. Y con orgullo debo decir, que en muchas oportunidades recibí premios en ambas disciplinas, pero es largo para enumerarlos todos.

Y siempre quise tocar algún instrumento, pero me faltaba el tiempo, ya que además me dediqué con mucho amor a la vida familiar con mi esposa, 2 hijos y varias mascotas y como nunca es tarde, a los 80 me compré un órgano electrónico para estudiar por solfeo y sacar las notas con flauta de caña.



Consultorio de don José.

Desde ya estaba jubilado de los hospitales y la escuela, aunque seguía atendiendo el consultorio y colaborando con instituciones, dando conferencias en diversos ámbitos, teatros, escuelas, presentando libros, etc. Pero, vuelvo atrás a mis 62 años, cuando pude cumplir el GRAN SUEÑO de mi vida que tanto anhelaba, regresar a España y a mi querida Zamora. Y mientras volábamos con Tita sobre la Península la emoción nos invadió.

FÉNIX / Un poco triste estoy, ay ¿qué me pasa? / ¿Es por tornar al sitio donde se nace? / Es un mundo de nubes que se deshace / tras telón recorrido de fina gasa. / Melancólico ensueño que me traspasa; / relámpago luciente, puente de enlace / entre mil calendarios y

⁴ En este punto, la autora introduce un poema de su padre que queda contextualizado con la imagen anterior: Que la hoja te demuestra / lo que en la Escuela se opina / Y la misma determina / esta ¡CALIFICACION! (N.E.)

oscuro yace / sobre ruinas mohosas que fueron casa. / Es el Ayer tan lejos, pero... volviendo / en raudales bullentes con blanca espuma / dos lagrimas calladas que van fluyendo. / La idea envejecida, lejos se esfuma... / y la pequeña brasa que resta, enciende / la llama que disipa mi negra bruma.

ZAMORA / CORRALES DEL VINO / En la "Rosa de los Vientos" Oh, Corrales de Zamora / ¡Zamora! Marco la estrella lugar de mi nacimiento / mi planta posó ahora en ella en el Cabildo me siento / con mil varios sentimientos y el corazón rememora / Se agitan los pensamientos A tanta distancia ahora / que al espíritu hacen mella, pareceme todo un cuento / y tras la mente descuella "Había una vez"... El viento / un niño y sus movimientos me dice lo que fue otrora. 7 Completo se cumple el Sino ¿Resta algo del infante / que Dios dispuso en su instante... que de aquí un día se fuera? / cambiar de Patria y camino. ¿Se integra a la circunstancia? / Lejos arraigó el trasplante aunque no le guste y quiera / hoy por boca de argentino ¿solo es foráneo sobrante / besa el suelo un caminante. / que piensa cual no debiera? / Desde un solar no distante / salen sombras de otra Era.

HASTA LA VISTA / Hoy de Corrales me alejo / tras de mi peregrinaje, / algo llevo que no traje / pero también algo dejo. / De un caserón ya muy viejo / un poco de tierra extraje / y sombras de mi linaje / en apretado complejo. / Pero en Corrales se quedan / Corazón y pensamiento... / Que balbuceos remedan. / Todo unido al sentimiento / Por las lágrimas que ruedan / hilvanadas en el viento. / Ganas de volver me asedian... ¡Y en las entrañas lo siento!

Y bueno, recibí muchos diplomas, medallas y condecoraciones, pero nunca me la creí y seguí siendo aquel muchachito sencillo de barrio, estudioso y muy trabajador trasplantado a tierras extrañas donde transitó mi camino. Y el recibir este *Libro de Oro* a los 91 años te juro me emocioné.

El 24 de agosto del 2002 se despidió terrenamente, con un soneto escrito en el Sanatorio donde se internó 3 días antes.

En el año 2005 recibimos esta carta y se descubrió con un hermoso homenaje una placa en la puerta de su casa. Como Hija, agradezco enormemente esta oportunidad de hacer conocer algo de su extensa obra⁵.



Este dibujo es del año 1976, pero siempre fui igual.

⁵ Algunos de los *Libros* del Dr. José Alonso Delgado desde donde obtuve las poesías y dibujos acordes al relato: *Pláticas y Parlerías, Vivencias, Hojas sueltas, Pasim, Puntos Suspensivos, Baladíes, Olvidables, Sainetes médicos, Tametianas, Docentes, Rimas Lunfas, De médicos y pacientes, Consultorio, Eufemismo, Versos para ti, Continuación, y Esculapianas*. (N.A.)



Algunas de mis esculturas y dibujos.



Carta otorgamiento de placa conmemorativa.



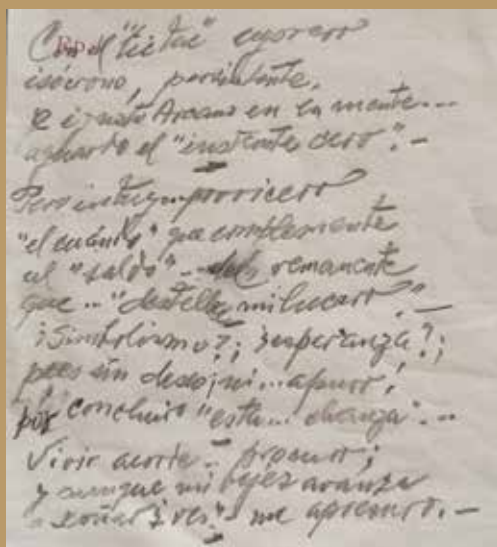
Don José tocando la flauta de caña.



Carta de mi sobrino Angelito que resume todo y pudimos regresar varias veces.



Don José recibiendo el *Libro de Oro*.



Último soneto de don José.



María
Teresa
Armas

SANTOS

(Argentina)

Historias vivas y relatos de inmigrantes, ¡si las hay...! La de mi padre es una de ellas y en este relato quiero rendirle un homenaje a él, Santos. Quiero situarme en el momento preciso de su inmigración, 1920. Vino de Nieva de Cameros, provincia de Logroño, llamado por su hermano mayor Gabino, quien tenía una tienda en el barrio de Once. Así fue que cruzó el Atlántico, embarcándose en Barcelona en el “Principessa Mafalda” cuando solo contaba con 14 años. Después de una travesía de alrededor de 20 días desembarcó en el puerto de Buenos Aires. Ese viaje lo compartió con un amigo de su pueblo –Pedro– y un primo de este llamado Marcelino, al que no conocía hasta el momento de la partida, ya que no era de Nieva sino de Soria. Se sintió muy solo en el momento de partir y los recuerdos de ese viaje contados por él, eran tenebrosos. Viajaban en tercera clase, la comida era escasa, pasaron frío y muchas noches en vela. Con Pedro y Marcelino se hicieron compañeros inseparables y ese contacto derivó en una profunda amistad, que continuó hasta el día de su muerte.

¿Cuál fue el motivo de esta partida? Puedo decir, que es lo que les ocurrió a muchos españoles; ya que en ese momento España, como otros países de Europa estaban devastados y sumidos en la pobreza y este continente americano, ofrecía un futuro promisorio para aquellos que tomaran la decisión de cruzar el Atlántico.

Cuando decidí escribir este relato busqué la documentación que lo respaldara. Confieso que nunca la había conocido ni había tenido contacto con ella. Mi padre guardaba esa carpeta muy celosamente, y nunca ni mis hermanos ni yo tuvimos acceso a la misma. Mi padre muere en 1980 y mi madre en 1999 y es ahí cuando tengo que levantar la casa de mis padres, que tomo contacto con esa documentación, pero no la abro; siguió guardada como un recuerdo de esa inmigración lejana. Y fue a partir del concurso, que me contacto con tal documentación en forma directa. ¡Qué sorpresa! Los documentos encontrados eran un testimonio vivo de este proceso migratorio. El primer documento que encontré fue una nota de puño y letra del alcalde de Nieva de Cameros

–don Pedro Pérez de Torres– que “certifica que Santos Armas, vecino de la localidad de Nieva de Cameros no ha ejercido la mendicidad y ha observado en todo tiempo una conducta intachable”. Este documento está fechado el 30 de junio de 1920. Asimismo, en un documento adjunto, el juez municipal Fernando Ocasalloma Murga, certifica que “tampoco ha estado bajo la acción de la Justicia por delitos contra el orden social”. Finalmente encontré un documento firmado por su padre –Santos Armas Mato– de 60 años, “quién autoriza el viaje de su hijo de 14 años a la República Argentina, llamado por su hermano Gabino, establecido como comerciante”. Este último documento, fue el más conmovedor de todos los encontrados. Un padre que firma la autorización de la partida de su hijo... Es así que Santos, mi padre, nacido el 7 de diciembre de 1906, embarcó hacia estas tierras, con solo 14 años.

Desde muy pequeña, escuché de su boca esta historia de la inmigración, pero debo confesar que al tomar contacto con la documentación –cosa que nunca había hecho anteriormente– me invadió un sentimiento de profunda tristeza. No dejo de pensar en el adiós de la despedida... Dejar sus padres, su familia, su pueblo, sus amigos. Imagino en este momento todo lo que habrá extrañado: olores, colores, sonidos. El tuvo que comunicarse con el lenguaje de otro país y con los estereotipos de este lugar. Por otra parte, siempre escuché el relato de su boca, él venía entusiasmado, pero la realidad que encontró no fue la esperada. Su hermano tenía un comercio de cierta importancia, pero él no tenía una vivienda apropiada; durmió durante dos años sobre uno de los mostradores de esa tienda.

Ni bien llegó a esta tierra, mi padre se asoció al Centro Riojano Español y allí siempre jugó a las cartas dos o tres veces por semana con sus amigos Pedro y Marcelino y con otros paisanos provenientes de distintas localidades de La Rioja. Esa amistad y esos contactos lo transportaban siempre a sus orígenes, a su añorada Nieva de Cameros. En el Centro Riojano Español todos los años se celebraban dos fiestas tradicionales: San Bernabé y San Mateo, y en una de esas fiestas conoció a mi madre. Posteriormente, ya con su familia formada, participaba de las celebraciones tradicionales de La Rioja y recuerdo particularmente la fiesta de los Reyes Magos, en la sede de la calle Independencia, donde recibíamos a los Magos, que repartían juguetes el día 6 de enero. Mi padre llegó en 1920 y solo pudo regresar a su tierra en dos oportunidades: en 1939, después de la guerra, y en 1974, en ese momento acompañado por mi madre. Fue la última vez que estuvo en España y precisamente en Nieva de Cameros.

Yo nací en 1942 y crecí en un ambiente típicamente español: las costumbres, la música, las comidas, los espectáculos a los que asistíamos, siempre estaban impregnados de la cultura española. Justamente con relación a las comidas, recuerdo los platos típicos de la región, en-

tre otros, las patatas a la española y el revuelto de setas. Por otra parte, en las fiestas navideñas nunca faltaban los turrones españoles, las castañas y las almendras. Mi padre me inculcó desde pequeña el amor a la lectura y el amor al estudio. Y fue así que sus tres hijos, entre los que me incluyo – yo que soy la mayor– fuimos los primeros profesionales de la familia. Desde pequeña siempre quise conocer su tierra natal, pero recién pude lograrlo siendo ya grande. En mi primer viaje al continente europeo llegué a Logroño con mi familia y de allí acompañados por mi tía –la única hermana viva en ese momento de mi padre– llegamos a Nieva después de recorrer un camino escarpado y sinuoso. Entramos directamente al pueblo y nos dirigimos a la casa donde había nacido mi padre. La recorrimos y mi tía bajo’ conmigo a la cuadra y mirándome fijamente me dijo: –” ahí nació tu padre”–. No tengo palabras para describir ese sentimiento que llevo siempre en mi memoria y me acompaña en el recuerdo de mi padre. Después, recorrimos el pueblo y quisimos conocer la iglesia. No lo pudimos hacer porque estaba cerrada. Finalmente, en el año 2024 con mi hija y su esposo fuimos a Nieva de Cameros y tuvimos la oportunidad de entrar en la iglesia; otro recuerdo fuerte porque mi padre siempre refería la iglesia como el lugar de su primera comunión.

En ese viaje nos contactamos con una señora que vivía allí y que había conocido a mi tía y a mis primos, ella nos recomendó ir a almorzar a un mesón cercano situado en El Rasillo. En ese lugar, tuve un recuerdo fuerte de mi padre. ¿Por qué?, Porque siempre me contaba que iba allí a pastar las ovejas y como era chico y no quería volver a la casa, se demoraba corriendo por la montaña y cuando se cansaba, se sentaba a descansar en alguna piedra del lugar. En ese lugar se divertía con su amigo Pedro, compañero de todas sus fechorías. Ese momento fue muy fuerte para mí, otro recuerdo que me marcó profundamente.

Pero hay algo aún más importante, y creo que el amor a él y a su terruño lo demostré siendo ya muy grande. En el año 2019 realicé una estancia de Doctorado en la Universidad de Zaragoza para completar la carrera de Ciencias de la Educación. Allí me instalé en la Facultad de Educación donde me sentí como una española más. Terminé la carrera y en el mes de abril de 2023 viajé a España y llevé un ejemplar de mi tesis a la Biblioteca de esa Facultad. En esa tesis el segundo capítulo se titula: “La formación docente en España. Pasantía realizada en la Universidad de Zaragoza. Comparaciones posibles”. Creo que esa devolución fue el mejor homenaje que pude ofrecerle a Santos, allí muy cerca de la Virgen del Pilar, tan querida y venerada por todos los españoles, lo recordé y le agradecí el haberme inculcado el amor al estudio y la profunda admiración por España.



Viviana
Bermúdez-
Arceo

UN MIGRANTE GALLEGO: GENARO ARCEO ROMÁN

(Argentina)

Miraba el mar, como lo hacía todas las tardes, desde la cubierta del buque. Parecía espeso y muy azul; no había olas que llegaran a ninguna orilla, tan distinto de su Vigo, ahora lejano. Allí habían permanecido los ojos y las voces de los suyos, despidiéndolo, – “¡Genaro, Genarito!”; y él se había quedado sacudiendo su mano pequeña, hasta que la figura de su madre y su hermano fueron un punto. Siempre recordará con angustia los días largos pasados en plena mar, donde no faltó el llanto. A veces en el buque, el desasosiego lo llevaba a abrir la valija despacito, para no despertar a Amalia, la enfermera de a bordo a cuyo cuidado estaba. Entonces, se detenía en una foto ajada y desteñida, con bordes dentados donde su madre lo miraba con esa sencillez tan suya, pañuelo en la cabeza y vestido oscuro que le ocultaba los pies. Para la aventura de un viaje no se tienen palabras, (solo algún sollozo ahogado), sino que estas van elevándose como las nubes cambiantes, esas que observaba desde el buque. Las palabras vendrán después, cuando conozca otra gente. Algún chico de once años como él, además de un tío, que se ocupará de cuidarlo, cuando desembarque en Buenos Aires.

Empezaba a sentir más curiosidad por la ciudad grande, de la que tanto le habían contado. Imaginaba casas altas, paseos, gente apurada, el río plano y marrón, cuando estaba tirado intentando dormir haciendo un balance de lo pasado hasta ahora. El rencor nunca vale la pena. Lo tenía claro al pensar en su padre. Era una vida de experiencias nuevas la que lo empujaba hacia adelante, como este barco en medio del enorme océano, que sigue sin parar hacia el destino de la gran ciudad. Había oído tantas cosas sobre ella, cuando hablaban los hombres que retornaban al hogar gallego, a buscar a sus mujeres y a sus hijos para migrar todos a tierra americana y lograr un futuro con mejores posibi-



Genaro Arceo Román. Español del año (1984). Gobierno Español. Federación de Sociedades Españolas.

lidades. Contaban historias con ojos vidriosos, de penurias, de soledad, pero también de esperanza. ¿Él se habría contagiado de esa tristeza para siempre? Sí, a veces reía un poco con Amalia, ella contaba cosas que Genaro no comprendía del todo, pero debían de ser divertidas, porque los hombres que la acompañaban a veces, largaban carcajadas, rodeados por el humo de los cigarrillos en torno a la mujer, que lo miraba a él de reojo, entre sobradora y culpable.

Ni bien arribaron y puso el pie en tierra, se pegó a ese tío, al que veía por primera vez. ¿Qué otra persona conocía? Enseguida se puso a trabajar en un galpón de la calle Cangallo¹ donde ese pariente casi desconocido le enseñó la profesión de armar y forrar maniqués. Eran muchas horas las que trabajaba, pegando con cola los recortes de papeles, preparando el papel maché, para dar forma a esos torsos que luego se pintarían, se forrarían y se encastrarían en

un soporte de madera que terminaba en un disco bien equilibrado para apoyarse en el suelo. Sin embargo, a pesar de su corta edad se dio cuenta, de que además del trabajo, era necesario continuar con sus estudios. De modo que asistía, después de la tarea diaria, a la escuela nocturna, hasta que concluyó sexto grado. Con posterioridad, concurrió a otra escuela, en la avenida Entre Ríos², para perfeccionar el castellano, ya que si bien sentía profundamente su lengua materna gallega, comprendía que hablar y escribir el idioma de la ciudad de Buenos Aires donde estaba instalado, significaba un modo indispensable de integración social.

Luego, en los inicios de los años 30, se trasladó, con su tío, al barrio de Monserrat³, calle Santiago del Estero al 400, donde vivía y hacía el trabajo diurno, mientras por las noches, se dedicaba al estudio. Siendo

¹ Actualmente calle Perón. (N.A.). Todas las notas de este relato pertenecen a su autora; al final del mismo remite a distintas fuentes y webs, como la Biblioteca Digital de la UBA, la web del Gobierno de Buenos Aires, las hemerotecas de los diarios Clarín y La Nación, y la *Revista Hogar Gallego para Ancianos*, entre otras. (N.E.)

² Escuela Primaria para jóvenes y adultos. Av. Entre Ríos 1359.

³ Histórico barrio, el más antiguo de la ciudad de Buenos Aires, en el que se encuentran numerosos edificios públicos, entre otros la Plaza de Mayo, con la Casa Rosada, sede del gobierno, el Cabildo, la Catedral, el Congreso de la Nación y otros.

adolescente, realizó estudios contables durante tres años en el Instituto Heller⁴, para finalmente recibirse en Teneduría de Libros.

Dada la índole de su trabajo, fabricar maniqués de modista y muñecas para las elegantes vidrieras de la capital, percibió la utilidad de emprender estudios de Bellas Artes, en especial, dibujo y escultura. Comentó alguna vez: “Desde el principio me di cuenta de que había que estar preparado para el futuro”. Estos estudios fueron provechosos en lo que atañe a la elaboración de figuras cada vez más estilizadas y correspondientes a los cánones de la moda de aquellos años 30, y que en etapas posteriores llevaron su producción a ser juzgada como las mejores muñecas de vidriera de la ciudad. Tuvo oportunidad de entrar a trabajar en un ministerio, hecho que constituía la ambición de los jóvenes de la época, porque se ganaba no mucho, pero se trabajaba poco. Eso, sin embargo, no figuraba en sus objetivos, contaba.

Durante los años en los que se trabajaba en la calle Santiago del Estero⁵, hubo ocasiones en las que decidía llevar un maniquí en cada hombro, así ahorra el dinero del viaje en tranvía, con vistas a traer a su familia desde Vigo. Ansiaba que el futuro le diera satisfacción a su deseo. Se recuerda caminando con esfuerzo, desde el local hacia Santa Fe y Pueyrredón, un sector distinguido de la ciudad, el barrio norte, donde las vidrieras que eran armadas con gusto y mucho detalle, lucían las figuras que salían del pequeño taller. En ese recorrido pasaba por las plazas de la ciudad y veía con tristeza, chicos despreocupados jugando a la bolita. Se quedaba un rato añorando ese tipo de vida, que



EL Presidente de la Nación Raúl Alfonsín y Genaro Arceo Román.

⁴ Instituto Heller, tuvo su sede principal en la capital y, además, varias sucursales. Se formaba en dactilografía, idiomas, taquigrafía, técnico contable y tenedor de libros. Fundado en 1905, tenía su sede principal en Corrientes 3735

⁵ Calle de Monserrat, a cuatro cuadras de Rivadavia, importante arteria y a tres de Avenida de Mayo, muy concurrida por los inmigrantes españoles en sus bares y confiterías. Los grupos de emigrados y exiliados durante la Guerra Civil, se reunían en diferentes bares sobre esta avenida, en especial en la esquina de Avenida de Mayo y Salta. Hubo conflictos y enfrentamientos entre los franquistas, que eran habitués del Bar Español, hoy inexistente y los republicanos, que asistían al bar de enfrente, el Iberia, que en la actualidad permanece en el mismo lugar.



Invitación del Su Majestad el Rey.

nunca había tenido, pero su responsabilidad lo impulsaba a continuar.

Un poco por las promesas incumplidas de su tío en cuanto a hacerlo socio, y otro tanto, por su deseo de probarse a sí mismo, ansiaba y así lo decidió, independizarse. Muchos amigos le ofrecieron asociarse, pero el espíritu independiente que lo acompañaría toda la vida, unido al convencimiento en su propio valer, le hicieron finalmente lograr el propósito de autonomía. Significó gran esfuerzo y una forma de vida austera, pero finalmente consiguió instalar un local propio en la calle Lima⁶ al 500, junto con su hermano Victoriano, a quien había conseguido traer del otro lado del mar, junto con su madre, hermana y sobrinos.

Comenzó con un pequeño taller que con los años pasó a transformarse en una espaciosa fábrica, situada en la calle Matheu 2075, en la cual una veintena de operarios modelaba figuras de gran calidad que adornaban las vidrieras porteñas y que se enviaban, además, al interior del país, e incluso a países limítrofes. Con el ensanche de la Avenida 9 de Julio, a inicios de los 70, el sencillo local de la calle Lima se reconstruirá ⁷ totalmente. El nuevo establecimiento de exhibición y venta, resultaba atractivo, con sus grandes vidrieras luminosas sobre la avenida. El edificio albergaba oficinas, en una de las cuales trabajaba Genaro Arceo Román dirigiendo y supervisando su negocio. También su famosa responsabilidad lo llevaba a controlar el embalaje que preparaban los empleados; unas jaulas de listones de madera en la que disponían la suficiente cantidad de virutas del mismo material, para proteger las delicadas figuras y asegurarse de que llegaran intactas a los negocios compradores. El local constaba de un segundo piso con pasarelas y modernas luminarias, diseñadas para exhibir un significativo número de figuras femeninas, masculinas y de niños, decorados cuidadosamente en toda su

⁶ Lima era en ese entonces una calle angosta y recién en los años 70 se transformó en una de las arterias laterales de la Avenida 9 de Julio, la más ancha del mundo. Para el nuevo ensanche se demolieron varias manzanas en la que había gran número de edificios y construcciones. En la actualidad posee una calzada central y ramblas arboladas de jacarandás a los costados.

⁷ La construcción estuvo a cargo de uno de sus hijos, Arquitecto Guillermo Arceo.

estructura, fabricados en moderna fibra de vidrio y especialmente en los rostros conformados con habilidad y belleza.

En 1939, a los veintidós años, lleno de ideas innovadoras, había emprendido su propia carrera comercial, contando con el apoyo de varios “paisanos”, hecho que nunca olvidaría y lo llevaría a una actitud recíproca de solidaridad. “A mí me ayudaron, yo debo ayudar”, manifestaba. Íntimamente, quería demostrarse que podía hacer frente a las dificultades y que poseía condiciones para el comercio. “En ese momento, el reto era muy importante para mí y además me sentía satisfecho por la buena imagen que tenía en el rubro”. En efecto, negocios de envergadura en Buenos Aires comenzaron a hacerle pedidos de los maniquíes y muñecas que fabricaba y así se convirtió en el eje del ramo.



Plaqueta 20º aniversario.

Arceo Maniquíes, desde sus instalaciones en la calle Lima, llegó a exhibir los mejores productos de Sud América en su especialidad. Su esposa, Enriqueta Ces, con quien se había casado a los veinticuatro años, y con quien formó una sólida familia que lo enorgullecía, lo ayudó a progresar, compartiendo sus luchas y afanes, trabajando a su lado sin pausa.

La vitalidad de sus años jóvenes se había repartido entre la labor cotidiana al frente de lo que sería su empresa y su participación en centros de la colectividad. Desde sus primeros años de migrante había asistido a instituciones gallegas. La primera, fue Vigo y Lavadores⁸, le siguió el Círculo Vigués de Buenos Aires, en 1934, de mucho arraigo en la colectividad, de la que Arceo Román fue vicesecretario y también Residentes de Vigo⁹. Alrededor de 1937, forma parte de la Comisión Directiva de la Asociación de Ayuda y Protección al Inmigrante Español, situada en Hipólito Yrigoyen y Sáenz Peña. Los hombres que conformaban dicha comisión, como Arceo Román, habían sabido captar en lo

⁸ Constituida en 1918, constaba en 1934 con trescientos cincuenta socios, que recibían subsidios y atención médica y jurídica.

⁹ Se fundó en 1918 y estableció su primera secretaría en la calle Alsina 1138. Antes había existido el Círculo Vigués, presidido por Antonio Varela Gómez, que impulsó la creación del Centro Gallego de Buenos Aires. Hoy, Unión Residentes de Vigo tiene sede propia en Quintino Bocayuva 522 de la capital y su actividad está centrada en aspectos culturales y sociales, constando con un coro muy prestigioso.



Frentes del negocio Arceo Maniqués. Lima 575. (Av. 9 de Julio).

hondo de sus conciencias el drama y el desamparo de la emigración. Habían fundado esta institución que daba instrucción a más de quinientos alumnos, hombres y mujeres de edad analfabetos que recibían la enseñanza de las primeras letras¹⁰. El Club de Leones de Villa Crespo lo contó entre sus socios y colaboró en él durante varios años, en actividades de ayuda a escuelas necesitadas. Asimismo, integró comisiones en el Centro Pontevedrés¹¹.

En el Centro Gallego de Buenos Aires¹², institución relevante y orgullo de la comunidad, formó parte de la Comisión de Fomento y Propaganda que integraba la cooperadora. Fueron años de trabajo y dedicación que, a pesar de los problemas, dieron fruto: la adquisición de diversas propiedades. El prestigioso Club Español¹³ lo tuvo como miembro de

¹⁰ Estos datos provienen de la información oral que diera Genaro Arceo Román a la autora de este trabajo, antes de su muerte.

¹¹ El Centro Pontevedrés, junto con el Coruñés, el Lucense y el Orensano, se fusionaron en 1979, en una entidad: el importante Centro Galicia de Buenos Aires, con su hermosa sede social en Bartolomé Mitre 2552 y colegio, orgullo de la comunidad: el Instituto Gallego Argentino Santiago Apóstol. Además, su campus en Olivos.

¹² El Centro Gallego de Buenos Aires es una institución creada el 2 de mayo de 1907 por un grupo a quien animaba un espíritu de cooperación social que se traducía en ayuda a los inmigrantes en las dificultades en su nueva tierra. Hoy, en su histórico edificio de Belgrano y Pasco, inaugurado en 1941, se encuentra el Sanatorio Social de seis plantas y dos sótanos, que abarca 34.000 metros cuadrados, albergando la Biblioteca y el Instituto Argentino de Cultura Gallega.

¹³ El Club Español fue la primera entidad en representar a la colectividad española argentina. Sus magníficas instalaciones se encuentran en la calle Bernardo de Irigoyen 172, siendo esta institución declarada por la Legislatura de la ciudad



Vista parcial del Salón de exhibición de figuras en el primer piso.

Panoramas del gran comedor.

una de sus comisiones. Durante una concurrida cena en sus soberbios salones, aquel lejano niño arribado a un país nuevo en 1928, sin compañía, recibió la distinción de “El español del año” (1984), habiendo recabado la Federación de Sociedades¹⁴ Españolas que la otorgó, el reconocimiento de toda la colectividad. Recibió la Medalla de Honor, otorgada por el Centro Numancia en 1986. La *Xunta* de Galicia, teniendo en cuenta “los méritos al servicio de Galicia, en cualquier aspecto de la realidad social, cultural o económica” concedió a Arceo Román, por resolución del 5 de junio de 1998, a título póstumo, la más alta distinción, la Medalla de Galicia, en su categoría de bronce.

Hay una institución que representa el orgullo de la colectividad, que hizo y hace posible que la vejez desvalida encuentre un lugar de albergue digno: el Hogar Gallego para Ancianos,¹⁵ el cual recibe en su residencia de Domselaar, (partido de San Vicente, provincia de Buenos Aires) no solamente a españoles sino incluso de otras nacionalidades. Genaro Arceo Román se incorporó a él desde su fundación, uniéndose a aquel grupo de hombres visionarios que lo crearon y que, en el Acta de Fundación, el 29 de junio de 1943 enuncian: “El Hogar Gallego para Ancianos será la residencia en la que se albergue a nuestros hermanos. Es nuestro propósito que sea, alegre, tranquilo y acogedor, limpio y confortable; será la casa para los ancianos de hoy y los ancianos de mañana”.

Autónoma de Buenos Aires, en 2004, como sitio de interés cultural en mérito a su valor histórico, simbólico, arquitectónico y urbanístico.

¹⁴ La Federación de Sociedades Españolas, de larga trayectoria, tiene su importante sede en Bernardo de Irigoyen 672/674, con activa presencia cultural.

¹⁵ Con oficinas en Moreno 1270- 2º piso. Se han publicado cuidadas Revistas que dan cuenta de aspectos culturales y sociales y lazos entre Galicia y la Argentina.



Vista de la Capilla del Hogar Gallego para Ancianos.



Romería en el Hogar Gallego.

Genaro Arceo Román contribuyó con su empuje y su labor durante cincuenta años al engrandecimiento del Hogar, institución a la que consagró sus mejores esfuerzos. Durante su Vicepresidencia y Presidencia de la Comisión Directiva, que ejerció a lo largo de varios períodos, logró junto a otros hombres con altos ideales y concretas acciones, ampliar las instalaciones.¹⁶ Se hicieron muchas obras gracias en parte, a la ayuda de la *Xunta* de Galicia, al Gobierno Español, a las Diputaciones, Fundaciones y la colectividad. Así, los espacios tomaron las dimensiones y la jerarquía que hoy se evidencian: el enorme y acogedor comedor, con un hogar a leña de grandes dimensiones, donde se realizan fiestas, romerías, y se celebran mensualmente los cumpleaños a los internos; las habitaciones confortables, los espacios para cocinar, enfermería, sala de planchado, lavadero mecánico, las amplias galerías, el jardín donde se erige un cruceiro donado por artesanos de Marín, incluso la hermosa capilla, bendecida oportunamente por autoridades eclesiásticas.

¹⁶ En 1985 el número de residentes era de ochenta y cinco.



Música y baile en el Hogar Gallego para Ancianos. Reuniones bajo la frondosa arboleda.

Fueron años de intensa dedicación al Hogar, por parte de este gallego nacido en Vigo, a quien las privaciones económicas y familiares padecidas desde la infancia, lejos de funcionar como mutilaciones que menguaron su ánimo, robustecieron su corazón. Su vida puede llamarse fructífera. En ella alentó un espíritu generoso, de solidaridad, de amor al semejante, de ayuda al que necesita. Su rectitud de pensamiento y acciones, su generosidad proverbial, sus dotes de honestidad y cordura, su vida de actitudes firmes, de ineludible apego a los valores más elevados, se confirman en la adhesión y el respeto que suscitó su nombre dentro de la colectividad.



Graciela
María
de Gorostiza

EL ABUELO SANTIAGO Y NOSOTROS

(Argentina)

Sólo supe decir *betza* o *belcha* que significa negro en vasco, pero el orgullo y la emoción que sentía al saber que el abuelo había nacido allá me llenaban el alma... El abuelo nació en 1889, en la Anteiglesia de Echeverry, del valle de Ceberio, Vizcaya, él era el segundo de cinco hermanos, de padre labrador y madre “dedicada a las ocupaciones propias de su sexo”, según reza en su acta de nacimiento.

No llegaron muchos relatos de su historia infantil allí, pero sí, que a ese mundo de niños y jóvenes les llegó la guerra, y con ella el desastre social... En 1909 ya había fallecido su papá Feliciano, mi bisabuelo, y con sólo veinte años tratando de conseguir un medio de vida que le diera la oportunidad de estar mejor, fue camino a Biarritz, Francia, donde entró a trabajar en “una fábrica de ropa”, pero descubrió que allí sólo fabricaban armamentos, era ya la Primera Guerra Mundial. Fue entonces cuando decidió huir a América, trayendo con él a Pedro, su hermano más pequeño. Los dos viajaron como polizones en un barco, venían escondidos en la sala de máquinas y para cuando los descubrieron ya estaban en alta mar... entonces les llegó el castigo, de allí en más tuvieron que apalear carbón para la caldera, hasta el fin del viaje. Creyendo que llegarían a Brasil terminaron desembarcando en Argentina, más exactamente



Aquí vemos a Feliciano y María (padres de Santiago, mis bisabuelos).



Julia (la abuela que no conocí) con sus tres hijos del abuelo Santiago), el tío Jesús sobre su brazo, la tía Julia, mostrando su piernita y mi papa Santiago a su lado.

en el puerto de Buenos Aires. Cómo es que llegaron a la ciudad de Rosario es una incógnita... allí trabajó un tiempo como lechero con un carrito y a pie, y luego consiguió trabajo en el puerto donde estuvo hasta su jubilación como capataz de un depósito.

El vasco era bajito, de tez blanca y unos hermosos ojos de un azul profundo. De temperamento recio, muy duro en sus decisiones, rara vez cambiaba de opinión, pero de sentimientos muy profundos y un altísimo sentido de la caridad. En las anécdotas familiares relataban que cuando mi papá le dijo (después de cumplir con su servicio militar obligatorio), que quería continuar en el ejército, él le había contestado "antes prefiero ver mi hijo muerto, a que sea militar". A pesar de esa sentencia, dos de sus hijos fueron militares, uno de infantería y otro de aviación. En la revuelta del 55, (aquí en Argentina) había un malestar general en la sociedad y en las fuerzas armadas, eran tiempos tumultuosos y no se sabía nada de sus dos hijos...uno en Buenos Aires y el de aviación en

Córdoba, el abuelo estaba muy nervioso e intranquilo, porque se escuchaban por la radio, noticias muy terribles de lo que sucedía en Córdoba. Fue así que decidió viajar para tratar de ubicar a su hijo Jesús, que era paracaidista. Fue hasta allí con el tío Eduardo (uno de los hijos más chicos) y sentencio: "No me voy a mover de aquí hasta que sepa algo de mi hijo", y no descansó hasta encontrar el paradero del aviador, que estaba preso, por diferencias políticas con el poder de turno. Lo supo con vida y entonces regresó a su ciudad trayendo noticias tranquilizadoras a la familia. Poco tiempo después ceso la revuelta, ellos aparecieron y Don Santiago volvió a su vida normal. Era un hombre de pocas expresiones de cariño, pero de grandes sentimientos. Pienso... que las fuerzas armadas le traerían recuerdos de su juventud truncada por la guerra y la desesperación de ver a su pueblo, y su nación diezmada por las armas...



El abuelo y María (su segunda esposa).

A sus veinticinco, veintiséis años se hospedaba en una pensión en calle San Lorenzo, en Rosario, su dueña era otra vasca, viuda y con tres niños. El abuelo contrajo matrimonio con ella, doña Julia, y la ayudó en la crianza de sus hijos; luego a la familia se agregarían otros tres integrantes, entre ellos mi papá que llevaría el nombre de su padre, Santiago.

Y unos años después el vasquito enviudó, y volvió a contraer matrimonio con María, otra española de aquellas... con la que tuvo dos hijos más, Eduardo y Ana María.

Nuestra abuelastra, nuestra querida abuela María, de Villaseco de los Gamitos, España, maestra de profesión lo acompañó hasta que ella muere y él vuelve a enviudar, por segunda vez.

Ambos profesaban en la iglesia evangélica, a pesar de que Santiago había sido bautizado en la iglesia de Santo Tomas de Olivarrieta, Vizcaya, de culto católico. En alguna época en que Santiago vivió en casa, solían pasar los mormones tratando de evangelizar, pero en cuanto él los veía se trababa en terribles discusiones bíblicas con ellos... lo visitaron varias veces hasta que dejaron de venir, era casi imposible retrucarle algo... El abuelo conocía al dedillo los pasajes bíblicos y su interpretación. Nunca fue Pastor en su iglesia, pero todos los fieles lo buscaban para hablar con él.

Al abuelo le gustaba jugar a las cartas “escoba de 15” con sus nietos, pero no aceptaba perder, eso enfurecía a mi hermano mayor, que es tan duro y recto como su abuelo; también le encantaba jugar al “truco”, cuando nos reuníamos a comer, en su casa, a la hora de la siesta convocaba a sus hijos varones, yernos y nietos mayores y comenzaban las partidas de truco, entre peleas y risotadas estaban toda la tarde. Pero Pedro, su hermano menor, jocosos y divertidos, a diferencia de Santiago... tenía la habilidad de tocar las castañuelas y como no las tenía, las reemplazaba por dos cucharas. Era tal vehemencia las ganas que imponía en su música que solía doblar las cucharas... todo acompañado de canto y baile. Dicen que tocaba la jota aragonesa...



Sentados de izquierda a derecha: María (mi querida abuelastra) Santiago y su hermana Gregoria. De pie: Mi prima Susana y su novio.



Y aquí de izquierda a derecha: Alcides y su esposa (hijo de Pedro), María y Pedro (el hermano menor, el de las castañuelas) y María con Santiago.



Gregoria (la hermana de Santiago y Pedro).

Don Santiago siempre estaba pendiente de las necesidades de la gente, cuenta la tía Ana María (su hija menor) que en su casa siempre tenían preparados paquetitos con yerba y azúcar, así cuando se acercaba alguien a pedir no lo hacían esperar. Durante mucho tiempo llegaba un viejito, sólo los domingos al medio día. Se le preparaba una mesita, bien puesta, en el hall de entrada a la casa y allí se le servía el almuerzo, primero sopa de verduras, luego pasta y fruta. También les llevaba galletitas a un hogar de ancianos que solía visitar con frecuencia. El abuelo ocultaba su corazón sensible hacia el prójimo, con un carácter recto y exigente. Todos lo respetaban y le tenían hasta cierto temor, era una

especie de patriarca en la familia.

A Santiago le encantaba comer caracoles, que Gregoria, su otra hermana cocinaba con admiración., ella era la cocinera oficial de la casa...y fue así que todos aprendimos a comer caracoles, aunque debo admitir que actualmente me da cierta aprehensión hacerlo.

Y a Pedro mucho le gustaba comer pimientos asados, él era ferroviario, maquinista, entonces viajaba mucho por el norte del país, y solía traer pimientos que pedía, se los pongan a las brasas para después comerlos asados, eso sí continuamos saboreando en casa.



Ultima foto del abuelo, es de hacer notar que toma la empuñadura del bastón con su mano izquierda.

El vasco era zurdo, manejaba la izquierda como los dioses... Un día, estaba en la plaza, tomando el sol tranquilamente (y tenía dinero en el bolsillo del pantalón) entonces se le acercó un joven y le quiso manotear el dinero, pero él que tenía el bastón en su mano izquierda lo levantó y le pegó tan fuerte que el hombre escapó todo golpeado, y sin el dinero, por supuesto. Heredamos del abuelo, con papá entre otras cosas, el ser zurdos, sólo que a mí no me permitieron escribir de ese modo en la escuela. Pero mi cerebro dio la orden, y ahora mis dos manos tienen la habilidad de escribir sin dificultad.

Don Santiago construyó una gran familia, aquí en Argentina, fueron siete hijos en total (entre

los tres primeros de Julia y los de Julia y Santiago y luego los de María y Santiago), con todos formamos una gran familia de amplias sobremesas, risas y cantos que hacían estallar a los adultos en risotadas. ¡Qué buenos tiempos!

Un dato curioso, apenas llegaron Santiago y Pedro de España les dieron apellidos parecidos, pero no iguales, a pesar de ser hermanos (Santiago fue De Gorostiza y Pedro paso a llamarse Gorostiaga). De los siete hijos, los tres mayores llevaban otro apellido por razones obvias (eran hijos de otro padre), a los otros tres de Julia y Santiago les pusieron un apellido compuesto, con D mayúscula (De Gorostiza), y a los hijos de María y Santiago les dieron el apellido con d minúscula (de Gorostiza), en fin, la vida y los escribientes nos separaron, ¡¡pero el amor no!!

Hoy seguimos engrandeciendo el país, con nuestras raíces vascas y un pasado común lleno de recuerdos y profundos sentimientos. Con los pies en Argentina y la mirada al este, como queriendo encontrar un pedacito de nuestra historia cruzando el océano...



Santiago de joven..



En una reunión familiar, el vasquito es el tercero de la izquierda, sentado. Mi papa, de pie de traje blanco. Y sus hermanos, la tía Julia, quinta de pie, desde la izquierda y Jesús de pie, de traje negro.



Fiesta de 15 de Susana (mi prima), desde la izquierda mi prima Marta, su mama Julia, Susana (hermana de Marta), su papa, su abuela paterna y el abuelo Santiago.



Reunión de familia: el del centro, de corbata rayada es Don Santiago, a su derecha la abuela María, y a su derecha el tío Jesús, el paracaidista.



Aquí Pedro (el hermano menor) con su esposa María, también vasca.



El abuelo Santiago y la abuela María.



Josefina Rosalía
Delgado
Arnedo

UN GIGANTE ANDALUZ

(Argentina)

“Quien encuentre dulce su patria es todavía un triste aprendiz; quien encuentre que todo suelo es como el nativo, es ya fuerte; pero perfecto es aquel para quien el mundo entero es un lugar extraño.”

Hugo de Saint-Victor

“Llevo residiendo en este hermoso y querido país, 65 años nada menos, llegué el 23 de septiembre de 1935...”¹ Mi historia. ¿Cuál es mi historia? Oigo la voz de mi padre, mezclada con los recuerdos de mi infancia. Detrás, los libros que me fue dejando, casi sin que ninguno de los dos se diera cuenta, a lo largo de toda su vida. Están ahí, el papel ya amarillado, como testimonio de su persona. Camino ahora por las calles polvorrientas del verano. Es su pueblo. Ya estuve aquí. Con él, en su viaje casi cincuenta años después. Pero también estuve con los sueños, con los recuerdos, con sus cuentos desgranados en el delirio de su agonía. Y entonces lo recuerdo a Serrat: “Colgado de un barranco duerme mi pueblo blanco...”. Entré al mundo de la literatura y del pensamiento de la mano de mis padres. En casa, los libros se guardaban en mueblecitos de madera lustrada, con llave, pero con la llave siempre puesta. Y nadie impedía que nosotras, las hijas, abriéramos las puertas y nos sentáramos en el suelo a leer. O simplemente a mirar las estampas.

Mi padre había llegado a la Argentina poco antes de que se produjera en España el ingreso del ejército franquista. Tenía diecinueve años, y yo nací a sus veinticinco. De modo que este muchacho de treinta años fue el que me llevó de la mano, por ejemplo, a un ciclo de conferencias realizado en el Hogar Andalúz de la calle Callao, junto a la confitería del Molino, en un lindísimo *petit-hotel*, que hoy se encuentra deslucido. Me acuerdo muy especialmente. Una tarde de sábado; entro con mi padre

¹ De los papeles de mi padre Fernando Delgado. (N.A.)

al lugar, sala llena, gente de pie, no veo nada porque tengo cinco años, y alguien –una mujer– habla desde un lugar oculto para mí. Seguramente se nota en mi gesto que estoy disgustada, y entonces un hombre me levanta en brazos y me permite ver. Una mujer vestida de negro, luego sabría que se trataba de Clara Campoamor, la penalista española, amiga de Victoria Ocampo. Tendría entonces menos de sesenta años.

LA MAGIA DE LOS RECUERDOS, COMPARTIDOS CON UNA NIÑA

Me resulta imposible pensar en que no hubiera habido nadie que me contara historias, aquellas historias en las que se mezclaban la orilla del mar en Salobreña, el pueblo donde nació mi madre, Josefa Arnedo; la reina Victoria y la bomba del anarquista, que manchó de sangre el vestido de novia de Mercedes. Contado por mi tía abuela, Encarnación Prenafeta. También “dónde vas Alfonso XII” y su amor por Mercedes, ese nombre que siempre me gustó tanto.

Y la historia de las tres princesas, Zaida, Zoraida y Zorahaida, que me leía mi madre en el libro de Washington Irving, Cuentos de las Alhambra, y cuyo castillo se veía allí, en Salobreña... Cuando mi madre, en su lengua coloquial, esgrimía alguna palabra arcaica que a ella misma la sorprendía y la divertía, corría al Espasa Calpe, y al encontrarla festejaba el poder inconsciente que le habían transmitido palabras que seguramente oyera muchos años atrás.

Cuando conocí a José Donoso, el escritor chileno que había vivido años en España, me ocurrió algo parecido: descubrí alborozada que usaba palabras que nunca hubiera pensado que nadie que no fuera de mi familia conociera. Por ejemplo, al entrar a una enorme librería de la calle Corrientes, de piso negro y blanco, Pepe dijo “está bien, pero está tan desangelado...” Claro, mi abuela y mis tías y mi madre hubieran dicho “*desangelao*”.

Y QUIENES LLEVAN ESE APELLIDO...

Lo que me dice el rector de la universidad de Alicante, en una visita mía como subdirectora de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno a unas jornadas bibliotecarias. También él se llamaba Delgado, y entonces me dijo “... los Delgados somos judíos de Santander que nos vinimos al sur...”.

SI TE TOCA LLORAR ES MEJOR JUNTO AL MAR...

Recordaba cuando mi padre me contaba sus historias. Él tenía quince años y salía en las madrugadas de frío cortante de la sierra con sus

mulas a llevar la mercancía al pueblo más cercano. Eran ricos, no decían que lo eran, pero en ese pedacito de Andalucía tener tierras y animales era casi ser los dueños del mundo. Era como en los relatos de la Biblia, yo me lo imaginaba así cuando él me lo contaba. Un muchacho delgado, anguloso, lleno de nervios, ojos grises transparentes y el pelo negro, brillante y fuerte.

Habían dicho adiós a España muy poco antes de que estallara la guerra civil, cuando ya el abuelo había intentado hacer pie en Buenos Aires unos años antes. El abuelo: un campesino de ojos muy azules, tan andaluz que nadie hubiera arriesgado otra cosa. Todos ellos nacidos en El Padul, a catorce kilómetros de Granada, en la sierra.

Aquí ellos trajeron un “capitalito”, como se decía en mi casa, y lograron encarar la creación de una fábrica de calzado que fue en su momento un icono de la buena fabricación y del uso del cuero. También el diseño fue original y se enfrentó para competir con otras marcas quizás más populares, como Grimoldi y Tonsa. La fábrica de los Delgado –su nombre fue “Sistema Delgado”– instauró como lema “el médico de sus pies”. Porque tenía un diseño que permitía un calzado fabricado a partir del esquema del pie indicado, y esto se mantenía para las compras posteriores.

Y dos lugares tuvo esta fábrica: primero, la esquina de la calle Dean Funes con San Juan, adonde mi abuelo Antonio me llevaba al bar y mientras él tomaba su jerez a mi me daba los maníes. Yo era muy pequeña, él murió cuando yo tenía poco más de tres años. Y me quería y exaltaba mi vivacidad infantil, diciendo “esta niña es sabia”. Muchas veces me he preguntado qué diría yo para provocar esta frase... Luego vendría la fábrica en la calle Garay, y las sucursales en los principales puntos del país, y muchos años después, en los vaivenes de la economía argentina, la decadencia y la posterior desaparición de la marca. Gran tristeza de mi padre, que de todas maneras no abandonó su trabajo y se impuso la tarea de corretear cueros y suelas...

MI HISTORIA

Y a los seis años empecé a ir a la escuela. Allí todo era distinto. En mi casa, mi madre también era andaluza, hablábamos de tu, y tuve que incorporarme al voseo, que me permitió tener amigas de mi edad. Entonces hice preguntas, y así supe que había un territorio muy lejano, cruzando el mar, y allí habían nacido mis padres: él, Fernando, nacido en un pueblo de la sierra, Padul, a catorce kilómetros de Granada, y que había llegado con su madre, Rosalía Medina, a los 19 años; mi madre a orillas del mar, en Salobreña, “desde donde se veía el mar”, decían siempre, pero que llegó a Buenos Aires siendo muy pequeña,

apenas 11 años, con su madre viuda, una hermana de ésta y sus cinco hermanos mayores, y otra más pequeña.

POR SUS CALLES DE LUNA Y TIERRA POR NO PASAR NI PASÓ LA GUERRA...

Nunca volvió, hasta que en 1984 planeó un viaje en el cual fui yo su acompañante. Llegamos a Madrid un 15 de mayo, día de San Isidro, y allí lo esperaban sus sobrinos para trasladarlo enseguida a su pueblo. Yo me quedaría en Madrid algunos días, invitada por la escritora Beatriz Guido, agregada cultural del recién asumido gobierno democrático de Raúl Alfonsín. Y yo hago mi recorrido canónico por Madrid, ciudad que adoro. El café Gijón, almuerzo en la Tasca del Agujero, Recoletos, las librerías de la Gran Vía donde compro libros de Soledad Puértolas, José María Guelbenzu, García Hortelano, Juan Marsé. Y ese Madrid gallosiano, que tanto amé en sus novelas: La fontana de oro, el Palacio Real con sus habitaciones por las que había circulado la de Bringas, su Calle Mayor, la Plaza.

Pocos días después, me encamino hacia Granada, en tren, y desde allí en un bus hacia Padul. Allí me esperaba él, mi padre, para conducirme a la casa de una de sus primas. Caminamos. Inefable la emoción que compartimos. No voy a olvidarme de cuando las mujeres se le acercaban en la calle. “Tú eres el Fernandito, el de los Peruchos...” porque ya en el pueblo se había corrido la voz de que había regresado. Fue entonces cuando me mostró la casa de los Peruchos, donde habían vivido, que así llamaban a los que tenían la barbilla, pera, afilada. Y nos tomamos la foto en otra calle, la que se llama Antonio Rejón Delgado, como mi tío, el médico, marido de la hermana mayor de mi madre, Concha. Y las comidas en todas partes, agasajados espléndidamente, y la noche que pasé en una de las casas, en una habitación de muchas camas, para huéspedes, sin duda.

Es muy fuerte. Lo dejo y me voy a Granada. Allí nos encontramos una semana después y juntos visitamos la Alhambra. Pero además, el Colegio de Niñas Pobres, donde se habían educado las hermanas mayores de mi madre.

Y AQUÍ SU VOZ

“De la siega a la siembra se vive en la taberna...”.

Una noche en una taberna de El Padul, un pueblo a 14 kilómetros de la ciudad de Granada. Unos hombres juegan a las cartas y beben copitas de manzanilla. Mi abuelo Antonio, ese hombre de ojos azules que

después conoceré ya con el pelo blanco, también bebe alguna bebida seguramente alcohólica.

“... como casi todos los días era costumbre en los pueblos los hombres se reunían al anochecer en las tabernas a tomar una copa de vino y ahí generalmente se hacían negocios o se concretaban tratos de trabajo, ese día mi padre tropezó en la taberna con un primo nuestro que se llamaba don Blas y que era juez de paz del pueblo, este amigo les comunicó a él y a mi hermano Antonio que a los pocos días lo sorteaban (a mi hermano) para el servicio militar, y que casi con seguridad le tocaba ir a África, de todos los muchachos que iban a ese destino no volvía ninguno vivo. Entonces mi padre con gran disimulo allí delante de todos dijo: si a mi hijo le toca pues que vaya como todos y que sea lo que Dios quiera, y al anochecer volvieron a nuestra casa y le dijeron a mi madre nos vamos ahora mismo a la Argentina, metieron sus ropas en una valija y se fueron caminando por caminos de montaña a dormir esa noche a Vélez, Málaga.

Me acuerdo como si fuera hoy que mi madre esa madrugada me despertó con su llanto incontinente pues era muy común que los que venían a la América nunca más volvían y ni siquiera escribían...”.

Y así empezó mi historia, que siempre está volviendo atrás, a los orígenes.

Porque años después, en un viaje mío motivado por el afán de conocer la historia de mis padres y abuelos, me contacto con quien fuera hijo del alcalde que bautizó una calle del pueblo con el nombre de mi tío, el médico Antonio Rejón Delgado: “Su abuelo y su padre se fueron de España porque sabían que los iban a matar...”.

TESTIMONIO DE JOAQUINA MORALES, PRIMA DE MI PADRE, HIJA DE SU TÍA MARÍA DE LA PAZ

Fue grabado por mí en los años 80. Sintetizo sus palabras, que fueron un relato revelador de un lugar y una época. Mi padre nos acompañaba y hacía algunas observaciones. Y muchos detalles del relato van dirigidos también a su memoria.

– Mi padre se llamaba Manuel Morales y mi madre María la Paz Morales, eran primos. y mi abuela, la mamá de mi mamá se llamaba Joaquina como yo.

A mí que no me saquen cantar y bailar, era como mi abuela. Mi hermano mayor era Paco, luego venía yo, y mi hermano Antonio. Luego que mi padre ya había venido a América, nació mi hermana Dolores. La dejó fabricada –dice riéndose–.

– Mi madre mantenía la ropa de todos. Un día se puso a dibujar con un pedazo de jabón, hizo los moldes de un chaleco, de un pantalón, y se hizo modista. Y sastre. Entonces iba a las casas a coser, pero luego venían hombres a la casa a probarse y entonces en el pueblo decían que ella andaba con todos. Las maldades de los pueblos. Yo los cuidaba. yo tenía 18 años.

Empecé a ir al colegio, allá en la Ermita, de las monjas, allí estaba el colegio.

(Le pregunto a papá si allí estuvimos.)

– Iba con Antonia, mi prima Antonia. Yo tenía los cuadernos muy lindos.

Cuando empecé a hacer los palotes me salía luego todo bien.

Pero un día mi madre me sacó porque tenía que trabajar. Entonces la monja la llamó y le dijo que cómo iba a sacar a esta niña que sabía tanto, “qué cuadernos que tiene”. Y mi madre le dijo “pero no tiene padre y tiene que trabajar”. Y me sacó. Y yo me tuve que callar.

Y empecé a ayudar a Antoñica del Río, al lado de María la del estanco. Yo tendría siete años, venía con los cántaros desde la fuente, en la cintura. Ellos eran rumbosos. El marido me quería mucho, cuando ella me decía que me iba a servir la leche y no lo hacía él se enojaba y le decía, “pero cuando le vas a servir la leche, siempre eres la misma”. “Pero es que tiene que trabajar”, decía ella. Tenían almacén, en la calle Rial, después empecé a trabajar en las alpargatas,

-Ah, en el banquillo aquel que teníais, para hacer las suelas– dice mi padre.

-Lo de la sogá lo hacía yo– dice ella.

-Plantilla una docena, yo me ponía, enhebraba la aguja, me ponía el palmete para que no se lastimara la mano al hacer fuerza.

Allí estaba Josesica la zurda, que era la señora de mi tío Fernando Morales, que era viuda, era la niña Pepa, a mi me daban trabajo. Emilio el de Marco eran los dueños de la fábrica. Y los mandaban a Norteamérica. Yo hacía las mejores y mandaban esas. Me pagaban a mí, yo tenía mi libreta y luego le daba a mi mamá, yo era muy rumbosa y quería que ella tuviera sus pesetas.

Cocinaba ella, comíamos todos. Un buen puchero de garbanzos. Con repollo, morcilla, tocino. La col bien picadita. Íbamos a la plaza cuando venía el pescado a comprarlo bien fresco. Manolillo el pescaero, los traía y todavía estaban moviéndose.

Antonio mi hermano y Antonio Delgado, el tuyo –le dice a mi padre– eran íntimos amigos. Pero eran todavía muy chicos y eran vagos. A ve-

ces cuando se iban de paseo mi hermano le decía, eh, empieza a caminar. Y tu hermano le decía, eh, empieza tú antes. Tu abuela Rosalía estaba sola. El marido, tu abuelo era el que más mandaba dinero en el Padul. Las mujeres se quedaban solas, algunas se juntaban con otros, porque ellos aquí también se juntaban.

– ¿No había trabajo en el Padul?

-No, los ricos dejaban caer las cosechas para no pagarle a nadie.

– *Contame* cómo eran las fiestas.

– El maestro de música que era aragonés se vino a vivir al Padul. El organizaba las comparsas. La primera fue de los indios del norte, con aros de metal oxidado y las lanzas también. “Somos los indios del norte que a la América llegamos y explotamos nuestra industria. Somos marinos del norte por los montes y las breñas, y buscamos nuevas tierras porque en España ya no cabemos “. Y cuando terminábamos se unía la bandera argentina y la española. Y para los carnavales nos enseñó todo, las castañuelas. Yo era muy alegre y venia la peinadora, teníamos el pelo muy largo, los peinados eran complicados y nos poníamos hebillas de hueso, había de las otras pero a nosotras nos gustaban esas. Por una peseta por mes, todos los días, a las ocho de la mañana la teníamos allí. Y para conservar el peinado, con las semillas de los membrillos hacían una gelatina y con una pluma nos poníamos eso sobre el peinado. Los tejidos los hacíamos nosotras, la ropa nos la hacía mi mamá.

En la Calle de las Tablas, en Granada, había una fabrica, hacíamos toquillas, pañoletas, el de las lanas empezó a mirar y dijo “la mejor tejedora de España mi mamá, y la segunda Antonia Delgado”. Tu hermana, le dice a mi padre.

Y entonces me fui a trabajar a la casa de una señora todos los años iba a Almuñecar. Estaba casada con un catedrático de la universidad de Granada. “Cuando vuelva de Almuñecar va a necesitar una mucama para ir a Granada”, me dijeron. Me pidieron que cocinara porque se había ido la cocinera, me metí en la cocina, me dieron el libro y me convertí en una cocinera mejor que la que había antes. Hacía de todo. Unas empanadas con la masa de trigo candeal y relleno de jamón serrano y huevo duro. Yo era la dueña de la despensa. Cuando yo terminaba la señora entraba a la despensa a mirar si yo había usado de más o qué. ¡Nunca me dijo nada! Salía y me daba un beso.

Y me quedé en Granada hasta que vinimos a América².

² La autora termina el relato con una reseña histórica de Padul titulada “Datos históricos del Municipio de Padul” señalando que “Esta información ha sido relevada de distintas páginas web, pero confrontada con recuerdos y versiones familiares”, aunque no se aporta información adicional de interés para el relato. (N.E.)



Irasema
Felipa Diez
Biarť

HISTORIA DE EVENCIO DIEZ Y SU FAMILIA

(Cuba)

INTRODUCCIÓN

Los movimientos migratorios han sido un fenómeno constante a través de la Humanidad. Son muy diversos los motivos que impulsan a una persona a emigrar. Existen causas económicas, ideológicas religiosas, culturales, familiares, académicas o por mera afición a cambiar de lugar. Esta experiencia solo puede ser comprendida por quien la experimentó. Unos de los procesos de emigración más dolorosa fue la de los negros africanos hacia las diferentes regiones de América. Claro fue una emigración con fines inescrupulosos, la trata de los seres humanos. España fue el país que, según la historia, más contribuyó a la llegada de los africanos a esta región, sobretudo en Antillas y en América del Sur. Dícese incluso por Américo Vespucio (que llegó después de Cristóbal Colón) y fue un comerciante explotador y cosmógrafo florentino naturalizado castellano.

Este proceso conllevó a la unión, con el decursar del tiempo, de los pueblos, de América y de España. Los españoles que intervinieron en la conquista se interrelacionaron sentimentalmente con los africanos, ya que en su mayoría no eran de casta. Sobre todo con las mujeres, esto no sucedió así con Inglaterra en América del Norte. También muchos después emigraron con sus familias con fines netamente comerciales debido a las guerras acaecidas dentro del continente europeo o mundialmente. Ahora bien, los descendientes de españoles nacidos en Cuba, quisieron fomentar una nación y así se llegó a las guerras de independencia que se libraron junto a los negros que también formaron la nación cubana. Haciendo yo un estudio de la Iglesia de la Caridad del Cobre en La Habana hube de constatar en el arzobispado censos antiguos que refieren uniones matrimoniales entre blancos y negros libertos y entre blancos y pardos (mulatos). Cuba se convirtió en un destino concreto para emigrar con fines económicos.

Castilla y León no está fuera de esto y fue una de las regiones españolas que más movimiento poblacional hacia la isla tuvo. El protagonista de esta historia, mi abuelo, emigro en 1893 con la edad de 31 años y formo familia con dos mujeres negras una de ellas, mi abuela, no lo conocí porque soy una de sus nietas más pequeñas, pero he oído hablar de él y quisiera referirle lo que pueda sobre su historia. En la época en la que él decidió trasladarse de su país natal hacia Cuba se encontraban los países en pugna, uno por mantener su conquista y el otro por lograr su independencia.

Cuando les digo a las personas que me rodean que fui nacionalizada española se sorprenden, algunos piensan que estoy jugando y se ríen, pero ¿por qué pasa esto? Es que soy una cubana de la raza negra. Cuando me enteré de este concurso pensé que sería muy interesante referir la historia de mi abuelo español, Evencio Diez González, casado con una señora negra. Mi abuelo nació en el año 1862 donde en Cuba todavía imperaba el régimen esclavista, mi abuela negra veinte años después. O sea, en 1882, sin embargo, la esclavitud cesó en 1886, ya que Carlos Manuel de Céspedes emancipó a sus esclavos en 1868, pero su gobierno era ejercido solo en las regiones liberadas, aunque fue considerado legítimo por la España colonizadora.

Pero bueno, hablemos del abuelo. Yo no lo conocí, pero dicen que era un hombre católico y culto por eso nosotros pudimos nacionalizarnos españoles, puesto que conservó todos sus documentos en regla e incluso nos mantuvo a su familia cubana comunicada con la de España. Mi hermana Fanny viajó a España para buscar su partida de bautismo y se encontró con que el cura de la iglesia donde fue bautizado era nuestro primo y tenía el apellido Diez, ya falleció. Por todo esto infiero que su situación económica no era tan mala ya que su familia tenía bienes; mi mamá, su nuera, me contó que la abuela Julia renunció a cierta herencia.

Él nació el 3 de mayo de 1862 en el pueblecito Cerulleda, ubicado en la provincia de León allá en España. En el año 1190 el rey García traslada la capital del reino de Asturias de Oviedo a León, comenzando la historia del reino de León. El nombre de León encuentra sus raíces en la palabra *legio* (legión en latín) en referencia a las legiones romanas asociadas con la capital de la provincia, la legión *VI Victrix* y la legión *VII Germina*. En 1580 León es elevada a la categoría de Alcaldía Mayor y el 2 de julio de 1830, se le dio el título de Ciudad, dedicándola a la memoria de los hermanos Aldama. Hoy es la capital de la provincia de León, en la comunidad autónoma de Castilla y León. Cerulleda es un pueblo del municipio de Valdelugeros en la provincia de León. Está situado al norte, en la cordillera Cantábrica a orillas del río Curueño a 1280 metros de altitud. La historia y la belleza del entorno son razones suficientes para detenerse en Cerulleda. El cauce de arremolinadas aguas toma protagonismo; abrazados hasta por tres puentes



Partida de bautismo de Evencio.



Registro de entrada de 1893.



Certificado de opción de nacionalidad.



Título convalidado.



Título expedido en la URSS.

que sirven de paso al poblado. En la iglesia parroquial se conserva una antigua imagen policromada del niño Jesús de Praga. En el lado norte del altar mayor se encuentra la Capilla de San Pedro fundada en 1667. Sobre el arco de dicha capilla está el escudo de armas esculpido en piedra, siendo la única labra heráldica del entorno que ha conservado su policromía original. La localidad es ganadera y mi abuelo al parecer emigro

tratando de abrirse paso económicamente y de conocer otros parajes. Según cuenta mi madre al abuelo Evencio le gustaba la sopa de ajo, el *trijuelo*, la morcilla y cocinaba muchos platos a base de carne de cerdo, así como diferentes arroces y sopas.

En Cuba a pesar de nuestro clima caluroso solemos rendirle tributo a la cocina española con fabadas, potajes y sopas ardientes. El abuelo profesaba la religión católica y eso fue lo que inculco a todos sus hijos que hasta hoy seguimos practicándola asistiendo a la eucaristía los domingos. Sin embargo, mi abuela Julia descendía de africanos que seguramente crecían en la santería o Regla de Ochoa. La esclavitud africana, que puede definirse como diáspora de los pueblos de América, trasplantó a esta latitud una legión de etnias, dialectos, costumbres y cultos volcados sobre el caribe, donde se refunden culturas y nos sorprende una impresionante dualidad, porque los colonizadores, muchos de los cuales no eran de hidalguía probada o cuna noble, asumían sus nombres Pedro, Juan, Bartolomé con los apellidos Fula, Mandinga, Congo, Carabalí. Según el investigador y etnólogo Fernando Ortiz, tercer descubridor de Cuba, hubo un proceso un proceso de transculturación, donde existe una transición de una cultura a la otra y un desarraigo de valores precedentes de nuevos elementos culturales, pero que no se pierde la totalidad de la cultura, sino que se niega alguno de sus elementos, con lo cual se logra una nueva realidad. Fruto de esta transculturación en Cuba se produjo un sincretismo religioso que no es más que la combinación de dos o más sistemas de creencias religiosas en un nuevo sistema.

El sincretismo religioso puede ocurrir por múltiples razones por ejemplo la religión africana en Cuba fue reprimida y prohibida a los esclavos y estos lo enmascararon para seguirla practicando realizando una especie de símil entre las vírgenes y santos de la religión católica con sus deidades dando lugar a un sincretismo o paralelismo de su historia transfundiéndolas. Así como en la Regla de Ocha se dice que la Virgen de Regla, que es una advocación de la Virgen, que según la historia

el obispo de san Agustín llevo a España después de saqueada. Hipona se identifica como Yemayá la dueña del Mar en el Panteón Yoruba y se viste de azul. La Virgen de la Caridad Patrona de Cuba que fue descubierta en la bahía de nipe por tres barqueros, uno español, un nativo y un negro, se asocia con Ochun y se viste de amarillo a pesar de que su atuendo original era azul. Y así con diferentes deidades de origen español y africano. En la literatura tenemos un sinfín de obras como “SAB” de Gertrudis de Avellaneda con el tema del amor de un esclavo y una colonizadora, o Ecué-Yamba-O de Alejo Campentier, escritor cubano internacionalmente reconocido, que refiere las costumbres y ritos religiosos de “Menegildo” que es la representación del pueblo fundida en este personaje. Tenemos “Cecilia Valdéz” de Cirilo Villaverde donde una parda se enamora de un descendiente de español, pero un negro enamorado de ella lo mató cuando él se casa con otra mujer blanca, tragedia que recrea la estampa de cuba en esa época semi-colonial. En la música tenemos a Caturla, cubano descendiente de español que se casó con una mujer de la raza negra y que fue uno de los primeros compositores cubanos en introducir acordes musicales afro en la música sinfónica. A Lecuona que con su “Malagueña” obra clásica de corte español rindió homenaje a sus ancestros, pero que después introdujo al afrocubanismo en sus composiciones como “El Arroyo de Palma”, “Siboney” etc. Son muchos. Todos ellos conjuntamente con nuestro poeta nacional “Nicolás Guillén” forjaron la cultura cubana.

El abuelo antes de casarse con Julia tuvo un anterior matrimonio también con una mujer negra con la cual engendro una hija la Tía Isabel (yo la conocí, estaba casada con un español) mi tía Isabel crio a mi hermana Rebeca porque no tuvo hijos. Con la abuela Julia tuvo como siete hijos; Isidro (mi papá), Armando, Marina, Gertrudis, Blanca, Nelia y Chiquitica (no recuerdo su nombre). El abuelo se casó y vivió (llegó desde la Coruña en el Vapor España) en Bolondrón, poblado de la provincia de Matanzas, aquí en Cuba. En Bolondrón, vivió

Certificado de matrimonio.

Certificado de defunción.



Diploma Forjadores del futuro.

muchos años hasta que se trasladó a La Habana. En este pueblo pequeño trabajó como administrador de la panadería y administrador y dependiente de una bodega. Contaba mi mamá que estando realizando sus labores de dependiente, entró a la bodega para comprar una negrita de 14 años muy bonita y él dijo, con esta muchacha me caso yo. Y así mismo fue, cuando cumplió la mayoría de edad la enamoró y se juntaron como se usaba en aquella época, en la unión consensual entre negros y blancos. Al pasar los años, una de sus hijas, mulata preciosa, se casó con un abogado y este último casó a los viejos como era menester. Esa hija era Marina y el esposo de apellido Reyeslovio, era también negro y muy rico; por la solvencia que le ofrecía ser tan bueno en su profesión. Todos se casaron con negros y mulatos me-

nos Nelia, que emigró a Estados Unidos y se matrimonió con un caballero blanco. Tuvieron una hija, Vivian.

Retomando la historia, podemos decir que Matanzas se le llamó la ciudad de los puentes por sus diferentes puentecillos que la caracterizan y también la Atenas de Cuba por su gran aporte a la cultura cubana. Bolondrón es una localidad cubana del Municipio Pedro Betancourt, perteneciente a la Provincia de Matanzas. Se fundó en la década de 1840 en fecha no identificada, algunos historiadores afirman que el caserío original fue establecido por un grupo de campesinos procedente del partido de Alfonso XII (actual Alacranes), mientras otros atribuyen el nacimiento de Bolondrón al paso del ferrocarril en una zona donde abundaban los ingenios azucareros y el cultivo de frutos menores. Ya en la década de 1860, existía un núcleo poblacional conformado por un caserío a poca distancia del río Auras y Gonzalo. Su población se encontraba entonces alrededor de los 100 habitantes. En sus primeros años fue conocido con el nombre de Corral Gonzalo, denominación que con el tiempo dio lugar a Bolondrón, este nombre es un cubanismo anticuado y ya en desuso que se utilizaba en la isla para referirse de forma vulgar al quimbombó. Todo parece indicar que en esa región se dedicaban al cultivo de esa hortaliza que se sabe es uno de los platos de origen africano. Dice mi hermana que en registro de Bolondrón se encuentra asentada la panadería y bodega donde trabajó mi abuelo. Por la cercanía a Varadero y la Bahía de Matanzas yo creo que el Vapor España, donde venía Evencio, arribó por algunos de estos lugares.



Abuelo de esta familia cubano-española, Evencio Díez.



Nemesio, Isidro hijo de Evencio, padre de Irasema.



Catalina, esposa de Nemesio, madre de Irasema.

Mi hermana mayor, Julia Díez, ya fallecida, contaba que el abuelo era muy bueno; ya que ellos, los abuelos, la criaron. Mi mamá, Catalina Biart, casada con Isidro Díez vivió un tiempo con los suegros y él le enseñó coplas y bailes españoles, así como cuentos y refranes. Dicen que cuando se sentaban en la mesa a comer decía jocosamente "gracias san Bruno hemos visto uno". Por suerte pude conseguir su foto. Era rubio y de ojos azules, su esposa, mi abuela Julia, de piel muy oscura fue la única abuela que conocí, cuando yo tenía como 9 años me llevaron a verla y tenía la cabecita blanquita en canas. Yo soy la hija menor de 11 hermanos, 9 de padre y madre y 2 que tuvo mi papá con otra mujer; de ahí la diferencia tan grande de edad. Mi tía Nelia, también tuvo una tienda en Bolondrón e iba Estados Unidos para comprar mercancía y en uno de esos viajes se casó con un americano y se quedó. Los hijos y nietos de Marina también viven en Estados Unidos. Mis primeras 4 hermanas nacieron en Bolondrón Julita, Magalys, Caruca y Rebeca (vive en Estados Unidos). Después la familia migró para La Habana y vivían en el municipio de la Habana Vieja en la calle San Juan de Dios cerca del Parque donde se erige una estatua a Miguel de Cervantes Saavedra.

La Habana Vieja, declarada patrimonio de la Humanidad desde 1982, fue restaurada por la Oficina del Historiador de la Habana, Eusebio Leal Spengler. Aquí se encuentran el Palacio del Segundo Cabo, hoy un museo; el convento de San Francisco de Asís, El templete, donde se encuentra la ceiba, que cada 16 de noviembre el pueblo le da una vuelta pidiendo 3 deseos donde estuvo el primer Cabildo de la Habana; se mantiene hasta nuestros días la Iglesia del Santo Ángel, muy famosa por su referencia en la novela Cecilia Valdés del escritor Cirilo Villaverde; el Prado, la Plaza de armas, el Colegio de San Gerónimo; el Parque Central, donde se yergue la estatua de nuestro Apóstol José Martí y muchos de los palacios y casas de los gobernantes españoles e instituciones clericales como conventos, etc.



Nelía, hija de Evencio, con su hija Vivian y con su nieta.

Los dos abuelos fallecieron en esta casona da la Habana Vieja y me viene a la mente los versos de Nicolás Guillén titulado "Balada de los dos abuelos": *Sombras que solo yo veo / Me escoltan mis dos abuelos / Lanza con punta de hueso, / Tambor de cuero y madera / Mi abuelo negro / Gorguera en el cuello ancho / Gris armadura guerrera / Mi abuelo blanco / África de selvas húmedas / Y de gordos gongos sordos... / ¡Me muero! / Dice mi abuelo negro / Agua prieta de caimanes / Verdes mañanas de coco / ¡Me canso! / Dice mi abuelo blanco...*

La tía Tutu se llama Gertrudis, como la madre de Evencio, y mi hermano mayor lo nombraron Luis Evencio. Otro hermano mío que nació en la misma fecha que yo, pero de distinto año se llamó Isidro como mi papá, él era compositor. Mi hermana Julita, nombrada como abuela Julia, tuvo tres hijos: el mayor, Pepito, era ingeniero mecánico, la segunda, María Elena, técnica en estomatología y vive en Estados Unidos, el tercero es médico especializado en Cirugía Cardio-Vascular y vive en Brasil. Magalys tuvo dos hijos Ivan y Renecito este último fue bailarín del Ballet de Alicia Alonso. Por su parte Fanny tuvo un hijo y viven en España. Rebeca reside en los Estados Unidos y fue la que me ayudó económicamente en el Periodo Especial. Francisco y Caridad no tienen hijos y se dedican a la religión. Por parte de Marina todos son abogados y residen en Estados Unidos como ya dije antes.

CONTEXTO HISTÓRICO EN LA ÉPOCA DE LA EMIGRACIÓN DE MI ABUELO

Evencio Diez González, protagonista de esta historia, llegó a Cuba en 1893 y en 1899 se inscribió en el Acta de Registro de españoles que optaron por su nacionalidad. De conformidad con el artículo 9 del Trata-

do de París (se adjunta certificado)¹. En medio de esta vorágine es que Evencio Diez llega a Cuba en 1893, al parecer por situaciones económicas. Después de la explosión del acorazado Maine en la Habana, Estados Unidos proporciona un ultimátum al gobierno de España y el 10 de diciembre del año 1898 se firma el Tratado de París. Los gobiernos de España y Estados Unidos desconocieron en la mesa de negociaciones los sueños y las aspiraciones de los cubanos independentistas y de los filipinos y puertorriqueños. Los españoles perdieron sus posesiones antillanas y del Pacífico y desapareció el Imperio Colonial español. Los españoles que quedaron en Cuba mantuvieron sus propiedades y sus familias.



Rebeca con su esposo, que viven en Estados Unidos.

Mi abuelo tuvo dos matrimonios, los dos con mujeres de la misma raza negra. La unión de españoles y negros consensualmente hizo que la esclavitud en Cuba fuera menos agresiva que la de los ingleses en Estados Unidos. Hay un dicho en Cuba que plantea que los españoles crearon a las bellas mulatas y yo digo que también en esta creación participaron los negros. La unión de estas dos culturas y tradiciones dieron lugar al surgimiento de la nación cubana, que se autonomizó como República en 1902.

VIVENCIAS DE UNA CUBANO-ESPAÑOLA

Ahora les hablaré de mí, soy nieta de Evencio Diez González, hija de Isidro Diez Pelletier, nací el 23 de agosto de 1955. No conocí mi abuelo español, pero soy fruto de un lindo mestizaje, pues mi madre Catalina Biart, además de tener sangre africana, y porque no, española; también descendía de chinos, ya que verán en su foto sus ojos medio achinados. A los 3 años ya sabía leer y en el alumbramiento de mi mamá alguien vaticinó que sería alguien profesional e inteligente, pasaron

¹ En este punto la autora introduce una larga explicación histórica para contextualizar la guerra de independencia de Cuba desde la época de la I República Española, así como los comienzos del intervencionismo norteamericano en la Isla. Al final del trabajo, la autora añade una serie de referencias a modo de "bibliografía" que utiliza para este fin: Áurea Matilde Fernández Núñez, *Historia Mínima de España*; Rolando Rodríguez, *Cuba la forja de una nación*; Beatriz Camino Rodríguez, *El tratado de París, 10 de diciembre de 1898*; Fundación Cooperación y Ciudadanía de Castilla y León, *La migración de retorno en Catilla León*; Eusebio Leal Spengler, *La luz sobre el espejo. Discursos, artículos y conferencias*; y Colección Fernando Ortiz, *Fernando Ortiz y España*. (N.E.)



Nietas de Evencio: Caruca, Irasema, Magaly y Fanny.

los años y estudié Ingeniería en la otrora Unión Soviética por 5 años, graduándome en el año 1980 de Ingeniera en Diseño y Tecnología de las confecciones textiles con Diploma de Oro. En el transcurso de esos 5 años estuve en diferentes ciudades de la Unión que ahora pertenecen a diferentes países. Como el tema es la emigración, pensé que sería interesante les hablara de estos lugares que visité, porque ahora ya estoy nacionalizada española, aunque en aquella época no lo era.

Estudié en la ciudad de Tachkent, capital de la actual Uzbekistán, allí conocí las costumbres y los bailes uzbekos, su plato tradicional que es el *plof*, se cocina con arroz, zanahoria picada a la juliana y carne de carnero, se le puede echar cebolla y ajo, también pasitas. Aprendí también a cocinar el *lagman*, que son pastas largas hechas a mano al momento de servir con carne de carnero y chayote. Su traje tradicional lleva en la cabeza un sombrerito llamado "*tipiteica*" y las mujeres se hacen muchas trenzitas y se peinan con "*kisli malaka*" que es una leche agria. Su religión es la musulmana y cuando se sientan a la mesa antes de comer hacen una reverencia con las manos. En los años que estuve allí todavía en ciertas regiones apartadas de la ciudad las mujeres se tapaban la cara. Dicen que cuando triunfó la Unión Soviética había un gran porcentaje de analfabetos. La primera mujer que se enrolo como actriz en un grupo de teatro, cuando regreso de una gira el padre la mando a matar por el hermano varón. Diez años antes a nuestra llegada la ciudad fue destruida casi totalmente por un sismo telúrico y a partir de ahí



Irasema frente al Instituto Textil de Tashkent.



Irasema en Checoslovaquia.

comenzó a nevar. Las bodas duran 7 días y en el mes de agosto las muchachas que se casaron ese año vuelven a vestir de novia y tienen tres días para ser visitadas y compartir de nuevo con todo el que quiera verla y por supuesto un día visite a todas las novias que pude.

En las vacaciones nos íbamos para Cuba cada dos años, pero los años que nos tocaba quedarnos allí nos hospedaban en una especie de motel llamado *Sukoï* que significa "río de pocas aguas". Allí me tire algunas fotos y adjuntare alguna a este trabajo. En mis primeras vacaciones allí me seleccionaron delegada al I Festival de la Amistad Cubano-Soviética y este transcurrió una semana en *kishiniof* la capital de Moldavia. Allí cuando llegue me recibieron dos muchachas vestidas con el trabajo nacional y con un pan y sal, es una tradición, entonces se pica un pedacito de pan y se untan de sal y se prueba. Nos hospedaron en una villa muy acogedora. En esta ciudad estuvimos 7 días participando de diversas actividades y visitando lugares importantes como la ciudad de los vinos, que se encuentra bajo tierra. No sé por qué entre tantos delegados nos escogieron a Irasema y a mí para sacarnos en el periódico moldavo. Yo estudie con otra muchacha llamada Irasema, igual que yo, que hace años es española y vive en España, ella es blanca.

También otro año visitamos Leningrado, hoy San Petersburgo, que se encuentra rodeada de puentes; ciudad otrora capital Imperial dos siglos atrás fundada en 1703 por Pedro el Grande. Pude visitar su palacio y deleitarme admirando sus estanques y fuentes, estatuas tapizadas en oro, en el que se admira la mascarilla de Catalina. Allí se encuentran los 4 edificios que conformaron el *Hermitage* museo de amplia resonancia internacional que se dice que si te paras un minuto en cada obra te demorarías 8 años en ver todo el Museo. La estación de metro más bella, es precisamente la de San Petersburgo. En Moscú contemple el *Kremly* con el mausoleo de Lenin con su imagen dentro, la catedral de San Basilio y muchas iglesias ortodoxas y museos. Los viajes a la Unión Soviética los realizamos en barco y en avión. En barco hasta y desde el puerto de Odesa a orillas del Mar Negro donde tuve la oportunidad de bajar corriendo por la extensa escalinata que se hizo famosa por el cochecito que la recorre solo en



Irasema con dos años con su hermana Magaly, nietas de Evencio.



Irasema con su hija Indira, bisnietas de Evencio.



Bisnietos de Evencio.

la película *El acorazado Potemkin*. Fui de visita a *Alma-Ata* capital de Kazajistán donde me encontré con una muchacha que me ofreció su amistad y me llevo a ver la piscina de hielo natural más grande del mundo entre las montañas del Elefante. *Alma-Ata* significa “Ciudad de Manzanas”. Dicen que en una ocasión Alma-Ata estuvo amenazada con ser sepultada bajo un alud de nieve y en tres días los soviéticos construyeron un dique para parar la avalancha, allí vi la “*figurnania Katania*” que significa patinaje sobre hielo, uno de mis deportes predilectos. También visite Bakú, Bulgaria, en fin, Kiev capital de Ucrania, hermosa ciudad llena de esplendidas rosas. Dicen que en la actualidad se encuentra semi-destruida por el conflicto ruso-ucraniano. Aquí en Kiev paseamos en yate por el río Nieper, fue una experiencia inolvidable.

En los años 60 y 70 Cuba envió a sus jóvenes a capacitarse en los países del Campo Socialista, como yo detallé antes fui una de ellas. Al regresar entre otros trabajos me desempeñe como investigadora científica donde desarrolle un trabajo importante para el aumento de la productividad del trabajo en el sector industrial, por lo que fui condecorada con la medalla “Sello Forjadores del Futuro” (medalla que nunca llegó a mis manos y actualmente la estoy reclamando). También por este motivo viaje a Checoslovaquia y estuve en Eslovenia, Bratislava y en Praga, actual Republica Checa, representando a Cuba en una reunión del CAME², ya desaparecido.

En los años 90 con el derrumbe del muro de Berlín y la caída del campo socialista en Cuba se originó una crisis económica que ocasiono un

² Abreviatura del *Consejo de Ayuda Mutua Económica*, también conocido por sus siglas en inglés, COMECON, organización internacional de cooperación económica liderada por la URSS a la que perteneció Cuba. (N.E.)

“Periodo Especial” y comenzó la migración desde Cuba a otros países. Yo también quise emigrar y aquí fue donde tuve noción de que era descendiente de español y que tenía familia en España, pues mi hermana Rebeca, que vive en Estados Unidos me pago un viaje a Alemania Federal y pude ir y cuando pase por el aeropuerto de Barcelona; me dieron el teléfono de la prima española para que me quedara, al no dejar salir a mi hija de Cuba, tuve que regresar.

Cuando se aprobó en el 2007 la Ley para nacionalizarse, mi hermana Fanny como dije anteriormente nos pudo buscar los documentos del abuelo para insertarnos en el proceso. Con estos papeles fue que yo pude acceder a ser miembro de la colonia española de Castilla y León, una sociedad que data desde principios del siglo pasado constituida para la ayuda y socialización de los motivos y descendientes de españoles y que está auspiciada por la Junta de Castilla y León. Esta sociedad me acogió y participe en sus reuniones y actividades. Me llevaron a fiestas, comidas, lugares históricos y se preocuparon mucho por mi cuando estuve enferma. Después de mucho esperar al fin me llamaron para nacionalizarme española y tengo incluso mi pasaporte. A veces he contribuido con pequeñas exposiciones de artesanía y de pintura que es lo que ejerzo actualmente siendo miembro de la Asociación de Artesanos Artistas de Cuba.

Espero que les haya gustado mi trabajo les adjunto documentos y fotos.



María del
Carmen
Elzaurdia

UNA FAMILIA VASCA EN ARGENTINA: UNA HISTORIA DE AMOR, DE TRABAJO, DE ESPERANZA

(Argentina)

– “Contáme, abuela, tu viaje a la Argentina”

– “Uuuuuuh,uuuuuh!!”, imitaba el sonido de la sirena ahuecando la boca con las manos.

Mi abuela Fermina María Eugenia Arburua Nesprias, nació en el País Vasco, en el caserío Iratxeko Berea, en Bera de Bidasoa (Navarra), en una casa grande de piedra, del mismo tipo de construcción de los que había en esa geografía, al borde de un arroyo transparente y correntoso y enclavada al pie del monte que mira al Larun, en el límite con Francia. Junto a la casa, está aún, en desuso, el edificio de la sidrería, que estuvo en su tiempo muy unida a la historia de la villa. Todo está envuelto entre robles, campos de maíz y de manzanos. Cuando fui de visita a su terruño, en ese espectáculo natural maravilloso, sentí que contemplaba toda aquella nostalgia por su paisaje, que su memoria guardaba, el olor a la hierba, el paisaje brumoso, las enormes hortensias y rosales, la música del río entre las piedras. Las huellas de su tiempo estaban allí, lo confirmaba también su retrato de cuerpo entero apoyado en una balaustrada, en una de las habitaciones del caserío. Cuánto me emocionó ver esa imagen tan querida.

En los inicios de la refundación de la Euskal Etxea Viedma-Patagones, en una oportunidad en la que nos reuníamos para organizar actividades de difusión de la cultura vasca, grande fue mi sorpresa cuando me encontré con el señor Salvador Ladera García, oriundo de Bera, quien

en la charla me contó que conocía a mi familia, porque era el cartero de la Villa y que cuando bajaba del monte, siempre lo hacía con sidra para su familia. Mientras relataba su vida allí, yo recordaba aquella descripción de mi abuela, sobre su recorrido por los senderos húmedos hasta alcanzar la villa y de cómo tenían que cambiarse vestido y calzado cuando llegaban para asistir a alguna festividad.

Vino de “Allá” a los 22 años porque su única hermana María, le pidió que la acompañara a radicarse con su esposo en Jacinto Arauz, en la provincia de La Pampa. Les comentó una vez a sus hijos que lo había pensado detenidamente porque su futuro era incierto. Su mamá había fallecido, estaba a cargo de la familia y además tenía que trabajar afuera en el campo. Sufría el sacrificio de salir algunos días, con los primeros rayos del sol, a limpiar las acequias y a cuidar los animales para volver, recién a la tardecita cuando la iglesia llamaba al ángelus. Su instinto de lucha y de búsqueda de otras oportunidades, como ella dejaba transmitir, la impulsó a su nuevo destino. Allá quedaba un solo heredero porque así lo decidía la costumbre. Aquí, no sería fácil, pero el hábito del esfuerzo estaba en todas las vivencias que trasladó como otro equipaje. El abuelo José María García Nagore nació en Legarda, una villa cercana a Pamplona. Llegó a la Argentina con su hermano Juan, motivado por el enrolamiento obligatorio que tenía que hacer para servir a los intereses militares españoles en Marruecos. No quería perder, como decía, cinco o siete años de su vida en el desierto. Allá, quedó una hermana a cargo del solar familiar. No se vieron nunca más, solo cartas y fotos que atesoraba con mucho cariño. De él, recuerdo por mi mamá, que había sido monaguillo de la iglesia de su pueblo, que trabajaba de pastor y que jugaba pelota a mano por lo que, por esto, decía, que tenía las manos muy grandes.

Mientras su hermano se dedicó a la gastronomía, administró el hotel de la Sociedad Rural de Bahía Blanca, el abuelo instaló una lechería cerca de la ciudad. Fermina y José María llegaron sin conocerse en el mismo barco del mismo año. No los empujó el tema económico, pero por referencias recibidas, a la hora de decidirse por un mejor lugar para vivir y progresar, estuvieron animados por la bonanza laboral de la Argentina. Se conocieron en Bahía Blanca, cuando la abuela y su hermana visitaban una familia amiga. El abuelo era el lechero y también, amigo de la casa. Aquí, se cruzaron sus vidas. Se casaron en el año 1913. Los dos congeniaron admirablemente porque estaban educados de la misma manera en la tradición y costumbres ancestrales, cuyos valores encarnaban en el quehacer cotidiano. Pero también, estuvieron abiertos a la integración.

De la vida solitaria del monte, pasaron al campo solitario. No hablaban bien el castellano (la castilla, el radio), confundían los artículos, situación que les hacíamos repetir porque nos despertaba ternura y los nietos les enseñábamos ante sus risas como debía decirse, usaban

palabras en euskera, la abuela cuando se enojaba decía –“Arrallua”, cuántas veces ante una dificultad mía, me parece escucharla... Así y todo, su asimilación al nuevo entorno fue inmediata, aparecieron en su vida con toda naturalidad, la bombacha de campo, la rastra, las botas, el caballo, el mate usado en forma individual, cada uno tenía el suyo y entre otros, el uso indefectible contra los vaivenes climáticos de la tradicional boina. Me parece ver el perchero del corredor de la casa lleno de gorras de vasco. Vivieron, al principio, en distintos campos, Jacinto Arauz, Darregueira y finalmente, en la Vascongada, un lugar de campo en el conocido camino La Hormiga, a cinco leguas de la ciudad de Bahía Blanca. Aquí, se radicaron para siempre dedicados al tambero y a las actividades agropecuarias. En este lugar, el paisaje humano era homogéneo, estaban instaladas muchas familias vascas, después emparentadas con la mía a través de los casamientos. A partir de entonces, construyeron su familia. Sentirían nostalgia por su villa, pero supe desde chica que adoptaron esta tierra como propia porque así lo decían y porque no querían volver, estaban felices aquí.

A veces, los escuchaba hablar “raro” entre ellos, después supe que era en euskera. Y una vez, en aquellos tiempos, cuando los escuché, les pregunté: –“¿Abuelos, ustedes, qué son?” Y me contestaron con sorpresa y también con alegría: –“¡¡argentinos!!”. Con el tiempo, comprendí que, sin dejar de extrañar sus orígenes, agradecían al país que los había cobijado. En este hermoso vínculo con la nueva tierra, eran sagradas las fiestas patrias argentinas que se festejaban, como Allí con abundante comida y alegres juegos y bailes con familiares y vecinos. El 1 de mayo, con una algarabía inmensa desde temprano se desarrollaba la yerra. La gente llegaba en distintos vehículos autos, camiones, *sulkys*, carros, a caballo y estacionaban en el patio grande pasada la segunda tranquera, previa estampida de pollos, patos y pavos, que al estilo de su caserío la abuela criaba en cantidad, porque había más espacio decía ella. La tardecita anterior habían encerrado los terneros; mi abuelo y mis tíos, y mucha gente más los enlazaban para marcarlos entre silbidos y voceríos, mientras que en el galpón chico se asaba una vaquillona con cuero, acompañada con la infaltable bota de vino, que corría de boca en boca con algún alegre desafío. A la tardecita, entre los famosos pasteles de la abuela vasca y el infaltable mate se iba armando la fiesta. Una tía vasca tocaba el acordeón a piano y los abuelos inauguraban el baile con una jota. Recuerdo que me fascinaba verlos dando giros e ir de aquí para allá al compás de la música y, cuando yo bailo vasco me vuelve ese bienestar, como cuando me perdía entre los amplios vuelos de las largas polleras de la abuela. Aún, en el recuerdo, siento el roce y el perfume de su ropa. El mismo placer aparece cuando estudio euskera aquí, la profesora me dice que debe ser genético... En este *raconto*, me doy cuenta que estas reuniones para celebrar, también afianzaban los lazos con la tierra y la familia. Ellos en este ambiente y con su marcada personalidad materializaron en sus actitudes

los valores de trabajo, esfuerzo, responsabilidad, honor, palabra, familia, perseverancia, volver a empezar, tan típico del trabajo rural y nos los transmitieron con el ejemplo, con todo el amor al trabajo, puesto en el accionar diario, porque lucharon hasta el cansancio por ser alguien, la idea de progreso y bienestar fue una motivación constante.

Tuvieron seis hijos, Sara, Encarnación, Fermina (mi madre), Juan Bautista (Txikito), José María (Josengo) y Fermín Miguel (Fermintxo). Las fotografías que acompañan este relato histórico, que recapitula lo vivido, muestra a mi familia vasca en la Argentina; la individual, a la abuela Fermina con la que compartí hasta grande, inolvidables momentos. Estas fotos fueron en ese tiempo, un vínculo entre los abuelos y su familia de origen. Esto me retrotrae a otro momento particular en la vida de ellos. Un día la abuela recibió la noticia del fallecimiento de su padre e inmediatamente construyó en la casa una ceremonia funeraria para despedirlo. Colocó su retrato en el centro de la mesa del comedor, rodeado de flores blancas y sentada en recogimiento lo acompañó largo rato. Todos estábamos en silencio respetando su dolor. Más adelante, me pregunté muchas veces qué estaría pensando en esa imagen solemne del adiós. Tal vez en las hortensias o en los senderos brumosos o en el arroyo cristalino, como mencionaba en los últimos instantes de su vida, ya enfermita, porque como en un sueño final, nos habló de las plantas, del caserío y de cómo se corrían jugando con María por ese jardín, que tantas veces trató de trasladar, pero con poco éxito porque la tierra era distinta.

Vivíamos momentos únicos en la familia grande. Todos los fines de semana, al campo. Aquí, nos encontrábamos con los tíos y los primos de la casa. El aroma a café con leche recién ordeñada en la tibia cocina de la chacra, no se aparta de mi memoria olfativa, que vuelve como entonces por ese perfume una y otra vez, a retomar el placer de aquellos instantes donde los abuelos para desayunar nos despertaban con vigorosos cantos traídos de allá. Los valores de cooperación y solidaridad fueron transmitidos a través del ejemplo. Muchas veces había llamada de los abuelos a reunión familiar urgente, porque se presentaba una situación donde la decisión había que tomarla en conjunto, porque el tema era trascendente. Así, nos fueron transmitiendo de generación en generación la importancia inolvidable de cuidar la familia, de compartir, de la cooperación y de la solidaridad.

Este mapa íntimo de mi familia materna a la que debo sumar la paterna, nos ha dibujado por dos generaciones la identidad y la pertenencia a una raza cuyos nobles valores debemos honrar y perpetuar a través de los hijos de los hijos. De la paterna, Elzaurdia- Izaguirre, también vascos, hablaré en otra oportunidad.



Isidro
Fernández
Collazo

DORINDA

(Argentina)

Bueno, hoy decidí comenzar con este relato sin ser escritor y si alguien está leyendo esto; pronto sabrá que, además: ¡tampoco sé escribir!, pero igualmente haremos el intento. Tengo más de sesenta años, vivo en Buenos Aires o en CABA, como le decimos ahora, y quiero decir también, que siempre, toda mi vida tuve conocimiento de esta historia, pero recién a finales del año 2015, es que supe reconocer, por lo menos para mí, el valor y el sentimiento que tenía. Recuerdo mi desánimo después de la derrota de las elecciones para presidente, ese estado de frustración que hizo que, con la llegada de mis vacaciones, (aclaro que soy docente de una escuela técnica del Estado, de las que son casi todas, de los que sabemos análisis matemático o arreglar un enchufe, pero escribir con injustificables faltas de ortografía) y decido para los largos ratos de ocio de tan “largas vacaciones” que gozamos en la docencia, comprar un libro.

Aclaro que después de muchísimo tiempo de no hacerlo, pero ¿Cuál? ¿Qué elegir? Y misteriosamente o por azar, es que compro “Los Profetas del odio” de don Arturo Jauretche y dónde, para mí sorpresa, en un párrafo a casi al final del libro, es que descubro el nombre de Julio Suárez, nombre para mí reconocible y que hace que revea esta historia, que, como ya dije al comienzo, de la que siempre estuve al tanto. Solo me faltaba interpretarla, sentirla y armarla. Y para eso es que quiero comenzar con esta foto.



Dora.

DORA.

Veamos, tengo la imagen, no la foto original donde la giro y puedo ver la fecha en que se tomó o en qué lugar se tomó. Es solo la imagen, pero con eso nos arreglaremos, aunque me preguntaría el porqué de esa foto, o el para quién, pero de momento no tengo respuesta a esto. Esa foto debe ser del año 42 o 43. Sé que la chica (o niña, no sé cuál es la palabra), que aparece tendría entre doce y trece años (aunque todavía no tenía tetitas) y que, por el largo del cabello es que puedo calcular la edad, además de la figura, claro, porque a los doce, sé que padeció de tifus, enfermedad generalmente transmitida por los piojos, por lo que le fue rapado el pelo (no sé cuánto), y ahí algo ya le había crecido. Ella se llamaba Dorinda, aunque siempre le dijeron Dora (porque no le habrán puesto directamente Dora no lo sé), había nacido a fines de junio del 30 y, en vida, esa chica fue mi mamá. Había nacido en una aldea marinera del ayuntamiento de Oleiros, la cual tuve la suerte de conocer, llamada Santa Cruz, frente a la ciudad gallega de La Coruña y este dato geográfico es importante para la comprensión de la historia.

Vemos que tiene un vestido muy sencillo, unos zapatos, que me da la impresión que seguramente fueron heredados de alguna hermana mayor (aclaro que fueron catorce hijos), ella la anteúltima hija y última mujer, con una expresión en la cara de satisfacción (créanme que es así porque la conocí bien y esa era su máxima expresión de felicidad) y lo más importante para ella: una muñeca. Una muñeca con un vestido mejor que el que luce Dora, lo que me hace pensar en una muñeca de cierta calidad, quizás no acorde a su condición de vida y en una difícil posguerra civil española y plena Segunda Guerra Mundial, la cual había sido un regalo de su amiga Carmencita.

Dejaré para después, la definición de amiga, ahora solo quiero completar los datos de "su amiga". Sabemos que los españoles usan muchos nombres y apellidos, como José de la Encarnación y Solidaridad Pérez Recarte de la Doña y Vino, pero finalmente ese nombre se resume a José Pérez. En este caso, tal vez sea así, pero yo el de "su amiga" lo resumo como "Carmen Franco Polo". Tal vez a muchos esto no les diga nada, pero estoy hablando de la hija de don Francisco Franco Bahamonde, caudillo y "genocida dictador" de España y doña Carmen Polo y vaya a saber uno, que otras mierdas de apellidos.

Y la pregunta es: ¿cómo una chica aldeana cuatro años menor, consigue relacionarse con una jovencita tan...importante? Pero bueno, son esas cosas de la vida, del destino, que, a veces juegan para bien y otras no tanto, aunque, para mí, solo se debió al destino y a que, con su cabello corto no tendría piojos que contagiar, algo muy raro para los ciudadanos del lugar y de la época. Pero, para aclarar un poco más esto es que volveremos a la geografía de Santa Cruz. Saliendo de ciudad de La Coruña, se pasa por el puente del Pasaje o puente pasaje, que cruza

la ría del Burgo con una vista espectacular. Prontamente, se llega a una rotonda que baja hacia su izquierda, al mar, y que llega al pueblo de Santa Cruz. En esa época, trescientos metros antes de llegar al muelle se comenzaba a pasar por el frente de la casa de Dora, casa que hoy ya no existe. Un terreno largo y generoso sobre la carretera (voy a usar palabras que son propias del lugar y que siempre he escuchado), una huerta con frutales, una casa de dos plantas, donde en la parte de abajo funcionaba un bar que atendía doña Francisca, su madre, y un portal donde Dora sabía sentarse aburridamente a pasar el tiempo, casi llegando al cruce con Sada. (Cito que Sada es una ciudad de importancia, después de Coruña y donde quizás haya sido tomada la foto).

Por este cruce y a unos cinco kilómetros, llegaba a lo que se sigue llamando el Pazo de Meirás. Definiría un pazo como una casa de piedra, señorial, rural y quizás de los siglos XVII o XVIII, aunque este había sido construido a principios del siglo XX y pertenecía a la escritora doña Emilia Pardo Bazán. Esta propiedad fue comprada, expropiada o robada, lo desconozco, por el también gallego general don Francisco Franco, como casa de veraneo, a la que a partir del año cuarenta o cuarenta y uno (esto lo supongo yo), comenzó a frecuentar la residencia. Tengo relatos de que cuando llegaba el coche del dictador, que lo hacía con su escolta de moros a caballo, obligadamente pasaba por delante de la casa de Dora.

Quisiera describir la playa de Santa Cruz. Casi todos los chicos jugaban en verano en la playa. Cuando bajaba la marea se podía ir caminando hasta el castillo, castillo artillado, que, junto al de San Antón en La Coruña, servían de defensa a la ciudad en tiempos remotos. Playa generosa en verano y de un mar claro, aunque también inclemente en sus tormentas embravecidas. Volviendo por la costa, hacia La Coruña y entre las playas de Santa Cruz y Santa Cristina, había una pequeña playa, muy reparada, llamada Bastiagueiro y que fue de dominio privado y exclusivo de la familia Franco, aunque quien hacía uso de esta era únicamente su hija, Carmencita. Así es que para trasladarse de Meirás a Bastiagueiro pasaba en su auto con sus custodios paramilitares llamados “requetés” obligadamente por delante de la casa de Dora. Hasta que un día se detiene un auto, desciende un señor que pide de hablar con doña Francisca y le dice que su hija está invitada a jugar al Pazo de Meirás. ¿Qué contestar en ese momento? Obviamente la respuesta era que sí, quién se iba a negar en esos tiempos a decir que no ante la hija del caudillo, ¿pero era lo que Francisca quería? Dora seguramente que sí, ¿para una chica de doce años, tener el privilegio de jugar con esa otra chica y en ese lugar? Sí, ¿pero la madre?

Y así fue que se conocieron. Varias fueron las veces que Dora fue invitada a esa casa de veraneo, algunas veces debe de haber ido caminando, acompañada por alguna hermana, llevando ingenuamente como presente una cesta con frutas (como si la seguridad permitiera que las



Certificado de arribo a la Argentina de Jose.



Certificado de arribo a la Argentina Dorinda.

comiera), una caja de bombones de obsequio para Dora, que atesoró por mucho tiempo (vacía por supuesto, no corrían tiempos para tanto sentimentalismo), al igual que las cartas que se enviaron cuando ella

vino para Buenos Aires, y, lo que supongo, que fue su mayor orgullo: su muñeca.

Si bien esto puede llevarnos a ciertas preguntas como: ¿por qué la hija del dictador tenía que jugar con una chica de aldea? ¿Qué soledad sentiría Carmencita? ¿Sabían quién jugaba con su hija? Sí, eso lo sabían. Y lo sabían, porque a quien voy a comenzar a llamar “abuela”, doña Francisca, y a quién conocí y con la que conviví diecisiete años, hasta que falleció el día dieciséis de junio de 1976, casi un año después que Franco y que yo sepa ese era su mayor deseo, saberlo muerto, saber que él se había ido primero, me contaba que un día un custodio le dijo: “sabemos que sois rojos, pero buena gente” porque ya habían hecho inteligencia en el pueblo.

La otra parte de este relato, y para mí, la que más me conmueve, es la vida e historia del papá de Dora, don José, mi abuelo. Nació en 1894, leía y escribía (dato importantísimo), cuentan que era muy buen mozo, casado con Francisca, ella no tan agraciada, cinco años menor y analfabeta, algo muy común para una gallega de la época y defensora de Alfonso XIII (Dios sabrá por qué). Tienen a su primera hija Josefa, Pepita, en el año doce y siendo ella un bebé, su padre viaja a América por segunda vez, en busca de un futuro. La primera había sido de soltero y al mismo país, un país de Centroamérica. Ahí trabaja como contra-maestre (especie de mayordomo) del yate presidencial, esa relación cercana con mandatarios, se reiteró por tres veces durante el transcurso de su vida (al igual que Forrest Gump visitó la Casa Blanca) y es esa una de las cosas que más me fascinan.

Cuentan de alguna aproximación con la esposa del “mandatario”, seguramente por elección de ella, hasta que decide regresar a España en el año dieciséis. Por relato de su hija mayor, Pepita, a quien conocí hasta que en el año noventa y siete fallece; mi tía, ella con cuatro años no conocía ni aceptaba a ese hombre que entraba en su casa y la desplazaba de la cama en la que dormía con su madre. Un intruso.

Con el dinero traído de América y el azar de una lotería ganada, es que construye su nueva casa de piedra y comienza una seguidilla de hijos. Nacen José y Juan que mueren muy chicos. Luego nace otro “José”, a quien conocí y que fallece en Buenos Aires en el año dos mil cuatro, con ochenta y tres años, y al que le siguen Ana, Pilar, Isidro, Carmen, Francisco, etc. Con la construcción de la casa que, como ya dije, de dos plantas, bar, huerta, salón de baile y cine. Además del San Pedro, barco de pesca cercana que capitaneaba don José. Aunque la familia estaba bien económicamente, los gastos también eran importantes por la prole que había que mantener.

Algo anecdótico para describirlo. don José contrata un domingo una orquesta para que animara el baile en el salón (un *disk jockey* de hoy).

Muy bien, pasa el tiempo de ese día y los músicos no aparecen, la gente esperando que comience el baile y don José se entera que la orquesta estaba tocando en otro salón, seguramente que por mejor paga.

Suspendida la función, es que parte en busca de los contratados y encuentra a los músicos por la noche en el camino, y comienzan las hostias, los músicos y sus instrumentos rodando por la carretera. Ocho eran los integrantes, él solo uno, con su metro ochenta y cinco y sus cien kilos de peso. Dicen que era un hombre de carácter y fortaleza y así parece. Otra anécdota, esta vez contada en mi infancia y en mi presencia por otro participante. Manolo había sido marinero del San Pedro. Siempre hacía alarde que él y don José levantaban a pulso la red cargada de pescado, cuando era necesario, no menos de cuatro a cinco hombres para hacerlo. Parece que eran fuertes...

Cuando transcurre la República, ya que don José había ido al colegio y leía y escribía, el ayuntamiento le pide si puede colaborar, entiendo que, en la parte administrativa, cosa a lo que él acepta, equivocadamente (visto desde hoy). Así es que colabora en su tiempo libre con la República, sin que me conste que fuese republicano. Solo colaborador.

El resto no sería necesario relatar para quien haya visto *La lengua de las mariposas*, film exquisito si los hay. Como a don Gregorio, una noche, ya comenzada la guerra, que creo que oficialmente comienza el dieciocho de julio del treinta y nueve, llegó a su casa el “camión” de la falange y, en presencia de su familia y principalmente de Dora, es que se lo llevan detenido. Sabían cuál era la finalidad de esa detención. Todas las noches, y a partir de las cinco de la madrugada, se sentían los disparos de los fusilamientos de los “rojos”, cumpliendo una sentencia de un falso juicio, en el cuartel de La Coruña, cuerpos que después se repartían con ese mismo camión, en las playas, carreteras y lugares lejanos de donde vivían, para que la población viera los muertos, y así generar el terror entre la gente. Ahí mismo es que su esposa se moviliza, creo que consigue contactarse con un conde a quien conocía, (todavía existían los títulos nobiliarios) y este le dice: –“que si todavía está, quédate tranquila, que mañana será liberado con la condición de exiliarse”, y de ser así, recomienda que ese mismo día ya no regrese a su casa.

De modo que, cuando es liberado al día siguiente, es que comienza su periplo. Antes, quiero aclarar, que tuvo la fortuna de no ser fusilado esa noche, porque era mucha la cantidad de “trabajo” que tenían y él quedó para el día siguiente. Así es que, a partir de ahí, pasa sus días escondidos en los montes o entre los sembradíos de maíz. Por las noches bajaba a las playas, donde se encontraba con otros parroquianos que también estaban en igual situación, siempre con el miedo de ser delatado por algún vecino falangista, hasta que consigue regularizar



Caja de bombones de madera recuperada recientemente.



Recuerdo de 31 de agosto de 1943, regalo de la hija de Franco.

su situación y poder cruzar la frontera a Portugal. Ahí, es que se embarca, (creo que) en el buque Sarmiento y con el que llega a finales de septiembre a Buenos Aires. En menos de tres meses, y a sus cincuenta años, su vida había cambiado por completo y solo por ser acusado de “rojo”. En una ciudad desconocida y desarraigado de su familia y su tierra.

Ya en Buenos Aires solo supe que se nacionaliza argentino, que trabaja en Obras Sanitarias de la Nación (empresa de agua estatal y por eso debía ser ciudadano), que vivió en la calle Defensa 127 y que fue custodio (*patovica* de hoy) en el velatorio del general Agustín P. Justo. Por tercera vez cercano a otro presidente, o expresidente, de una etapa de las historias más oscuras de Argentina. Raro ¿no? Mientras tanto, en Galicia queda Francisca al cuidado y crianza de sus hijos, soportando una guerra civil marcada como familia “roja”, luchando contra el hambre, los piojos y las enfermedades, como tantos otros.

Termina la guerra en el treinta y nueve y comienza la Segunda Guerra Mundial y la posguerra española. A seguir soportando el hambre y la miseria, como tantísimos seres humanos, a veces recibiendo la ayuda de su hermano Juan, desde Nueva York, donde, a pesar de los alemanes en el Atlántico y el bloqueo de los puertos españoles le enviaba baúles llenos de ropa para sus hijos, comida y hasta aceite de oliva español, La Giralda, del que los propios españoles eran privados.

Pasan los años y comienzan a fallecer varios de sus hijos, principalmente de tuberculosis, y cuando ya la situación se hace insostenible para Francisca por el hambre, las enfermedades y la discriminación, es que decide embarcarse para Buenos Aires con cuatro de los seis hijos que le quedaban. Pepita, la mayor ya estaba casada y con dos hijos y José II haciendo la mili en Bilbao. Parte desde Vigo con Pilar, Carmen, Dora y Quico (Francisco), todos entre diecisiete y doce años. Entre un Atlántico todavía en guerra, van primero a Cabo Verde, de ahí cruzan a Brasil, Río de Janeiro, Santos, Montevideo y luego de cuarenta y cinco

días de navegación, llegan al puerto de Buenos Aires, donde los estaba esperando don José junto a un amigo, para llevarlos a su nueva casa. Pero, el capitán del buque ya había informado desde Montevideo a las autoridades argentinas, de que llegaban con una pasajera enferma de tuberculosis, y era esperada en el puerto por una ambulancia para ser trasladada al Hospital Muñiz. Era Carmen.

Ese fue el desembarco de mi familia en Buenos Aires. José yendo con su hija para el hospital y su amigo haciéndose cargo del resto de la familia para cobijarla en su propia casa, por lo menos la primera noche.

Algo curioso. Allá por el año noventa y cuatro, y para conocer a la familia de una nueva pariente política, es que me invitan junto a mi esposa a un cumpleaños en una casa en la Avenida Directorio. Como no tenía mucho interés en sociabilizar con la gente de la fiesta, es que comienzo a prestar atención en la casa. Era una casa con estilo de principios de los cuarenta, con un desnivel a la derecha de la entrada, donde funcionaba un consultorio odontológico, un comedor grande, de techos altos, y un parque que creo recordar como amplio y con un árbol grande y frondoso como una magnolia. Mi esposa sostiene que era un gomero, en fin, no importa. Fin de la fiesta de sábado.

Día domingo, día de visita a mi familia y le comento a mi mamá, Dora, donde había estado por azar el sábado por la noche. Cuando comienzo a contar mi desinterés por la fiesta y los detalles de la casa y la ubicación en el barrio de Floresta "sur", es que me pregunta por un árbol frondoso en el fondo. Había estado y sin yo saberlo, en la casa donde ella y su familia pasaron la primera noche en Buenos Aires, en la casa del amigo de su padre. Coincidencias de la vida ¿No? El mundo es una caja de bombones diría la mamá de Forest.

Bueno, ese fue el reencuentro familiar en esta ciudad. Carmen falleció a los dos meses de su llegada. Pilar, una morocha hermosa, dos años después. Quico también se enfermó, pero tuvo mejor suerte. Dora no se contagió. Si tuvo mejor suerte, no lo sé. Se casó, le toqué como hijo, además de otros dos más, vivió su vida como pudo hasta que falleció en el año 2004.

En el año cuarenta y cinco llega José II, al que habían licenciado del servicio militar algún tiempo antes de lo previsto, por una carta que le había hecho llegar Dora a su "amiga". Ese, entiendo que fue su único pedido. Cuatro años más tarde, en el cuarenta y nueve, llega la última integrante que faltaba, la hija mayor con su marido y sus dos hijos y ahí, ya con toda la familia reunida en Argentina, es que comienza la no tan fácil convivencia familiar. Pero bueno... de esto no voy a hondar en detalles.

José fallece en marzo del cincuenta y uno, en el Hospital Español, alejado de su familia. Abandonado sería la palabra. Parece que se había vuelto violento hasta con los propios y si bien siempre “los propios” me hicieron saber quién fue mi abuelo, hoy creo entenderlo y no juzgarlo por la vida que le tocó. Lamento no haberlo conocido, nací ocho años después.

Las preguntas que me hago son: ¿qué habrá sentido don José al enterarse que su hija jugaba en la casa de la hija de quién lo obligó al exilio? Seguro que lo supo, alguien se lo habrá contado. El retrato de Dora, ¿era para él? La muñeca con la que llega Dora a Buenos Aires, ¿nunca le reveló a su padre como la había obtenido? Las cartas que le llegaban a Dora de su amiga a su casa en Buenos Aires, ¿no tenían remitente? La muñeca, obviamente se perdió con el tiempo, la correspondencia que Dora guardaba sé que las rompió, seguramente al entender todo ese entramado que le tocó en la vida, difícil de comprender para una niña o chica (todavía no sé qué palabra usar) de tan solo doce años (sé que las guardó hasta cerca de sus cuarenta).

Supongo que la relación padre-hija no debe ser fácil, pero sospecho que esta habrá tenido alguna carga extra. Seguramente habrá otras preguntas para hacerse que a mí ahora no se me ocurren.

Por último, quería volver al principio y no dejar de nombrar a Julio Suárez, quien origina este relato, conocido por mí como el dueño de la librería Cervantes, ubicada en Lavalle entre Florida y San Martín, que hoy ya no existe, donde conoce al entonces general Agustín P. Justo, aficionado a la lectura, comienza una estrecha amistad y hasta donde tengo escuchado, pero sin certeza, es que en esa librería se realizaron reuniones para programar la revolución del treinta. Este hombre, gallego de nacimiento, también de Santa Cruz, también instruido (su madre era la maestra del pueblo, y seguramente de don José también, al menos me consta que lo fue de su primera hija) era “el amigo” de mi abuelo, a quien tanto ayudó, haciéndolo ciudadano argentino, empleándolo en el Estado, en brindarle su casa a su familia recién llegada y pidiéndole el favor, vaya uno a saber por qué, que estuviese presente en el velatorio de su otro amigo, un expresidente de la nación. Hoy quiero recordar a este hombre y agradecerle todo lo que hizo por mi familia (hasta su nombre, disparó el que yo haya comprendido y escrito este relato y buena parte de esta historia).

Y ahora lo último. Creo, que a don José en España se lo acusó injustamente como *rojo*, de izquierdas. También podría contar y novelar, que, en Argentina, se lo involucrara como de derecha, por su relación con su amigo. No tengo constancia que esto haya ocurrido. Aunque hay veces en que la vida nos pone sin saberlo en lugares injustos, yo creo que esa es la vida.



Iluminada
Fernández
González

MI ABUELA FILO

(Argentina)

*Dedicado: / A mi abuela Filo / A mis padres, por
guardar la Memoria y transmitírmela.*

Me llamo Iluminada Fernandez González y nací en abril de 1946 en Vallejo de Orbo, provincia de Palencia. Este hermoso pueblo, está enclavado en plena montaña palentina. Pertenece al Municipio de Brañoseira, primer ayuntamiento de España cuyo origen se remonta al año 824. El pueblo está asentado sobre un valle entre bosques, extensas praderas y un terreno de formaciones carboníferas que se encuentra a los pies de los montes Terena y Cocote. Soy Castellana. Soy hija, nieta y sobrina de mineros.

Vallejo de Orbo, supo ser una colonia minera muy reconocida, que tuvo su época de esplendor a partir de 1915 aproximadamente en adelante. Sus dueños, muy inteligentemente pensaron en la conveniencia de tener a la gente en la explotación del carbón en una forma más digna que en las otras cuencas mineras, y que de esta manera evitaran marcharse a otros sitios en busca de nuevos horizontes. Fue así que Vallejo se planeó urbanísticamente y conto con hospital, consultorio odontológico, farmacia, capilla, plaza central, oficinas varias, economato, salón de baile, salón de ocio (llamado Circulo de Obreros Católicos), cafetería, telégrafo, teléfono, cine (*El Ideal*, que fue el primer cine

de la provincia de Palencia), escuela para niñas y para niños, con salón cubierto y descubierto para hacer gimnasia. Para ser justos hay que decir que los hijos de los mineros de Vallejo, tuvieron una oportunidad educativa única dentro del medio rural, totalmente equiparable a la de cualquier ciudad. En la parte más alta estaban las viviendas obreras. Todas cómodas, que contaban con dormitorios, cocina, *wáter*, huerto o jardín y desván. Luego estaban las viviendas de los empleados y las viviendas de los altos cargos que se distinguían por sus plantas superiores, y sus extensos jardines. O sea, había claras diferencias según las categorías de empleados de las minas según sus cargos.

Mis abuelos paternos y maternos eran mineros, pero sus condiciones socioeconómicas y laborales eran muy distintas. Mi abuelo paterno, Alonso Fernandez era ingeniero en minas y envió a sus cinco hijos a estudiar con los Hermanos Maristas. Incluso el mayor fue enviado a Alemania a perfeccionar sus estudios. Como anécdota cuento que ellos fueron los primeros en tener una radio eléctrica en el pueblo.

Otra historia muy diferente fue la de mis abuelos maternos, los llamados “los asturianos”. Mi abuela Filomena y mi abuelo Gabino, habían dejado su Asturias verde, por la tierra seca y negra mezclada con carbón de la montaña Palentina. Luego de un breve y tormentoso noviazgo que alteró las relaciones familiares, ya que ambos eran primos, se casaron a pesar de los prejuicios de la época. Él había vuelto de un viaje por Argentina y se enamoró de su prima Filomena, y a pesar de estar comprometido con otra muchacha, “el amor pudo más” y con esto jugó su vida y su destino. Ambos eran de Pola de Lena, y aunque provenía de familia minera, él fue viajante de comercio.

Llegó a Cuba y a Argentina vendiendo mercaderías varias. El hecho de viajar y conocer otros países, gentes y costumbres lo convirtió en un hombre con una visión más amplia y moderna que la de su época. Era un gran lector, y según mi madre tenía como libro de cabecera al Quijote, al que leía todas las noches antes de descansar.

Luego de vivir en diferentes lugares de la zona como Muda, Guardo, etc. recalaron en Vallejo de Orbo. Por fin encontró un lugar para vivir y se estableció con su mujer y la familia que se acrecentaba año a año. A pesar de haber tenido otra forma de vida, tuvo que adoptar la que ancestralmente traía en sus genes: ser minero y trabajar en una mina de carbón.

La Sra. Filo, “la Asturiana”, como la llamaban, era una mujer alta, fuerte, valerosa, guapa, a quien el exceso de hijos no había afectado la tersura de su piel, su pelo negro, brillante y ondulado. Tampoco sus bellas facciones en general. Mi abuela Filo trabajaba incansablemente, cocinando, fregando, cosiendo, remendando. Las necesidades eran muchas y tenía una regla: “La pobreza no está reñida con la limpieza” y la ejercía a rajatabla. Tuvo once hijos, solo sobrevivieron ocho. De los ocho, siete

fueron mujeres y solo uno varón: Obsequio González González, por eso su llegada fue considerada como un verdadero obsequio, de ahí su nombre tan significativo. Este nacimiento fue una gran alegría para la familia y para mi abuela Filo, ya que ese niño rubio y de ojos azules fue la luz de sus ojos.

La vida en esta colonia obrera, siempre giró en torno a su principal actividad, la mina y la extracción del carbón. ¡Trabajo duro y sacrificado el del minero! Debían ser valientes, esforzados, arriesgados. ¡Así lo eran! Y también alegres, porque a pesar de todo eran felices. Así también era mi abuela, alegre e incansable, siempre esperando de vuelta de la mina a su marido. La mina dio de comer a esta numerosa prole, claro con mil y un malabares que Filo debía hacer con la escasez que había sobre todo en los difíciles días de la Guerra Civil.

Eran pobres, pero dignos. Filo exigía la colaboración de todos sus hijos, entre ellas a mi madre Angelina, la mayor. Nunca bajaba los brazos. No se podía comprar zapatos para todos, pues se las arreglaba para hacer zapatillas poniendo llantas viejas como suela. De profesión costura, también cosía para quien se lo pidiera y ganar así dinero extra. No se quejaba, quizás con resignación aceptaba todo, pues era lo que habían elegido Gabino y ella. Siempre cantaba y lo hacía muy bien según mi madre. Era muy católica y concurría todos los domingos a misa, a la iglesia donde se veneraba Santa Bárbara, Patrona de los mineros. Mi abuelo Gabino era ateo.

Pero mi abuela Filo dejó de cantar y de venerar a Santa Bárbara un 13 de junio de 1947, justo el día de San Antonio. Ese fatídico día Vallejo se estremeció. Ya que sobre el mediodía la explosión de una bolsa de gas grisú en el quinto piso bajo tierra de la mina, destruyó la vida de los asturianos y de las familias de otros 7 compañeros de trabajo en mil pedazos. Vallejo de Orbo estuvo de luto. Siete días tardaron en encontrarlo aferrado al brazo de un compañero picador. La voz corrió enseñuida y no tardaron en concurrir los mineros de las comarcas vecinas a ayudar y sus mujeres a acompañar y consolar. Fue una verdadera tragedia minera que se había llevado a Obsequio, mi tío, con solo 17 años de edad. Hacía 20 días que trabajaba en la mina. Llegaron todos los familiares de Asturias a tratar de arropar y dar fuerza y aliento a ambos padres y las hermanas, dejando de lado los antiguos resquemores.

Mi madre Angelina hacía dos años que se había casado con mi padre Secundino Fernandez Rey, quien al volver al pueblo luego de la guerra, también comenzó a trabajar en la mina, pero considerándola una opción transitoria, pues no gustaba de esa profesión. Sus padres y una hermana habían muerto, dos hermanos habían emigrado a Argentina. Pensó pues en otras perspectivas de vida para su mujer y para mí, que en ese momento tenía solo dos años de edad.

La vida de Filomena y la de todos tardo en rehacerse, pero debió salir adelante. Tardo en reencontrarse con la fe, pero la deposito más adelante en la Virgen del Carmen. Esta tragedia que ocurrió en mi familia junto a otras razones (necesidades básicas insatisfechas, clima sociopolítico de opresión, falta de expectativas) fue el punto de inflexión que llevo a mi padre a tomar la decisión de emigrar para intentar lograr una mejor calidad de vida. Por eso al año siguiente en abril de 1949 dejamos nuestro lugar de residencia.

Fui la primera nieta de los asturianos y mi abuelo a pesar del dolor tan grande que llevaba y la tristeza que le significaba no ver mas a su hija mayor, a su yerno y a su única nieta, nos animó a emigrar a Argentina, porque lo conocía y decía que era un gran país. Mi abuela Filo nos despidió en Vallejo y le dio a mi madre un escapulario de la Virgen del Carmen que aún conservo.

Salimos del puerto de Barcelona. Mi abuelo nos fue a despedir. Tomamos el Buque Cabo Buena Esperanza. Eso traíamos esperanza. A pesar de mi corta edad recuerdo con claridad a mi abuela Filo, siempre vestida de negro, de pies a cabeza hasta con los pendientes, también negros. Mi abuelo murió enseguida al año siguiente en 1950. Dicen que por la silicosis. Mis tías dijeron que tanta tristeza lo enfermo.

Este es el simple relato sobre mis abuelos y en especial sobre Filo porque deseo de alguna manera homenajear a esta mujer hija, esposa y madre de mineros que no se dio por vencida a pesar de las numerosas carencias, las dificultades, los conflictos familiares provocados por el amor y pérdidas. Siguió adelante, crio sola a sus demás hijas y nunca dejo el pueblo. Allí estaban enterrados sus muertos. Es que el amor pudo más.

Siempre me planteé el propósito, entre otras cosas, de contar y sorprender, aunque solo sea a mis hijos y nietos con mis relatos Para tratar de hacerlo buceo en mis recuerdos, en mi historia, y en los relatos de mis padres que me contaban una y mil veces. Por eso es mi deseo que esta historia, perdure y se rescaten de este modo las virtudes familiares como la templanza, el coraje, la dignidad, la fe, el espíritu de lucha y espíritu de superación que de alguna manera impero en esta familia minera. También trato de sentir alegría por recordar, y homenajear de esta humilde manera a mi abuela Filo.

*Hoy quiero dar las gracias por lo que soy y por lo que no soy
por lo que tengo y por lo que no tengo.
Por haber nacido donde he nacido,
por tener la familia que tengo.
Por tener los amigos que tengo
por sentir, por recordar, por olvidar.
Por querer y ser querida,
por lo que me río, por lo que lloro,
por estar viva.*



María
Alejandra
Fernández

EL TRAZO DE LA FOTOGRAFÍA

(Argentina)

El sol enorme y rojo se iba diluyendo mansamente en las aguas del océano mientras las gaviotas, en silencioso vuelo, dejaban que mi alma soltara las emociones acumuladas y lloré, con el mismo llanto liberador que brotó a medida que me adentraba en la tierra del abuelo. El atardecer desde el acantilado del faro de Finisterre fue el espectáculo más conmovedor del que tengo memoria –y no exagero en lo más mínimo. Aquella tarde del 31 de enero de 2022 se produjo una comunión de eventos que me sacudieron íntimamente, y aún me hacen vibrar al recordarlos.

Sentada sobre una enorme piedra, con el teléfono en la mano, pude compartir ese mágico momento con mi hija Paula. Nos separaban más de 10 mil kilómetros bañados de sal y sol, sin embargo, la sentí más cerca que nunca. El final de mi viaje era algo inminente y en mi cuerpo habitaba un *tsunami* de sensaciones; durante algo más de dos meses había estado con todos mis sentidos “alerta”, absorbiendo y respirando la calidez de Galicia y su gente, en particular de mi familia, la que recuperé después de un siglo de silencio absoluto. No quería que se terminara.

Por eso me resultó tan movilizador escuchar la voz agitada de Paula, con una mezcla de asombro y admiración, ante el espectáculo magnífico que nos regalaba la naturaleza. En ese preciso instante comprendí lo importante que es la familia para mí, y aunque era viajera solitaria ellos me acompañaron a cada paso, desde el mismo comienzo.

La energía que me había impulsado a indagar en la historia familiar, a no detenerme ante las dificultades y sostener con determinación mi proyecto, permanecía intacta y algo me decía que este ocaso frente a las aguas del Atlántico, el mismo que baña la playa de mi ciudad, no

era el final sino la continuidad de un viaje que cambió definitivamente mi percepción de las cosas –aunque eso lo entendería más tarde.

Cuando era pequeña me sentía incompleta, quizá porque crecí lejos de mis tíos y primos, sin abuelos que me consintieran ni abuelas cariñosas que prepararan ricas comidas para compartir. Soy la cuarta de cinco hermanos, nací en San Isidro en mayo del 61 y antes de cumplir mis dos años mis padres, Luisa y Néstor, buscando forjarse un mejor futuro decidieron radicarse en Necochea. Tuve una infancia muy feliz, con amigos de travesuras y juegos, aunque había algo raro en mí, cierta orfandad de afecto que parece ser un sello entre los descendientes de los inmigrantes. En esta ciudad balnearia crecí, estudié, tuve un proyecto de pareja, que no fue posible sostener, y fruto de esa relación tengo dos hijos, Álvaro y Paula, que me han dado tres nietos maravillosos. Trabajé casi 30 años en el diario local donde me desempeñé como periodista y archivista, dos tareas que me permitieron crecer y aprender mucho, además de estimular mi faceta de investigadora. Actualmente, estoy retirada de la actividad y me dedico con placer a seguir rastreando los orígenes de mi familia.

Siempre fui una persona muy introvertida y bastante insegura, pero cuando descubrí mi pasión por la genealogía, paulatinamente comencé a experimentar cambios y la fuerza por conocer la historia de mis antepasados me fue fortaleciendo. No significa que los vaivenes de la vida no me afecten, sino que ya no me doblego ante el miedo ni las dudas y ahora comprendo que fue un proceso necesario para llegar a tomar contacto con una parte de mí que reclamaba atención: curar las heridas de la emigración.

No fue un camino llano, tampoco imposible. Al andar se presentaron contratiempos que pusieron a prueba mi templanza, por momentos parecía una empresa inviable llegar a saber de la vida de Manuel Fernández Espiñeira, mi abuelo gallego.

¿Cómo fue que empezó todo? El día que me di cuenta de que en la familia se sabía poco, casi nada de este hombre. No conocí a ninguno de sus nietos porque falleció en 1948 y la tradición oral decía que nació el 28 de mayo de 1884 en La Coruña, emigró a la Argentina tras haber luchado contra los moros (sic) y por esa acción había recibido una medalla. No había nada documentado, salvo su matrimonio y posterior defunción en Azul, Provincia de Buenos Aires, y esa fue la pregunta iniciática. A decir verdad, a ese gigantesco puzzle le faltaban muchas piezas y lamentablemente ya no había descendientes para preguntar si sabían si sus padres vivían cuando se marchó de Galicia, cuántos hermanos tenía o cómo era su casa... solo para comenzar.

Empeñada en salvar ese hiato, en 2018 me sumergí en un mundo de documentos antiguos, intercambié correos electrónicos con instituciones y organismos españoles hasta que un día recibí el expediente de

Manuel desde el Archivo Militar de Guadalajara. Ese documento resultó ser un hallazgo incunable, reveló 12 años de su vida, y además de los datos filiatorios, tuve la semblanza de un hombre de carne y hueso, conocí su peso, altura, color de ojos y de piel. Fue una explosión de información.

Al escribir estos hechos no me alcanzan las palabras para describir lo que sentí en ese momento y, como es de suponer, lloré de felicidad: cada vez estaba más cerca. Una vez que tuve identificada su aldea natal pude solicitar su acta de nacimiento y tiempo después llegó otra gran noticia que superó a las anteriores. Ignacio, un amigo de las redes sociales, me contactó con familiares gallegos y mantuve las primeras comunicaciones con descendientes de Francisco Fernández Espiñeira, uno de los hermanos del abuelo.

No todo fue sencillo, en muchas oportunidades me ganó el desánimo porque no obtenía respuestas y luego, cuando encontraba un hilo para continuar, recuperaba el entusiasmo. Finalmente, pude reconstruir su historia y hoy sé con certeza que Manuel nació en la aldea de Sante, parroquia de Grixalba, concello de Sobrado dos Monxes, provincia de A Coruña y fue el mayor de los siete hijos de los labradores Andrés Fernández Gómez y María Espiñeira.

A los 20 años fue llamado a cumplir con el servicio militar y en 1909, formando parte del Regimiento de Infantería del Príncipe nº 8, fue destinado a defender a la corona española en la guerra de África y, por los sin sentidos de la guerra, tuvo que abandonar sus herramientas de labranza para empuñar un arma¹. Debe haberlo invadido una sensación de vacío y temor a lo desconocido, muy diferente a lo que percibí yo al comenzar a desandar su camino, todo el tiempo vibré de felicidad.

TIEMPO DE EMOCIONES

Un torbellino de preguntas danzaba en mi mente mientras el 24 de noviembre de 2021, a pocos días de haber llegado a España con un objetivo bien definido: conocer a mi familia gallega y continuar con la búsqueda de mis raíces. Después de un largo paseo, súbitamente, el tiempo perdió su ritmo acompasado, olvidé el frío del incipiente invierno madrileño. Una extraña y cálida sensación invadió mi cuerpo, me detuve ante la antigua estación de Atocha, instintivamente, llevé mi mano al pecho y susurré: ¡llegué!

¹ Al final del relato, la autora incluye un "Informe militar de la Medalla de Melilla" con información extraída del Archivo General Militar de Ávila, en referencia a la distinción militar obtenida por su abuelo, Manuel Fernández Espiñeira, licenciado en 1910, incluyendo reproducciones de medallas y uniformes de esa época tomadas de distintas fuentes y de Internet. (N.E.)



La emoción de haber llegado a la Estación Atocha, en 2022.

En el bolsillo de mi abrigo guardaba una antigua foto, una de las pocas imágenes del abuelo Manuel con su esposa y sus hijos reunidos en la huerta de su casa azuleña. En ella se lo ve canoso y sonriente, elevando la mirada más allá del ocasional fotógrafo, quizá buscando a aquellos que quedaron en su Galicia natal. Esa fotografía borrosa por el paso del tiempo, estaba incompleta y yo estaba ahora en España buscando respuestas. La

sostuve un momento entre mis manos, observé los trazos de lápiz que mis irreverentes manos infantiles dibujaran y que, acaso premonitoriamente, con ellos intentara esbozar las figuras de los afectos que anidaban en el corazón de ese inmigrante y que estaban tan lejos, tanto que sus ojos los buscaban en la infinitud del horizonte.

Desde la estación de ferrocarril de Atocha partió Manuel con destino a Málaga para luego embarcar en el vapor Alfonso XII y, a bordo de esa embarcación, llegó a Melilla el 13 de septiembre de 1909, un viaje que fue un hito en su vida. Esa fue la primera gran emoción que me sacudió de pies a cabeza, ahogándome en lágrimas sin siquiera sospechar lo que me esperaba.

Cuando uno proyecta todo es perfecto y grande fue mi sorpresa al ir descubriendo que la realidad superaba ampliamente lo soñado. Disfruté el recorrido, lo saboreé desde antes de poner un pie en el avión, a partir del momento que comencé a planificarlo me fui impregnando de la cultura gallega, tomé clases de su idioma, investigué y leí, a través del Google Earth recorrí sus calles y conocí rincones de su geografía. Pero claro, nada es mejor que vivenciarlo, sentir la calidez del abrazo fraterno, el sonido de las voces familiares, el olor de la tierra mientras iba recorriendo esos paisajes ondulantes, tan diferentes a mi llanura pampeana.

Y el anhelado día llegó. El día en que conocería la aldea natal de Manuel... El 12 de diciembre viajé en bus desde Vigo a Santiago de Compostela, a donde me irían a buscar mi primo Manolo y su cuñado Francisco. ¿Miedo? Nada. Pura expectativa, pura adrenalina y ganas de seguir avanzando. Mi llegada fue algo accidentada, salí por una puerta de la estación de autobuses y ellos me esperaban por otra. ¡No era posible que eso estuviera pasando! Entonces, llamaron al celular y me describieron cómo estaban vestidos por lo que no fue difícil reconocer a dos hombres ansiosos que miraban fijamente en dirección a la escalera de salida. Luego de ese tropiezo inicial fue el momento del esperado encuentro, nos saludamos como si nos conociéramos de toda la

vida, con una familiaridad que resultaba subyugante.

¡Cómo se había encaminado todo!... Pensar que me encontraba en medio de los preparativos de mi viaje, cuando la pandemia por el Covid-19 impuso una pausa forzada y ese compás de espera ayudó a enfocarme en mi sueño, por lo que una vez que se relajaron las restricciones para salir del país ya me encontraba en camino a la aldea natal del abuelo donde había tanto por descubrir aún. Todo el trayecto que recorrimos en automóvil

estuve como suspendida entre nubes, miraba por la ventanilla tratando de grabar todo lo que veía, la arquitectura de los edificios, las distintas carreteras por las que nos desplazamos, todo, absolutamente todo. Mientras, sin ocultar su curiosidad y alegría, Manolo y Francisco me preguntaban por mis hermanos, mis hijos, querían saber cómo me había animado a viajar sola en medio de la pandemia y no llegaban a comprender cómo había sido posible que nadie supiera nada de la familia que tenían en la Argentina. A pesar de que recién los conocía me atreví a hacer algunas preguntas y respondieron enfáticamente, sobre todo aquellas referidas a su tierra de la que sienten un indisimulado orgullo. El problema era que olvidaban el español y terminaban hablando en gallego por lo que entendía bien poco, pero, por fortuna, tuve tiempo de volver a preguntar.

Así transcurrió el viaje en auto, la ciudad de Santiago de Compostela fue quedando atrás y nos internamos en la Galicia rural donde las bondades de la naturaleza están a flor de piel. Sabía que estaba en algún punto remoto del planisferio, lejos de casa, y confiaba de que todo saldría bien. Llegamos a Sobrado cuando declinaba el sol, nos detuvimos en el bar donde nos esperaba el primo Tono para darme la bienvenida y tomar una copa de vino con pulpo *a feira*, una linda costumbre para adoptar como propia. Pasamos un lindo momento conversando animadamente y sin percatarnos que los parroquianos nos miraban con interés. De inmediato reanudamos el viaje, tras abandonar la ruta principal el coche se internó por caminos serpenteantes, con subidas y bajadas, siempre bordeados de árboles, hasta que llegamos a destino: la casa de Juan Cotos y familia en Penagrande. La primera impresión del entorno fue turbadora, las construcciones de piedra de aspecto rústico, bajo la luz sombría, parecían extraídas de



Manuel Fernández Espiñeira con su esposa, hijos y un primo en su casa de Azul, Buenos Aires.

una película de culto, sin embargo, una vez en su interior se sentían cálidas y acogedoras. Allí nunca falta una *lareira* donde calentar un café o cocinar unos chorizos.

Apenas llegué me confundí en innumerables abrazos. Me gustó imaginar que comenzaba a recuperar aquellos que faltaron desde mi infancia, también hubo risas y buena energía de esas personas que, hasta hacía unos instantes, eran completos desconocidos, pero con quienes me unían lazos de sangre y una historia en común que se remontaba a muchos años atrás.

Desde que me instalé en la aldea me encontré inmersa en constantes compromisos, una embriagadora corriente de afecto me fue llevando a conocer primos y más primos, eran tantos nombres que no llegaba a memorizarlos. Era mucho más de lo que esperaba. Todos querían saber de mi familia, de dónde venía, cómo había sido mi viaje y tenían particular interés por saber por qué los había buscado o por qué nadie lo había hecho antes. Traté de responder a todas sus preguntas y ahora que los conozco un poco más, entiendo que ellos pueden haberse sentido olvidados, nada más lejos de la realidad. No sabíamos de su existencia hasta que comencé a investigar. Esa noche dormí un sueño angelado, me sentía la protagonista de un libro de cuentos. Y recién empezaba a ponerse en movimiento la rueda del *muiño* que iría desggranando el silencio de tantos años de ausencia.

Nunca antes había viajado al exterior y me animé a hacerlo sola, pero para compartirlo con familiares y amigos creé grupos de *Whatsapp* donde les contaba mi día a día, tan fascinante que cada vez se hacía más difícil poner en palabras las emociones que me atravesaban y encontré en las fotos un recurso documental muy valioso.

REENCUENTROS Y PARTIDAS

Uno de los momentos más especiales fue cuando visité a Dolores Fernández Ares. Lola es prima hermana de mi padre, y una referente del acontecer familiar en tierra gallega. Ella con 92 años vivió siempre en As Cruces, a pocos metros de dónde nació. Por su casa pasan todos los que, como yo, buscan saber más de nuestras raíces. Su historia personal está atravesada por la “morriña” de la emigración, porque, así como sus tíos paternos dejaron el pueblo a comienzos del 1900, en la década del 50 sus hermanos Jesús, Benigna y Anuncia partieron a la Argentina a buscar un futuro mejor.

Me quiero detener un momento en ese día, yo había llegado a la aldea días antes y ambas estábamos muy emocionadas. Ella, muy locuaz, quería contarme todo, de todo, en su gallego “chapurreado” –como suele decir– y no entendí casi nada y obviamente me quedaron pen-

dientes mil y una preguntas. Había esperado mucho ese encuentro y tenía mucho por conversar con ella, por fortuna pude regresar unos días más adelante. Más familiarizada con el idioma y a solas durante casi dos horas nos explayamos a gusto y se generó una atmósfera de amorosa confianza, algo que aún me conmueve porque recuerdo su tono afable y la tersura de sus manos, pródigas de afecto. “Gracias mi niña, gracias por buscarnos”. Conversar con Lola fue una experiencia sanadora, pude sentir su emoción al recordar el llanto de toda su familia cuando recibían carta de sus hermanas desde Buenos Aires y de los tiempos difíciles que les tocó pasar en una España que los tuvo relegados. Me impactó cuando dijo: –“era muy triste cuando se iban por el puerto del olvido (como denominaban a Vigo) porque sabían que no iban a volver”.



Dolores Fernández Ares (sentada) y mis primos Francisco, Manolo, Carmina, Pilar y Ángel el día que dejé A Coruña.

Según pude entender la postergación, el hambre y la guerra fueron el común denominador para que, a lo largo de los años, miles de gallegos dejaran su terruño, tentados por la ilusión de cambiar el rumbo de un destino que no se avizoraba benévolo en Galicia. Les faltaba de todo, aunque les sobraban ganas de trabajar porque si se destacan es por no darse por vencidos.

El matrimonio Fernández Espiñeira tuvo siete hijos varones, Manuel y Ramón se establecieron en la Argentina y el menor, Jesús partió a Cuba con sólo 16 años. Todos comparten una historia de resiliencia y dolor. Ninguno pudo regresar a su patria, se dedicaron a trabajar duro para salir adelante con lo poco o mucho que sabían hacer. Como tantos otros que nunca habían dejado su aldea, un día se vieron en la necesidad de hacer ese largo viaje de ultramar. Un viaje sin retorno.

A poco de llegar a la Argentina mi abuelo se estableció en la ciudad de Azul y se desempeñó como jornalero en el molino harinero –como los de su pueblo–. Me ilusiona creer que la llanura pudiera haberle aplinado el dolor por el desarraigo y que su labor diaria lo hacía sentirse más cerca de casa, esa casa de piedra en medio de la ondulante y verde pradera de la que nunca les habló a sus hijos. En los primeros días del año 1920 contrajo matrimonio con Albina Villarino, de esa unión nacieron seis hijos (tres mujeres y tres varones) y falleció en agosto de 1948, luego de una corta enfermedad. ¿Acaso la tristeza y la guerra le quitaran las ganas de vivir?, es una pena no haber llegado a conocerlo, aunque, a mi manera, lo honré a cada paso por su tierra. Este hombre de manos callosas y piel curtida nos dejó un legado de honradez y

bonhomía, valores que han perdurado por generaciones y que compartimos con la familia en Galicia –esa es una gran herencia–.

Mis días en España los viví a puro vértigo y aunque había soñado mil veces ir a conocer la casa del abuelo, no podía imaginar lo que sentiría una vez ahí. No sé si algún artista hubiera sido capaz de captar ese momento, y lo resumo en una palabra, sublime.

El lugar parecía una imagen de los bosques de Avalon, al final de un camino lleno de curvas, subidas y bajadas emergió la que fuera una sencilla vivienda de labradores derruida, cubierta de enredaderas tan verdes como toda Galicia. Volví a sentirme en comunión con el entorno, cada piedra guardaba el peso de la historia y los maderos parecían estar impregnados de lágrimas de olvido. Ante ese cuadro infinitamente desolador, volví a llorar en silencio.

ENTORNO VERDE

Y recordé la foto de la familia azuleña tan desdibujada y lejana que, como un espejo juguetero, comenzaba a proyectar pequeños haces de luz y, los rostros impresos en el papel parecían cobrar vida y reproducirse a medida que avanzaba por la tierra de mis ancestros. Pude hacer una última visita a la aldea de Sante acompañada de mi hijo.



Aldea de Sante, con Álvaro junto a la casa donde nació mi abuelo Manuel.

Álvaro emigró de la Argentina hace unos cuatro años y está radicado en San Sebastián. Fue a buscarme a Galicia y a conocer a la familia. Ese día recorrimos juntos el perímetro de la vivienda tratando de identificar los ambientes, imaginando escenas cotidianas y sentí que Manuel nos miraba orgulloso de tenernos ahí. ¡Es grato imaginarlo así!

El tiempo que pasé con la familia me mantuvo en pleno contacto con mis emociones, siempre *in crescendo*. Convivir con ellos fue más que placentero, me abrieron las puertas de sus casas y de sus corazones incondicionalmente, me sentí integrada y querida. Sonríe al evocar los primeros días en la aldea. Fui como una atracción de circo, los vecinos

tenían curiosidad por conocerme y saber algo de esa Argentina algo “tola” que había viajado sola desde un lugar lejano en el mapa. La verdad que algo loca hay que estar para lanzarse a una aventura así, pero con el correr del tiempo, me fui afianzando y, cuando llegó el momento de la despedida, me costó separarme de todos ellos que, fieles a su forma de ser me hicieron prometer que volvería. Pude hacerlo en 2023, y a la distancia aún seguimos consolidando nuestro vínculo afectivo y afectuoso.

Es un secreto a voces que en Galicia se come bien y se bebe mejor y, para celebrar mi llegada, se organizó un almuerzo de primos en la Casa *do Queixo*, que fue una verdadera fiesta para los sentidos. Nos juntamos en ese lugar tan bonito ante una mesa con comida deliciosa, con todos mis primos intentando hablar conmigo y con deseos de contarme algo de sus historias.

Ilusa de mí, había llevado algunos de mis apuntes y el árbol genealógico para compartir mi investigación, pero fue tal la confusión que la mejor manera que encontré para explicar nuestro parentesco fue decir: “Nuestros abuelos eran hermanos” y desde ese momento fuimos todos primos y de a poco los fui reconociendo uno a uno. De todos recibí palabras y gestos cariñosos, pero la simpleza del primo Pepe, de la Ciadela, fue la que más me conmovió. Cuando llegó el momento de despedirnos me dijo: –“Gracias por buscarnos”. Y con esa sencilla frase puso de manifiesto que, desde el interior de esa provincia gallega, ellos también se habían sentido huérfanos de afecto fraterno, como me sucedió a mí y por fortuna nos habíamos encontrado.

TRANSFORMACIÓN

Ese día fue y sigue siendo inolvidable, las figuras del pequeño retrato en blanco y negro que había llevado desde la Argentina, abandonaron las sombras del tiempo para mezclarse con sus familiares gallegos. Y, con naturalidad se fue transformando en una secuencia fotográfica de una película a la que se seguirán sumando actores –como en la vida misma–. Todo era nuevo para mí. La ciudad donde vivo tiene un diagrama de calles cuadrículado y de repente me encontré en medio de una geografía enmarañada que creí no iba a llegar a comprender y terminé amándola. Por su parte, mis anfitriones no podían dimensionar la vasta extensión de mi patria y cándidamente preguntaban: “Si había más familia en la Argentina, ¿cómo es que no se conocían?, ¿cómo es que no se buscaron?”. Si supieran lo difícil que eran las comunicaciones a comienzos del 1900 y lo intrincado que era sortear las distancias hasta llegar a la ciudad de Buenos Aires...y a eso sumarle la falta de recursos de los inmigrantes.

Si alguien piensa visitar Galicia debe llevar mucho apetito y un paraguas, porque comida y lluvia es lo que abunda. Es la pura verdad, esa tierra es verde porque es muy húmeda y su gente demuestra su afecto con una mesa bien servida, y vaya que el paladar se acostumbra. La gastronomía merece un párrafo aparte porque en ese viaje descubrí sabores únicos. No me privé de nada y probé todo lo que sirvieron en mi plato –y en mi copa–. Compartí las fiestas de Navidad y Año Nuevo donde no faltaron las tradicionales doce uvas para despedir el año viejo, la sopa de pescado, el cerdo, las croquetas, los turrones. Había de todo, aunque noté que no acostumbran a comer pan dulce, aunque sí algún budín.

En el hemisferio Norte las navidades son frías y no siempre fueron felices para ellos. Mi prima Dolores “Lolita” Fernández, que vive en Buenos Aires, me comentó que “las fiestas de nuestros abuelos han sido con mucha nieve, poco abrigo y mucha miseria”. Un panorama algo sombrío porque se comía un poquito mejor que otros días y para Reyes a los niños les ponían un dulce en el tarro de la leche, porque no había dinero para comprar juguetes. En algunas familias se cantaban villancicos y pasaban la velada sin más porque al otro día había que trabajar.

TRADICIONES QUE PERDURAN

Los gallegos se caracterizan por tener un espíritu alegre y festivo, el día del santo patrono del pueblo se celebra a lo grande, cada *concello* organiza reuniones con baile, hay ferias y conciertos en diversos lugares. Lamentablemente me perdí todo eso porque estuve en invierno y en medio de las restricciones por el coronavirus. Aunque sí pude compartir varios vermouths, jugar a los dados y verlos disputar largas partidas de tute en la sobremesa de la cena. En las aldeas aún se acostumbra a hacer la matanza de cerdos, los vecinos colaboran con la faena y entre todos fabrican los chorizos. Es una actividad comunitaria que cierra con un almuerzo. En otras casas fabrican quesos artesanales, y noté que son grandes conocedores de cada una de las variedades. A medida que transcurrían los días en la Galicia interior me fui impregnando de los aromas de su entorno y sus costumbres, aprendí que el aguardiente no es para cualquiera y si uno quiere beber agua natural se pide “agua del tiempo”, que las chulas no son lo mismo que los buñuelos; al queso de cerdo le llaman salchichón, las *orellas* se parecen a nuestras tortas fritas y que los muy pícaros me hacían hablar porque se divertían con mis expresiones... Otra diferencia es que no toman mate y les llamaba la atención mi “cacharrito” y la “hierba” que le ponía, aunque no se atrevieron a probarlo porque suponían que sabía mal. Menos mal que fui con otra actitud, llevé ganas de conocer su gastronomía y

me sorprendió gratamente porque en la cocina gallega se destacan los sabores naturales.

En el interior también conservan antiguas tradiciones, cuando fallece algún vecino de la parroquia, las iglesias repican las campanas para dar aviso y así pueden asistir al entierro, también es un momento de socialización porque luego toman un café o una copa en la taberna más cercana.

Una tarde estaba sentada al sol en la galería de Casa Cotos y noté un movimiento inusual de gente. Había fallecido un antiguo vecino de Grixalba que vivía en A Coruña y lo trasladaban a la aldea. Antes de la ceremonia la pequeña iglesia de San Xiao tenía sus puertas abiertas y me asomé a conocer su interior. En ese templo había sido bautizado mi abuelo el mismo día de su nacimiento en 1884.

UN MARCO PERFECTO

Se empañó mi visión, y volví a quedarme sin aliento al imaginar a ese bebé en brazos de su padre ante la pila bautismal, en esa austera parroquia que tanto había buscado en mis expediciones virtuales desde Necochea y, cada mañana al salir de la casa rural, podía ver su campanario recortado en el horizonte y al atardecer, con la luz difusa el sol le brindaba un marco melancólico. Me costó bastante comprender que en Galicia los ayuntamientos están conformados por varias parroquias, y a estas las integran un conjunto de aldeas separadas con una iglesia en común. Si bien administrativamente no tiene mayor injerencia, sus pobladores tienen sentido de pertenencia con su parroquia. Finalmente comprendí este concepto y di con la parroquia de Grixalba.

Vaya sí lo logré y, aunque no había nadie que hubiera conocido a mi antepasado, pude reconstruir detalles de la vida de su familia a través de los relatos de mis primos. Todos tuvieron una anécdota para compartir, recordaron las Ferias de As Cruces donde mensualmente se reunían a vender sus productos cuando el dinero era escaso, casi nulo. Las aventuras de los jóvenes, las fiestas y el recuerdo de los que ya no están, que también forman parte de sus vidas...



Los atardeceres más bellos con la imagen de la parroquia San Xiao de Grixalba.

Aunque me apasiona investigar durante mi visita me dediqué a escuchar e impregnarme de todo lo que me rodeaba, aprendí como se vive en un medio rural dotado de comodidades que ni mi abuelo ni sus hermanos jamás tuvieron. Aprovechando que estaba en Sobrado, antes de las fiestas de fin de año, me acerqué al juzgado de paz y obtuve el acta de matrimonio de los bisabuelos, Andrés Fernández y María Espiñeira, documento que me permitió ampliar la búsqueda en el Archivo Diocesano de Santiago de Compostela. Concurrí en dos ocasiones al archivo y volví con mi cuaderno de apuntes repleto de datos; originalmente la familia de mi bisabuelo vivió en el lugar de A Torre, él tuvo una hermana gemela y varios hermanos más de los que tiempo después encontré descendientes.

Este viaje tuvo varios condimentos que lo hicieron particularmente excitante, la familia, y las emociones y, a cada paso, encontrar lugares emblemáticos de una cultura muy antigua.

A corta distancia de la vivienda de Pepe Fernández se encuentra el campamento romano de Ciadela, un asentamiento militar que data del siglo II y IV. Durante el recorrido por el lugar tuve como guía a mi primo que conoce cada rincón de ese monumento arqueológico, porque su padre colaboró con uno de los primeros arqueólogos que trabajó en el sitio, además de haber sido lugar de juegos en su infancia. Ante la antigüedad de esas ruinas fue inevitable trazar una analogía, porque la Argentina es un país joven que surge como tal en 1810 y para entonces Europa tenía consolidada una larga cronología de hechos, con mucho para aprender de ellos. A cada paso, todo está teñido de historia. Los puentes romanos, las piedras amuralladas de los castros tienen siglos ahí, son parte de su identidad y los preservan.

Hubo un par de lugares que me resultaron particularmente interesantes: el Museo del Pueblo Gallego en Santiago de Compostela y el Castillo de San Antón, en A Coruña. El primero lo conocí en compañía de la escritora Aurea Sánchez Puente que dedicó un buen rato a explicarme las herramientas y utensilios que usaban nuestros antecesores para las diversas actividades y, tuvo la gentileza de obsequiarme un ejemplar de su libro “La parroquia de Grixalba - población y modos de vida”, un exhaustivo trabajo acerca de la historia de ese terruño realizado conjuntamente con María Elisa González Moro Zincke y que me permitió conocer más sobre las usanzas de las familias grixalbenses y el rol de la iglesia desde la antigüedad, entre otras cosas.

Los paseos que realicé siempre estuvieron atravesados por sensaciones que me recordaban por qué estaba allí. Eso me sucedió el día que conocí A Coruña, visité la torre de Hércules, un monumento que data de fines del siglo I y luego, desde el Castillo de San Antón descubrí la silueta del imponente edificio donde funcionara el Hos-

pital Militar de A Coruña. Otro golpe certero a mi corazón porque en ese establecimiento estuvo internado el abuelo mientras realizaba el servicio militar.

Como toda historia, esta también tendrá su final, aunque por el momento ese árbol delineado en un papel se va llenando de savia renovada, se va llenando de vida. Y con ese dinamismo, siguiendo su cauce natural, apenas regresé a la Argentina pude conocer a otra prima, María del Carmen Corral y pocos meses después me contactó Jorge Ansedé López, descendientes de Francisco Fernández Espiñeira y de Dominga Fernández Lodeiro, que fueran tío y prima de mi abuelo Manuel. A esta altura no es tan importante seguir incorporando información a mi árbol genealógico, sino que cada persona sea llamada por su nombre y ocupe su lugar en el entramado familiar que no deja de crecer.

– “Me hizo mucha ilusión cuando apareciste y ha sido como contactar de nuevo con el abuelo”, expresó Coralía Pérez Fernández, nieta de Jesús, el hermano menor de mi abuelo que se fue a Cuba con dieciséis años de edad y a quien busqué afanosamente durante los últimos años. Coralía nació en Cuba y vive en Bilbao mientras que su hermano, Ricardo se estableció con su familia en la isla de Gran Canaria, a ambos los pude conocer en 2023 cuando regresé a España y pude completar el periplo emotivo que me había planteado en un comienzo. A través de sus relatos, y el de su padre, conocí a “Pipa” un hombre que se hizo desde abajo. Llegó a La Habana (Cuba) sin nada, estudió electricidad por correspondencia y llegó a ser jefe del área de la Central Stewart, de Ciego de Ávila.

Como tantos otros inmigrantes, falleció sin poder cumplir el sueño de volver a Galicia y sus nietos lo recordaron como un hombre cariñoso, gran jugador de fútbol y de manos fuertes. Esa descripción me hizo evocar la figura de mi padre, porque las comparaciones fueron algo inevitable y surgían espontáneamente, en los rostros de mis primas gallegas encontré rasgos de mis tías paternas y de mis hermanas; en los ojos claros de algunos de los hombres descubrí los de mi papá, transparentes y brillantes. Y así, emoción tras emoción se fueron uniendo las ramas que, cargadas de retoños, crecen fuertes a cada lado del mar.

Uno de mis mayores anhelos es haber dejado en cada uno de ellos, al menos, la mitad del cariño y respeto que recibí, porque, así como me consideran valiente por salir a buscarlos sin saber qué podía encontrar, yo sé que sí no hubieran tenido sus corazones abiertos nada hubiera sido posible, era tiempo de sanar viejas heridas que nos dolían a todos por igual.

“Marcho que teño que marchar”, esta expresión gallega es una sentencia firme que grafica el momento de la despedida, y llegada a ese punto me unía a mi familia un cariño muy fuerte y aunque hoy sigamos teniendo un océano de por medio, ya no nos separa.

MI MEMORIA EN IMÁGENES



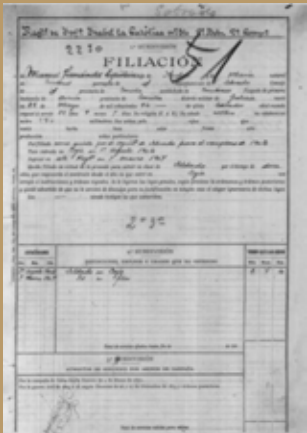
Rodeada del afecto de todos mis primos, descendientes de varios de los hermanos de mi abuelo Manuel.



Inspirador. Manuel Fernández Espiñeira.



Comité de bienvenida, Tono Ramos Fernández, Manolo Cotos Fernández y Francisco Pérez.



Hojas que forman parte del legajo militar de Manuel Fernández donde figura su destino.



Mis anfitriones. Juan Cotos, su esposa Anuncia y sus hijas Rocío y Pili en su casa de Penagrande.



En plena faena. Carmen Cotos y Anunca Cabado atando chorizos caseros.



En Ciadela. En la casa de Pepe Fernández y su esposa María cuando fui a despedirme.



Década del 60. Dominga Fernández (prima de mi abuelo) con sus hijos junto al "pallar" de A Torre.



Hoy en A Torre. Granja que funciona actualmente en el lugar donde se asentaron mis antepasados.



Finisterre al atardecer. Señalando hacia donde queda la Argentina.



María del
Carmen
Fontán Dios

EL MAR ENTRE MI PADRE Y YO

(Argentina)

Me llamo María del Carmen Fontán Dios, nací en el Hospital de Santiago de Compostela, el 1 de octubre de 1945. Me crié en la parroquia de San Pedro de Caracá, ayuntamiento de Padrón. Hija de Rosalía Dios Carbia y Ramón Fontán Gómez, naturales de la comarca. Fui emigrante cuando aún no conocía la palabra, solo sabía que mi padre había dejado la casa para irse muy lejos y tardé cinco años en volver a verlo. De la mano de mi madre y mis hermanos viajé dieciocho días hasta llegar al puerto de Buenos Aires. Vivo en esta ciudad rodeada de hijos, nietos, familia y amigos. Sin embargo, nada puede tapar el agujero que en mi corazón se abrió el día en que mi padre se despidió, mintiendo un pronto regreso. Como todo emigrante tengo la vida partida en dos. Las aguas del Atlántico dividen y a la vez son un puente entre mis raíces y mi destino.

LO QUE ME CONTARON

La jornalera de la casa de mis abuelos, felicitó a Rosalía, mi madre, por entonces de siete años, porque esa mañana las vacas habían dado mucha leche. Ella debía haber ido a la escuela, pero desde los cinco años llevaban a pastar los animales con su hermano de siete. A esa edad había cuidado las vacas más días de los que fue a la escuela, por ser mujer no era importante para sus padres que fuese a estudiar. Cada dos años nacía un hermano. Mi abuelo Manuel viajaba a Estados Unidos a trabajar y regresaba a conocer al nuevo hijo que le había dado mi abuela Esperanza. Fueron cinco niños que atendió mi madre, la mayor de las mujeres. Esa debe haber sido la razón por la que fue muy afectuosa con nosotros sus hijos, Siempre tenía canciones, a veces las inventaba. Cubría su necesidad de cariño con la ternura de los hermanos que iban creciendo con ella.

Fue pasando el tiempo y tuvo que dejar la escuela a los catorce años. Así ocurría en esa época en nuestra Galicia. Contaba que aprendió mucho leyendo diarios y algún libro que ojeaba a escondidas de sus hermanos, ellos fueron a la escuela primaria y secundaria, porque eran varones. Tampoco creían que las niñas debieran estudiar. Un verano, en la fiesta de la Merced, conoció a Ramón, era todavía una *rapaza* de catorce años, él ya tenía veinte, y miraba para otro lado, no se iba a fijar en una niña. Durante varios años se siguieron encontrando en fiestas, hasta que un día la sacó a bailar. Fue el momento de verse de cerca, se había generado esa electricidad al tocar la mano del otro y entender que a partir de ese instante una persona comienza a formar parte de nuestra vida, eso me conto mamá. Desde entonces mis padres se encontraron más seguido, él se había mudado a Carcacia, era de Padron, a cinco kilómetros de la aldea, allí trabajaba y vivía porque su madre había emigrado a Argentina y lo dejó sin casa. Ramón comenzó a trabajar en el aserradero de la comarca, fue también la causa por la cual se veían con más frecuencia. Rosalía iba a todas las foliadas porque tocaba la pandereta, bailaba, cantaba muy bien, por lo cual siempre era requerida para las fiestas.

Comenzaron a ser novios y en 1936, cuando tenía diecinueve años, Rosalía quedó embarazada. Ramón quería casarse. No había lugar para otro matrimonio. En la casa paterna de mamá, mi abuelo le dijo: –“arreglen la casa que está en la carretera y pueden vivir ahí”. No faltaron los juzgamientos, el mayor de sus hermanos no perdía oportunidad de hacerla sentir culpable, le decía que había cometido un pecado. Faltaban aproximadamente dos meses para el nacimiento y seguían viviendo separados sin casarse. Arreglar aquella casita era un trabajo largo y costoso, por lo tanto, estaba llevando más tiempo de lo previsto y nadie los ayudaba. Fue entonces cuando reclutaron a mi padre para el frente. Una mañana se encontraba en el pueblo llevando madera. El ejército lo “interceptó” y le ordenó que se presentara a la tarde. Había comenzado la Guerra Civil. Pasó algo más de un año hasta que papá volvió con permiso, aunque nunca estuvo en el frente, por ser chofer de los altos mandos, se sentía orgulloso de ello, nunca disparó su arma. Mi hermana mayor nació en octubre de 1936 y mis padres se casaron, recién cuando Regina cumplía un año. Por una carta de mi madre se enteró de que iba a ser padre otra vez. También conoció a su segundo hijo al finalizar la guerra, en 1939, un año después.

Ya no tuvo que volver a marcharse. Estaba sin trabajo, pero se sentía en la obligación de pagar de alguna forma el sostén de su mujer y sus dos hijos pequeños, aunque mamá había labrado la tierra de sus padres a pesar de sus embarazos, mi abuelo le ofreció la misma tarea, la que realizó un corto tiempo, no le gustaban las tareas del campo y luego encontró empleo en la empresa de Nestlé de *Pontecesures*. El sueldo era escaso, pero la comida se completaba con lo cosechado por mamá.

Al año siguiente un nuevo embarazo; la salud de mi madre se había resentido, seguramente por las necesidades pasadas durante la guerra, por lo cual ella no podía amamantar al niño.

Fue al hospital en Santiago de Compostela y luego de varios estudios, los médicos decidieron una alimentación reforzada para ella. Contó que, durante la guerra, solamente tomaba una taza de agua caliente, era un poco de caldo sin sustancia. Comenzó entonces a comer todo lo que podía, huevos, miel, carne, lo normal que se comía para esa época. No quería tener más hijos, pero en ese entonces no se podía ni hablar de eso. Después de cuatro años, cuando ya estaba fuerte, aunque agotada de trabajo, en un control del hospital de Santiago, le sugieren que volviera a ser madre, “para completar el tratamiento”. ¡Curiosa receta de aquellos tiempos! Fue así que cuando corría el año 1945 nació María del Carmen, quien esto escribe, y dieciocho meses después llegó mi hermano menor. Con cinco hijos en esa Galicia empobrecida, después de la guerra, la tierra no producía, había una peste en las patatas, alimento muy importante para paliar el hambre, se vivía solo del campo, la vida no resultaba fácil para mis padres. Papá tenía varios hermanos en Argentina, le pidió una carta de reclamación, uno de ellos le envió “la carta de llamada” para emigrar. Dos años y ocho meses después en 1950 papá se marchó. Entonces comenzaron mis recuerdos.

LO QUE RECUERDO

Faltaban tres meses para mi cumpleaños ¡tengo tan grabada esa despedida; pasaba mis tardes sentada en el umbral de nuestra casa esperando su regreso, me había dicho que volvería pronto. Lo esperaba en la puerta porque cuando regresaba del trabajo en su bicicleta, se detenía para saludarme. Yo corría a su encuentro, me sentaba en la bicicleta, lo tomaba del cuello y así hasta entrar en la casa. Él me llevaba en sus brazos hasta la cocina y bailaba conmigo dejándome sobre la mesa abrazada a él. Esos momentos quedaron tan grabados en mí, que imaginaba que cuando el sol se perdía, mi padre lo veía detrás del monte de Caracía, ausente y tan lejos así lo veía, entonces lo sentía más cerca. Mamá era joven, “una viuda de vivos”, como se las llamaba. Debió evitar las acechanzas de un vecino, que tenía un supuesto poder en la parroquia.

Hacia el año 1952, la aldea se “iluminó”; llegó la electricidad por fin, sin embargo, nuestra casa de la carretera siguió con el candil de carburo, sin que alguien se hubiera ocupado de que la “rebelde” Rosalía tuviera luz eléctrica. Sin embargo, mamá tenía luz y calor propios, cuando nos inventaba canciones y cuentos o llegaba una carta de mi padre y la leía a solas en la cocina, con la tibieza de su amor nos calentaba la ropa para que nos sintiéramos con abrigo en las mañanas.

Mi padre solo tardó tres días en conseguir trabajo en Argentina, vivió en la casa de una de sus hermanas en San Martín, en la provincia de Buenos Aires. Dos años después reclamó a sus hijos mayores, así quedamos los más pequeños con mamá, hasta que pudiéramos reunirnos. Viajaron Regina, con casi diecisiete años y José (Pepe) que cumplió catorce en alta mar.

Mamá seguía trabajando en las tierras de los abuelos, papá enviaba dinero, por lo cual comenzamos a estar mejor. El problema continuaba a causa del acecho que sufría con el vecino. Por eso cuando regresaba del campo o iba al molino, nosotros la acompañábamos, también al monte a buscar leña, donde hachaba los pedazos de tronco de los pinos vendidos para pagar las contribuciones.

Para mi padre tampoco era fácil la vida en Argentina. No sabía cómo solucionar sus miedos con dos hijos adolescentes; difícil para un hombre de aldea, en una ciudad grande como Buenos Aires. Regina, de diecinueve años, quería trabajar, pero no la dejaba, para protegerla, no estaba preparado para esa responsabilidad, consideraba que como era mujer debía quedarse en la casa y eso complicó la convivencia. Para no discutir, al ser menor, la internó en una escuela de religiosas y comenzó a trabajar. Tenía controles y horarios que cumplir, eso le dio tranquilidad a papá. Pepe fue con el aprender el oficio de mecánico. Papá trabajaba en una empresa en el centro de Buenos Aires, estaba con él todo el día y regresaban juntos a la casa. Así pasaron otros tres años hasta que nosotros viajamos desde Galicia.

Fue en el vapor Córdoba, salimos del puerto de Vigo, el 5 de marzo de 1955, tardamos dieciocho días en llegar a Argentina. Mamá, mis hermanos Ramón de quince años, yo con nueve y Luis Manuel ocho. ¡La emoción fue inmensa! ante un puerto repleto de personas, no me alcanzaban los ojos buscando a mi padre y hermanos. Los vi desde la borda del barco y puedo hoy al describir este recuerdo revivir la emoción de aquel momento en todo mi ser. Con mi corta edad sentí que una vida nueva comenzaba para nosotros.

Mi padre había alquilado una casa en Lomas del Mirador, en la Provincia de Buenos Aires. Siete meses después compraron un terreno y en una casilla de madera de dos “cuartos” uno era cocina, comedor y dormitorio de mis hermanos, en el otro, dormíamos mis padres y yo. De a poco se fue construyendo la casa, con ayuda de los vecinos, que también eran emigrantes y sabían el oficio de albañil y así papá aprendió a levantar paredes.

Todos grandes y pequeños ayudamos en la casa, mi hermano Luis y yo con una bomba de agua manual regábamos la huerta que hacía mamá, y colaboramos en lo que hiciera falta. Fuimos a la escuela desde los primeros días, poco a poco nos acostumbramos a esta nueva vida, crecimos y cada uno buscó su destino. Mi hermana Regina, la mayor, no vivía con nosotros. Estaba en la ciudad de Buenos Aires, pero venía a vernos los fines de semana. Pocos años después, cuando tenía veinticinco, después de una simple operación, y sin saber cuál fue el motivo, su corazón se detuvo y falleció. Fue un golpe muy fuerte para todos.

Por entonces yo cursaba perito mercantil en la escuela secundaria, pero también aprendía costura, que era lo que más me gustaba al recibirme, trabajé en una casa de modas.

LO QUE VIVO

Con el paso del tiempo mis hermanos y por último yo, nos casamos; formamos familia en esta nueva patria que adoptamos y nos adoptó. Vivimos actualmente en el Barrio de Villa Devoto de la Ciudad de Buenos Aires. Mi marido, Omar Capriati, es hijo de emigrantes italianos y tenemos una empresa familiar del rubro industrial. Nuestros hijos, Andrés, Sergio y Mariela nacieron en Buenos Aires y estudiaron aquí. Los varones se casaron con descendientes de vascos, tuvieron dos hijos cada uno, mi hija para completar la idea de que los argentinos son un mosaico de pueblos diversos, se casó con un danés, del cual nos regaló dos nietas nacidas en Dinamarca.

Ellos siempre escucharon mis vivencias y las de sus antepasados europeos. Nuestros nietos: de mayor a menor” Franco, Lucio, Dante, Emma, Iván y Filipa, mis hijas adoptivas (nueras y yerno) Verónica, Virginia y Allan, también conocen esas historias y saben de la morriña de su abuela y suegra, que aún hoy se emociona al escuchar una gaita tocando música de su tierra.

MIS REGRESOS

Transcurrieron cuarenta años hasta que pude volver, en 1996, por primera vez a Galicia. Cuando el avión sobrevolaba Santiago de Compostela: con la voz temblorosa trataba de explicarle a mi esposo cada edificio o espacio que se divisaba, y reconocía, desde lo alto.

El hospital donde nací, que hoy es el Hostal de los Reyes Católicos, la Alameda, tantas veces atravesada con mi madre, la magnífica Catedral, y al acercarnos a la pista del aeropuerto de Lavacolla, se me hizo un nudo en la garganta y poco más pude decir. Apretaba la mandíbula, como si tuviera frío, sorprendida yo misma de recordar, después de tantos años cada lugar, como si el tiempo se hubiese detenido en algún “*recuncho*” de mi corazón.

Ese primer viaje no fue suficiente, no hizo más que abrir la compuerta de la “morriña” y nos propusimos y logramos viajar en otras oportunidades. Tuve varios regresos, cada uno disfrutado como el primero, y nunca será suficiente.

Galicia sigue presente como el día en que partí, con cada verde que me la recuerda, con algunas palabras que la traen de vuelta, con la música, con los grupos de emigrantes que nos reunimos en esta patria adoptada, Galicia vive en mí. El destino del emigrante es ese, partir para seguir partiendo. Regresar para volver a partir.

IMÁGENES APORTADAS POR LA AUTORA







Martha
Albys
García
Faure

MÁS QUE UNA FAMILIA

La incidencia de la emigración asturiana en el desarrollo de la región de Guantánamo durante los primeros cuarenta años del siglo XX

(Cuba)

INTRODUCCIÓN

La región de Guantánamo guarda en el anonimato numerosos acontecimientos socioeconómicos y culturales protagonizados por inmigrantes, siendo la asturiana una población considerada de las más significativas en este territorio oriental. La cultura que hoy exhiben diferentes familias se ha conformado con el aporte de los llegados al territorio, quienes transmitieron un legado a sus descendientes, marcando, de manera consciente o inconsciente, la proyección social.

En el mismo momento en que la metrópoli perdió su colonia cubana, la emigración española a la isla, paradójicamente aumentó; entre ellas la asturiana. Esta fue notoria en la primera mitad del siglo XX, aunque ya había destacado desde fines del siglo XIX en que ocupó el segundo lugar, solo superada por la de islas Canarias. Los que abandonaron un día el suelo querido de su patria, buscando mejores condiciones de vida, se fueron involucrando poco a poco con su nuevo destino, con el que establecieron fuertes vínculos afectivos, ya no en territorio extraño, sino en tierra de amores, que los acogió como la que los vio nacer.

La emigración asturiana, como la de otras regiones de la península, fue constante, aunque no homogénea según los periodos y procedencias. Aquella fue significativa en la etapa comprendida entre 1882-1935, varias causas la motivaron como: problemas demográficos, políticos y económicos en España. La emigración buscaba ante todo un futuro más próspero.

La información llegada a la península sobre oportunidades económicas que existían en la otra orilla del Atlántico, transmitida por la correspondencia a familiares y amigos, generó una reacción en cadena conocida como –“efecto llamada”–, lo que provocó oleadas migratorias. A esta situación se sumaba la posibilidad de evadir el servicio militar por la guerra en Marruecos, Ceuta, Melilla y Tetuán, así como otras responsabilidades civiles; la idea del desarrollo económico a partir de fuentes de trabajo que ofrecían los norteamericanos, en la base naval de Guantánamo y otras instalaciones; aspectos que estaban favorecidos por la similitud del idioma lo que propiciaba el natural acercamiento del asturiano a la nueva sociedad. Fue favorable, además, la existencia de leyes migratorias españolas que beneficiaban la movilidad y la viabilidad de materializar este empeño con el concurso de las compañías navieras que salían de Gijón hasta los puertos de Cuba; sin desconocer el atractivo aventurero que podía tener visitar una región allende los mares¹.

Desde el Puerto de Gijón, conocido como El Musel, salieron numerosos asturianos hacia América y en particular hacia Cuba; desde allí salió Jerónimo García Suárez y otros muchos que seguían camino hacia la tierra de entre ríos: Guantánamo. El parecido físico- geográfico de esta ciudad con Asturias fue, en gran medida, el motivo por el que muchos emigrantes se quedaran en esta ciudad, con la esperanza de encontrar un hogar seguro y familiar.

DESARROLLO

Entre 1902 y 1958 Guantánamo tuvo un desarrollo económico, social y cultural significativo, que la transformó de la categoría de villa, otorgada en 1870, a la de ciudad en el siglo XX.

En el periodo de la primera gran oleada migratoria, Guantánamo se proyectaba como un municipio próspero, a partir de la actividad agropecuaria. La superficie cultivada estaba dedicada mayormente a la caña de azúcar, con cinco centrales azucareros y otros tres ubicados en municipios aledaños como Yateras y Songo; tenía la segunda bahía más grande e importante de Cuba y el puerto de Boquerón, donde atracaban barcos de porte regular que procedían de diferentes países del mundo para cargar el azúcar, la sal y otras mercancías. La actividad azucarera y la portuaria le dieron vida y desarrollo al municipio. La base agraria también aportó a la diversificación productiva con cosechas de café, cacao, maderas preciosas, cultivos varios y la cría de ganado vacuno, entre otras. La base naval norteamericana, por su parte, empleó a muchos emigrados en trabajos de diversa índole y categoría.

¹ La autora de este trabajo ha encontrado la valiosa información en el Archivo Provincial de Guantánamo, en documentos y materiales aportados por familias de emigrantes, entre la que se encuentra la conservada en el archivo familiar. Todos los datos están argumentados y debidamente referenciados en un libro inédito titulado: *Decir Adiós. Del Principado de Asturias a Guantánamo, la tierra de entre ríos (1902-1958)*, escrito en 2019. (N.A)

Asimismo, se desarrolló una economía de servicios que complementó la base económica de la localidad.

Igualmente existió un crecimiento de la infraestructura como: la creación del ferrocarril en 1856, a solo ocho años del de España, lo que demuestra la importancia del territorio y el carácter emprendedor de las personas; la creación de la red de acueductos en 1902; la introducción del sistema de luz eléctrica en 1905, la llegada del automóvil en 1907; también contaba con una amplia red de caminos y terraplenes que comunicaban con toda la República, entre otros adelantos.

La presencia asturiana fue favorable para el desarrollo económico y de servicios del territorio. Las personas llegadas en solitario o en familias se dedicaron a diferentes actividades, lo que habla del carácter emprendedor de este emigrante. Ellos tuvieron comercios y almacenes en toda la isla como: la producción de tabaco y de cigarro, siendo las marcas más sobresalientes: “Punch”, “Hoyo de Monterrey” y “Belinda” del primero, y la “Gener” y “Edén” del segundo, trabajaron la perfumería, la producción y refinado de aceites vegetales como el de soja y maní, estableciéndose la marca “El Cocinero”, desarrollaron la producción de tortas de harina, pienso, jaboncillo, abonos químicos y licores. También incursionaron en la actividad bancaria, con una clientela fundamentalmente de productores de tabaco, de la financiera de autos, almacenistas de víveres, cosecheros y comerciantes de piña. Asimismo, se importaban productos de ferretería de diferentes giros. La industria confitera tuvo su representación en “Siré S.A.”, destacándose una vasta producción de galletas finas, caramelos, bizcochos, chocolates, etc., colocándose en la tercera más importante de la isla con alta responsabilidad en el abastecimiento del mercado nacional; aunque esta industria era propiedad de ocho accionistas, entre los que aportaron mayor capital estaban las familias descendientes de asturianos Fernández Castro, Fernández Trapa y Fernández González. Se suma a esta lista la construcción por Estelvino Alfonso Trapiello, hacendado asturiano, del Gran Hotel Bristol, fundado el 12 de diciembre de 1924 para dar servicio en lujosas habitaciones. También los asturianos desarrollaron laboratorios productores de especialidades farmacéuticas, biológicas y de la opoterapia, como L. García y Compañía, fundada en 1940 y cuyo gerente, el emigrado Leoncio García López, natural de Oviedo, había llegado a Cuba en 1920. Estas y otras empresas, aunque radicadas en diferentes localidades incidían en Guantánamo donde existían distribuidoras por la aceptación que tenían los productos.

En Guantánamo el inmigrante asturiano que no era militar, se dedicó fundamentalmente al comercio y al trabajo del campo. Por ejemplo, mi abuelo Jerónimo García Suárez, nacido en Sobrescobio, Asturias, el 24 de julio de 1892, radicado en Guantánamo, después de estar el 3 de octubre de 1918 como administrador en la tienda mixta y comercio de víveres en la colonia de caña El Manantial, perteneciente a central Esperanza, propiedad de su cuñado, el también asturiano Ramón Sánchez y Armador, levanta un capital que le permitió abrir su propia tienda mixta en Macurijes, el 6 de noviembre de 1920, con un capital inicial de 7.500.00 pesos oro, que incrementó con la compra de esta-

blecimientos y fincas que fueron vendidas hacia 1950, en el umbral de su regreso a Asturias acaecido el 27 de mayo de 1953, después de muchos años de residencia en la localidad.

Largos años de convivencia en la ciudad le permitieron hacer una familia y destacarse como comerciante en el contexto regional. Creó una familia con la cubana Margot Durán, mujer blanca, hermosa, de mediana estatura, amplias caderas y mirada atractiva. Él la conoció casada y con un hijo, pero ni siquiera los convencionalismos de la época lo hicieron considerar su postura. La atracción fue mutua, y aunque ambos lucharon por detener la fuerza del amor, Margot decidió abandonar a su primer esposo y rehacer su vida con el asturiano.

De esa relación nacieron sus dos hijos en la primera mitad de la década del veinte: Olga y Luis, reconocidos y protegidos por el padre que, a pesar de no haber contraído matrimonio legal con Margot, les prodigó todas las atenciones a su descendencia, la que luego extendió a sus nietos nacidos en Guantánamo. Sus hijos, mi padre y mi tía, contaron con la mejor educación. Mi tía Olga estudió en la escuela religiosa Sagrado Corazón de Jesús; mi padre en la Escuela La Salle; para garantizar su protección, mi abuelo Jerónimo costeaba la pensión ubicada en Calixto García esquina Narciso López, propiedad de su coterránea María Infanzón, profesora destacada de esta ciudad, ya jubilada para los años 30.

El abuelo Jerónimo se ganó con su prestigio y educación el cariño y respeto de todos. Mi padre conoció y se enamoró en El Manantial de mi madre, Lidia Aurora Faure Trutié, hija de descendientes franceses. Los jóvenes, menores de edad, quisieron consumir su amor, para lo que tuvieron que contar con la aprobación de sus mayores. Los padres de ambos tuvieron que autorizar el matrimonio, colaborando con esta aprobación mi abuelo Jerónimo García quien no solo autorizó a su hijo Luis a contraer nupcias, sino que también fue padrino de la boda por la iglesia católica, una demostración de su formación religiosa y su pensamiento abierto. Asimismo, mi abuelo fue padrino de mi bautizo, única nieta hembra, de una descendencia de tres nietos: Luis Jerónimo, primogénito del matrimonio, Rafael, el más pequeño y yo, Martha Albys, la mediana.

Luego de unos años en la región, mi abuelo se trasladó a la ciudad, vivió primero en Calixto García, entre Narciso López y Paseo, luego se ubica en un domicilio propio, sita en Agramonte y Aguilera. En este inmueble también se encontraban almacenes de café de su propiedad, viviendas de alquiler y otros locales que él rentaba con fines diversos de índole social y de servicios.

Recuerdo a mi abuelo como un hombre bien parecido, de mediana altura, de entradas pronunciadas, cariñoso y afable. Su físico era agradable y siempre mostraba buen carácter, era simpático y de sonrisa fácil, cualidades que no solo le garantizaban el afecto y respeto familiar, sino el trato cordial de los conocidos, tanto en la zona rural como en la ciudad.

Mi tío Manuel de Jesús, su hermano, realizó el viaje desde Asturias con mi abuelo. Ambos mostraron habilidades para acrecentar las ganancias familiares con el trabajo duro y honrado. Estar juntos en la misma

ciudad, seguramente los ayudó a paliar la nostalgia por la lejanía de la patria amada, donde habían dejado a su madre, la que vio partir a sus hijos, dos de ellos con destino a Cuba y el tercero hacia las tierras firmes del continente. Los hijos radicados en Guantánamo siempre se ocuparon de atender sus necesidades.

Manuel de Jesús, junto a dos asturianos de Sobrescobio: Manuel Gutiérrez Álvarez y Fernando Gutiérrez Álvarez, fundan la tienda mixta con negocio de cafetería, dulcería, restaurante y hotel nombrada “El Montecarlo”, con un capital inicial de 15.000,00 pesos, establecimiento ubicado en Calixto García Norte # 6 y 8, entre Flor Crombet y Aguilera; queda constituida así la sociedad Gutiérrez-García y Compañía, inicia el 3 de noviembre de 1941.

El legado de mi abuelo está presente, no solo en el apellido que aún conserva la cuarta generación de descendientes, sino en múltiples costumbres familiares que se han transmitido de una época a otra. Nos legó un acervo material e inmaterial que puede resumirse de la siguiente manera: mi padre vivió hasta su muerte en la casa de mi abuelo Jerónimo, ubicada en Agramonte y Aguilera, todavía hoy patrimonio familiar; se conservan fotografías que testimonian la historia familiar, se mantienen tradiciones culinarias no solo en los gustos por comidas y condimentos sino en la manera de preparar los alimentos, se aman los embutidos, los chorizos y la fabada, la sidra asturiana, el dulce de leche cortada, la siesta y las fiestas, el gusto por las reuniones familiares, entre otras costumbres.

CONCLUSIONES

Guantánamo siempre fue un lugar abierto a la emigración asturiana, un destino seguro que recibía siempre al nuevo viajero. El talento, la capacidad de trabajo y el concepto de familia permitió que el asturiano hiciera de esta tierra su nuevo hogar. Sus aportaciones fueron tan valiosas que marcaron de manera definitiva el perfil sociocultural y económico del territorio, compartido con otras migraciones importantes, no solo llegadas de España sino también de otros espacios del Caribe, como la franco-haitiana, entre otras.

El inmenso amor que mi abuelo dispensó a su familia, fue reciprocado por sus descendientes, los que con orgullo y respeto valoramos nuestras raíces; ahí radica, precisamente, el estímulo para haber realizado una investigación mucho mayor sobre las familias asturianas. Gracias a las buenas relaciones que mantuvo con sus coterráneos se obtuvo valiosa información que son la base de este y otros trabajos. Mi querido abuelo regresó a su tierra en 1953, aún lo recuerdo asomado en la puerta del tren que lo llevaba a la capital, agitando sus manos, diciendo adiós. Nunca más regresó, aunque siempre lo esperamos. Murió un 15 de diciembre de 1981 en Gijón. Sus restos mortales están en su tierra natal, pero su corazón se quedó aquí, con nosotros, con sus descendientes, los que cada día hacemos homenaje a su memoria.



Pablo
Daniel
García

EL MISTERIO DE NUESTRO APELLIDO

(Argentina)

Todavía recuerdo¹ las sobremesas de los domingos a finales de la década de los 90, cuando mi padre aprovechaba para contarnos anécdotas de su familia. En esas sobremesas, mi padre nos contaba historias de su infancia y de sus abuelos. Una de las historias que más me gustaba escuchar era la razón de nuestro apellido; según mi padre, nunca debimos llamarnos García. Como tantos argentinos, éramos hijos de las corrientes migratorias, de aquellos europeos que buscaban “hacer las Américas”. La historia de mi bisabuelo, un simple campesino, explica el origen de nuestro apellido. Según mis padres y tíos, mi bisabuelo era el protagonista de una historia de amor prohibido, traición, robo de identidad y olvido. La historia es tan increíble que podría ser el argumento de cualquier telenovela de la tarde. No fue hasta varios años después que tomé conciencia de lo particular de esta historia y decidí investigarla a fondo.

José nació en algún lugar de Asturias, en una familia humilde de campesinos. Se casó con algo más de 20 años, pero su vida cambió radicalmente cuando, por un motivo desconocido, decidió huir a América a bordo de un barco como polizón. Abandonó a su esposa y nunca más regresó a su tierra. ¿Qué le llevó a hacer eso? En la familia siempre supimos que la vida de mi bisabuelo antes de llegar a la Argentina era un verdadero misterio.

Los primeros años de José en Argentina, a principios del siglo XX, fueron difíciles y confusos. Sus nietos recuerdan diferentes detalles de sus vivencias, lo que dificultaba reconstruir su historia con precisión. José no lo había puesto fácil, ya que nunca hablaba de su pasado.

¹ Un relato escrito por el biznieto de José González Rodríguez, asturiano y emigrado a la República Argentina en 1916 (aproximadamente). (N.A.)

Me propuse reconstruir la historia de mi bisabuelo, un hombre que había sido un misterio para nuestra familia. Quería saber por qué había huido a América y qué había sido de su esposa. También necesitaba encontrar a sus descendientes que habían quedado en España; para poder comprender mejor la historia. A partir de aquí, contaré la versión familiar de la historia de José, basada en documentos escritos que he recopilado, como cartas y actas de nacimiento, así como en la transmisión oral de diferentes familiares implicados directamente.

LO QUE OCURRIÓ DEL LADO ARGENTINO

Mi bisabuelo llegó a la Argentina en 1916, luego de hacer escala en el puerto de Uruguay. Lo hizo a bordo de un barco como polizón. Su contacto en Argentina era un amigo asturiano, Rafael García, que vivía en ese entonces en Tandil, una pequeña ciudad de la provincia de Buenos Aires. José llegó a la casa de su compatriota García, quien le ofreció cobijo por algún tiempo. Allí conoció a Encarnación de los Sagrados Corazones de Jesús y María Ortiz de García, una joven granadina de unos 20 años que era la esposa del dueño de casa. José y Encarnación, ambos recién llegados a Argentina y solos en una tierra desconocida, pasaban largas jornadas juntos. Poco a poco la amistad se convirtió en amor. Se estaba gestando la traición. Tienen claro que no pueden seguir ocultando sus sentimientos y planean huir juntos. Encarnación urdió un plan para escapar con su amante. Le dijo a su marido que tenía que ir a comprar víveres a una conocida tienda de la ciudad. Los fugitivos aprovecharon la distracción para escapar y esconderse en el monte de las sierras de Tandil.

Una vez en el monte, José empezó a construir una vivienda precaria de adobe para vivir juntos. Sin embargo, mi padre cuenta que su abuelo siempre fue un poco torpe. Para realizar los ladrillos de la casa, utilizó barro de un chiquero cercano, lo cual provocó que la vivienda se llenara de un hedor animal insoportable.

Mientras que permanecieron escondidos, José se dedicó a tareas del campo para sobrevivir, y Encarnación se ocupaba de las labores domésticas. Poco tiempo después Encarnación queda embarazada. Estamos en el año 1927.

La llegada de un hijo supuso un punto de inflexión en la vida de José y Encarnación. La situación había cambiado. Ya no podían seguir escondidos en el monte, viviendo en precariedad. Necesitaban un lugar seguro para criar a su hijo. Sin embargo, no podían volver a la ciudad donde estaba el marido de Encarnación. La pareja emprende un nuevo destino, recorrer 170 km para probar suerte en una nueva ciudad, Mar del Plata.

EL MISTERIO DEL APELLIDO

Instalados en la nueva ciudad, mi bisabuelo se registra como José “García”. Había adoptado el apellido de su amigo, Rafael García. ¿Por qué lo hizo? La respuesta no está clara, pero podemos suponer que estaba tratando de borrar su pasado. ¿Tenía motivos para no ser encontrado? Llegarían dos niños más a la familia, Dante y Elvira. Siendo esta última, clave para descubrir el pasado de su padre. En la década de 1940, una carta procedente de España llegó a la casa de un vecino de José y Encarnación. La carta estaba dirigida a José, una mujer llamada Natalia se presentaba como su hija.

En el barrio era común que un vecino hiciese de apartado postal para recibir la correspondencia de familiares y amigos de España. Natalia, decía ser hija de José González. En ese momento, sus hijos conocieron la verdadera historia de su padre. Fue Elvira la que tomó la iniciativa de responder las cartas de su media hermana que había quedado en España. Durante años mantuvo diálogo por correspondencia. Los mensajes que cruzaban el océano con frecuencia terminaban siempre con la misma frase: “Gracias por hacernos saber que nuestro padre está bien”.

José nunca volvió a España. Fallece en diciembre de 1967 en Mar del Plata. Y Encarnación lo hace en la década de los 90.



José y su esposa Encarnación (detrás) en la vivienda de madera donde vivían (Mar del Plata, década del 50)..

LO QUE OCURRIÓ DEL LADO ESPAÑOL

José González Rodríguez y su hermano gemelo nacieron a las 8 de la tarde del 28 de noviembre de 1886 en su casa de Tineo, una villa de Asturias, en la provincia de Oviedo. Sus padres eran labradores, y José y su hermano aprendieron el oficio desde muy pequeños. José González Rodríguez, con 23 años de edad, contrajo matrimonio con Segunda Álvarez en 1909. La pareja tuvo tres hijos antes de que José tuviera que partir: José Manuel, Vicente y Natalia. Como obrero y hombre de campo, José y su familia se vieron duramente afectados por la crisis económica que azotaba España a principios del siglo XX. Los salarios eran bajos, las condiciones laborales eran precarias. La familia González Rodríguez se empobrecía cada vez más. José comenzó a involucrarse junto a su hermano y padre en movimientos políticos en busca de mejores condiciones para los trabajadores. Esta postura política puso en peligro sus vidas. Padre y hermano tuvieron que huir y esconderse



Montaje fotográfico aportado por el autor a partir del certificado de nacimiento de su abuelo.

en cuevas, pero fueron descubiertos y el padre asesinado. José, por su parte, optó por huir en barco a otro continente.

La esposa de José asumió su partida con esperanza de que regresaría. Sin embargo, en 1916, la prensa publicó en portada el naufragio del transatlántico *Príncipe de Asturias*, con más de 500 personas muertas. La noticia llegó rápidamente al pueblo, y la esposa de José dio por hecho que su ma-

rido había muerto en el mar. La teoría del naufragio y fallecimiento de José cobró fuerza en ausencia de noticias sobre su paradero. La viuda, tuvo que sacar adelante a sus tres hijos en una vivienda a medio hacer y sin tejado tal como la había dejado su marido. Segunda Álvarez, no se volvió a casar.

Décadas después del supuesto naufragio, José reapareció en la vida de su familia. Escribiría algunas cartas, les contaba que estaba recorriendo América, envuelto en algunos negocios, algo que no era cierto. Posiblemente evitaba dar detalles sobre su paradero.

En aquellos años, los europeos emigrados a la Argentina solían reunirse en bares o casas particulares para charlas y recordar la tierra que habían dejado atrás. Frecuentemente lo hacían en casa de mi bisabuelo. Por medio de uno de estos vecinos y conocidos en común, fue como su hija Natalia pudo localizarlo y, por fin, ponerse en contacto con su padre.

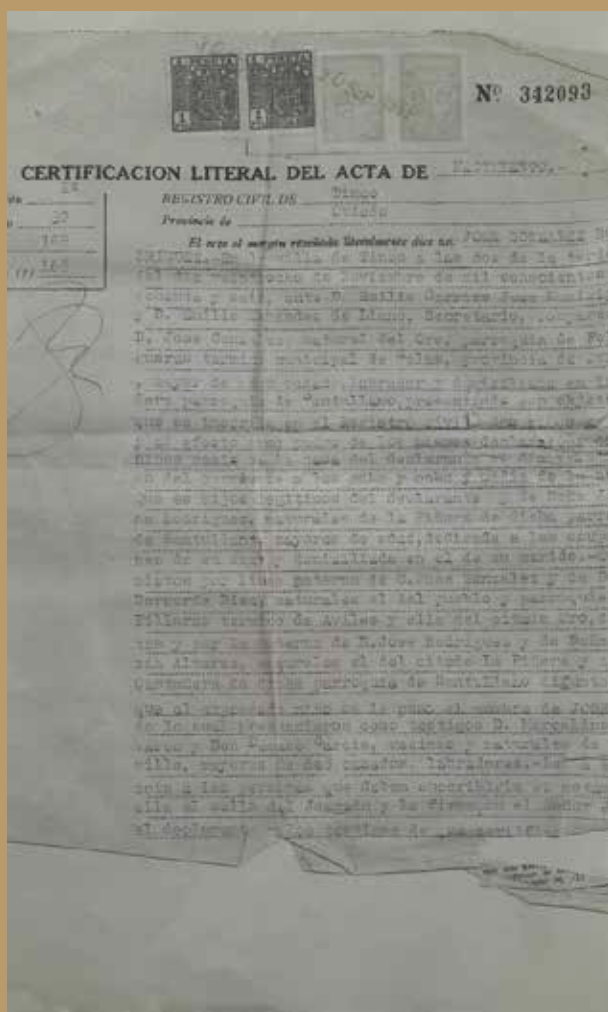
Si bien desconocemos los motivos exactos que llevó a mi bisabuelo tomar cada decisión, estamos casi seguros de que, por razones políticas y temiendo por su vida, no quería correr la misma suerte que su padre. Mi bisabuelo, ahora José García, había formado dos familias, una en España y otra en Argentina. Yo, su bisnieto, quería saber que había sido de la otra familia.

LO QUE OCURRE EN LA ACTUALIDAD

Cuando empecé a documentar esta historia, supe que tenía que dar con la familia para conocer como habían vivido su versión de la historia. Con el acta de nacimiento de mi bisabuelo en mi poder, sabía el lugar exacto donde empezar a buscar. En 2023 me puse en contacto con el departamento de Turismo del Ayuntamiento de Tineo. Gracias a su colaboración con otros departamentos se pudo acceder a los archi-

vos parroquiales de la zona. Allí pude encontrar información detallada sobre la historia familiar de mi bisabuelo. Pero todo parecía indicar que no quedaba ningún descendiente vivo en esa zona.

Un mes después de empezar mi búsqueda, recibí un correo del ayuntamiento que decía: “Hemos encontrado a uno de sus nietos, Maximino, está emocionado y quiere conocerlo”. Maximino, el nieto de José, nunca conoció a su abuelo. Su abuelo había huido de España a Argentina cuando él no había nacido. Maximino creció escuchando historias sobre su abuelo, contadas por su abuela. Puedo decir que ahora seré yo, su bisnieto, quien le cuente las andanzas de su abuelo en Argentina.



Certificado de nacimiento.



Ester
Gil
Gómez

GALICIA, TIERRA DE EMIGRANTES

(Argentina)

Si la sociedad está mal organizada (como lo está la nuestra), y un pequeño número de personas tiene poder para oprimir a la mayoría, cada victoria sobre la naturaleza contribuirá, inevitablemente a acrecentar ese poder y esa opresión, Esto es lo que está sucediendo actualmente. (León Tolstoi)

Desde noviembre de 1878 a febrero de 2024, ciento cuarenta y seis años en la vida de una familia. Heredada de una raza y una historia, la cual aceptamos, no como una carga, sino como un enriquecimiento, y agradecidos por el simple hecho de la supervivencia, porque cada uno de nosotros nos hemos desarrollado en la forma que la naturaleza nos ha dictado. Galicia, esa tierra fértil, verde, con aguas cristalinas, mares que la bañan, montes, toxos y retamas, castaños y abedules, robles, pinos y sus olores y colores, tierra de encanto, duendes y misterios de mi tierra gallega que no alcanzó para albergar a sus hijos.

Se convirtió, desde hace muchos años, en tierra de emigrantes, expulsó a su gente al desconsuelo, al mar oscuro, es una de las razones por las cuales hoy sus aldeas están casi desiertas. La historia que hoy se escribe, contada por abuelas y bisabuela, por padre y madre y algunas partes vividas por quien esto narra.

1878, precisamente el 1 de noviembre, nace en Sante Benita López Gómez, la mayor de tres hermanas (Manuela y Herminia), todas herederas de tierras, casa y molino con horno y artesa. Eran en ese entonces las vecinas de una aldea con muy pocas casas, en la falda del monte Candán, allá, en la parroquia de Laro, Silleda, del ayuntamiento de Lalín, provincia de Pontevedra. Allí, en la Galicia profunda, donde los montes y pequeños regatos eran el paisaje habitual. A orillas de la carretera que une Pontevedra con Lalín (hoy ruta 534). Por ella circulaban carros

tirados por vacas, y luego un coche de línea, uno a la mañana y otro a la noche, como único medio de transporte que podía llevarnos al hospital de Pontevedra o a las ferias de Lalín o Silleda. No había otro automóvil, los carros que venían de la costa traían pescado, y los de las aldeas, llevaban huevos, gallinas y algún cerdo. Las costumbres y las tradiciones estaban demasiado arraigadas en esa Galicia pobre, donde la dote era más importante que las personas; Benita, se casó en 1898 con Manuel Gil González, nacido en la aldea de Parada, aldeaña a Sante. El abuelo era pobre, nada sé de la familia, nunca se habló en casa; no tenía nada más que su voluntad de trabajo, a veces duro y rudo.

De este matrimonio (mis abuelos) nacieron tres hijos, la mayor, Manuela, en 1899 y en 1901 Elías, enfermizo, con asma y siempre con problemas bronquiales. En 1902, la pobreza expulsó a mi abuelo a la emigración, con una sola maleta de cartón, sin saber leer ni escribir cruzó el océano hacia Montevideo, en Uruguay, allí, como sus paisanos, comenzó a trabajar como carpintero. Había que juntar dinero, tenía que tener sus propias tierras, ¡su lugar!

En 1916 volvió a Sante a comprar un pequeño prado, (su finca, por primera vez algo que le pertenecía), se quedó un año, y regresó a Montevideo, fue por más. Había que seguir mandando dinero para la crianza de los dos hijos. Dejó a Benita embarazada y, el 23 de mayo de 1917 nació su tercer hijo, Manuel Gil López, (mi padre) con una diferencia de 18 y 16 años con sus hermanos. Benita, fuerte como los robles que la rodeaban se hizo cargo de la casa, las fincas, y sus hijos.

Fue a buscar (con la ayuda y la gestión del cura de la parroquia) una joven al orfanato para que le ayudara con la crianza y con la casa, se llamaba Felicitas de la Reina, salía del encierro de un asilo, desnutrida y sucia, le dieron una pequeña casa y ella fue fiel, la ayudó en todo hasta su temprana muerte. La abuela la cuidó hasta el último momento.

Mi abuelo volvió a conocer al hijo que había dejado en el vientre cuando ya tenía 7 años, pero, a pesar de todo, no podía quedarse, partió nuevamente a Montevideo, donde vivió casi toda su vida, hasta que terminaron una casa que aún hoy se conserva, piedra a piedra, baño y cocina con *lareira* y un taller de carpintería, llevó loza inglesa, ropa de otras latitudes, hoy algunas en mi poder.

Los recuerdos tienen un perfume frágil de manzana en el baúl, que me han acompañado a lo largo de mi vida, tramo a tramo. En 1937, con solo 20 años, a Manuel lo reclutaron. Había estallado la guerra civil, una absurda guerra entre hermanos que lo llevaría a África. Luchó en Ceuta, en las trincheras franquistas, donde la muerte era algo habitual, y contrajo malaria. Allí, estuvo dos años rodeado de enfermedad y muerte, olor a pólvora, soledad, miedo a morir, todos en el frente temían lo mismo, ninguno sabía por qué estaba en esa guerra maldita, atroz, sórdida, sin sentido. —¿Dónde estaba Dios?

Mientras tanto, en la aldea, Elías era denunciado por sus ideas partidarias a la República. Vinieron a buscarlo. Lo habían denunciado. Benita, sola, con un marido en Montevideo, una hija ya casada y el otro en el frente de batalla, fue avisada por el cura de la parroquia de Laro. Lo escondió en un regato todo un día y una noche entera, cuando estuvo segura de que se habían ido, lo fue a buscar y Elías, con su asma a cuestas, murió de neumonía a los dos días. La madre quiso salvarle la vida, pero solo demoró su muerte. La tragedia de la Guerra Civil había llegado a la familia, desmembrada por la pobreza y, ahora, por la guerra. Una y mil veces mi abuela ha contado esta y otras historias, con cuyos relatos y mi memoria, hoy puedo volcarlos en estas hojas.

Ella quedó sola, apoyada únicamente por el cura, única persona que sabía leer y escribir. Reclamó el alta de Manuel, ya que le quedaba un solo hijo como sostén de la casa.

Lo licenciaron definitivamente en 1936. Ya nada fue lo mismo, Manuel, repuesto físicamente, comenzó a trabajar la tierra, pero algo había cambiado, hijo de padres analfabetos no podía permitirse ser un iletrado, estudió tanto como podía, trataba de leer cualquier libro que le fuera posible y, a la noche, mientras estuvo en Galicia daba clases a los niños de la aldea a la luz de una vela. Muchos aprendieron a leer y escribir con él.

No le gustaban las tareas del campo, (es más, odiaba esas fincas). Aprendió algo de carpintería y trabajando con su cuñado, Alonso da Laxe, en la construcción de una casa en Regalade, de la vecina parroquia de Cortegada, conoció a una niña de 17 años, María Gómez Lorenzo, mi madre. María, la segunda hija de 10 hermanos, (dos de ellas las mellizas fallecidas al año de haber nacido, por la epidemia de poliomielitis que en ese entonces asoló buena parte de Galicia), nacida el 15 de junio de 1923. Era de la casa “do panadeiro”, hija de Evangelina Lorenzo y Lorenzo y de Jesús Gómez y Lorenzo.

La emigración no era solamente del padre de Manuel, Evangelina (mi abuela materna) nació el 19 de agosto de 1900, era hija de Marcelino Lorenzo, quien había emigrado a Cuba, y al que nunca conoció, (lo mataron en un asalto al poco tiempo de llegar) y de Consuelo Lorenzo, que, al quedar viuda a los veintidós años y con una niña, emigró sola a la República Argentina, siendo una de las primeras enfermeras del hospital Rivadavia. Nosotros la conocimos en Buenos Aires, había formado otra familia, aquí tenía 5 hijos más. Nunca volvió a ver a su hija Evangelina.

Familias fracturadas a ambos lados del océano, sin volver a verse nunca más, en ese entonces solamente tenían las cartas, que demoraban un mes en ir y otro tanto en venir, cartas que guardaban las lágrimas de padres e hijos, de hermanos y matrimonios.

Evangelina se crio con dos tías solteras, heredera de tierras, casa con molino y un hórreo siempre lleno. Ella sabía leer y escribir, Jesús era

analfabeto, no sé cómo vendía y compraba hacienda en las ferias de Silleda y Lalín, era también un buen panadero y hacía los trabajos del campo. Ambos eran abuelos del alma, han llorado nuestra partida y la de todos, de los diez hijos solamente tres se quedaron en Galicia, Manolo el zapatero, Sara que se casó en Camporrapado (Silleda) y Placeres, que quedó en la casa y cuidó a los abuelos hasta su muerte.

El abuelo Jesús falleció a los 88 años y la abuela Evangelina a los casi 100 años, murió el 4 de agosto del año 2000. Manuel y María se casaron el 18 de enero de 1941. Ambos habían sufrido la emigración, sabían de otros mundos, de otras costumbres, sacrificadas, pero más amables que la rudeza de esa tierra a veces áspera, sin tiempo para la ternura.

Ni mi madre estaba acostumbrada a ser gobernada por la suegra ni mi padre se resignaba a no manejar el dinero que él producía –eran las costumbres–.

Benita, la abuela del carácter de acero, era quien decía lo que en esa casa debía hacerse, no resignó su puesto de jefe de hogar. Así que, cuando nacimos, primero Ester Gil Gómez, (quien esta historia escribe), y luego Nieves, Manuel no podía permitir que no hubiera posibilidades de una mejor educación.

En la escuela se estudiaba solo la historia de Franco y la iglesia, pero él había visto algo más, había estado en la guerra con otros compañeros que leían, que estudiaban, que hablaron de mundos diferentes y en su propio padre, quien volvió a esa España en 1945, ya enfermo y casi ciego. Ese padre que había llegado a la meta, pero en soledad, había comprado más fincas, había construido la casa que quería y una bóveda en el cementerio, al lado de la iglesia, donde luego descansaría para siempre junto a Elías, su hijo y sus cuñadas Manuela y Herminia, (las hermanas de Benita).

La posguerra fue dura, cruel, hecha de retazos y pedazos sueltos, había dejado familias desmembradas por muertes y delaciones.

En 1949 decidió por él, por su esposa y por sus hijas que debía emigrar, dejar esos muros definitivamente, enfrentar en silencio y en soledad los caminos que tenía por delante, dejaba un pedazo de hambre y una familia, los amigos y vecinos, la lluvia y llevaba en sus bolsillos el corazón vacío. Partiría desde el puerto de Vigo, dejando atrás la familia, el amor y los senderos por los que subíamos a la cima de los montes. Arribó a Buenos Aires el 17 de agosto de 1949, en el buque Córdoba, tenía en ese entonces 32 años, casado, de profesión labrador. Era el hombre de la casa, el emigrante.

Reclamado por un primo, Eugenio Valladares, también de Sante, él, como su padre se fue con una sola maleta de cartón llena de ropa e ilusiones, con paso doliente y lágrimas en los ojos (que, a pesar de tener cinco años entonces, no olvidaré jamás), se embarcó en el puerto de Vigo hacia Buenos Aires. La República Argentina los recibía con los brazos abiertos, se necesitaba mano de obra.

Cuando pudo alquilar una habitación, reclamó a mi madre, necesitaba saber si a ella le gustaría vivir en su nueva vida. Aquí ya estaba Consuelo, su hermana mayor, y dos años después vinimos nosotras con la abuela Benita. Nuevamente los cinco unidos.

Recuerdo muy bien cuando mi abuela, nos dijo a mi hermana y a mí que marcharíamos a ver a nuestros padres. Fue un día mágico, nosotras estábamos muy contentas y no entendimos las lágrimas de una abuela, que sabía que ya no volvería a esa casa, que debería abandonar sus vacas y sus tierras, su aldea y sus vecinos con los que había vivido toda la vida.

El inolvidable momento de embarcar en la ciudad de Vigo, en ese enorme barco, el buque Mendoza, con un triste y oscuro camarote, y tanta gente que nos era totalmente desconocida. Casi todos hablaban gallego. Recuerdo los interminables días en el mar y la llegada a Buenos Aires, el 18 de mayo de 1951, en el pasaporte figuraba de profesión escolares. Y cuando la abuela nos puso nuestros mejores vestidos, para que papá y mamá nos vieran bien arregladas, y ella con sus vestidos negros de luto, por su hijo y su marido, que nunca pudimos sacarle. Recuerdo el Hotel de los Inmigrantes, donde nos alojaron a las dos solas, nos separaron de la abuela protectora y del llanto por la soledad de las dos abrazadas, ni Nieves ni yo sabíamos el porqué de tanta soledad. No le temíamos a la muerte, ni al dolor o la fatiga, no había enemigos, solo soledad. Después nos explicaron que veníamos bajo el juez de menores por ser la abuela mayor de sesenta años.

Recuerdo la alegría de ver a mis padres y la abuela juntos que nos retiraban de ese lugar tan extraño, frío, con la soledad más absoluta, aun cuando estaba lleno de gente.

Recuerdo los abrazos enormes, interminables, de los cinco juntos, y el primer tren hacia nuestro nuevo hogar. Las lágrimas de alegría de mis padres. La abuela había entendido que una casa sin nosotros no tenía valor alguno, que la tierra no lo era todo, que había una familia que debía estar junta y unida.

Recuerdo esa primera casa con el cariño del paso de los años, aunque me pareció tan pequeña, teníamos solamente dos habitaciones, una para mi abuela y nosotras dos y otra para mis padres. No olvidaré nunca mi primer día de clases en esta ciudad de Buenos Aires, tan enorme, tan extraña, y luego amable, amiga.

La familia se fue juntando a doce mil kilómetros, la España franquista veía emigrar a sus hijos sin retener a ninguno, habían muerto muchos, otros partían, las aldeas iban despoblándose de a poco.

Era tal la obsesión de mi padre por nuestra educación que nos hizo ir al colegio a los tres años, mi maestra, María Rosa, en la escuela de

Laro, a quien aún recuerdo con todo mi cariño, mientras no estuvieron mis padres nos abrazaba cada día.

Nunca más nos sentaríamos en la “lareira” mientras preparaban la cena, con las historias de la abuela que nos hacían soñar con *meigas* y magia, e imaginar nuestro futuro con respeto y apacibles misterios. Benito López Gómez falleció el 16 de marzo de 1966, llegó a conocer a uno de sus bisnietos, Néstor Osvaldo, (mi sobrino).

Mi padre llegó a Buenos Aires, pero no se quedó quieto para poder traernos a todos luego, alquiló en un barrio de la ciudad, en Villa Luro, dos habitaciones a las que, antes de llegar nosotras, ya le había agregado una cocina y un baño. Cursos la escuela primaria en Versailles, y la escuela secundaria en el Liceo 8 del barrio de Flores. La universidad en la UBA.

Él con sus ansias de aprender, con un libro siempre a su alcance, fue ingresando en los diferentes rubros (al poco tiempo de arribar a la Ciudad de Buenos Aires llegó a tener tres trabajos, durmiendo en el transporte para poder traernos a todos), hasta llegar a la Cátedra de Farmacología de la Facultad de Medicina con el doctor Camponovo. Fue su lanzamiento como técnico, trabajó con el doctor Benaín (director del instituto del quemado) en los primeros trasplantes de piel en la fundación Williams, y luego en un laboratorio donde trabajó 30 años como técnico en el área de control biológico.

Mi padre falleció el 26 de febrero de 1980, un cáncer se lo llevó muy temprano, muy de repente, dejando ¡tantos proyectos!, ¡tantas ilusiones!, ¡tanto vacío! He admirado a mi padre, fue siempre mi referente, mi apoyo. Un gallego como tantos, un luchador, una gran persona.

Nunca quiso volver a su tierra, había partido con mucho dolor, con el resentimiento de ver a su gente sumisa, con la espalda al sol, doblados sobre la tierra, con la miseria de una “leira” que nada valía. Mi madre, sobre todo los primeros años, volvió cuantas veces pudo. Allí había dejado a sus padres, a sus hermanos, su infancia, ella amaba España, amaba todo lo que representaba de alguna forma esa patria que fue para ella su verdadero hogar. Fue una gallega maravillosa, una excelente madre y una mejor abuela y bisabuela. A la que sus cuatro nietos y cuatro bisnietos, Santiago, Manuel, Agustín y Carolina, la recuerdan con mucho amor y gran admiración, por el inmenso cariño, sus frases y dichos en gallego, su cocina exquisita y bien provista y esperándolos a cualquier hora. Mi madre falleció a los noventa y dos años el 04 de agosto de 2015.

Mi hermana Nieves, estudió y formó su hogar en Buenos Aires. De una generosidad increíble, con su casa siempre abierta a toda la familia, donde cualquier cumpleaños y cualquier reunión, incluso algunos domingos era el punto de encuentro, la reunión familiar. La mejor anfitriona que he conocido. Nos faltan los abrazos. Mi hermana falleció

de un aneurisma de aorta en plena pandemia, el 08 de mayo de 2020. Dejó un inmenso vacío en nuestras vidas.

En Buenos Aires queda otra generación, el hijo de mi hermana, Néstor Osvaldo de la Iglesia y mis tres hijos Juan Manuel, Andrés Carlos y María Fernanda, (también emigrada a otras latitudes, buscando siempre un mejor futuro, como sus padres y sus abuelos). Los cuatro con sus familias, y todos ellos dignos hijos de gallegos, descendientes de Galicia profunda, ruda, verde, con su gente amable, abrazadora, de ojos tristes de tanta añoranza.

Volví a Galicia con mi nieta Carolina, y he visto a su gente, a mis tíos Manolo y Placeres, y mis primos a quienes conocí en ese viaje. He llorado como no creí que podría hacerlo. Esos cuatro días de tanta nostalgia, de tanto amor de la familia, de tanta lluvia (de la cual no recordaba que fuera tanta y tan fuerte), y también la visita a la casa natal, estaba intacta, como si el tiempo no hubiera pasado, pero no me dejaron entrar, la desconfianza se apoderó del nuevo dueño, como si la fuera a profanar, si algo le fuera a reclamar. Solo mi añoranza quería ver nuevamente los dormitorios, la “lareira”, el interior donde tantas veces había jugado...

Hoy es una Galicia desconocida, pujante. Las tiendas de última moda, los centros comerciales, si hasta las angostas carreteras se han convertido en verdaderas rutas que la comunican entre sí y a todo el mundo.

Santiago de Compostela es un centro cristiano al que debemos volver, y del que los peregrinos de todo el mundo hacen los diferentes caminos para llegar al Santo. Los senderos y posadas están marcados por las clásicas conchas marinas, casi como un símbolo de la *galleguidade*.

Las playas de Pontevedra y Coruña hoy son visitadas por turistas extranjeros. Las cuatro provincias del norte, con la cultura celta, tienen ciudades pujantes, visitadas, disfrutadas y con una excelente hostelería.

La gastronomía, como el pulpo y el cocido, el vino y el pescado, los grelos, las habas, las patatas y otras delicias, son reconocidas a nivel internacional.

Aún sus aldeas siguen casi vacías. Sante con cinco casas ocupadas, el resto abandonadas, algunas ya irrecuperables, de los hijos que no han podido regresar, muchos han muerto en el exterior. Atrás quedaron las historias de misterio de la tierra, cuentos de *meigas*, magia y el cruce del oscuro mar que se los llevó.

Elevamos una oración a sus almas, a los que fueron quedando en el camino, al desconsuelo, al lado oscuro del paisaje, al encanto, al duende y al misterio de mi tierra gallega.

¡A ellos... los inmigrantes! El paso del tiempo es solo una ilusión.



María Marta
González
Rouco

PEDRO GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ

(Lugo, 1883–Buenos Aires, 1946)

(Argentina)

I. DE GALICIA A BUENOS AIRES

Yo, Pedro González y González, nací en Pigara, término de Trasparga, provincia de Lugo, el 28 de junio de 1883; fueron mis padres: Antonio González Valle y Josefa González López, labradores, y mis hermanos: Antonio, José, Josefa, Genoveva, Daniel y Cándida.

Salí de España por primera vez en 1905. Ya había escuchado acerca de las guerras de Cuba y Filipinas, y la situación en Marruecos era alarmante. Me llamaban dos de mis hermanos. En sociedad los tres, instalamos un hotel en Santiago de Cuba, y luego otro más, en Manzanillo. Vivir en Cuba en esa época era como vivir en Galicia. Allí escribió Pondal el Himno que nos hermana en el exilio. Tuvimos que irnos porque no había trabajo, porque nos mandaban a luchar, porque el país no daba para más. Pocos son los que dejan su tierra para pasar de lo bueno a lo mejor. La mayoría, como nosotros, huimos de una situación agobiante. Y eso que no salimos como otros, en condiciones inhumanas. Hubo quien viajó casi todo el tiempo en un barril, quien embarcó con papeles de muertos, quienes fueron engañados por los agentes de viajes, o robados a bordo. Larga y triste es esta historia, y no me estoy refiriendo sólo a españoles. Como decía, estuve un tiempo en Cuba con mis hermanos. Los negocios no fueron como yo esperaba y, sin un peso, me empleé en una panadería. Horas y horas amasando. Pronto me cansé de esa vida.

Volví un tiempo a Galicia y como estar quieto no era lo mío, llegué a Buenos Aires, procedente de Vigo, en el vapor



Certificado de llegada a Buenos Aires en 1923.



Fotografía del protagonista del relato, de joven.

“Avon”, el 22 de diciembre de 1923; ingresé al país como agricultor. ¿Para qué iba a hablarles a los empleados de Migraciones de mi frustrada vida empresarial? Como no tenía familia que me esperara ni contrato laboral, me alojé en el Hotel de Inmigrantes, un imponente edificio rediseñado por el húngaro Juan Kronfuss, inaugurado en 1911. Allí, dormíamos por un lado los hombres y por el otro, las mujeres y los niños. El almuerzo se hacía por turnos rigurosos, y teníamos un reglamento estricto que cumplir. Había enfermería y oficina de empleos. Podíamos albergarnos en el hotel cinco días como máximo, aunque por algún motivo valedero solían agregarse algunos más. Muchos partieron desde el Hotel hacia las provincias. Es más, vi a varios paisanos bajar del barco en el que habían venido desde Europa y subir a otro barco, que los llevaría a Tierra del Fuego, a trabajar en el penal, una ocupación en la que había muchos gallegos. O a la Patagonia, como Antonio Soto, tan idealista en su lucha por los derechos de los trabajadores.

Otros iban a Mar del Plata –como los gallegos que fundaron la tienda famosa y al inicio dormían sobre los mostradores–, a Tandil –como Ramón Santamarina, a quien no pudieron encontrar los asesinos que perpetraron la masacre de 1872–. A mí no me interesaba ir lejos. Prefería la ciudad; eran tantas las maravillas que había escuchado en la aldea y en Cuba... Aquí los gallegos éramos muy bien considerados por nuestra honradez y voluntad de progresar. ¡Cuántas gallegas han criado a los hijos de los argentinos! Niní Marshall las evoca en la radio y en el cine, despertando la simpatía de muchos hispanos. También los hombres son requeridos para los puestos de mayordomo. ¿Recuerdan a Gumersindo García, el hombre de confianza del Presidente Roca? Dormía en el piso, a la entrada de la habitación, para proteger a su patrón.

Me enteré de que tomaban personal en la Compañía Anglo Argentina de Tranvías, y allí me dirigí. Enseguida me emplearon. ¡Qué buena suerte! Pasé a ser el guarda n° 1083 de tranvías a caballo. El trabajo que debía hacer era sencillo, pero bastante cansador, porque permanecía muchas horas de pie. Había que estar atento, ya que, en esos años, no todos sabían hablar castellano, ni conocían las calles, así que los guardas los ayudábamos como podíamos; por señas, mostrándoles carteles, lo que se nos ocurría.

Empecé a ahorrar moneda por moneda. Por suerte, en ese momento, no necesitaban de mi dinero en Galicia; cuánto cambiaría eso años después... Pasó el tiempo, y pude comprar una pequeña propiedad a medias con un paisano. Él era protestante de corazón. Yo fui educado en el catolicismo, pero no le tenía mucho apego a la Iglesia.

Ya tenía cuarenta y cinco años. Había viajado demasiado para mi gusto, siempre aquejado por ese dolor tan extraño en el vientre, que nadie me sabía curar. A España no quería volver, porque había sufrido muchas penurias. No digo hambre, porque teníamos algo de tierra; al menos nos procurábamos el sustento, cultivando y criando alguna vaca. También había sentido temor, ya que reclutaban a quien salía sorteado, y si no disponía de dinero o de alguien que lo reemplazase, podía estar en la mili extensos períodos, que podían ser hasta de doce años. Pensaba qué hacer de mi vida. No quería volver a mi tierra ni de visita; ése era un capítulo cerrado, una etapa de la que ni siquiera quería acordarme. Tampoco quería seguir solo en América. Escuchaba a los otros guardas hablar de los hijos y sentía que eso era lo que me faltaba: una familia con la que disfrutar cada día y a la que brindarle todo mi empeño.

Entonces, me propuse casarme con una mujer de Galicia; siendo los dos del mismo origen y hablando la misma lengua, todo sería más sencillo, a mi parecer. Yo no era joven ya, pero tenía un buen puesto, un trabajo estable que me permitía ahorrar. Había comprado, además, para compartir con mi futura esposa, un inquilinato que nos daría una renta importante, una casa en Constituyentes casi Iberá, en Villa Urquiza, al borde de “la Siberia”. No sabía si le decían así por la pobreza de los españoles e italianos que se establecían allí o era otro el motivo. Radiante, orgulloso, luego de concretar esa operación partí hacia mi tierra.

II. EN BUSCA DE UNA ESPOSA

Corría el año 1928. Me embarqué una vez más, la última. ¿Dónde mejor que en la aldea, encontraría una muchacha sencilla y comprensiva, que me acompañara en mis afanes? Cuando llegué a Pígara, me hablaron de Carmen Corral Novo, trece años menor que yo, ya que había nacido el 15 de diciembre de 1896 en San Xoan de Alba, Villalba, provincia de Lugo. Alguna vez la había visto, pues vivía aproximadamente a siete kilómetros. La miraba disimuladamente mientras cantaba con mis compañeros: “Somos de Soaje, no le tenemos miedo a nadie...”. Era hija de Andrés Corral Mouteira y de Josefa Novo Millor, labradores, y hermana de Marcelino, Elvira, José María e Isabel. No tuve que explicarle cómo era la Argentina; su padre había trabajado en el ferrocarril, abriendo con la hoz el camino por el que pasarían las nuevas vías, y sabía de qué hablaba yo. Era tan competente que lo pusieron de capataz. Estuvo tres años. Había dejado en España cinco hijos –de los cuales la mayor era Carmen– que rara vez comían carne. La paga americana les ayudó a salir de tan penosa situación. Carmen iba de pueblo en pueblo, cosiendo para quien lo solicitaba. Como le resultaba muy incómodo cargar la máquina de coser en los brazos, la llevaba sobre la

cabeza, poniendo entremedio un círculo de esparto, como hacían otras mujeres para llevar los cántaros. Ser costurera tenía cierto prestigio, ya que era un oficio que liberaba del trabajo rural y no estaba tan sometido a las inclemencias del tiempo.

La animaba, pintándole un futuro promisorio; en Buenos Aires tendríamos casa propia. ¡¡¡Y qué casa!!! La había subdividido y alquilaba habitaciones a otros inmigrantes –españoles, italianos, polacos–, reservando para nosotros la que daba a la calle, que era toda de material. A veces –es cierto– debía pagarles el carro a los morosos, para que se fueran a otra parte con sus trastos; no eran mala gente, es que los salarios eran bajos, los hijos venían y había que enviar dinero a la familia. A pesar de todo, creí que me abriría camino. Carmen fue a ver al sacerdote. Le preguntó si le daba la bendición para el viaje. En Galicia, en aquellos tiempos, una de las hijas quedaba a cuidar a los padres ancianos. Al no estar ella, ¿quién lo haría? Sus hermanas eran monjas de clausura. El cura le dijo que no dudara, que Dios había puesto esa posibilidad en su camino, que la aceptara. Y le entregó un libro “La imitación de Cristo” de Kempis, indicándole que lo leyera cuando se sintiera sola en el barco tan lleno de gente. La madre de Carmen le decía: “Te vas sola, tan lejos”. Sabía que no volvería a verla y estaba en lo cierto.

Pasaron los días. Carmen no tuvo mayores problemas durante la travesía en el Bremen. Los tripulantes la trataban con respeto y la compañía de las mujeres que viajaban en las mismas circunstancias la fortalecía, al tiempo que se entretenía con los relatos. A Carmen le gustaban mucho los refranes y los cuentos populares. Eran cuentos inocentes, decorosos, con los que se divertía cada vez que los narraba. Los gallegos tocaban la armónica; los italianos, la mandolina. Se bailaba seguido en la tercera clase, olvidando los malestares y las incomodidades. Así pasaban las horas, añorando a los que habían dejado y haciendo planes para un futuro que suponían deslumbrante. Carmiña estaba en el barco, pronta a descender. Le había prometido un recibimiento digno de su importancia. La sorpresa la enmudeció. Doce uniformados aguardaban cerca de la nave. Cuando me vio dirigiendo al grupo de guardas de tranvía, se sintió morir. Escoltada por esa insólita guardia de honor, me saludó. Éramos prácticamente desconocidos el uno para la otra. Apenas habíamos cambiado unas palabras las pocas veces que nos vimos para acordar nuestra boda. Estaba turbada. Su carácter sencillo y devoto no era amigo de tales ostentaciones.

Fuimos a recibirla. Sí. A rendirle homenaje, y a demostrar que la gallega no dormiría conmigo hasta que el cura nos casara. Había llegado a la Argentina con gente conocida en abril de 1929 y fue a vivir a la calle Urdinenea, cerca de la calle Chorroarín, donde yo vivía.

Nos casamos en la parroquia de San Roque, en Villa Urquiza, el 6 de junio de 1929. Dos meses después de su llegada. Hicimos una fiesta en un salón. Ella jamás hubiera soñado esto mientras cosía de casa en casa... ¡Una fiesta en salón! ¡Qué lujo! ¡En la Avenida Forest! Y al finalizar la fiesta, ir a nuestra propiedad en Constituyentes, a ese pequeño hotel de inmigrantes, en el que era la reina y señora.

Para esa fecha, yo, que había tentado suerte en Cuba abriendo una cadena de hoteles, asociado con mis hermanos, y había perdido todo el dinero que llevaba –que no era poco–, llegando a la Argentina con una mano atrás y la otra adelante, no me conformaba con tener una vivienda para la familia. Hotelero al fin, quería brindar alojamiento y de paso, labrarme un porvenir. Con ese fin había comprado el inquilinato, y a él fuimos a vivir, esperando los tiempos de bonanza en los que no tuviéramos que compartir entre varias familias la letrina que quedaba en el fondo.

Carmen era una buena esposa, sumisa ante mí, un hombre mayor que ya conocía bien la ciudad.



Carmen Corral Novo y Pedro González y González.

III. LOS HIJOS

Con gran alegría, recibimos la noticia del embarazo, las felicitaciones de todos y los consejos de las paisanas. Poco después de cumplido el año de casados, dio a luz a nuestro primer hijo. Lo llamamos José porque en ese momento estaba en Buenos Aires uno de mis hermanos, quien sería su padrino. Inmensa fue mi felicidad, al verme a los cuarenta y siete años con un hijo tan hermoso y sano, con esos ojos que parecían anunciar una inteligencia fuera de lo común. El primer retoño de esta pareja de gallegos de Lugo, emigrados en muy distintas fechas y situaciones, llegó al mundo, a apenas catorce meses de la llegada de su madre a la Argentina. ¡Qué enorme regocijo, el mío! yo deseaba y esperaba un varón.

La madre lo había dado a luz en la Maternidad Sardá, muy lejos de nuestro hogar en Villa Urquiza; algo extraño, en una época en la que se acostumbraba parir en los hogares o en el Centro Gallego, como muchos de los hijos de los paisanos. En su cansancio había mucha felicidad. No veía la hora de enviar la foto a sus padres. Mi hermano se la entregaría.



Familia González.

Sin duda, Carmen pensaba que pronto podría tenerlo entre sus brazos la abuela. Pero el costo de los pasajes y los días que debía dejar de trabajar en mi emprendimiento hacían que desechara la idea de volver a ver a la familia, algo que Carmen me suplicaba con tanta insistencia. *“Hay que trabajar más aún”*, decía yo; Carmen no estaba convencida de eso. No quería tener mucho dinero; quería tener a alguien con quien conversar sobre los temas que le interesaban.

Luego nacieron dos hermosas niñas; siempre las tenía su madre impecables a las criaturas y adoptó sendos sobrenombres que escuchaba a las criollas, favoreciendo –pensaba ella– la integración. Todos nos atendemos en la obra social de la corporación, en la calle Rosario y José María Moreno. Y al finalizar las consultas, cruzamos a rezar por nuestra salud en la parroquia Santa María, en la que a veces se nos escapa alguna lágrima, según el diagnóstico que recibimos.

IV. EL SUEÑO DEL GALLEGO

Cobraba –o intentaba cobrar– yo mismo los alquileres. Pensaba que con lo recaudado podría llegar a comprar otras casas y lograr así una posición floreciente. Era capaz de caminar desde casi la plaza de Villa Pueyrredón –vivíamos a una cuadra– hasta Álvarez Thomas al 1400, donde estaba la playa de tranvías, para poder ahorrar el dinero del pasaje. Muchas monedas de las conseguidas con semejante sacrificio, pagaban una chapa más que techaría una nueva pieza para otro inquilino.

No sólo nunca pude salir de pobre, sino que, para mi desgracia, tuve muchas dificultades. Hacía los arreglos de la instalación eléctrica, algo muy riesgoso en las casillas. Pintaba paredes muy altas. Una vez, me caí de una escalera que había armado con madera prestada y me di un golpe que nunca olvidaré. Carmen me frotaba pomada en la cadera y en la pierna, que tenían color negro-amarillento, como de moretón que se iba. Además, separaba a los contendientes en las riñas que tenían lugar cotidianamente.

Un paisano me decía: –“Pedro, ¡déjate de joder! Comprate una casa para vivir tú y tu familia y no compres más casas para alquilar”. Nunca abandonaría mi proyecto. Compraría, sí, con el crédito de la empresa, una casa en la que pudiéramos vivir cómodamente, con un baño cerca de las habitaciones y una cocina a la que se pudiera llegar sin tener

que cruzar el patio en pleno invierno o bajo la lluvia. Y al mudarnos, tendría una habitación más para alquilar, la más cara.

V. EL BARRIO

Vivimos los primeros años de casados frente al convento de las Esclavas Cruzadas de la Iglesia y el colegio religioso Dámaza Zelaya de Saavedra. Para que no estuvieran en la calle, las religiosas dejaban que los chicos jugaran a la pelota en el patio. Carmen iba a misa y se alegraba porque nuestro hijo era monaguillo –luego iría a misa en la parroquia Cristo Rey, en la calle Zamudio–. También frecuenta a las Carmelitas que tienen un convento en la calle Ezeiza, a metros de la General Paz.

Había una noria en la quinta cercana; los niños le pedían permiso al dueño para tomar el agua fresca que la noria levantaba desde la capa freática para regar, porque era muy caro hacerlo con agua corriente. Había, también, una amplia extensión en la que jugaban a la billarda o al fútbol; desde lejos se los escuchaba, a uno, gritar –“aurieli?” (*al-ready?*) y, al otro, responderle “Diez” (*yes*). Andaban en monopatín. En el Club Grafa, nadaban y corrían alrededor de la cancha de fútbol. Me gustaba el fútbol. Aún hoy puedo decir la formación de Independiente de varios años.

Remontaban barriletes, pero se enganchaban, entonces había que ir lejos, a la quinta de los Saavedra, donde había renacuajos, mojarritas y sanguijuelas. Otra diversión, ahora que crecieron, es ir al cine “Supremo”. Todos miran de una vez los quince capítulos de “El hombre araña” o “King Kong, de 14 a 19 h. Comen maní con chocolate y pastillas de oruzú. Cerca, sobre Tamborini, está el club “Sin Rumbo” –que debe su nombre a un caballo de carrera–, en el que hay tango, boxeo y juego. El cabo Fernández, el policía de la esquina, es una institución; las señoras le llevan té o tazones de caldo cuando hace frío. El peluquero hace globos aerostáticos para Navidad, con algodón empapado en kerosene; mi hijo le atiende el kiosco y, a cambio, lee todas las revistas.

A nuestros paisanos, los identificamos por su nombre y el del lugar desde el que vinieron; por ejemplo: María de Betanzos. Recuerdo a una mujer que, cuando tenía “malos pensamientos”, subía al tejado en camisón y mientras tiritaba decía: “Carne pecadora, carne pecadora”. Modesto trabaja en Peabody y también es mozo. Siempre anda muy bien vestido. Le regaló a José un traje con tela Príncipe de Gales, muy elegante. Carmen visita a su prima, ya viuda, que trabajaba de mucama en la Recoleta, y toman el té en la cocina, que está en el subsuelo de una mansión elegantísima. A los barrenderos los llamamos “mussolinos”, porque son todos italianos.

Gallegos, calabreses y polacos coexistimos más o menos armónicamente en este barrio al que llegamos en el '30 –año en el que se inició la “Década Infame”–, cuando la política y la economía nos hacían dudar acerca de la prosperidad del granero del mundo.

VI. LA PRIMARIA

Nuestros hijos crecieron en los años en que llegó a la Argentina el Graf Zeppelin y murió Carlos Gardel, dos hitos grabados a fuego en su memoria. El varón asistió a la escuela nº 13 Hilarión M. Moreno –por cuya puerta paso seguido– en Artigas entre Escobar y Larsen. Recuerdo el frío de las mañanas, la seguridad que permitía que fueran solos a clase, caminando varias cuadras. En esa escuela fue pasando de grado en grado, destacándose por su aplicación. Era zurdo, y tuvo que aprender a escribir con la mano derecha. Mi mujer, con un respeto que era casi temor por las autoridades escolares, le hacía practicar en casa.

De esa época recuerdo un episodio: José tuvo que escribir una composición titulada “Mi padre”. El portero, don Jerónimo, también gallego de Lugo, vino a contarme que lo habían felicitado por su tarea. ¡Me sentí muy halagado! Valoraron la calidad del trabajo y lo eligieron –a él y a otro alumno– para representar a la escuela en un certamen de composición. ¿Habría desarrollado esas condiciones literarias con el *Quijote* de Ediciones Tor, en rústica, que Carmen le hizo leer a los ocho años, en vacaciones? Lo había comprado especialmente para él.

Mis hijas, en cambio, asistieron al Instituto Dámaza Zelaya de Saavedra. Allí hicieron su Primera Comuni3n, con vestidos prestados, ya que no había dinero para esos gastos. Era un momento muy importante en la vida de la familia; se hacían los mayores esfuerzos para que el niño o la niña fuera pulcramente vestido, y a quienes no tenían la posibilidad de comprar vestimenta acorde, se la facilitaban para la ceremonia.

Todo parecía encaminarse. Nuestros hijos eran buenos y obedientes. Yo prosperaba. Había obtenido el crédito que nos permitió mudarnos a la casa de la calle Caracas y Cochrane. Ya no dormíamos los cinco en una habitación. Había una para el matrimonio y otra para las hijas. El hijo, al comedor, donde los miércoles me esperaba despierto hasta tarde porque le traía el suplemento del diario *Crítica* de Botana –el uruguayo que había socorrido a los viajeros del Massilia– que algún pasajero había dejado en el asiento al descender. También leía *Tarzán* en el *Tit Bits* que le traía.

Pero Carmen extraña mucho la aldea. Añora la belleza del paisaje en abril, y se pregunta suspirando en qué estación del año están allá. Siempre insiste con que en Galicia vivía mejor, que allá tenía dientes. No se da cuenta de que allá era joven, y acá, ya no. Le echa la culpa al

agua de la Argentina por haberlos perdido. Las várices le ocasionan un sorpresivo sangrado que atravesó las medias. Recuerda con amargura su llegada en busca de paz y bienestar. Comparte con sus paisanas las desdichas y la altivez. Yo desterré a Galicia de mis recuerdos. Admito que no somos muy objetivos, ya que para Carmen la aldea es un paraíso terrenal y para mí, es fuente de amargura. Lo mismo les pasa a los paisanos que nos visitan, con trajes sobrios, los días de fiesta; Galicia es algo diferente para cada uno de nosotros.

VII. LOS MANJARES

Mi esposa se las arregla para hacer comidas exquisitas con poco dinero. Recuerdo el pan flauta cortado a lo largo con manteca y azúcar que los niños sumergían en el tazón de café con leche en la cama, antes de levantarse. ¡Cuánto disfrutaría comer las papas fritas cortadas en bastones gruesos, “para gastar menos aceite”; el guiso “rojo como ómnibus”; los *cachelos*, con su inconfundible sabor a aldea, todo servido en porciones muy generosas! Nuestra comida cotidiana consiste en puchero; es lo único que puedo digerir sin demasiado dolor. De postre, budín de pan. Los días de fiesta, ensaimada.

Como agradecimiento por las encomiendas de ropa usada que enviábamos durante la Guerra Civil, recibíamos chorizos *da terra* que atravesaban el Atlántico en latas vacías de dulce de batata. Se ha sufrido mucho en España en esa época, y también aquí, tan lejos de ellos... Los niños guardaban los envoltorios metálicos de los chokolatines, para enviar a los soldados, porque alguien había dicho que con ese material fabricarían armas.

A pesar de nuestra austeridad, siempre tenemos algo guardado para convidar a las visitas. Cuando alguien llega, le ofrecemos una copita de anís que servimos de una botella de vidrio como las que en la aldea usan para hacer música. Claro que las visitas cada vez son menos... Les pedimos que en lugar de acompañarnos, oren por nosotros.

VIII. NUESTRAS COSTUMBRES

Yo siempre buscaba la forma de ahorrar. Por ejemplo, fabricaba jabón en pan. Iba a un baldío con una lata, sebo que había comprado por monedas en una carnicería y soda cáustica y allí lo hacía. Pero Carmen decía que ese jabón le dejaba las manos a la miseria. Plantaba coles en el terreno de al lado. Tenía el equipo de peluquero y le cortaba el cabello a toda la familia. También arreglaba los zapatos de los cinco.

Mi esposa valoraba mi sacrificio: todas las noches, al regresar yo del tranvía, me tenía lista la palangana con agua y sal para los pies infla-

mados. Es que yo –como dije– además de hacer horas extras, iba y venía caminando a mi trabajo.

Celebraba con el mayor lujo posible mi onomástico. En mi familia, los onomásticos son mucho más importantes que los cumpleaños. Hasta que se agravó mi enfermedad, festejaba el día de mi santo con un gran almuerzo, al que invitaba a los inquilinos. Carmen preparaba una fuente de carne y enviaba a nuestro hijo con la fuente a la panadería. El panadero cocinaba ese manjar en su horno y luego lo retirábamos. Entre tanto, se ponía el vino en odres –se enfriaban cubriéndolos con paños mojados que no se usaban para otro fin– y se llenaba un fuentón con las ciruelas para el postre. Se armaba una larga mesa sobre caballetes y nos sentábamos en fraternal confianza los que vivíamos allí. Brindaban a mi salud y pasábamos una jornada fuera de lo común, en la que olvidábamos cuánto nos costaba esta nueva vida, que nos habían pintado tan fácil. El desarraigo es duro y total. Nos consuelan las canciones, los proverbios, la fe...

IX. CONTAR, CANTAR

Nos gusta contar y cantar. Contamos en gallego el cuento del zapatero que cortó el zapato, el delantal, su pecho, la pared y a una vieja que estaba del otro lado. Un pequeño poema cuenta la historia de la mujer de Saramallo, a la que los ratones le hicieron un agujero en el traste, pensando que era pan crudo.

Muy triste es el cuento del hijo que iba a abandonar a su padre en el mismo lugar en el que el anciano había abandonado al suyo, muchos años atrás. Y el del niño que ve que a su abuelo le dan de comer en un cuenco, y comienza a fabricar uno. Cuando le preguntan para qué está haciéndolo, él responde que es para cuando su padre sea anciano. Macabro, en cambio, es el de la abuela que se sacaba punta al dedo y escribía con sangre.

X. PADRE E HIJO

Me enorgullecía mostrar a mi hijo en las reuniones con los paisanos en las que hablábamos de nuestras cosas durante horas. Teníamos la costumbre de hacer detener a los que caminaban con nosotros, para contarles algo; lo tomábamos del codo y decíamos “Mírame”, para resaltar la importancia de lo que íbamos a decir. Jugábamos a la brisca y al mus. Usábamos cuello duro; como nos molestaba, nos lo sacábamos y nos quedábamos con la camisa abrochada porque si no se nos perdía el broche. El paseo que más nos gustaba era ir a la zona del Monumento de los Españoles; allí podíamos ver varios automóviles juntos, espectáculo que nunca se daba en el barrio. Íbamos seguido a

las piletas de La Salada, donde nadaba con cada uno de los tres niños sobre mi espalda; alentaba a mis hijos a desarrollar esta habilidad tan necesaria ante cualquier inconveniente.

A los doce años, al finalizar el sexto grado, quise que mi hijo empezara a trabajar, sólo durante las vacaciones. Su primer trabajo consistió en llevar cajas de zapatos en el tranvía, a las direcciones que le indicaban. Tan delgado era él, y tantas las cajas, que la gente pensaba que estaban vacías. También trabajó como cadete de un estudio de fotografía y en una óptica.

XI. EL KRAUSE

Ninguno de los hijos de nuestros conocidos estudió en la universidad. Uno fue bombero; otros, cabos, sargentos. Con mi proverbial afición a los uniformes, quería que nuestro hijo ingresara a la policía, y lo llevé a la casa de un cabo para que le explicara en qué consistía ese trabajo.

Permítanme una digresión. Yo, a falta de otro mejor, me hacía fotografiar con mi uniforme de guarda de tranvía. Fotos de estudio, con Carmen y los niños con sus mejores ropas, para mandar a Galicia. Para mostrar lo bien que nos iba en América. Bueno, por eso, soñaba con tener un hijo que luciera el uniforme policial, que desfilara en los actos patrios, que ascendiera hasta ser comisario.

José quería estudiar y Carmen lo apoyaba. Terminó la primaria con excelentes calificaciones. Era el momento de elegir un estudio secundario. Mi mujer quería tener un hijo universitario, que lograra méritos académicos que a ella le habían sido negados. Él quería ser médico, pero no para atender pacientes, sino para investigar. La medicina era una carrera demasiado costosa y yo ya no andaba bien de salud; el bachillerato no era lo más indicado para nuestra situación.

Nos enteramos de que a un compañero de primaria lo anotarían en la Escuela Técnica Nº 1 Otto Krause. “EL KRAUSE –dijo la madre–. ¡La Escuela Industrial de la Nación! Una institución de semejante prestigio...” Ni lo habíamos pensado. No lo considerábamos dentro de nuestras posibilidades, y además, quedaba cerca del puerto... Bueno, lo cierto es que lo inscribimos, dio un examen de ingreso riguroso y entró. Tiene profesores excelentes. Menciona a Bigatti –el escultor del Monumento a la Bandera–, Delpini –uno de los responsables del Mercado de Abasto–, Fortezza, Tapia y Lazzari, su docente de Dibujo Artístico. Conversamos mucho sobre lo que le enseñan y algunos temas me resultan fabulosos. El Krause y el Huergo son los únicos dos colegios industriales; ambos están repletos.

XII. TIEMPOS DIFÍCILES

Gravemente enfermo, me jubilé en 1945 como guarda de la Anglo Argentina en la Corporación de Transporte. Siempre había sufrido de los intestinos, un mal que empeoraba en los viajes en barco que hice durante mi vida, y esa dolencia se manifestó como el cáncer que me agobia durante estos últimos años. Me operaron. Sufrí demasiado. Carmen me cuida solícita, preparando las pocas comidas que puedo ingerir. Noches y noches veo a mi hijo estudiar sentado al lado de mi cama, muy atento a cada uno de mis movimientos, despidiéndose de mí. Yo empeoro aceleradamente. El olor a manzanas es el de mi habitación del enfermo. Y el olor a incienso, entenderán por qué.

Tuve una recaída. El médico me dijo que lo único que se puede hacer es operarme nuevamente. Me negué. Le dije que prefería morirme si tenía que volver a pasar por todo eso. Y espero la muerte, relatando esta historia cuando el dolor me da tregua, gracias a la morfina. Cada tarde, un sacerdote viene a casa. Carmen y yo rezamos el Rosario, las manos unidas, implorando al Señor una gracia que me permita partir sin sufrir tanto, y a ella, criar sola a nuestros hijos en la nueva tierra.

EPÍLOGO

Soy la nieta de Pedro. Falleció el 18 de marzo de 1946, dejando tres hijos. Y un inquilinato que sólo traía problemas. El entierro corrió por cuenta de la Anglo, la compañía de transporte en la que trabajaba.

Se encontraron desamparados, sin dinero, sin parientes... Mi padre,

a partir de ese momento -tenía quince años-, se ocupó de los inquilinos como si fuera un adulto. Mis tías, apenas iniciada la adolescencia, tuvieron que salir a trabajar. Mi abuela, por su parte, lavó la ropa de sus inquilinos hasta que le otorgaron la pensión - la ayuda estatal para viudas-, sin una queja ni un reproche, dando ejemplo de humildad. Las sábanas se secaban extendidas sobre el pasto del baldío vecino y ella pensaba en la aldea.



Recorte de prensa alusivo al desempeño laboral del padre de la autora.

Nueve años después de la muerte del abuelo, vendieron

el inquilinato por poca plata y se quedaron sólo con la casa de Cochrane, de la que pudieron ser dueños cuando la cláusula del seguro de vida del difunto canceló la hipoteca, que quedó a cargo de la Anglo-Argentina. Triste fin para tanto desvelo.

Con el producto de la venta de ambas propiedades, compraron una casa algo más digna donde vivió mi abuela con sus hijas, yerno y nietos. En esa casa falleció un día de noviembre de 1970. Cuarenta y un años después de haber dejado su tierra, sin hacer la América, y –lo más doloroso– sin haber podido volver a Galicia.



Fotografía de juventud del padre de la autora.

Mi padre cursó los dos últimos años de la Escuela Técnica Otto Krause y toda la carrera de Ingeniería en la Universidad de Buenos Aires, trabajando de 7 a 13 en Obras Sanitarias de la Nación. En 1961, ingresó a una multinacional en la que tuvo una destacada trayectoria. Viajó por el mundo, pero ninguno de los viajes significó para él más que el realizado en 1971, cuando, aprovechando un congreso en los Estados Unidos, pudo pagarse la extensión para conocer Galicia.

El tío Marcelino le mostró la casa en la que habían nacido, y lo llevó a recorrer la región. Pudo conocer a otros parientes y ver con sorpresa que todavía tenían una foto de su padre con un amigo; la fotografió. Tenía bigotes y sombrero; “se parecía a Maglio, el Caburé”, decían.

Décadas después, viajé a Galicia y pude estar en la casa de mi abuelo en Pígara, que se yergue aun venciendo al olvido. Pensé en su morriña, en su coraje, en el afán de superación que hizo que, de dos aldeanos que llegaron a Buenos Aires con lo puesto, surgiera un profesional exitoso como mi padre, de quien heredé el diccionario gallego que atesoré. El ejemplo es una fuerza poderosa y es lo más importante que nos han dejado nuestros mayores.

Soy Licenciada en Letras, egresada de la Universidad de Buenos Aires, y Periodista con Matrícula Nacional, tramitada en el diario La Prensa de la misma ciudad. Fui Presidente de la Subcomisión de Prensa y Comunicación de la Federación de Sociedades Españolas de la República Argentina y Jurado en el concurso literario de dicha institución. Sin más pretensión que la de contar los recuerdos para que no se pierdan, les ofrezco estas páginas, testimonio de la lucha de mi familia y su inquebrantable fe en el futuro, a pesar de tantos infortunios.



Casa de mi abuelo en Pígara.



Rodrigo
Herran

ESA BENDITA TILDE

(Argentina)

Mi nombre es Rodrigo Herran –que se lea, sin tilde–, y hasta unos meses luché incansablemente porque mi apellido se escribiera Herrán, como siempre lo escuché y creí que debería escribirse. Una palabra aguda que, lógicamente, debe llevar tilde. Siempre he sido un perfeccionista del lenguaje y de la comunicación, y como tal no soporto que se pronuncie incorrectamente mi nombre o mi apellido. Me han llamado *Herrán*, *Herran* (acentuación grave) y hasta *Hernán*, de todas las variantes, la que me produce un mayor malestar por la modificación grotesca que supone, aunque con el tiempo he sabido aplacar el enojo y corregir a la gente amablemente. Siempre me pregunté por qué me afecta tanto que se diga mal mi nombre y, por otro lado, existe tanta gente que le es indiferente la forma en que la llamen, a no ser, claro, que haya una cuestión legal de por medio, y ahí sí que ya no les es indiferente. Yo, en cambio, jamás he tenido esta postura por lo legal, ya que mi propio padre hizo su camino sin pensar en herencias y divisiones patrimoniales. Por lo tanto, es esta una piedra en el zapato de un perfeccionista, lisa y llanamente. Como decía, hace menos de un año comprendí, que había estado equivocado toda la vida y jamás imaginé que este descubrimiento me llevaría a conocer a la persona de la que siempre me hice preguntas, mi tatarabuelo Marcelino.

Trataré de ser breve para narrar el hecho disruptivo: en el Registro Civil me dejaron inscribir hace unos años a mi hija María Emilia Herrán, con tilde, tras mi obstinada solicitud, a pesar de que yo no la tengo en mi apellido, pero hace un año, cuando llegó Pedro no tuve la misma suerte, y en ese momento se me planteó una clara incompatibilidad en el apellido de mis hijos. Inmediatamente respondí que haría los trámites correspondientes para modificar mi partida de nacimiento y que mis hijos y yo tengamos la tilde en nuestro apellido. A pesar de mi tenacidad, en la oficina del Registro Civil se me sugirió que busque cómo habían sido anotados mis ancestros, y es justo en ese momento, que prácticamente colisioné con la sorpresa, muy grande, de que mi papá, mi abuelo y mi bisabuelo eran *Herran*, así nomás, sin tilde ni acento, ni como quiera decirse. Ahí tienes Rodriguito, a ver si te dejas de jorobar con el tema del apellido.

Pero no, no podía dejar que todo quedara así, si es que siempre escuché a mi apellido como una palabra aguda, y siempre que estas terminan en las letras n y s o en una vocal llevan obligatoriamente la tilde, esa bendi-

ta tilde. ¿Y por qué digo que es una bendita tilde, entonces, como si disfrutara de que me carcomió por años? Pues, porque me permitió conocer las raíces más profundas de esta familia. Después de solicitar actas de nacimiento, matrimonio y defunción de cada hombre de la familia Herran, hemos compuesto el rompecabezas que más perseguíamos.

Cuando era joven, mucho más joven que ahora, opinaba ante quien me preguntara que no era un tipo afortunado, claramente sin una razón contrastable, pero igualmente convencido. Años después, al encarar la vida como un adulto he podido apreciar las oportunidades que se me han presentado y, quizás lo más importante, la posibilidad de tener hijos saludables, y hoy sí que puedo decir que he tenido fortuna de ser quien soy. Sin embargo, si en este momento puedo vociferar que la vida se ha congraciado conmigo es porque parece que los planetas se han alineado, y en menos de un año pasé de desconocer la vida de mis ancestros a seguirle los pasos, hasta donde se pudo, para solicitar la ciudadanía de su país de origen. Y es que desde hace un tiempo está vigente la Ley de Memoria Democrática, que permite a los descendientes de emigrantes españoles optar por la ciudadanía española si se demuestran los lazos y algunas otras cuestiones. Y *heme* aquí, que por averiguar si mi apellido lleva tilde es que he descubierto que quizás pueda convertirme en un Herran argentino y con ciudadanía española, más de 150 años después del nacimiento de Marcelino, mi tatarabuelo.

Siempre quise conocer la historia de mis ancestros de origen español, que era la única información con la que contaba hasta hace menos de un año. Ay, Marcelino, si supieras cuánto hemos investigado acerca de tu lugar de origen, del nombre de tus padres, de tus razones para emigrar y tantas cosas más, y quién iba a decir que esta bendita tilde nos permitiría recuperar nuestra historia. Como diría mi madre, todos nos merecemos saber de dónde venimos y luego ver hacia dónde vamos. Y la familia Herran puede decir ahora que algo sabemos sobre nuestro ancestro Marcelino.

Muchas veces me imagino como en un sueño, un contacto efímero entre tatarabuelo y tataranieto en el que despido sin tomar respiro la información que tengo de él. No sé por qué fantaseo que lo hago apurado, casi gritando, como si alguien me corriera o si no tuviera demasiado tiempo para hacerlo y no quisiera dejar nada sin decir.

–“Naciste en Tobera, provincia de Burgos, el 26 de abril de 1862. Tus papás se llamaban Julián de Herrán y Manuela Fernández. No sé en qué año viniste a la Argentina, pero sí que te casaste con una hija de italianos y que a tu primer hijo lo nombraste Marcelino, mi bisabuelo Marcelino Herran”.

Y así es Marcelino, que ahora pienso que esa bendita tilde se perdió entre España y Argentina, como si al atravesar el Atlántico algunos detalles dejaran de ser importantes. Y esta decisión, vaya uno a saber de quién, fue arrastrada corriente abajo, regando las identidades de tus descendientes, los que recién ahora podemos conocerte un poco más.



Ana María
Karlen
Alberro

ENSAYO, EMIGRANTES ESPAÑOLES

(Uruguay)

Montevideo, Uruguay, América del Sur, fin del siglo XIX¹. La nación limitada al oeste por el río Uruguay entra en un período de modernización y afianzamiento de su institucionalidad. En este pequeño país latinoamericano se estaba forjando una pujante clase media, que sería fundamental para el crecimiento del país. La economía era básicamente agropecuaria y antes de terminar el siglo llegarían cambios importantes, cuando se empiezan a delimitar los predios rurales con alambrados y se lleva un registro de títulos de propiedad y marcas para el ganado. Comenzará la mestización del ganado vacuno, con razas británicas y se introducirá el ganado lanar. Hasta entonces el ganado no tenía una clara propiedad, y pastaba libre por las llanuras que dominan el levemente ondulado territorio. El gaucho, personaje importantísimo en la emancipación de la nación, experto en el manejo del ganado bovino dominaba la clase trabajadora rural. Pero ya la industria iba tomando su espacio, un espacio importante, así como las fábricas. Fundamentalmente en Montevideo, la capital de país, puerto excepcionalmente bien protegido por la bahía del mismo nombre, que es dominada al oeste por una formación elevada que se interna en el río de la Plata, el cerro de Montevideo.

¹ Bibliografía: *Modernización del Uruguay de 1876 a 1933*, de Jaime Jaffa; *Censo municipal del departamento de Montevideo y de la ciudad de Montevideo de 1892*; *Enseñanza de los oficios en el Montevideo colonial*, de Nelson Pierotti; *La historia del transporte en el Uruguay*, de Marcos Antúnez y Atilio Garrido; *La inmigración en el Uruguay*, Pilar Gagiao Vila. (N.A.)

Las citadas fábricas necesitaban mano de obra. Mano de obra que se contrataba directamente cuando los inmigrantes bajaban de los barcos buscando oportunidad laboral.

Conocedores de las tareas rurales que realizaban en su Galicia natal, poco sabían de las tareas específicas de las fábricas. Pero el inmigrante gallego se destacó por su disposición al trabajo y dedicación. Generalmente no tenían educación formal, con escaso índice de alfabetización. Así se formaría en 1882, la escuela de Artes y Oficios, donde se impartía formación en carpintería, mecánica, tornería, encuadernación, imprenta, zapatería y sastrería.

La colectividad gallega también juega su papel, uno de los objetivos del Centro Gallego de Montevideo (1879), era proporcionar a sus asociados instrucción, crean bibliotecas, publican libros, folletos, organizan bailes. Estos centros culturales eran desarrollados por inmigrantes que habían logrado una buena posición económica y aunaban esfuerzos para ayudar a sus paisanos.

Hay 125 fábricas, de distintos tipos. En Uruguay, los gallegos participaron en el proceso de industrialización del país a través de diversas iniciativas relacionadas con la pequeña y mediana empresa, llegando al punto de conseguir el monopolio total o parcial de determinadas actividades económicas a través de las fábricas de muebles, zapaterías, bares, hilanderías y hoteles.

El censo poblacional de 1889 indicaría que la población de Montevideo era de 215.061 habitantes de los cuales el 44 % eran extranjeros y 66 % de criollos. Con la venida masiva de extranjeros aumentaría considerablemente la población del país. Esto traería el aumento de la población local, por los niños nacidos de aquellos inmigrantes. Y empezaría esa fusión de culturas que es la característica de este país. Así lo destaca el censo de 1904 que indica un 17% de extranjeros y 83 % de criollos. Justo es decir, que las diferentes colectividades de inmigrantes mantenían una tendencia a casarse entre ellos, y a preservar su acervo cultural. Con una fervorosa exaltación de sus tradiciones y costumbres, que transmitían casi religiosamente a sus descendientes (criollos obviamente), para intentar preservar como legado familiar de su terruño. Respecto a las viviendas, se contaban con 20.788 edificaciones, en todo el departamento de Montevideo.

La trama social era patriarcal. Transcribo de Pedro Gulart, con la mirada social del momento sobre las mujeres; “para la mujer, es la práctica de los quehaceres domésticos, que son de su exclusiva jurisdicción “. La mujer era sumisa, económicamente dependiente, madre, esposa y su tarea, salvo contadas excepciones, era ocuparse de su hogar. En ese contexto histórico se escribirían los primeros registros

de la familia Rodríguez Lago. Es la historia de Misia Etelvina Rodríguez Lago de Figueroa, mi bisabuela materna, española, nacida en Galicia.

Los primeros datos de la familia en Montevideo, Uruguay se remontan a 1875. Vivía en la ciudad capital, con sus padres y una hermana. En 1876 comienza la presidencia del general Lorenzo Latorre Jansen. Tal vez lo más trascendente e importante fue su reforma de la educación, que llevó adelante un joven montevideano, de larga barba y ojos azules, José Pedro Varela Berro. Desde esos años, en Uruguay, la educación es laica, gratuita y obligatoria. Una de las materias de la escuela en ese momento era el bordado y la costura.

Fue durante esta etapa que ella desarrolló una especial habilidad por las tareas de costura y bordado, en las cuales destacaba por su meticulosidad y prolijidad. Hay personas que a temprana edad muestran disposición y aptitudes para ciertas labores. Las hermanas Rodríguez, Etelvina y Aurelia, disfrutaban con bordar, coser y hacer encajes a bolillo. Todo lo vinculado a la aguja se les daba bien y les gustaba. Ellas confeccionaban sus vestidos y eran las dos mujeres muy elegantes y siempre tenidas como bien vestidas.

Etelvina estuvo casada en únicas nupcias con José Figueroa Rodríguez, también español y oriundo de Lugo, Galicia. Él era zapatero, siendo propietario de una de las 232 zapaterías que funcionaban en Montevideo por ese entonces. Etelvina y José tuvieron tres hijas: Etelvina, Josefa y María Mercedes. Mantenían reuniones periódicas con sus parientes cercanos, tanto por parte de los Figueroa como por parte de los Rodríguez. José fallece a los veintinueve años de edad, de una repentina enfermedad pulmonar. Era el 17 de febrero de 1894; Etelvina tenía 28 años. quedaban a su cargo las tres niñas, que a la fecha tenían cuatro años, tres años y la más chica, diez meses de edad. Ella había desempeñado, como correspondía a la época, exclusivamente tareas de ama de casa la cual, con una criada, cuidaba de la casa y de las niñas. En ese momento vivían en Montevideo, su madre, ya viuda, y su hermana, casada y con hijos.

Se vivía desazón, dolor y desamparo, pues faltaba el pilar de la casa, ya que era José quien traía el dinero, trabajando en la zapatería de su propiedad. Y ahora...sentada en su *Singer*, Misia Etelvina preparaba esa tela negra para hacer aquel primer vestido de luto... En aquellos días el luto era riguroso, había que vestirse de negro mínimo seis meses y después gris o morado para el medio luto, otros seis meses. Pero Misia Etelvina tenía mucho en que pensar. Ahora era la responsable de obtener sustento económico para su hogar. Era tiempo de no dudar en tomar decisiones. Así que corrió la voz entre familiares y amigos

de que empezaba a realizar tareas de costura, en lo que había logrado una habilidad destacada.

La moda por aquel entonces la traían los europeos recién venidos o las revistas de España.

No era mucha la oferta, así que había de entusiasmar a sus clientas con las últimas novedades. Con el tiempo esos figurines de moda, llegados directamente desde España, los conservaría encuadrados en dos tomos de tapa dura. Había unas cuantas casas de registros que importaban telas, pues la revolución industrial en Europa había logrado abaratar y diversificar los tipos de telas. Su audacia, la aplicación de los conocimientos adquiridos desde la niñez, su habilidad con la costura, la tenacidad y la capacidad de trabajo permitieron que Etelvina mantuviera a su familia cosiendo ropa y vendiéndola por quince años. Etelvina recibía a las señoras en su casa, probaban los moldes, elegían el modelo y la tela; ella confeccionaba el vestido y la criada de la casa era la encargada de entregar las prendas a domicilio. Pero además estaba la zapatería de José, a la que le dio nuevo destino. Vistiendo las ropas oscuras adecuadas a su luto, y que mantuvo durante toda su vida, se encargó de vender la maquinaria e insumos de la zapatería y en ese local puso una casa de inquilinato.

El flujo migratorio seguía siendo importante y había escasez de vivienda. En su mayoría eran hombres solteros, que pronto conseguían trabajo de jornaleros y les resultaba mejor alquilar solo una habitación que pagar una casa. Entonces compartían la cocina y el baño y cada cual en su "*pieza*" cómo se decía entonces. Como la zapatería estaba el centro de la ciudad, con el puerto cerca, no le fue difícil de alquilarla. Para alquilar una habitación, hablaba entre sus conocidos, que siempre estaban trayendo a algún paisano de la madre patria. Esa historia siempre se repetía en el proceso migratorio de Uruguay. Venía un gallego, le iba bien a fuerza de trabajo y ahorro y así lograba enviar dinero a casa para traer, uno a uno, a los demás miembros de la familia.

Haber logrado su independencia económica fue un hito muy importante para Etelvina.

Había encontrado la forma de seguir en su casa, con sus niñas y la criada y lo solventaba ella sola; nunca quiso dejar su casa para ir a vivir con otro familiar. En la jerga popular, ella "*paraba la olla*". Etelvina estaba orgullosa de lo obtenido. Bajo ningún concepto, nunca aceptó algo que se pareciese a caridad. Para perfilar mejor su conducta, relato lo que me contara tantas veces mi abuela:

Un primo suyo, tenía una importante panadería, que vendía al mostrador y también a diferentes navieras que avituallaban a sus barcos en

este puerto. Resulta que las niñas a veces iban a jugar con los hijos del panadero. Y volvían a la casa contentísimas, porque les regalaba una importante bolsa de bizcochos y algunos panes. Pues ni bien llegaban la criada regresaba a devolverlos: “dice Misia Etelvina, que, si quiere bizcochos y pan, vendrá a comprarlos, ¡Gracias!”.

Recibe un golpe de suerte, cuando un paisano conocido de la familia, regresa a España.

Este hombre que tenía una sólida posición económica, añoraba su país y quería regresar. Allí sería un indiano. Eran aquellos que construían importantes casas en sus pueblos, para mostrarles a sus paisanos lo bien que había sido ir a hacer “La América”; pero que quedarían siempre, con un pie en cada continente. El español, tenía un conjunto importante de casas de inquilinato, que quería conservar, y que estaban alquiladas. Precisaba un administrador honesto, responsable y capaz de rendir cuentas y enviarle el dinero a España. Y le propone el negocio a quien ya por entonces, todos conocían como Misia Etelvina. ¿Por qué confiaría un hombre de negocios en una mujer? Seguramente porque vio en ella algo diferente, que la destacaba de resto, y le daría la seguridad suficiente de que sus bienes quedarían en buenas manos. Ella acepta el trato porque, por supuesto, había una buena comisión para ganar. Pero iban a ser años duros, muy duros.

Ese ambiente era netamente masculino y para colmo allí vivían inquilinos de otras nacionalidades, era difícil para entenderse. En esas casas de inquilinato el sistema era el siguiente. Cada una tenía un “casero” el que, a cambio de vivienda y un sueldo, se encargaba de conseguir los inquilinos. El pago generalmente era semanal. Si no había inconvenientes el trato era exclusivamente con el casero. Con sol o con lluvia, Misia Etelvina iba a cobrar lo acordado. Si había algún rezagado Misia Etelvina lo arreglaba directamente con el casero y el inquilino, siempre utilizando el mismo criterio, guante de seda, pero mano de hierro. Si no hay pago, no hay techo.

Este nuevo trabajo le permitía no descuidar nunca de su casa ni de la educación de sus hijas. Estas terminaron el liceo y solamente la menor María Mercedes, quiso seguir estudiando y se recibió de maestra de escuela. Las dos mayores se casaron jóvenes. Una con un comerciante y la otra con un profesional.

Misia Etelvina era conocida por lo ahorrativa, y así empezó a comprar un terreno por aquí, una casa por allá, para ir aumentando sus ingresos. Siempre buscaba sitios extramuros de la ciudad vieja y en la periferia de la novísima ciudad que se expandía permanentemente. Compraba lejos del centro, por un tema de precio. Cuanto más lejos más barato.

La ciudad contaba con tranvías a caballo y eléctricos, que llegaban a todos esos parajes adonde ella compraba. Montevideo a fines del siglo XIX, tenía 511 tranvías. Contaba con 11 estaciones, 3984 caballos y 1092 empleados. El tranvía de caballos duró 55 años, hasta el 31 de diciembre de 1925. Habían empezado a circular los eléctricos, que iban más rápido. El primero fue de la empresa La Comercial, que salió el 19 de noviembre de 1906 desde la Aduana a Pocitos. Misia Etelvina no dejó nada al azar, y algo fundamental fue el lugar adónde quedaban las propiedades. Siempre fueron en lugares de fácil acceso por los medios de locomoción públicos que ya existían.

No faltaban los visionarios inversores, que empezaban nuevos fraccionamientos. Si Misia Etelvina veía una buena posibilidad de desarrollo, allí compraba un terreno. Así se hizo de más de veinte casas y terrenos que se repartían entre La Aguada, Pocitos, la Blanqueada y la Unión. Los edificadros se alquilaban. Ahora eran casas, que se alquilaban para una familia, por año, y en general por muchos años. Los terrenos se volvían a vender o se edificaban. Cuando las rentas de los inmuebles cubrieron el presupuesto, dejó su empresa de costura a pedido.

Al casarse sus hijas, las tres vivieron en casas compradas por Misia Etelvina. Sus últimos años los pasó con su hija mayor y allí sus nietos la llamaban "MamaBina". Siempre rodeada por sus otras hijas, yernos y nietos y con muy buen relacionamiento con familiares y amigos. Fue una señora querida y respetable.

Un año después que la República conmemoraba sus cien años como país independiente, falleció Misia Etelvina. Fue en 1931, con 65 años. Fue longeva, pues la media de sobrevida para las mujeres en esos días, era de 52 años.

EPÍLOGO

Misia Etelvina es un ejemplo para todos. Muestra cómo se puede revertir una situación adversa, en un ambiente difícil. Ella lo logró con inteligencia, tenacidad y capacidad de ahorro. Así sacó adelante a su familia con dignidad y respeto.

Dejó una herencia considerable, que ayudaría a sus hijas a empezar la vida en una situación económica muy distinta a la que le tocara vivir a ella. El país también tenía leyes diferentes y las mujeres, por ejemplo, votaban en las elecciones nacionales, y se podían divorciar por su sola voluntad. Pero a todas les enseñó cómo mantener su independencia económica. Y todas supieron de administración. Sin quererlo ni saberlo, ejercía un modelo de negocio inmobiliario que hoy está presente en todas las ciudades. Y esto fue en Montevideo terminando el siglo XIX y empezando el XX.

Al principio trasladándose a pie, luego en volanta y más adelante en tranvía, vistiendo dos enaguas y con oscura pollera al suelo, siempre de sombrero y guantes. Es una inmigrante atípica, pero que muestra claramente la voluntad que tuvieron muchos como ella, para ganarse el nuevo suelo que pisaron. Seguramente hay muchos otros casos.

Pasan desapercibidos, pues parece que solo interesa lo grandioso, los porcentajes. Pero desmenuzando caso a caso, aparecen ejemplares historias.

Como escribe Elías Regules, poeta uruguayo en el verso *La Tapera*, “Donde palpitar sentí / llenas de afecto profundo, / cosas chicas para el mundo / pero grandes para mí”. Gracias, Misia Etelvina.



Ana Rosa
Martínez
Loredo

CONCHITA

(Argentina)

María de la Concepción (Conchita), vino a vivir a la Argentina en 1951 debido a que la persona que la crió, Horentina Acosta, era argentina casada con un español. Al enviudar, emprendió el regreso hacia su país natal trayendo consigo a esta “hija de crianza”, que ya tenía veinte años, pero por obediencia y gratitud a quienes le dieron cobijo desde sus diez años, la acompañó, dejando en España a sus dos hermanos, quienes también habían sido entregados por su madre biológica a otras familias y con quienes mantenía trato.

No fue a la escuela, según sus dichos, a causa de la guerra civil. Sabía leer, escribir, y las operaciones básicas de matemática que le había enseñado Horentina.

De Ribadeo fue llevada a Madrid con este matrimonio que no tenía hijos. De ahí emigró a Buenos Aires donde vivió hasta su muerte en 2015.

En Madrid aprendió corte y confección y trabajó en un taller de costura como modista. En Buenos Aires fue operaria en un laboratorio medicinal. Se casó con un argentino, sobrino de su madre de crianza. Tuvo tres hijas. Dejó el laboratorio y continuó trabajando como modista particular.

Mantuvo intercambio de correspondencia con sus hermanos y algunos primos durante un tiempo. Luego las cartas se fueron espaciando hasta dejar de escribirse. Poseo cartas, fotografías, documentación y un pequeño video casero del año 2010 donde cuenta su experiencia como trabajadora en el laboratorio.

Quiero aclarar que el año pasado publiqué un libro titulado *Federico Mediante. El Salgari español* ¹ donde nombro a mi madre, María de la Concepción Loredó Peña. Federico Mediante fue un destacado escritor de novelas populares en España durante la década de 1940. Él junto a su esposa, Horentina Acosta, criaron a mi madre.

En ese libro no doy detalles sobre la vida de Conchita y el desarraigo que sufre, ya que el libro es sobre la biografía y obra de Mediante.

Es por eso que hago esta presentación, pues considero que contar la situación en la cual emigró, alejándose de su familia biológica, en una edad en la cual podía haberse revelado, y sin embargo acató la decisión de Horentina, bien vale ponerla en valor y sacarla a la luz.

¹ Editorial Autores de Argentina, 2023 (N.E.).



Ignacio
Mascaró
Zomosa

VICENTA BLANCO CALZADA

(Chile)

Vicenta Blanco Calzada, nacida el 22 de enero de 1881 y bautizada el 23 de enero de 1881 en Dueñas, provincia de Palencia, comunidad autónoma de Castilla y León. Fue la hija mayor de seis hermanos del matrimonio entre Isidoro Blanco Martín y Basilidé Calzada Escudero, ambos castellanos naturales de Dueñas. Vicenta, según indica el certificado de nacimiento inscrito en el registro civil de España, nació a las 19:30 h un día de invierno, en su casa ubicada en calle Los Pastores dos, y murió un día de invierno chileno el 4 de agosto de 1954, también en su casa, justo dos meses antes de volver a su ciudad natal en España. Por este motivo queremos contar su historia. Isidoro Blanco, padre de Vicenta, era un comerciante regional, que trasladaba y vendía mercancías entre Burgos, Palencia y Valladolid. En una de esas instancias en el año 1888, apareció en la plaza mayor de Valladolid un emisario chileno que, mediante propaganda, buscaba colonos para las desconocidas tierras chilenas ubicadas entre la Patagonia y la Tierra del Fuego, habitadas escasamente por los nativos mapuches y *selknam*. Esta propaganda a cargo de la agencia general de colonización chilena, indicaba que buscaba a hombres solteros o familias ya establecidas para ir a esas fértiles tierras en América, otorgándoles, en el caso de optar por ello, tierras, dinero y el transporte marítimo y terrestre para su localización. La familia Blanco Calzada ya había oído de ese exitoso plan en 1884, cuando casi 225 españoles vascos dejaron atrás su tierra para aprovechar esa oportunidad colonizadora. Es por eso que Isidoro optó por aceptar la invitación y el llamado del Gobierno de Chile.

Vicenta apenas era una niña que jugaba alrededor de la parroquia Nuestra Señora de la Asunción, jugaba con sus hermanos, primos y amigos escalando las cimas cercanas, cruzaba el ojo de la virgen (antigua puerta medieval de la ciudad) y bajaba al río Pisuerga. Un día de verano, con solo 8 años, fue obligada a dejar todo atrás, sus lágrimas

no se contuvieron ya que su padre fue muy recto con la decisión. Isidoro solicitó su registro de nacimiento en el registro civil el año 1888 para adjuntarlo a la libreta de familia, que debía presentar a la agencia chilena de colonización, para que toda la familia se dirigiera al puerto de La Coruña, para luego embarcarse durante meses hacia nuevas tierras ubicadas en el país del fin del mundo.

El viaje marítimo fue largo, viajaron en diciembre de 1888 a Chile, pleno invierno en el hemisferio norte, para luego pasar automáticamente al verano en el hemisferio sur en marzo de 1889. Vicenta y su familia tuvieron que cruzar el peligroso estrecho de Magallanes que divide al cono sur de América con los fiordos chilenos y la isla más importante: Tierra del fuego, que era habitada por los famosos *selknam*, nativos muy altos que tenían tradiciones de disfrazarse de fantasmas y demonios para asustar y atraer mujeres en la noche. Vicenta al escuchar historias de ellos estaba muy asustada, ya que solo había escuchado más de los nativos de donde estaría su nuevo hogar, que eran los famosos mapuches, un pueblo muy guerrero que los españoles nunca pudieron vencer en la época colonial desde el siglo XVI hasta la conformación del Chile republicano en 1818.

La familia Blanco Calzada al fin tocó tierra en el puerto de Talcahuano, en la región del Bío-Bío, en marzo de 1889, donde fue trasladada en tren hasta su nueva tierra: Traiguén. Este poblado está ubicado en la región de la Araucanía, tierra que estaba bajo control chileno, pero con amplia resistencia mapuche, ya que era la zona de Chile de donde eran oriundos. Vicenta y su familia no fueron los únicos europeos en pisar esas tierras fértiles para la agricultura, llegaron en mayor medida a esa zona y poblado alemanes, franceses, ingleses, italianos y españoles. Durante ese periodo, los Blanco Calzada, realizaron sus estudios primarios, conviviendo con la mayoría de europeos y chilenos en Traiguén. Traiguén fue una ciudad que destacó a finales del siglo XX por la producción de trigo que se enviaba en ferrocarril a las grandes ciudades de Santiago, Concepción, Talca y Valparaíso, que a su vez también se exportaba al puerto del Callao en Perú. En esas producciones y envíos de trigo a otras zonas del país, participaba Isidoro y sus hijos, donde Vicenta, siempre acompañaba a su padre a vender los fardos de trigo y la harina a otros poblados, es ahí cuando ellos descubrieron Pelarco, un poblado pequeño cerca de Talca, en la región del Maule. Es por eso que la familia tomó la decisión de comprar un terreno y levantar su propia casa, llamándola así Santa Rosa. En ese instante al haber pasado 11 años ya no había restricción de colonización bajo el contrato firmado con la agencia general, ya que tenían que estar seis años mínimo. Cuando llegaron a Pelarco, inmediatamente empezaron a frecuentar la ciudad de Talca con más regularidad, a causa de los nuevos estudios musicales que frecuentaban como el caso de Vicenta el piano, y sus hermanos, flauta travesa, violín y canto.

Talca era la tercera ciudad más grande de Chile, y era a la que llegaban los inmigrantes de todo el mundo a causa de la electrificación, ornamentación, arquitectura y sociedad. Es allí cuando sus hermanos Arturo y Horacio deciden, junto a otros chilenos y extranjeros, fundar el primer cuerpo de bomberos en San Javier, una localidad al sur de Talca. La inauguración fue el momento clave en el cual la familia Blanco Calzada se empezó a expandir en Chile.

Su hermana Virginia participó cantando en la inauguración de la estación de bomberos, allí conoció al famoso poeta chileno de origen vasco Mariano La Torre Court, con el que se casó, y sus hijos luego fueron famosos actores de radio teatro, como Mirella La Torre Blanco. Por otro lado, su hermana Ernestina tuvo de hijo al famoso artista de folclore Mario Oltra Blanco. Vicenta, en ese preciso lugar conoció a Gregorio Mascaró, español de Baleares que había llegado a Chile como comerciante junto a sus padres y sus abuelos, oriundos de Mallorca y Menorca, también por vía marítima. Vicenta observó a Gregorio cuando se subió a la tribuna a tocar el acordeón, ambos se miraron y quedaron enamorados. Se casaron en otoño tras dos años de cortejos, con ambas familias presentes el 23 de junio de 1902. En el futuro tendrían a sus tres hijos: María, Jorge y Antonio, mi abuelo.

Mi abuelo Antonio, le contaba a mi padre como era Vicenta, su madre; decía que era una mujer muy fuerte, le encantaba leer y tocar el piano, hacía recetas riquísimas con berenjenas y otras dulces, como el único arroz con leche y canela para él, receta de ella. Se caracterizaba por ser una mujer muy amable y grata de conversar. Era devota por el amor de sus hijos y nietos. Lo que provocó que les traspasara el amor por la música, por esa razón su hijo, mi abuelo Antonio, tocaba piano, flauta travesa, violín y acordeón. Antonio, al ser aceptado en la Facultad Medicina en la Universidad de Chile en 1924, hizo que toda la familia se trasladara a Santiago de Chile para acompañarlo, a la comuna de Providencia. Finalmente, todos los hermanos estudiaron algo relacionado con el ámbito médico: María y Jorge estudiaron Odontología y Antonio estudió Medicina y luego se especializó en dermatología. Antonio, mi abuelo, contribuyó a Chile siendo un miembro fundador de la Sociedad Chilena de Dermatología y Sifilología en 1938, actual Sociedad Médica de Chile.

Vicenta, siendo orgullosa todo este tiempo, les traspasó a sus hijos el amor por las tradiciones, comidas castellanas y relatos de su amada Dueñas, la cual ansiaba volver a ver, pero que nunca pudo hacer realidad. El historiador Javier González Colville, especializado en la historia de Mariano La Torre y casado con Virginia, hermana de Vicenta, las conoció en persona, viviendo gratos momentos juntos, y ambas le comentaban sus deseos de querer volver a ver sus raíces. Ambas guardaban el cariño a su madre y padre, como también los veranos bajando al río Pisuerga o como jugaban bajo el Ojo de la Virgen (entrada medieval

a la ciudad de Dueñas). Es por eso que Vicenta quiso regular su situación en Chile en el Ministerio de Hacienda para luego poder solicitar su pasaporte español en el Consulado de España en Santiago de Chile a principios de 1954, al igual como lo había hecho su esposo Gregorio en 1949 y su hijo Jorge, que volvió a Mallorca para estar con la familia.

De esta forma, como familia Mascaró Zomosa, tratamos de recolectar y recuperar toda la información posible en el Archivo Nacional de Chile y en el Consulado de España en Santiago, ya que varios documentos se perdieron en el incendio de la casa de Gregorio y Vicenta en Talca. Quizás para muchas personas la historia de Vicenta no sea una novedad, pero para nosotros es una gran historia, muestra cómo una mujer fuerte afrontó distintos desafíos, dejando atrás gran parte de la familia, amigos, tradiciones, cultura y sociedad a una edad muy temprana, logró afrontar profundas tristezas como la muerte de un hijo, cambios de casa y convivir con una revolucionaria sociedad chilena que salió de una guerra con Perú y Bolivia entre 1879 – 1884, la guerra civil de 1891, o el convulso cambio de Constitución en 1925. Sumando además la guerra civil en España, donde perdió a familiares, los cuales son recordados en un monolito en la plaza de la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción en Dueñas.

Sin duda es una mujer muy fuerte para aquella época y también para la presente época, ya que entregaba mucho amor, no solo a sus seres queridos, daba y representaba el amor al arte, música y sin duda a nosotros sus descendientes que, pese a que no la conocimos en persona, escuchábamos sus relatos a través de Enrique, Gregorio, Antonio, Jorge, María, Sergio y Sonia. Sin duda le estamos muy agradecidos por traspasarnos el amor a su natal España y en específico a Castilla y León, y por ayudarnos a reconectarnos con nuestras raíces. Es por eso que hemos visitado Dueñas y su antigua casa, ya que ella deseaba volver y no pudo hacerlo porque murió unos meses antes del viaje que había planeado junto a su hermana Virginia. Esperamos que este relato les llegue a todas las personas, que sigan amando como lo hacía Vicenta, una mujer fuerte, que sin ella no estaríamos aquí, se atrevió a cruzar un océano, colonizar junto a su familia nuevas tierras y convivir con los nativos, que logró superar el incendio de su casa perdiendo varios tesoros familiares, que perdió un hijo al nacer y que tuvo que enterarse de la muerte de familiares suyos en la guerra civil española. Sin dudas, para nosotros Vicenta representa el carácter, el amor y la fortaleza.

ANEXOS

Lamentablemente no tenemos fotos de Vicenta, ya que se han perdido o destruido en el incendio. Por lo que, nos gustaría agregar fotos de su ciudad cuando la visitamos y de la familia.



Basilidé Calzada Escudero (madre de Vicenta), dos sobrinos de Vicenta, Mariano Latorre Court y Virginia Blanco Calzada.



Jorge Mascaró Blanco, Antonio Mascaró Blanco y María Mascaró Blanco (los tres hijos de Vicenta).



Antonio Mascaró Blanco (hijo de Vicenta), médico dermatólogo. Miembro fundador de la Sociedad Chilena de Dermatología y Sifilología en 1938, actual Sociedad Médica de Chile.



Gregorio Mascaró Martínez (marido de Vicenta, también español de Palma de Mallorca).



Gregorio Mascaró Martínez con sus nietos en el sur de Chile.



Virginia Blanco Calzada con su hija Mirella y marido Mariano La Torre Court.



Virginia Blanco Calzada, hermana de Vicenta.



Casa de Vicenta Blanco Calzada en Calle los Pastores, Dueñas. Foto reciente.



Ojo de la Virgen que Vicenta mencionaba, donde jugaba con sus hermanos, primos y amigos en Dueñas..



Dueñas.



Ignacio Mascaró Zomosa, Bisnieto de Vicenta Blanco Calzada en Dueñas.

Enrique Mascaró
Rubilar, nieto de
Vicenta y padre de
Ignacio Mascaró,
quien escribió el
relato..



Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción
donde fue bautizada Vicenta el 23 de enero de
1881.



Ignacio Mascaró, Karen Mascaró, Enrique
Mascaró, Yolanda Zomosa, Mariela
Mascaró y Sonia Rubilar (Ignacio, Karen
y Mariela, Bisnietos de Vicenta y Enrique
nieto).



Enrique, Antonio y Antonio Gregorio, nietos e hijo
de Vicenta..



Antonio Mascaró Blanco,
hijo de Vicenta..



Mausoleo Mascaró Blanco,
en el Cementerio General
de Santiago de Chile..



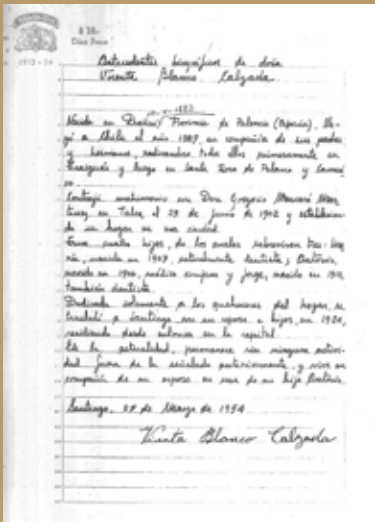
Certificado de nacimiento de Vicenta Blanco Calzada.



Certificado de Bautismo de Vicenta Blanco Calzada.



Certificado de Matrimonio entre Vicenta Blanco y Gregorio Mascaro en Chile.



Autobiografía presentada en Extranjería de Chile.



Jesús Ángel
Miguel
García

UN MISIONERO DEL ESPAÑOL EN CANADÁ

(Canadá)

Era una mañana soleada, primaveral, llena de luz, deseos, sueños, ilusiones y esperanzas. Estaba¹ en el colegio de los Jesuitas de Burgos y tenía catorce años. Era la hora del recreo y me encontré delante de un cartel con un mensaje esperanzador que había hecho y que uno de mis profesores había colocado en el tablón de anuncios en la escalera principal del colegio, para que todos los alumnos pudieran verlo. En ese cartel me vi reflejado como maestro, soñando poder enseñar español en centros de Inglaterra en un futuro, pero que, en aquel momento se me hacía lejano al tiempo que ignoto. Fue en ese preciso instante en el que nació mi vocación de profesor. De eso hace cuatro décadas. Fue como el primer beso de adolescencia que se queda marcado en nuestra memoria y el primer paso de una trayectoria en nuestra vida; un sendero que quería seguir y que me llevaría por caminos a veces poco transitados en mi recorrido docente por Inglaterra y Canadá.

Tal vez la frase de una tarjeta que mi hermana me había dado fue la inspiración para soñar con salir a tierras extranjeras: “No sigas donde te lleva el sendero. Mejor ve a donde no hay sendero y deja una huella”. Y, al igual que algunos de los jesuitas que conocí que fueron mis profesores o misioneros como san Francisco Javier y el burgalés san Diego Luis de San Vitores, quise seguir sus huellas y ser misionero, empero, en mi caso, misionero del español también en tierras lejanas.

¹ Este relato se ve complementado por otros del mismo autor presentados a los Premios Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa (Blanco Rodríguez, Juan Andrés; Bragado Toranzo, José María; Dacosta, Arsenio (eds.). *II Premio Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa*. Zamora: Junta de Castilla y León, UNED Zamora, 2011, p. 355-356; y (Blanco Rodríguez, Juan Andrés (ed. principal). *IV Premio Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa*. Zamora: Junta de Castilla y León, UNED Zamora, 2014, p. 333-336).



El autor del relato.

Al igual que los misioneros, los profesores no tenemos biografía, tenemos una misión y un destino. Vivimos de la enseñanza y para la enseñanza. Y esta no quiere adeptos, quiere amantes. Y yo, como amante del español, he dedicado mi vida en cuerpo y alma a enseñarlo, hasta que muera. Y sé que moriré enseñando y en el extranjero.

Mi ciudad natal dejó una huella indeleble. Burgos, “la primera en la fe y en la palabra”, marca. Su huella: su historia y su gente. Su marca: la tenacidad, la tradición y el carácter castellano.

Mi “seminario” fue la Escuela de Magisterio de Burgos y la Universidad de Valladolid. Tras haber terminado el primero de mi promoción, fui con una beca Erasmus a la Universidad de Newcastle (Inglaterra), donde terminaría mis estudios de Filología. Di clases en varias universidades inglesas: Newcastle, Northumbria, Sunderland y *Open University*, donde fui director de lenguas. También enseñé español en el prestigioso colegio *Central Newcastle High School*, uno de los cinco mejores de Inglaterra y Gales, según el Ministerio de Educación.

Ya son más de tres décadas consagrado a esta noble profesión. Once años enseñando en el país de los anglosajones, involucrado en temas de la Universidad, pergeñando cómo mejorar de condiciones laborales y los contratos de los profesores a tiempo parcial, ayudando a mejorar la calidad de vida de mi barrio, organizando actividades culturales, participando en la vida universitaria, de la ciudad y de la parroquia, conociendo a cientos y cientos de maravillosas personas y a cientos de alumnos en las clases de español para adultos, con los que forjé una gran amistad.

En 2002, tras conocer a la que es mi esposa a través de un estudiante mío, que era colega suyo, me vine a Winnipeg, ciudad en la que nació y donde sus padres, también extranjeros, la criaron. Ella, asimismo, emigró a Irlanda e Inglaterra para estudiar y trabajar como doctora. Winnipeg es una metrópoli de 700.000 almas y 273 españoles.

Ya son dos décadas dando clases de español en las universidades de esta ciudad canadiense: Universidad de Winnipeg, Universidad de Manitoba y Universidad de San Bonifacio.

Hace veinte años, fundé el Instituto Español (*The Spanish Institute*) para promover la lengua y cultura española, ofreciendo calidad y prestigio.

Son casi diez mil personas a las que he enseñado, casi doscientos cursos de español impartidos y cientos de actos culturales que he organizado para dar a conocer la riqueza de nuestra cultura: charlas,

conferencias (Leyes de Burgos, Semana Santa, museos y catedrales de España, Picasso, lingüística, Lorca, cine y literatura española, legado e influencia de los Jesuitas, etiqueta y buenas costumbres, música sefardí...), exposiciones, artículos, entrevistas a medios de comunicación (RNE, BBC, CBC, Magnificat Radio, WILS Radio, YouTube y prensa), programas de radio semanales, ponencias, presencia en internet, conciertos, el festival cervantino, traducciones y servicio de interpretación, tertulias culturales, el primer Círculo de lectura español de Winnipeg, recepciones, cata de vinos, viajes a España, acogida de artistas, músicos y estudiantes españoles, visita de la Open University a la UNED, firma de un acuerdo marco con la Universidad de Burgos para promover intercambios con universidades de Manitoba, traducción y versión del himno canadiense al español del que habló el telediario nacional de la CBC y que una cantante grabó para internet; presencia en X (Twitter) en la cuenta @SpanishManitoba, en donde narro diariamente efemérides españolas, datos interesantes de nuestra lengua y cultura, hazañas e hitos de españoles por estos yermos canadienses (Juan Pérez, Cayetano Valdés, Alcalá Galiano, Bodega y Cuadra, Malaspina y tantos otros. Su ejemplar singladura inspira a muchos de los que salimos de España en busca de aventuras con el deseo de dejar el pabellón español bien alto, al igual que aquellos compatriotas que hicieron tanto y crearon senderos en tantos campos.

Como investigador asociado del St. Paul's College de la Universidad de Manitoba, llevo años publicando sobre diferentes temas y participando muy activamente en la vida de dicho centro universitario.

Hace unas semanas tuve el privilegio de recibir al embajador de España. Ejemplar, gran persona y formidable labor. Resultó un encuentro inolvidable. Nuestra lengua y cultura son las mejores armas diplomáticas para conquistar los corazones de las gentes.

Las huellas que he ido dejando se han visto reconocidas. El Diario de Burgos escribió sobre mi denodada e incansable labor, llamándome “el embajador del español en Canadá” y el periódico local *Winnipeg Free Press* mencionó que soy “reconocido internacionalmente por ser profesor de español de primer orden”. La presidenta del Gobierno de Manitoba dijo sobre mí que era el líder del español en esta región. El alcalde de Winnipeg me otorgó el premio “Estrella



El embajador de España en Canadá, Sr. D. Alfredo Martínez Serrano (izquierda) y yo, Jesús Ángel Miguel García, cuando le recibí en el Manitoba Club en Winnipeg.

de la ciudad” y la compañía local de Telefónica me dio el premio al negocio pionero, en reconocimiento a la extraordinaria promoción de voluntariado. Asimismo, recibí de manos del embajador de Canadá ante la Organización de los Estados Americanos el galardón a los diez hispanos más influyentes de Canadá y la Orden de José Rizal por mi trabajo en aras de la comunidad. La Universidad de Newcastle me pre-seleccionó para el premio a antiguos alumnos en reconocimiento al impacto internacional.

Sin embargo, el mejor reconocimiento que como profesor podré recibir es el saber que dentro de cuatro décadas –cuando este caminante que escribe haya terminado su andadura vital y por ende su trayectoria como maestro en el extranjero– mi nombre será mencionado cariñosamente por un antiguo alumno, o por alguien que conoció a este español, misionero de la lengua, con la esperanza de que sigan mis huellas para dejar sus huellas en nuevos senderos.



Felicitas
Navarro
Pérez

SIN RETORNO

(Argentina)

Esta es la historia¹ del mayor de mis tíos, tío Pepe como lo llamábamos. Merece ser contada y escrita para que su patria y sus descendientes no olviden su trabajo, sus dolores y su sacrificio.

José Navarro Carballo (Pepe) nació en Trabazos, provincia de Zamora, el 26 de mayo de 1906, hijo primogénito de Francisco Navarro López (alicantino) y de Felicitas Carballo (leonesa) (doc. 1). Su primera infancia transitó en Trabazos donde también nació su hermana Magdalena. Su padre, constructor de puentes y carreteras trabajaba a cargo de una cuadrilla en la construcción del Puente Internacional Quintanilla, que uniría a Portugal y Zamora. Terminados los trabajos, la familia se fue trasladando por distintos lugares de España según los contratos de obras que fueron surgiendo y sus hermanos naciendo en esos lugares donde se establecían.

A los 12 años Pepe comenzó a trabajar con su padre dado que había terminado la escuela, ya sabía leer y escribir, era muy rápido para las matemáticas y debía como era la costumbre aprender el oficio de su padre. Poseía desde pequeño una gran fuerza que todos admiraban. En su adolescencia le gustaba hacer demostraciones con ella. Siempre era el ganador y por supuesto el ídolo indiscutible de sus hermanas y hermanos.

En 1923 un nuevo contrato para la construcción de una escuela y una iglesia los llevó a Altea, provincia de Alicante, donde vivía la familia paterna Navarro López. A todos les costó mucho adaptarse al idioma valenciano, ya que el único que lo hablaba era el padre. La madre, nunca lo hablo, y los niños fueron chapuzando palabras hasta lograrlo. Por ese motivo les fue puesto el apodo los “Andaluces”, ya que cuatro de los diez hijos habían nacido en Andalucía. Los 7 hijos que vendrían luego nacerían en Altea.

Pepe se acercaba a los años en que los varones eran sorteados para entrar en la quinta. Aquellos a los que la suerte les designara, eran

¹ Este relato se ve complementado por otro de la misma autora con el que obtuvo el tercer galardón en el I Premio Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa (Blanco Rodríguez, Juan Andrés; Bragado Toranzo, José María (eds.). *I Premio Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa. Vol. I. Relatos premiados. Relatos de Cuba*. Salamanca: Junta de Castilla y León, UNED Zamora, Caja España, Diputación Provincial, 2009, p. 105-134).

destinados a hacer el servicio militar obligatorio en las guarniciones del Norte de África, donde se llevaba a cabo una cruenta guerra, durante un período de dos, tres o seis años. Pocos jóvenes lograban volver con vida de aquel infierno. Las familias de las clases acomodadas o con capacidad económica suficiente podían eludir el servicio militar de sus hijos mediante dos fórmulas legales: “sustitución” (mandando a otra persona en su lugar) o “redención en metálico” (pagando al Estado las cantidades estipuladas).

El padre de Pepe (mi abuelo) no consideró ética ninguna de las dos opciones, pero tampoco iba a mandar a su primogénito a ser “carne de cañón”, frase que se decía en esa época. Luego de largas charlas con su esposa y conversaciones con amigos decidió que su hijo viajara a Argentina, allí esperaría que terminara la guerra y luego volvería siendo mayor para pedir hacer el servicio militar que no pudo hacer por estar en otro país. Así fue que Pepe abrazó, en el pueblo de Altea, por última vez a su madre que lloraba desconsoladamente y se aferraba a su cuello. Cincuenta años más tarde lo seguiría llorando y llamando en su lecho de muerte.

Pepe y su padre viajaron a Zamora para tramitar los papeles que lo llevarían al otro lado del Atlántico. En el puerto de Vigo se despidieron con un apretado abrazo. Y así partió Pepe, con 17 años, solo, pero con muchas recomendaciones y direcciones que aliviaban algo el corazón de su padre. El viaje se le hizo corto, de inmediato entabló amistad con otros jóvenes de distintas partes de España. El buque se detuvo en varios puertos y en todos se bajaban en grupo a conocer. Todo era diversión y aventura.

Cuando llegó al puerto de Buenos Aires se sintió extraño al separarse del grupo de amigos que había hecho en el viaje. Todos se dirigían a lugares distintos de Argentina y tal vez no volverían a verse nunca. En Migraciones presentó los papeles que estaban en regla y entró al país con una mezcla de sensaciones, pero con mucha ilusión. La ruidosa ciudad lo impresionó mucho.

Tenía todas las direcciones bien escritas por orden, así es que se dirigió primeramente al hotel de Quico Lloret “*el Filador*”. Oriundo de Altea. Él le daría alojamiento en su hotel y le indicaría los medios para llegar al pueblo de Coronel Dorrego donde vivían amigos y conocidos de él y de su padre que a su vez le facilitarían trabajo hasta que pudiera volver a su tierra.

Quico le recomendó sitios interesantes para conocer en la ciudad y así fue como caminando una tarde se encontró con un grupo de hombres que cantaban alegres llevando banderas y trozos de telas con colores azules y amarillos. Fueron amables con él por lo que se unió al grupo sin ningún problema. Muchos eran de su misma edad y se adhirió a sus cánticos futboleros. Habían marchado por dos o tres calles cuando otro grupo portando los colores blanco y rojo apareció en una esquina y avanzó hacia ellos. Sin mediar palabra, pero con gritos e insultos, ambos corrieron a enfrentarse. Sin pensarlo Pepe reaccionó con golpes de puño y empujones para defender a su grupo. La contienda duró varios minutos en los cuales se impusieron claramente ya que los rivales se retiraron corriendo. Había participado sin saberlo en uno de los

históricos enfrentamientos de las *barras* de Boca y River, los clásicos equipos de Argentina. A partir de ese momento Pepe y la familia que formaría años más tarde serían de Boca. Dos días más tarde tomaba un tren hacia Coronel Dorrego donde tenía trabajo asegurado con familias conocidas de su padre. Trabajó en los campos en las temporadas de esquila de ovejas, de arado, siembra y cosecha. Su fortaleza y voluntad pronto le dieron fama lo que ayudó a ser muy requerido.

En España, su madre lloraba la ausencia de su hijo mayor, su padre sufría en silencio. Las pocas cartas que llegaban o las noticias de algunos que regresaban de Argentina temporalmente al pueblo contaban que estaba bien de salud y tenía buen trabajo. Pero esto no conformaba del todo a sus padres que seguían intranquilos. El triunfo de la batalla de Uarga en julio de 1925 y el decisivo desembarco de Alhucemas ocurrido en septiembre de ese mismo año hizo avizorar el fin de la guerra en África. Esto decidió definitivamente el viaje del padre de Pepe hacia Argentina para tramitar su regreso. El 23 de diciembre de 1925 arribaron al puerto de Buenos Aires mi abuelo Francisco Navarro López con mi padre Francisco Navarro Carvallo en el vapor “Infanta Isabel de Borbón”, su objetivo: llevar de regreso a Pepe (doc. 2). Pero Pepe había conocido lo que era vivir sin el control paterno que era muy estricto, había hecho muchos amigos y el trabajo por temporadas le gustaba ya que le permitía conocer nueva gente, tener temporadas de descanso, elegir en que campo trabajar buscando la mejor paga.

Se negó rotundamente a volver con su familia, pero su padre sin hacer caso a su negativa recorrió el Consulado de Bahía Blanca y la Embajada Española en Buenos Aires para conseguir los papeles que le permitirían volver a su hijo. Nada pudo lograr ya que se encontró con la negativa ya que había sido declarado desertor por no presentarse al llamado de hacer el servicio militar. No dándose por vencido, se quedó trabajando en la construcción dos años más en Argentina con la esperanza que pudiesen cambiar alguna de las leyes y que su hijo también cambiara de opinión. Ninguna de las dos cosas sucedió por lo que decidió volver a España nuevamente. Pepe acompañó a su padre y a su hermano al puerto de Buenos Aires. Allí los tres se sacaron una foto frente al vapor “Infanta de Borbón” lo único que pudo llevarle a su esposa. (fot. 1),

En 1935, Pepe fue contratado para conformar una cuadrilla de hombres y plantar tamariscos que detuvieran las arenas de los médanos en una playa cercana llamada Monte Hermoso. El contratista era Jaime Montaner Such, que había viajado recientemente a España y casado con su hermana Magdalena Navarro Carballo en Altea. Y que vivían en Coronel Dorrego. Vivir a orillas del mar le recordaba al pueblo donde estaba su familia. Por las noches el murmullo marino lo hacía sentirse en casa. Soñaba con su madre, sus hermanos y hermanas, su padre con su rectitud rallada en lo extremo. Había conocido a una joven muy bonita llamada Antonia en una de las fiestas que se realizaban en los campos de españoles, donde se continuaban con las costumbres, las comidas valencianas, las músicas y los bailes. El destino quiso que en la playa donde trabajaba la volviera a encontrar ese verano. Y el amor los enlazó con su música marina.

Antonia tenía 20 años, era la hija menor de José Giner Pérez apodado “Tío Violín”, oriundo de Alfaz del Pi (Alicante). Había quedado viudo con cuatro hijos: Jaime, Magdalena, María y Antonia (fot. 2).

Pepe y Antonia se casaron en Coronel Dorrego un martes 13 de febrero de 1936. Fueron a vivir a orillas del mar, donde Pepe se había hecho con maderas una pequeña barraca apoyada en pilares también de madera para estar a salvo de las crecidas del mar. El padre de Antonia, que arrendaba y trabajaba en los campos, le prestó unos caballos para poder entrar al mar con una red que se había comprado para dedicarse a pescar. Pepe era feliz en esa playa pescando y vendiendo el pescado. Estaba con su Antonia y venía en camino su primer hijo, el que nació a fines de 1936 en esa barraca a orillas del mar. Su nombre fue Francisco, como su abuelo paterno.

La venta de pescado se tuvo que ampliar a la zona, por lo que compraron una *villalonga* (tipo de carruaje antiguo tirado por caballos). Antonia lo acompañaba en esos viajes ya que iban hasta Coronel Dorrego, Punta Alta y algunas estancias. Esos viajes eran muy duros en invierno por lo que decidieron alquilar una vivienda en el pueblo de Coronel Dorrego.

De esa manera volvió a trabajar por temporadas en los campos. El 25 de mayo de 1940 nació su segundo hijo, al cual correspondió ponerle José como su abuelo materno. 1942 fue año de gran sequía en la zona, lo que ocasionó gran escasez de trabajo. El dinero de los trabajos de siembra y esquila se fueron terminando a la vez que Pepe se fue sumiendo en una profunda depresión. Antonia dio a luz a una niña el 3 de noviembre de 1942, le pusieron por nombre Felisa (ya que el Registro Civil no aceptó el nombre de Felicitas como su abuela paterna), por lo que ya eran 3 niños los que alimentar. Pepe dejó de comer, de reír, de hablar, se sumergió en sus propios pensamientos y no salía de la cama. Sentía su vida sin sentido. Se sentía impotente ante esa situación. Él que había sido admirado por su fuerza y valentía, que había cruzado el mar solo en un buque, ahora se derrumbaba incapaz de resolver la situación.

Su suegro lo llevó un médico para que lo revisara y este decidió internarlo en un Hospital Psiquiátrico en la ciudad de Bahía Blanca. Antonia quedó sola con sus hijos, era ayudada por sus hermanos que le traían del campo alimentos. Al poco tiempo enfermó gravemente de fiebre intestinal y fue internada en el Hospital Municipal de Coronel Dorrego. Sus hijos varones estuvieron a cargo primeramente de una vecina y luego su hermano Jaime. Felisa de dos meses se hizo cargo Magdalena, la hermana mayor de Antonia que estaba casada y no tenía hijos. Seis meses pasó Antonia internada, su padre venía del campo cuando podía para darle ánimo y acompañarla. Poco a poco se fue recuperando hasta que le dieron el alta. Entonces se fue al campo a vivir con su padre y sus hijos varones. Felisa siguió viviendo con Magdalena para que su madre pudiera terminar de recuperarse sin las tareas con una niña pequeña. Pepe mientras tanto estuvo varios años internado en el Hospital Psiquiátrico. Cuando salió fue a vivir por un tiempo junto con su esposa y sus hijos al campo de su suegro. Luego un estanciero de apellido Ferrando lo contrató para el trabajo de juntar y apilar bolsas

de cereales. Antonia había quedado embarazada de su última hija que nació el 14 de febrero de 1948 y a la que le pusieron de nombre Irma.

Se trasladaron a Dorrego, ya que los hijos mayores tenían que asistir a la escuela. Vivían en una habitación de un conventillo a la que habían puesto como cortina un trozo de la red de pesca de esos tiempos al lado del mar. Mi padre, mi madre, mi tío Manolo y yo arribamos al puerto de Buenos Aires el 28 de febrero de 1952. Nos esperaba mi tío Jaime Montaner Such para llevarnos en tren hasta Coronel Dorrego. El tío Pepe nos esperaba en la estación; mi padre y él se fundieron en un gran abrazo. En cambio, a su hermano Manolo solo le dio la mano, era la primera vez que lo veía, puesto que había nacido después que él se fuera.

Su nivel de vida y el de su familia era muy pobre. Mi padre lo convenció de que dejara el trabajo de estación (cosecha, esquila, siembra), que solo le permitía ganar dinero en forma temporaria, para que trabajase en lo que sabía y había aprendido de su padre: la construcción. Logró su objetivo y la situación económica de José mejoró rápidamente. Compró un terreno y comenzó a levantar las paredes de su casa ayudado por mi padre y sus hijos varones que hacían de peones de albañil los fines de semana y días feriados.

Durante la semana los tres hermanos (José, Paco y Manolo), trabajaban en las obras, ayudados por los sobrinos que se sacaban su jugoso jornal. Eran tiempos de bonanza, los créditos hipotecarios para las viviendas eran otorgados a los habitantes de toda Argentina y el trabajo abundaba (fot. 3).

Mi padre hizo muchas averiguaciones ante el Consulado de España para poder encontrar una manera de que su hermano pudiese volver a ver a su madre. Le fue negado varias veces por considerarlo aún desertor. Cuando por fin la ley pudo permitirlo, ya era tarde tanto para él como para mi abuela. Cuando Francisco, su hijo mayor se tenía que presentar en la Base Naval de Puerto Belgrano para hacer el Servicio Militar, lo acompañó con todo orgullo. Dijo que iba a dar su hijo a la patria ya que él no lo pudo hacer. Su mente seguía herida por esa falta que había cometido y nunca podido enmendar.

La vida siguió su curso y nunca volvió a trabajar por temporadas. Se dedicó a la construcción. Sus cuatro hijos se casaron y comenzaron a llegar los nietos para dar mayor felicidad y sentirse orgulloso de la familia formada. Los terrones de estas pampas lo cubren en una tumba donde descansa junto a su Antonia y a su hijo mayor. Pero su sufrimiento y sus angustias no fueron en vano, hoy sus hijos, nietos y bisnietos pueblan Argentina desde Misiones a Tierra del Fuego.

DESCENDIENTES

Francisco Navarro Giner, constructor, sin descendencia.

José Navarro Giner, constructor de bases de silos, 2 hijos. Viviana, farmacéutica, 1 hijo: Pablo. ingeniero químico (vive en Río Negro). Pablo, hotelero, 2 hijos: Martín y Franco (viven en Posadas, Misiones).

Felisa Navarro Giner, 2 hijos: Fabián, agropecuario (vive en el campo de Coronel Dorrego), 2 hijos: Itatí, farmacéutica (vive en Monte Hermoso) y Marcos, veterinario (vive en Tandil); y Osvaldo, agropecuario, sin descendencia (vive en el campo de Coronel Dorrego).

Irma Esther Navarro Giner, 3 hijos. María Antonia, enfermera universitaria (vive en Coronel Dorrego), 2 hijas: Juliana, estudiante universitaria de contador nacional (vive en Bahía Blanca) y Josefina, estudiante (vive en Coronel Dorrego); Jorge, carpintero, 2 hijos: Alejo y Agostina, estudiantes (viven en Coronel Dorrego); Eliana, Profesora en Psicología y licenciada en Psicopedagogía, sin descendencia (vive en Río Grande, Tierra del Fuego).

ANEXOS

Partida de nacimiento.



Llegada de mi padre y mi abuelo a Argentina para que retornara Pepe.



Pepe despidiendo en el puerto de Buenos Aires a su padre y hermano.



Antonia (la de la derecha, de pie) Con sus hermanas María y Magdalena y la hermana de su padre (de sombrero).



De izquierda a derecha arriba: Francisco, Felisa y José. Abajo: Irma, Antonia y Pepe.



Manuel
Otero
Lorenzo

BUENOS AIRES ERA UNA FIESTA

(Argentina)

Mi nombre es Manuel Otero Lorenzo, nacido en Ginzo, Ponteareas, Pontevedra, España, el 18 de agosto del año 1955. Pasé mi infancia en el rural gallego hasta que en 1961, partí hacia Argentina junto con mi madre, Lidia Gloria Lorenzo, Lorenzo de Otero, y mis hermanas Flora y Alicia, para reencontrarnos con mi padre Manuel Otero, que ya había partido con anterioridad por segunda vez.

La psicología define, que entre el nacimiento y los cuatro y cinco años de edad, aproximadamente, vivimos un período “constitutivo” muy importante en nuestra personalidad, que influirá en nuestra formación y luego, comenzamos a tener recuerdos de nuestra infancia, que podremos rememorar volviendo al pasado y regresando tantas veces, con una frecuencia tal, que muchos de estos sucesos nos acompañaran toda la vida. Así es como mi viaje en el barco Yapeyú me ha mantenido dentro de sus límites, metafóricamente hablando, y mi viaje a América permanece intacto en mi memoria. El 31 de diciembre de 1960 por indicación de mis hermanas, mayores que yo, y siguiendo las pautas de una vieja tradición gallega para adivinar el futuro, coloqué el contenido de un huevo en un vaso con agua pura, de una fuente natural, que brotaba a unos pocos me-



Barco Yapeyu.



Foto de mi madre y mi primera foto, en Galicia.

tros de nuestra vivienda. En cuanto deposité la clara y la yema adentro del agua, estas empezaron a desparramarse a lo alto y a lo ancho del recipiente en forma indefinida viéndome, frustrado en mis ansias de saber sobre mi porvenir, pero debía proceder a la segunda parte de la experiencia y depositarlo una noche debajo de mi cama. A la mañana siguiente la clara y la yema habían formado la figura de un barco hundido, con su proa casi tocando el fondo del recipiente.

Como ya se hablaba en mi casa de la posibilidad de viajar a la Argentina o que mi padre regresara a Galicia por segunda vez, mis deseos se orientaron a la segunda opción, pues ver ese barco hundido a través del vidrio acrecentaba mis temores de un viaje accidentado y final para mi corta vida.

No había avanzado mucho el calendario del año 1961, cuando los sucesos se fueron alineando y comenzamos a descontar el tiempo faltante para partir rumbo a la Argentina, donde nos esperaba mi padre, a quien no conocía, pues había partido hacia Buenos Aires, en su segundo viaje, cuando mi madre aún ignoraba que yo me estaba gestando en su vientre. El también lo ignoraba y se enteró cuando llegó a destino después de quince largos días de viaje. Con el tiempo supe que no fue fácil “mi llegada al mundo”, parece que fue cerca de la una, durante una madrugada lluviosa, nadie pudo salir en busca de una partera y nací en soledad con mi progenitora y la asistencia invalorable, pero sin experiencia, de la que luego fue mi madrina, Laura. Entre trámites y despedidas de familiares, amigos y conocidos fue llegando la fecha de partida. Lamento no tener presente el momento de la despedida con mi único abuelo que vivía, José, el padre de mi papá, que tanto amaba, tampoco con mis tías y primos. Mi abuela paterna, Aurora falleció joven y no la conocí, al igual que la madre de mi madre, Generosa y mi abuelo materno, Benito desaparecido durante la guerra civil española, era concejal y cuando intentó huir a Portugal con otro amigo, se supone que los mataron, aunque nunca se pudo confirmar ese hecho. En uno de esos trámites nos cruzamos con mi tío Pepe, que también hacia las gestiones para marcharse rumbo a Venezuela, y es la única despedida, llena de emoción, que tengo grabada en mi retina. Mi tío fue quien ayudó, junto con toda la vecindad, a mi madre en las tareas del campo, siembra y cosecha de papas, maíz y uvas, luego a preparar el vino en barriles adonde yo entraba para pisar las uvas. Además mi madre ordeñaba su vaca y salía a vender la leche, muchas veces, incluso llevando la vaca hasta la casa del cliente, y otras también lle-

vándome a mí. Entre agosto y noviembre, tuve una breve experiencia escolar de cuatro meses, donde fue más lo que me pegó el maestro y mis compañeros, de distintas edades, (ya que todos estábamos en la misma y única aula), que lo que aprendí. No adquirí conocimiento de ninguna ciencia, más allá de los que proporciona en si mismo el sistema jerárquico educativo.

Cuando íbamos a Vigo y veía el mar deseaba que nunca llegara el momento de irnos por miedo a viajar en barco, agigantado por aquel “naufragio” dentro del vaso, y, también, por las luces de la costa que se reflejaban en el mar y mi imaginación creía que se trataba de fuego que brotaba desde el fondo del Océano. De mi infancia en Ginzo, solo conservo algunos recuerdos salteados, como un cazo (jarro) que había ganado en la Fiesta de los Remedios en Ponteareas y que junto a mis pocas ropas era todo mi capital que llevaba para la Argentina. En dicha fiesta me habían hecho creer, en broma, que uno de los músicos de la orquesta que animaba la romería era mi padre, quien había tocado el fiscorno en la Orquesta de Gulans, su aldea natal. Cada tanto, en diversas oportunidades, le preguntaba a mis hermanas si se acordaban de “El día que fuimos a festa Memedios donde tocaba pai.”

Todo el equipaje familiar consistía en un baúl de madera y una valija de cartón duro forrada con tela. Eso da cuenta de lo poco que teníamos para traer. Muy pocas personas nos vinieron a despedir al puerto de Vigo. Mi memoria no retuvo aquellas últimas horas de viaje desde mi casa, llegada al puerto y despedida, ni en mi hogar donde viví ni en la Estación Fluvial. Eran mediados de diciembre de 1961, cuando en la noche finalmente embarcamos en el buque Yapeyú. No sé en qué momento me encontré navegando hacia Argentina. Tal vez cuando mi madre lloró y sus lágrimas, como las de todos los que parten, se parten contra el mar. O cuando ya no había fuego sobre las aguas, o cuando me fui de la cubierta en busca de nuestro camarote de tercera categoría, los de abajo, los más cercanos al agua, según mis temores los primeros que serían cubiertos por las olas en caso del supuesto naufragio previsto en mi imaginación. Si sé que tuve consciencia plena de estar en navegación cuando a la mañana siguiente, me sentí solo entre el cielo y el mar. Desde ese



Orquesta de gulans en Ponteareas donde tocaba mi padre. Año 1946. De los tres que están inmediatamente arriba de la cabina, a la derecha de quien observa la foto, hacia la izquierda es el tercero con el instrumento fiscorno.



Ultima foto con mis dos hermanas en Gulans, Ponteareas poco antes de partir para la Argentina.

momento mi imaginación volaba y todas eran historias a vivir.

Seguramente, por “lo largo” de ese día, no recuerdo como pasamos la primera noche. Pero a primeras horas de la mañana ya se divisaba la costa de las Islas Canarias y luego la primera escala, bajar y conocer esos hermosos paisajes por muy poco tiempo. Solo unas horas, sorprendido por el primer paisaje que veía fuera de mi aldea, el adiós a la isla y volver al barco para que siguiera su ruta marítima, para cruzar el ancho océano Atlántico en busca del ansiado destino final. Como ya anticipé ocupábamos los camarotes de la parte inferior, la clase más baja, coincidiendo el nivel social del pasajero con el nivel de los diversos pisos del barco. El camarote era compartido con otra familia

compuesta por una madre, un hijo pequeño y una hija, aproximadamente de seis años, pero a pesar de la coincidencia en edades, no fue mi amiga de viaje. Es más, no recuerdo haber hecho amigos en todo el viaje. Lo mío fue especialmente “la investigación”, algunas travesuras y la contemplación del “infinito mar” y sus peces voladores, de los cuales desconocía su existencia.

Los desayunos eran muy básicos en alimentación, pero lo realmente malo era el almuerzo. Compartíamos la mesa con un matrimonio que, hasta yo siendo tan pequeño, me daba cuenta que venían de una formación educativa superior a la nuestra. Ellos intentaron enseñarme a usar los cubiertos, con que mano se manejaba cada uno, pero la comida era de pésima calidad y yo no aprendía a usar ni el cuchillo ni el tenedor, apenas la cuchara. El colmo llegó cuando sirvieron una sopa, en realidad agua caliente donde flotaban dos o tres fideos, imposibles de atrapar en un plato casi playo, en mi casa se tomaba el caldo en una taza con mucho pan adentro. Ante la imposibilidad de levantar algo de líquido y sólido después de varios intentos, tomé el plato con ambas manos, incliné la cabeza sobre el mismo y, como si fuera un perro, comencé a chupar el caldo directamente del recipiente. Eso marcó el fin de la paciencia del señor del matrimonio e hizo una gestión para que me pasaran al comedor de niños. A partir de ese momento las comidas llegaron a ser hasta bifes y papas, un manjar comparado con la comida anterior.

Por las noches no dormía, pues, siguiendo con las costumbres que tenía en mi aldea, donde mis juegos preferidos eran imitar los trabajos de la gente mayor, por ejemplo, sulfatar, plantar papas, recoger uvas, etcétera. Aprovechando la embarcación y el ancho mar mi pasatiempo principal pasó a ser la pesca. Con una lata de sardinas vacía y un piolín hice mi primera “red de pescar” y pasé noches asomado al ojo de buey tirando del piolín esperando que algún gran pez cayera en la trampa. Lo único que lograba era dormirme tarde y despertarme fuera de horario perdiendo el desayuno. También recibí un reto de mi madre diciéndome, que alguna gran ola me llevaría hacia abajo si seguía pescando por las noches. Lo más terrible sucedió, una noche mientras esperaba que la presa marina (justamente), fuera presa de mi latita, una enorme ola pegó contra babor y me salpicó tan fuerte (en mi imaginación), que decidí abandonar tamaña empresa en ese mismo instante.



Mi madrina Laura en un alto en las tareas rurales junto a vecinos. Es la que tiene la copa alzada.

A la semana de iniciado el viaje ya tenía mis rutinas preferidas, una de ellas era observar a los obreros que trabajaban pintando el barco. Subían a los lugares más altos con gran facilidad y los admiraba por su destreza y rapidez para pintar, pero lo que más penetró en mis sentidos, de esa tarea, no eran los colores sino los olores que, alojados en alguna zona de mi olfato o cerebro, por el resto de mi vida me devuelven a ese tiempo y lugar cada vez que alguien pinta sobre el hierro. Otra de mis rutinas era, desde la parte trasera de la cubierta, dedicarme a observar las sardinas voladoras que salían de las aguas y se elevaban varios metros para volver a aterrizar. Agua y cielo me abrazaban dentro de la estructura metálica y mis deseos de llegar pronto a destino se chocaban con mis ganas de disfrutar ese viaje tan temido. Parecía ser “un largo puente” hacia dos mundos distintos, dejando atrás ciertas costumbres propias de la aldea, para llegar a conocer nuevos estilos de vida de una gran ciudad. El baño era toda una novedad para mí, dado que en mi casa no existía. Su uso me llevó a recibir variada cantidad de insultos. Desconociendo como funcionaba “el sistema”, ya que se trataban de pequeños compartimientos, con una puerta de madera que no llegaba arriba y dejaba un espacio considerable (de acuerdo con mi pequeña y delgada figura), en la parte inferior. Ante el apuro de hacer mis necesidades, no golpeaba la puerta e intentaba meterme



Casamiento del tío Pepe poco antes de emigrar ambos.

por el espacio que había de bajo, hasta que a fuerza de retos comprendí, que cuando la puerta estaba cerrada, el baño estaba ocupado.

Una mañana al subir a la zona de la pileta de natación vi como los hombres perseguían a las mujeres, les tiraban harina y algo que parecía ser huevos, las atrapaban y arrojaban en la piscina. No podía entender como querían ahogarlas y nadie las defendía. Una mujer que no sabía nadar debió ser res-

catada por varios marineros que se tiraron en su ayuda. Horrorizado corrí a advertirles a mi madre y mis hermanas que no subieran, pero ellas se rieron y me dijeron que era un festejo tradicional por haber cruzado la línea imaginaria del ecuador. Lleno de miedo y sin creer para nada lo que me habían dicho, escondiéndome detrás de lo que podía, lentamente volví a subir hasta la cubierta donde estaba la pileta de natación, pero por suerte, sobre todo para mí, ya lo peor había pasado, mis piernas delgadas dejaron de temblar pues ya la calma había regresado, observé la pileta y ninguna víctima fatal flotaba en ella. Solo me quedó la intriga de qué significaba cruzar el ecuador. Con el tiempo supe que es una línea imaginaria que divide la tierra en dos hemisferios, norte y sur, seguramente esa línea estaba dividiendo mi infancia en la misma cantidad de partes, estaba transitando en tiempo y espacio mi propio ecuador.

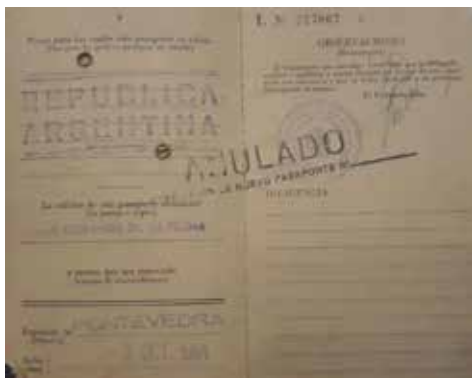
Poco duró la paz. No había pasado un día, cuando recién despertado sentimos que sonaron las sirenas. El buque se hundía. La gente corría desesperada por los distintos pasillos buscando la cubierta donde nos convocaba el Capitán o algo así. Recordé que lo mismo le había pasado a mi barco de huevo sumergido en un vaso, aquel primero de enero de 1961, casi un año antes de esta realidad que ahora enfrentaba. "Las mujeres y los niños primero" gritaban, por suerte eso nos incluía a mí y a mi familia, nos guiaron hasta la zona de botes y nos colocaron un chaleco salvavidas a cada uno de los que, como yo, aspirábamos a salvar nuestras vidas; ya casi muerto de miedo. Otra vez, temblando aterrado y llorando bajé del bote, me dijeron que solo se trataba de un simulacro. Los niños deberían estar exentos de estos simulacros, porque para los niños todo es realidad, hasta los juegos son realidad y, algunas veces, hasta los sueños se les hacen verídicos. Durante el trayecto pasamos las fiestas de navidad entre el mar y el cielo. No hubo

mayores diferencias con cualquier otro día de viaje; de no ser por un turrón durísimo que sirvieron durante la cena nunca me hubiese enterado de que era el 24 de diciembre, Nochebuena, ni el 25 de diciembre.

Unos días más tarde llegamos al puerto de Rio de Janeiro en Brasil. Un puerto muy bonito, con barcas de colores fuertes y mucho movimiento de pequeñas embarcaciones de pescadores. Pudimos bajar y recorrer un poco. Observar los morros y probar por primera vez el ananá, que lo vendían desde unos carritos, cortado en rebanadas con un palito para sostenerlo. Desde entonces el ananá, con su gusto tan sabroso se convirtió en una de mis frutas preferidas. De regreso al Yapeyú, y antes de partir, mi vista se repartía entre barcos pequeños, grandes y me llamó la atención la gente de color que, supongo, nunca antes había visto. Al día siguiente, ya veintinueve de diciembre, pasamos todo el día en Montevideo, Uruguay y por motivos no especificados, debimos permanecer en esa ciudad hasta el treinta y uno por la madrugada, un día más de lo previsto. Aprovechamos para conocer la zona portuaria de Montevideo. Mi recuerdo más firme de ese lugar fue un enorme barco de juguete o adorno que estaba en la vidriera de lo que no parecía ser una juguetería, sino, más bien, una agencia de viajes o marítima. Deseé tener un barco así. Uno de mis tantos deseos no cumplidos, pero cuya imagen sigo teniendo presente como en aquel momento.

Como estaba previsto, en la mañana del treinta y uno de diciembre de mil novecientos sesenta y uno, casi cayéndonos del almanaque, arribamos al puerto de Buenos Aires. Ansioso por descender esperé recostado en la baranda el turno para bajar. Sobre tierra firme podía observar una multitud mirando hacia arriba intentando encontrar algún pariente, un amigo, en fin, algún ser extrañado hasta ese instante de hallarlo. Uno de los hombres de esa multitud avanzó justo hasta colocarse en la misma línea vertical en la que estaba yo y me preguntó si conocía a la familia Otero. Corrí a contárselo a mi madre. Ella sonrió y le contestó la pregunta que me habían hecho, gritando: “Sí, somos nosotros” y, como en la partida, otra vez lloró.

Ese señor allá abajo, era un amigo de mi padre, que tenía conocidos en el puerto y nos ayudó a acelerar los trámites de llegada. La sonrisa y las lágrimas de mi madre, la alegría de mis hermanas me hizo intuir que algo bueno empezaba y pensé que en Buenos Aires tendría buen futuro para mí.



Pasaporte de mi madre.

Al bajar, algunos familiares de mi padre que vivían en Argentina nos fueron a recibir, otros nos esperaron en sus casas. Yo me despedía del barco Yapeyú, contemplándolo en silencio y agradecido de que no se hubiera hundido como aquel barco del vaso con agua y huevo, pues lógico era, que estando en el agua el aspecto fuera de naufragio. Así como perdí en mi memoria gran parte de las cosas que me sucedieron en el último día en Galicia y no tengo presente lo que sucedió desde la salida de mi hogar en Ginzo hasta Vigo. Si tengo presente, como si fuera hoy, la llegada a Buenos Aires.

Nos fueron a buscar con un colectivo (transporte público de pasajeros), propiedad de un primo de mi papá. Ahora que lo menciono, no tengo presente como fue el reencuentro, pero lo imagino muy afectuoso. Me doy cuenta que, tal vez, tuve una gran negación al no recordar los momentos afectivos de partidas y llegadas, por algo no los registro... Ese colectivo, o mejor dicho esa línea de colectivos, pasaría por el frente de mi casa en Lanús Oeste, lugar donde mi padre nos había comprado una vivienda con la intención de que fuera nuestro hogar.

Hablando de casas, la primera propiedad, muy bonita, que visitamos en Lanús Oeste, provincia de Buenos Aires, fue la de la tía Jesusa. Pensé que allí viviríamos y me sentía contento, pero no era así. Pronto visitamos otra casa, también linda, de la prima Delia, nuevamente me ilusioné creyendo que allí viviría, pero no. Finalmente, la tercera fue la vencida, una casa vieja, mitad de madera revestida con chapas, al igual que el techo, y la otra mitad de material, esa fue nuestra residencia definitiva. Comparada con la de España era un avance importante, por lo menos, en la parte de material, tenía baño completo, agua corriente, cocina a garrafa, heladera y fundamentalmente luz eléctrica. Nada de esto tenía nuestra casa de Ginzo de paredes de piedra, con pisos de madera en las habitaciones y de tierra en la cocina. Todas estas “comodidades”, fueron suficientes para que mi madre se enamorara de la Argentina, mi padre ya estaba adaptado, por sus dos viajes, al estilo de vida de aquí, prueba de ello fue que, ya casi, no tenía “acento gallego”. Este enamoramiento de la Argentina por parte de mis padres hizo que mis hermanas y yo, al igual que ellos, no siguiéramos con las tradiciones culturales de España y nos alejamos un poco, en nuestra niñez y juventud de la realidad de Galicia, dejando de lado muchas cosas de nuestras raíces.

Ese treinta y uno de diciembre de mil novecientos sesenta y uno, terminaba el año viejo y empezaba el nuevo. El cielo de Lanús se llenó de fuegos de artificio y cohetes que explotaban por todos lados. En algún momento alguien me engañó haciéndome creer que los festejos eran por mi llegada y me hizo sentir muy importante y feliz. El 6 de enero de 1962, mis tías, que en realidad eran tías de mi papá, me hicieron hermosos regalos con motivo de la llegada de los Reyes Magos. Aunque ya tenía serias sospechas de que los reyes eran los padres, por sucesos ocurridos en Galicia, preferí mantener ante ellas la inocencia de que seguía creyendo. Uno de los regalos era un avión de pasajeros con techos de vidrio, que al instante se transformó en mi preferido. Jugando con él en la terraza de mi casa se me cayó y lloré. Eso asustó a mis padres y tías, que en estado de pánico salieron al patio pensando que el que se había caído era yo, generando un momento de gran preocupación y angustia que me transmitieron. Esa caída del avión pasó a ser otro presagio en mi vida, como lo fue el barco de huevo, y, considero, fue el culpable de mi pánico a viajar en avión, que bastante ayudó a demorar mi regreso a visitar Galicia.

En los primeros meses en Lanús Oeste, una de mis actividades preferidas (aún no habían empezado las clases), era visitar a mi tía Jesusa. En el fondo de su casa, su marido tenía una carpintería y me gustaba observar su trabajo mientras hablábamos de distintos temas, especialmente sobre mi viaje y mis deseos a futuro. Desde ese lugar, se escuchaban las sirenas de los trenes que arrancaban desde la estación Lanús. Él me decía que esas sirenas eran del barco Yapeyú que partía y yo le creía... El barco Yapeyú... En el colegio me enseñaron que Yapeyú en Corrientes fue la ciudad natal del General don José de San Martín. Fue vendido para ser usado como buque de carga y, tengo entendido, que finalmente se incendió, pero nunca hundido.



Marta
Beatriz y
Mabel Alicia
Pereruela
Bibiloni

NUESTRA HISTORIA

(Argentina)

Vamos a tratar de contarles la historia, que nos transmitió nuestro padre José Pereruela, de nuestros abuelos paternos, Tomás Pereruela Diéguez y María Eulalia Tomé Pérez, a quienes lamentablemente no tuvimos el placer de conocer. Ambos fallecieron varios años antes de nuestro nacimiento.

Tomás, de profesión comerciante, nació en Corrales del Vino en diciembre de 1862. Era hijo de Manuel Pereruela y Dionisia Diéguez, naturales de Corrales del Vino. Nuestro padre, José, nos contaba que Manuel había sido profesor de Historia en la Universidad de Salamanca, pero no tenemos como documentarlo. Fue bautizado por el cura párroco licenciado Simón Fernández Fidalgo. Ingresó al servicio militar el 10 de febrero de 1884 en caja de reclutas de Zamora. Mas tarde, fue trasladado al Regimiento Saboya, y luego al Cantón de Alcalá de Henares donde prestó juramento de fidelidad a las banderas en el mes de marzo. En junio de ese mismo año ascendió a Cabo 2º, y en julio de 1885 fue ascendido a Cabo 1º. En el documento original, que tenemos en nuestro poder (expedido en Zamora el 9 de febrero de 1896, donde se le “Concede licencia absoluta por haber permanecido 12 años en el servicio militar que marca la ley”) está detallado, año por año, los diferentes destinos y servicios, que fue prestando desde 1884 hasta 1896.

María Eulalia, hija de José Tomé y María Pérez, naturales de Fuente el Carnero, nació en Peleas de Arriba en diciembre de 1868 y fue bautizada por el cura párroco Ramón Álvarez Miranda. En el *Libro de casados* de la iglesia parroquial de Santa María Magdalena de Corrales, obispado y provincia de Zamora, está registrada la partida del matrimonio de Tomás y Eulalia el 4 de junio de 1890. La misma establece que “Precedió una amonestación canónica publicada el 1 de junio al ofertorio de la misa popular, no resultando impedimento alguno y fueron

aprobados en doctrina cristiana". El matrimonio fue asistido por don Gerónimo Fernández, presbítero con licencia expresa del señor cura ecónomo de la iglesia, don Narciso Casaseca Casaseca.

No se imaginan nuestra sorpresa, al encontrar entre la documentación de nuestros abuelos un manuscrito de tres carillas, donde figura el detalle de "la ropa que lleva Eulalia Tomé Pérez en concepto de dote en su matrimonio con Tomás Pereruela Diéguez y de los cuales ha de responder este último a la disolución del matrimonio". Detallando a continuación cada uno de los treinta y cinco bienes que aportó Eulalia con su respectiva valuación y que suman un total de 343 pesetas. Entre esos bienes figuran: un colchón, dos almohadas, sábanas y varias camisas de algodón, faldas, mantones y pañuelos blancos, y de diferentes colores y características y de distinto valor (entre otras cosas). Además, Eulalia también aportó porciones de tierra: tres ochavas en Fuente Carnero, mitad del quiñón de la Laguna, quinientas cepas en la pradera. En Peleas de Arriba, trescientas treinta cepas al nogal, una tercera parte de una casa. En Corrales, doscientas cuarenta cepas que le cede Manuel Pereruela, su padre. Hay en este manuscrito de la dote, otros detalles interesantes, pero nos cuesta transcribirlos por no ser muy legible la letra. Tomás y Eulalia tuvieron dos hijos: Dionisia y Victoriano, ambos fueron bautizados en Santa María Magdalena de Corrales.

A fines del siglo XIX y principios del XX, debido a la crisis económica que afectaba a España, la familia decidió, como mucha gente en esa época, viajar al nuevo mundo, para poder brindarles un futuro mejor a sus dos hijos. La decisión la tomaron debido a que un amigo de la familia, que ya vivía en Argentina, les escribía contándoles, que era un país en próspero desarrollo y ofrecía muchas posibilidades. De esta forma decidieron dejar Zamora con destino a América.

Durante ese largo viaje su hijo Victoriano enfermó y se vieron obligados a desembarcar en Belem (Estado do Pará), al norte de Brasil, primer puerto que el barco arribó después de cruzar el Océano Atlántico. La familia se estableció un par de años en la ciudad de Belem. En 1906 nació nuestro padre José y en 1909 su hermana María. Lamentablemente debido a su enfermedad, Victoriano falleció. El matrimonio de Tomás y Eulalia nunca olvidó que Argentina los esperaba y en 1913 llegaron al puerto de Buenos Aires. Se establecieron en la Ciudad de Avellaneda, provincia de Buenos Aires, a muy pocas cuadras de Capital Federal, como era denominada en esa época. Como Tomás era una persona instruida, ingresó como empleado administrativo en la Dirección Nacional de Migraciones. A pesar de trabajar para un organismo estatal, mantuvo su ciudadanía española. Nunca se nacionalizó argentino. Eulalia se dedicó a los quehaceres domésticos, cuidar a sus hijos y así

fue como más tarde nació Elvira, la hija menor del matrimonio, quienes al fin habían logrado su sueño de vivir en la Argentina deseada.

En 1934 Tomás le otorgó a su primo Gregorio, residente en Corrales, un poder para que se encargara de la venta de las tierras, que el matrimonio Pererueta-Tomé tenía en Corrales y en Casaseca de Campeán. El valor de venta de dichas tierras fue de 1.300.00 pesetas, más 453 pesetas y 25 céntimos por los 7 años que tuvo de renta, a razón de tres y media fanegas de trigo por cada año. El importe de esa venta, descontados contribuciones e impuestos, fue girado por su primo Gregorio a Buenos Aires a través del Banco Español del Río de la Plata.

Tomás Pererueta Diéguez falleció el 20 de abril de 1943, y Eulalia Tomé de Pererueta el 2 de setiembre del mismo año 1943, ambos de nacionalidad española, en la Ciudad de Avellaneda, Provincia de Buenos Aires.



Pasaporte de Eulalia Tomé.



Pasaporte de Tomás Pererueta.



Milagros
Pérez
Melo

EL FENÓMENO MIGRATORIO Y LAS TRADICIONES CANARIAS EN CEIBA HUECA (Campechuela, Granma, Cuba)

(Cuba)

La presente investigación pretende dar a conocer una visión del fenómeno migratorio de la población de Arona (Tenerife, España) a Cuba, concretamente hacia la zona de Ceiba Hueca, en Campechuela. provincia Granma, Cuba, quiénes lo fomentaron y cuáles fueron los motivos, así como las tradiciones legadas por dicho proceso. Este proceso migratorio, tuvo su mayor significado en el período que abarca los años desde 1895 hasta 1920, cuya zona preferencial de destino fue el entonces Central “Teresa” (hoy Enidio Díaz Machado), donde se formó un fuerte asentamiento étnico de la gente de la zona del sur de Tenerife, España.

INTRODUCCIÓN

En este período el ritmo de crecimiento de la población cubana estaba asociado al desarrollo azucarero. Se trataba de una etapa de reestructuración y reacomodo de la industria azucarera, caracterizada por dos grandes divisiones del trabajo: la fabril y la agrícola. Este nuevo sistema agrosocial demandaba abundante mano de obra libre, por lo que se convertía en un factor de atracción de una migración familiar, donde sobresalieron los habitantes del municipio Arona en Tenerife, una de las siete Islas Canarias.

DESARROLLO

Uno de los hacendados de Tenerife, Don José Tavío Sierra, sin perder sus propiedades en España, se vinculó a los americanos a través del Central Teresa, fundado por el Sr. Rigney, que estableció contrato con la corporación Hugh Kelly y Co. para remodelar el antiguo ingenio en 1902, construyendo un nuevo central, siendo este señor designado como administrador del mismo. Los factores, entre otros, que favorecieron la elección de don Tavío en este alto cargo administrativo dentro de la empresa Teresa Sugar Company, estuvieron relacionados con su temprana condición de socio-propietario de tierras en las comarcas donde operaba esta empresa americana, unido a sus conocimientos sobre el cultivo de la caña, la obtención de altos rendimientos y un nivel cultural necesario para administrar con eficiencia una central azucarera, cualidades que le merecieron la confianza de los directivos del central. Entre sus funciones estaban el manejo de los negocios y la contratación de fuerza de trabajo.

Las informaciones llegadas a Canarias, sobre las posibilidades de mejores ofertas laborales, el acceso a las tierras y las facilidades de negocios en Cuba se realizaban, fundamentalmente, a través de las correspondencias familiares, por lo que miembros de muchas familias tomaban la decisión de emigrar, preferentemente los jóvenes en edad laboral, para que luego estos impulsaran a los demás familiares. Otros llegaron por vía marítima como polizontes huyendo de la guerra civil española.

Alrededor de la industria se estructuró el batey, con sus oficinas, tienda, telégrafo, hotel-fonda, iglesia y la casa del administrador, se erigieron barrios de obreros (San Francisco y Barandica), destacándose cada uno de ellos por la uniformidad de largas hileras de casas o pequeños chalets, donde residían los técnicos y demás personal administrativo de la industria, las cuales preservan su estructura constructiva y en su mayoría son habitadas por descendientes de canarios. En el centro de estos dos barrios y sobre una meseta se alzaba de forma imponente la casa del administrador y desde este majestuoso bungalow de 2 pisos sobre fuertes columnas y anchos corredores, el administrador domina-



Central "Teresa", actual Enidio Díaz Machado.



Campana del Central "Teresa", utilizada para llamar a los obreros a laborar. Data del año 1888 y se conserva aún en el sitial histórico del hoy Central "Enidio Díaz Machado.



Casa del administrador.



Casas de los obreros.

ba visualmente las faenas de los obreros en el batey del ingenio. Esta vivienda comunica hasta la industria por una calle recta y sombreada de dos hileras de palma real, a poco más de unos 200 metros del central y separada del resto de las residencias.

La forma de ubicación espacial y el gran tamaño de la mansión reafirman la jerarquía del administrador, repre-



Comando año 1946.



Internacional año 1954.

sentante del poderío económico y político de la sociedad económica Teresa Sugar Company. Esta bella mansión aún conserva su estructura y constituye la sede central de nuestro órgano de base de la Asociación Canaria y el escenario fundamental para nuestras reuniones y actividades, lo que ayuda a dar vitalidad al lugar y así mantener viva las tradiciones heredadas de nuestros ancestros en cuanto a: baile (danza), música (décimas, seguidillas), la oralidad (testimonio, narración), confección de platos tradicionales (elaborados fundamentalmente a partir del gofio, el cual llegó a ser la base de la alimentación de los emigrantes canarios, *ceibahuequenses*, así como el alimento central en torno al cual giraban el resto de los productos alimenticios que consumían, como vegetales, carne, pescado, mariscos y productos lácteos como la leche (*chorote*), exposiciones artesanales (bordados, calados, tejidos, cerámicas, esculturas), juegos de mesa (dominó, naipes; dama española), entre otras, puestos de manifiesto en dichas ocasiones.

Analizando los salarios, las formas de pago y los créditos, se puede inferir que existían alternativas bastante flexibles para la reproducción del grupo doméstico de los inmigrantes. El crédito estaba libre de interés, en el sentido estrictamente económico, y se descontaba del salario o se pagaba por el deudor en dinero al cierre de la quincena de trabajo. Esta modalidad jugó un importante papel en el ascenso económico y social de dichos inmigrantes, ya que dio la posibilidad a muchos de



Iglesia católica donde aún los fieles realizan misas y bautizos.



La ceiba, símbolo que identifica el poblado.

ellos, de convertirse en años posteriores de obreros en: comerciantes (bodegas, bares), propietarios de tierras, las cuales están en manos de los familiares y aún se cultivan, desarrollando fundamentalmente la horticultura (experiencia legada por la primera generación de canarios), adquirir flotillas de camiones, los que actualmente resuelven la situación del transporte público intermunicipal en el territorio.

El mismo sigue constituyendo la principal industria y fuente de empleo del territorio y su fuerza de trabajo cuenta con una cantidad significativa de descendientes canarios, que se desempeñan en las mismas labores que realizaban sus ancestros en aquellos tiempos: reparación de maquinarias, en las calderas, el punto de azúcar, la contabilidad, la estiba de azúcar, la conducción de camiones, carretas, el corte de caña, entre otras, oficios transmitidos por la experiencia acumulada de generación en generación.

La ubicación geográfica del territorio, lo sitúa en el norte de la costa sur de la región oriental, lo que brinda la posibilidad a sus habitantes de contar con otra fuente de ingreso para la subsistencia de los grupos familiares, a través de la pesca, tradición esta heredada también de nuestros antecesores, contando para ello con el módulo necesario para ese fin, dígame: botes (muchos de ellos datan de aquel entonces), redes, anzuelos, etc., llegando a constituir esta actividad una de las más importantes de esta zona en la actualidad, cuyos principales protagonistas son precisamente los descendientes canarios del lugar.

Esta actividad pesquera garantiza, además, la alimentación de los núcleos familiares, a partir del consumo de pescado y mariscos, con los cuales se elaboran numerosos platos tradicionales que formaron parte de la cultura alimenticia de nuestros ancestros, por ejemplo: el crudo y el enchilado de camarón, de langosta, los ostiones, el pescado asado, en salsa, empanizado, aporreado, entre otros, los que actualmente se encuentran en la preferencia de los descendientes canarios del lugar.

Según el testimonio de algunos familiares, todo el barrio de Barandica era completamente de isleños, los cuales eran muy alegres, cuando terminaba la zafra hacían una fiesta (baile) en la casa del administrador, las mujeres se dedicaban a las labores hogareñas, lavar y planchar



María Rosa Fumero Melo con sus hijos con 100 años.



María Rosa con 102 años; fue la última representante de la migración canaria residente en Ceiba Hueca.



María Rosa con una bisnieta a los 104 años de edad, días antes de morir en 2003.

pago para los mismos canarios y a la crianza de los hijos, eran muy unidos y se ayudaban mutuamente cuando estaban en problemas (enfermos, embarazadas en trabajo de parto), eran muy refraneros, jara-neaban entre ellos acerca de los lugares desde donde provenían y se apodaban con nombres de personas que residían en dichos lugares. Características que aún perduran en las generaciones de descendientes canarios que habitan en dicho barrio.

Un dato curioso es que tenían como tradición casarse isleños con isleñas, incluso hasta siendo familia unos de otros (endogamia), fenómeno que actualmente se da muy a menudo. Entre las familias más nombradas y representativas de las que fueron creadas a partir de la primera generación de estos emigrantes se encuentran apellidos como: Alayón, Melo, Díaz, Moreno, Santana, Morales, Nieves, Fumero, González, Domínguez, García y Mena, de los cuales aún existe una vasta representación de descendientes que residen en la zona objeto de investigación¹.



Varadero de los pescadores en Barandica.



varadero de los pescadores en San Francisco, Ceiba Hueca.

¹ La autora introduce una fotografía de juventud de don José Tavío Sierra y otra de un emigrante aronero en la centrífuga del Central "Teresa" tomadas de algún libro no identificado que no se reproducen en este volumen. (N.E.)



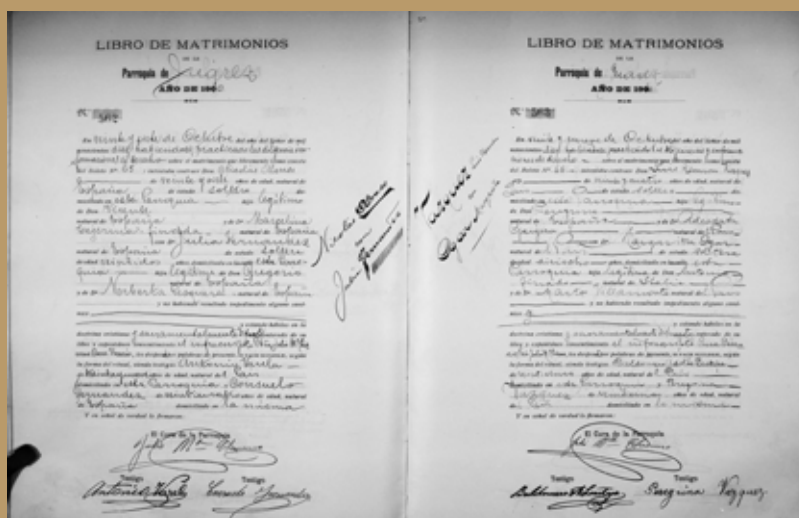
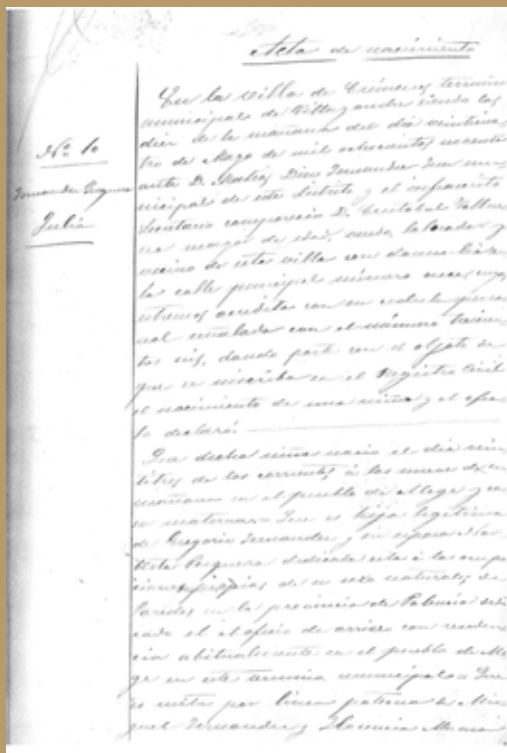
Diego
Leonardo
Pérez

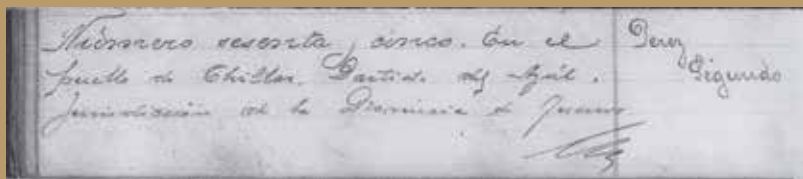
RELATO DE LA LLEGADA DE JULIA FERNÁNDEZ A LA ARGENTINA

(Argentina)

Les paso a describir lo que nos cuenta de boca a boca en los relatos familiares en mi historia familiar, Julia Fernández, con su prima Consuelo Fernández huyen de Aleje con lo puesto y llegan a la Argentina (1904 y 1905) en un barco de polizón. Paso 5 días en el hotel de los inmigrantes y se instala en Azul y Julia se casa con Nicolás Alonso, español también, en la parroquia de Juárez el 27 de octubre de 1910 a los 22 años. Julia y Nicolás tienen varios hijos; Julia es víctima de lo que hoy sería violencia de género y huye con mi bisabuelo Segundo Pérez que era viudo de una aborigen, tenía dos hijas previamente.

Luego nace mi abuelo y a tal punto debe de haber sufrido dicha etapa que el certificado de nacimiento de mi abuelo Segundo Pérez, figura hijo natural de Segundo Pérez (bisabuelo) y no figura Julia. En el certificado de nacimiento de Julia figura con “s”, estimo que es ascendencia judía, por eso huyeron de España. Estuvo indocumentada hasta que falleció en 1983. Tuvieron que pedir todos los papeles a España para poder enterrarla.





Fragmento del acta de nacimiento del abuelo.

194

NOTAS MARGINALES: FERNANDEZ de ALONSO Julia

ACTA N° 773 En Olafania Partido Olafania

Rta. B. A. a 21 de diciembre / 1983. Asa m. Maria Isabel

Gonzalez Alhamira Deleg. Regional, comparece don Paul Renaldos.

tarpe N° 5.426.5/6 domicilio España 4159,

de esta. DECLARA: Que el día Veinte

mes diciembre año mil novecientos ochenta y tres

hora 4:30 lugar Rivadavia 4057, de esta

FALLECIO Julia FERNANDEZ de ALONSO

de edema agudo pulmón, fractura cadera

cert. médico Dr. Francisco Aguerre sexo femenino

de Hombres, estado Viuda Nicolas ALONSO

profesión ama de casa domicilio local 78 obrero, de esta

nacionalidad si. nichas de nacido el 7-1-

en hijo de Gregorio FERNANDEZ

y de Norberta PEZUEIRA

Intervenido: Testó

Leído el acta, la firman conmigo Testado - Gregorio Fernandez. no.

Julia Pezueira. Retale.

Acta de defunción de Julia.



Ángeles
Sánchez
González

UN LARGO VIAJE DE IDA Y VUELTA

(Francia)

Nuestro padre cumpliría 100 años este próximo verano si no se hubiera ido a las puertas del siglo XXI. Nuestra madre nos dejó hace 10 años y le había sobrevivido 15 más. Supervivencia, sí, fue el último periodo para ella, porque la vida, en todo su esplendor, era aquello que habían compartido juntos durante medio siglo, a través de la geografía francesa, por tierras de Argelia y en su retorno a España después de 36 años en el extranjero, como se decía entonces.

En 1999, con mis dos hermanas, depositamos las cenizas de nuestro padre en Níjar, provincia de Almería. En 2014, llevamos las de nuestra madre a ese mismo cerro de Sierra Alhamilla, desde el cual se divisa Cabo de Gata. Yo leí entonces unas líneas escritas la noche anterior: despedíamos a nuestros padres, a los testigos de nuestra infancia. Extrañamente, a pesar de que en nuestra familia no se es amante de rituales ni se profesa religión alguna, yo sentía el deseo de decir unas palabras.

El azar quiso que, hace poco, encontrara esas cuartillas que les dediqué a modo de homenaje y, que la misma semana, navegando por la Red, descubriera la convocatoria de un premio a la emigración de la UNED de Zamora. Aunque mi escrito no era un relato al uso, pensé que podría encajar en el contexto. Esos renglones evocaban algunos retazos de la historia de nuestros padres en Francia; decidí entonces completarla con otro relato, profundizando en sus años de emigración. Este lapso de tiempo abarcaría hasta los años 70, década en la que mis hermanas y yo fuimos abandonando la casa paterna y materna para formar nuestras propias familias. Nuestros padres, en esa época, ya eran inmigrantes veteranos.

Ciertamente, nuestros padres no hicieron fortuna ni fundaron pueblos como algunos emigrantes a las Américas; tampoco realizaron proezas

ni escribieron libros. Como tantos hombres y mujeres, inscribieron su historia dentro de los vaivenes de la Historia con “H” mayúscula. La primera no se comprende sin la segunda y hasta puede que se arrojen más luz recíprocamente. Estas vivencias con nuestros padres, la transmisión oral materna- porque nuestro padre era más púdico con sus recuerdos –así como un puñado de fotografías y de documentos de la época permiten construir un ejercicio de la memoria. Al escribir estos renglones pienso en todos los emigrantes españoles diseminados por el mundo. También tengo presentes con emoción y afecto a todos los inmigrantes instalados en España, sin distinción de raza, cultura o religión. Alguien dijo: “Puedes arrancar al hombre de su país, pero no puedes arrancar el país del corazón del hombre”. La modesta historia de mis padres así lo atestigua.

NÍJAR, 12 DE OCTUBRE DE 2014

Quiero leer o decir unas palabras porque el momento es excepcional, pero sobre todo porque siento la necesidad de hacerlo. Vosotros fuisteis nuestros padres, nosotras somos vuestras hijas. Sirvan estas líneas de pequeño homenaje sin que pretenda ni una letanía lacrimógena, ni un panegírico, ni un ajuste de cuentas, ni un ejercicio literario. Habéis acabado vuestra andadura y tan sólo deseo recordar alguna anécdota de vuestra vida. Peyrat le Château, Bourg Saint Maurice, Hauteville, Saint Pierre de Colombier, Aïn el Turck, Mers el Kebir, Saint Martin de Vésubie, la Tour de Carol, Osse en Aspe, Lanvéoc, Oloron Sainte Marie, Pont de Castirla, Cervione, Pourrières, Marseille, Belfort, Montceau les Mines, Almería y Níjar finalmente... Todos estos lugares con consonancia francesa en su mayoría, o árabe, por los años de Argelia, y hasta italiana por los pueblos corsos, todos estos lugares, sí, los recorristeis juntos; nosotras tres compartimos varios con vosotros. No olvido tocante a papá, Serón, Lucainena de las Torres y Barcelona. Esto era antes de partir a Francia.

En cuanto a ti Mamá, Villardeveyo, Posada de Llanera, Trobajo de Arriba, en León, y finalmente Lugones, en Asturias, cuando ya te quedaste sola. Me faltan nombres lo sé, pero todos ellos conforman vuestra particular pequeña vuelta al mundo ya que habéis regresado al lugar donde nacisteis: Almería y Asturias.

Estamos reunidos hoy en Níjar, domingo 12 de octubre de 2014 dónde en diciembre de 1999, dejamos tus cenizas, Papá; ahora traemos las tuyas, Mamá. Las chiquillas, como nos llamabais: María Luisa, Celia y yo, Ángeles; vengo con Noa, mi nieta, vuestra primera biznieta, la pasión de mamá estos últimos años. Lea y Melanie, dos de vuestras cinco nietas, han venido desde Murcia y Málaga. Las tres ausentes, Edwige, Natacha y Fanny nos acompañan con el pensamiento. Natacha sigue

viviendo en México y Edwige y Fanny en Francia. No me olvido de los compañeros de Lea y Melanie, Javier y Juan. Mención especial para los dos yernos, Alain y Paco. Papá, estos últimos años, en vuestro barrio, comentaba la gente que jamás habían escuchado a un hombre hablar con tanto cariño de sus yernos.

Antes empecé enumerando pueblos en los que os asentasteis a veces meses, otros años. Mamá, a ti te encantaba contar y recopilar las casas donde vivisteis (más de 50 decías), los primos asturianos con esos nombres, para nosotras, tan extraños.

Papá, te diré que todavía ayer, en Málaga, cuando en el Museo de Picasso, leíamos Celia y yo que el pintor siempre rehusó naturalizarse francés, yo exclamé: *“Tiens, comme papa!”* (Toma, como papá!). No fuiste Picasso, pero eras tan orgulloso como él.

Recuerdo cuando, en Córcega, un día declaraste que nuestra casa era española y que, a partir de entonces, íbamos a tener que hablar español nada más pisar el umbral... Era en Pont de Castirla. No lo conseguiste claro; Celia y yo hicimos huelga de palabra. Tres días después, desististe y levantaste el castigo. En cuanto a María Luisa, no necesitaba que la obligaran; ella saltaba de una lengua a otra. Pero ya ves cómo es la vida Papá, Celia y yo nos vinimos a vivir a España y ¡María Luisa siguió de francesa! Ese día entendiste que no todo iba a depender de tu voluntad y que habíamos crecido.

Quería deciros que ya no me acuerdo de las matrículas de los coches que fui conduciendo a lo largo de estos años y, en cambio, sí, de la placa “298-AZ-06” la matrícula del Peugeot 203 negro que encierra la historia pintoresca de una infancia, la nuestra; infancia feliz de verdad.

De esa infancia y de vosotros, recordamos una casa siempre llena de gente. Españoles emigrantes a los que ayudasteis a lo largo de los años, como veteranos que eráis: Papá buscándoles trabajo o casa, mamá lavándoles la ropa o dándoles de comer en nuestra mesa y, nuestra hermana María Luisa, haciendo papeleo para todos, a una edad tan precoz, que cuando lo cuento, apenas si me creen...

Esta mañana sólo quiero hablar de las risas, de papá bailando flamenco, zapateado sí, encima de las mesas de los bares en Francia, de mamá cocinando muchos domingos una paella con conejo (como esos conejos que criabais en Bretaña), de vuestra generosidad con los amigos, de vuestro orgullo discreto porque sacábamos excelentes notas en nuestro peregrinar por los colegios franceses, del empeño de mamá por vestirnos a las tres iguales e impecables... En diciembre de 1999, en Almería, cuando intuía que le quedaban horas de vida, papá murmuró: “No dejéis a vuestra madre sola”. Era un mensaje para las tres. El otro día en Oviedo, unos minutos antes de irse definitivamente, mamá suspiró: “Pero qué buenas hijas sois...”. Fue lo último que arti-



Níjar, octubre 2014.

María Luisa, Ángeles
y Cecilia.

culó y también dedicado a las tres.

El destino quiso que yo fuera la guardiana de las últimas palabras de nuestros padres. Pero lo más extraordinario es que si yo hubiera tenido una duda sobre cómo nos habíamos portado a lo largo de estos últimos 15 años de la vida de nuestra madre, sola, sin su compañero del alma, esta frase

habría respondido a la súplica y al temor de nuestro padre, años atrás. Ya que nosotras también somos madres y sabemos cuán difícil resulta serlo, aprovechando que estamos aquí reunidos, me gustaría decir, que, a pesar de algunos pesares, fuisteis buenos padres. Pero, sobre todo, fuisteis gente digna. Gente buena.

DE ESPAÑA HACIA FRANCIA

Nuestro padre, Manuel, nació en 1924 en Serón, pueblo almeriense en el valle del Almanzora. Su padre era minero, en las minas explotadas por compañías de origen inglés y belga. Precocemente, se quedó huérfano de padre y la familia se trasladó a la capital almeriense. Creció en el barrio de Pescadería, entre el puerto y las faldas de la alcazaba musulmana del siglo X. En este barrio popular, con carácter y fuerte identidad, la vida transcurría por las calles estrechas, en sus casas con azoteas y conviviendo gitanos y payos. Nuestro padre nació cuando sus 2 hermanas y sus 2 hermanos eran mayores, y afecto no le faltó al ser el más pequeño.

El barrio de Pescadería fue siempre cantera del flamenco almeriense. Ahí nacería más tarde el que hoy en día es el más brillante guitarrista de flamenco del mundo, hijo de un amigo íntimo de nuestro padre. Manuel entonces se aficionó definitivamente al cante y al baile. También conservó toda su vida un buen conocimiento y uso del léxico caló. Le gustaba mucho el cine americano, los actores Spencer Tracy, Humphrey Bogart y Frank Sinatra. Contaba asimismo que por el barrio solían buscar a “espontáneos” para subirse a boxear a un ring. Presenció como uno de sus amigos moría en el acto, tras recibir el primer puñetazo de un boxeador experimentado. Ya que ni el flamenco, ni el boxeo ni el toreo (época de más “cornás” da el hambre) le harían rico, sólo restaba trabajar. Entre actividades más propias de la picaresca

que del siglo XX, fue sin embargo repartidor de brillantina y, sospecho que esta ocupación lo marcó para siempre, porque toda su vida usó brillantina para el cabello.

Mientras tanto, la Guerra Civil había acabado y uno de sus hermanos jamás volvió del frente. El mayor también falleció. Barcelona se convertía en un polo de atracción



Retratos de Manuel.

con sus fábricas y Manuel, al igual que miles de almerienses, se fue para Cataluña. Pronto habría más población almeriense en Barcelona que en la misma Almería. El deterioro de la economía almeriense se había iniciado ya tras la Primera Guerra Mundial, con el hundimiento de la minería y del comercio de la uva de barco. (Antes, se exportaban miles de toneladas de uva a Estados Unidos y a Europa). Pero la degradación de la economía se recrudeció tras la Guerra Civil, sin duda como castigo por la fidelidad de Almería a la República. No obstante, también la vida era dura en Barcelona: un día de jornal no bastaba para comprar un kilo de pan, contaba nuestro padre.

Junto con seis amigos apostaron por emigrar a Francia y consiguieron entrar en el país cruzando los Pirineos. Lo hicieron de la misma forma en que la mayoría de los emigrantes del planeta lo siguen haciendo: sin papeles ni contrato de trabajo y salvando algún obstáculo físico, mar, río, desierto, montaña. Era el año 1948 y los emigrantes/refugiados no podían permanecer cerca de la frontera; los “agrupaban” en departamentos del centro de Francia. Manuel llegó al pueblo de Peyrat le Château en la Haute Vienne. Inmediatamente encontró trabajo en lo que sería el primer “*chantier*” (gran obra de infraestructura), de una larga lista. La Segunda Guerra Mundial había terminado 3 años antes, y toda mano de obra era bienvenida. Enseguida trabajó con máquinas excavadoras. Había muchos españoles, la mayoría jóvenes que querían olvidarse de las privaciones y del ambiente hostil que dejaban atrás.

En la posguerra francesa, la gente quería vivir y disfrutar, los españoles lo mismo. Bailaban, celebraban en los bares, flirteaban con las chicas francesas, jugaban al fútbol. Manuel se comprometió con el equipo de fútbol de extranjeros que adquirió cierta notoriedad. Vestir bien también era esencial, y todos seguían la moda divulgada por los actores de Hollywood. Existía una gran cohesión entre españoles y no se sentían solos. También se arrimó a un grupo de exiliados por sus afinidades. No



Manuel con los amigos en Peyrat le Château, 1949.



Manuel, el primero abajo a la izquierda.

olvidaba que procedía de una clase popular politizada y de una Almería republicana. Era jovencito cuando empezó la contienda civil, pero un chaval suficientemente maduro años después.

Trabó amistad con dos hermanos asturianos, guapos y rubios, Avelino y Luis, ignorando que poco tiempo después se convertirían en familia suya. Ellos llevaban unos años en Francia, después de haber vivido un confinamiento en el conocido campo de internamiento de Gurs, en los Pirineos Atlánticos.

Poco tiempo después, los dos se casarían con sendas chicas francesas. Avelino, con Ginette, oriunda del departamento vecino de la Corrèze; y Luis, con Pierrette, hija de exiliados italianos que habían huido del Véneto. El éxito de los chicos españoles en aquel entonces era notorio y se celebraban muchos matrimonios mixtos. Nuestro padre, parece que, en ese momento, salía con una chica francesa; puede que fuera esa pareja con la que se convertían en magníficos bailarines de *swing*, las tardes de baile.

Y un buen día del año 1949, llegó a este pueblo de Peyrat le Château, nuestra madre, María Luisa. Siempre contaba que conoció a nuestro padre el primer día, por ser él buen amigo de sus hermanos Avelino y Luis. María Luisa tenía 18 años, y venía con su hermana Olga de 16 años. Su madre, Joaquina, las acompañaba. El padre, Eugenio, que había estado previamente internado en el campo de Gurs como sus hijos, había ido a recogerlas a España para después “entrar” por los Pirineos con la ayuda de un “passeur”, un guía. Para esas fechas, nuestra madre tenía a toda su familia en Francia, exceptuando a la hermana mayor, Gloria, que se había casado en Asturias. Por lo visto, y para la ocasión, le habían confeccionado una blusa blanca con el tejido de nailon procedente de un paracaídas de los aliados y que le mandó su padre desde Francia.

Contaba también nuestra madre, nacida en el concejo asturiano de Llanera que, cuando estalló la Guerra Civil, los cinco hermanos y sus padres vivían bien. El padre era maquinista de la Renfe y, al producirse el golpe militar, se disponía a viajar a Madrid para probar nuevas locomotoras. Cito sus palabras: “Íbamos a construir una casa, teníamos una vaca lechera para nuestro consumo diario, una modista nos confeccionaba la ropa y... ¡poseíamos un gramófono!”.



Avelino, Manuel, Luís y Tomás.

Cuando con el levantamiento militar de julio de 1936 comenzó el horror. Asturias cayó rápidamente en el año 37. El padre, afiliado al partido comunista, fue encarcelado y condenado a muerte. Después, la pena fue conmutada y vivió 5 años exiliado en las Islas Canarias. Mientras tanto, la familia quedaba abandonada y víctima de terribles represalias, de la miseria y de las enfermedades. Los 5 hermanos (entre 4 y 11 años) estuvieron a punto de embarcarse el 23 de septiembre de 1937, en el puerto del Musel en Gijón, rumbo a la Unión Soviética.

Su madre se arrepintió a última hora y no los dejó embarcar. Nuestra madre siempre relataba: “Habría sido ingeniero si hubiera ido en ese barco...”. Los sufrimientos siguieron y hubo un par de ocasiones en que los 5 niños se encerraron, dispuestos a dejarse morir (la madre pasaba temporadas en la cárcel). Alguien siempre se percataba y los salvaba momentáneamente con una taza de fariñes (harina cocida con agua). “No sé cómo no nos hemos muerto... –repetía nuestra madre a menudo-. Recuerdo que, cuando yo veía con ella, por televisión, imágenes de la guerra en la ex Yugoslavia, comentaba con amargura la diferencia de situación:” nosotros, nunca vimos ni la Cruz Roja, ni periodistas, ni cámaras...”.

Sobrevivieron como muchos, su padre fue autorizado a regresar a la Península, pero no podía entrar en Asturias. Se trasladaron a León donde malvivieron. La situación se tornaba insostenible porque las delaciones estaban a la orden del día. Al terminar la Guerra Mundial, los hermanos Avelino y Luis, con su padre, pasaron a Francia. Las tres hijas, con la madre, regresaron a Asturias. María Luisa comenzó a trabajar en una fábrica de ladrillos: no se podía comer siempre, las caminatas eran extenuantes, el trato del encargado con las trabajadoras, despótico. En la fábrica, nuestra madre se ganó el apodo de “La rubia peligrosa”: un día, con un ladrillo en cada mano, se enfrentó al capataz que venía a pegarle... y éste no se atrevió.

En Francia, María Luisa empezó a trabajar como lavandera, ocupándose de la ropa de los empleados de la empresa donde trabajaban sus hermanos, su padre y el andaluz que la encandiló. Los inviernos en aquella época eran muy crudos y contaba cómo tenía que romper el hielo en el lago, para aclarar esa ropa. Pese a todo, evocaba con alegría los bailes que se celebraban dos veces por semana en el pueblo: jueves y domingo. También nos precisó que, en aquella foto en la hierba, del año 49, el vestido que lucía era de color azul y que fue su novio Manuel quien le había regalado el tejido.



Mi madre, primera a la izquierda.



Mi madre con el vestido azul.



1951, Alta Saboya.

Contrastando con la efervescencia y la alegría de aquellos momentos, a pocos kilómetros del pueblo de Peyrat le Château, en el mismo departamento, los supervivientes de la masacre de Oradour sur Glane seguían manteniendo el duelo por ese episodio cruel y cobarde, perpetrado por los nazis el 10 de junio de 1944. Nuestra madre no olvidaría nunca la visita a las ruinas conservadas intactas para recordatorio de la barbarie. Hoy en día, siguen en pie, cual un santuario. Los nazis no necesitaban justificaciones para sus actos, pero ya que el 6 de junio de 1944 empezaba el desembarco de Normandía, se pensó que podía haber sido un escarmiento, una venganza.

En el escaso tiempo que nuestra madre y su padre compartieron en España las desavenencias ya existían entre ellos, pero se recrudecieron en Francia. Nuestra madre ya no se sentía tan vulnerable por el apoyo de sus hermanos y de Manuel. A principios del año 51, María Luisa y Manuel huyeron juntos del pueblo de Peyrat le Château: ella no había cumplido 20 años y él le llevaba 7 años. No estaban casados. Durante meses, se movieron por distintos departamentos como el Ain, el Jura o la Haute Savoie. Nuestra madre hablaba con frecuencia de una familia de granjeros que se habían portado magníficamente con ellos. Recordaba los valles empinados de Saboya donde, decía, los picos de un lado y otro de la carretera casi se tocaban dejando el camino encajado y oscuro. A ninguno les gustaba. Al cabo de unos meses regresaron de su fuga al departamento de la Ardèche, donde Olga, la hermana más joven, se acababa de casar con un francés llamado Louis. También se casaron María Luisa y Manuel al anochecer, en el mismo pueblo de Saint Pierre de Colombier y con un breve trámite civil.

En esa época, la empresa en la que había trabajado Manuel a su llegada de España en el 48, gestionaba la obra de la base naval del puerto de Mers el Kebir en Argelia. Provisto de un documento de viaje establecido para refugiados españoles. Viajó a África del norte a principios de 1952.

ARGELIA

Nuestro padre llegó solo a Argelia, pero nuestra madre se reunió rápidamente con él. Su primera hija venía de camino y María Luisa realizó su primer viaje en avión, de Marsella a Orán, dejándole un recuerdo imborrable y, convirtiéndola en gran defensora de ese medio de transporte. Nuestra hermana, María Luisa como su madre, nació en Ain el Turk, en una casa de colón y precisaba nuestra madre. Se mudaron muy pronto a las viviendas de la empresa, en el pueblo de Mers el Kebir, donde yo nacería al año siguiente. Se trataba de viviendas modestas y diminutas que siguen en pie porque nuestra hermana María Luisa las vio hace poco, en el transcurso de un viaje.

Argelia era un departamento francés desde 1830 pero la fundación de Orán se remonta a los españoles. “En Argelia estábamos un poco como en España” les gustaba recordar a nuestros padres. Era una nueva sociedad que se iba consolidando sobre todo desde las primeras décadas del siglo XX. A la Administración francesa, le interesaba acoger las olas migratorias que llegaban al territorio. Aparte de la población autóctona musulmana –que llamaban indígenas- estaban las familias judías, afincadas desde tiempos inmemoriales. Miles de franceses, muchos de Alsacia, emigraron con la promesa de tierras para cultivar. Emigrantes de Italia, de Malta y sobre todo de la España del sureste dieron colorido a esta nueva sociedad donde se hablaban múltiples lenguas. La lengua oficial era el francés, pero el español se escuchaba mucho porque los descendientes de la Península Ibérica eran mayoritarios, al menos en la región de Orán. Para nuestro padre Argelia era la prolongación de Almería: el mar, el calor, los paisajes, la arquitectura, pero también la comida, la prensa, el cine, las costumbres contribuían al bienestar. A finales del siglo XIX, ya era habitual que familias enteras se embarcaran como temporeros desde Almería, Alicante, Murcia y Valencia para trabajar en Argelia. Los abuelos de Manuel se habían trasladado entonces e instalado en el pueblo de Río Salado (hoy El Malah) en la comunidad que desbrozó aquellas tierras, convirtiéndolas en fértiles; la Administración francesa reconoció este hecho como logro de la emigración española. Aunque ellos retornaron a España al estallar la Primera Guerra Mundial, una rama de la familia de nuestro padre se radicó en Argelia y se convirtió en “*pied-noir*”. En los años 50, en el departamento de Orán, los descendientes de españoles superaban al número de los franceses, muy por delante de los italianos y de los malteses.

Animado por la tradición oriental, nuestro padre criaba pichones... para su carne. Nuestra madre comentaba que se resistía mucho a



El día del terremoto.



Argelia, 1954.



transformarlos en comida. Años después criaría canarios. A una foto en que se nos ve a los cuatro con un amigo por la calle, pudimos ponerle fecha exacta, porque nuestra madre recordaba que fue

el día del mayor seísmo registrado hasta entonces en Argelia: 9 de septiembre de 1954. Aunque transcurrió en Orleansville (actual Chlef), a 200 km, se oyeron las sirenas de las ambulancias todo el día. Hubo más de 1500 fallecidos y miles de heridos (en 2003 se produjo otro, en el noreste del país y ostenta desgraciadamente el récord de terremoto catastrófico).

Manuel trabajaba cavando galerías en la base naval del puerto que se convirtió en la mayor base del Mediterráneo. Le gustaba recordar esos túneles que horadaban en el monte Murdjadjo y en los que podían resguardarse los buques militares al abrigo, decían, de las bombas atómicas. En 1940, el puerto de Mers el Kebir había sido el escenario de un desastre naval protagonizado por el Reino Unido y Francia. Comenzaba el gobierno de Pétain, tras la debacle francesa y, los ingleses ofrecieron a los comandantes de buques franceses tres alternativas para que los alemanes no se apoderaran de sus navíos. Hubo tergiversaciones, malentendidos y un ultimátum, pero la Royal Navy bombardeó y hundió un acorazado francés, el Bretagne, con 1000 hombres a bordo, en las aguas del mismo puerto de Mers el Kebir.

No obstante, en la Argelia de los años 50, a pesar de disfrutar de un ambiente relajado, dentro de la complejidad de una sociedad colonial, nuestro padre hacía siempre hincapié en las condiciones de trabajo de la población árabe contratada en la obra: sueldos inferiores, ninguneo, humillaciones padecidas. Es decir que el lema de "*Liberté, Egalité, Fraternité*" no se aplicaba de la misma manera, allende el Mediterráneo.

En el otoño de 1954 se produjeron lo que, hasta hace muy pocos años, Francia llamaría los acontecimientos de Argelia. Los musulmanes, árabes y cabillos, lo llamaron acertadamente revolución. Había empezado la guerra de Argelia y finalizaría en 1962 con la Independencia del país y la repatriación dolorosa de un millón de europeos que no conocían más país que esa tierra donde vivían, en muchos casos, desde hacía generaciones. Comenzaba la descolonización de África. Nuestros padres reconocieron que no era su guerra, ya habían sufrido demasiado y, en 1955 tomamos un barco hacia Marsella, el Ville d'Oran.

FRANCIA DE NUEVO

Con mis hermanas y nuestros padres compartimos múltiples aventuras a lo largo del cuarto de siglo que siguió al retorno de Argelia. El ritmo de nuestro nomadismo lo marcaba la duración de las obras donde trabajaba nuestro padre, una media de dos años y medio aproximadamente. Manuel, no era empleado de una empresa, sino que al finalizar el “*chantier*” (la obra), empezaba desde cero. No todas las familias estaban dispuestas a llevar esta vida itinerante y, muchísimos españoles se concentraron cerca de grandes ciudades y no se movieron nunca. Nuestro padre se sentía más libre, más dueño de su destino eligiendo desplazarse allá donde se ejecutaban obras. Sus credenciales eran su juventud, sus ganas, la experiencia que iba acumulando y, su acicate, la familia que había formado. Ya éramos tres hermanas. Celia nació al año de volver de Argelia, en un pueblo de los Alpes Marítimos llamado Saint Etienne de Tinée. Nuestra madre se ocupaba del hogar y de nosotras. No trabajaba fuera. Nuestro padre, protector, quería compensarla por los sufrimientos del pasado.



Niza, 1955.

Manuel manejaba la pala excavadora, fue minero en subterráneos (nunca en extracción de minerales), artillero, hasta dirigir un equipo de trabajadores, pasados varios años. Tenía que renovar también la acreditación de especialista en explosivos cada cierto tiempo. Había que levantar presas, construir puertos, cavar túneles, preparar el paso del primer tren de alta velocidad allá por el año 1980. Eran trabajos despreciados por muchos franceses, trabajos duros, peligrosos, con horarios nocturnos a veces, pero siempre bien remunerados. Recuerdo con una sonrisa cuando nos decía: “Cobro mucho más que un funcionario francés.” Era cierto. Afortunadamente, con 55 años pudo dejar el sector de las grandes obras y esperar con paciencia los 60 años, edad de la jubilación tan merecida.

Durante más de 15 años, no hicimos mudanzas convencionales. Nuestros padres habían comprado, al regreso de Argelia, un Peugeot 203 negro, un coche emblemático de esa firma francesa e inspirado en las carrocerías americanas. El fiel vehículo nos acompañó durante las andanzas de los primeros 10 años. Después le sucedió el 404 Peugeot que acabó reemplazado por el 504 Peugeot. Al terminar una obra, nuestros padres opinaban que no merecía ser desplazado, algo que no cupiera en el vehículo o en la baka. De este modo, solamente ropa personal, ropa de cama, enseres básicos y nuestra radio-tocadiscos eran considerados imprescindibles. Todavía hoy, me pregunto cómo pudo pasar la criba, una muñeca de mi infancia que aún conservo... Realizamos la primera verdadera mudanza en Marsella, dirección Belfort, en la región este de Francia. Este hecho marcaría el fin de una época.

Puesto que las obras de gran envergadura no se erigían en las ciudades, solíamos trasladarnos a pueblos. La crisis de la vivienda ya azotaba en las ciudades por el éxodo rural y la industrialización acelerada. Este fenómeno social nos favorecía, ya que dejaba en los pueblos, casas vacías y variopintas que podíamos habitar. De esta forma, vivimos en casas medievales en la Cerdanya francesa, en viviendas del siglo XVIII en el Béarn, en alguna casa con estigmas del último bombardeo de la Segunda Guerra Mundial en Bretaña, en prefabricadas y hasta en un antiguo molino rehabilitado cerca de un río en Córcega. Viviendas, todas ellas, más o menos amuebladas. Al llegar a Marsella en 1970, ocupamos por primera vez un piso, con los estándares del confort de... un piso anodino. Las grandes obras atraían habitualmente una población heterogénea a esos pueblos, la cual, si bien desconcertaba a los locales en los inicios, aportaba una gran animación y una revitalización del tejido comercial. Las escuelas se llenaban de golpe cuando algunas ya temían por su supervivencia. En un pueblecito de Córcega, Pont de Castirla, vivían dos niños solamente a nuestra llegada. Con la obra, llegamos a superar 25 críos y adolescentes, de todas las edades. Cuando desertábamos esos pueblos, al finalizar la obra, éstos quedaban tristes, según nos confesaron más de una vez sus habitantes, al realizar años después, alguna visita, a modo de peregrinación.

Nuestros padres, y nosotras con ellos, conocimos y disfrutamos esa época llamada después *“les trente glorieuses”* (“treinta gloriosas”), las tres décadas de expansión económica de Francia, tras la segunda guerra mundial y hasta la subida del precio del petróleo en los años 70. No escaseaba el trabajo y nuestro padre se había vuelto ducho en su búsqueda. La logística era la misma, siempre: obra, casa y colegio. Sin embargo, más de una vez, con mis hermanas, llegamos como “nuevas” a un centro escolar ¡en febrero o en noviembre! La aclimatación era rápida, los resultados académicos lo demostraban y esto proporcionaba una gran tranquilidad a nuestros padres.

En este deambular por Francia, nos asentamos en regiones con una fuerte entidad; todas bellas, singulares por sus paisajes, su patrimonio histórico, sus gentes, su idiosincrasia. Con un gobierno tan centralista como el francés, y cuando no existía ningún reconocimiento de los idiomas regionales, era pintoresco oír hablar bretón en Lanvéoc, nuestro pueblo de la península de Crozon. Así incorporamos *“kenavo”* (adiós) a nuestro léxico. En el instituto de Corte, los giros corsos también conquistaron nuestras conversaciones de adolescentes ya que, por una vez, pasamos más de cuatro años en el mismo centro académico.

Nuestra madre alcanzó una notable fluidez con el francés porque era muy habladora; también se atrevía con el italiano y el portugués: el bable de su patria asturiana le servía de puente. Nuestro padre arrastró un fuerte acento español toda su vida. Sus cuñados, casados con fran-

cesas hablaban el idioma con gran soltura. La receta sigue siendo válida: quien quiera dominar un idioma, que se empareje con un nativo.

Cuando de regreso a España, yo preguntaba a nuestros padres por su región francesa favorita, invariablemente respondían: los Pirineos. Sospecho que la vecindad con España les reconfortaba. En el Béarn y la Cerdanya francesa nuestros padres recalcaban la misma apreciación que sobre Argelia: “Era como estar también en España”. Siempre España en la lontananza.

En Osse en Aspe, pueblecito pintoresco de un valle bearnés, transcurrieron unos años fértiles en experiencias. La población autóctona se componía de agricultores y ganaderos y, entonces, fuimos llegando familias de españoles, italianos, portugueses y algunos franceses. En aquellos años, la mezcla era casi siempre la misma: emigrantes, refugiados, exiliados procedentes de países con regímenes totalitarios. La escuela llenó sus dos aulas con todos nosotros y, puedo afirmar 60 años después, que los dos años y medio allí pasados, sentaron para muchos de nosotros las bases de nuestra formación. En ese pueblo aprendimos a leer y a amar los libros, a escribir, a recitar poesía, a cantar, a respetar la naturaleza, y definitivamente a pensar el mundo en francés.

A poco más de media hora de la frontera con Aragón (de Canfranc), y a una hora de Jaca, empezamos a pasar muchos fines de semana por esa región. Para regresar a Francia, la frontera del puerto de Somport entonces se cerraba de noche, y nosotros, a veces, nos retrasábamos un poco. En la barrera había una garita con guardias civiles jóvenes y, entre ellos, muchos andaluces. Al dar el alto, reconocían el Peugeot 203 y, con alegría exclamaban: –“¡Es Manuel!” nuestro padre compartía con ellos la última risa, el último fandango, el último trago de vino... y se levantaba la barrera. Lo apreciaban y lo querían, se notaba. Nuestros padres sentían también simpatía y cariño por esos chicos destinados lejos de su Andalucía



Pirineos Atlánticos y Canfranc Años 1960-1961.

añorada. Estos jóvenes guardias civiles no se parecían a aquellos que, contaba nuestro padre, custodiaban las chumberas en Almería en la época del hambre. Así y todo, vivíamos el apogeo del franquismo y nuestro padre nos advertía: “No se os ocurra cantar la Marsellesa, en España es un himno revolucionario”. En aquella época, los niños la cantábamos sin complejos, como una canción más, aunque, de preferencia, iba asociada a alguna conmemoración de las dos guerras mundiales.

En ese pintoresco pueblo francés, vivía una gran comunidad de protestantes, instalada desde hacía siglos. De hecho, el templo protestante se remonta a 1789, cuando estalló la revolución francesa y, en la actualidad, el pastor acude de vez en cuando a celebrar un oficio, pero no todos los domingos, como cuando vivíamos allí. Nuestro padre, que era ateo y anticlerical, pero nada beligerante, pacífico, nos dejaba la libertad de frecuentar tanto el templo protestante como la iglesia católica. No habíamos recibido ningún bautizo, ninguna doctrina. El descubrimiento de la vida real nos absorbía y bastaba; la escuela y las lecturas completaban nuestra formación. Una comunidad de religiosas habitaba un caserón justo enfrente de nuestra casa; los jueves, antaño día de descanso para los escolares en Francia, se ocupaban de fomentar actividades para los niños. Nuestros padres no veían inconveniente en que participáramos: juegos, paseos, manualidades, teatro, cine. Nuestra hermana pequeña Celia con su cabecita llena de rizos más blancos que rubios era la actriz ideal, según las religiosas, para representar al niño Jesús en las funciones organizadas en más de una ocasión. Durante una buena temporada fuimos entonces bienvenidas en la iglesia y en el templo.

Pero el sacerdote y las monjas habían empezado su campaña de proselitismo. Nuestros padres deseaban que el proceso de asimilación fuese completo y claudicaron cuando el cura asestó esta frase a nuestro padre: “Cuando compre una casa en España, no podrá constar su mujer puesto que el matrimonio civil francés no está reconocido en España.” En efecto, el gobierno de Franco se apresuró, al llegar al poder, a derogar la validez de la boda civil de la República e incluso, declaró nulos los matrimonios ya constituidos. En 1961, diez años después de la boda civil de nuestros padres, en una ceremonia diríamos compacta, se casaron nuestros padres en la iglesia Saint Étienne, nos bautizó el cura y mi hermana María Luisa y yo comulgamos por vez primera. Poseo el único documento gráfico realizado delante del porche de la iglesia. Dejamos de frecuentar el templo protestante a nuestro pesar. Pensándolo bien, creo que preferíamos la iglesia católica porque había más boato, más color, más cánticos, más solemnidad. Todo ello impresionaba a las niñas que éramos. Recuerdo que en esa Francia laica y en ciertos sectores anticlerical, nuestros maestros –maravillosos maestros– y el cura no se saludaban cuando la iglesia y la

escuela estaban... ¡una enfrente de la otra! Años después, yo rememoraría esa situación burlesca viendo las películas de Don Camilo.

Ya estábamos bautizadas, seguíamos siendo las primeras de nuestras clases, el francés había desplazado al español (aunque nuestros padres nos hablaron español toda su vida), y sólo faltaba algo. En 1965, en Oloron Sainte Marie, nuestro padre solicitó la nacionalidad francesa para sus tres hijas. Ni él ni nuestra madre la quisieron tramitar para ellos. Nuestro padre siempre la rechazó aun cuando alrededor de ellos era una práctica extendida. Creo que, con sólo pensarlo le invadía una sensación de impostura, de ridículo, un sentimiento de traición.



Osse en Aspe 1961, boda y bautizo.

A mediados de los años 80, a nuestra hermana Celia y a mí, afincadas en España, nos costó adquirir la nacionalidad española más que a unos amigos, ciudadanos británicos. A pesar de que teóricamente habíamos de renunciar a la nacionalidad francesa, nunca lo hicimos, tal vez por las mismas razones que nuestro padre. En 2022 una ley española reconoció oficialmente la doble nacionalidad con Francia. Nuestra hermana María Luisa, que nunca residió en España, pero que conoce España mejor que los españoles, reclamó en el Consulado de Bordeaux la nacionalidad española y la obtuvo hace poco. Dijo que, por su simbología, como homenaje a nuestros padres. Al igual que los escritores argelinos francófonos declaraban tras la revolución que el francés era su botín de guerra, para nosotras, primera generación, hijos de emigrantes, la lengua francesa es también el botín de la emigración de nuestros padres.

Cuando llegaron las oleadas de emigrantes españoles en los años 60, nuestros padres eran ya inmigrantes aguerridos. Con excepcional generosidad albergaron a muchos compatriotas y los ayudaron en la búsqueda de trabajo y casa. Cuando su vida parecía encarrilada, seguían viniendo a nuestra casa, creo que, para gozar de un ambiente familiar, sobre todo. Muchos llegaban solos a Francia y permanecían solos, bien porque tenían novia en España, bien porque su familia, ya formada, permanecía allá. No era el mismo contexto que en los años 40: venían muchos españoles con idea de trabajar unos cuantos años, ahorrar y volver. Personalmente, en aquellos años, no había escuchado a nuestros padres hablar de un retorno, aunque nuestra hermana María Luisa dice que era algo implícito. Sin embargo, recuerdo que a finales de los 60, en Córcega, captábamos un programa de radio nacional de España en Cataluña llamado “De España para los españoles”. Recuerdo a nuestro padre con emoción contenida escuchar “Cuando siento una guitarra” de Antonio Molina, o “El emigrante” de Juanito Valderrama.



Lanveoc (Bretaña), 1962-1963.

En Marsella existía un Centro Español importante pero nuestros padres no lograban identificarse del todo con sus compatriotas: ¿cuestión de edad, de ideas, de metas? También por aquellos años 60, se hicieron inseparables de nuestro padre tres chicos españoles, algo más jóvenes, y que trabajaban con él. Eran tres solteros, guapos, oriundos de Castellón, de Aragón, de Almería y eran objeto de acoso sentimental por parte de las chicas francesas. Nosotras tres seguimos de cerca los intentos de acercamiento de alguna chica en Bretaña porque María Luisa, nuestra hermana, con 12 años, era la encargada de redactar las cartas. Finalmente, los tres eligieron esposa en sus regiones de origen. En los 60 no estaba tan extendido el matrimonio mixto como lo fue en los 40 y lo sería después, en la era Erasmus.

Aquellos años fueron prolijos en correspondencia por nuestros incessantes desplazamientos, y por los amigos que íbamos dejando atrás. Nuestros padres sabían que tarde o temprano se reencontrarían con varios, al azar de las obras. En nuestro caso no recuerdo que con mis hermanas volviéramos a ver a nuestras amistades, salvo a algunas de la época corsa, años más tarde. La vida de nuestros padres era plena e intensa. No ponían fecha a una vuelta a España. No hicieron como muchos compatriotas que volvían a España en cuanto sus hijos alcanzaban esa “edad peligrosa” que les habría obligado tal vez a arraigarse en Francia.

No obstante, desde que hiciéramos aquel primer viaje a España a finales de 1956 (cuando a nuestros padres les regularizaron los documentos en el Consulado español de Niza), nunca faltamos a la cita anual del mes de agosto. En aquella ocasión recorrimos España durante dos meses. Nuestro padre, 8 años después, regresó a Almería como el hijo pródigo, como un héroe, con su coche y su familia. Estuvimos en Asturias también, donde nuestra madre solo conservaba a una hermana con la familia que allí formó. De hecho, nuestra tía Gloria es quien, en algunas ocasiones, realizó un viaje a Francia con su esposo Manuel para visitar a sus cuatro hermanos. Su hijo Juan Carlos, nuestro primo, de pequeño preguntaba a su madre por qué él no era francés como sus once primos residentes en Francia.

El año 1965 marcó un hito en la vida de nuestros padres: fue la compra de la primera casa en Almería. Compra al contado, por supuesto. Llevaban varios veranos con la intención de realizar esa compra y finalmente usaban el dinero para cosas más placenteras. Aquel verano nuestra madre se impuso, y compraron una casa almeriense, con estructura cúbica y azotea, desde la cual podíamos ver la pantalla gigante del cine de verano contiguo. Creo que costó 80 000 pesetas... La casa fue el ancla que permitió atar con más fuerza a nuestros padres con España. A nuestro padre porque era su tierra y a nuestra madre porque era su casa. Para nuestra madre asturiana, Almería era demasiado desértica, calurosa, con escasez de agua, pero era su casa. Poco después adquirieron un piso en la playa, a sabiendas de que a nosotras nos colmaría de felicidad.



Almería, detrás de la casa 1965.

Almería se nos antojaba muy exótica con su luz cegadora, sus olores, sus sabores, su flora autóctona tan diferente de la Francia verde y húmeda. En aquel entonces, no habían surgido del desierto los invernaderos a gran escala. Por las carreteras aparecían tímidas reivindicaciones pintadas de blanco: “¡Más agua, más árboles!”. Descubrimos que se podía vivir en una cueva o en una modesta casa, construida con materiales tradicionales y que podían combatir el terrible calor, mejor que esos pisos que levantaban por doquier. En el pueblo de Alhama de Almería, cuna de Nicolás Salmerón, efímero presidente de la primera República española y donde vivía una hermana de nuestro padre, los burros, cargados con cántaros, seguían llevando el agua a muchas viviendas, por un laberinto de típicas callejuelas estrechas. Entendimos rápidamente que exotismo y pintoresquismo iban de la mano del subdesarrollo, pero, décadas después, el olor a esparto y a alfarería me transportan con alborozo a Almería y a nuestra infancia.

Cuando nos asentábamos en una nueva región, nuestros padres calculaban la lejanía hasta Almería. En los 50 y en los 60, no existía la actual red de autopistas. En Bretaña o en Belfort (Este de Francia) estuvimos lejos, pero en Córcega mucho más. Se “perdía” un día en la travesía en barco, desde la isla hasta Marsella. Pasaron los años, y este viaje anual nos permitía apreciar los cambios en la economía y en la sociedad españolas. Eran los años del desarrollo, de la evolución, del progreso, del turismo, y de las divisas de los emigrantes. A finales de los 60 el país se hacía acogedor. Recuerdo que nada más pasar la frontera catalana, nuestro padre, mientras conducía, nos mostraba orgulloso el paisaje, las playas, las construcciones como sintiendo-



Marsella, con la primera nieta 1973.

se un poco el artífice del cambio, el responsable de la transformación. Aunque nos sentíamos francesas, éramos sensibles a ese bullicio por las calles, a esa explosión de vida. Nuestra apreciación era un tanto sesgada porque veíamos una España con sol, calor, visitantes. La imagen no correspondía a la que estos años se ha repetido hasta la saciedad, la de una España gris. Claro, no vivíamos en España. Disfrutábamos de los dos países. Nuestros padres querían para nosotras lo mejor y entonces, todavía, parecían conformarse con sus vacaciones de verano.

En la década de los 70 las tres hermanas nos fuimos independizando. María Luisa en Marsella, yo en Belfort y Celia en Montceau. Nuestra madre vivió episodios de depresión; ignoro si a causa del nido vacío (María Luisa por África con su familia, yo en España y Celia en París) o por culpa de la grisura de la región (el Este), de la edad o de los recuerdos traumáticos de sus años en España, que revivía a menudo, y que la atormentaban desde su niñez.

ESPAÑA FINALMENTE

En el año 1979, con 55 años, nuestro padre dio por acabada su vida laboral en la ciudad de Montceau en Borgoña. Esperaron tranquilamente, pero un tanto aburridos también, el gran retorno a Almería por fin decidido. En 1984 compraron una pequeña caravana para llevarse entre otras cosas... ¡un enorme mueble radio-tocadiscos estereofónico! Se trasladaban a otro piso mayor completamente equipado y al que íbamos a verlos después. También adquirieron un pequeño cortijo con una gran extensión de tierra que, con cuidados y control del riego convirtieron en muy fértil. Nuestro padre no poseía ni siquiera rudimentos de agricultura, pero aprendió; a lo largo de 15 años, disfrutó viendo crecer y cosechando todo lo que sembraba. Brotaban los tomates,



Almería, en el cortijo, 1989.



Almería, última foto de nuestro padre 1999.

los pimientos; recogía naranjas, pomelos. Hasta consiguió embotellar su propio aceite de Oliva. Solía regalar la mayor parte de la cosecha. Nuestra madre no estaba del todo en adecuación con el medio, pero reconocía que vivían con gran desahogo y se apresuraba a añadir: “¡Gracias a Francia!”. Nosotras íbamos con nuestras familias a verlos con frecuencia. Mi padre construyó una alberca-piscina como era habitual por el campo almeriense. Pero a la vuelta de algún tiempo, en un par de ocasiones, nuestro padre confesó que, de tener unos años menos, habría vuelto a Francia. Creo que, en realidad era la nostalgia de su juventud, la necesidad de parar el paso inexorable del tiempo que lo empujaban a hablar así.

Nuestro padre se apagó sin dolores, después de sobrellevar muy dignamente una enfermedad que le habían diagnosticado justo en el momento de abandonar Francia, 15 años antes. La atención médica que le prodigaron en España fue irreprochable. Nuestra madre que vivió 15 años más, sin mucho convencimiento, alternó su residencia entre Almería y la casa que compró en Asturias. Nos dejó en 2014: su corazón se había cansado.

Los veintitantos años que compartimos con nuestros padres se cuentan entre los más intensos para ellos y para nosotras. Crecimos, estudiamos, viajamos, nos emancipamos. Nuestros padres siempre estuvieron atentos a nuestras necesidades, proyectos, vidas. Esos 25 años fueron los años formadores de nuestra personalidad también.

Heredamos de nuestros padres el horror por la opresión de los más débiles, por las injusticias de nuestra sociedad. Como ellos, no cargamos con prejuicios religiosos ni de raza. Con su ejemplo, nos transmitieron una xenofilia que nuestras hijas, sus cinco nietas, asumen en la práctica y que ojalá también hagan suya nuestros cinco nietos, sus biznietos.



Asturias 2003, María Luisa con nuestra madre.



Asturias, última foto de nuestra madre 2014.



Concepción
Soria
Morales

SORIA: UNA CIUDAD, UN APELLIDO, UNA FAMILIA

(Cuba)

Cuando la pandemia de la COVID 19 estaba en su apogeo haciendo estragos en el mundo, mi estado anímico como el de tantos otros cientos de personas estaba por el suelo y en esas horas difíciles donde el ocio, el miedo y la inquietud guiaban nuestro día a día, sentí la necesidad de curiosear un tanto sobre la génesis de mi primer apellido (Soria), y lo que en un principio fue un entretenimiento en hurgar en las acepciones de la palabra, se convirtió después en un ejercicio interesante que desveló recuerdos, vivencias, ansias de saber un poco más de la familia, reflexiones y sentimientos de lealtad, agradecimiento y compromiso familiar. Hoy retomo parte de lo que en ese momento escribí a manera de catarsis para mi consumo personal, y lo quiero transmitir aprovechando la oportunidad a la que nos convoca el Centro de la Universidad Nacional de Educación a Distancia de Zamora con el II Premio Memoria de la Emigración Española. En su convocatoria busca resaltar el testimonio de los emigrantes y descendientes de España sobre su experiencia migratoria.

Mi abuelo, emigrante español, nacido en 1875, evidentemente no puede contarla, pero para mí es el protagonista de la historia familiar que quiero expresar en este escrito, aunque no se trata de su testimonio propiamente dicho, sino del interés mío, su nieta, de revelar historias que entrelazan la emigración con una ciudad, un apellido, una familia.

La palabra Soria puede referirse a lugares, como una ciudad de España perteneciente a la Comunidad Autónoma de Castilla y León, que a su vez es capital de provincia y constituye un municipio; remite a un título nobiliario español como es el Ducado de Soria; a una institución de la ciudad como los Doce Linajes de Soria, una de las más antiguas; a un bien cultural como lo es el puente de Soria sobre el Duero; a un Regimiento del ejército español como el Regimiento de Infantería Ligera "Soria" n.º 9; a una marca comercial que se nombra "Soria Natural"; y

a un apellido de múltiples personas, entre las que me encuentro. Y es muy posible que aún aparezcan otras cosas con diferentes significados que le den uso a dicha palabra.

Hoy con las redes sociales, mayoritariamente cualquier persona, puede buscar información sobre lo que sea de su interés, por ello no es objeto en este relato suplir expectativas sobre los asuntos que son tratados, ni calzar información con datos estadísticos, sino muy por el contrario. Si hago referencia a algunas especificidades es más bien por conveniencia en el hilo conductor. Si de lugar se trata, como un primer aspecto la etimología de la palabra “SORIA” es incierta, se dice que posiblemente esté relacionada con el río Duero y como es común en la mayor parte de España, la provincia toma su nombre de su capital, la ciudad de Soria. Esta pasó a formar parte de Castilla en 1134 durante el reinado de Alfonso VII y la provincia nace en 1833. Es una ciudad ubicada en la parte central del norte de España, situada en la parte este de la Comunidad Autónoma de Castilla y León. Limita con la Comunidad Autónoma de La Rioja y con las provincias de Zaragoza (Aragón), Guadalajara (Castilla-La Mancha), Segovia y Burgos (Castilla y León). La población de la provincia es de 40.096 habitantes (INE, 2023) y en la capital se concentra un alto por ciento de esos habitantes, y es una de las provincias españolas menos poblada de la Unión Europea y tiene una de las poblaciones más envejecidas de Europa. Soria cuenta con un clima oceánico y también con un soberbio catálogo monumental religioso de diversos estilos donde el románico prevalece, también monumentos civiles como la muralla y castillo de Soria, calles, plazas, parques y jardines que la distinguen, y diversos museos, uno de ellos es la Casa de los poetas de Soria, que es el museo de los poetas que escribieron sobre esta ciudad. En su economía primaria la agricultura cerealista de secano ha sido tradicional y hoy además la economía soriana se asienta en el turismo. Se dice que en la actualidad Soria puede definirse como una capital pequeña, pero activa, gracias a la industria del turismo que conserva en parte su carácter histórico y medieval, y rincones, que rezuman esa magia que ha seducido a los viajeros de todos los tiempos. Si se identifica con una marca comercial la palabra “SORIA” hace referencia a *Soria Natural*, una empresa española que desde 1982 ofrece productos naturales¹. Y si de apellido se trata, entonces parto de que la antroponimia u onomástica antropológica es la rama de la onomástica que estudia el origen y significado de los nombres propios de personas, incluyendo los apellidos.

El ser humano siente la necesidad de identificarse con un elemento designador concreto: un antropónimo o nombre propio. Este hecho parece universal a casi todas las culturas humanas, aunque se registran

¹ En este punto la autora amplía la información sobre esta empresa y remite a su página web para “conocer más de ella.” (N.E.)

algunas excepciones. Aunque la inmensa mayoría de antropónimos derivan históricamente de nombres comunes, en muchas sociedades el significado original del antropónimo ha dejado de ser transparente y es desconocido. Así en la mayoría de sociedades occidentales el nombre es sólo un designador, que no tiene ningún significado particular y solo mediante el estudio etimológico se conoce cuál es el origen histórico de los nombres. Por otra parte, en muchas de las sociedades conocidas la mayoría de antropónimos tienen origen en un nombre o un significado reconocible, ya que en esas sociedades la posesión de cierto nombre se da por razones simbólicas importantes para el grupo. El apellido es el nombre antroponímico de la familia con que se distinguen las personas. El origen de los apellidos hispánicos tiene diversas fuentes que se clasifican en: apellidos patronímicos, apellidos toponímicos, derivados de nombres comunes, derivados de oficios y profesiones, descriptivos o de apodos y castellanizados. Los apellidos patronímicos, son originados por un nombre propio y son el conjunto de apellidos más extendidos en España. Designan ascendencia, filiación o linaje. Los apellidos toponímicos derivan del nombre del lugar donde vivía o procedía o poseía tierra la persona o familias asociadas, o simplemente son gentilicios. Son también muy numerosos en España y casi el ochenta por ciento de los apellidos vascos clasifican aquí. En la consulta al sitio <http://m.wikipedia.org/> aparece Soria dentro de la relación de algunos apellidos toponímicos.

En otra búsqueda, en el sitio Forebears de Milenium 2020, se plantea que Soria es un apellido antiguo, encontrado en Oria, Navarra, Aragón, Castilla, Extremadura y Andalucía, y en esa misma base de datos, pero actualizada al año 2023 precisa, que es de origen vasco y que es un apellido toponímico de un grupo numeroso de apellidos que tienen su origen en lugares concretos de España como pueblos, villas, ríos, ciudades etc. Y que en este caso el apellido tomó el nombre de la villa de su nombre en la provincia homónima, pero que se asocia a una variante de áurea, que en sentido figurado indica que las personas que poseen ese apellido son encantadoras. Esa cualidad, dada como cierta, como se atribuye, se ha de demostrar en la actitud de la persona según mi punto de vista. En la búsqueda de personas que ostentan como primer apellido Soria, se encuentran cientos de miles, y sin ánimo de agotar la misma, se alude a una relación de más de treinta que se listan en el artículo Soria de Wikipedia donde aparecen diversas profesiones: poeta, actriz, modelo, futbolista, compositor, ingeniero, científico, político, diplomático, humorista, beisbolista, militar, profesor, obispo, escritor, abogado, pintor, etc. nacidos en España o en otros lugares como Argentina, Chile, Uruguay, México, Perú, Ecuador, entre otros. En Facebook, esa relación es mucho más amplia y sería agotador incursionar en ella. En la búsqueda más actualizada también en el sitio Forebears de Milenium 2023, se encuentra en su base de datos el listado de apellidos más comunes en el mundo, el de Soria ocupa el lugar

2550 y hay aproximadamente 217.284 personas que llevan ese apellido, estando representado en España, Estados Unidos, en Suramérica y mucho más frecuente en Argentina.

Claro es de esperar que para estos sitios Cuba no aparezca en el mapa, un ejemplo elocuente de discriminación geopolítica; pero aterrizando en el contexto Cuba-La Habana, en el directorio telefónico de La Habana, Páginas Blancas del año 2019, aparecen inscriptas 71 personas con Soria como primer apellido (pág. 711). Es de suponer que en el resto de las provincias haya también otro conjunto de personas que también lo tengan, pero ya con estos datos la representatividad del apellido se evidencia.

Mi abuelo paterno se llamó Lucio Soria Hernández y nació en el año 1875. En la búsqueda por diferentes sitios con la intención de saber el año en que se originó dicho apellido encuentro diversas fechas: 1500, 1701, 1790, etc. Por lo que infiero que mi abuelo nació muchos años después del primer apellidado Soria. Mi abuelo, es oriundo de Villacarralón, Valladolid, no de Soria, pero tiene en común que pertenecen a la Comunidad Autónoma española de Castilla y León que está compuesta por nueve provincias siendo Valladolid y Soria, dos de ellas, el resto son Ávila, Burgos, León, Palencia, Salamanca, Segovia y Zamora. La Comunidad Autónoma española de Castilla y León es la más extensa de España. Mi abuelo se casó en la Parroquia de San Juan Bautista de Mieres con la asturiana Concepción Álvarez Álvarez el 20 de junio del año 1900, y comenzó desde ese entonces la formación de su propia familia. De esa unión nacieron el tío Eladio, la tía Luisa, la tía Magdalena (Cuca) nacidos en España; Enrique (Quique, mi padre) y el tío Luciano (Chano) nacidos en Cuba. Cada uno de ellos aportó al árbol genealógico su descendencia correspondiente.

Por cuentos que me hacía mi madre, aun siendo muy niña, puedo recordar que mis abuelos emigraron desde Asturias y entraron a Cuba por la provincia de Matanzas, y posteriormente se asentaron en el batey del Central Jagüeyal en la antigua provincia de Camagüey, donde crearon un modesto negocio para la supervivencia, una fonda, para elaborar y vender alimentos a los trabajadores y familias del Central, pues mi mamá decía que mi abuela era una excelente cocinera y mi abuelo la apoyaba en el resto de todas las funciones. Mi abuela falleció en enero del 1945 y entonces la familia se trasladó, excepto mi tío Chano, para el pueblo de Ciego de Ávila, en esa misma provincia, y mi abuelo se jubiló y pasó a residir en la casa de mi tío Eladio con su familia.

Mis abuelos de su unión matrimonial, además de sus cinco hijos, tuvieron muchos nietos. En total 17 nietos y muchos biznietos que aún no he contabilizado. De sus hijos todos están fallecidos y de sus nietos solo quedamos vivos dos. Mis padres aportaron al árbol genealógico

de la familia tres descendientes: mi hermana Mirtha, mi hermano Enrique (que falleció al año de nacido) y diez años después nació yo. Ellos también asumieron la crianza de mi prima hermana Eneida porque su mamá falleció teniendo ella sólo tres años de edad.

Yo nací en el año 1947 en Cuba, en el pueblo de Ciego de Ávila. Resulté ser la hija menor de la unión matrimonial de Enrique y Primitiva Basilia y la última nieta hembra de la descendencia de Lucio. Me nombraron Concepción en honor a la abuela paterna, que dos años antes había fallecido. Conservo unas cuantas fotos de mi familia paterna, quizás no todas las que hubiera querido tener. Nunca pude conseguir la de mi abuela y no la pude conocer ni por fotos. La diferencia de edad con la mayoría de mis primos paternos fue una marca que influyó en el acercamiento de ellos para conmigo, sólo un primo, Adonis Soria, era un año o dos menores, el resto, casi sin excepciones, más de 15 años mayores. Con independencia del papel tan importante que jugó mi madre para la unión con la familia paterna, este aspecto de la diferencia generacional y más en aquella época, sobresalió. Esta situación no fue igualmente representativa en el caso de la familia por la vía materna, donde hubo una familia muy numerosa, unida, con muchos primos y primas de diferentes generaciones pero que se podían agrupar en afinidades y que prevaleció por lazos consanguíneos de mayor solidez y de la cual también me siento muy orgullosa.

Hasta el año 1962 creía que mi apellido era exclusivo, solo conocía los Soria de mi propia familia, abuelo, padre, hermana, tíos y primos. En ese año fui a estudiar a Camagüey y conozco en el centro de estudios otro apellidado Soria, Ramón Soria, lo que constituyó un asombro en ese momento. Nunca se nos ocurrió a ninguno de los dos investigar sobre la coincidencia del apellido, nos aceptamos como buenos compañeros de estudio y nació una amistad que con los años se difuminó pues cada cual cogió diversos caminos. Si supe a través de amistades comunes que Ramoncito murió joven. De esta anécdota si quedó transparente una realidad para mí, ¡se perdió la exclusividad del apellido! Después en el andar por la vida conocí, leí, sobre otras personas que tienen este mismo apellido. Y hasta la misma combinación de nombre y apellido, lo que, a la altura de los años, siglo XXI, es muy normal.

En la tercera edad, edad en la que me encuentro, se pierden muchos recuerdos de la infancia, no obstante, hay pasajes que no se borran y son como situaciones o momentos que se atesoran. Recuerdo sobre el abuelo una imagen de un anciano, de caminar muy lento, de tez rosada un tanto colorada, de pelo canoso, blanco, que vivía en la casa del tío Eladio en la Avenida del Sur en Ciego de Ávila. Se veía siempre pulcro y bien atendido por el tío y su esposa Emérita y la prima Elgida. Por oídas sé que mis padres se ocuparon mucho de él también y mi madre siempre que lo mencionaba le decía el viejo Pote, ni idea del porqué de ese apodo. Sé también que cuando fallece mi padre en el año 1956,

con apenas 49 años, el abuelo no pudo resistir el dolor de tan crudo golpe y 42 días después le siguió. Mi padre fue un referente en nuestra familia. Una persona alegre, muy empática, atenta a los diversos problemas en la misma y presto a ayudar en la solución de ellos. Su deceso inesperado golpeó con violencia el equilibrio familiar.

Recuerdo también la Colonia Española de Ciego de Ávila, un centro de cultura y recreación que estaba ubicado en la Calle Independencia entre Maceo y Honorato Castillo, y que el fondo salía a la calle paralela, la calle Libertad. Era una instalación muy amplia, grande, con un salón de muchos sillones, pero muchos sillones, donde se sentaban los asociados a conversar y donde mi abuelo pasaba horas de ocio con sus coterreños, a contarse historias, casi todas personas muy mayores. Quiero pensar y estoy casi segura que uno de sus temas de conversación era sobre la lejana España, el recuento de sus historias de emigrantes, sus nostalgias y su batallar cotidiano en otras tierras que los acogieron y le permitieron en el momento histórico de sus vidas continuar su descendencia. La Colonia Española tenía también una cafetería y un patio cementado inmensísimo. Los adultos jugaban cartas, dominó, lotería y además se hacían fiestas para adultos y niños. Me viene a la mente los grandes bailes de salón que se organizaban para los adultos con muy buenas orquestas del país donde no faltaba la *Intermezzo*, que era la local, pero de mucha competencia. Mis padres participaban y mi hermana también. Esta instalación fue muy visitada por mí con mi padre, pues él cultivaba las raíces de sus antepasados. Procuraba que aprendiera sobre los bailes españoles, disfraces alegóricos, formara parte de las fiestas infantiles, las comparsas, las carrozas y las procesiones que se generaban en ese ambiente. Siempre me sentí muy bien en este lugar.

Otros recuerdos se asocian con mucha fuerza a la pérdida física de mi padre cuando apenas tenía nueve años de edad y a la ocupación de los familiares en torno a mí por este suceso de niña huérfana. Mi tía Cuca, las esposas de mis tíos Emérita y Guillermina, siempre me mostraron mucho afecto. Recuerdo que visitaba la casa de la tía Cuca, el tío Eladio, el primo Enrique, la prima Elgida, que todos vivían en la Avenida del Sur, muy próximos unos de otros, y yo me daba una estancia de un fin de semana por esa zona. Era muy bien atendida por todos, con mucho cariño, y jugaba con Hilda, la hija de mi primo Enrique, que era menor unos dos o tres años más o menos. El primo Enrique se parecía mucho en el físico a mi padre y su esposa Nenita, una persona siempre muy sonriente. Recuerdo también como mi prima Madín se ocupaba de que no me faltara un presente para el Día de Reyes o mi cumpleaños, y de comprarme los zapatos blancos o negros de acuerdo a la temporada. Mi mamá acostumbraba a llevarme a ver a tía Luisa, allá en la casona cercana al cementerio del poblado, era como una casa de campo, de recreo, grande, con árboles, flores, diversas plantas donde

al lado en una casa moderna vivía la prima Madín. O de visitar también la casa de mi prima Isolina, situada en la Carretera Central entre Honorato Castillo y Marcial Gómez, muy próxima al Hotel Santiago Habana. En la casa había un establecimiento, que no recuerdo bien lo que se vendía, si frutas, jugos o similares, pero que detrás quedaba la casa de familia donde jugaba con Xonia. Realmente en la práctica y en la vida Hilda y Xonia por su edad, pasaron a ocupar el lugar de primas primera en el lazo consanguíneo, ambas hijas de mis primos Enrique e Isolina respectivamente.

Después en plena adolescencia, presencié el desfile de muchos de ellos con la emigración y sentí en mi carne y en mi corazón el dolor de la ausencia de muchos seres queridos. La dinámica de la época en Cuba, la cotidianidad, el cambio de hábitat ante nuevos compromisos de estudios y sociales facilitó un tanto la situación y el tiempo después limó asperezas, desencuentros y acortó las distancias, pero ya ante un escenario donde muchos no habían sobrevivido porque la afilada guadaña había ocupado ese espacio, tanto dentro como fuera del país. La emigración, muchos años después que la de mis abuelos, también marcó mi existencia. La separación, las distancias, los cambios en los hábitos de convivencia, el choque con otras culturas y sociedades: una parte y yo en Cuba, y otra parte significativa y muy querida en otros países. Fue sobre todo muy difícil para mi madre y para mí la partida de mi hermana Mirtha con mis tres pequeñas sobrinas.

Fue así como ya casada, con mi propia familia y hogar, recibí las visitas ocasionales de tía Cuca, tío Chano, y mis primos Isolina, Lucianito y Adonis. Y posteriormente, al visitar los Estados Unidos acariciar el encuentro con mi prima Elgida, con Hilda y su querida madre y con mi entrañable hermana Mirtha y su descendencia (sus hijas y sus nietos). A la altura de este tiempo surge en mi un sentimiento para el cual no tengo una clara definición, porque no cae en desinterés familiar, ni en la nostalgia, quizá se acerque un poco al deseo de responder preguntas que ya hoy no tienen respuestas. No hay respuestas porque no hay a quién preguntarlas, me quedaron muchos detalles por saber sobre mi familia paterna.

Hoy, en virtud de la Ley 52 ostento por mi abuelo desde el 2011 la ciudadanía española y me siento muy orgullosa por mi raíz cubano española, también en virtud de la vigente Ley de Memoria Democrática, mis dos hijas tienen reconocidas esas raíces y mis tres nietos están en el proceso de obtención. Mis hijas y yo estamos asociadas a la Sociedad Castellana de Beneficencia, que es parte de la Agrupación de Sociedades Castellanas y Leonesas en La Habana. Reconozco que, en mi sociedad, quienes la dirigen, lo hacen con mucho acierto, respeto y amor hacia sus fundamentos organizativos y con sus actividades promueven mantener activa la memoria, el acervo cultural y el respeto a las tradiciones de nuestros ancestros. Desde mi incorporación a ella,

fue como si empezara a respirar los aires nuevamente de la otrora Colonia Española de mi infancia, comprendí la importancia de revivir esa herencia, a la que también pertenezco. Soy feliz porque en el mural de mi Sociedad se expone una foto de mi abuelo Lucio, (como la de otros tantos abuelos) y me enorgullece, que aún después de 68 años de fallecido, exista una institución española que lo identifique, y que guarde y promueva esos valores de preservar las raíces identitarias. Es un renacimiento merecido.

Es innegable reconocer que este proceso que se desató en torno a la Ley de Nietos, ha propiciado que en el seno de mi familia, la que he formado, haya espacios donde se cultive el conocimiento de la genealogía familiar aprovechando la oportunidad de que aún muchos sobrevivimos. Es de utilidad espiritual que mis hijas y nietos puedan tener esta recompensa, que quizás ahora no lo perciban, pero que adquiere un inmenso valor agregado cuando los años pasan. “¿Quiero saber más sobre mis orígenes!” es una iniciativa de tertulia familiar no formal que a la larga ha de resultar interesante, pues saber un poco más de dónde proceden, conocer las historias de sus abuelos, de sus padres, de los amigos de las familias, en fin, tener más respuestas en su vejez, que las que yo hoy he logrado alcanzar, es un propósito, un plan, una rutina, que dibujo día a día con mi actuación. Estoy a las puertas de protagonizar un movimiento migratorio hacia mi otra raíz, la española, espero poco a poco tener la compañía de mi familia: mi esposo, mis hijas, mis nietos, mientras tanto voy a experimentar en carne propia, los sentimientos encontrados que mi abuelo Lucio hubo de sentir al separarse del terruño que lo vio nacer.

Las sociedades están, hasta cierto punto, signadas por la emigración. Es un fenómeno social que motiva a las personas a moverse hacia nuevos lugares en busca de una vida mejor, de mayores posibilidades de desarrollo a nivel personal, familiar, profesional, así como económico y social. El tema de la emigración no se agota. Como dice un refrán “hay mucha tela por donde cortar”. El Premio Memoria de la Emigración Española ha de perdurar.



Viviana
Mabel
Suárez
Fernández

VIAJEROS DE LA ESPERANZA

(Argentina)

Lsolina Villares Vázquez, mi abuela, dio un primer paso para emprender otra vida, su vida. Atravesando las montañas desde la Ribeira Sacra en Orense, hacia el Océano Atlántico donde surcó caminos infinitos dibujados sobre estelas marinas. La moza esbelta, de cabellos dorados, nacida en 1898 en Alais, Castro Caldelas, Orense, partía hacia la Argentina. Una tierra de promesas e ilusiones, la esperaba con oportunidades soñadas. Aquel mes de octubre de 1924, esperaba inquieta en el muelle de Vigo mientras el vapor Weser se alistaba para zarpar. Sus ojos del color del cielo se perdieron entre la muchedumbre que cargaba lo poco que podía llevar en sus brazos y hombros: las maletas con ropas, los niños de tantas familias, los mozos solitarios, las mujeres valerosas, los recuerdos. Buscó su lugar a bordo, se asomó entre los pasajeros que saludaban desde cubierta a quienes los despedían agitando pañuelos al viento desde un monte cercano. Sumada a la algarabía del gentío, cuando las lágrimas corrían por sus mejillas, levantó su mano saludando a todos y a nadie. Estaba sola. Atrás quedaba su patria, el frío de Castro Caldelas, las montañas, las verbenas, los festejos tradicionales con fuegos, la Muñeira, y la viña donde sus padres Santos y Florentina habían labrado la tierra con su prole.

Ese fue el tiempo de la partida cuando faltaba el pan y sobraban historias de viajeros. Su hermano Antonio Villares Vázquez, el primer adelantado de su familia en la Ciudad de Buenos Aires, fue quien la “reclamó” ante las autoridades migratorias de Argentina. De otra forma era casi imposible llegar al territorio del sur del planeta. Ese país al que se dirigía, el que había sido un virreinato español por siglos, los convocaba al trabajo de todo tipo de oficios y profesiones.

Desde pequeña, conocía las tareas de labranza que todos compartían en la parcela de Alais. Siempre repetiría el procedimiento que aprendió para cargar las pesadas cestas con uvas: alistaba una rosca de telas



Isolina Villares Vázquez 1933.



Prudencio.

entrelazadas, la asentaba en su cabeza, aseguraba la cesta sobre ella, colocaba sus brazos en la cintura, avanzaba con la mirada hacia el horizonte dando pasos firmes y haciendo equilibrio por el filo de la montaña para descargar la cosecha y volver a repetir una y otra vez su tarea cotidiana. Terminada la jornada volvían a su casa humilde construida con piedras,

entonces su madre los esperaba con la hogaza de pan y el caldo para recomponer cuerpo y alma. Historias de trabajo estaban escritas por las marcas en sus manos y en las de tantos paisanos que estaban con ella en el barco de los emigrantes. La pequeña maleta rígida de color marrón gastado, su mantón de Manila y una máquina de coser *Singer* eran los tesoros que transportaba al Nuevo mundo.

Muchas veces relató a sus hijos, sin entrar en detalles, que los diecinueve días que duró el viaje marítimo no fueron fáciles para una mujer que salió sola del pueblo. El barco representó un desafío difícil y el Océano Atlántico el marco oscilante a su destino. Para alguien que había vivido veintiséis años cerca de un castillo en ruinas, que se asombraba desde pequeña recorriendo las laderas montañosas cuando la nieve corría su manto para dejar ver las hortensias florecidas; conocer la inmensidad del mar la situó al inicio de un camino a la libertad, y a la esperanza.

Desembarcó en Buenos Aires declarando ser labradora. Allí la esperaba Antonio. Él había llegado unos años antes, era paragüero y afilador como todo orensano de esa época. Isolina comenzó a trabajar en una “casa de familia” encargándose de los quehaceres domésticos. Se instaló en el barrio porteño de Palermo, una zona arbolada, con calles adoquinadas, donde vivían familias argentinas tradicionales y de cierto abolengo.

Su hermano organizó un paseo con un amigo que conocía de la pensión donde se alojaba. El mozo se llamaba Prudencio Fernández Rodríguez un joven de estatura media, cabellos castaños, ojos oscuros y piel blanca como la nieve. Era *motorman* en la Corporación Inglesa de Tranvías de Buenos Aires, trabajaba en la línea 74 que corría desde Palermo hasta la ciudad de Avellaneda. En poco tiempo, Isolina y Prudencio eran novios y contrajeron matrimonio en la iglesia de “Santa Lucía” en la calle Montes de Oca, del barrio Barracas de la Ciudad de Buenos Aires. Ella dejó su trabajo. Ya no podía ocuparse más que de su marido y de sus futuros hijos como era el mandato de su época.

Prudencio había nacido en O Porriño, Pontevedra en 1904. Su llegada a Buenos Aires había sido planificada por sus primas del barrio de Belgrano, que habían tenido un exitoso emprendimiento fabril y gozaban de muy buen vivir. Al ingresar a la Argentina, él declaró ser mayor y omitió el apellido de su padre: Fernández. Por algún motivo decía estar enojado con él y por ello decretó llamarse Rodríguez, como su madre Jesusa. Este muchacho tenía como objetivo encontrar a su hermano Juan Manuel de quien se decía que vivía con la hija de un cacique, en una reserva del interior de la Provincia de Buenos Aires. Algo de verdad y parte de fantasía rodeaban esta historia familiar.

Isolina siguió “reclamando” a sus hermanas. Una a una arribaban a Buenos Aires: Jovita, Rita, Estefanía, Celia. Por su parte, Antonio Villares Vázquez propició la llegada de su hermano Modesto, ya casado, quien se instaló con su familia en una casa frente a la de su hermana Jovita en el barrio de Villa Devoto, calle Gutenberg. Con Modesto hubo otro episodio, las mujeres de la familia no tenían trato con él. En algunas ocasiones, su hijo Orensio trataba de jugar con sus primos congregados en casa de las tías, pero tampoco los niños se animaban a desafiar a sus padres y sólo hablaban a la distancia desde la frontera que marcaba la acera.

Isolina estaba rodeada de toda su familia. Cuando vivían en una casa de cuartos en el pasaje Bollini de Palermo, nació su primera hija María Angélica. El Hospital Fernández era el lugar donde concurría para la atención médica y para el nacimiento de todos sus hijos. Entrando en la tercera década del siglo XX, Prudencio comenzó a ascender en su trabajo. Así pudo ahorrar dinero para concretar la compra de una parcela en la localidad de Avellaneda.

Todo comenzó durante un día de trabajo. Mientras descendían los últimos pasajeros casi al final del recorrido del tranvía por la calle De la Serna, en Gerli; le llamó la atención una reunión de personas mezcladas entre banderas rojas. Se detuvo, vio que había un remate de tierras. Entusiasmado, junto con otros colegas españoles, compraron una parcela para cada uno de ellos. ¡Cuándo le comunicó a Isolina que se irían de Palermo! Ella lloraba enojada, explicaba que jamás volvería a los montes, ni a un lugar deshabitado del campo. La ciudad (bulliciosa), era su hogar y no estaba dispuesta a pisar un terreno con lodo. Prudencio estaba decidido, ser propietario era su objetivo



Aduana de Vigo desde el centro comercial 2023.



Perspectiva del puerto de Vigo desde el lugar donde cien años antes se despedían a los emigrados, 2008.

personal. Construía la casa con ladrillos, sus manos no tenían descanso y la ayuda de sus paisanos era un alivio. Tomando como referencia la altura del trazado de las vías del tranvía avanzaba lentamente la construcción. Los ingleses habían trazado el recorrido de las vías de acero y jamás se inundaban. Estaban seguros que esa era la línea de agua a imitar.

Pasaron algunos años más en la Ciudad de Buenos Aires, nacieron otras dos hijas: María Cristina y Aida. Isolina y Prudencio habían logrado consolidar la familia. Orense estaba entonces en Buenos Aires porque sus tradiciones seguían intactas. Esa mujer que solo sabía leer y se negaba a escribir, la que con su fuerza sostenía las tareas del hogar y la crianza de sus hijos, no estaba muy

conforme con volver a la vida rural. Tal vez, los innumerables libros que leía la llevaban a lugares soñados, como en el que vivía, aún con muchas necesidades económicas. Finalizada la nueva casa y sin demorar la mudanza, llevaron sus enseres hacia Gerli, en la ciudad de Avellaneda. Isolina decidió que su hija Aida se quedaría temporalmente en la casa de su hermana Rita, en Palermo. La niña ingresaría a la escuela en poco tiempo y era su ilusión que continuara en la Ciudad de Buenos Aires. Allí la edad exigida para comenzar primer grado, era de seis años; no dudó cuando supo que donde vivirían los niños comenzaban su escuela primaria obligatoria a los ocho años.

Ya lo decía Prudencio, todos sus hijos debían nacer en la “Capital Federal”, repitiendo muchas veces: “Tienen que estudiar para progresar. En la vida puedes perder la fortuna, pero jamás te quitarán lo que estudies en la escuela”. Él era un enorme matemático, que gestionaba los gastos del hogar y determinaba el dinero que enviaban a España para su madre Jesusa y sus hermanos menores. Pero no sabía leer ni escribir con fluidez.

A medida que la casa crecía tenía lugares especiales para cada función, se creaban espacios que recordaban a los conocidos en sus pueblos. No faltaba un sótano, el corral para un cerdo, el gallinero en la primera planta del hogar, un palomar, la huerta en un pequeño terreno rectangular de



Reunión familiar con motivo del compromiso matrimonial de su hija mayor. Toda la familia y amigos emigrados presentes. 1947.



Isolina en el año 1950.



Elson. Un paseo a orillas del Río de La Plata 1952 Isolina izq, su hijo menor Eduardo, sus cuñados Elvira y Ramón Fernández Rodríguez, su hija Aida, un amigo, su hija Pety y su prometido.

tres metros por ocho que era arado con las herramientas que conocían de Galicia para sembrar grelos, maíz, coles, patatas, tomates, lechugas, y por supuesto, cultivar la vid en un parral construido sobre un armazón de alambres que oficiaba de techo en todo el ingreso a la casa.

Isolina tenía una gran cocina a leña que encendía temprano por las mañanas. Pocas horas después estaba preparando un cocido gallego. Instalaba allí, elegía una gallina, le retiraba las plumas, la pelaba meticulosamente usando el fuego para quitar cualquier resto de plumaje. Luego de eviscerar, procedía a trocearla al igual que los chorizos y pancetas de la factura que llegaban a las casas luego de haberlas elaborado en reuniones tradicionales con paisanos. Introducía la carne de res, porque según decía “era la mejor carne de vaca” que había probado. El unto, esa bolita de grasa, era el secreto de su preparación y todo tipo de verduras. Una gran olla de aluminio humeaba por horas conteniendo la magnífica preparación culinaria. Ese “cousido” estaba destinado a proveer una sucesión de almuerzos y cenas, transformado en diversos platos: sopa, carne con verduras, patatas con gallina, y sobras para los animales del pequeño corral urbano. La hija mayor no toleraba comer preparaciones con unto. Reunidos en la mesa familiar, Ñata permanecía inmóvil sin probar un bocado. Su madre trataba de hacerle entender que tenía que alimentarse y aumentar de peso porque era saludable tener unos kilos de más. Nunca lo logró. Por eso, iba a dormir sin ningún alimento y al día siguiente la esperaba el mismo plato de comida. A los 17 años ya se había casado, nunca volvió a ver al unto hasta un día que visitó a sus primas en Galicia.

Los sábados por la noche, la casa recibía a todos los paisanos del barrio, la velada culminaba con un juego de cartas: “la brisca”. Tomaban



Casamiento civil de su hija menor, Aida, con Mario y mis padres. Año 1962.

vino y comían la famosa bica mantecada de Castro Caldelas preparada por la dueña de casa.

Los niños no podían participar de esa mesa redonda donde las voces se oían a la distancia. Ellos no podían hablar en *galego*. Entendían perfectamente cada palabra, pero tenían prohibido hacerlo. Isolina y Prudencio pensaban que sus hijos estaban destinados a ir a la escuela, estudiar mucho, saber matemáticas, leer y escribir con buena caligrafía. Todo en castellano.

Ir al mercadillo (feria), los días sábados era un ritual para Isolina. Allí desplegaban sus productos los verduleros, tenderos y todo tipo de comerciantes. Ella compraba en puestos predilectos: las telas del turco Mario, las frutas de Paco y las patatas de otra señora.

A poco de llegar a su nueva vivienda, otra de sus hermanas Celia Villares compró una casa a cien metros de la suya. Por algún motivo desconocido por la familia, estuvieron enojados entre sí por un tiempo. Cierta día cercano a las Navidades. Isolina preparó su “rosquete de tela”, lo calzó en su cabeza, subió una gran asadera metálica con la empanada gallega rellena con bacalao y lista para su cocción. Caminó por la calle de tierra rumbo a la panadería donde solía entregar sus delicias para ser cocidas en el gran horno. La panadera recibía como pago a su prestación, un cuarto de la famosa y enorme empanada. Salió de su casa con los brazos en jarra, haciendo equilibrio como tantas veces había aprendido en Castro Caldelas, susurraba canciones gallegas. Al pasar por la casa de su hermana no pudo contener la risa al verla con dalias en su cabellera. Celia increpó a Isolina, se acercó a ésta y la tomó del brazo. La empanada gallega terminó entre el lodo e Isolina en cuerpo y alma, dentro de un zanjón. Los vecinos corrieron a socorrerla logrando rescatarla de las aguas. Isolina estaba muy ofuscada, pero seguía riéndose por el peinado de su hermana.

Pasaban los años... tuvo tres hijos varones, dos fallecieron al nacer. Un día decidió asistir como “madre de leche” en la “Casa Cuna” de Buenos Aires (Hospital de Pediatría “Pedro de Elizalde”), allí recibían niños abandonados en su portal y cuidaban a todos los infantes que llegaban a ellos. Su tarea era amamantar a los bebés. De tanto colaborar y al ver la situación de abandono de los niños, adoptó a una de esas niñas: Inesita. Era una hija más. Sufrió mucho cuando su padre fue por ella. Había vivido quince años en la familia. Los dos hijos menores de la familia, Aida y Lalo (Eduardo), habían sido enviados a estudiar a escuelas católicas de gestión privada en el centro urbano de la ciudad de Avellaneda. Las mayores trabajaban en fábricas de la zona y se casaron muy jóvenes.

En casa de Isolina y Prudencio vivió cada hermano que emigró desde España, así como sus hijos. Un día recibió una carta donde le comunicaban

que sus padres habían fallecido y que necesitaban su firme en un documento de herederos para ceder sus bienes a una prima; ya que la carretera pasaría por un sector de sus tierras. Isolina no dudó en sellar con su huella digital el mismo e ir a depositarlo al correo. Ella no planeaba volver, sus hermanas tampoco. Entendía que la tierra pertenecía a quienes la habían cuidado, sus primas.

Treinta años después de su desembarco en Buenos Aires, volvió al puerto, se embarcó por el mismo camino oceánico retornando como turista a Galicia.

Nadie pudo comprender lo que había sucedido allí. Su enojo y su tristeza estaban impresos en su rostro al volver a Buenos Aires. Dijo que no podía comer lo que a ella le gustaba, que su familia estaba en Argentina y que su encuentro fue con parientes que no conocía. Toda la familia dudó por siempre de sus excusas.

Ella seguía tejiendo “mañanitas”, cocinando, leyendo, peinando su largo cabello gris con talco y cepillándose por las noches. La gran casa había quedado solo para ella y Prudencio. Sus hijos habían formado sus familias. Prudencio ya jubilado siguió trabajando con sus hijos en cualquier tarea que le permitiera ahorrar unos pesos para enviar a España, y volver, aún solo, a su tierra. Un 13 de abril de 1964, Isolina había encerado los pisos de toda la casa, comenzó a preparar el *cousido* para reunirse con sus hijos y nietos. Cuando encendió el fuego para pelar la gallina, como lo había hecho miles de veces, se expandió el solvente de la cera en pasta hasta la cocina y no pudo escapar a las llamas. El lechero que pasaba por la puerta de su casa y era de su familia política, fue en su auxilio. Isolina falleció trágicamente en el Hospital del Quemado, ese mismo día.

Desde su Alais, en Castro Caldelas, Orense, a la ciudad de Buenos Aires donde vivió la mayor parte de su historia; siguieron recordando a “la Gallega” que sonreía y también se enojaba, la que cantaba y leía pero no sabía escribir, la que tenía a todos sus hermanos con ella pero no hablaba de sus padres, la que reunía amigos para jugar cartas y hablar en gallego, la que iba con sus hijas a ver bailar tango en los clubes de barrio, pero prefería las muñeiras y el pasodoble.

Mujeres que dejaron su pueblo con la fuerza del trabajo y navegaron tras un sueño. La biografía de cada una atravesó las culturas y los idiomas. Estuvieron signadas por las historias de países donde se adaptaron sin dejar atrás las costumbres de la tierra que las vio nacer. Los barcos trajeron a los hijos de España, los hijos y sus hijos aún honran ambas tierras porque saben que el Océano Atlántico une dos puertos, dos orillas en una vida.



Isolina y Prudencio en 1963. ella falleció en 1964.



Edelmira
Tojeiro
Marrero

MI VIAJE A GALICIA, UN EMOTIVO ENCUENTRO

(Cuba)

Por sobradas razones, el pueblo gallego ha sido emigrante¹. Han sido varios los factores que le obligaron a la emigración, pero fundamentalmente fue el económico. Se puede afirmar que casi completamente la canalización de esta emigración ha sido dirigida, en la primera mitad del siglo XX, hacia el continente americano y en el Caribe, Cuba, la mayor de las Antillas.

En el año 1764, en el puerto de La Coruña se establecieron los correos marítimos entre España y las Indias que serían decisivos para la emigración gallega, la cual comenzó a crecer significativamente entre 1830 y 1850, al amparo del desarrollo marítimo, aunque los viajes entre Galicia y Cuba duraban entre ochenta y cien días. A partir de 1870 desaparecen los veleros de transporte de pasajeros desplazados por los barcos de vapor. La emigración crecía con la misma rapidez con que se desarrollaba la actividad de las compañías marítimas. La Coruña y Vigo se convirtieron en puertos preferenciales de embarque.

En 1881, un informe de la Sociedad Económica de Amigos del País insistía en el hecho de que la emigración gallega, lejos de ser efecto del proclamado deseo de aventura, era consecuencia de la miseria y de la penuria económicas del pueblo gallego, fundamentalmente.

El período de entreguerras fue tiempo de emigración y exilio para miles de gallegos. Los problemas económicos y sociales de Galicia se mantuvieron durante años, obligando a sus habitantes a tomar el camino del mar, y, a partir de la década del 50 del pasado siglo XX, a los

¹ La autora de este relato fue la ganadora del I Premio Memoria de la Emigración Española con la narración "Hija de gallego. Vivencias de una cubana". Este relato, centrado en sí misma, complementa aquel sobre su padre. Para evitar reiteraciones se ha hecho una selección de las fotografías con las que la autora ha acompañado este relato (N.E.)



Atilano y Ermelina en Playa Ortigueira, agosto de 1993.

países europeos, especialmente Suiza. Fueron años continuados de emigración que dejaron a miles de gallegos expatriados por todo el mundo, dando lugar a la llamada “quinta provincia gallega”. Existe arraigada una convicción de que existió, en el siglo XX, dos Galicias, la original y la que se desarrolló fuera de su territorio, allende los mares. Galicia ha sido y es la comunidad autónoma con mayor número de emigrantes, duplicando prácticamente a la segunda comunidad, Andalucía.

Todo lo vivido por mí con mi padre ha motivado que escribiera mis recuerdos del viaje a Galicia. Es una obra que contiene

sentimientos de alegría, tristeza, nostalgia, pero no creo que esta pueda estar ajena cuando se narran las vivencias de una descendiente de un emigrado en cualquier parte del mundo. De lo que sí estoy convencida es de que ha sido escrita con mucho amor y con el orgullo inmenso de ser la hija de un gallego que amó y fue amado con intensidad.

Quince años después de muerto mi padre, gracias a la bondad de mi tío Vicente, tuve la oportunidad de visitar la tierra natal de mi progenitor. Llegué al aeropuerto de Barajas el 24 de junio de 1993 y después, abordé otro avión que me llevó hasta Santiago de Compostela, donde me esperaban mi primo Andrés Tojeiro y su esposa, para llevarme hasta la casa de mi tío Vicente y de su esposa, Constantina. Experimenté una conmoción enorme cuando lo tuve delante de mí porque, aunque había visto las fotos que enviara a mi padre en distintas ocasiones importantes de su vida, entre ellas, la graduación y la boda de su hijo, además de otras en las que estaba junto al resto de la familia, sin embargo, poder verlo personalmente hizo palidecer lo que viera en las fotos y mi corazón se estremeció por la emoción.

En mi viaje de tres meses a Galicia conocí muchos lugares, gracias a mi familia, la cual fue pródiga para darme la facilidad de conocer sitios históricos del terruño. Entre todos los bellos lugares que conocí se encuentra el famoso santuario de San Andrés de Teixido, que visité en dos ocasiones y que me impresionó profundamente. El santuario es de una austeridad absoluta, su iluminación proviene de tragaluces en el techo y carece de cualquier tipo de belleza arquitectónica tradicional, que abunda en las iglesias de épocas posteriores a este. Es muy sencillo en su construcción, pero resulta imponente, fuerte y muy resistente, tanto que ya ha soportado la cercanía del mar durante más de veinte siglos. Está construido totalmente de piedra rústica, pintado de blanco sin ningún adorno, con puertas de madera dura, anchas y altas, adornadas con clavos de bronce remachados. Permanece en pe-

numbras durante los días de mal tiempo, solo las luces de las múltiples velas que encienden en honor a San Andrés los creyentes para pedirle milagros, iluminan el recinto. Los asientos, también de madera dura, carecen de adornos, son alargados, sencillos y bastante incómodos. Es para alegrarse entonces que las misas demoren solamente media hora.

El clima de este lugar es especialmente frío porque está situado en la cima de una montaña a la que se va subiendo por un camino enarenado en forma de espiral hasta que se llega a una planicie, acondicionada para el estacionamiento de autos y autobuses que descargan a los turistas por miles. Siempre hay una frialdad húmeda debido a la cercanía del mar, aún en los días de verano, y generalmente cae una llovizna, a veces molesta por lo pertinaz. Sin embargo, hay días claros y con buen sol, aunque éstos son poco frecuentes. En uno de los extremos se encuentra un precipicio que finaliza en un mar siempre encrespado con olas bravas atacando las faldas de la montaña. Es una vista aterradora, que da vértigo, pero a la vez sumamente atractiva y subyugante. Quedé prendada de esta hermosa vista y son muchas las noches, desde el día en que dejé esa bella tierra, en que me despierto recordando que soñé con aquel precipicio, de pie en la cima, mirando cómo las olas lamen y pelean con la montaña, aunque sin llegar nunca a la cúspide, pero amenazando siempre que un fatídico día, no se sabe cuándo, la cubrirá y vencerá su fortaleza de milenios.

Los párrocos que predicán en el santuario utilizan el idioma gallego para las oraciones y las misas, algo que me gustó mucho, lo que es lógico porque si era la lengua madre de San Andrés por qué no van a predicar la palabra de Dios en gallego que es más comprensible para los fieles que visitan el templo, la mayoría de ellos oriundos de la región, aunque vi multitud de turistas provenientes de todos los lugares de España y también del mundo entero.

Tuve la fortuna de que mi visita a España fuera en 1993, considerado año santo porque el 25 de julio cayó en domingo. Afuera una gran cantidad de vendedores de abalorios, rosquitas de San Andrés, exquisitas y frescas, que no se diferencian en nada de las rosquitas tradicionales solo que las insertan por el orificio central con un gajo fino de cualquier árbol de los alrededores para venderlas ensartadas como un collar de cuentas, además de souvenirs de todo tipo que permiten conservar un recuerdo del santuario. Quedé maravillada con los múltiples kioscos instalados y en los cuales venden infinidad de recuerdos, tales como velas de todos tamaños y colores; medallas de San Andrés, crucifijos, rosarios y otros muchos artículos, tanto para los devotos como para los que deseen un souvenir de este sacro recinto. Las más famosas son las cruces de Caravaca, las cruces de la suerte como les han dado en llamar los gallegos y en la cual creen fervientemente. Todo el mundo tiene una cruz, en el cuello, en la billetera, colgada del espejo retrovisor del automóvil, motocicleta, camión, ... de lo que sea, en cual-

quier lugar, para que les traiga salud, suerte, dinero. ¡La esperanza es lo último que se pierde! Precisamente, en uno de estos kioscos pude adquirir las famosas cruces de Caravaca para obsequiar a familiares y amigos con el fin de constatar si las mismas son efectivamente tan milagrosas como dicen los gallegos, además de traer la buena suerte. De todas maneras, los creyentes siempre seguirán teniendo fe a San Andrés, aunque no los haya favorecido con sus milagros. En una de mis visitas escalé hasta la cruz de piedra, situada a unos cuantos metros del santuario que se dice fue tallada por alguien desconocido, el tiempo olvidó su nombre, en la propia roca de aquel lugar. Allí está, casi inaccesible observando todo lo que sucede a su alrededor desde hace más de dos mil años; qué cosas podría contarnos, si pudiera.

Todos mis antepasados españoles, incluso mi padre, recorrieron estos lugares infinidad de veces, allí oraron, allí soñaron y se contaron confidencias y sueños, angustias y sufrimientos. En resumen, fueron desdichados y felices a la vez, vivieron, porque así es la vida, la suma de todos los sentimientos que azotan a cada ser humano durante su vida en la tierra, vida que no pidieron, pero que les fue otorgada y que debieron haber vivido con la mayor intensidad posible, pero que, en mi opinión, no pudieron. Cuanto me gustaría poderle preguntar a la famosa cruz de piedra, cómo era mi abuelo joven, antes de conocer a la que sería después mi abuela, Antonia, gracias a la cual mi padre recibió su nombre.

Desde que teníamos uso de razón le hacíamos preguntas a nuestro padre sobre su vida en Galicia y él nos contaba las vivencias de su patria chica en los dieciocho años que estuvo en su terruño. Era muy interesante su historia y a la vez, triste. Nos hablaba de su tierra chica, de sus pescadores, de sus padres, de sus hermanos y de sus amigos, aldeanos como él y el resto de la familia. Tenían una parcela de tierra en la que sembraban lo que se pudiera y así supimos que algún día podríamos visitar el lugar donde nació y tener algo nuestro allí.

Cuánto me alegraría haberlos visto por un huequito imaginario, viviendo en la casa levantada con el esfuerzo de ambos, criar y educar a los hijos producto de su unión. Verlos trabajar en los campos sembrados de trigo, de maíz, de los productos necesarios para el hogar, en la huerta; ordeñar las vacas para después preparar los maravillosos quesos gallegos, reconocidos como los mejores de la región y por qué no, de España.

Cuánto daría por haber visto a mi padre cuando niño, yendo a la escuela, protegiendo a su hermano menor, Vicente, a quien atendía y cuidaba como si fuera un hijo, aunque solo le llevara cinco años de diferencia. ¡Qué apego tenía Vicente con él y cuanto él respondía a esa veneración del hermano menor!

Me hubiera gustado verlo en sus viajes al monte, cuidando a las cabras y a las vacas de la familia; disfrutar sus travesuras, adolescente ya, y finalmente siendo un mozo, haberlo podido ver en las romerías, alegre y seductor. Pensándolo bien, no me hubiera gustado ver tristes a mis abuelos porque no tenían comida que darles a sus hijos en aquellos años durísimos en que se pasaba hambre en España, tampoco me hubiera gustado ver a mi padre en la escuela castigado por el maestro, azotadas las manos con la enorme regla que tenían solo para esos fines, qué sadismo con aquellos infelices niños entre los cuales se encontraba mi querido padre que, producto de este sufrimiento se sintió siempre inferior a los demás que sabían unas pocas cosas más que él.

No hubiera deseado nunca verlo sufrir, a causa del oscurantismo mental que caracterizaba a esos mal llamados “maestros”, siendo estigmatizados con la traumatizante palabra “burro” con que llamaban a las desdichadas criaturas que cometieran el “enorme crimen” de equivocarse, como si la equivocación asimilando el pan de la enseñanza fuera solo atributo de los escolares y no de toda la humanidad desde que el mundo decidió llamarse mundo.

Ellos no deseaban que sus hijos permanecieran en la ignorancia como lo habían estado ellos que solamente les habían enseñado a firmar y a sacar algunas cuentas.

Los demás conocimientos, los estudios superiores, las carreras universitarias, solo estaban al alcance de los señoritos, los hijos de los patrones, de los dueños de tiendas, comercios, de los negociantes que manipulaban las pesetas en grandes cantidades y que se podían dar el lujo de enviar a sus hijos a escuelas privadas, vestirlos y calzarlos como príncipes, colmar todos sus caprichos. A mi padre y a sus hermanos les estaba vedada esa cara de la moneda. Cada vez que nos contaba estas historias su rostro se entristecía y al final, cambiaba la conversación porque comprendía que nos afectaba conocer aquel aspecto oscuro de su niñez. Los niños castigados, al concluir el tiempo de su sanción, debían soportar la vergüenza de la burla de sus compañeros de clase, ya que, en esa edad los niños, de tan sinceros, llegan a ser crueles.

A mi padre nunca debió pasarle por la cabeza que no los vería nunca más, sino que más bien, en unos pocos años estaría de vuelta cargado de dinero para ofrecerles riquezas y el descanso a sus padres de una vida tan fatigosa, descanso tan merecido por tanto esfuerzo y sufrimiento en la vida. Pero el destino es veleidoso y laberíntico, y en su caso específico, fue devastador, no pudo volver jamás a su patria, ni volver a ver a sus padres y hermanos, y mucho menos conseguir una fortuna, pero quiero creer que, a pesar de toda su añoranza por lo perdido, fue feliz en Cuba con la familia que decidió crear.

Nos contaba nuestro padre que el clima de su aldea era terrible en invierno. Desde septiembre ya empezaba a cambiar el tiempo, a hacerse más frío, más húmedo, a causa de la insistente lluvia que cae desde la mañana hasta el mediodía, recesa y vuelve otra vez, al anochecer. No obstante, el otoño también tenía la belleza de la caída de las hojas y la variedad de colores, mezclado con otros tonos poéticos, que le daban al paisaje una hermosura esplendente. En octubre el frío se hacía más intenso e iba en aumento durante noviembre hasta que en diciembre caían las primeras nieves. Sin embargo, no todo era malo en el invierno, porque también traía la cosecha de las castañas, tan ricas para comer cocidas, con leche y en otras formas que la madre les preparaba a todos en la casa. Los bosques de castaños eran enormes, así como los propios árboles, con un diámetro aproximado de medio metro y algunos mayores, además, la caída de la nieve con su blancura iridiscente ofrecía una gran belleza al paisaje, sobre todo para quien lo sabe apreciar.

Pero el paisaje de la Galicia de hoy ha cambiado, ya no nieva, ya no están los castaños de hace sesenta años, ahora ocupan su lugar los eucaliptos que son la tabla de salvación de los aldeanos, pues venden sus maderas a los comerciantes de este producto, y es a su vez el gran problema de los ecologistas, ya que según dicen ellos, los eucaliptos defolían la tierra. Nos queda por ver quién gana la pelea, aunque si triunfan los aldeanos, y es mi deseo, será una victoria pírrica porque a la larga perderá la batalla la tierra española, y a ésa, la queremos todos, deseando lo mejor para ella, pero cuando hay necesidades no se piensa en la ecología, solo en la supervivencia.

La educación que recibió fue severa, los castigos, brutales en su mayoría, tal y como la habían aprendido sus padres a través de los suyos y así sucesivamente, hasta que las generaciones anteriores se pierden en la memoria. Sin embargo, ésas eran las costumbres españolas de aquellos tiempos y no tenemos suficientes elementos para discrepar, porque habría que haber vivido allí para conocer las razones que motivaron dicha forma de vivir. ¿Cuál era la vida, el futuro que les aguardaba a mi padre y al resto de sus hermanos? A los varones, labrar la tierra y trabajar como bestias de carga hasta el final de sus días pasando privaciones, hacer una familia al igual que sus padres y darles a sus hijos las mismas o similares condiciones que ellos tuvieron. En la España de los años veinte del siglo pasado no se podía aspirar a otra cosa ni en aquel entonces nadie podría imaginarse el enorme cambio en sentido positivo que tendría dicho país en los años subsiguientes. Fue necesario el paso de tres o cuatro generaciones sucesivas para llegar al desarrollo que tiene la España de hoy.

Las mujeres estaban en segundo lugar, marginadas. No es que abiertamente le negaran la posibilidad, pero se anteponian las tareas del hogar a la asistencia a la escuela. Después de varias ausencias, por su-

puesto que la asimilación era pobre y ésta era una de las razones que se utilizaban para descargar en contra de las mujeres diciendo que “eran muy brutas”. Es por ello que sus vidas se circunscribieron a labrar la tierra y las demás tareas del hogar y al llegar a mozas conseguir un buen marido que fuera trabajador y que, preferiblemente, tuviera tierras, ya que éste era uno de los objetivos principales de cualquier aldeano. También tener hijos que heredaran los apellidos para continuar su misma vida, apagada y triste.

Nos relataba nuestro padre, con emoción contenida, el adiós con el pañuelo que le hiciera a su hermano Vicente desde el puerto, aunque nunca pensó que esa sería la última vez que lo vería en su vida. Todas las veces que recuerdo estas vivencias de mi padre me viene a la mente el enorme sacrificio que tenía que hacer, día tras día, para sobrevivir y también poder ayudar a su familia en España. Qué sentido del deber tenía hacia ellos que lo hacían no escatimar esfuerzos sobrehumanos que hubieran podido poner en peligro su salud, fue una suerte que su juventud le permitiera salir airoso de esta prueba. Cuánto sufría entonces mi padre sabiendo que solo podría enviar unos pocos pesos porque necesitaba pagar su comida, sus gastos de ropa y, sobre todo, con lo poco que ganaba, guardar algo por si venían tiempos malos.

En mi estancia en Galicia pude constatar también que actualmente la juventud española tiene similar manera de ver la vida y el futuro, ya que los jóvenes prefieren tener relaciones de concubinato, aun cuando las mismas tengan frutos.

Lo pude constatar, conociendo la vida de mis primos, los cuales tenían relaciones íntimas sin pensar en el matrimonio.

En ambas sociedades ha sido prácticamente eliminado el tabú de la virginidad de la mujer, todavía más en Cuba que en España, cuestión esta que ha causado un sin número de sufrimientos y desgracias al sexo femenino a través de la historia de la humanidad. En el caso español puede haber otra razón además de la ya apuntada y es que el divorcio es difícil de lograr cuando los matrimonios se hacen por la iglesia, es por ello que, actualmente, proliferan los casamientos de tipo civil, excluyendo el aspecto religioso de la unión. Existe también en ambos casos otra poderosa razón y es la inseguridad económica que se ha intensificado desde la década de los ochenta hasta el presente y que, al parecer, continuará golpeando fuertemente al mundo entero, conllevando esta disyuntiva la imposibilidad de lograr una vida estable, mantener una casa y criar hijos sin tener miedo al futuro.

Sentados a la mesa del comedor-cocina en la casa de mi tío Vicente y de su esposa Constantina, a la que siento y trato como a una tía verdadera, comienzo a escuchar el relato de boca de un hombre de estatura mediana, pelo cano, ojos azules y multitud de arrugas surcándole el rostro de labriego, de complexión fuerte a pesar de sus setenta y ocho

años, y que no es otro que mi querido tío. Mi tío Vicente me contó, con mucha tristeza, del viaje de mi padre para Cuba. Fue muy triste para él, pero sabía que debía contarles a la madre y a sus hermanos la partida y para animarlos les relató que su hermano Antonio estaba muy contento con su partida y que les enviaba muchos cariños, rogándoles que le escribieran para conocer todos los sucesos de la familia y de la patria.

Fue una suerte que su hermano Vicente aprendiera a leer y a escribir, ya que él fue el que mantuvo la correspondencia con su hermano Antonio hasta su muerte en Cuba. Me cuenta que, siendo un adolescente, años después de que se marchó mi padre para Cuba, lo llamaron a filas. Allí le informaron que lo enviarían a Marruecos al cabo de algunos meses de entrenamiento. Era sabido que las condiciones de vida de los soldados españoles en Marruecos eran pésimas, siendo el lugar que destinaban preferentemente a los novatos para que se foguearan en la vida militar, aunque este “fogueo” fuera a costa de las vidas de muchos de ellos. Al enterarse su padre de esta decisión que prácticamente significaría la muerte para su hijo, fue inmediatamente a ver al alcalde del pueblo, personaje corrupto que le garantizó que él no saldría de España si se le daba una cierta cantidad de pesetas “por el favor”. Han pasado muchos años de este triste suceso y mi tío no puede recordar el precio que este mal hombre, que se aprovechaba de su cargo para enriquecerse, le pidió a su padre, lo que sí recuerda es que mi abuelo tuvo que vender la única vaca que ellos tenían en la casa dejando sin leche a la familia para salvar a mi tío de una muerte segura, y al recordar estas cosas tristes, a pesar de haber pasado tantos años, las lágrimas, cual brillantes perlas, fluyeron desde sus ojos hasta su barbilla temblorosa. No se molestó en quitarlas, dejó que rodaran una tras otra, tan triste estaba al contarle que no se percató que lloraba.

La guerra civil en España fue terrible, peor todavía que cualquier otra guerra, porque era entre hermanos, entre hombres de una misma tierra, de una misma patria. El lado republicano contó con voluntarios venidos desde todas las partes del mundo. Muchos cubanos, más de mil, fueron a ayudar a la joven república española que luchaba contra la dictadura franquista y muchos de ellos sellaron con su sangre, y sus vidas incluso, el compromiso de ayudar a la incipiente e inexperta República en sus ideas de liberación.

Aunque mi tío se libró de ir a Marruecos, le fue imposible a su padre evitar que lo involucraran en la guerra civil de su patria. Y así se vio un día con su impedimenta a la espalda y su fusil al hombro, camino de tierras desconocidas porque nunca había salido de Galicia, y mucho menos a pelear con otros hombres, españoles como él, que, al parecer, tenían diferentes ideas a las de mi tío Vicente. Sentía el deber de luchar por su patria y por su rey, aunque en realidad sin

tener la conciencia clara de si el lado del que luchaba tuviera la razón o pudiera estar equivocado. Pero, ¿qué más da saber si estaban o no en el lugar verdadero, cuando los años pasan y la vida se encarga de darnos experiencia? A ellos se les inculcaba que debían pelear para defender la patria y a su rey de “unos forajidos que querían establecer el comunismo en España”, expresándose de esta manera del bando enemigo. Pero, independientemente de sus ideales al igual que el de tantos otros, no hubiera querido nunca participar en esa contienda, le tenía temor a la guerra porque todos sabían que era algo terrible para su país y que solo les traería hambre, miseria y muerte.

Ellos tenían razón, además de estar sumidos en su ignorancia y en las múltiples vicisitudes por las que pasaban, tenían que tomar parte en una guerra que no querían, siendo lo más terrible de todo tener que enfrentarse a sus propios hermanos de nacionalidad; los que luchaban, según se expresaban ellos, por un ideal de independencia, democracia, libertad, cosas por las que él no creía que fuera necesario provocar una guerra entre hermanos. Sin embargo, no tuvo otra opción y así, sin desearlo, se vio envuelto en esa terrible guerra que lo marcó terriblemente de por vida.

Su familia y él vivían con pobreza, comiendo solamente pan de maíz y sopas de coles y verduras, trabajando arduamente con ese magro alimento, pero ninguno de ellos quería la guerra, todo lo contrario, la odiaban. Estos años fueron muy difíciles para los españoles, tanto que el gobierno implantó la cartilla de racionamiento, ya que, al estar el país en guerra, la producción agrícola e industrial se vieron reducidas considerablemente. Los relatos los hacía en forma dispersa, intercataba su vida antes de su participación en la guerra, pero lo hacía con pasión, con tristeza contenida. Me relataba mi tío, que cuando tenía que ir al monte bajo el frío glacial que le congelaba hasta los huesos, iba con una taza de caldo en el estómago sin poder tomar leche porque con ella se hacían quesos para vender y así tener algún dinero en la casa para las demás necesidades. En la mayoría de las ocasiones no podía tomar vino y ¡bien sabe Dios que lo ve y lo sabe todo, lo imprescindible de un vaso de vino para calentarse el cuerpo con aquel frío! Trabajar desde la madrugada hasta más allá de oscurecido, ésa era su tarea diaria hasta que lo reclutaron para la guerra. Caminó muchas millas, no recuerda cuántas, algunas veces en carreta, las menos, y fue tropezando día a día con la miseria, la desolación y la muerte. Campos arrasados, cuerpos sin vida, algunos moribundos sin esperanza de salvación, otros putrefactos, enfermedades, agua contaminada que había que tomar sin muchos miramientos porque la sed atenazaba la garganta y no se podía soportar. Las raciones para los soldados escaseaban, hubo días que solo les daban un pedazo de pan negro para un día entero de marcha. Hubo que tocar a las puertas de las familias que encontraba a su paso y pedir algo para comer, cualquier cosa, con mucha vergüenza, reconociendo a veces que tenían tantas o más ne-

cesidades que ellos. Se le ensombrece el rostro a mi tío cuando cuenta ese pasaje de su vida. Su palabra tiembla al decirme que nunca pensó vivir momentos tan amargos como los que tuvo que sufrir en aquellos terribles años.

Después de varios meses de este peregrinar, de participar en las batallas donde había que matar para que no lo mataran, de ver la marcha de los tanques yendo hacia el enemigo y aplastando los cadáveres con sus esteras, las que después se movían con restos de huesos, carne, sangre de aquellos infelices que después serían reportados en muchos casos como “desaparecidos”, pues lo que se enterraba eran rastros de hombres, así, totalmente extenuado física y moralmente, llegó a Madrid, capital de España. Nunca pensó conocerla, pero de haber sabido que iba a ser a causa de la guerra, hubiera renunciado a su deseo sin dudarle un instante. En ese intervalo de tiempo solo pudo escribir dos o tres cartas a su familia por falta de papel, sellos y sobres, además de que le faltaba el ánimo para hacerlo. Sabía que su familia estaba preocupada, pero no podía hacer otra cosa sino enviar alguna que otra carta para decir que estaba “bien”, vivo, que era lo único importante. No había nada más que contar, lo que estaba sufriendo no lo quería escribir porque sabía que sus padres y hermanos se horrorizarían y no era necesario preocuparlos por gusto.

Al llegar a Madrid, punto de concentración de todas las fuerzas militares del gobierno, el hambre se agudizó porque no había nadie a quien pedir algo, ya que todo el mundo estaba soportando grandes penurias. Sus botas estaban destrozadas, su ropa ajada, su alma deshecha por tantos sufrimientos vividos. ¿Cuánto tiempo estuvo en la famosa capital de España? No lo recuerda, la mente ha estado a la altura de su desdicha, ha olvidado los aspectos más negativos de los que vivió para no volverse loco. La mente es una máquina perfecta a veces, con él, afortunadamente, lo fue.

Al finalizar la guerra en marzo de 1939, regresa al hogar de sus padres, a su hogar. La guerra ha terminado para él y para España. Tuvo la enorme dicha de quedar con vida, otros nunca volvieron a sus casas. Cuando comienza a ver los caminos de Galicia llora de alegría, de emoción. La carreta donde lo transportan lo deja cerca del camino a su casa, a Campo del Hospital. De momento piensa que tiene que serenarse, sus padres y hermanos no lo pueden ver así, llorando, está flaco, desencajado el rostro, con barba de muchos días y peludo, ya tienen bastantes cosas tristes que vivir para que lo vean infeliz y, además, llorando como un niño. Se limpia las lágrimas con el dorso de la mano y sigue caminando hasta llegar al camino que va a su casa. Allí, en el entronque, ve a su padre y hermanos inclinados sobre la tierra de la era, cortando trigo con la hoz, la herramienta que ellos usan desde tiempo inmemorial y que añora tener entre sus manos, pero, ¡qué agradable poder verlos trabajando sin que haya guerra, ruidos de aviones, metra-

llas de cañón, balas por doquier! Al fin, podría estar con su familia de nuevo, luchando a la par con ellos para sacarla adelante, para contribuir con su esfuerzo a la prosperidad de su casa.

En cuanto los ve cerca les grita, ellos al oírlo se levantan y corren hacia él que ha quedado petrificado en el suelo por la emoción de volver a verlos. Su corazón late fuerte, tanto, que piensa que se le va a salir del pecho.



Atilano y yo en su casa, agosto de 1993.

Ya llega su padre junto a él con lágrimas en los ojos, él comienza a llorar de nuevo inconteniblemente, le da mucha vergüenza que lo vean en ese estado lamentable, pero no lo puede evitar, son demasiadas emociones, y al encontrarse se abrazan apretadamente hasta hacerse daño. Cuando se miran a las caras, las dos llorosas, las primeras palabras de su padre fueron:

-¿Non tes que marchar de novo?

-Non, padre, eu estou aquí pra sempre.

El padre ríe de la emoción con la noticia y ambos se dirigen a la casa donde ya la madre sale corriendo a su encuentro, llorando también por la alegría de verlo sano y salvo, lo abraza con fuerza, le toca los brazos, el pecho, la cara, buscando heridas en la piel y en el cuerpo, sin saber que las enormes heridas que tiene las lleva muy escondidas en el corazón y que está haciendo un increíble esfuerzo porque no se las vean. Y mi tío, al terminar de relatarme este triste episodio de su vida ahoga un sollozo para que no lo vea llorar, pero a mí no me da pena que observe cómo las lágrimas se agolpan en mis ojos y corran serenas y acompasadamente por mis mejillas.

Aunque mi tío Vicente no me ofreció este dato, ya que su nivel cultural no se lo permitía, España terminó su guerra civil con un saldo de casi un millón de muertos, así como cientos de miles de mutilados y huérfanos de guerra. La situación se hizo muy difícil, ya que todo había perdido su verdadero valor, hasta la vida de los sobrevivientes. Mi familia española como parte del pueblo padeció igual que todos, las terribles secuelas de la guerra.

Mis abuelos y mis tíos siguieron sus vidas de labradores, pero las escaseces eran muchas y las posibilidades de mejorar, inexistentes. Eran tiempos en que se había perdido la fuerza de la razón y lo que imperaba, también en España, era la razón de la fuerza. Mi tía Constantina me comentó que los artículos de vestir tenían precios tan altos que a su

familia le era imposible comprarle algo a ella para vestirse y calzarse. Tenía un solo par de zapatos y los zuecos de madera para labrar la tierra. Para ir a las romerías solo tenía una muda de ropa y con esa misma vestimenta iba a todas las fiestas, aunque a veces no tenía ni la peseta que costaba la entrada. *Contábame* ella que, a pesar de las múltiples escaseces, del pan de maíz, de las sopas de coles y de todas las demás penurias por las que tuvo que pasar, ella era feliz, no ansiaba otra cosa porque desde que nació lo que vio fue pobreza y tenía la sublime resignación de los pobres. Sus hermanos fumaban y para lograr tener acceso al tabaco, cambiaban algunos productos alimenticios de los pocos que tenían, para poder fumar algunos cigarrillos. A ella le daba pena ver a sus hermanos sufrir por el vicio de fumar y en ocasiones, les obsequiaba algunos reales ahorrados en diversos trabajos que hacía para que no carecieran de lo que tanto deseaban. Veía a otros que usaban buenas ropas, comían bien y vivían mejor, pero mi tía no osaba pensar en tener esas comodidades porque Dios había hecho a algunas gentes ricas y a la mayoría pobres, ésa era la forma en que conocía la vida y la aceptaba sin amargura y sin transgredir las leyes ancestrales que le habían enseñado desde que era niña.

A partir de ese momento, en Galicia comenzó de nuevo y con más intensidad aún, el éxodo hacia otros países, en esta oportunidad los gallegos volvieron sus ojos hacia Suiza, Alemania, Francia, Bélgica y América Latina, fundamentalmente, sin contar a aquéllos que, obligados por su militancia comunista y condenados a muerte por el gobierno de Franco, emigraron hacia Rusia y otros países del extinto campo socialista. Ya Cuba había pasado su época de oro de recibir inmigrantes españoles en grandes cantidades como en las décadas del veinte y del treinta, aunque siguieron arribando a la isla en menor cuantía.

Me cuenta mi tío que varios primos míos emigraron buscando, como todo el mundo, mejores condiciones de trabajo y de vida para sus familias, encontrándose entre ellos un primo, Atilano, hijo de mi tío Justo. Este primo eligió a Francia como su país de adopción, debido a que hacía falta mucha fuerza de trabajo cualificada, especialmente en carpintería, oficio que conocía bastante bien y con el cual se ganaba la vida en su terruño. Antes de emigrar se casó con la que era su novia desde hacía más de cinco años, la cual acompañaría al marido en su nueva vida en el país seleccionado por él. Partieron un buen día para su nuevo país, Francia, y como se desgrana el maíz, así transcurrieron los años para esta joven pareja, teniendo como feliz suceso el advenimiento de dos retoños, una niña y un varón, que harían las delicias y la felicidad de los padres, consolidando la unión que años atrás acordaron y que terminará cuando la muerte los separe. Estos niños se convirtieron en un hombre y una mujer, los cuales se casaron, con dos jóvenes franceses, y, como se esperaba de ellos, tuvieron descendencia. Los hijos de mi primo son de nacionalidad francesa porque nacieron, crecieron e hicieron sus familias en Francia, por lo que también sus

nietos son franceses. Se fue perdiendo de generación en generación el amor por su segunda patria, España, y hoy los nietos de mi primo no saben hablar castellano, sus padres de ascendencia española en un cincuenta por ciento, no han creído necesario que lo aprendan ni tampoco dedican algún tiempo de sus vacaciones para visitar a la familia española que dejaron atrás.

Solo Atilano y su esposa viajan todos los años durante quince días para ver su terruño, alternar en la casa que mantienen en la tierra que es de su propiedad y de la que no se desprenderán por nada del mundo, pero sus hijos y nietos se quedan en Francia, ellos no necesitan ver una tierra que no la sienten suya, ni mucho menos malgastar su tiempo de vacaciones en una pequeña aldea en el país de sus padres. Sin embargo, Atilano y su mujer solo piensan en retirarse para irse a vivir a su casa en Galicia, la tierra de ellos, la que recuerdan porque la tienen en su mente y en su corazón.

Me cuenta mi tía Constantina que una amiga de ella, Asunción, que se portó conmigo como una hermana durante mi estancia en España, emigró a Suiza y allá hizo su familia. Casada con un inmigrante español igual que ella, estuvo trabajando durante más de treinta años en una fábrica suiza de relojes de precisión, enviando dinero periódicamente a su familia, a la cual salvó del hambre y de la ruina. Con esos envíos su familia pagó la hipoteca de la tierra, compró otras y así fueron mejorando económicamente en forma paulatina, de manera que pudieron reconstruir su casa, logrando vivir con ciertas comodidades, al cabo de más de treinta años de esfuerzos por ambas partes. Ella soñaba siempre con volver a su patria cuando se retirará, y así lo hizo, pero desgraciadamente regresó viuda porque la vida no le dio la oportunidad de compartir la vejez con su esposo, un buen hombre que trabajó toda su vida, ayudando igualmente a su familia, y que no pudo disfrutar del merecido descanso que aspiraba a tener en su país de origen cuando fuera un pensionado. Ahorró afanosamente para llegar a su país con el suficiente dinero para comprarse una vivienda propia y lo logró, pero vino sola porque sus dos hijos quedaron allá en Suiza con sus familias y sus nietos. Ya ellos perdieron su identidad original, no se adaptan a la vida rural en España, prefieren su vida y su confort suizos. Incluso ella, por amor a sus hijos, a sus nietos y a su patria de adopción, va todos los años a pasar un tiempo con ellos, para vivir con su familia porque ellos no sienten la menor necesidad de visitar el país de sus padres. No se sienten españoles, pero, aunque duela profundamente, no los podemos culpar porque la tierra en que nacieron, crecieron, se desarrollaron y viven es otra, no es aquélla en la que nacieron sus padres y que, indudablemente añoran.

Mi tío Vicente me cuenta que un caso singular, sin duda alguna, es el de un vecino con el cual no tienen mucha relación, pero, sin embargo, es interesante su vida porque no todas las emigraciones son tristes.



Maricarmen, Asunción y yo, agosto de 1993.

A principios de 1960 marchó este gallego a Panamá a hacer fortuna como piensan todos. Laboró sin descanso durante más de quince años en ese país centroamericano, realizó negocios que fueron infructuosos y cuando tenía perdidas todas sus esperanzas se le presentó una oportunidad maravillosa, repentinamente el azar estuvo de su parte y en unas especulaciones de negocios logró amasar una fortuna que ya no esperaba. No hizo lo que muchos, quedarse en el país que lo enriqueció, sino que vino a su tierra, a Galicia, compró un buen terreno y en él ordenó construir un chalet enorme con

todas las comodidades, incluida una espaciosa piscina. La mansión se encuentra rodeada de bosques, con unas áreas verdes bien cuidadas, en fin, con exquisito gusto y un gran lujo, para él y su familia. Me explicó mi tío que el dueño es un hombre sencillo y de buen corazón, pues permite que entren todos los que lo deseen a darse baños en la piscina, aunque el agua esté siempre helada por el clima característico del lugar, atendiéndolos con amabilidad y cariño. Aunque casos como este no proliferan, él volvió para su tierra porque no soportó el exilio ni la idea de ser un emigrado perenne, como lamentablemente tuvo que serlo mi padre, porque la fortuna no lo tocó con su varita mágica. En mi humilde opinión los lazos que unían a este hombre con su tierra natal eran irrompibles, sin dejar de tener en cuenta que la suerte estuvo de su lado.

También hubo muchos españoles que no emigraron, porque no podían, porque no tenían el valor o, sencillamente, porque preferían todos los sufrimientos antes que dejar su tierra, teniendo que enfrentarse entonces a lo que les deparó el destino, que, por cierto, fue muy cruel con ellos. Entre los españoles que no emigraron resignándose a sufrir las escaseces que les deparaba la vida, pero, sin embargo, tenían familiares que sí lo hicieron, se encontraba el caso de una gran amiga de mis tíos, Ubaldina. El hermano de esta buena mujer emigró a Cuba por el mismo período; como no tuvo éxito embarcó entonces para Argentina y allí se mantuvo por más de veinte años trabajando como chofer de alquiler. No formó familia, ni en Cuba ni en Argentina, porque, al parecer, no tuvo necesidad espiritual de hacerlo, no todos necesitan vivir en pareja para ser felices. Ganaba lo necesario para resolver sus necesidades materiales y podría decirse que le iba bien económicamente hasta el nefasto día en que tuvo un accidente automovilístico en el que perdió una pierna. Se vio desesperado, sin apoyo y sin familia que lo amparara y decidió escribir a su hermana para que lo ayudara en su angustiada situación. Ella, persona sensible y

generosa, noble de corazón y deseosa de ayudar a su hermano en desgracia, le ofreció el dinero necesario para traerlo de vuelta a España y, además, le garantizó el dinero para comprar una casa con su pequeña parcela de tierra. Ubaldina entregó a su hermano todo el dinero que ella y su esposo tenían ahorrado para asegurarle el futuro que él había perdido con el accidente. Hoy en día vive allí, entre sus familiares, tranquilo y seguro gracias a su buena hermana Ubaldina quien, con su gran espíritu altruista me hizo conocer su cariño casi al final de mi viaje, un día antes de partir. Sabía que tanto ella como su esposo, Pepe, me habían tomado gran afecto, pero no hubo demostraciones visibles de cariño, pues esto no es costumbre en los gallegos. Lo sé de sobra por mi padre.

Fue de visita a la casa de mis tíos como hacía todos los días, tomándose la taza de café que con gran afecto le hacía, aunque en ese día específico llevaba tres regalos: uno para mi madre, otro para mi hermano y el último para mí. Conversamos en forma rutinaria hasta que ella me preguntó a qué hora me iba al siguiente día, que era el que había escogido para partir; no tuve tiempo de contestarle porque se echó a llorar desconsoladamente, provocándome un impacto emocional terrible que me impidió decirle, al menos, una palabra de consuelo. Estas muestras de incontrolable cariño me emocionaron profundamente e hicieron que mi corazón se dividiera en dos mitades, una que quería partir y la otra que ansiaba quedarse en el terruño, pero desgraciadamente no me quedó otra alternativa que retornar, pues ya mi madre penaba por mí en Cuba y yo también sentía la nostalgia por mi familia y por mi pequeña patria.

Tuve el placer de conocer también a otra amiga de mi tía llamada Josefa, maravillosa mujer de unos setenta y tres años aproximadamente, la cual dio muestras de unos sentimientos nobles y caritativos indescriptibles. Volvió definitivamente a España, justamente en julio de 1993, un mes después de haber llegado yo para mi visita por tres meses. Desde que nos conocimos quedó establecido entre nosotras un afecto recíproco que fue creciendo con el paso de los días y de las mutuas confidencias sobre nuestros países, el mío de origen, el de ella de adopción, Suiza. Tuvo que limpiar pisos, fregar platos, cocinar, realizó infinidad de trabajos, todos honrados, y en ellos conoció a gente buena y mala, como me decía ella “la miel y la hiel”. Se acercaron personas que la ayudaron y de las cuales guarda un recuerdo agradecido y tierno. Hubo otras que trataron de hacerle daño, de quitarle el trabajo, de robarle el dinero que ganaba con su diario sudor, de perjudicarla de alguna manera porque como me expresara en sus confidencias, “siempre encuentra uno gente que se saca un ojo por dejarlo a uno ciego”. Tenía en su contra hasta el idioma, porque malamente hablaba el castellano, pero no se amedrentó porque el amor por sus hijos y su familia le daba infinitas fuerzas para salir adelante, para vencer las múltiples pruebas que le ponía la vida, porque en lo único que pensaba era que

tenía hijos pequeños que mantener y que solo ella podría salvarlos del hambre, la incultura y la muerte. Su historia era triste, quedó viuda en España con dos hijos pequeños y con un pedazo irrisorio de tierra que apenas daba para mantener a la familia. Tomó la difícil decisión de dejar a sus hijos al cuidado de su hermana menor y salió por el mundo a buscar suerte, ese lugar fue Suiza. Logró, después de varios años de duro bregar, obtener un empleo estable y bien remunerado, envió dinero para España con el fin de mantener a su familia, y todos los años, en su período de vacaciones, volvía para ver a sus hijos y al resto de sus seres queridos. Siguió haciendo lo mismo todos los años posteriores, porque no tenía otro camino en su vida que no fuera trabajar desesperadamente para hacer algo de dinero, permitiendo que su hermana educara a sus hijos. Me explicó que estaba muy agradecida a su hermana por todo lo que hizo por sus hijos, no los educó mal, los convirtió en hombres y mujeres dignos, pero ellos identificaban a su tía como a su madre y no a ella.

Al llegar a la adultez, los dos hijos se casaron y le dieron nietos. Nunca volvió a casarse, al estilo de las gallegas de esa época, y, aunque no era completamente feliz, al menos gozaba de la independencia y de la tranquilidad con que tanto había soñado, ya que la vida de la mujer casada de su época era muy esclavizada. Se vio obligada a trabajar sin descanso durante casi cuarenta años en Suiza, sacrificando a sus hijos a los que no pudo mantener a su lado, ni darles su cariño y los cuidados que anhelaba como toda madre buena y cariñosa, pero este sacrificio lo hizo con el noble fin de que no pasaran hambre y que no les faltara el techo, la educación ni la atención médica. Sin embargo, al llegar a España con setenta y tres años y pensionada, siente que existe un distanciamiento entre ella y sus hijos; sabe a ciencia cierta que es un obstáculo insalvable porque ellos no entendieron la decisión tomada por su madre y el enorme sacrificio que tuvo que obligarse a hacer al tomar la decisión de emigrar para mantenerlos y educarlos. Vive en su casa, sola, sus hijos la visitan de vez en cuando, pero los lazos de amor que debieran existir entre madre e hijos están rotos. El destino se ensañó con esta buena mujer que solo puede aspirar a la tranquilidad de la vejez, pero solitaria, porque la felicidad le ha sido negada sin merecerlo. No obstante, posee un optimismo que la hace sobreponerse a todas sus tristezas. Vino con sus ahorros que le permitían tener una vejez segura y tranquila, compró una casa y una parcela de tierra cerca de su anterior vivienda, la cual dejó a uno de sus hijos, y ahí vive, contenta con sus recuerdos porque me dijo en una de las últimas ocasiones que conversé con ella:

“Me esfuerzo por tratar de ser una mujer feliz porque solo mantengo el recuerdo de las cosas buenas que me han sucedido, las malas las guardo en el fondo de mi corazón para que no salgan y me entristezcan. Por eso es que te ayudo en todo lo que pueda y con todas mis fuerzas, porque sentí en mi propia carne lo que es tener dificultades

como tenéis vosotros ahora en vuestro país y también encontré gente buena que me ayudó. ¡Cómo no voy a ayudarte a ti que, además, eres la sobrina cubana de mi buena amiga Constantina!”.

Tantos recuerdos agolpados en mi mente hacían que en mi viaje a España uno de mis más apremiantes deseos fuera, al llegar a Galicia, conocer la casa donde nació mi padre y donde continuaba viviendo mi tía Dolores con su hijo menor, Vicente, su esposa Marisa y su nieto Víctor. Mi tío Vicente me había contado que la casa estaba casi igual a como había sido en vida de mis abuelos y de mi propio padre cuando todavía vivía en España. Esto me causó una profunda extrañeza, porque desde mi llegada tuve la oportunidad de ver las casas colindantes a las de mis tíos y todas estaban reconstruidas, modernizadas y, en algunos casos, de nueva construcción. ¿Por qué mi tía Dolores no había ordenado la reconstrucción total de la casa paterna? El mismo día en que llegué a la casa de mis tíos tía Dolores fue a visitarme para conocer a la “hija de su hermano Antonio”, ya que el año anterior había tenido la oportunidad de conocer “al hijo mayor”, o sea, a mi hermano. Mi tía es una de las tantas ancianas, de las muchas que pude ver, vestidas de negro, de pies a cabeza. No muestran el pelo, pues un pañuelo, también negro, lo cubre completamente. Desde que enviudó, hace cuarenta y tantos años, no se ha vestido de otra forma. Su parecido con mi padre, notable; sus manos regordetas y con dedos formados por cortas falanges, así eran las manos de él, así son las mías. Su hablar es rápido y, por supuesto, en gallego. Me cuesta trabajo entenderla bien porque habla *castrapo* que, según me explicó posteriormente mi primo José Manuel, es una mezcla de gallego con castellano que solo hablan los ancianos. El verdadero idioma gallego es el que se imparte en las escuelas desde hace unos cuantos años y que es perfectamente comprensible por quien hable correctamente el castellano. El uso del gallego estuvo prohibido desde la etapa de la niñez de mi padre hasta la década del 70, donde comenzó a tomar auge la idea de rescatarlo y añadirlo como asignatura de enseñanza obligatoria en todas las escuelas de Galicia. Debido a esta prohibición los niños y jóvenes de los años 20 fueron añadiendo al gallego palabras en castellano que dieron como resultado la mezcla ya explicada. A los pocos minutos de llegar y de conversar acerca de sus dos hijos y sus nietos, me expuso su deseo de comprar el “pedazo de casa” de mi padre. Con una sonrisa en el rostro le dije:

– No se preocupe, tía Dolores, que usted va a ver cumplido su deseo, puesto que voy a ponerme de acuerdo con tío Vicente para venderle la parte que correspondía a mi padre para que finalmente usted pueda disfrutar la casa en su totalidad.

Ella me respondió con un: *–Non hai queixa.*

Y se despidió muy sonriente, no sin antes invitarme para tomar un café al tizón en su casa, especialidad muy conocida entre los ancianos de

esta región. Una semana después vino a buscarme a la casa de mis tíos mi cariñosa prima Josefa, hija mayor de mi tía Dolores, para llevarme a ver la casa donde vivieron mis abuelos, donde nacieron mi padre y sus hermanos, y donde continuaron viviendo mis tías Dolores y Eulalia, después de que mi tía Generosa se trasladara con su esposo a la zona de Cervo, a los pocos años de casados.

Podría finalmente satisfacer mi deseo de ver la casa de la que mi padre hablaba con tanta nostalgia y tristeza, pues estaba convencido de que no la vería más, tal y como sucedió realmente. Sentí la impresión de que el alma de mi padre vagaba por aquellos lugares, mantenidos en idéntica forma como cuando él viviera allí con sus padres y hermanos. La tristeza tomó cuerpo en mí, aunque no la dejé traslucir para que ni mi tía Dolores ni mi prima Josefa se permearan de ella. La cocina era la misma que cuando vivían mis abuelos, no se había tocado ni cambiado nada de lugar. El piso de tierra sin compactar, las paredes de piedras ennegrecidas por el tiempo, donde colgaban las cacerolas y los útiles de cocina. En la cocina de esta casa se elaboró el exquisito “café al tizón” que, en honor mío fue preparado por mi prima Josefa. Lo primero que hizo fue encender el carbón y poner la cacerola con el café y el agua a hervir. En cuanto esta mezcla estuvo a punto le añadió el azúcar, preparándolo bien azucarado, como le gusta a mi tía, y segundos después de la ebullición le introdujo un tizón encendido en el recipiente, apartando la cacerola del fuego, una vez que éste se hubo apagado dentro del “néctar negro de los dioses blancos”, como se acostumbra a decir en Cuba.

Enseguida se sirvieron las tazas que tomamos con deleite. Me gustó muchísimo, le noté más fuerte el sabor del café, creo que ahí radica la diferencia entre éste y el de cafetera, aunque confieso ignorar de qué manera se logra este prodigio. Me satisfizo conocer una tradición tan antigua, pues pensé que nunca podría tener ese placer, pero la amabilidad de mi tía y de mi prima me hizo tener el gusto de probarlo. Dicho café solo puede ser elaborado en cocinas que usen carbón, no abundando las mismas en la actualidad. Allá ahora se utiliza el gas embotellado para las cocinas, envasado en balones de treinta o cuarenta libras aproximadamente, transportándolos a pedido a la casa de los clientes.

Desde la muerte de mi tía Eulalia pasó a ser la vivienda exclusiva de mi tía Dolores, y del hijo varón que vive con su familia en dicha casa. La hija mayor, Josefa, al casarse se trasladó a la zona de Campo del Hospital, y, en unión de su esposo, pudieron construir una nueva casa, con múltiples esfuerzos y muchos años de continuo ahorrar, viviendo en ella hasta el presente, en compañía de su único hijo, José Manuel. Es de esperar que, cuando este se case, viva junto a sus padres, pues la casa es suficientemente grande para todos, aunque dadas las posibilidades en Galicia de alquilar apartamentos y la manera de pensar de

la juventud gallega, es posible que el nuevo matrimonio viva solo en la vivienda que escojan para hacer su vida y la de su familia.

La planta alta de la antigua casa de mis abuelos paternos pertenece a mi primo Vicente, hijo menor de mi tía Dolores, quien ha hecho reformas de envergadura para mayor comodidad de su familia. En la planta baja, vivienda de mi tía, se han efectuado algunos cambios, pero solo para mejorar el confort y el aspecto exterior de la casa, ya que la parte que le correspondía a mi padre la dejaron intacta para que la viera cuando volviera a España. Han pasado sesenta y cinco años desde que mi padre partió de su tierra natal y su “pedazo” sigue exactamente igual a como lo dejó, como lo dejaron sus padres, al morir. Cuando supieron de su muerte en 1978 mi tía Dolores no hizo nada, esperando a que su mujer y sus hijos determinaran sobre esa parte. Pasaron los años, y un buen día fueron invitados los hijos a ver el terruño, y mi tía esperó por nosotros para decidir sobre la parte de nuestro padre. Finalmente, el famoso pedazo de casa le fue vendido y ella respiró contenta, porque al fin la vivienda familiar era toda suya, aunque lamentaba mucho que su hermano Antonio no la hubiera vuelto a ver. Según la mentalidad gallega, este pedazo de casa solo podía pertenecer a mi tía mediante la venta, porque, al ser producto de la herencia de sus padres, no le era posible aceptar un regalo de nuestra parte, con mucha más razón en nuestro caso, pues es conocida la difícil situación económica por la que atraviesa Cuba.

Aunque nuestra familia nunca mencionó nada al respecto de los problemas económicos de los cubanos en las cartas que frecuentemente nos hemos estado entrecruzando desde mucho tiempo ha, no me fueron inadvertidos los múltiples regalos en ropas y dinero con que colmaron mi equipaje y mi billetera durante la estancia de tres meses en Galicia. Mi agradecimiento y el de mi familia será imperecedero.

La invitación a tomar café que me hiciera mi tía se convirtió prácticamente en una comida de rigor porque, como casi todos los gallegos, deseaba que comiera abundantemente de todo lo que me ofrecía, sin darse cuenta que la forma de comer en España es demasiado copiosa comparada con la que se estilaba en Cuba. Durante la amena conversación sostenida entre mi tía Dolores, mi prima Josefa, Marisa, la esposa de mi primo Vicente, y yo, salió a relucir mi tío Vicente y su participación en la guerra civil española. Inesperadamente, mi tía se levantó y con una agilidad que negaba sus años, pues tenía ochenta cumplidos, fue a su cuarto y trajo un cofre del que extrajo varias cartas, todas escritas por mi tío Vicente cuando estaba en el frente. Tomé una al azar y la abrí. Era una pequeña hoja amarillenta doblada en dos, parecía un viejo pergamino, y escrita con una tinta desvaída por el tiempo. Tenía una fecha: octubre dieciocho de 1937. La letra firme, pero como apurada, al parecer, por falta de tiempo, los párrafos como telegramas, en algunos diciendo que se encontraba bien, que “ya había pasado el

peligro” —me imagino que, para tranquilizar a la familia, porque en el único radio que había en la zona se contaban los combates y se hablaba de los muertos, heridos y desaparecidos— y, terminando siempre sus escuetas cartas con la frase ya acuñada de que “muy pronto volvería”. Al final de todas ellas, besos a la madre, saludos a su padre y hermanos y recuerdos para una moza que, al parecer, era su novia desde antes de la guerra.

Después de leerla pensé muchas cosas sobre mi tío Vicente, y comprendí que la guerra trajo a su vida solamente desgracias y traumas: se vio separado de sus padres y hermanos a los veintiún años; desarraigado de su lugar de nacimiento a la fuerza, ya que no conocía otra tierra que no fuera su pedazo en Cedeira, pero tampoco deseaba conocer España a causa de la guerra; desprendido del amor de su novia, la que, después de dos años de separación, le era desconocida; finalmente, una precaria situación económica en su familia, y por consiguiente, en el país, sin perspectivas de mejoras a corto plazo.

Con el paso de los días me fui compenetrando, paulatinamente, con las costumbres de mis tíos, que es como decir las costumbres de los aldeanos gallegos, puesto que ellos son un ejemplo perfecto de su forma de ser, de sus hábitos, e incluso de sus apasionados sentimientos, sean éstos de amor o de odio. Una de las primeras cosas que mi tío me hizo saber, creyendo, al parecer, que mi padre no nos lo había dicho, era que mi hermano, mi madre y yo teníamos la propiedad de unas tierras labradías, que, aunque no muy extensas eran útiles en la siembra y cultivo de eucaliptus, existiendo entre ellas una muy apropiada para construir una casa. Por supuesto que, al poco tiempo de estar allí, se ocupó rápidamente de enviar a mi tía Constantina para que me llevara a conocer aquellos pedazos de tierra que eran de nuestra propiedad y que se encontraban diseminados en un área bastante extensa. Dos de ellos estaban sembrados de eucaliptus, porque su ubicación geográfica así lo permitía, pero otros dos estaban situados en lugares intrincados y de difícil acceso, por lo que no se podían utilizar en esas labores. En este reconocimiento que hicimos a los terrenos nuestros me percaté de su gran resistencia física, puesto que, mientras yo sufría enormemente escalando aquellos caminos llenos de pequeñas piedras en algunas partes, fangosas en otras, tía Constantina subía como si tuviera veinte años y no los sesenta y nueve que realmente tenía. ¡Es increíble el enorme ánimo y la vitalidad que tienen las mujeres gallegas para enfrentarse a estas dificultades!



Almuerzo en casa de Andrea: Cipriano, yo, Elvira y su hija Elvi, septiembre de 1993.

Hice lo indecible para mantenerme a su lado en todo momento, pues tenía necesidad de demostrarle que era hija de gallego y que había heredado el carácter terco, tenaz y fuerte de mi padre. Necesitaba a toda costa hacerle comprender que era capaz de realizar ese esfuerzo, independientemente que fuera una cubana, habanera por más señas, y, para mayor precisión, intelectual acostumbrada a realizar su trabajo en oficinas o en lugares con ciertas comodidades, muy lejos,



Castillo San Antón Almudena, yo, Roberto, Kinín y Fran, 10-9-93.

por cierto, de andar por caminos pedregosos y casi intransitables. El último pedazo de tierra, o sea el quinto, está ubicado en un magnífico lugar, idóneo para construir una casa y vivir cómoda y tranquilamente durante el resto de nuestras vidas, si tuviéramos el dinero suficiente para poder llevarlo a cabo, ya que la anhelada casa que mi tío sueña porque sea edificada no vale menos de diez o quince millones de pesetas, cifra astronómica para nuestras economías, tanto las de mis tíos como las nuestras. Sin embargo, su amor por la tierra le impide vender cualquier pedazo de ella, aunque no vaya a ser utilizado, debido a las razones antes expuestas.

Un ejemplo de este arraigado amor lo constituye la siembra de papas, legumbres y hortalizas que ellos cultivan todos los años en sus pequeñas parcelas, a pesar de que es más económico adquirirlas en el mercado que sembrarlas, cosecharlas y recogerlas cuando ya están a punto para ello. Estas cosechas se han convertido en una hermosa costumbre que se transmite de padres a hijos, de generación en generación. No pueden evitar hacerlo y, debido a esta tradición, es admirable ver a los vecinos, cómo se ayudan unos a otros en las distintas ocasiones en que es necesario recoger la cosecha de cada uno de ellos; es gratificante la forma en que colaboran todos en conjunto para obtener sus frutos y, también es maravilloso reconocer que la solidaridad humana no tiene fronteras, además de que convierten el trabajo en una alegre fiesta con una gran comelata, todo al unísono. Participé activamente en la recogida de papas, que allí se llaman patatas, en el terreno de mis tíos, satisfecha de ver el enorme orgullo que desbordó mi tío Vicente; supo transmitir a todos sus coterráneos su alegría, manifestando a su vez que su sobrina cubana era una “gran trabajadora y, además, un ejemplo para sus vecinos”.

El amor que mi tío demostraba hacia mí con esa actitud suya era inimaginable, teniendo en cuenta que no me conoció personalmente hasta el instante en que pisé tierra gallega, gracias a la invitación que

él mismo me hiciera. Al terminar el trabajo ese día, después de ver que habíamos logrado recoger más de una tonelada de papas, producto del enorme esfuerzo aunado de todos los vecinos y amigos de la zona, comprendí que, para ellos la gran felicidad de la vida es trabajar, luchando honradamente por el alimento diario, sintiendo la unión de la familia como en un haz inseparable, y conociendo que contamos con la paz y la tranquilidad que merecemos, porque nos la hemos ganado con nuestro sacrificio diario.

Mis tíos también demostraron su solidaridad humana, ya que obsequiaron a todos los vecinos con cestas repletas de papas como agradecimiento y apoyo al trabajo, que es más simbólico que necesario, tanto a los que habían trabajado, como a aquéllos que no pudieron asistir, dando un ejemplo enternecedor a todos. Y para mí especialmente, una lección ejemplar que quedó guardada en mi corazón para siempre.

En mi tiempo de estancia en Galicia pude observar detalladamente a mi tío Vicente. A pesar de estar pensionado, todos los días sobre las siete de la mañana se levanta, tanto en verano como en invierno, para darle de comer a los tres jabalíes que tiene en dos establos de su casa, uno al lado y otro enfrente, y que le han sido obsequiados por su hijo Andrés, mi primo, que es un gran cazador de jabalíes. En 1992 ganó el primer premio en un evento que se realizó en el vecino Principado de Asturias. También alimenta a los cuatro perros de caza que están a su cuidado porque mi primo no tiene mucho tiempo ni espacio para atenderlos. Están situados en unas perreras al costado de la casa, cercadas con una malla metálica trenzada, espaciosas y cómodas, notándose por su comportamiento que se encuentran bien allí. Todos son muy cariñosos, a pesar de ser perros cazadores. Al cabo de un mes de estancia tuve el placer de alimentarlos, notando que eran muy sensibles al afecto humano, pues nunca osaron atacarme, ni siquiera me ladraban, en realidad fui aceptada por ellos de muy buen grado. Después de esta primera tarea de la mañana va a la casa a desayunar para continuar más tarde, vagón, rastrillo y hoz en mano, cortando hierba para los jabalíes con la que los alimenta tres veces al día para que se pongan bien gordos. Este trabajo lo realiza diariamente, incluso aunque llueva. De los tres jabalíes mencionados existe una que es pequeñita, hembra, con la cual mi tía se encariñó porque le resultó graciosa y frágil. Le puso por nombre Viriata y la jabalina, como le dicen mis tíos, llegó recién nacida a la casa, tanto, que hubo que darle leche con biberón. Este lo compró mi tía rápidamente en la farmacia, porque comprendió que, si no lo hacía, moriría de inanición.

Mi primo la encontró abandonada en el bosque, al parecer, porque habían matado a la madre y no se dieron cuenta que estaba parida. Este retoño se quedó solo y mi primo lo recogió y lo trajo a la casa. Días más tarde, al ver al cachorro más detenidamente, mi primo Andrés le informó a mi tía que era hembra, y, a partir de ese momento,

ella la adoptó, tratándola como a una niña pequeña. El desayuno de Viriata era un tazón, una *cunca*, como decía mi tía en gallego, de leche caliente que se lo zampaba en un santiamén; la merienda eran dos panqués, porque según mi tía “la jabalina estaba muy flaca y había que alimentarla bien”; la comida podía ser hierba y un buen pedazo de pan, amén de papas cocidas, algún caldo o el resto de comida del almuerzo nuestro, sumado a cualquier cosa que encontrara porque era muy curiosa. Me recordaba a nuestra perra Chaparrita en su forma de olisquear el piso. En resumen, al mes de estar allí, la “niña Viriata” ya era “toda una señorita”, estaba gordita, era graciosísima, y a todos les llamaba la atención, especialmente a los niños vecinos de mis tíos. Parecía más un perro que un jabalí. En cuanto mi tía se levantaba por las mañanas y salía al patio, lo primero que hacía era ir a ver a Viriata al establo para soltarla; esta salía como un bólido a correr por todo el patio, y, si por casualidad, la puerta de la casa estaba abierta, entraba directamente para la cocina a tratar de comer algo, se paraba en sus dos patitas traseras, y se alzaba hasta la altura de la meseta para ver si encontraba alguna cosa de comer que le gustara. Cuando mi tía o yo la veíamos así, el regalo era un panqué o un pomo de leche, con lo cual salía satisfecha para el patio otra vez y dispuesta a ser encerrada en el establo con los demás hasta la hora de la cena.

No es ocioso decir que dejaba la casa llena de fango y de pequeñas hierbas, así como restos del piso del establo que tenía pegados en sus cascos, desprendiéndoles cuando corría. En esas ocasiones, yo limpiaba prontamente los restos de suciedad que Viriata dejaba, tratando de que mi tía se esforzara lo menos posible, pues su padecimiento de artritis le ocasiona fuertes dolores, especialmente en la espalda. El cariño que mi tía le tomó a la jabalina fue tan grande que le prohibió a su hijo que la regalara o la sacrificara, Viriata estaba destinada a ser madre y tener descendencia, pero a morir de vieja con ellos que la estaban criando y que no querían verla morir para ser devorada. Otra vez el corazón “duro” de los gallegos fue puesto a prueba, mi tío Vicente estuvo de acuerdo con que Viriata se quedara con ellos como una “hija adoptiva” y mi primo Andrés de muy buen grado aceptó la idea de no sacrificarla para darle gusto a su madre.

Mi tío ha trabajado muy fuertemente toda su vida, al igual que mi tía Constantina, y no se adapta a estar tranquilo sin hacer nada. Por el contrario, mi tía me explicó que se siente muy cansada y que no desea trabajar más la tierra, ni tampoco cuidar de los animales. Como mujer, la vida ha sido muy difícil para ella y ahora que está pensionada solo desea el merecido descanso, después de tantos años de rudo trabajo. Ella ha conversado conmigo largo y tendido acerca de los trabajos y penurias que pasaron ellos dos, y cómo tenían que cargar diariamente enormes haces de leña en la espalda por no tener caballos ni animales de labranza para realizar esta tarea. Día tras día, él y ella sembrando, limpiando la tierra, cuidando a los animales, buscando hierba, orde-

ñando las vacas, arando a mano, y, después de todo este fatigoso trabajo, llegar a la casa para cocinar una frugal comida, porque no tenían casi nada para mitigar la mucha hambre que les provocaba tan gigantesco esfuerzo. En la actualidad mi tía padece de terribles dolores en los huesos y en la espalda, pienso que en buena medida se deben a los esfuerzos físicos realizados durante tantos años y que se sobreponían a sus fuerzas. Hubo momentos en que sintió que su cuerpo no podía con tanto trabajo, con tanto esfuerzo, llegando a pensar que enfermaría y moriría, porque sentía desfallecer hasta su espíritu de lucha y en honor a la verdad, debemos reconocer que las mujeres gallegas fueron heroínas anónimas.

Mientras se mantuvo soltera trabajaba duro, pero nunca tanto como desde que se casó, pues en su hogar estaban sus hermanos que ayudaban en las labores de la tierra quedando las mujeres para atender la casa. Pero, ya casada tenía que ayudar a su marido en todo lo que hubiera que hacer y eran ellos dos solos, incluso en ocasiones, ella era la que hacía todas las tareas del día porque su marido iba a ayudar a las hermanas que se quejaban del rudo trabajo del campo, pues también se encontraban solas y con hijos pequeños. Ella, resignadamente, y según su decir, “porque era muy tonta”, no se quejaba de estos excesos a los que se veía sometida y seguía su lucha diaria, pensando que cuando tuvieran un hijo habría que tener algo para ofrecerle y que no sufriera las penurias a las que ellos estaban obligados.

Los años se sucedieron uno tras otro y el hijo no llegaba porque no quedaba embarazada, no sentía el fruto ansiado en su vientre. Pero este sentimiento de frustración no era para ella, ¡no, de ninguna manera!, se cansó de esperar y llegó a la conclusión de que si venía sería bienvenido, pero si no, continuaría su vida de la misma forma, a fin de cuentas, tenía muchas amigas de la propia aldea que no tenían hijos, si Dios no se lo enviaba, tendría resignación y se adaptaría a no tener los tan deseados frutos del Señor. Finalmente, después de nueve años de casada pudo tener el maravilloso sentimiento de sentir su primer y único embarazo. ¡Qué felicidad, un hijo al fin! Y Vicente quería que fuera varón, qué podía hacer ella. Bueno, lo que fuera, varón o hembra, sería bienvenido. Y así, en una noche de crudo invierno del día veintiocho de diciembre de 1961, nació mi primo Andrés.

La historia del nacimiento de Andrés es muy difícil de narrar para mi tía porque sufrió indeciblemente. Se notaba en su rostro que el sufrimiento experimentado no había sido olvidado en lo más mínimo, todo lo contrario, lo tenía presente y lo recordaba con la misma nitidez que en el momento en que sucedió. Con sus palabras sencillas me hizo sentir allí, explicándome dónde se encontraba la cama en la que estaba postrada, el detalle de sus padecimientos, se comunicó conmigo más que con las palabras, con el corazón. Desgraciadamente, el parto se le hizo extremadamente complejo y peligroso, resultándole a la par-

tera imposible de resolver. Era necesario ir a buscar un médico a El Ferrol, el lugar más cercano de la casa de mis tíos, donde localizar un especialista en aquel entonces, pero era muy costoso porque había que pagar el transporte y los servicios del médico. Mi tío Vicente decidió esperar hasta última hora para llamarlo, amedrentado ante el enorme precio que habría que pagar por sus servicios, temiendo incluso que no le alcanzara el dinero ahorrado para garantizar la presencia urgente del médico. Esta decisión pudo provocar una tragedia que felizmente no sucedió, gracias a las ocultas y desconocidas fuerzas espirituales y físicas de mi tía Constantina. Cuando el médico proveniente de El Ferrol llegó a la casa determinó que era necesario realizar una cesárea urgentemente porque no tenía suficiente dilatación, además de ser estrecha. Fue necesario improvisar una mesa de operaciones en la cama de mis tíos y, para colmo, sin contar con electricidad en la casa.

Es increíble pensar que lo que hoy en día se lleva a cabo en un higiénico salón de operaciones, con todos los medios quirúrgicos que nos da la vida moderna al alcance de la mano, hubo que hacerlo allí, en aquellas condiciones primitivas. Tener servicio eléctrico era un lujo para ellos, solo la poseían los vecinos de enfrente a su casa porque eran dueños de una taberna y contaban con los medios económicos para pagarla. Ante una situación tan crítica, de posible muerte de la madre y del hijo, el vecino accedió a conectar un cable de su casa para instalar una bombilla en el cuarto donde estaba mi tía, la que se debilitaba a ojos vistas, cada vez más. Llevaba tres días en ese estado, sin comer casi, desfallecida, sin tener fuerzas para nada, solo sufriendo unos terribles dolores que no podía soportar ni un minuto más; al fin, conectado la bombilla empezó a trabajar al unísono con la partera y a los cuarenta minutos aproximadamente, se sintió un llanto de niño, un débil llanto de un niño hambriento pero vivo, no muy gordo, aunque alargado, pero muy lindo, de bellos ojos azules. ¡Al fin mi tío podía estar contento, era varón como él quería! Y como ya era costumbre en la familia, pero esta vez priorizando al abuelo de la criatura, le pusieron por nombre el de su abuelo paterno: Andrés.

Este niño debió haberse llamado Dichoso o mejor todavía, Milagro, en vez del que le pusieron porque, efectivamente fue una dicha que naciera, fue un milagro que sobreviviera a pesar de las difícilísimas condiciones en que fue gestado, más difíciles aún, para lograr su nacimiento. Sin embargo, surgió a la vida, era su destino manifiesto, nacer, vivir. Hoy en día es la estrella que ilumina la vida de mis tíos, es la seguridad y la felicidad de dos ancianos que solo han trabajado y se han sacrificado para que él no sufra, en lo más mínimo, lo que sufrieron ellos.

Como todos los buenos padres cualquier sacrificio les parece poco para ofrecerle a su hijo y a la esposa de este, que ha resultado ser una gran mujer, aunque no ha tenido la fortuna todavía de tener descen-

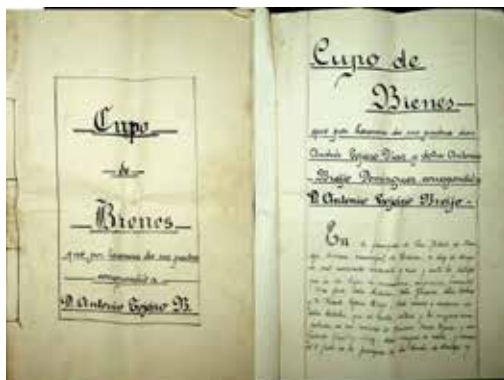
dencia. Como toda madre, mi tía lo adora con un amor ciego, pero, a la vez, reciprocado con creces; ella tiene razón, es un magnífico hijo, ellos pueden sentirse seguros en su vejez. Después del parto mi tía estuvo en cama cerca de un mes, tan debilitada se encontraba. Pero pasado este tiempo tuvo que volver a la faena diaria, al trabajo agotador del campo.

Ella, como todas las mujeres de esos años, era muy sufrida, su único destino era el trabajo abrumador, día tras día, sin saber lo que eran vacaciones, ni siquiera los domingos. Después de tanto trabajar al terminar el día solo tenían para comer una sopa de coles, un poco de leche, algo de vino, un vino barato porque del bueno no se podía comprar, no había dinero, el que tenían era necesario utilizarlo en comprar semillas, aperos de labranza, los alimentos indispensables, alguna ropa, algún calzado. La vida era cara y no se podía hacer otra cosa que no fuera tener resignación. Me cuenta mi tía que cuando llegaba la repartición de la comida de ambos, si había un solo huevo se lo daba a Vicente, porque era el que trabajaba más duro, y si podían conseguir un pedazo de carne el más grande era para él. No se puede negar el estoicismo de la mujer gallega de esos años, que se sacrificaba por su familia, en perjuicio de su propia salud, e inclusive de su propia vida.

La niñez de Andrés fue difícil, porque todavía España se encontraba con una crítica situación económica. Con solo dos o tres años de edad lo llevaba tía Constantina al campo, sentado encima del mismo carro que utilizaban para sus labores, el mismo en que transportaban la leña, los aperos de labranza y otros enseres. En ocasiones, lo único que tenía para darle de comer era un pequeño pedazo de pan con manteca que comía sin la menor queja. Fue un niño muy bueno, muy tranquilo, no le daba disgustos a mi tía. Tenía dos o tres amiguitos de su misma edad con los que jugaba tranquilamente, sin travesuras de las que hubiera que lamentar desgracias o accidentes. Lo que más le gustaba era montar a caballo y su padre le complacía sin chistar, pues adoraba a su hijo, aunque, calladamente, sin demostrar sus sentimientos, al igual que hacía mi padre y pienso que todos los gallegos de su época. A los cinco años comenzó a ir a la escuela y Andrés siguió siendo un niño ejemplar, cumpliendo con todos los deberes que le asignaban sus maestros. Todos lo felicitaban por sus notas y su disciplina, lo que provocaba un sano y justo orgullo en mis tíos.

Los años fueron pasando y mi primo Andrés fue creciendo, primero con edad para la secundaria, y posteriormente, la escuela politécnica. Ambas se realizaban en El Ferrol, no siendo posible para la economía de mis tíos que fuera diariamente allá, por lo que se hizo necesario hallar otra solución a esta problemática para que pudiera realizar el sueño de estudiar una carrera, la de Hidráulica. Un hermano de tía Constantina, Antonio, vivía en El Ferrol, y a pesar de que su situación económica era apretada, aceptó de muy buen grado que Andrés viviera

con ellos hasta concluir la secundaria, y más tarde los estudios especializados de hidráulica que constituían el gran objetivo de su vida. Debido a esta decisión, Andrés recibía clases de lunes a viernes, saliendo para su casa ese mismo día por la noche y regresando a El Ferrol el domingo a la misma hora. Así se mantuvo durante cinco años, con el apoyo moral de sus padres y también alguna ayuda material para sus gastos. Fue siempre un buen estudiante y obtuvo las mejores notas, lo que le permitió que, al concluir la especialidad, le fuera propuesta una plaza de profesor en el Instituto Politécnico de Cedeira.



Cupo de bienes.

A principios de la década del 70 pudieron disfrutar mis tíos de los adelantos tecnológicos, pues, aunque la electricidad era algo corriente en muchas ciudades, allí todavía no había llegado a la población. Por fin instalaron la electricidad en la zona donde vivían mis tíos. Esto fue un motivo de alegría y regocijo porque, a partir de ese momento pudieron contar con más comodidades para aliviar las penalidades pasadas, y comenzar la vejez de mejor manera que hasta entonces. Gracias a este desarrollo industrial del país, en su querido terruño adquirieron los equipos electrodomésticos que les proporcionarían un confort adecuado, necesarios en cualquier hogar, tales como refrigerador, grabadora, televisor, radio y una heladera para congelar las carnes.

Quien realmente usa la grabadora es mi tía, a la que le fascina el cante jondo, poseyendo una buena cantidad de *cassettes* con cantantes de la época de mi niñez, los cuales conozco a la perfección, pues mis padres tenían el mismo gusto por la música española que ella. Mi tío Vicente ya es indiferente a todo el modernismo que le rodea, porque no siente placer con ellos, ni siquiera el televisor le llama mucho la atención, aunque se siente junto a mi tía Constantina a verla, pero quien la disfruta verdaderamente es ella que se ríe como una niña pequeña ante las tiras cómicas, o se asombra de los muchos regalos que le hacen a los que participan en los múltiples programas que tiene la televisión española para promocionar los artículos a la venta. Se alegra cuando algún participante se gana un auto o algunos millones de pesetas y le gustaría que yo asistiera a uno de esos programas porque, según ella, seguramente ganaría el mejor de los premios.

Se denota en sus palabras el enorme cariño que siente por su sobrina política, el cual es reciprocado por mí en la misma medida. Su ingenuidad es admirable y también su alegría, comparable solo a la que experimentan los niños ante sus juguetes nuevos. Cómo recordé

en aquel lugar tan lejano de La Habana a mis padres, cuando tuve la oportunidad de escuchar a cantantes famosos como Juan Lejido y otros, muy conocidos en aquella etapa de mi niñez. Empezaba una nueva era de prosperidad en la vida de mis tíos y de mi primo. Pasó el tiempo, Andrés ya contaba con dieciocho años y estaba comprometido con María del Carmen, la joven que dos años más tarde sería su esposa. Mi primo tuvo la suerte de conocerla en el propio Instituto y, al parecer, rápidamente ocurrió el clásico “flechazo del amor”. Comenzaron a pasear juntos, a ir a discotecas, cines, fiestas, en compañía de sus otros amigos y en ocasiones, solos. Hacían una buena pareja, sus padres respectivos estaban contentos con dicha unión, eran felices, la vida les sonreía. Ella también se encontraba estudiando una especialidad técnica y ya prácticamente culminaba el último año de su carrera.

Mi tío Vicente se convirtió en un pensionado desde 1976, aunque no dejó de trabajar del todo porque cuidaba tres vacas de su propiedad y algunos sembrados de papas y hortalizas. Este trabajo lo mantiene hasta el presente. La pensión no es alta, pero le permite vivir con cierta comodidad, teniendo en cuenta los pocos gastos que tienen los ancianos. En 1980 mi tía Constantina cumplió su edad para el retiro, y desde esa fecha los dos se encuentran juntos, disfrutando de la seguridad de sus pensiones y de la tranquilidad de haber cumplido con su deber. También se sienten felices, porque tienen la fortuna de contar con un magnífico hijo que los quiere y cuida que no les falte nada. Además, al conocer a su futura nuera se mostraron de acuerdo en que efectuaran su boda a la medida de sus deseos. Ambos habían acordado casarse lo más pronto posible y los padres apoyaron esta decisión. Mi primo era feliz en su trabajo, le gustaba, y con su salario podría alquilar un apartamento para vivir con su esposa de forma independiente, disfrutando de las comodidades de la vida moderna.

El día veinte de febrero de 1983, cumpleaños de María del Carmen, se efectuó la boda. Continúan casados después de catorce años de matrimonio, aunque lamentablemente todavía no han tenido hijos, siendo esto una tristeza en su vida, porque no se resigna a no tener descendencia. Desde hace algunos años mi primo es el director del Instituto Politécnico de Cedeira. Las tradiciones existentes también afectaban mucho a la mujer, puesto que la que enviudaba se vestía de luto para toda la vida y en general no rehacían sus vidas con otro hombre, aunque éste fuera bueno. Se consideraba una traición al marido muerto y a la familia del marido, si la mujer volvía a casarse de nuevo, e incluso era señalada despreciativamente entre los vecinos de la aldea. En este caso, tradición y apego a unas costumbres muy severas iban juntas de la mano, pero para perjudicar a la mujer. Pude observar en 1993, con motivo de mi viaje a España, a unas cuantas ancianas vestidas de negro desde la mañana hasta la noche, todas viudas y no vueltas a casar, por supuesto, entre ellas se encuentran mis tías Dolores y Generosa. Pero en la mente de estas ancianas no existe la posibilidad de cambiar

porque han vivido toda una vida con esas tradiciones; por ejemplo, mi tía Constantina alabó que usara pantalones, que para ella es una ropa masculina, y me dijo que si fuera más joven se los pondría, pero cuando le dije que debía comprarse uno para que probara lo cómodos que eran, se horrorizó. ¡Qué diría Vicente, qué dirían los vecinos!

Le pregunté a mi tío Vicente si la dejaría ponerse pantalones y me dijo que no le importaba la ropa que usara siempre que fuera vestida. Ella oyó el comentario, se sonrió, pero le dijo:

–Dices muchas cosas, pero habría que ver lo que dirías cuando me vieras con los pantalones puestos.

–Te verías muy fea y muy vieja y todos se reirían de ti.

Arrellanados cómodamente alrededor de la mesa después de la cena, tradición española de la comida nuestra solo que más tarde, entre nueve y diez de la noche, continuamos hablando sobre múltiples temas que despertan mi curiosidad. Ellos se asombran que para mí sea muy tarde cenar a esa hora y sabiendo, además, que sobre las once o doce de la noche, beben una taza de leche con chocolate, bien caliente, para irse a la cama. Me preocupa ver cómo mi tío llena su estómago con alimentos difíciles de digerir y después se acuesta como si tuviera veinte años. Cuando intento explicarle la preocupación que me ocasiona, contesta sencillamente:

–A mí no me hace daño comer mucho, lo que me hace daño es no tener nada para comer y pasar hambre, como cuando estuve en la guerra.

Esta respuesta me dio una idea exacta del trauma mental que le causó a mi tío su participación en la guerra civil española. A pesar de haber transcurrido cincuenta y siete años de aquel suceso, su mente no ha podido borrar la terrible impresión que recibió con todas las amargas experiencias vividas. La guerra es una enseñanza muy dura, solo deja en el ser humano secuelas de las que, por lo general, nadie jamás se recupera completamente. Mi tía Constantina, recia y dura de carácter también, como buena gallega que es, le responde:

–Claro, a ti no te hace daño nada de lo que haces hasta el día en que te encontremos muerto en la cama por ser tan tragón.

Él se ríe y no le hace caso porque sabe que lo dice sin sentirlo, ya que vive preocupada por él las veinticuatro horas del día.

En cierta ocasión en que ella y yo hablábamos sobre mi tío, me dijo:

–Hay que dejarlo que haga lo que quiera, porque está enfermo y, además, se comporta como un niño. Es por eso que lo regaño, pero no me pongo furiosa con él porque está viejo y debo cuidarlo mucho para que no se me muera.

Con estas sencillas palabras definió el sentimiento que ha predominado desde que decidió ser su novia, allá por el año 1939 de lo cual casi ni se acuerda, y es ese amor-costumbre, ese amor-rutina que lo es todo para los matrimonios viejos con muchos años de vida en común. Además, los setenta y ocho años de mi tío no son cosa de juego, como tampoco es cosa de juego tener cuarenta y dos años de matrimonio.

Acordamos preparar la cena para comer sobre las ocho o nueve de la noche, a más tardar. Se los rogué sinceramente para sentirme más tranquila con respecto a él que por mí misma, ya que, tanto mi tía como yo no nos preocupamos por la comida. Es el único ser que he encontrado en España que piensa y actúa igual a mí, le gusta la comida frugal y con alimentos preferiblemente ligeros. Consciente de las costumbres y tradiciones de mi tío, me era imposible dejar de desayunar, después merendar sobre las diez de la mañana, comer a la una de la tarde, merendar otra vez a las cuatro y cenar a las ocho o nueve de la noche, para finalmente acostarme con una taza de leche con chocolate caliente. Realmente eran seis comidas que, al cabo de veinte días de estar en Galicia se convirtieron en siete kilogramos de sobrepeso para mi cuerpo, por ello comencé a atormentarme con esas libras y las próximas que vendrían hasta salir de España después de tres meses de estancia con sesenta y nueve kilogramos. Como no soy alta me veía obesa, había perdido la forma completamente, pero, para los de mi familia, especialmente mis tíos, era así como debía estar porque las mujeres no deben ser flacas, sino redondas de carnes. Por supuesto, no solo estaba redonda de carnes, me había convertido en un globo.

Mis tíos sintieron lástima de mí cuando llegué a su casa por primera vez porque, según ellos, estaba muy delgada y pálida, creyendo que estaba enferma, cosa que no era cierta. Esta idea me la confesaron después de un mes de estar viviendo con ellos y cuando ya habían decidido que me quedara dos meses más. Por supuesto, a los quince días de estar viviendo allí, y con un poco más de confianza entre mis tíos y yo, les planteé que mi estómago no podía seguir ese ritmo porque no tenía hábito de comer tanto y tan frecuentemente. Les expliqué, además, que, en nuestro país, debido al clima, no se come tan abundantemente ni tampoco comidas tan pesadas en horas tardías, pues el verano se enseñoorea de nuestra vida y no tenemos apetencia de comidas grasas ni succulentas, ya que el calor tan fuerte nos hace olvidar el apetito, solo jugos, frutas, alimentos ligeros para aminorar el horrible calor que nos aqueja. Desgraciadamente, nuestro invierno es sumamente corto, al menos, para mi gusto.

Al principio no entendieron y pensaron que, o tenía pena de comer, o la comida gallega no me gustaba. Fue fácil explicarles que la comida gallega me encantaba porque mi padre nos enseñó a comerla, ya que en mi casa se comía al estilo gallego, variedad y abundancia. Esta conversación me hizo recordar cómo eran las comidas en nuestra casa

y cuántos recuerdos agradables guardo de esa etapa de mi vida, precisamente porque eran comidas que me gustaban mucho. Uno de los platos que se hacían frecuentemente en nuestra casa era la ensalada de papas, cebollas y bonito. Era muy sencillo para mi madre hacerla y a todos nos gustaba grandemente. Ella hervía papas, pienso que cuatro o cinco libras, y mientras tanto iba pelando cebollas blancas en rodajas. Después, abría cinco o seis latas de bonito de la famosa marca Comodoro, en aceite, que era como le gustaba a nuestro padre. Cuando las papas estaban listas, las ponía en una fuente y les vertía las latas de bonito encima. Por último, esparcía las rodajas de cebollas por encima de las papas y del bonito, y ya estaba lista la comida de ese día.

Casi todos los domingos, por lo general, se preparaba caldo gallego, con todas las de la ley. Mi madre se había hecho una especialista y cocinaba muy bien. Nuestro caldo gallego solo tenía dos cosas distintas con respecto al original y era que mi madre le ponía dos libras de falda real que después de cocinadas las desmenuzaba dentro del caldo, y las judías las pasaba por el colador, porque a mi padre le hacían daño los granos. Así es que nosotros tomábamos un espeso caldo lleno de berzas y acelgas, costillas ahumadas y rabos de puerco, lacón y carne de res, que revivían a un muerto. Como este plato también nos gustaba mucho, todos en la familia repetíamos, teniendo, tanto en el almuerzo como en la comida, el mismo menú. Salíamos de la mesa sudando a mares, gracias al gran alimento que constituía “nuestro especial caldo gallego”.

Desde niña tuve que enfrentarme a la disyuntiva de tener que comer bastante o en su defecto, estar en tratamiento médico a causa de que mi padre pensaba que estaba enferma. Me volví a encontrar otra vez con mi padre veinticinco años después, en el cuerpo y en la mente de mi tío Vicente. De nuevo la misma idea de que comía poco y tenía que alimentarme mucho. Tuve la suerte de hacerlo razonar, ayudada por mi tía Constantina, para que no me obligara a comer al mismo ritmo que él, y que, si desayunaba un tazón de leche con chocolate y panqué, no me era posible merendar a las diez de la mañana con pan y jamón o empanada de atún, por ejemplo, para sentarme a comer a la una de la tarde un potaje o un bistec de ternera con papas cocidas, cebolla y aceite de oliva. Y mucho más, todavía con el estómago lleno, merendar a las cuatro de la tarde, frutas, yogurt o leche y, después, a las ocho de la noche cenar unas lonjas de jamón con huevos fritos, nunca menos de dos porque uno era muy poco, y pan con queso amarillo.

No solo tuve que convencer a mis tíos en cuanto a mi frugalidad para comer, sino también a toda mi familia compuesta por tías y primos que en reiteradas ocasiones me invitaron a comer en sus casas. El cariño, el afecto que me hicieron sentir, sincero y franco, fue una de las emociones más hondas que sentí en España porque nunca nos habíamos visto antes y el encuentro fue maravilloso, nos sentíamos, hablábamos y conversábamos sobre variados temas como si nos conociéramos de

toda la vida. El día anterior al de mi partida para Cuba tuve que tomar la decisión de dejar regalos en la casa de mis tíos, porque me era materialmente imposible traerlos todos, ya que tenía un exceso de peso en el equipaje de cincuenta kilogramos, aproximadamente.

En compañía de mi primo Andrés, su esposa e hijos, así como también de mi tía Generosa, mi prima Rosa y su familia, tuve la oportunidad de conocer La Coruña, gracias a una invitación a comer que me hiciera y, además, para que conociera esta bella región de Galicia, que me hizo con mucho cariño y la cual se llevaría a cabo en su apartamento que, por cierto, se encuentra muy bien amueblado y está decorado con fino gusto. Llegamos a La Coruña sobre las diez de la mañana, y a pesar de haber desayunado en casa de mis tíos, mi primo me invitó de nuevo. Solo acepté un café con leche, que no es igual al nuestro, sino café negro con un poco de leche dentro de una taza normal para café. Es lo que antiguamente se tomaba en casi todos los cafés de La Habana cuando se puso de moda, siendo conocido como “un cortadito”. Conversé de diversos temas con Roberto, el hijo mayor de mi primo, que es el más hablador, ya que Joaquín es muy tímido. Sus estudios de preuniversitario le van de maravilla porque es inteligente y, además, estudioso.

Salí después a dar una vuelta con ellos por “el barrio”; me sentí fascinada con la belleza y modernidad de los edificios de la zona, así como del centro comercial compuesto por un pequeño supermercado, una tienda de ropas y peletería, además de una cafetería con una peluquería anexa a la misma. En la panadería compramos varios tipos de pan, entre el que se encontraba el pan francés que tanto me gusta, así como dos cajas de dulces finos variados. Terminada la comida fuimos a pasear en dos autos porque la familia es amplia. Viajamos por toda la costa coruñesa, que, por cierto, tiene un muro muy parecido al Malecón habanero, aunque más artísticamente concebido.

Ese día, a pesar de que la temperatura era fría y lloviznaba, recordé mucho mi Habana porque no hay nada más parecido al Malecón habanero que el de La Coruña. Con razón los gallegos soñaban con emigrar a Cuba porque existen parecidos notables. Los hoteles cinco estrellas, existentes a todo lo largo de la costa coruñesa son de una belleza impresionante. Predominan en ellos el aluminio y el cristal, viéndose preciosos a la luz mortecina del atardecer. Ese día visité también la “Torre de Hércules” que es el faro que puntea en la bahía de La Coruña y que guía a los barcos, al igual que el Morro cubano. No nos fue posible entrar para ver las maravillas que guarda la Torre porque se encontraba en esos momentos en reparaciones, aunque pude aquilatar su imponente altura y su monolítica construcción. Parece una obra construida para la Eternidad. Pegados a los arrecifes de la costa se encontraban los restos del buque “Mar Egeo”, el que dio tanto que hacer a los españoles en general y a los gallegos en particular, ya que su hundimiento provocó un enorme derramamiento de petróleo en las costas

gallegas, trayendo consigo una terrible mortandad de la fauna marina, de suma importancia para la ecología de la región.

El día estaba gris, lluvioso y frío. El tiempo se puso de acuerdo conmigo porque son los días que más disfruto y ésa fue una tarde inolvidable. Todos tuvimos que ponernos abrigos y, además, nos mojamos abundantemente con la lluvia bastante pertinaz que nos azotaba, pues ninguno de nosotros llevó algo para guardarse de las inclemencias acuosas que provoca el clima de Galicia en otoño. Visitamos

también el Castillo de San Antón, hoy en día convertido en museo, aunque en un pasado no reciente fue una fortaleza militar de relativa importancia en la vida de La Coruña. Dentro de este castillo se encuentra una exposición de joyas antropológicas, así como cerámicas antiguas, envases y otros artículos metálicos cincelados por orfebres de renombre. En este museo se exhibe también una nave vikinga encontrada en las costas gallegas, lo que demuestra la evidencia de que navegantes vikingos arribaron a las costas de España muchos siglos atrás. Existe, además, una capilla muy bien cuidada, donde debieron recibir misa los soldados y oficiales españoles antes de ir a las batallas que los conminaban a defender su patria de los invasores. No debe olvidarse el indómito patriotismo y el espíritu de independencia de los españoles. De este castillo conservo unas fotos preciosas, especialmente la que dediqué a la nave vikinga que me impresionó mucho, porque desconocía que existieran huellas palpables del paso de estos amos del mar, concretamente por Galicia. Al retorno para casa de mis tíos pasamos por un supermercado llamado "Continente". Es una ciudad comercial que irradia luz, tanta iluminación tiene. Parecía que era de día. Los pisos de granito blanco, preciosos, pulidos y brillantes, el lugar espacioso hasta lo infinito, da la impresión que las paredes no tienen fin y que siempre uno va a encontrar algo más, nuevo, maravilloso y diferente. De este lugar maravilloso salimos sobre las once de la noche. A nuestra salida, el mercado estaba repleto de personas como si fueran las doce del día.

La vida nocturna en este sentido es muy intensa en las grandes ciudades, y La Coruña no es una excepción. Una de las cosas que más me impactaron en mi viaje a España fueron sus maravillosas noches blancas, si empleamos los términos de la literatura rusa. Casi sin percatarme,



El Ferrol: Elvi, Cipriano y Elvira, 1993.



Elvi y Fran, septiembre de 1993.

como en un sueño maravilloso, fui adentrándome sensitivamente en aquella luminosidad que no se difuminaba con el paso de las horas. Caía la tarde y comenzaba la noche, noche que solo era perceptible al mirar el reloj y ver que eran las ocho, las nueve, las diez, en fin, hasta casi el filo de la madrugada permanecía el cielo iluminado, como si fuera de día, solo que el reflejo no era dorado como el del sol, sino plateado como el de la luna. Esta sensación de encontrarme bajo un sol de plata que solo ilumina, pero que no da calor con sus rayos, me pareció maravillosa.

Pudiéramos parafrasear este sentimiento experimentado por mí en Galicia diciendo que fueron noches plateadas en vez de blancas, puesto que no era la nieve sino el verano quien las provocaba. Todos los días esperaba la caída de la tarde con ansiedad, con alegría reprimida, pensando que había sido un milagro que no se repetiría... sin embargo, caía de nuevo la tarde, pasaban las horas y las noches plateadas de Galicia se repetían, una y otra vez. Me fui acostumbrando a esta diaria alegría convirtiendo el anunciado milagro de cada día en una seguridad casi absoluta, mientras permaneciera el verano, pero, ¿cuándo concluía este verano en Galicia? Le preguntaba a mis primos más jóvenes, capaces de percatarse de esta maravilla, ya que los más viejos no se daban cuenta de la belleza de estas noches, pero estaban acostumbrados a verlas desde que nacieron y no les resultaba tan interesante como a mí. Me fue sucediendo como a ellos, me acostumbré a las noches plateadas de Galicia tanto como a sus costumbres, sus tradiciones, sus comidas, hasta que un buen día comencé a ver cómo caía la noche repentinamente antes de las seis de la tarde, y cómo se oscurecía el cielo de una forma silenciosa y rápida.

Como en todas las ocasiones en que le interesa contarme algo sobre España, preferiblemente el pasado, mi tío se encuentra sentado en una cómoda silla del comedor-cocina de su pequeña casa, apoyado el codo de su mano derecha en la mesa, para mantener erguido el rostro, con la boina negra ladeada hacia el lado izquierdo y puesta ligeramente sobre su cabeza, igual a como la usaba mi padre, tratando de continuar el relato sobre su triste pasado, que lo obsesiona. Tiene un carácter melancólico, es lento y parco para hablar en su castellano sin mezcla de palabras gallegas, aunque no siempre bien pronunciado y sazonado con abundantes malas palabras, casi todas en gallego para que no las entienda, pero le resulta infructuoso porque son perfectamente reconocibles. Sin embargo, todo lo que expresa lo siente profundamente. Hay hondas raíces de mucha tristeza, compruebo que es un hombre pesimista, pero también pienso que no está descaminado en su forma de actuar y de sentir porque su pasado lo reafirma. La historia de su vida no ha sido fácil, ha estado llena de sufrimientos y sumamente escasa de alegrías, por lo tanto, su pesimismo está de acuerdo con lo que ha vivido, es consecuente con todo lo que ha tenido que enfrentar en su amarga vida llena de escollos. Es ahora cuando

puede sentirse tranquilo porque él y su mujer cuentan con una pensión cada uno que les permite vivir decorosamente, además de un hijo con estabilidad económica que los ayuda en todo lo que necesitan, así como también una nuera que los cuida y quiere como una hija.

Me cuenta mi tío que, para asegurar algo más la economía de los pensionados, el gobierno les entrega dos meses extra, en los meses de julio y diciembre, como una ayuda adicional que les permite satisfacer gustos y necesidades durante las vacaciones de verano y en la Navidad, fecha de tanta importancia para los españoles. Afortunadamente, esto no es para los pensionados solamente, sino que todos los trabajadores gozan de esta especie de aguinaldo que se daba también en Cuba, muchos años atrás, a finales de año. El dinero extra que reciben les ayuda a mejorar su nivel de vida, así como su seguridad en el futuro. No obstante, el pesimismo que caracteriza a mi tío le hace decir frecuentemente:

–Cuando venga “la mala” de nuevo nos veremos igual que como estábamos antes.

Y se nota en su cara el reflejo de la angustia, porque nadie logra sacarlo de su idea. Le es sumamente difícil comprender la certeza de la bonanza que disfrutaban desde hace algunos años, le parece irreal que los sufrimientos experimentados durante toda su vida hayan concluido al fin para dar paso a otra mejor, la vida real del momento presente, donde, aunque no poseen una fortuna pueden vivir holgadamente sin padecer carencias de ningún tipo. Vuelve sobre sus pasos acerca de la situación existente después que regresó de la guerra, ese tema lo traumatiza y no lo puede eliminar de su cerebro, pero me parece que la carga emocional es mucha, trato de buscar rápidamente otro punto en la conversación que me permita escapar hacia un tema más ligero y menos enojoso. Finalmente, logro encontrarlo en un comentario que en voz baja hace mi tía Constantina, casi sin darse cuenta y como si estuviera distante, yendo atrás en su mente a una distancia de más de cincuenta años en el tiempo:

–Sí, estaba flaco y hablaba poco, pero a mí me enamoró casi enseguida que vino de la guerra.

Intervengo inmediatamente en el diálogo y le pregunto a mi tía que, por cierto, casi todo lo habla en gallego con unas pocas palabras intercaladas en castellano:

– ¡Ah, sí! Entonces, dígame, tía ¿en qué año y en qué lugar mi tío comenzó a enamorarla?

– En una romería que había cerca de mi pueblo. Eso fue a finales de 1939, creo yo.

Mi tía Constantina tiene una memoria divina para las fechas y los lugares, además de ser una fisonomista de primer orden. Continúo provocando las mutuas confesiones:

- ¿Y qué edad tenían usted y mi tío Vicente?

-Bueno, yo era una moza de unos quince años y estaba bonita, según el decir de mis amigos y mi familia. Vicente tenía veinticuatro años cumplidos, no me hablaba mucho, pero enseguida que llegaba a la romería iba donde yo estaba y me invitaba a un refresco o a un vaso de vino. Conversaba unos minutos conmigo y después se iba con sus amigos a tomar unas copas. A él no le gustaba bailar, era muy mal bailar, pero cada vez que se ponía a mi lado, mis amigos me dejaban sola con él, dando por hecho nuestra relación.

Después que nos encontramos dos o tres veces, ya todos mis amigos decían que era mi novio y mis antiguos pretendientes no se acercaron de nuevo, nadie se atrevía a enamorarme. Tampoco a mí me interesaba que alguien lo hiciera porque él me gustaba mucho.

-¡Ajá, así que lo reconoce!

Digo sonriendo, a la vez que miro para mi tío y veo una cara pícara y una diablura maravillosa en sus ojos azules. Y me alegro que gracias a estas conversaciones ligeras tenga momentos de distracción y jocosidad.

Recoge mi tío la piedra lanzada por tía Constantina y le responde rápidamente:

-Claro, si estaba loca por mí, no ves que ella misma lo dice. Y no solamente ella sino algunas otras más.

A lo que mi tía asiente y contesta a su vez:

-Seguro que andabas enamorando a aquella mocita que tanto vigilabas y perseguías por la era cuando trabajabas el sembrado de trigo en la tierra de tus padres. Mis amigas me fueron con el chisme. ¿A ver si no es verdad que era de esa moza de la que te estabas acordando, pícaro?

La muerte de mi abuelo paterno, ocurrida en 1942, convirtió a mi tío Vicente en el único hombre de la casa, manteniéndose soltero hasta 1951. Justo, su hermano mayor, ya se había ido a vivir hacía años con la familia de su mujer que tenían tierras que atender; mi padre se había marchado a Cuba y su hermana Generosa y su marido se habían ido también. Solo quedaron en la casa mis tíos Vicente, Dolores con su esposo y sus hijos, y Eulalia, para atender todas las tareas del campo y de la casa, así como mi abuela, que ya se encontraba enferma. El noviazgo de mis tíos comenzó en 1939 y se mantuvo hasta 1951 en que se casaron finalmente. Pasaron doce largos años en los que ella dejó de ser una adolescente para convertirse en una mujer, y él, de joven pasó a ser un hombre maduro, cercano a los cuarenta años. Su estricto senti-

do del deber lo obligaban a pensar primero en su madre y después, en su vida personal. Mi tío no podía dedicarle mucho tiempo a su novia y la novia, según sus propias palabras, “era muy tonta”. Ella le guardó fidelidad durante todos esos años transcurridos y mi tío Vicente no se casó antes por no dejar a su madre sola. Se sentía responsable por los bienes de la familia, por su madre a quien adoraba, en fin, el deber estaba por encima de todo.

La joven Constantina añoraba poseer un hogar independiente, tanto de su familia como de la familia de Vicente, su futuro esposo. Además, Constantina y sus futuras cuñadas tenían la misma manera de pensar, ya que la vida en común era difícil de llevar a cabo para quienes, como ellos, estaban acostumbrados a hacer su vida solos. Cuando mi tío y ella fijaron la fecha del matrimonio, ya tenían en mente la construcción de su hogar en un pedazo de tierra que Vicente había escogido y que Constantina le había dado su aprobación.

Unos meses antes de fallecida mi abuela, y a instancias de ella misma que, al parecer, vislumbraba su muerte cercana, mi tío Vicente se casó con su novia Constantina. Como todavía no tenían dónde vivir le pidieron a un vecino de ellos que les alquilara una pequeña casa deshabitada que éste tenía hasta tanto construyeran la suya. Este vecino era muy amigo de mi tío y se la prestó desinteresadamente e incluso ayudó a la construcción de la futura casa.

Con el dinero producto de los ahorros que había podido acumular en todos esos años de trabajo comenzaron a levantar su vivienda. El terreno era de ellos, el agua la proveía el manantial maravilloso que bajaba de las montañas, del monte La Capelada, el agua caía en cascada, transparente y pura, que mi tío tuvo la suerte de que pasara por su propiedad. La electricidad no existía, así que no había que pensar en ella por el momento. También fue difícil para mi tío asumir la total responsabilidad de la casa y sus asuntos, así como la protección a su madre, pues esta actitud, imprescindible para él y su conciencia y que fue aceptada con gusto, le restó doce años de su vida, ya tremendamente maltratada por la rudeza del trabajo, las necesidades y la guerra. Al ser mi tío Vicente el jefe de la familia y teniendo a su madre anciana, tomó la decisión de no dividir los bienes por respeto, hasta que dejara el reino de los vivos, idea que lo atemorizaba, aunque ella le había pedido que lo hiciera para beneficiar preferentemente a las mujeres de su familia. Mi abuela paterna soportó resignadamente, y por mucho tiempo, la tristeza y soledad en que la dejara la muerte de su esposo, muriendo diez años después, el día quince de enero de 1952.

Tres años después de la muerte de mi abuela todos mis tíos paternos de conjunto llegaron a la conclusión de que había llegado la hora de dividir la herencia en seis partes iguales, de manera que cada uno de ellos con sus familias obtuvieran lo que les pertenecía legalmente.

La parte correspondiente a mi padre, por deseo expreso y escrito de él, fue puesta bajo la responsabilidad de mi tío Vicente quien, a partir de ese momento pasó a ser el tutor de las propiedades que le habían sido otorgadas a mi padre por derecho de herencia, aun encontrándose en el extranjero. Había designado a mi tío para que administrara sus bienes en España, autorizándolo también a utilizar sus tierras en provecho de él y de su familia, pidiéndole que solamente pagara las contribuciones. Todo quedaría igual para mi padre, ya que no se sentía con derecho a beneficiarse con algo que no había trabajado. Cuando hablaba con nosotros siempre nos decía que no se sentía dueño de nada porque no había participado como sus hermanos en el trabajo de la tierra de su familia. Solo hablaba de ir a España para verlos, pero con la idea fija de volver a Cuba donde había hecho su vida y su nueva familia.

Cada vez que nos hablaba de España, y eso era muy frecuente en nuestra casa, terminaba el relato cantando con su bella voz de barítono, aunque nunca lo supo, canciones en gallego, alegres algunas, nostálgicas otras, pero notábamos que siempre se entristecía, quién sabe si atormentado por el recuerdo de su querida patria, de su familia o de cosas que nunca se atrevió a decirnos para no entristecernos, tal y como se sentía su espíritu.

Tuve la oportunidad de conocer y probar la magnífica calidad del agua que brota del manantial, muy cerca de donde él, con buen sentido común, decidió construir su casa. Al llegar allí observé una poceta de dos metros de largo y uno de ancho con una profundidad de un metro aproximadamente, que es donde se represa el agua que viene del manantial, cuyo origen está en las cimas del monte "La Capelada". El agua se mantiene fría durante todo el año, especialmente en verano, por lo que no hace falta ningún tipo de enfriamiento.

Por supuesto, el clima de Galicia es frío, incluso en verano no pasa de veinticinco grados Centígrados, salvo días excepcionales de julio o agosto donde puede alcanzar veintiocho o treinta grados, pero nunca se siente el calor de Cuba. La madera para la construcción de la casa no fue obstáculo porque la cortaban en el monte que era propiedad de mi tío y de ser necesario, se utilizaría la de los terrenos de mi padre, aunque finalmente no hizo falta. Al cabo de seis meses estuvo lista contando con el apoyo de los vecinos de la aldea y de dos carpinteros, a los cuales se les pagó por su trabajo. Uno de ellos era primo mío y sobrino de mi tío Vicente, Atilano, quien algún tiempo después se casaría con una gallega de la zona marchando para Francia a buscar nuevos y mejores caminos para su vida y la de su familia.

¡Por fin mis tíos pudieron tener su hogar propio!

En cuanto tuve una oportunidad de estar a solas con mi tía Constantina, aprovechando la circunstancia favorable de una conversación sur-

gida sobre familiares fallecidos, le pregunté acerca de lo acontecido a mi tío Vicente cuando supo la muerte de mi padre por la carta que le enviamos mi hermano y yo primero, y mi madre después. Debo confesar que, nosotros teníamos mucho miedo de darle la noticia sobre el fallecimiento de nuestro padre por carta, dado que sabíamos que lo habría de afectar profundamente, pero no teníamos otra opción, pues no habíamos instalado la telefonía todavía en la aldea en esa etapa. Desde mediados del pasado año cuentan con teléfono. Ella me expresó con tristeza que, a todos les había causado una terrible impresión unido a la pena inmensa por la muerte de un familiar que había sido una bendición para su propia familia, especialmente para su esposo que era quien le administraba sus modestos bienes. En el caso de ella en particular, solo existía un agradecimiento enorme por mi padre porque no tuvo la dicha de conocerlo ni tampoco su hijo, pero me confesó que sobre él se hablaba mucho en su casa, puesto que había ayudado más a su familia que muchos otros que viviendo en España no los ayudaron a salir de sus escaseces y penurias, pudiendo hacerlo. Finalmente, me contestó enfáticamente:

-Tu tío se puso muy triste con la mala noticia de su muerte, porque abrigaba la esperanza de ver a su hermano Antonio vivo, pero después me dijo que algún día invitaría a sus dos hijos para que vieran la tierra de su padre, ya que Antonio nunca pudo volver. También me dijo que le iba a escribir a tu madre para que le dijera lo que había de hacer con las propiedades de vosotros aquí en España porque, con la muerte de su hermano, seguramente todo cambiaría.

- Y después, ¿qué hizo tío Vicente?

- Pues, que le escribió a tu madre para decirle que esperaba las nuevas decisiones sobre las propiedades de su esposo y ella le contestó en una carta muy linda, que todo seguiría igual, nada debía cambiar para nosotros aquí en España, pues los dos hijos de ella trabajaban y tenían un salario decoroso y ella tenía una pensión que le permitía vivir modestamente, por lo que no necesitaba nada. El deseo de Antonio sería cumplido aún después de su muerte. Delmira, tu madre es una gran mujer, muy buena, tiene un corazón de oro.

Confieso que me emocionaron sus palabras porque, aunque me acordaba de esa carta de mi madre, ya que ella me había hablado lo que pensaba escribirle a mi tío Vicente, pocos meses después de la muerte de mi padre, siempre pensé que era normal, que era nuestra obligación no reclamar nada, pues no habíamos trabajado la tierra ni habíamos luchado codo con codo con nuestra familia para engrandecer nuestros bienes.

Mi madre había quedado muy deprimida, pues su unión había significado cuarenta años ininterrumpidos de matrimonio, que prácticamente llevaron casi una vida entera juntos.

Inmediatamente, volví a preguntarle a mi tía Constantina:

-Tía, y aquí en España, ¿qué se hizo?

-Cuando un familiar muere en el extranjero, aquí se le realiza un entierro como si hubiera muerto en su tierra. Tu tío y yo organizamos el funeral y pagamos los gastos completamente sin dejar a nadie que nos ayudara porque era nuestra obligación. Hicimos prevalecer nuestro deseo para que así fuera y avisamos rápidamente a toda la familia para que supieran que se haría el entierro de tu padre el día treinta de mayo de 1978, año en que falleció. Lo enterramos en el cementerio de San Andrés de Teixido, en una tumba hecha en la tierra porque todavía no habíamos podido construir el panteón de la familia. Tu tío y yo quisiéramos que fueras a verla en el momento en que tú quieras, los dos queremos acompañarte. Aunque a la verdad no creo que queden restos de la tumba porque hace quince años que sucedió y ha pasado mucho tiempo para que podamos ver ni siquiera algún pedazo de madera de la cruz que se le mandó a hacer, mucho menos todavía quedará del ataúd.

-Además de todo lo que me ha contado, ¿se le realizó algo más?

-Sí, a la semana del entierro se le hizo una misa por el descanso de su alma, a la que también invitamos a toda la familia para que fuera con nosotros y nos acompañaran en nuestro sentimiento de dolor. Tuvimos la satisfacción de ver cómo toda la familia asistió, tanto al entierro como a la misa.

Me sentí hondamente conmovida ante esta tradición gallega, donde no es imprescindible poseer el cuerpo del familiar fallecido, pues en ese caso lo que entierran es un ataúd donde debe encontrarse el alma del difunto. Me explicaron, además, que esto se hace así porque ellos piensan que, dondequiera que muera la persona, el alma va a su tierra natal, donde nació, para que se unan el comienzo y el final de sus vidas en un solo lugar. Es una tradición que tiene una parte religiosa y una pagana, remontándose la misma a cientos de años atrás en el pasado. Sin embargo, no deja de ser un rito sumamente emocionante y, en lo que a mí se refiere, quedé profundamente impactada. Pensé, además, que, a dos meses aproximadamente del entierro real de mi padre en Cuba se efectuó el entierro simbólico en su tierra natal, sin que su familia cubana conociera de esta costumbre tan emotiva.

También mi tía me hizo conocer que, cuando un familiar del difunto llegaba a su tierra natal debía hacerle una misa por el descanso de su alma, por lo que debía ir con ella a ver al cura de la capilla de la zona de la Carballa, donde ellos viven, para decidir la fecha de la misma. Después avisaríamos a todos los familiares para que nos acompañaran a esta sacra celebración. Así lo hicimos. Acordamos la misa con el mencionado párroco y la fecha que se eligió fue el catorce de julio de 1993.

Mi tío Vicente fue a la misa, haciendo una excepción de sus ideas, en razón de que la misma se efectuaba en honor a mi padre, ya que no va a la iglesia nunca, sean cuales sean las razones que se le den. Parece que los recuerdos que tiene desde su niñez, al igual que los que tenía mi padre, ligados al trato recibido por los curas en la escuela, son tan amargos que no han podido opacarlos los sesenta y pico de años de distancia entre sus estudios con los susodichos curas y su vida actual. La misa demoró media hora aproximadamente. Al igual que en la de Cedeira, hubo partes habladas en castellano y otras en latín, además que, en la misa de ese día no se mencionó solamente a mi padre sino también a dos personas más que cumplían aniversarios de fallecimiento. La ceremonia comenzó puntualmente, a las ocho y treinta de la mañana. Era una mañana fría, incluso hasta para mis tíos que se vieron obligados a ponerse abrigos; en cuanto a mí, tuve que ponerme un suéter con mangas, propiedad de mi tía Constantina, dado que llevé solamente ropas de verano, desconociendo en absoluto que el clima de Galicia fuera tan frío incluso en verano para los cubanos, y, en ocasiones, también para los gallegos. Como llegamos antes de comenzar la misa tuve la oportunidad de observar detenidamente el interior de la capilla de la Carballa, que es así como se llama la zona donde está enclavada la misma. Es muy sencilla, con un altar modesto donde se encuentra la virgen de la Carballa vestida de negro, con una cara de bonitas facciones. La capilla es bastante amplia y tiene una buena cantidad de bancos con sus reclinatorios, hechos de madera dura, al igual que en el santuario de San Andrés de Teixido.

En dicha capilla observé con asombro y admiración que existe una urna de cristal que cuenta con unas velas electrificadas, o sea, que dichas velas son plásticas y no de cera, de color blanco con un pequeño bombillo en la punta. Cada vela encendida por un minuto cuesta cinco pesetas, por lo que, si se depositan cien pesetas se encenderán veinte velas, las cuales permanecerán durante un minuto iluminadas para apagarse después en espera de otro fervoroso creyente que deposite más ofrendas, cumpliendo de esta manera su promesa.

Al terminar la misa pude ver a una anciana, delgada y de pequeña estatura, vestida humildemente, ir hacia la urna y depositar dos monedas de quinientas pesetas. Es indudable que, en las personas mayores de sesenta años la creencia religiosa está arraigada muy fuertemente, con mucha convicción. Son de admirar porque tienen ideas nobles y puras, siendo capaces de desprenderse de sus bienes materiales, en este caso dinero, por ayudar al prójimo. Además, están revestidas de una resignación y una fe tan poderosas que les permiten soportar con un estoicismo anónimo y heroico los fuertes golpes que les da la vida sin rebelarse.

Días después de esta conversación con mi tía tuve la oportunidad de asistir en compañía de ellos, y de dos de mis primos al cementerio de San Andrés de Teixido, donde se encuentra el panteón de la fa-



Restos del barco Mar Egeo al fondo, 10-09-93.



Rosa, Almudena, yo, Manolo y Fran, septiembre.

milia Toxeiro. Ya mis tíos tienen sus espacios preparados para cuando mueran, uno al lado del otro, los cuales me fueron mostrados con mucho orgullo. En él se encuentra también el nicho de mi tía Eulalia. Desgraciadamente, no se pudieron rescatar los restos de mis abuelos al hacer el panteón nuevo por haber sido enterrados en tierra. Por lo visto, se perdieron también los huesos de nuestros antepasados, cuestión que no es lo más importante en la vida de cualquier persona, sino precisamente que nos recuerden con cariño y devoción, aunque

hayan transcurrido muchos años de nuestra desaparición material.

Mi tía me llevó a un lugar descampado, lleno de una hierba bastante alta, se acercó a un montículo de tierra, señaló y me dijo:

- Aquí fue donde enterraron el ataúd de tu padre, pero, como puedes ver, lo que yo te decía era cierto, ya no hay restos de la tumba, ni siquiera astillas de la cruz de madera que le pusimos para recordar el lugar y la fecha. Pero puedes tener la seguridad que fue en este lugar porque tengo muy buena memoria.

Sentí una sensación dolorosa por dentro, una mezcla de tristeza y melancolía ante un hecho consumado en el que no quedaba nada por hacer, solamente resignación y, por supuesto, el recuerdo del pasado unido a la conformidad obligada, ésa que no permite otra cosa que recordar los hechos acontecidos sin otra alternativa posible que el sufrimiento remordiéndonos las entrañas. Ese es otro acontecimiento que nadie pudo suponer, el enorme desarrollo económico que ha experimentado España en estos últimos años y que ni mi padre ni nadie hubieran podido predecir.

Desde hacía días mi tía Constantina venía hablando de lo agradable que sería para ella ir a la procesión de la Virgen del Mar en Cedeira, dado que hacía años no participaba de la misma. En esta oportunidad, al encontrarme en la casa y tener ella la perspectiva de ir acompañada, me propuso que fuéramos y, de paso, podríamos invitar a Asunción, la amiga que acababa de llegar de Suiza y que estaba deseosa de integrarse a las costumbres de su terruño nuevamente. Convinimos en salir temprano para tomar el ómnibus de las ocho de la mañana. El día estaba espléndido, ni una nube en el cielo que lo enturbiara, se mostraba azul, despejado y tranquilo. Un incipiente sol, que prometía ser

fuerte, se anunciaba en el horizonte. Partimos contentas y entusiasmadas, como tres chiquillas que estuvieran de vacaciones, especialmente yo, que no podía ocultar lo atrayente que me resultaba todo lo que estaba viviendo. El viaje en ómnibus desde la casa de mis tíos hasta Cedeira es verdaderamente hermoso. Muchas tierras se encuentran cultivadas, alternándose los distintos tonos de verde, desde el más claro al más oscuro. También hay partes sembradas de eucaliptus que provocan un microclima especial, con un aire más puro y oxigenado, y con el ulular propio de este tipo de árboles, realmente encantador.

Con este sonido suave y rítmico dormí como un tronco durante mis tres meses en España porque mi habitación tenía una ventana que daba a un bosque de eucaliptus situado detrás de la casa, haciéndome dormir espléndidamente, cual un niño pequeño ante una canción de cuna. Solo de vez en cuando penetraba una que otra abeja en mi habitación, proveniente de un colmenar cercano, las que me sorprendían y a veces me asustaban, aunque nunca me hicieron daño.

A mediados del camino, en una hondonada por donde pasa la carretera, puede verse la bahía de Cedeira, preciosa, azul y llena de pequeñas embarcaciones, fundamentalmente de pescadores. Toda esta belleza en el paisaje solamente la pueden disfrutar los gallegos en el corto verano que tienen en Galicia, ya que desde finales de agosto o principios de septiembre empieza a cambiar el tiempo notablemente, convirtiéndose en días grises, nublados y lluviosos. Es por eso que, en cuanto llega el verano, salen todos corriendo en estampida, para aprovecharlo al máximo, ya que dura muy poco, demasiado poco para sus ansias acumuladas de sol, luz y diversión. Y pensar que nosotros tenemos calor en demasía todo el año. A veces la Madre Naturaleza es injusta.

Llegamos a Cedeira y nos fuimos directamente hacia la iglesia de la Virgen del Mar. Estaba repleta, se oía un pequeño murmullo de conversaciones habladas en voz muy baja, por respeto al lugar y en espera del párroco que oficiaría en la misa. A las nueve de la mañana en punto, comenzó la misa solemne. El altar estaba precioso, las columnas estaban revestidas de láminas de oro y la Virgen, en el centro del mismo, estaba bellamente adornada, rodeada de flores, muchos ramos de flores multicolores, como ofrenda a ella, la salvadora de los pescadores, sus más fervientes creyentes. Es una virgen muy hermosa con una bondad angustiosa en su rostro, sellado por dos lágrimas en sus mejillas que parecen verdaderas, además de tener una posición algo inclinada hacia delante como indicando que implora a Dios por sus siervos. Da la impresión de que permanece en constante zozobra ante la suerte de sus más devotos fieles, quienes siempre se encuentran en constante peligro, en razón de su oficio. La iglesia estaba iluminada por enormes lámparas en forma de araña, con una gran cantidad de lágrimas de cristal, muy hermosas, pero, además, por cientos de velas encendidas en su honor y en reclamo de milagros. La misa fue hablada

esta vez en latín, a diferencia de la del Santuario de San Andrés; el párroco estuvo auxiliado en todo momento por otro miembro de la orden, así como por dos diligentes monaguillos, hasta que culminó la misa, pasados cuarenta y cinco minutos.

La multitud que asistió al acto religioso, venida de muchas partes de Galicia, fue alineándose a lo largo de la estrecha calle por donde los pescadores seleccionados, ocho jóvenes de fuerte complexión física, escoltarían y llevarían en andas a la Virgen hasta el final de la bahía, tres kilómetros aproximadamente, precisamente por donde salen los barcos de los pescadores a buscar el sustento de sus familias. Para este día especial los ocho pescadores iban vestidos con impermeables amarillos, cuatro de ellos portando un remo en una mano y los otros cuatro cargando la parihuela de madera donde iba colocada la Virgen, vestida de azul, blanco y oro, sus colores. Los portadores de los remos estaban situados al lado de los que llevaban en andas a la Virgen y los relevarían, en distintos tramos del camino, hasta llegar al muelle, punto final del trayecto. Los remos estaban pintados de azul con el nombre de Cedeira en blanco. Un extremo es de metal, el cual utilizan para golpear el suelo y llevar el paso que seguirá la multitud de personas que acompañan a la Virgen. Comienza la procesión, lenta, rítmica, acompasadamente. El sonido metálico de los cuatro remos contra el piso es cronométrico, escuchándose a la perfección, aunque no se esté cerca de la Virgen. Provoca en la multitud un silencio impactante. Me sentí impresionada por este fervor religioso que hizo latir mi corazón fuertemente y sacó lágrimas no deseadas a mis ojos, sensible a estas emociones puras, hermosas, que tienen los seres humanos ante hechos sin explicación científica como es la fe, la convicción religiosa, la adoración a alguien a quien no ven pero que sienten en lo más profundo de sus corazones. Todos los que vamos en la procesión caminamos al mismo compás, impresionados por el silencio, por la devoción que se respira entre los asistentes. La emoción va creciendo, reconozco que me siento tan admirada por el hecho que estoy viviendo, que provoca un erizamiento que recorre mi cuerpo y me hace un nudo en la garganta. A medida que observaba a un lado y a otro solo encontraba personas que demostraban recogimiento, humildad y adoración por la hermosa virgen en la que confiaban fervientemente, a quien dirigían sus plegarias mientras caminaban con un andar abstraído, tímido y lento, a mi manera de ver, un andar religioso.

Hacía muchos años que no veía una multitud agolpada como la que estaba allí con ese fervor religioso, unidas solo por un común objetivo y ése era el de honrar dignamente a su virgen en el día seleccionado, participando en la procesión de la Virgen del Mar. Así, fuimos recorriendo la ciudad de un extremo a otro con la misma solemnidad del comienzo. Finalmente, arribamos al embarcadero donde estaban esperando tres yates hermosamente engalanados. Uno de ellos estaba preparado para albergar a la Virgen y a sus acompañantes principa-

les, destinándose los dos restantes a las distintas personalidades de la iglesia y del gobierno que participaban en la procesión. Los cuatro pescadores que portaban la Virgen entraron al yate engalanado con banderas marineras y flores, colocándola en un sitial preparado al efecto. La Virgen fue acondicionada con reverencia, con humildad, como corresponde a estos devotos fieles que adoran los milagros que con ellos hace esta hermosa diosa del Mar. Después de la partida en los yates muchas personas se marcharon, pero muchas más se quedaron para ver el regreso de la Virgen y acompañarla a la iglesia de nuevo, hasta el próximo año. Los yates dieron una vuelta en redondo por la bahía, acompañados de infinidad de yates privados y botes de pescadores, paseando a la Virgen por el cercano mar, el mar que, enfurecido, arrebató las vidas de estos mismos pescadores que la adoran y a los que ella, en su infinita devoción, libra de la muerte.

La tarde la dejamos para pasear por la playa de Cedeira, descalzas, maravillándonos ante el bello paisaje del atardecer. Pudimos contemplar la caída de la noche en aquel silencio maravilloso, tranquilo, sosegado, en compañía de mi tía, a la que me unen lazos de amor que no apagarán ni la distancia ni el tiempo. Regresamos tarde a la casa, cansadas, alegres, conversadoras y ya mi tío nos esperaba con ansiedad, hacía más de doce horas que se encontraba solo y nos extrañaba. Nos recibió con una alegría inusitada que me hizo sentir parte de la familia y, a la vez, sumamente feliz.

De mis variados paseos por los paisajes gallegos guardo celosamente los de dos hermosas playas: Ortigueira y Cedeira. Ortigueira es una playa natural donde el hombre no ha puesto mucho todavía de su ingenio para crearle comodidades, entre ellas la limpieza de musgos de sus orillas y las facilidades propias de este tipo de instalación. No obstante, el paisaje que se observa en los alrededores de la playa es hermoso y, sobre todo, virgen. Su agua fría no parece molestar en lo absoluto a los bañistas, acostumbrados a esta frialdad que impidió que me bañara en ella, sin disfrutar de sus limpias y transparentes aguas. Cerca de la orilla existen multitud de árboles que le aportan un microclima especial a esta zona turística, muy conocida entre los gallegos. Una pequeña instalación donde se ofertan comestibles ligeros y helados hace las delicias de los amantes del mar. El agua permanece fría, aún en los meses de verano que fue la época en que la conocí y la visité frecuentemente, aunque, debido a su frialdad fue imposible que me bañara en sus aguas, al igual que como me sucedió en la playa de Cedeira. Cedeira es una pequeña ciudad turística y comercial, moderna y de agradable aspecto. Cuenta con modernos edificios de viviendas, refulgentes tiendas que ofrecen variedad de mercaderías a precios módicos en unas, no tanto en otras, pero con una atractiva oferta que entusiasma al más reactivo comprador. Cedeira es muy visitada por turistas, tanto nacionales como extranjeros, poseyendo una extraordinaria belleza en sus paisajes, muy coloridos y llenos de verdor por sus alrededores. Tiene, además, un puerto con todo

tipo de embarcaciones, desde la más modesta hasta lujosos yates de mediano tamaño. Lo más llamativo de esta ciudad son sus jardines, muy bien atendidos y diseñados con un exquisito gusto. Predominan los macizos de flores multicolores rodeados de un césped de distintos tonos de verdor que realza la belleza de las mismas en el centro de sus áreas verdes. Está dividida por un puente construido artísticamente, que pasa por sobre un pequeño río, el cual desemboca en el mar. Sus calles son asfaltadas y algunas de ellas, adoquinadas artificialmente, lo que le da una sensación de antigüedad que agrada a la vista.

Tuve la dicha de visitar Cedeira en innumerables ocasiones, puesto que mis tíos realizan sus compras de comestibles y de otras necesidades en esta pequeña ciudad que está a veinte minutos de distancia de su vivienda. La recorrí de parte a parte muchas veces, y nunca me sentí aburrida de visitarla, pues siempre encontré algo nuevo y agradable.

Faltando pocos días para marcharme de Galicia fui invitada por una de las amigas más queridas de mi tía Constantina a comer en una taberna llamada "A taberna da Calexa". Está amueblada en forma rústica, mesas de madera estilo antiguo, taburetes para sentarse, barriles expuestos donde uno puede ver cómo sirven el vino en la cantina, en fin, para mí fue una experiencia inolvidable conocerla y más aún comer en ella. Tuve el placer de degustar el *raxo*, carne de puerco cortada en trozos pequeños y fritos a la española, que es una de las especialidades de la instalación, deleitándome, además, con un delicioso pan que parecía cocido en casa. El vino tinto era de buena marca y, por supuesto, delicioso. De postre, unos dulces finos muy sabrosos donde predominaba la crema de Chantilly, conocida como nata en Galicia, y, para finalizar, una gran taza de café negro. ¡Tarde maravillosa la que pasé ese día en Cedeira! No la olvidaré mientras viva.

Después que concluimos la comida nos encaminamos a la playa y las tres caminamos descalzas por la fría arena, costumbre adquirida desde mi primera visita a esta ciudad y, aunque el agua se sentía más fría que nunca porque estábamos a principios de septiembre, la sensación de felicidad que tenía dentro de mí no aminoró un ápice por este pequeño percance, ya que el atardecer nos dio una maravillosa vista compuesta por múltiples colores y tonalidades, desde el rosa hasta el malva provocados por la rápida caída del sol en las costas de esta pequeña pero hermosa ciudad costera. Mis ojos no olvidarán jamás las bellezas de este singular paisaje de Galicia. Se notaba en el andar y hablar de mi tía Constantina que se sentía a plenitud, feliz, haciéndome saber que estaba muy contenta con mi presencia allí y que deseaba que se postergara lo más posible. Mi tía se sentía tan contenta que me hizo una confidencia, surgida de lo más profundo de su alma gallega de mujer tosca y fuerte de carácter:

-Delmira, ¿por qué no te quedas en España con tu tío y conmigo, si nosotros podemos mantenerte porque ya sabemos que tú no eres gas-

tadora?, tú comes lo mismo que nosotros, no pides nada especial, con nuestras dos pensiones podemos vivir los tres.

Desde que llegué a España mi tía Constantina me puso por nombre Delmira y nunca le rectifiqué el error porque me agradaba la forma como lo pronunciaba.

-Tía, ¿y quién cuidará de mi madre en Cuba?

-Es verdad, Delmira, pero le voy a pedir a Dios que las ayude y, además, aunque a mí no me gusta el juego, te juro que voy a jugar todas las semanas a la "Primitiva" para ver si me gano doscientos millones de pesetas y entonces las mando a buscar a las dos para que vivan con nosotros en España para siempre.

Esta idea tan desinteresada y tan sentida a la vez, logró emocionarme profundamente, tanto, que solamente pude expresar mi pensamiento en un susurro de voz porque no me salían las palabras de la garganta:

-Ojalá que tenga suerte y se gane la lotería, porque así podrían unirse de nuevo las familias de España y de Cuba. Mi padre, gallego, vivió y murió allá; nosotras, cubanas, viviríamos y moriríamos aquí en España, por lo que la unión familiar sería perfecta.

-No importa, ya veremos lo que hacemos tu tío y yo, pero te juro que te volveremos a traer a España porque yo te quiero mucho, Delmira.

Y con esta última frase me abrazó fuertemente, me apretó junto a su corazón de gallega rústica, pero de una sensibilidad exquisita, haciéndome estremecer de pies a cabeza y logrando a su vez que tuviera la sublime convicción de que el mundo era todo mío.

Ante mi enorme deseo de visitar la milenaria y famosa Catedral de Santiago de Compostela, mi primo Andrés y su esposa Maricarmen prepararon la excursión para el día treinta de agosto.

Partimos de la casa de mis tíos a las siete de la mañana con una cierta frialdad, a pesar de estar en pleno verano español; de haberse realizado este paseo en Cuba nos hubiéramos achicharrado por el camino. La distancia entre Campo del Hospital y Santiago de Compostela es de tres horas y media aproximadamente, en un auto moderno como el de mi primo, Ford de 1990, debiendo ser un aproximado de cuatrocientos kilómetros. Las autopistas son preciosas, están perfectamente bien asfaltadas, sin baches, siendo por esta razón muy seguras. Desgraciadamente, en Cuba las autopistas y carreteras no tienen ese grado de atención. También hay que decir que son costosas, ya que, durante el viaje hasta Santiago de Compostela, mi primo tuvo que pagar distintas cantidades en cuatro cabinas computarizadas preparadas para esta labor, las que sumaron cerca de tres mil pesetas que, al cambio en aquel momento representaban unos veintitrés dólares aproximadamente.

En cuanto llegamos nos fuimos caminando por aquellas callejuelas que se parecen enormemente a las de la Habana Vieja de nuestra capital,

incluso diría sin temor a equivocarme, que más estrechas aún. Se destacaban vendedores de artículos de artesanía y souvenirs recordando la Catedral a los peregrinos, que es el símbolo del camino de Santiago, y de motivos religiosos. Había curiosidades para todos los gustos y creencias. Entre estos símbolos se encuentran las conchas que utilizan los peregrinos, llamadas “vieiras” por los gallegos, atribuyéndoseles en la Edad Media un origen milagroso. Me percaté que la parte vieja de la capital de Galicia, al igual que la Habana Vieja en la capital cubana, son símbolos de la historia antigua de ambas, siendo necesario conocerlas para aquilatar los grandes valores que las mismas atesoran. Me encontraba desesperada por llegar, tanta era la impaciencia por ver la renombrada y con justísima razón, Catedral de Santiago de Compostela.

Lo primero que encontramos fue la plaza del Obradoiro, donde vimos a unos estudiantes de la Universidad Compostelana vestidos a la usanza del siglo XVIII, vendiendo unos *cassettes* con música española, tanto folclórica como moderna. Me explicaron más tarde que muchos estudiantes dedican su tiempo de vacaciones a vender todo tipo de baratijas para poder costearse su carrera. La Catedral es majestuosa, impresionante, magnífica. Faltan adjetivos para expresar su grandeza y hermosura. La plaza del Obradoiro es su antesala, y dada su extensión, nos da una idea, aunque pálida, de lo que vamos a encontrar cuando uno se adentra en el sagrado recinto de la misma. A ella se penetra por la puerta principal desde dos escaleras laterales, monumentales. Un enrejado de preciosos dibujos las circunda. Cuando traspasamos la puerta y entramos al gigantesco salón que constituye el lugar de oración de los creyentes nos encontramos ante una construcción grandiosa: los techos de una altura impresionante, adornados con pinturas de carácter religioso, bellísimas; las paredes laterales con preciosos vitrales de variados colores que se realzan con la entrada del sol, si es de día, y, en el centro del inmenso salón, dos enormes lámparas con miles de luces. Esto nos da la impresión de que nunca llegará la noche a la Catedral. Cada una de las múltiples columnas tiene un diámetro de casi un metro, pudiera pensarse que han sido hechas para sostener un edificio diez veces mayor, tan sólido es su diseño. Y el altar principal es la máxima expresión del lujo y la magnificencia al unísono: revestido de oro, con la efigie preciosamente adornada del Apóstol Santiago en su centro, sentado en una hermosa butaca, con su túnica también de oro, apoyada su mano derecha sobre su rodilla y en la mano izquierda el báculo que simboliza su peregrinar. Sobre su cabeza una orla, también de oro, con incrustaciones de piedras preciosas. Los atributos del Apóstol son la cruz primacial con doble travesaño, puesto que está considerado como el primer Arzobispo de España, y la espada, con la que fue decapitado. Alrededor de la estatua del Apóstol se encuentran otros santos ricamente ataviados, y en los laterales superiores del altar dos hermosos ángeles, tan bien esculpidos que parece van a salir volando por entre la multitud.



Tía Generosa, Andrés, yo, Mercedes, Joaquín, Rosa, Fran y Almudena - 1993.



Toda la Familia Sept-93.

El incensario, o “botafumeiro” en gallego, pesa más de dos toneladas y es necesario un polipasto, así como ocho hombres para moverlo. Solo se usa en ocasiones especiales. Es de plata y está completamente cincelado con figuras a relieve de carácter religioso, debiendo haber sido esculpidas por algún artista famoso. Tuve el gran privilegio de verlo funcionando. Llegamos en el preciso momento en que comenzaba la misa de las once de la mañana, las enormes lámparas adornadas con miles de lágrimas de cristal, completamente iluminadas, daban una brillantez inusitada al recinto. Los flashes de cientos de cámaras indicaban la enorme afluencia de turistas al lugar, motivados por el año santo, llamado así porque existe una Orden Papal en honor al natalicio del Apóstol, veinticinco de julio, para que cada año que coincidiera en domingo fuera declarado año santo. Puedo decir que fui afortunada con mi viaje a España, pues recibí un doble premio, el primero, haber podido visitar el bello país de nacimiento de mi padre, y, el segundo, tener la gran suerte de ser testigo excepcional de los numerosos actos en honor a la fecha.

El más importante de ellos fue la celebración en la Catedral del veinticinco de julio de 1993, con la presencia del Rey Don Juan Carlos y la Reina Doña Sofía, en unión de altas personalidades del gobierno y de la iglesia católica de España, así como de otros países. Como una muestra de fervor religioso se podían observar una enorme cantidad de peregrinos, venidos de todos los rincones del planeta para seguir el camino del Apóstol Santiago, concentrándose el día de su natalicio en la Catedral para rendirle tributo a su recuerdo. En Santiago de Compostela la afluencia de peregrinos hace pensar en la de Roma o en la de Jerusalén, según referencias fidedignas. Los hombres del siglo XII amaron apasionadamente aquellos peligrosos y grandes peregrinajes, les parecía que la vida del peregrino era la perfecta imitación de la del cristiano verdadero. Ese día fueron insuficientes los lugares de descanso de esta longeva ciudad que es Santiago de Compostela, para albergar a tanto peregrino venido de tan disímiles partes del globo terráqueo. Dada su importancia, uno de los nuevos sitios culturales declarados por la UNESCO a finales de 1993, fue precisamente el Camino de Santiago, aumentándose con ello y muy dignamente, por cierto,

el Patrimonio Mundial de la Humanidad. El Rey Don Juan Carlos leyó un discurso considerado como piadoso y apropiado para la ocasión. Una buena parte del mismo fue expresada en idioma gallego en honor a la ilustre región de donde fue oriundo el Apóstol. El acto fue transmitido a España y a otros países por las cadenas de radio y televisión españolas, así como las de múltiples países que se encontraban allí para transmitir todo el acontecer de esta importante celebración. Terminada la misa nos dirigimos a las distintas salas que posee la Catedral, donde se exhiben bellas esculturas de santos, repitiéndose la del Apóstol Santiago, pero en distintas formas, una de ellas, atacando con su poderosa espada a los infieles, implorando su ayuda al Cielo, todas con velas encendidas que colocan los creyentes pidiéndole milagros.

En nuestra visita llegamos a una pequeña escalera lateral de seis u ocho escalones, tan gastados por el paso continuado de los millones de visitantes a la Catedral desde su creación que los mismos tienen profundas ondulaciones, peligrosas para caminar entre tantas personas a la vez, donde ni siquiera se puede ver el piso, a causa de la enorme aglomeración de interminables fieles interesados en visitarla. Descendemos esta escalera y nos encontramos en un salón de mediano tamaño, muy iluminado, con un reclinatorio para orar, recubierto de terciopelo rojo, precisamente delante de una reja plateada que guarda los restos del Apóstol Santiago en un bello cofre de plata, totalmente cincelado; es una hermosa labor de orfebrería. Al momento de entrar observé que había dos personas orando fervorosamente en el reclinatorio con los ojos cerrados, las manos juntas, la cabeza inclinada y susurrando imploraciones al santo milagroso. Cerca de ellos esperaban, en una fila organizada, decenas de personas que también deseaban hacerle peticiones al Apóstol.

El respeto y la admiración me dominan al encontrarme en un lugar tan sagrado y que jamás pensé conocer. El cosmopolitismo de la misma, sus múltiples visitantes, turistas venidos de todas las partes del mundo, atraídos más por su interés de conocer obras y lugares importantes que afirmar sus creencias religiosas, hacen que los sentimientos cristianos queden algo relegados, según mi humilde opinión.

Al salir de este sacrosanto recinto alcanzamos el salón principal, de nuevo donde pude ver una enorme fila de personas que esperaban algo, no me percaté de lo que era hasta que me adelanté hacia la entrada. Pregunté a un desconocido que pasó por mi lado y éste, español por más señas, me dijo que las personas aguardaban para pedir un milagro al Apóstol Santiago ante la columna sagrada. Esta columna tiene esculpidas multitud de figuras a relieve. La historia que allí me dieron a conocer explicaba que, al terminarse la obra de la primera Catedral que los cristianos construyeron, los peregrinos que la visitaban ponían los cinco dedos de la mano derecha en una de las columnas de la entrada, golpeando con la cabeza el pequeño pedestal que estaba frente a dicha columna, implorándole el cumplimiento de un deseo al Apóstol. Continúa la historia exponiendo que fueron hechos muchos milagros por el

Santo y, debido a ello, la costumbre se convirtió en tradición, por lo que una gran parte de los visitantes no se libra de la tentación de rogarle un deseo al venerado Apóstol. Y si nos atenemos a lo que dicen parece que es cierta la fama, porque cada año van más devotos cristianos para tocar y golpear el pedestal y rogarle nuevos milagros.

También visitamos la parte trasera de la Catedral, que está provista de una puerta, similar a la principal, pero más modesta. Aquí existe otra tradición, y es la de la llamada Puerta Santa, ante la que los visitantes apoyan su mano derecha y hacen un ruego al Apóstol para que este se los conceda. La multitud que se agolpaba ese día frente a dicha puerta era tan numerosa que solo me fue posible rozar los dedos de mi mano, sin tener la oportunidad siquiera de pedir un deseo. A la salida de la Catedral, la que puede realizarse por la puerta principal o la trasera, nos encontramos de nuevo con la plaza del Obradoiro, llena de vendedores de todo tipo de objetos: billetes de la Lotería Nacional, artículos de artesanía de piel, de metal, de porcelana, en fin, de cualquier tipo y para todos los gustos. También souvenirs religiosos, estatuillas del Apóstol Santiago, llaveros con una réplica del incensario de la Catedral, en fin, multitud de preciosidades que dan deseos de comprarlos todos. Producto de estas compras aún guardo un llavero con la réplica del incensario como recuerdo, y, además, uno para mi madre, a la que también traje un dedal de porcelana con el logotipo del peregrino, símbolo del año santo en 1993.

A un costado de la plaza del Obradoiro se encuentra el hotel de los Reyes Católicos, una monumental construcción parecida a un castillo, observándose desde la puerta de entrada un lujo realmente principesco, pero a su justa medida, sin exageración. En la entrada tuve la oportunidad de ver a un portero alto, bien parecido, vestido como los mayordomos de librea que vemos en los cuentos de hadas; su uniforme de un color azul pálido ribeteado de lamé dorado, con unos zapatos negros muy brillantes y con hebillas, también doradas. No me fue dado entrar porque no me atreví a solicitar el permiso, pero estoy segura que de haberlo hecho hubiera podido tener en mis recuerdos esa bella vista. Parada en medio de la antiquísima plaza pude musitar para mis adentros: “¡Elegante portero para tan majestuoso hotel!”.

El 24 de septiembre de 1993 mi primo Andrés me llevó hasta el aeropuerto de Santiago de Compostela. Iba acompañado de Maricarmen, su esposa. Nos despedimos con tristeza, pero con la esperanza de volvernos a ver. Me quedaba todavía acometer el viaje desde el aeropuerto de Barajas hasta Cuba, el cual realicé en una forma angustiosa, porque sufrimos unas turbulencias terribles que me hicieron pensar que mis regalos no llegarían a las manos de mi familia cubana. Pero, todo terminó felizmente. Mi madre, mi hermano y mis sobrinos me esperaban felices.

De esta manera, terminó mi hermoso viaje a Galicia, el más feliz de toda mi vida.





ÁLBUMES Y COLECCIONES DE FOTOGRAFÍA



María Celeste Castiglione Silva

Primer premio

ÁLBUM DE LA FAMILIA ANTA

(Argentina)

Unidades:

31, incluyendo un recorte de prensa.

AUTOR/ES:

Varios. No figuran.

NATURALEZA:

Copias digitales.

TIPOLOGÍA:

B/N. Color.

RESOLUCIÓN DIGITAL:

Media.

FORMATOS DE ORIGEN:

Varios.

CONSERVACIÓN:

Los originales escaneados por la participante presentan los problemas habituales. Las imágenes en B/N presentan diversas manchas de oxidación y algunas dobleces y roturas. La única fotografía en color presenta pérdida cromática.

ORIGEN:

Álbum familiar de la familia de Anta.

PROTAGONISTAS:

Distintos miembros de la familia.

LOCALIZACIONES:

Jambrina (Zamora, España), Texas (EE.UU.), partido de Avellaneda y barrio bonaerense de Palermo (Argentina).

FECHAS EXTREMAS:

1890-1980.

ASUNTOS / CATEGORÍAS:

Familia. Fotos familiares. Religión. Retratos. Ocio. Trabajo. Estudios. Servicio militar. EE.UU. Argentina.

USO:

Familiar e institucional (recorte de prensa).

ORÍGENES DE LA FAMILIA:

Jambrina (Zamora, España). Lalín (Pontevedra, España).

EMIGRADOS A:

Texas (EE.UU.) y Avellaneda (Argentina).

CONTENIDO:

La familia de Anta es originaria de Jambrina, Zamora. Cuenta la leyenda familiar que la rigidez del matrimonio alcanza al hijo mayor Esteban que se ordena como cura y realiza su misión en Texas, EEUU, donde luego viaja su sobrina (María Cruz, hija de Fructuosa), para estudiar y será su mentor. El siguiente de los hermanos, Juan Manuel, tenía una militancia política en el anarquismo y aprovecha el clima emigratorio para emprender el viaje hacia las pampas argentinas, donde desarrolla su oficio de cazador y amante de los animales, aunque hoy nos parezca una contradicción. En el paraje de Sarandí, Avellaneda compra y erige una casa santuario de animales y perros donde nacen sus dos hijas (la menor es mi abuela, Irma) de dos matrimonios diferentes, viudo de ambas. De Zamora envían a una amiga de la familia Patrocinio, ya mayor y soltera, para ser su tercera esposa y ayudar a criar a las niñas. A Patrocinio la he conocido y envió una foto a su lado. Irma se casa con un joven gallego, Rudy, emigrado de Lalín, Galicia, junto a sus hermanos y también se radican en Avellaneda donde se conocen y se casan, transformando la casa, para su hijita (mi madre). Lo sigue su hermano Ángel, que consigue un empleo como profesor en el Colegio del Salvador y conforma una familia tradicional, casado con Ida, y tiene dos hijos (Elvirita y Angelito), que trazan trayectorias laborales en el ámbito de la docencia. En el lar familiar zamorano queda Fructuosa, de quien no tenemos ninguna foto y Protasio, muerto joven que envió dos fotos con uniforme militar. Hemos intentado por todos los medios conseguir material “del otro lado” de estos testimonios epistolares y fotográficos, sin suerte, y estas fotos han resistido muertes y mudanzas y constituyen, junto a sus sonrisas y sus poses, la historia de esta familia que hasta hoy me constituye. La narración histórica que da marco a estas imágenes las hemos realizado en otro formulario aparte, al igual que los testimonios epistolares.



El matrimonio de Anta,
Jambrina, Zamora. *Circa* 1905.



El matrimonio posando para enviar a la familia,
de luto. *Circa* 1920.



Foto postal de Evangelina Viñoles, segunda
esposa de Juan Manuel. *Circa* 1920.

El padre Esteban de Anta con los niños de la Comunión, Julio 1916. Texas, EE.UU.



La familia de Anta ensamblada (Evelina, Irma, Esther y Juan Manuel), 1922.



Juan Manuel de Anta cazando (en el centro, con gorro y sacón).



Los hermanos zamoranos
en la costa de Quilmes.
Juan Manuel, (Izquierda) y
Ángel (derecha).

Irma, frente de la casa
de Sarandí, Partido de
Avellaneda, Provincia de
Buenos Aires.



Patrocínio Delgado, tercera
esposa de Juan Manuel,
recién llegada de Moraleja
del Vino para cuidar a Irma.



La jubilación de Ángel (1949).



María Cruz Garrote de Anta, ceremonia de graduación, enero 1952. Texas, EE.UU.



Patio de la casa de Ángel, donde se hospedó María Cruz Garrote de Anta, hija de Fructuosa (en el centro delante de la puerta), a su lado Ida (esposa de Ángel), Mama Ida (abuela de Elvirita, al lado de la ventana), Irma cerca del auto, y adelante Angelito y María Isabel y un bebé de la familia.

Los Silva ya reunidos en Avellaneda. Los padres en el centro, Fernando y Evelina. Los hijos, Manolo (atrás de los padres, el más alto), Rudy, (mi abuelo, a la izquierda de la foto con la mano en el bolsillo), Aniceto (en el otro extremo, mirando a sus hermanos), Raúl en el regazo de la madre, Fernando en el suelo y "la nena" en el regazo de su padre. Circa 1930.





Despedida de soltero del matrimonio interétnico de "La nena" y Jorge Eterovich, yugoslavo. Bajo la foto se encuentran las firmas de izquierda a derecha de Rudy Silva, Aniceto Silva, Jorge Eterovich, Raúl Silva y Fernando Silva.



Reproducción identitaria de "la Madre Patria". Marisa Silva de Anta disfrazada de torera. Segundo premio en los Carnavales de 1953.



Rudy e Irma, salida de novios en Palermo (BB.AA.), 1942.



Las familias de Anta y Silva unidas, (de izquierda a derecha) con Fernando Silva, Juan Manuel mirando a la cámara, a su lado Elvirita, Angelito, Rudy, María Cruz, Patrocinio, Marisa (en el centro) y Ángel haciendo el asado, en el fondo de la casa de Sarandí. Julio de 1953.



Santiago Cordero Álvarez

Primer accésit

FABRI

(Argentina)

UNIDADES:

63, incluyendo afiches publicitarios y un dibujo a plumilla.

AUTOR/ES:

Varios, incluido el protagonista; la mayor parte no figuran.

NATURALEZA:

Copias digitales.

TIPOLOGÍA:

B/N. Color.

RESOLUCIÓN DIGITAL:

Media.

FORMATOS DE ORIGEN:

Varios.

CONSERVACIÓN:

Los originales escaneados por la participante presentan los problemas habituales. Las imágenes en B/N presentan diversas manchas de oxidación y algunas dobleces y roturas. Las fotografías en color presentan pérdida cromática y brillos.

ORIGEN:

Álbum familiar.

PROTAGONISTAS:

Fabriciano "Fabri" Cordero Gago.

LOCALIZACIONES:

San Román del Valle (Zamora, España), partidos de Daireaux, provincia de Buenos Aires, y de Guaminí, provincia de Casbas (Argentina).

FECHAS EXTREMAS:

1913-1988.

ASUNTOS / CATEGORÍAS:

Familia. Fotos familiares. Educación. Farmacia. Retratos. Ocio. Trabajo. Argentina.

USO:

Familiar e institucional (afiches publicitarios).

ORÍGENES DE LA FAMILIA:

San Román del Valle (Zamora, España).

EMIGRADOS A:

Argentina.

CONTENIDO:

Fabri, como lo conocían todos, emigró con 2 meses y medio de edad porque sus padres (mis bisabuelos) fueron invitados en 1913 a vivir en Argentina por parientes que estaban radicados en la zona rural de Daireaux, Provincia de Buenos Aires. Luego pasaron a trabajar 80 kms más al sur en la zona rural de Casbas, partido de Guaminí. A lo largo de su vida Fabriciano fue farmacéutico, dibujante, fotógrafo, vendedor de maquinaria agrícola, presidente de diversas instituciones de la sociedad civil e inventor. Para más detalles sobre la hermosa e interesante vida del protagonista los invito a leer el trabajo titulado FABRI.

Introducción. Entre 1880 y 1930 se desarrolló la época de la llamada “emigración en masa” de españoles y otros europeos a América. La República Argentina fue un destino apetecible para hombres y mujeres de la “madre patria” que emigraban por motivos de carácter laboral, económicos y políticos. Los gobiernos de la pujante y prometedora Argentina de fines del siglo XIX y principios del XX connotaban calidad de vida y ascenso social a través del trabajo. En este contexto y a principios del S. XX llegaron de España mis ancestros paternos provenientes de la Provincia de Zamora y maternos de León. Hoy me convoca la atrayente y prolífica historia de vida de mi abuelo paterno, Fabriciano Cordero Gago, quien vino al mundo el 18 de agosto de 1913 en San Román del Valle, Zamora, España y falleció en Casbas, Buenos Aires, Argentina, el 29 de noviembre de 1988.

Toda historia aunque sea familiar se ubica en un contexto temporal-espacial y tiene un principio, desarrollo y final, a saber: Mis bisabuelos

paternos, ambos zamoranos, eran Eleuterio Cordero Maniega (1887-1953) oriundo de San Román del Valle, localidad del municipio de Villabrázaro y María Gago Manso (1893-1977) nacida en Donadillo, Municipio Manzanal de los Infantes, fueron invitados en 1913 a venir a la Argentina por parientes que vivían en la zona rural de Daireaux, Provincia de Bs.As. Luego pasan a trabajar 80 km más al sur, en los campos del próspero y antiguo agricultor-ganadero de origen español, Cesáreo Naredo y radicado en la zona rural de Casbas, Distrito de Guaminí, Provincia de Buenos Aires. Ellos partieron de su terruño en noviembre de 1913 con su primogénito Fabriciano, mi abuelo, de tan solo 2 meses y medio de edad y el corazón repleto de sentimientos “encontrados” pero con una firme decisión de cumplir los sueños anhelados. Ambos eran insu- truidos en el arte de leer, escribir y conocimientos de cultura general.

¡Quién iba a decir que pasadas dos generaciones la historia se repetiría a la inversa con algunos de sus nietos! Tierras que fueron cobijo y esperanza para los inmigrantes españoles se volvieron en la actualidad metáfora del desamparo y la desesperanza. Para seguir avanzando en esta historia quiero contar que a fines del S. XIX se llevó a cabo la “Campaña del Desierto” por la que el gobierno argentino conquistó grandes extensiones de territorio que se encontraba en poder de los pueblos originarios: Pampa, Ranquel, Mapuche y Tehuelche. Esta conquista conlleva la incorporación de nuevas tierras para la actividad agrícola-ganadera y ante la necesidad de expandir el modelo económico agro-exportador cobra suma importancia la aparición e incorporación del ferrocarril para consolidar este modelo. La expansión de este medio de transporte dio lugar al nacimiento de nuevos pueblos. De esta manera el 19 de noviembre de 1911 se rematan 5000 hectáreas de “incomparable riqueza” según el afiche de la propaganda. Estas hectáreas estaban divididas en chacras, quintas y solares que rodeaban la estación del Ferro-Carril “Midland” y que formarían el nuevo Pueblo y Colonia denominado Casbas (topónimo derivado del apellido del zaragozano don Miguel Casbas propietario de 39.502 hectáreas compradas al “Superior Gobierno de la Nación” en 1881 donde se encontraban las 5.000 hectáreas que se remataban).

El pueblo de Casbas se fundó en noviembre de 1911 y mi abuelo, Fabriciano, llegó en brazos de sus padres a estas tierras, en noviembre de 1913. Siguiendo con el desarrollo de esta historia familiar y a modo de homenaje a mi abuelo paterno, Fabriciano Cordero, al cual su querida María, mi bella abuela, llamaba cariñosamente “Fabri” o “Cordero” en señal de respeto y admiración; yo su nieto menor, Santiago Cordero, armo un recorrido narrativo y fotográfico por su vida en su condición de inmigrante español muy comprometido con su entorno pero que no olvidó sus raíces españolas transmitiendo a sus tres hijos y seis nietos el amor por España. Mi bisabuelo, Eleuterio, luego de trabajar como peón calificado en las tierras de la familia Naredo logró hacerse

un lugar de respeto en la sociedad casbense. Con la ayuda monetaria desinteresada de un amigo inmigrante de origen portugués, Arturo Annes, compra tierras que logra acrecentarlas con el tiempo y la ayuda de su mujer e hijos quienes participaban en las tareas rurales. Al establecimiento que llega a tener 360 hectáreas lo llaman “La María Teresa” en honor a la única hija mujer y estaba ubicado al Este del pueblo de Casbas. Allí mis bisabuelos paternos crían a sus cuatro hijos: Fabriciano y a los nacidos en suelo argentino: José, María Teresa y Eleuterio(h). Un día haciendo sus labores en el campo Fabriciano, mi abuelo, con 13 años, sufre un accidente en una máquina cosechadora y pierde su mano derecha y parte del antebrazo. Al año siguiente, 1927, su padre lo envía como pupilo al colegio La Sagrada Familia de los Hermanos Lasallanos de la localidad de Pigüé ubicada a 100 km de Casbas donde en tres años completa la educación primaria. A pesar de que tuvo que adaptarse entre otras cosas a escribir usando el plumín con la mano izquierda y sobrellevar la vida severa del pupilaje logró muy buenas calificaciones. Fabriciano solía contar que tardaban 3 hs en llegar a la escuela de Pigüé con el “Ford A” familiar, recorrido que hacían acompañados con otros vehículos de padres de alumnos del internado del colegio La Salle. En el año 1930 ingresa al colegio Carmen Arriola de Marín en Beccar, San Isidro, Buenos Aires perteneciente también a la Congregación Lasallana para completar sus estudios secundarios. Solía comentar que allí no tenían ninguna contemplación por faltarle el brazo derecho. Situación que lo hizo esforzarse aún más en las áreas de dibujo y caligrafía. Finalizado el secundario y como no lo aceptaron en la Facultad de Ingeniería de Buenos Aires por faltarle una mano, decidió estudiar Farmacia en la Universidad de Córdoba logrando el título de químico-farmacéutico.

El abuelo se recibe de químico-farmacéutico en la Universidad Nacional de Córdoba en 1938. Recién recibido regresa y entra a trabajar en la Farmacias del Sr. Cerri de la localidad de Guaminí. Y luego en la Farmacia del idóneo Gangale de Casbas. El 1º de junio de 1942 inicia su actividad como farmacéutico propietario en la calle Justo Condessa 181 de Casbas. En gratitud de la ayuda económica dispensada por sus padres por tantos años de estudio en el año 1946 diseña y construye una casa moderna de estilo racional en el pueblo. Luego, el 6 de noviembre de 1955 inaugura local propio con casa de su propio diseño, en la esquina más popular del pueblo, Avda. San Martín y Avda. Caride T.E (Teléfono del Estado) 35 donde trabajó hasta su muerte el 29 de noviembre de 1988. Corría el año 45 y en la sede de la Sociedad Española de Socorros Mutuos de Casbas se llevaba a cabo un baile donde se elegiría la reina de Casbas. La Farmacia Cordero auspiciaba el álbum de fotos del evento a la elegida como reina. Allí sale electa por votación de los presentes la joven casbense María Eugenia Alonso Fulgencio de 20 años, mi abuela María.

El relato familiar cuenta que Fabri (32) queda prendado de la belleza de la joven María por lo que le retacea la entrega del álbum con los recuerdos fotográficos de la elección, condicionándola a ir más veces a la Farmacia en su búsqueda hasta que se enteró su madre Pilar y le prohibió ir otra vez. La historia continúa y un día de 1946 se comprometieron y en 1947 se casaron en la Iglesia Santa Teresita. La novia ya mostraba sus dotes de modista exquisita haciéndose su propio vestido con ayuda de Luciana, su hermana mayor y con Nelly el bordado del tul de novia. De esta unión nacieron Carlos Alberto (48) y Jorge Marcelo (52) y luego de un largo viaje por Europa llegó en 1959 la hija mujer, María Anahí. El abuelo Fabri conoció y disfrutó a sus seis nietos Facundo, Lisandro, Lautaro, Ezequiel, Octavio y yo, Santiago. Todos sus hijos, nueras y nietos tuvieron educación universitaria.

Dado su compromiso cívico con la tierra que le dio cobijo, posibilidad de estudiar, realizarse como profesional y trabajar, decide el 05/07/1954 nacionalizarse argentino. En este viaje a España (58) fueron acompañados por la hermana mayor de mi abuela, Luciana, dado que ella había nacido y criado en Castrillo de la Guareña, Zamora y tenía vívidos recuerdos de sus tíos y primos españoles. Debido a que la relación epistolar con los parientes españoles era asidua (en la medida de lo posible) tenían conocimiento de la “complicada” situación económica en la que estaban por lo que mi abuela con las hermanas: cosieron, tejieron y compraron elementos varios para llevar a España.

La inteligencia, inquietud e inventiva de mi abuelo lo llevó a pergeñar, crear, e incursionar en distintos rubros que movilizan la economía de un pueblo. Fabricó esencia de vainilla para uso culinario, elaboraba la famosa crema Diadermina para manos y pies. Ambos productos de calidad óptima. Instaló en la farmacia una pequeña fábrica de Tinta Azul para escribir sin mancharse. Ante la ausencia de Bioquímicos en el pueblo y la zona realizaba con ayuda de un microscopio, análisis de sangre para recuento de glóbulos blancos, de orina y también de materia fecal para detección de parásitos. Como en la zona había muchos tamberos realizaba determinaciones de materia grasa en leche. Ante la concurrencia periódica de un Dr. Oculista Incorporó una Óptica brindando la interpretación de las recetas con los requerimientos de esa época y venta de cristales. A Fabriciano desde su época de estudiante siempre le gustó el arte de la fotografía con la intención de reinterpretar la realidad y sobre todo como una forma de atesorar recuerdos. Con el tiempo su hobby se transformó en profesión por lo que instaló un estudio fotográfico para fotos familiares y tipo carnet. En esa época la fotografía era un arte difícil, audaz, caro y requería un ojo experto y cálculo preciso. En esta tarea tuvo la ayuda de su esposa María que se ocupaba del revelado e impresión de las fotografías y gracias a su innato sentido estético coloreaba tenuemente las fotos al uso y moda de esos tiempos. No quedó dormida su vocación por la mecánica y para-

lamente a la atención de la Farmacia comenzó a vender maquinaria agrícola siendo concesionario de los tractores John Deere, cosechadoras Alasia, picadoras de pasto Berini y Araus y varias marcas de arados. También fue agente vendedor de Agar Cross S.A. Ltda. También armó un equipo de maquinarias para hacer trabajos como contratista rural.

Su contacto con la zona rural lo llevó a instalarse como acopiador de cereales donde tuvo un traspie económico muy importante ya que en esa época el principal cultivo en la Argentina era el trigo que se embolsaba en bolsas de arpillera y se guardaba en los galpones que poseía el ferrocarril hasta su envío al puerto, que se iba haciendo por cupos que daba la Junta Nacional de Granos. Como ese año la cosecha fue excelente tuvo que hacer estibas al aire libre que cubrieron con Nylon. A consecuencia de la demora de liberar los cupos por parte de la JNG, el nylon comenzó a deteriorarse y permitir las filtraciones de agua de lluvia a esto se sumó la baja del valor del trigo por exceso de oferta. En consecuencia, la pérdida económica fue importantísima al punto de llegar embargos a las propiedades y mobiliario. Aquí el abuelo tuvo que desprenderse del campo heredado por el fallecimiento de su padre, Eleuterio. Pero una vez más la resiliencia construida por el binomio abuelo/abuela surtió efecto y pudieron salir adelante. Por el año 1972, la Fiebre Aftosa comenzó a hacer estragos en la hacienda vacuna. El abuelo amante de sus preparados magistrales se propuso buscar una solución al problema y después de muchas pruebas llegó a una fórmula ideal con excelentes resultados tanto para la cura como para la prevención. Después de construir un laboratorio comenzó a fabricar en gran escala y vender con gran éxito bajo el nombre de “Antiséptico Salud” y por problema de oposición de marcas registradas lo continuó fabricando con el nombre “CORDER”.

Su espíritu solidario y de gran compromiso con la comunidad lo llevó a integrar varias comisiones directivas de diversas instituciones: Presidente –1952 Y 1954– de la Sociedad Española de Socorros Mutuos de Casbas. Presidente en dos oportunidades del Rotary Casbas. Cofundador (1979) y 1º Presidente desde 1980 a 1985 de la Cooperativa de Agua Potable y otros Servicios de Casbas.

Fabriciano y Maria fueron amantes de viajar y conocer lugares, personas y costumbres. Recorrieron casi toda la Argentina, países vecinos Chile, Bolivia, Perú, Brasil y Uruguay. Estados Unidos, diversos países del continente europeo en varias oportunidades y una vuelta al mundo que los hizo conocer Medio Oriente y Oriente.

Dentro de esta historia del abuelo Fabri hay otra historia que trasciende el ámbito familiar para formar parte de la memoria colectiva del pueblo de Casbas. Haciendo un corte sincrónico en este relato les comento que todo sucedió en la mañana del 20 de mayo de 1978 en vísperas del casamiento por iglesia de mis padres Alberto Cordero

Alonso y Blanca Álvarez Ramos, cuando en el depósito de la Farmacia Cordero se desató un voraz incendio. El mismo dejó al descubierto una gran carencia que derivó en la creación del 1º Cuerpo de Bomberos voluntarios de Casbas y en consecuencia del Distrito de Guaminí. Por esto justo al mes, el 20 de junio de 1978, quedó formada la primera Comisión Directiva de la cual mi abuelo es obviamente miembro. De este acontecimiento faltan las ocasionales fotos de Fabriciano porque estaba demasiado preocupado y ocupado en ver cómo en ausencia de un cuerpo local de bomberos se sofocaba el incendio. Acá se resalta y valora la solidaridad y unión de todo un pueblo. Después de tanta angustia vivenciada y con tan solo una hora de retraso se efectuó la unión matrimonial de mis padres. En la familia siempre se recordó cómo el abuelo a causa de tanto estrés sufrido y pérdida económica no recordaba con nitidez lo experimentado. “El hombre que no ha pasado por circunstancias adversas realmente no se conoce bien” dice V Frank Y claramente el mayor orgullo del abuelo Fabri fue haber superado adversidades, incertidumbres y retos con la resiliencia que lo caracterizó y que junto a la pujanza, creatividad artística y gusto estético de mi abuela María les permitió con mucho trabajo y sacrificio recuperarse de los traspiés económicos. En las situaciones difíciles su frase motivadora era “No nos preocupemos, Dios Proveerá” y así fue siempre porque detrás de esa frase sabían que pondrían todo el trabajo y mayor esfuerzo para que sucediera. Las fotos presentadas connotan laboriosidad, constancia, superación, responsabilidad, compromiso, esperanza en un futuro mejor y mucho compromiso social con el terruño.

Post Mortem. Bajo el Nº 157/2018 el Honorable Concejo Deliberante del Distrito de Guaminí sancionó en el Art. 3º de la ordenanza del 26/11/2018 Imponer el nombre de Fabriciano Cordero a una calle de Casbas, Guaminí, Prov. de Buenos Aires.

En sus años
de joven
estudiante
de Farmacia.
Córdoba,
Argentina.



Brindando junto a la torta de Casamiento,
Casbas.

Primeros
momentos en
España. Foto del
buque con el
que cruzaron el
Océano Atlántico.



Fabriciano
(derecha), junto
a María (segunda
de la derecha)
y vecinos del
pueblo, Castrillo
de la Guareña.



Fabriciano
junto a sus
dos hijos
varones,
Alberto y
Jorge, Casbas.

Scans de las etiquetas
de los envases de
Laboratorio Cordero.



Fabriciano
junto a
María y una
empleada.



Alejo Ortega

Segundo accésit

LA TATA

(Argentina)

UNIDADES:

47.

AUTOR/ES:

Varios, no figuran.

NATURALEZA:

Copias digitales.

TIPOLOGÍA:

Color y b/n

RESOLUCIÓN DIGITAL:

Media.

FORMATOS DE ORIGEN:

Varios, incluyendo algún reverso con dedicatoria manuscrita.

CONSERVACIÓN:

Buena. Decoloración en las fotografías en color, roturas y desgaste en los bordes en las de b/n.

ORIGEN:

Álbum familiar.

PROTAGONISTAS:

Isolina Meana Menéndez, bisabuela del autor.

LOCALIZACIONES:

Gijón (Asturias, España), Córdoba (Argentina).

FECHAS EXTREMAS:

1930-1975.

ASUNTOS / CATEGORÍAS:

Familia. Fotos familiares. Retorno. Asturias. Argentina.

USO:

Familiar.

ORÍGENES DE LA FAMILIA:

Gijón, España.

EMIGRADOS A:

Córdoba, Argentina.

CONTENIDO:

Mi bisabuela Isolina Meana Menéndez nació el 15 de noviembre de 1921, en la ciudad de Gijón, Asturias. Hija de Lisardo, carpintero y de María, ama de casa, pero con grandes capacidades para negociar y vender. Ambos, también, oriundos del Concejo de Gijón. En 1930, los Meana Menéndez deciden probar suerte en América. Los motivos que los llevaron a esta decisión fueron varios, pero el de mayor peso fue la necesidad de mejorar las condiciones económicas de la familia, que venía transitando una situación crítica. Luego de un acuerdo comercial que Lisardo había realizado con su carpintería, y que no había dado los resultados esperados, la pareja decide encarar este nuevo rumbo guiados por las voces que prometían grandes potencialidades económicas en América. Acompañados de sus seis hijos: Ángel Eliseo de 16 años, Arturo Lisardo de 12, Isolina de 9, Gerardo de 6, María de Jesús de 4 y el pequeño Manuel de tan solo 1 año, viajaron desde Gijón hasta Galicia para luego cruzar el Atlántico. Así es como la familia llega el 20 de abril de 1930 a bordo del vapor “Antonio Delfino”- en honor a uno de los mejores agentes comerciales de la empresa-, que había zarpado del puerto de La Coruña. Este vapor pertenecía a la compañía Hamburguesa Sud Americana, de origen alemán que acostumbraba a bautizar a sus barcos con nombres españoles e italianos, en una acertada estrategia de marketing.

Los Meana Menéndez se instalaron en cercanías de la ciudad de Córdoba, capital de la provincia que lleva el mismo nombre. Al cabo de algunos meses, se asentaron definitivamente en barrio Talleres, donde compraron un lote y comenzaron a edificar su casa. Este barrio estaba en proceso de poblamiento, todo al calor del crecimiento del Ferrocarril Argentino, de allí su homónimo “Talleres”, ya que era la zona en la que estaban (y aún están) en pie los talleres del ferrocarril donde se

realizaban el mantenimiento y la fabricación de los vagones y máquinas. No fue fácil este nuevo comienzo para la recién llegada familia gijonesa. El mote de “gallegos” que se les asignaba, las costumbres argentinas diferentes a las españolas, la lejanía de la familia que había quedado en Asturias, el abandono de sus pertenencias en Gijón fueron motivos suficientes para que Lisardo, el padre, con 37 años y la pequeña Isolina enfermaran de depresión. Esta situación puso en duda su permanencia en Argentina, pero los gastos acarreados por el viaje y la reciente instalación en un nuevo destino, les impedía el regreso a todos juntos. María, la madre de familia que había adquirido un determinado nivel de vida en España, no quiso emprender la vuelta. Hería su orgullo un regreso cubierto de derrota y pobreza.

Finalmente, de a poco la familia tuvo que acomodarse a las nuevas circunstancias. Las desavenencias en los negocios que emprendía Lisardo como carpintero continuaban y fue María la que debió tomar la posta de la economía familiar. Sacó a relucir sus habilidades como vendedora de pescado, adquiridas en Gijón, durante su juventud. Así es que cada mañana María y Lisardo iniciaban su día de trabajo, comprando barato y vendiendo más caro. Al tiempo, Ángel Eliseo se sumó al trabajo. La necesidad de que una mujer se ocupara de los quehaceres domésticos hizo que la pareja decidiera que Isolina, por ser la hija mayor, dejara de asistir a la escuela. Esta decisión fue muy triste para ella, que deseaba fervorosamente seguir estudiando y también, fue resistida por la maestra que insistía en las cualidades que tenía la pequeña. Sin embargo, no hubo cambios en la decisión original y a partir de los 10 años la separación entre la escuela e Isolina se concretó por completo. A partir de ese momento, mi bisabuela, tuvo que hacerse cargo de todas las labores domésticas y del cuidado de sus hermanos, todo a muy temprana edad. Limpiar la casa, preparar la comida, lavar la ropa, atender y proteger a los sus hermanitos se habían convertido en su nueva tarea diaria, gran responsabilidad que debió afrontar en medio de las dificultades y la falta de recursos de aquellos tiempos.

Así fueron transcurriendo los años, mientras que la prole de Meanas Menéndez no dejaba de crecer: Bernardo, luego Rafael y por último Facundo, que se sumaban a la lista de cuidados y atenciones con las que Isolina debía cumplir. Por aquel tiempo, comenzaba a tejerse una relación de compañerismo y complicidad entre María de Jesús e Isolina. Las hermanas, únicas dos mujeres, se acompañaban en una casa llena de varones que demandaban mucha atención y a los que no se les exigía cumplir o colaborar con tareas domésticas. Las jóvenes se habían convertido en sus mutuas confesoras, se contaban sus sueños y anhelos, sus alegrías y también los enojos. Lo que fue fundamental para Isolina, quien sufría con cada nuevo embarazo de su madre. La joven sabía que era una nueva responsabilidad a su cargo, y por lo tanto su deseo de estudiar y aprender, al menos un oficio, se alejaba

cada vez más. Por eso, en sus sueños aparecía la idea recurrente de abandonar la casa junto a su hermana, viajar con rumbo a México, país que conocían a través de las películas que se transmitían en el cine local, y dedicarse a su pasión, la costura y el tejido de prendas de vestir. Esta era una conversación permanente que tenían ambas, divagar, imaginar-se, les permitía pensar una vida en la que ambas pudieran ser independientes y acompañarse en la travesía, ella era capaz de trabajar y María podría ayudarla con las tareas de costura. Ninguna tendría que continuar siendo algo que no querían. Mi abuela, Ana Luz, siempre nos trae una anécdota que pinta de cuerpo y alma cómo era Isolina, su madre. Ella, siempre observaba con gusto cómo las vecinas de su misma edad tomaban clases de costura, de tejido y otros oficios muy difundidos entre las mujeres de la época. “¡Ay! Si tan sólo ella pudiera aprenderlos también” dice mi abuela cada vez que lo relata, pero sus oportunidades eran nulas. Los mandatos patriarcales, canalizados en las responsabilidades del hogar y la familia, siempre truncaron esa posibilidad. Sin embargo, ella persistía en la idea. Le entusiasmaba aprender a tejer a crochet pero no contaba con ningún elemento, ni recurso. Fue entonces, cuando consiguió que un amigo y vecino le hiciera unas agujas, pues el joven acostumbraba a fabricar estos elementos para sus propias hermanas. Con las agujas en mano, solo le faltaba obtener el hilo. En los “flecós” de la puntilla del cubrecama de sus padres vio el tan ansiado recurso y con eso inició la práctica, mientras cruzaba los dedos para que nadie lo advirtiera. Contra todo pronóstico se las ingenió para aprender a coser y a tejer, fue autodidacta. Con ese oficio autosustentado forjó su vida y la de su familia.

Isolina se casó a los 26 años con un joven argentino, Pedro Rodolfi, proveniente de una familia de inmigrantes italianos y franceses. Pedro era empleado ferroviario, trabajaba en los talleres especializados en frenos que estaban ubicados en un barrio cercano, llamado Alta Córdoba, junto con sus hermanos mayores. Del matrimonio de Isolina y Pedro, celebrado en 1947, nacieron tres hijos: Ana (mi abuela), Graciela y Osvaldo. De recién casados vivieron en la casa de los padres de Isolina, mientras construían su propio hogar en el mismo barrio. Cuando Ana cumplió 4 años, se mudaron definitivamente. Isolina continuó con ese espíritu incansable, por eso para terminar la construcción de su humilde casa trasladaba carretillas de piedras y arena, trabajaba a la par de cualquier albañil, y alternaba eso con las horas del día con sus tareas de costura y de ama de casa. Todo mientras Pedro trabajaba en el taller ferroviario. Con tan solo 45 años, Isolina quedó viuda. Pedro falleció intempestivamente, y ella quedó a cargo de su familia, con tres hijos que transitaban entre la niñez y la adolescencia. Pero este revés de la vida tampoco logró bajarle los brazos. Amplió su trabajo de costura y tejido, tomó más clientes que admiraban su capacidad creadora y le encargaban desde vestimentas sencillas e informales hasta vestidos para lucir en fiestas y casamientos. Su habilidad para la creación

se acrecentaba cada vez más, como una explosión de algo que estuvo muchísimo tiempo retenido. Rompiendo con la idea familiar que le había negado la educación, se convirtió en una ferviente promotora de que sus hijas e hijo, y también sus sobrinos, asistieran a la escuela y a la universidad. Incentivó, avaló y acompañó toda aquella formación que sus ellos quisieron iniciar. Mi abuela Ana quiso ser peluquera y lo logró, Graciela estudió Contadora pública y Osvaldo no deseaba estudiar porque su anhelo era ser camionero, ella lamentó esta decisión, pero lo ayudó y acompañó para que pudiera montar su propia empresa de transporte, la que mantiene hoy en día.

Isolina amaba el mar, ese maravilloso espejo de agua que miraba cada vez que de niña visitaba la playa de San Lorenzo, a pocas cuadras de su casa en Gijón. El mar Cantábrico se había vuelto un recuerdo lejano, y en la ciudad de Córdoba existen un mar de cosas hermosas, pero no un mar como el que ella añoraba. Cada vez que viajaba a la ciudad de Mar del Plata, en Buenos Aires, volvían a su memoria aquellas aguas frías del Cantábrico y prometía que un día volvería a Gijón para dar ese último adiós a sus tías, tíos y primos que habían permanecido en Asturias. En 1975, Isolina preparó su pasaporte español y volvió a Gijón, estuvo una temporada por allí, visitando a todos sus familiares, tanto Meana como Menéndez. Pudo abrazar a sus tías y tíos y conoció a los hijos de sus primas y primos. Disfrutó plenamente de su Asturias, se trajo con ella muchas imágenes de los prados verdes, de los hórreos y las panaderas, miró al Cantábrico por última vez. Volvió a Argentina completa y feliz. Había cumplido su mayor sueño, volver a su tierrina amada. Todos los sacrificios habían valido la pena. Lamentablemente, en 1980 enfermó de cáncer de pulmón. En abril de ese mismo año falleció, todavía rodeada del amor de sus hijos y de sus pequeños nietos, el mismo amor que tiñó toda su obra, toda su vida. Para ese entonces había dejado de ser Isolina, para ser la “Tata”, bautizada así por su nieto mayor, Luis, con el cual se tenían una profunda conexión, una conexión que solo una abuela generosa y guerrera como ella podría brindar. Este relato sobre mi bisabuela Isolina Meana Menéndez no solo es para ella, también es en honor a todas esas mujeres atrevidas, como la Isolina, como mi abuela, mis tías y mi madre. Mujeres a las que les negaron los moldes, el hilo y las agujas, pero no les pudieron quitar el valor y la audacia. O mejor, nunca les quitaron el sueño.

María Luz Divina Menéndez de Meana y Lisardo Meana, padres de Isolina, recién casados en 1920.



Casa de los Meana-Menéndez. Calle Palestina 241, Ciudad de Córdoba, Argentina.



Isolina, mi bisabuela, siempre bella y la protagonista de este trabajo. Retratada a sus 21 años, con toda una vida por delante. 1942.



A la izquierda de la tía Isolina se encuentran Quique y Silvia, nietos de su hermano Ángel, hijos de su sobrino "El Chiquito".



Aquí, Isolina, su prima y su tía, María Meana, en el complejo deportivo Las Mestas, de Gijón, otoño del 75.



Jorge
D'Amato
Rodríguez

MOTIVO DE AGRADECIMIENTO

(Argentina)

UNIDADES:

18.

AUTOR/ES:

Varios, no figuran.

NATURALEZA:

Copias digitales.

TIPOLOGÍA:

Color.

RESOLUCIÓN DIGITAL:

Baja.

FORMATOS DE ORIGEN:

Varios.

CONSERVACIÓN:

Buena. La baja resolución de las imágenes hacen que muchas hayan perdido nitidez.

ORIGEN:

Álbum familiar.

PROTAGONISTAS:

Francisca Rodríguez, madre del autor.

LOCALIZACIONES:

Sejas de Aliste (Zamora, España).

FECHAS EXTREMAS:

1990-2019.

ASUNTOS / CATEGORÍAS:

Familia. Fotos familiares. Retorno. Homenaje público. Zamora. Argentina.

USO:

Familiar.

ORÍGENES DE LA FAMILIA:

Sejas de Aliste (Zamora, España).

EMIGRADOS A:

Buenos Aires, Argentina.

CONTENIDO:

Luego de desarrollar su niñez y parte juventud en su casa natal, a los 23 años emigró a Buenos Aires, República Argentina en 1928. Allí se casó y tuvo dos hijos, uno de los cuales, Jorge, está presentando el presente trabajo. En 1990 a los 85 años regresó a España luego de 62 años de ausencia con el propósito de realizar su último viaje para ver a su hermana y su cuñado. Casi treinta años después en 2019 sus hijos decidieron donar la propiedad de tierras heredadas de sus antepasados para que el municipio de Sejas de Aliste pueda construir una plaza que lleva el nombre de nuestro abuelo, Pedro Rodríguez Gago, para que sea aprovechada por la comunidad para su goce y disfrute y como un motivo de agradecimiento a la patria que los albergó en buena parte de sus vidas.

[Las fotografías son de dos momentos distintos: el viaje que Francisca realiza a su Sejas natal en 1990, muchas de ellas ya reproducidas en un relato del mismo autor presentado al *II Premio Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa* (Blanco, Bragado y Dacosta, eds. Salamanca: Junta de Castilla y León, UNED Zamora, 2011, p. 25-55), y una segunda serie centrada en la visita del autor del relato a la misma localidad en 2019, incluyendo el homenaje público al padre de Francisca. (N. del E.)]



30 años después, El 1 de marzo del 2019 nos aguardó buena cantidad de los habitantes de Sejas de Aliste para saludarnos portando las banderas de España y de Argentina.



Unos meses antes habíamos donado unas tierras de nuestros antepasados para que se construya una plaza para la comunidad. Aquí estoy en un obelisco que se construyó el día de la inauguración.



La placa que se descubrió con la fotografía de nuestro abuelo, Pedro Rodríguez Gago, en la plaza que lleva su nombre.



María Inés
González
Rouco

MARÍA CARMEN CORRAL NOVO, MI ABUELA LUCENSE

(Argentina)

UNIDADES:

42.

AUTOR/ES:

Varios, no figuran.

NATURALEZA:

Copias digitales.

TIPOLOGÍA:

Color y b/n

RESOLUCIÓN DIGITAL:

Baja.

FORMATOS DE ORIGEN:

Varios, incluyendo reverso de fotografías con dedicatorias y documentos personales como actas de nacimiento, un retrato a plumilla y un recorte de prensa con una necrológica.

CONSERVACIÓN:

Buena. Decoloración en las fotografías en color, roturas y desgaste en los bordes en las de b/n.

ORIGEN:

Álbum familiar.

PROTAGONISTAS:

María del Carmen Corral Novo, abuela de la autora.

LOCALIZACIONES:

San Juan de Alba, Villalba (Lugo, España).

FECHAS EXTREMAS:

1897-1991.

ASUNTOS / CATEGORÍAS:

Familia. Fotos familiares. Retorno. Galicia. Argentina.

USO:

Familiar.

ORÍGENES DE LA FAMILIA:

San Juan de Alba, Villalba (Lugo, España).

EMIGRADOS A:

Buenos Aires, Argentina.

CONTENIDO:

Mis bisabuelos, Andrés Corral Mouteira y Josefa Novo Millor, en San Juan de Alba, Villalba. El bisabuelo vivió cinco años en la Argentina, cuando ya era padre de varios hijos, María Carmen, Isabel (Sor Adela), Manuel, José María, Elvira (Sor Trinidad), Generosa y Marcelino. Vino a trabajar, aproximadamente en el año 1910, como guadañador del ferrocarril, para cortar el pasto donde se colocarían las vías.

[La colección se completa con fotografías tomadas por el padre de la autora en la localidad gallega de origen, en 1971, que se comparan con otras de 1991 tomadas en las mismas localizaciones. Una hermana de la autora también concurre al premio, a esta misma modalidad. (N. del E.)]



San Juan de Alba, Villalba, Lugo. Año 1971.



Año 1991.



Fotografía donde estoy yo. San Juan de Alba, Villalba, 1991.



Emigró a la Argentina para casarse con mi abuelo Pedro González y González.



La familia posa en una foto que enviará a Galicia.



Mi abuela en una foto de estudio, dedicada a mi padre..



Mi padre con su tía, Elvira Corral Novo, sor Trinidad. Granada, 1971.



María Marta
González
Rouco

MARTIN ROUCO VIÑAS

(Argentina)

Unidades:

14.

Autor/es:

Varios, no figuran.

Naturaleza:

Copias digitales.

Tipología:

Color y b/n

Resolución digital:

Baja.

Formatos de origen:

Varios.

Conservación:

Buena. Decoloración en las fotografías en color, roturas y desgaste en los bordes en las de b/n.

Origen:

Álbum familiar.

Protagonistas:

Martín Rouco Viñas, abuelo de la autora.

Localizaciones:

Cebreiro (A Coruña, España), Tandil y Buenos Aires (Argentina).

Fechas extremas:

1909-2016.

Asuntos / categorías:

Familia. Fotos familiares. Retorno. Galicia. Argentina.

Uso:

Familiar.

Orígenes de la familia:

Cebreiro (A Coruña, España).

Emigrados a:

Tandil, Argentina.

Contenido:

Mi abuelo materno, Martín Rouco Viñas, nació en Cebreiro, La Coruña, el 6 de junio de 1890. Fueron sus padres Manuel Rouco Santiso y Manuela Viñas Pazos, y sus hermanas, Matilde y María. Dejó Galicia en 1909, buscando un futuro mejor; las guerras de Cuba y Filipinas habían pasado dejando un saldo luctuoso, y la milicia en Marruecos era una preocupación constante para todos. Sobre todo, para los jóvenes. Volvió muchas veces a su tierra, hasta los 40 años, en que se casó y ya no salió de la Argentina. Le gustaba encontrarse con los parientes; disfrutaba de su compañía y ellos, de sus relatos, que les resultaban maravillosos. No podían imaginar tanta abundancia, tanta extensión de campo para cultivar. Uno de los sobrinos quiso probar suerte y viajó. Era muy joven él; se empleó en un almacén y a los pocos años, pudo abrir una propia en el distinguido barrio de Recoleta.

Emigró a la Argentina, donde ya había muchos paisanos. Lo entusiasmaron las cartas que enviaban. Las noticias no podían ser mejores: había trabajo para todos, y oportunidades para prosperar. Luego se enteraría de que no era tan así, pero ya era tarde. Llegó a Buenos Aires. Estuvo unos días viendo las posibilidades que se le presentaban, y no encontró nada de su agrado. Era de una aldea; no se sentía cómodo en la ciudad. Necesitaba estar en contacto con la naturaleza. Le hablaron de Tandil, un lugar en la provincia de Buenos Aires, donde había muchos gallegos. Y allá se dirigió.

La localidad tuvo su origen en el Fuerte Independencia fundado por el General Martín Rodríguez en 1823, y era famosa por la Piedra Movediza, una mole que se mecía hasta 1912, en que se precipitó con gran estruendo. Tuvo un gran impulso gracias al orensano Ramón Santamarina, quien llegó en 1845 y llegó a ser un próspero estanciero reconocido por su filantropía. Era una ciudad habitada en su mayoría por italianos, daneses y españoles, un lugar muy bello, con tilos y sierras. Realmen-

te, se sentía cómodo allí. Se dedicó a las tareas del campo. Arreaba ganado a lo largo de kilómetros, siendo muy valoradas su responsabilidad y honradez. Se empleó con estancieros destacados, y llegó a tener una sólida posición económica. Pero no era hábil en los negocios, y así como ganaba mucho dinero, lo perdía en una mala operación. Su vida fue marcada por los altibajos.

Se comprometió con una hija de lombardos, Carmen Paggi Silvani, nacida el 16 de diciembre de 1899, quien vivía con su familia en una chacra. Tuvieron una larga relación, interrumpida por los frecuentes viajes del novio. Una vez, ella se asustó mucho, porque había naufragado el *Principessa Mafalda*, sabía que él viajaba en ese barco y no tenía noticias. Era octubre de 1927; al enterarse de que el barco se hundió frente a las costas de Brasil, Carmen lo dio por muerto. Era razonable, porque fallecieron trescientas catorce personas en tan trágico hecho. Grande fue su sorpresa cuando lo vio caminando por las calles de Tandil hacia su casa. ¡No lo podía creer! Se casaron en la hermosa catedral de la ciudad. Se establecieron en la calle Machado y allí abrieron una carnicería y verdulería que atendían secundados por varios empleados. Además, él seguía haciendo los traslados hacia los mataderos y faenaba en su local, y Carmen cosía para toda la familia, ya que era modista diplomada.

Fueron padres de dos hijas, nacidas con un año de diferencia, a las que hicieron estudiar en el colegio Nuestra Señora de la Misericordia, de religiosas italianas. En el año 1946, la mayor se estableció en Buenos Aires, para terminar la secundaria e iniciar estudios en la universidad. Estuvo un tiempo en casa de unos parientes, y luego decidió vivir en el colegio, como pupila, saliendo los fines de semana. Al año siguiente, ingresó como pupila la segunda hija, también próxima a iniciar su carrera universitaria. A fines de ese año, la mayor se mudó a un pensionado en la calle Arroyo, cerca de la Facultad de Derecho; pagaba la estadía con su sueldo de maestra del colegio religioso. Esta situación motivó que, con mucho pesar, abandonaran la ciudad de Tandil, para cambiarla por la de Buenos Aires. Extrañaban mucho a las hijas y no lo dudaron. Compraron una casa en Villa Pueyrredón, a una cuadra y media de la estación del Ferrocarril Mitre. Tenían un gran patio a la izquierda de la entrada, con un limonero y jazmines que les recordaban el patio de Tandil, con su barril donde juntaban agua de lluvia. Por un problema que hubo en la operación inmobiliaria, perdieron mucho dinero, y tuvieron que vivir durante varios meses del sueldo de sus hijas. Con el tiempo, se acomodaron en las habitaciones que estaban detrás del patio interior, para cederles las habitaciones del frente a la hija mayor y su marido –la menor y su marido ya vivían en un departamento de los suegros italianos– y alquilaron el departamento del fondo, lo cual les permitió tener una pequeña renta hasta 1969, en que esta familia se mudó a la provincia.

Carmen cosía gorras infantiles para una fábrica –rojas, azules, verdes, con guarda y dos cintas para atar debajo del mentón– y él hacía las entregas. La paga era mínima, pero ayudaba. Su situación no era la de Tandil; la cercanía de las hijas y los nietos que iban llegando lo compensaba. En 1963 murió Carmen, a los sesenta y tres años, sorpresivamente, mientras se levantaba un Primer Viernes para asistir a la misa del Sagrado Corazón en la Parroquia Cristo Rey, creada gracias al impulso de la madrileña Nazaria Ignacia, de vasta labor evangelizadora en el barrio. Poco después, volviendo de la casa de la hija menor, Martín se cayó en la calle y a partir de ese momento, le costó volver a caminar. Le diagnosticaron aterosclerosis. Ya tenía setenta y tres años, que no eran pocos, para la vida que llevó. Pasó los últimos años disfrutando mucho de los nietos, de las hijas –que le asaban castañas y le prohibían comer *chourizos*– y de los vecinos con los que *falaba galego*, recordando su amada tierra. Una mañana de 1971, su alma partió a reunirse con los suyos, en la paz del Señor.

[Una hermana de la autora también concurre al premio, a esta misma modalidad. (N. del E.)]



En Tandil.



Mi madre nació en Tandil
en octubre de 1931.



La autora en
Cebreiro, La Coruña,
2016.



Le gustaba veranear en Mar del
Plata, porque le recordaba la ciudad
de La Coruña.



Con la nieta (yo), en 1961.



Magdalena
Palacios
Martín

LA GUERRA HA TERMINADO

(México)

UNIDADES:

26.

AUTOR/ES:

Magdalena Palacios Martín, autora del álbum, y Vicente Manchado, autor del relato manuscrito que figura al final del álbum. El resto –fotografías, recortes de prensa, etc.– de autores como Azorín o Manuel Azaña y otros no señalados.

NATURALEZA:

Copias digitales.

TIPOLOGÍA:

Color y b/n

RESOLUCIÓN DIGITAL:

Media.

FORMATOS DE ORIGEN:

Se trata de un álbum compuesto por la autora a modo de *collage* por fotografías, recortes de prensa, fragmentos de documentos, y un relato manuscrito sobre la Guerra Civil narrado por Vicente Manchado “niño de la República”.

CONSERVACIÓN:

Regular. Decoloración en los materiales.

ORIGEN:

Álbum familiar.

PROTAGONISTAS:

Magdalena Palacios, autora del álbum, Rafael Palacios López y Florentina Martín Jiménez, padres de la anterior, y Vicente Manchado, autor del relato manuscrito que se incorpora al final del álbum.

LOCALIZACIONES:

Madrid, Valencia y Barcelona (España), Perpignan y Marsella (Francia), Veracruz y Ciudad de México (México).

FECHAS EXTREMAS:

1920-1978, aproximadamente.

ASUNTOS / CATEGORÍAS:

Familia. Fotos familiares. Prensa. Testimonio. Guerra Civil. Exilio. México.

USO:

Familiar. Político.

ORÍGENES DE LA FAMILIA:

No consta, posiblemente Madrid.

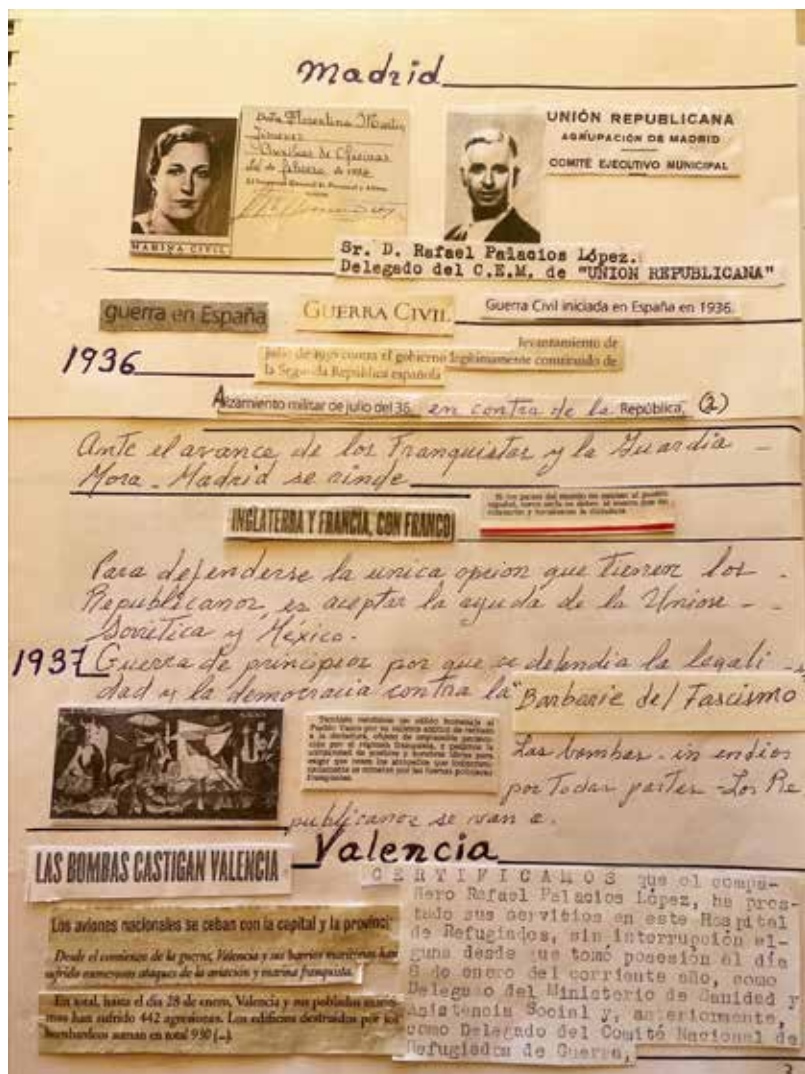
EMIGRADOS A:

Ciudad de México, México.

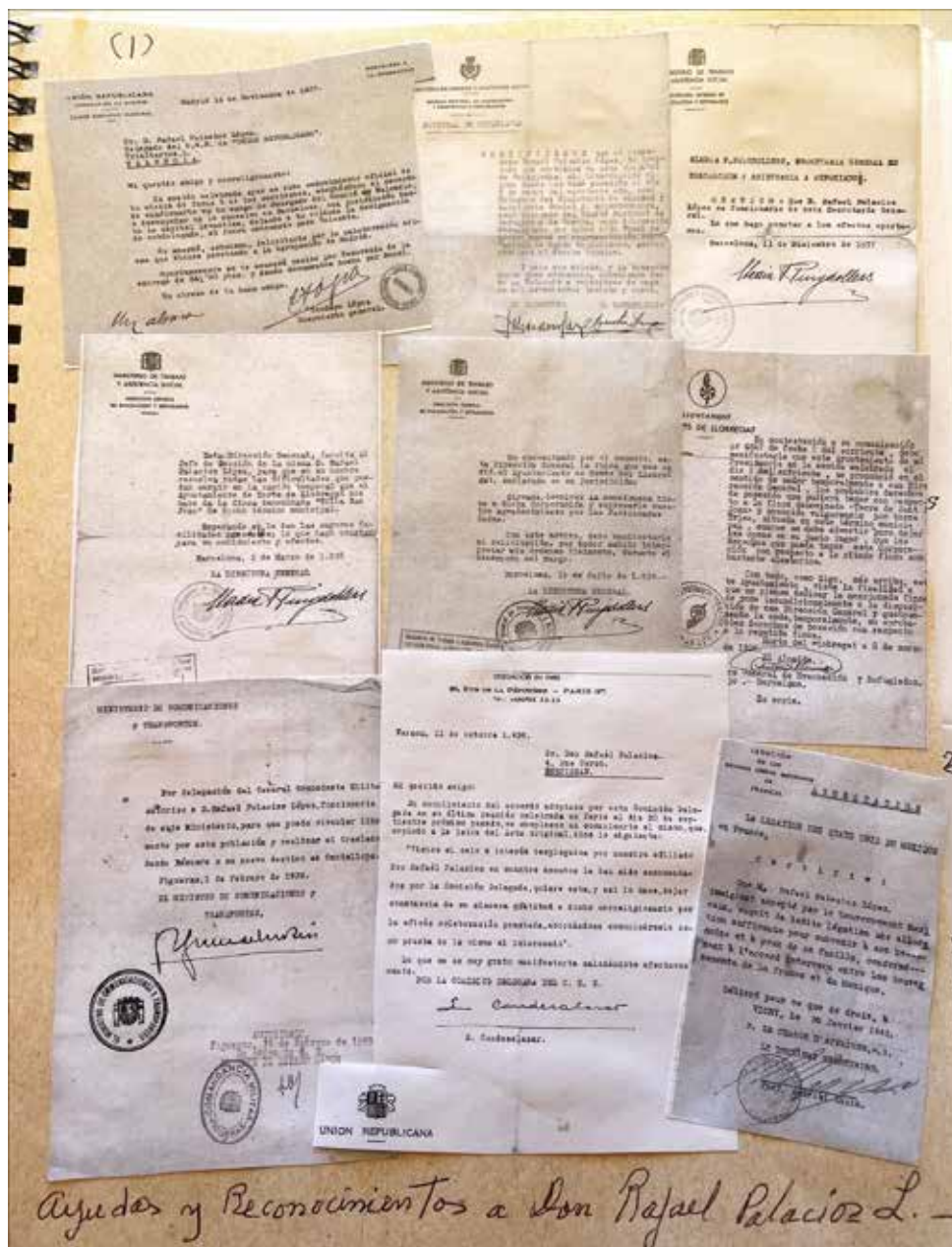
CONTENIDO:

Escribo esta autobiografía para que la familia de México sepa por qué llegamos a este hermoso país. (,,,))

[El álbum está organizado en dos partes claramente diferenciadas: el *collage* que organiza la autora y un relato manuscrito que se reproduce al final cuya autoría es de Vicente Manchado, “niño de la República”. La primera parte, que incluye algunos anexos documentales, está organizada cronológica y espacialmente en tres grandes bloques: España (origen y Guerra Civil), Francia (comienzo del exilio) y México (destino de los refugiados y recomposición de la vida familiar y laboral de los protagonistas). (N. del E.)]



Una de las páginas del collage.



Collage con documentos alusivos al padre de la autora.

10
(6) GUERRA CIVIL ESPAÑOLA - GOLPE FACISTA
DEL GENERAL FRANCISCO - FRANCO BAHOMONDE
CONTRA LA REPUBLICA - CONSTITUIDA POR ELECCIONES
DEMOCRATICAS - AÑO 1931 - POR VICENTE MANCHADO
NIÑO DE LA REPUBLICA.

ESTIMADOS COMPAÑEROS MEXICANOS ESPAÑOLES Y ESPAÑOLES
EN EL AÑO 1931 - LOS PARTIDOS DE IZQUIERDA GANARON LAS
ELECCIONES E COLOCARON DE PRESIDENTE DE LA REPUBLICA
DON ANIZETO ALCALA ZAMORA. ESTA DECISION NO FUE DE
AGRADO DE LOS CAPITALISTAS E DE LOS TERRATENIENTES
QUE ERAN LOS QUE TRATABAN DE ESCLAVIZAR LOS CAMPESINOS
E LOS TRABAJADORES DE LAS PEQUEÑAS INDUSTRIAS QUE E
SISTIAN EN ESPAÑA DE LOS SEÑORES CAPITALISTAS EL
GOBIERNO COMENZO A HACER PLANTEAMIENTO Y PROCESOS
PARA MEJORAR LA CUALIDAD DE VIDA DEL PUEBLO ESPAÑO
ORGANIZANDO Y CREANDO LAS ORGANIZACIONES Y LOS
PARTIDOS - DE COMUNIDADES SOCIALES DEMOCRATICAS
UN GRUPO DE MILITARES Y FALANGISTAS QUE TENIAN MUCHA
RELACION - CON LOS ALEMANES COMENZARON A CONSPIRAR
CONTRA LA REPUBLICA. 1

LA REPUBLICA CON LOS MEDIOS DE INFORMACION QUE
TENIA DESCUBRIO - QUE EL INDUSTRIAL DE SAN SEBASTIAN
ERA EL QUE ESTABA INCITANDO A LOS MILITARES PARA HACER
PACTO SECRETO CON HILLER PARA IMPLANTAR EN ESPAÑA
EL NACIONAL SINDICALISMO FALANGISTA; EL GOBIERNO
REPUBLICANO - ESPAÑOL DESCUBRIO ESTE MOVIMIENTO ENCA
BEZADO POR EL GENERAL FRANCO E DESTITUIDO EL DE LA
ACADEMIA MILITAR QUE ERA EL QUE COMANDABA TODAS
ACADEMIAS MILITARES ESPAÑOLAS Y LLEVANDO PARA COMANDAR
LOS TERCIOS DE REGULAS Y LEGIONARIOS DE CEUTA E MELILLA.
CUANDO SE ESTABLECIO EN AFRICA CONTINUO CONSPIRANDO
CON EL GENERAL MIYAN-ASTORAI QUE ERA COMANDANTE
GENERAL DE LAS FUERZAS ESPAÑOLAS EN AFRICA Y SE UNIERON
A ELES EL GENERAL QUEIPO-DE LLANO QUE ERA COMANDANTE EN
SEVILLA Y COMANDABA TODA ANDALUCIA. (1)

Primera página del relato de Vicente Manchado.





MATERIAL AUDIOVISUAL



Pablo
Martínez
Diente y
Lucía Riaño

ENTREVISTA A FELIPE PÉREZ MONTERO

(EE.UU.)

PARTICIPANTES:

Uno.

AUTOR/ES:

Pablo Martínez Diente, presidente de la asociación Amigos de Castilla y León en USA, y Lucía Riaño, quien entrevista a Felipe Pérez Montero.

DURACIÓN:

39 minutos.

FORMATO DIGITAL:

MP4.

RESOLUCIÓN DIGITAL:

Buena.

NATURALEZA:

Entrevista.

GUIÓN:

Pablo Martínez Diente, con la colaboración de Lucía Riaño. La filmación y edición fue labor de Juan Pablo Herranz.

FECHA:

20 de abril de 2024.

PROTAGONISTAS:

Felipe Pérez Montero, chef y propietario de restaurante de origen abulense.

ORÍGENES DE LOS PROTAGONISTAS:

Vadillo de la Sierra, Ávila.

EMIGRADOS A:

Madrid, Colombia, Venezuela, Ecuador, Reino Unido y Miami (EE.UU.).

OBSERVACIONES:

Felipe Pérez Montero (Vadillo de la Sierra, Ávila, 1949) emigró con ocho años a Madrid con sus padres debido a la carestía laboral en su región. Su labor profesional se ha centrado en la restauración y hostelería, así como al mundo de la exportación (desde maquinaria pesada a pescado, pasando por cruceros). Residente en Miami desde hace 47 años, ha vivido en Colombia, Venezuela, Ecuador e Inglaterra. La entrevista se llevó a cabo en el restaurante Jamón Ibérico Pata Negra, propiedad del entrevistado, en Miami el 20 de abril de 2024. La preparación de la misma corrió a cargo de Lucía Riaño, periodista de reconocido prestigio e hija de riañeses, y del Dr. Pablo Martínez Diente, vallisoletano residente en EE.UU. por más de dos décadas. La filmación y edición fue labor de Juan Pablo Herranz. En la entrevista Felipe desgana su experiencia como emigrante, primero de interior a Madrid, y luego transoceánicamente en el continente americano. Relata su vivir como empleado en cruceros, como empresario del sector pesquero en Campeche (Méjico), como exportador de maquinaria pesada estadounidense en Venezuela, Ecuador y Colombia, y sobre todo como apasionado de la cocina, labor en la que se ha desempeñado en hoteles de Madrid, Salou, Inglaterra, y en Miami, ciudad en la que reside desde hace 47 años. A lo largo del encuentro este abulense relata sus vivencias humanas y profesionales, sus relaciones de éxito y fracaso con socios, sus pensamientos sobre la discriminación al emigrante, y su perspectiva relativa a la emigración por necesidad y la basada en el ímpetu aventurero. Felipe asimismo destaca el carácter sufrido, obstinado y recio de los castellanoleoneses, virtud que según él aprendió de su abuelo en Matallana (cerca de su pueblo, Vadillo de la Sierra) y que le ha servido para triunfar en una sociedad tan competitiva como la estadounidense. Esta es una señal que quiere transmitir a todos aquellos que quieran seguir sus pasos. Finalmente, el entrevistado nos lleva a ver con sus ojos el sentimiento de retorno y el reencuentro con sus amigos de infancia cada vez que regresa al terruño, congratulándose por hacer de su restaurante en Miami un punto de encuentro para los paisanos y una embajada culinaria de los productos de Castilla y León.



